

ANTOLOGÍA

2004

Edición, Diseño y Producción:
Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, Fucoa.
Ministerio de Agricultura.

Noviembre de 2004

Diseño y Diagramación:
Unidad de Diseño de Fucoa.

Corrección de textos:
Óscar Aedo I.

Derechos Reservados
Inscripción Nº 143.163
del Registro de Propiedad Inteletual

ISBN: 956-7215-23-5

Santiago de Chile - 2004 - Fucoa
HECHO EN CHILE
Impreso en: Maval

ÍNDICE
DUODÉCIMO CONCURSO DE HISTORIAS Y CUENTOS DEL MUNDO RURAL

PRESENTACIÓN: Francisco Larenas, Vicepresidente Ejecutivo, FUCOA. 11

PRÓLOGO: Jorge Montealegre, Presidente del Jurado. 13

PRIMERA PARTE:

CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS".
Primer Premio Nacional: "La Maldición", de Lidia Mansilla Valenzuela. 17
Segundo Premio Nacional: "¿Y mi Pan con Palta?", de Carolina Andrea Quiroz Prades. 22
Tercer Premio Nacional: "Hija del Viento", de Lautaro Óscar Ramos Guerra. 26

PREMIOS REGIONALES

I REGIÓN DE TARAPACÁ:
"El Joven y la Señorita que Se Enamoraron", de Celia Petronila Challapa Challapa. 39
"Cuento de una Madre Viuda y su Hijo Regalón", de Regustiana Hipólita Castro Gómez. 42
"Otro Día Será, mi Querido Hijo", de Álex G. Mendoza Rodríguez. 45
"La Venganza del Yatiri", de Emilia Soledad Alvarado Espinoza. 53

II REGIÓN DE ANTOFAGASTA
"La Enamorada", de Miriam del Carmen Luza Sarmiento. 59
"La Sombra del Mimo", de Juan Diego Candia Ortiz. 62
"Milagros del 'Morvega' ", de Samuel Muñoz Mayorga. 66
"Es Hora de Marcharse", de Higinio José Adones Pizarro. 71
"Historia de mi Pueblo", de Mónica Cecilia Anza Colamar. 75

III REGIÓN DE ATACAMA:
"Yantay el Rey de los Guanacos", de Pedro Alfonso Bolados Gárate. 79
"El Compañero" y "El Coronel", de Héctor Alejandro Ocayo Cubillos. 85

"Un Extraño Huésped", de Maritza del Carmen Gallardo Carmona. 103
"Ilusión de Años", de Patricia K. Rivera Figueroa. 106

IV REGIÓN DE COQUIMBO:
"El Cuero", de Claudio Ignacio Araya Villalonga. 110
"Albahaca y Tomates", de Miguel Antonio Véliz Cortés. 115
"La Silla y el Costal Encantados", de Bartolomé Segundo Ponce Castillo. 128
"Un Trapito Azul", de Paola Lorena Pinto Lemus. 136
"Quien Calla No Otorga", de Iván Sasha Mendieta Rivera. 143

V REGIÓN DE VALPARAÍSO:
"La Cordillera Cerca del Mar", de Armando Wladimir Donoso Pizarro. 147
"Historia de un Guacho", de Sonia del Carmen Morales Contardo. 149
"Cholo", de Carlos Eleodoro Obregón Torres. 154
"Quila", de Jorge Andrés Julio Puente. 159
"Relato de un Entierro", de Carolina María Savard Henríquez. 164

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS:
"Me lo Contaron las Aves", de Marcelo Alvarado Cádiz. 167
"El Chucho Nolasco", de Héctor Orlando Zenteno Contreras. 180
"Narración sobre Lota", de Pablo Andrés Carvajal Ortiz. 186
"El Lacho", de María Filomena Jirón Durán. 189

VII REGIÓN DEL MAULE:
"El Potro Encantado de la Laguna El Dial" y "Nacido en el Agua",
de Moisés Gonzalo Castillo Castillo. 194
"El Sobreviviente de una Tragedia", de César Guerrero. 200
"A Algunas Leguas de Chanco", de Carmen Elena García Salamanca. 203
"El Descabezado del Cruce", de Jonathan Alejandro Amigo. 207

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO:
"La Maire", de Mario Flores Figueroa. 211
"Muy Bueno el Velorio", de Salvador Ángel Sepúlveda Parra. 215
"María Jovita", de Sergio Antonio Saavedra González. 220
"La Santa Piedra", de Margarita Silva Opazo. 232

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA:
"Dinámica del Causeo", de Gloria Yudith Dünkler Valencia. 234
"La Efigenia", de Alejandra Santana Roa. 238
"El Molfuñ", de Marcial Domingo Colín Lincolao. 248
"El Gancho Antonio", de Rodrigo Leonardo Gormaz Gallardo. 253

X REGIÓN DE LOS LAGOS:
"El Frío no Congela, Duele", de Ivonne Coñuecar Araya. 256
"Un Príncipe Indigente", de Carlos Rudy Barría Flores. 264
"Nayahué en Medio de Las Desertores", de José Francisco Muñoz Serón. 266

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO:
"Lunes 15 de Agosto" y "V.T.M. no es una Sigla", de Rosa Gómez Miranda. 272
"La Pelada de don Cloro", de Félix Segundo Elías Pérez. 284

XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA:
"Vallejos", de Iván Darío Rojel Figueroa. 288
"El Chasco de don Baltasar", de Miriam Díaz Ulloa. 298

REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO:
"Dólar Paralelo", de Ramiro de Jesús Castillo Prado. 309
"La Sombra de Estocolmo Farías", de Osvaldo Molina Vera. 313
"¿Mermelada o Murtado?", de Silvana Ester Igor Ulloa. 320
"De Entierros", de Percy Davis Pinedo. 323
"El Peral", de Norma Godoy Torres. 336
"La Mujer de la Piedra", de Eliana Marcela García Toro. 339

SEGUNDA PARTE:

CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO".
Primer Premio Nacional: "Las Locas Historias de mi Abuelo", de Dancy Muriel Contreras Panés. 347
Segundo Premio Nacional: "Circo y Banda Instrumental de Alicahue", de Juan Pablo Guerra Salcedo. 352
Tercer Premio Nacional: "El Guanaco de mi Tierra", de Cynthia Daniela Arias Condori. 354

PREMIOS REGIONALES

I REGIÓN DE TARAPACÁ:
"El Gallo y el Pucu-pucu", de Erwin Challapa Choque. 355
"Cómo Nació el Pachallampe", de Carmina Trenci Jara Crespo. 357
"El Condenado y el Gato", de Raquel Vilches Challapa. 359

II REGIÓN DE ANTOFAGASTA:
"El Floreamiento", de Sebastián Alexis Barbeito Tarque. 361
"Julián", de Viviana Pilar Colamar Colamar. 363
"El Cuadro Viviente", de Teresa Margarita Astudillo Maturana. 367
"El Floreamiento", de Rony Matías Colamar Colamar. 369
"El Carnaval", de Cristián Daniel Anza Anza. 372
"La Pastora y la Chicha", de Emelin Mariana Terán Terán. 374

III REGIÓN DE ATACAMA:
"Telésforo Martínez, el Amigo de los Velorios", de Andrea Sophia Zamorano Zamorano. 377
"Un Esfuerzo por el Progreso", de Iván Lautaro Edgardo Espinoza Garrido. 380
"El Embalse", de Carolina Elissa García García. 383
"Una Lección de la Vida", de Rosse Salazar. 386

IV REGIÓN DE COQUIMBO:
"Tejedora de Sueños", de Nicole Elizabeth Muñoz Albornoz. 388
"Panchita, la Lorita ", de Benjamín Eduardo Marín Núñez. 392

V REGIÓN DE VALPARAÍSO:
"El Güiño", de Milton Hernán Valdenegro Rojas. 395
"El Cementerio de los Apestados", de Katherina Margareth Joglar Cáceres. 397
"El Carruaje", de Laura Luisa Martínez Arredondo. 399
"El Asalto a la Casa de mi Tatarabuelo", de Pablo Marcelo Olivares Leiton. 401
"Leyenda del Te-tué", de Daniela Andrea Godoy Huerta. 406

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS:
"El Coipo Consolador", de Paula Javiera Morales Castro. 407
"Un Día Inolvidable", de Olivia Evelyn Salazar Pareda. 410
"La Llamada Final", de Rocío del Pilar Meléndez Ruz. 417
"El Misterio de las Demasías", de Daniel Leiva Alvarado. 425

VII REGIÓN DEL MAULE:
"Puntetito", de Alexander Esteban Vega Vega. 435
"Matilde, ¿Vaca o Gallina?", de Miguel Ángel Reyes Verdugo. 439
"El Chancho Grande", de Karina Paz Espinoza Vergara. 441
"El Pata de Lana", de Michael Osvaldo Farías González. 443
"La Anciana en Invierno", de Cristián Fernando Espinoza Vergara. 445

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO:
"Un Amor Inmortal", de Claudia Lorena Maldonado Figueroa. 447
"La Leyenda del Guerrero", de César Gacitúa Quintana. 451

"Los Mapuches Se Visten con Nalcas", de Katherine Nicole Salvo Rifo. 453
"Un Ser Llamado Chon-chon", de José Luis Pinilla Ortega. 455
"La Mujer de las Luces", de Gabriela Margoth Burgos Mieres. 458

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA:
"El Medio Pollo", de Claudio Daniel Alarcón Torres. 459
"El Pudú y el Tito León", de Bárbara Solange Meza Chávez. 462
"El Amigo Caupo", de Colectivo de Alumnos, Escuela G-416, Camar. 466
"Pedro y el Árbol", de Juana Inés Zúñiga Leviluan. 468
"El Zorzal y sus Amigos", de Jocelyn Andrea Baeza Carrillo. 470

X REGIÓN DE LOS LAGOS:
"El Cuento del Viejo Chiquitito", de Karina Yanett Hernández Pérez. 471
"El Misterio de los Tres Pescadores de la Piedra Cortada", de Araceli del Carmen Ruiz Garcés. 472
"El Señor Juan", de María Magdalena Guarda Cárdenas. 474
"El Pato Bolsero", de Rosa María Yucun Ulloa. 475
"El Perro Negro", de Eliana Nataly Coihuin Díaz. 477

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO:
"La Montaña del Esfuerzo", de Belén Atenea Paz Orellana Lagos. 479
"El Jabalí", de Sandra Antrillao Alarcón. 485
"La Esquila", de Patricio Javier Solís Burgos. 489
"La Amistad es más Fuerte", de Renán Ignacio Saldivia Rivera. 491
"Las Vivencias Pasadas", de Carlos Guerrero Cordero. 497
"La Avalancha", de Vilma Montenegro Paredes. 499

XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA:
"La Vida del Trabajador de Campo", de Fabio Daniel Sierpe Sierpe. 501
"Kushteata o el Lobo", de Viviana Zárraga Hernández. 504
"Amistad en las Pampas Magallánicas", de Héctor Andrés Báez Alderete. 507
"Mi Amigo Fiel", de José Luis Ilnao Ruiz. 511

REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO:
"La Hamburguesita Mutantita", de Darío Andrés Barriga Rubio. 518
"Doña Rita", de Lorna Álvarez Mor. 520
"Profundo Recuerdo", de Sebastián Muñoz González. 522
"Historia de los Picones", de José Eduardo Villavicencio Serrano. 524

ÍNDICE
TERCER CONCURSO DE POESÍA DEL MUNDO RURAL

TERCERA PARTE:

CATEGORÍA A, MAYORES DE 18 AÑOS.
Primer Premio Nacional: "Los Ojos del Alarife", de Jaime Ernesto Mancilla Romero. 529
Segundo Premio Nacional: "El Último del Bar", de Rubén Jorge Gacitúa Chú-Hán. 532
Tercer Premio Nacional: "Quilaco Seducido", "Aburridos de Tanta Amenaza", "Los Viajeros Desmontan", Alguien Trajina sus Maletas", "Hermano de Crianza" y "La Gringada Mía", de Gloria Yudith Dünkler Valencia. 537

MENCIONES HONROSAS:

"Chungará", "Río Lluta", "Azapa" y "Codpa", de Andrés Oyarzo Sánchez. 542
"Paihuano", de Iván Sasha Mendieta Rivera. 546
"El Jinete Ilimitado", de Hernán Ortega Parada. 548
"La Casa de mi Abuelita", de Pablo Andrés Carvajal Ortiz. 552
"El Aguardiente de Portezuelo", de Carlos Felipe Vergara Montecinos. 554
"Cardo", de Carmen Elena García Salamanca. 556
"Folklor", de Nilo Covacevich Concha. 557
"La Isla de Chiloé", de Felipe Zúñiga Jara. 560
"Sonata Peñaflorina", "Canto de Amor a Pichidegua", "Imágenes Lampinas" y "Cristalería Verde", de Mario Alejandro Guíñez González. 562
"Recorrido", "Árbol", "Desvelo", "Gris" y "Esta Mañana", de Gabriela Andrea Corral Dueñas. 566
"Pelvin y su Río", "Suelos", "Llangui", "Undécima" y "Posdatas desde el Sur", de Juan Pablo Leppe Guzmán. 569
"Grillos" y "Pinceladas", de Osvaldo Molina Vera. 572

MENCIONES HONROSAS POR REFERENCIAS A PUEBLOS ORGINARIOS

"Me Duelen tus Manos", de Rosa Gómez Miranda. 574
"Mujer Selk'nam", de Idania María Yáñez Avilez. 578

MENCIONES HONROSAS POR REFERENCIAS A FORMAS FOLCLÓRICAS

"El Señor me dio un Talento", de Sergio Antonio Barahona González. 580
"Verso a lo Humano", de Raimundo Hernán León Morales. 583
"Coplas de Pedro Urdemales", de José Gajardo Quintana. 586
"Las Memorias de un Novillo", de Nelson Demetrio Rodemil Bravo Cifuentes. 589
"De Adobe", de Percy Davis Pinedo. 591

CUARTA PARTE:

CATEGORÍA B, MENORES DE 18 AÑOS.

Primer Premio Nacional: "Historia de una Pulguita ", de Patricia Daniela Hidalgo Madrid. 594
Segundo Premio Nacional: "El Ají", de Enrique Gerardo Cuevas Morales. 595
Tercer Premio Nacional: "El Poeta", de Javier Andrés Grau Jipoulou. 596

MENCIONES HONROSAS:

"Entre Romeral y Chacay", de Diana Odett Leyton Gálvez. 598
"Escuelita Mía", de Gabriela Belén Astudillo Herrera. 599
"El Arao y la Picota", de Nicolás Esteban Cofré Valdés. 600
"La Gallina Cogote Pelado", de Antonio Matías Barría Alvarado. 602





PRESENTACIÓN

Esta Antología corresponde a la Duodécima versión del concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural y Tercera de Poesía del Mundo Rural, representando nuevamente un importante hito en el rescate y mantenimiento de la cultura rural, que reúne a los ganadores de las distintas categorías que participaron en estos concursos.

La cultura rural es uno de los objetivos del trabajo de la Fundación de Comunicaciones del Agro, Fucoa, convencidos de que en ella reside parte importante de la idiosincrasia, las costumbres y los valores de nuestro país. Razones por las que anualmente perseveramos entusiastamente en la organización de estos certámenes literarios, porque sentimos que a través de esta actividad estamos colaborando eficazmente al rescate y recuperación de las tradiciones tan propias de nuestro entorno rural. Estas tradiciones, presentadas como historias y cuentos, pertenecen a las raíces más profundas de nuestra cultura nacional, en la que se ha forjado el carácter del chileno.

Expertos en desarrollo rural, como el profesor francés Bernard Kaiser, afirman que "cualquiera que sea la forma que adopte la cultura, ésta constituye el mejor y el más eficaz de los vectores del desarrollo, ya que contribuye a la valorización del potencial colectivo y favorece el crecimiento de la personalidad de los individuos". Esto resulta particularmente relevante cuando nuestro país está inmerso en la globalización que inunda todo el mundo, que tiende en sí misma a la uniformidad en los entornos. Es aquí donde la riqueza cultural de un país, atesorada por las antiguas generaciones, permite profundizar las diferencias entre los pueblos, lo que implica una forma de ser distintos para competir desde este mundo rural conformando proyectos sólidos, que aseguren un desarrollo acorde a nuestra propia historia.

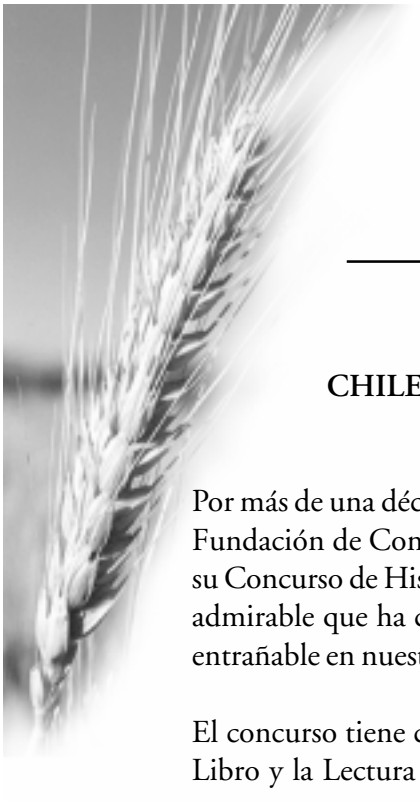
Pareciera que es aquí donde se encuentra uno de los aportes de Fucoa, en la búsqueda, apoyo y rescate permanente a las manifestaciones de la cultura rural, ya que el exitoso modelo de desarrollo agroexportador no puede estar completo si no es considerada esta dimensión tan propiamente humana de nuestra agricultura.

Como siempre hemos procurado, este año tenemos una novedad. En un acto de merecida justicia estamos estimulando a los profesores de los niños que han sido seleccionados por el jurado como ganadores regionales y nacionales. Su preocupación y guía de pequeños y jóvenes permiten transformar este evento literario en relatos vívidos de nuestra cultura, ya que ellos han sido los depositarios de estas historias que se cuentan y transmiten de padres a hijos y nietos.

Junto con destacar la gran participación que ha tenido esta versión de ambos concursos, es necesario agradecer una vez más el apoyo del Ministerio de Educación, cuyo aporte es cada vez más imprescindible. Más aún cuando su Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, dentro del Archivo de Literatura Oral, es la depositaria de todos los trabajos recibidos.

Santiago de Chile, noviembre de 2004

Francisco Larenas Bouquot
Vicepresidente Ejecutivo
Fundación de Comunicaciones del Agro, Fucoa.



PRÓLOGO

CHILE RURAL: UN MUNDO QUE SE CUENTA A SÍ MISMO

Por más de una década, durante doce años para ser más exactos, la Fundación de Comunicaciones del Agro (Fucoa) ha desarrollado su Concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural. Constancia admirable que ha convertido el evento en un espacio necesario y entrañable en nuestro mundo cultural.

El concurso tiene casi tantos años como el Consejo Nacional del Libro y la Lectura y, al centrar su interés en el mundo rural y al tener una convocatoria tan extensa y constante, el concurso de Fucoa se ha hecho complementario con los otros eventos literarios convocados desde el Estado, los más importantes del país. Fucoa cubre un vacío, con una actividad necesaria que es altamente valorada no sólo por los miles de personas que han participado con sus trabajos; sino también por quienes estiman como imprescindible la expresión de un mundo que históricamente ha sido injustamente subvalorado.

Al Concurso Historias y Cuentos del Mundo Rural —incluyendo sus Concursos de Poesía, para mayores y menores— se le valora, por cierto, desde la literatura y la educación; pero también desde la antropología, la sicología social, el registro patrimonial, etcétera. Este es un concurso muy importante y me parece pertinente explicitarlo.

Comparaba su edad con la del Consejo Nacional del Libro y la Lectura y la relación no es caprichosa ni la coincidencia es casual. La convergencia responde al mismo interés por el rescate de un mundo simbólico y real que estaba abandonado y censurado. Su recuperación coincide con la recuperación de la democracia. En la her-

mosa y difícil tarea de reivindicación de nuestra cultura, y en ella de nuestra literatura, Fucoa ha facilitado, ha creado las condiciones para que el país se haya hilvanado con sus propias historias. Con esos cuentos que nos demuestran que siempre —incluso en los lugares más apartados y olvidados— hay una persona escribiendo su lugar, registrando la memoria, las historias; esos otros frutos —esta vez intangibles— que también surgen del mundo del trabajo, del lugar donde vivimos. El mismo país ha escrito su paisaje, su mitología, sus penas y alegrías, sus chascarros, sus historias individuales y colectivas, sin los exotismos que se esperaría de una mirada ajena. Es el lugar donde vivimos. Y es simplemente eso: expresión de la vida, de la cotidianidad que trabaja y sueña; porque esa verdad que es la vida está constituida también de esa realidad que es la fantasía. Ahí está la magia que nos ofrece la escritura y la lectura, que muchas veces son el registro y el eco de la oralidad: de lo que escuchamos en la conversación o en el cuento al acostarnos.

La literatura que surge del mundo rural es diversa, respondiendo naturalmente a la diversidad que nos sugiere una realidad multicultural. Podríamos decir que una dificultad que tiene que enfrentar el jurado en cada versión consiste justamente en que debe evaluar escrituras diferentes, con formas tradicionales y contemporáneas; y lenguajes de orígenes campesinos, indígenas y mestizos, de hombres y mujeres de todo Chile. No es fácil juzgar, jerarquizar, textos que muchas veces por su naturaleza no son comparables. Por ello, como en otras oportunidades, el jurado ha expresado su gratitud por la oportunidad que significa tener acceso a estos trabajos tan valiosos, que sin la mediación de Fucoa sería muy difícil de reunir, conocer y registrar. También el jurado, junto con definir los trabajos premiados, ha dejado sus más sinceras felicitaciones para cada persona que envió su trabajo y enriqueció este concurso con su participación.

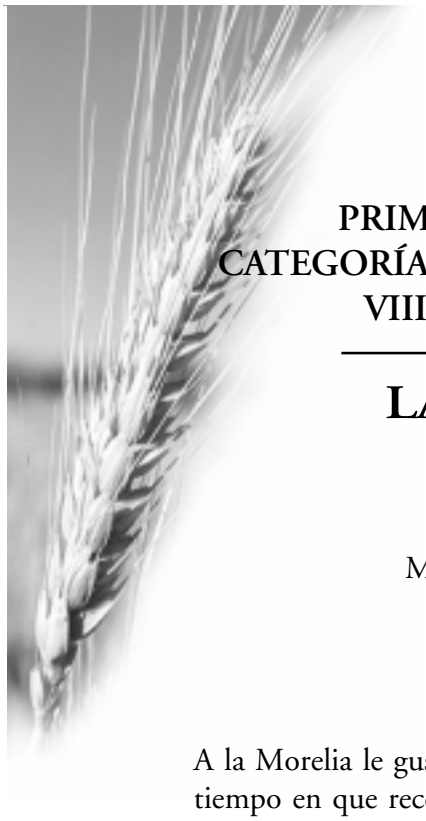
Jorge Montealegre Iturra
Presidente del Jurado



PRIMERA PARTE

CATEGORÍA "A"
HISTORIAS CAMPESINAS





PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA MALDICIÓN

Lidia Mansilla Valenzuela
49 años
Monitora de Talleres Literarios
Hualpén

A la Morelia le gustaba el campo. Siempre estaba hablando del tiempo en que recorrían sus pies los surcos de las siembras, los pastizales y regaba la huerta de su mamá donde las cebollas, tomates, arvejas eran sus favoritas en la hora del almuerzo.

Recordaba con mucha nostalgia los días de su niñez, lo rápido que el tiempo se iba y solo las remembranzas de su estadía en esos lindos campos hacen que su presente sea mejor.

— La edad ya me está volviendo torpe los pensamientos, ríe golosamente evocando, pero aún tengo presente algunas anécdotas -mirando picarona, con cariño- cosas que para este momento en que la vida corre más rápida, suenan a cosas de viejos.

— Sabe, Rosita, cuando yo tenía como siete años, allá en el campo me maldijeron.

Acostumbraba a subirme en los chanchos y los corría como a caballos, a veces le ponía en el trasero un palito en el hoyito para sujetarme mejor, por supuesto que en algunas ocasiones se me quebraba el palito y los chanchos se enfermaban.

El dueño, que por supuesto no eran los tíos con los que vivía, sino don Pepe, el dueño del campo vecino, cada vez que se encontraba con mi tío le contaba lo que le pasaba a sus animales.

— No entiendo lo que pasa le decía— los cuido bien y el chico que los recoge por las tardes, les tiene limpio el lugar donde duermen. No sé, vecino, qué les sucede. Usted se imaginará que pierdo dinero con esta enfermedad, porque debo matarlos antes que engorden y por supuesto no es muy bueno el precio que logro vendiéndolos a vara.

— No ha pensado vecino -le decía mi tío- estando yo a su lado, mandar al Juvenal que los venga a cuidar mientras andan pastando, a lo mejor comen algo malo y ustedes no se han dado cuenta, puede ser que hasta sea algo nocivo para los que compramos la carne.

— No se me había ocurrido -mire- creo que lo voy a hacer yo mismo.

— A mí, señora Rosita, créame, se me olvidó la conversación— y seguí con mis malos juegos, digo malos ahora, porque en esos días eran grandiosos, sentirme como una jineta corriendo a lomo de los chanchos.

Pasaron algunas semanas, ya estaba cabalgando de nuevo, era tan feliz que no me di cuenta cuando don Pepe llegó a mi lado. Su cara se había vuelto tan roja, y la voz no le salía de lo puro enojado que estaba.

Estaba tan asustada, no podía pararme, después del costalazo que me di, habitualmente los chanchos me botaban, como no tienen de dónde agarrarse, era por eso lo del palito.

Sonreía con los ojos llenos de nostalgias.

— Como usted verá, pues, que no estaba en muy buenas condiciones, ni de hablar, ni de correr y en entonces don Pepe me lanzó su maldición -me gritó- chiquilla de porquería, ya veras lo que te va a pasar, por subirte arriba de mis chanchos. Te van a salir cerdas entre las piernas, y te va a correr sangre... ya veras lo que te sucederá. Te acordaras de mí, te lo juro... Vas a recordar mi maldición... Ya sabrás lo que te pasará, chiquilla de mierda. Verás cuando divise a tu tío, le conversaré "quién y qué" provocaba la enfermedad a mis animalitos.

Me fui a casa muy asustada, ojalá que este viejo regañón no le contara nada a mi tío. Esperé por muchos días una reprimenda, pero no sucedió y el tirón de mechas pensado por muchos días no llegó.

El verano pasó como todos los años, dejando nuestras bodegas llenas de los frutos necesarios para el invierno, las papas, los choclos secos para hacer chuchoca, el trigo para llevarlo más tarde al molino y tener pan en invierno, las arvejas y los porotos secos, se habían preparado las mermeladas, y recogido la miel, en fin, había sido buena la cosecha.

Aquellos años caminaron lentos, cuando una espera ser grande, no pasan nunca.

Un día fui al río, los meses se habían sucedido muchas veces y las noches me vieron crecer. Se abultó mi pecho, ya era una señorita como comentaba mi tía y tenía que cuidarme. No entendía mucho lo que ellos hablaban, pero tenía que aceptarlo, eran las personas que más sabían de todos lo que yo conocía.

En la escuela aprendí a leer y escribir, conocí a los héroes chilenos como: Arturo Prat, Bernardo O'Higgins, poemas de Víctor Domingo Silva, Óscar Castro, Gabriela Mistral y otros que ya no recuerdo; también empecé a fijarme en los chiquillos, en fin, estaba cambiando mi vida, ya no me cortaban el pelo y mi tía me hizo algunos corpiños para sujetar los pechos, como ella decía.

Como le iba contando, ese día fui al río a bañarme con otros niños de otras parcelas, nos juntábamos como 15, todos de entre los diez y los trece años. Para que no hubiera juegos extraños le explicaba mi tío a mi tía. Ellos sabían lo que señalaban porque eran mayores. Bueno, ese día al sacarme los calzones para bañarme tenía sangre en ellos y no sabía qué sucedía. Me arranqué para otro lado donde nadie me veía, allí donde la vegetación era más alta, escondida por supuesto, que nadie se diera cuenta y me miré la entrepierna, y ahí estaba. La maldición de don Pepe se había hecho realidad, tenía cerdas entre mis piernas, eran rucias, iguales que la de los chanchos que montaba cuando era niña.

No hallaba qué hacer, me puse otra vez mis calzones y corrí con toda la ligereza que mis pequeños pies me permitían.

Esta vez hasta la villa donde don Pepe tenía una carnicería para vender el producto de su esforzado trabajo de crianza de cerdos.

Me arrodillé y llorando le supliqué que me quitara la maldición, había logrado ya su propósito que hacía mucho tiempo, que era más chica cuando me subía a sus chanchos. Así que por favor dijera algún conjuro, para que esa pesadilla se fuera.

— De qué maldición estás hablando, chiquilla del diablo.

— De la que usted me gritó cuando yo jugaba con los chanchos, esa que me iba a salir sangre y cerdas en la entrepierna, ¿se acuerda, verdad?

Seguramente en ese momento debió acordarse porque lanzó una gran risotada, una carcajada que me dolió los oídos y me hizo poner roja de vergüenza, por no tener nada que agregar.

— Aquello ya lo olvidé, anda, ve y dile a tu tía lo que te pasa.

Don Pepe no paraba de reír, diciendo qué chiquilla más loca, ésta. Años más tarde, cuando era ya una mujer grande de edad, con hijos, regresé a la villa y pasé a saludar a don Pepe. El cual todavía se acordaba de la inocencia de aquellos tiempos, y de aquella chiquilla que aunque él hubiera querido quitarle la maldición y tener noción de muchos conjuros no podía hacer nada por ella.

Ese día me dio un fuerte abrazo bendiciéndome junto a mis hijos para que Dios en su misericordia infinita me diera una buena vida.

SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

¿Y MI PAN CON PALTA?

Carolina Andrea Quiroz Prades
24 años
San Miguel

En Pichidegua, VI Región, siempre pasan cosas raras, pero esta nunca nadie me la creyó, ni siquiera mi mamá que nació en el pueblo. Un día de verano hacía tanto, tanto calor que me fui a bañar al Cachapoal, el agua estaba heladísima como siempre, pero nunca tanto como el Pacífico, ahí sí que "se congelan hasta los huesos", como dice mi Tía Fresita. Bueno, ya cuando caía la tarde comencé a juntar mis cosas y a buscar mi bici para regresar a mi casa; tenía que ayudar a mamá a hacer la masa para el pan y la comida para mi papá y mis hermanos. Siempre me dio rabia que yo por ser mujer tenía que dejar de hacer lo que más me gustaba para encerrarme en casa ayudando a mamá, mientras ellos iban a cazar zorros y conejos; a mí nunca me gustó comer conejos. Siempre cuando subía el cerro les llevaba zanahoria del huerto de mi casa y les decía que se fueran más lejos, a otro pueblo, o que corrieran hasta Santiago. Yo creía que ahí la gente era civilizada y no andaba matando a los animales, pero los conejos eran más lesos, nunca se fueron y mi papá con mis hermanos los mataron a casi todos. Incluso el cochino de mi hermano les cortaba la pata a los pobres conejitos y después las vendía diciendo que daban buena suerte. Más tonta la gente de Santiago que pasaba por acá cuando se iban al Lago Rapel, le creían a mi hermano y le compraban las patas.

Siempre me gustó ver pasar a los medios autos que iban cargados de cosas para ir al Lago. Pasaban con botes, hasta habían unos que parecían barcos y otros llevaban unas tablas grandes para subirse arribas de las olas de Pichilemu, yo siempre me pregunté ¿para qué subirse arriba de la ola si la gracia es mojarse y tirarse chapuzones?

Bueno, pero esa no es la historia. Estaba yo de vuelta para mi casa refunfuñando, me cargaba vivir ahí, todo lleno de tierra, plantaciones de paltas, limones, naranjas por todos lados (igual me encantaba el pan recién hecho por mi mamá y las paltas del vecino eran exquisitas). Lo único que quería era irme a Santiago, subirme al metro, tomar una micro, esperar que dieran la luz verde para poder cruzar la calle, ver cuando los autos no se pueden ni mover por los tacos, ver a más de mil personas caminando por el Paseo Ahumada, todas esas cosas que mostraban en la tele, donde era blanco y negro quería saber y ver con mis propios ojos qué colores tenía el centro, el metro, las micros. Seguía yo mi camino, cuando la cadena de mi bici se cortó, mi papá me había dicho que la cuidara porque tenía chorrocientos años, pero a mí siempre se me olvidaba entrarla cuando estaba lloviendo y la dejaba tirada al lado del río, parece que de tanto mojarse la lesera se cortó, así que tuve que seguir mi camino a pie, más enojada todavía, iba a llegar tarde, cansada y además mi mamá me retaría. La bici la tendría que llevar donde Don Condoro, el que arregla todas las bicicletas del pueblo.

En eso estaba cuando un conejo muy grande saltó a mi lado y me miró y dijo: "¿por qué me miras así?", yo respondí: "porque los conejos no hablan, no entienden lo que pasa". El conejo se paró en dos patas, agarró la bici y comenzó a caminar, miró hacia atrás y me dijo: "ya, pues, camina, yo te ayudo a llegar a tu casa, esta bicicleta está muy pesada".

Al convencerme que el conejo era bueno y que no venía a vengarse de las muertes que mi hermano había ocasionado en su familia, lo

seguí y nos fuimos a mi casa, igual todo el rato me fui rezando para que mi hermano no tuviese en la casa algún miembro de su familia, o encontrara alguna pata que reconociera.

El camino era más o menos largo así que entablamos una conversación algo profunda, me contó sobre la vida en el cerro y me agradeció las zanahorias que le dejaba a diario, me contó que había sido elegido por el resto de su comunidad para que fuese el Conejo de la Suerte que me realizara un deseo, yo sin pensarlo demasiado le dije que quería vivir en Santiago, pero mejor aún sería que Pichidegua se transformara en la gran ciudad, en la capital de Chile. Me dijo que lo haría realidad y que tenía la posibilidad de que si dentro de las primeras 24 horas no me gustaba, mi deseo podría deshacer el hechizo. Fue ahí en una pequeña cumbre cuando miré y vi cómo miles de autos andaban en la ahora ancha calle, me despedí del conejo e hice parar una micro, me subí y dijo que la bicicleta no podía ir arriba de la maquina y que no le importaba si iba en el colegio o no, si no le mostraba el pase escolar tenía que pagar adulto, yo pensé que el Señor estaba cansado, que por eso andaba enojado con todos, le pagué y le pedí mi boleto, él se rió y me dijo: ya, cabra chica, hazte pa´atrás, no más. Se fue tan rápido y gritándole a todas las personas que después creí que tenía que ir a ayudarle a su mamá a hacer el pan y que su mamá era más enojona que la mía.

Me bajé justo donde Don Condoro, su casa había desaparecido y su tallercito era enorme y decía "Taller Mecánico Automotriz, Don Carlos Pérez", me pareció raro que debajo de ese cartel dijera "Hora de atención: cerrado" porque el Don Condoro arreglaba siempre las bicicletas a la hora que uno llegara a tocarle la puerta. No me importó estaba tan contenta porque mi sueño se había hecho realidad, me paré en la esquina a esperar la luz verde en el monito para yo poder cruzar la calle y resultó que los autos no se detuvieron nunca y tuve que darme la mansa vuelta para poder cruzar, la gente no me dejaba caminar, me llevaban todos hacia un lado y el otro,

yo donde era chica y flaca era fácilmente maniobrable. Quise mirar mejor lo que estaba ocurriendo, me subí en un banco de plaza que estaba todo rayado por unas firmas que parecían como claves y vi tal cual como mostraban en la tele el Paseo Ahumada la calle principal de mi pueblo, me quedé mirando harto rato y se veía igualito que en la tele, entonces me percaté que al igual que en mi televisor se veía todo blanco y negro, era feo y ya me estaba aburriendo de que nadie me mirara, ni me saludara como siempre pasaba cuando yo andaba por la calle principal, me fui enojada para mi casa, no pude tomar el metro porque no habían estaciones que me dejaran cerca. Con todo lo vivido me dio tanta hambre e inmediatamente me acordé de mi delicioso pan con palta, mmmm, me fui pensando en eso todo el camino, pero para mi sorpresa la casa del vecino era un tremendo edificio y el palto que tenía como 100 años ya no estaba, entré corriendo a mi casa y le pregunté a mi mamá que si estaba listo el pan, ella se rió y me dijo: vaya usted misma al supermercado y se compra una bolsita de pan de molde.

Mi desesperación llegó a tal extremo que me fui corriendo al cerro en busca del conejo para que revirtiera el hechizo y resultó que en el cerro había una virgen enorme y unas casetas colgando de unos alambres, los conejos estaban flacos y maltratados, me fue muy difícil encontrar a mi amigo pero apenas lo vi le pedí que por favor Pichidegua volviera a ser el mismo pueblo rural, sin semáforos, sin gente, sin autos, sin supermercados, yo quería mi pan con palta, con la buena marraqueta de mamá y la rica palta del vecino.

TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

HIJA DEL VIENTO

Lautaro Óscar Ramos Guerra
53 años
Profesor rural
Algarrobo

La encontró Dulcerino Mamani -el chico Mamani, para diferenciar del viejo- en un costado de la Quebrada del Negro. La encajó como pudo en su burro leñero y la llevó hasta su choza.

Enseguida fue a buscar a la vieja Carmela, la última yatiri del poblado -la sabiduría vestida de mujer- para que asistiera a la agónica joven.

Enseguida, la anciana habló: "ha sufrido mucho, pero creo que vivirá, es Amuyu Iki", reiteró varias veces, Amuyu Iki -que en aymara significa algo así como niña enredada en la memoria.

— Amuyu Iki

Pronto se esparció la noticia en todo el caserío, surgieron las mujeres atisbando por entre las junturas de pajas de la humilde habitación del chico Mamani.

Los niños revolotearon incansables. De los hombres, nada, solamente los ancianos estaban en el caserío, los demás andaban en la pastada de verano para el lado argentino, atravesando la gran cordillera.

— La trajo el viento hasta aquí, pero los espíritus le han escondido la memoria... y la palabra —dictaminó doña Carmela.

Cuando volvieron los hombres con su ganado de vuelta del gran círculo, como llamaban a los largos tres meses de traslado de sus animales en busca del pasto tierno, supieron de la nueva. De inmediato el viejo Mamani fue a ver a su hijo.

— Está bien, si deseas dejarla aquí, así se hará -le resumió el padre, fiel a la filosofía de tantos siglos del pueblo aymara. Siempre era el momento, siempre era la hora de acoger al necesitado y esta joven así lo era.

En efecto, la joven fue llamada Ako Iki, que en aymara quiere decir "Niña del viento", y se incrustó en el calmo paisaje del pueblo de Toconce, con suavidad, sin alardes de nada.

Pasaron varios meses, Ako Iki se atrevió a caminar, pero su paso era vacilante.

— Espero que no te caigas —le dijo una voz de niño, era Plácido Compa, ciego de nacimiento, que le sintió avanzar por la tierra agreste del altiplano.

La joven Ako Iki se detuvo y le observó atentamente, claro, había algo que le impedía hablar con la boca, algo que le trababa su lengua. Mas, su corazón le interrogó:

— ¿Quién eres?

Enseguida, como escuchando el rumor de aquel corazón enfermo, sintió que el viento le traía la respuesta del niño ciego:

— Soy Plácido Compa, te digo que ojalá no te caigas... en tus miedos...

Se hicieron grandes amigos.

La muchachita hija del viento -porque con el viento vino- como afirmara la vieja Carmela, y Plácido, el niño ciego que ya pintaba para yatiri, a decir de la propia anciana Carmela que veía en él a su heredero en la consejería del pueblo aymara.

El niño ciego gustaba recoger las escasas flores que lograban surgir entre las desoladas montañas de Toconce. Lo hacía guiado por su excelente olfato, ahora acompañado de su nueva amiga.

En el silencio de las serranías cordilleranas, ambos amigos solían mantener hermosas pláticas.

La joven, de no más de trece años, muda transitoria, le hablaba con su corazón, con gestos, miradas. El niño le percibía de inmediato y le respondía.

Una tarde de invierno, el frío arreciaba por la comarca, Plácido se allegó a la casita del Mamani chico, llevaba un pequeño libro, ingresó a la pieza central y se acurrucó a orillas del fogón:

— Dulcerino, léeme esta poesía —le pidió en un tono de rogativa que no escapó a los oídos de la joven que el viento trajo sin voz.

Además, era primera vez que escuchaba tan bello nombre: Dulcerino, ya no más el Mamani chico. Él tenía nombre como todos.

— Está bien, pásame el libro —replicó resignado Dulcerino, sin ganas evidentes de leer.

— Es una poesía aymara que habla de los cantos de los kollas del altiplano a la Virgen del Carmen de Paucartambo —explicó con entusiasmo el pequeño.

El Mamani chico tomó el ajado libro y empezó a leer con un tono cantarino que de inmediato envolvió a la joven desmemoriada:

I. HAYKUYKUY

Kayqa mamay chayamuyku,
Pawkar Qulla Ilaqtaykumanta,
Ilamiru kaspapas, qulla kaspapas.

Tata mama willawayku,
¿mayniqpitaq mamay Carmen?

Ako Iki se estremeció con la poesía, le parecía que la naturaleza entera murmuraba por medio de la susurrante voz de Dulcerino.

Enseguida el joven Dulcerino respiró profundo, como tomando fuerzas y dijo:

— Ahora leeré en español:

ENTRADA

Aquí estamos, madre mía, hemos llegado,
desde nuestro pueblo de Paucar Colla,
aún siendo llameros, aún siendo collas.

Señoras, señores, cuéntennos,
¿por dónde está mi mamá Carmen?

Así estuvo leyendo y traduciendo, leyendo y traduciendo por un buen rato hasta que llegó al fin de la lectura:

RIPUYKUY

Kayqa mamay ripusaqkuñan,
Paukar Qulla Llaqtaykuta.

Wintisiyunta quwayku mamay,
sallqa qulla wawaykikunaman.

DESPEDIDA

Bueno, pues madre mía ya nos iremos,
a nuestro pueblo de Paucar Colla.

Danos tu bendición, madre mía,
a tus hijos salvajes collas.

Apu Diosniykuq maman,
qanmi mamay khuyariwankiku.

Adios, adios compañeros míos,
hasta el año venidero.

Madre de nuestro Dios,
tú, Madre, te acordarás de nosotros.

Adiós, adiós, compañeros míos,
hasta el año venidero.

Al otro día se despertó la joven Ako Iki desplegando en su mente el nombre del Mamani chico: Dulcerino, fue, entonces que se percató que tenía ganas de hablar.

Pronunciar el nombre de Dulcerino. Moduló, movió la lengua en su concavidad, mas la palabra no le salía.

— ¿Qué te pasa, Ako Iki?, te percibo muy agitada —le saludó el niño Plácido que a pesar de su ceguera veía más que muchos. Por algo era amigo del viento y de los Achachila, cerros tutelares, especialmente del gran Volcán Calbuco, centinela de todo espíritu existente en la comarca cordillerana.

La joven estaba triste -nada dijo- se alejó hacia la quebrada de los tamarugales en busca de soledad.

El niño ciego le dejó ir, entendía que hay ocasiones -como ésta- en que cada ser busca en su propia soledad respuestas que solamente el viento conoce.

Fue por la tarde del mismo día en que Ako Iki lloró.

Vino a Toconce la Cofradía de la Señora del Agua, a la cual varios adeptos eran del pueblo mismo y estuvieron danzando a la Virgen hasta el anochecer. Se estaban preparando para la gran fiesta del niño-Dios de las pampas.

Ako Iki miraba de lejos, recelosa de los múltiples movimientos de los danzantes. Plácido le acompañaba en silencio.

Cuando no hay palabras que sean mejores que el silencio, es tiempo de callar.

Un danzante vestido de diablo vino a bailarle a la muchachita. Ako Iki se espantó, el miedo que llevaba adentro le asomó por doquier y arrancó de allí llorando, lloró por muchas horas.

— Déjenle llorar, puede que así vuelvan a flotar sus recuerdos —declaró la vieja Carmela, la anciana sabia del pueblo que casi ya no podía caminar.

Mas, el niño Plácido fue tras ella, la encontró tras unos matorrales que porfiadamente crecían en la falda de un desértico cerro. Fue el

primero del pueblo que le escuchó hablar, mejor dicho pronunciar reiteradamente una sola palabra:

— ¡Déjenme!, ¡déjenme!, ¡déjenme!

Plácido Compa entendió que no hablaba de él, ni de los habitantes del pueblo, era la explosión de la tragedia que le había sucedido.

Anocheció, ambos se quedaron a la luz de la luna hasta la medianoche.

Cuando la luna estaba en su apogeo, Ako Iki habló con voz suave, muy despacio:

— Me violaron... me violaron, eran muchos, algunos vestidos de diablos... estábamos en La Tirana... todos andaban disfrazados, eran de una diablada... recuerdo que me pusieron dentro de una camioneta y me llevaron muy lejos... creyéndome muerta me arrojaron en los arenales del desierto...

Al otro día, la joven -que dijo llamarse Esther de la Purísima- inició una nueva vida en Toconce. Ahora hablaba, la palabra salía de su boca como sonido de agua cristalina escurriéndose entre las quebradas.

Fue, en verdad un día muy diferente entre las mujeres del poblado. Nuevamente los hombres, en su mayoría se habían ido a los faldeos cordilleranos en busca de pastos tiernos para sus llamas y guanacos, así que las mujeres y los niños y unos cuantos ancianos se juntaron en la choza del Mamani chico a escuchar la historia de la "niña del viento".

Esther insistió en seguir siendo Ako Iki ya que ese nombre le significaba niña salvada por el viento, aunque las mujeres más viejas que algo se recuerdan del idioma aymara le dijesen una y otra vez que se traducía como "niña sin memoria" o "niña desmemoriada".

Lo cierto es que ella les narró toda su vida en Antofagasta. Una ciudad del desierto a orillas del mar. Sus correrías por la población Prat-B, sus escapadas al centro, en los entornos de los grandes supermercados, sus escasas idas a la escuela, sus amigos neopreneros.

En definitiva, una vida de vagancia por las calles y callejuelas de Antofagasta.

Todos entendieron que la muchachita había tenido una vida dura. Dulcerino se emocionó con la narración de aquella historia de hambre y desolación.

Por primera vez se dio cuenta que Ako Iki tenía unos bellos ojos color ámbar.

A la semana del suceso del reencuentro de Esther -Ako Iki- con su memoria y sus palabras vino a ella rengueando el anciano Guamangas, se sentó a su lado y le narró el propósito de su visita, mientras la muchacha se esforzaba por aprender el milenario arte de tejer en ruecas con lana de guanaco.

— Hija del viento, ya es hora de que decidas tu destino —le dijo simplemente el viejo.

Era el jefe del Consejo de Ancianos y delegado ante el alcalde de la comuna cordillerana.

— Ya lo tengo decidido, don Félix —le respondió tranquilamente Ako Iki. Enseguida agregó:

— Me quedaré aquí, quiero ser una más de ustedes, una verdadera hija de la montañas.

El viejo Guamangas guardó silencio, sacó de un bolsillo una hoja de coca que empezó a masticar con esmero, como si en ello se le

fuera la vida, como si todo el paisaje -incluida la muchacha- desapareciera entre sus ojos entrecerrados.

En realidad estaba sumido en sus pensamientos, lo que para la joven no era ninguna sorpresa, ya se había habituado a la escasez aparente de conversas, a largas pausas entre una frase y otra. Pasado un rato, el hombre volvió a hablar:

— El problema es que esto hay que legalizarlo, ya veremos cómo lo hacemos.

Al otro día del diálogo con el anciano, Ako Iki fue informada que debía cambiarse de choza. Estaba en estado de merecer y no era menester que cohabitara el mismo lugar con un hombre, le dijeron las mujeres.

La joven se sonrojó ante tal explicación, mas no puso objeción alguna. Llevó sus pocas pertenencias -un chaleco regalado por la vieja Carmela, un espejo que le obsequiara un gringo que pasó por Toconce una mañana cualquiera y unos papeles donde anotaba sus intentos de aprender el idioma aymara- hasta la rústica pieza de barro de doña Hortensia Quispe viuda de Rojas.

— ¿Por qué te empeñas en aprender nuestro idioma? —le consultó la viuda que era conocida por su habilidad de contar historias en velorios y fiestas.

— Porque de esta manera seré semejante a ustedes —le respondió la joven.

Ako Iki, o Esther de la Purísima, tenía un papel secreto doblado varias veces, para decir más exactamente, en dieciséis veces. Era un papel de bolsa de cemento que la joven encontró tras la capilla del

pueblo. Papel café, cuidadosamente planchado, era su peculiar diario de vida.

Una vez ubicada en la humilde pieza de la señora Hortensia, la muchacha desdobló el papel y se dedicó a escribir:

Hoy me cambiaron de lugar en el pueblo. Ya no escucharé por la noche los quejidos de Dulcerino. ¿Qué tendrá? Creo que tiene alguna enfermedad incurable, cáncer o algo parecido, de otro modo no se explica cómo no va con los demás hombres en busca del buen pasto para sus animales.

Pero, me siento bien con la viuda, aunque Plácido me contó que era viuda sólo de fantasía. Lo que pasó -según Plácido- es que Hortensia se enamoró de un afuerino. Se casaron y a los tres meses el hombre abandonó Toconce para nunca volver.

¿Qué tendrá Dulcerino que no sale con los hombres? Ah, si pudiera ayudarle...

Estaba el niño ciego sentado en una enorme piedra, escuchaba el viendo de la tarde, como todas las tardes.

— ¿En qué meditas, Plácido? —le interrogó Ako Iki.

— Escucho el ronroneo del viento —respondió seriamente el pequeño.

— ¿Y qué te dice el viento? -insistió en consultar Ako Iki, la niña de los sueños.

— Que tú buscas algo -susurró el niño.

— Es cierto, dime, Plácido, por favor, dime ¿qué tiene Dulcerino?

— Dulcerino sufre la enfermedad de los príncipes.... su sangre no coagula, por eso no se le permite que trabaje, cualquier herida podría ser mortal... el niño ciego silenció su voz, en su íntima percepción adivinaba el llanto de Ako Iki, mientras ésta se alejaba, murmuró algo así como:

— Yo le protegeré toda la vida, oh, mi Dulcerino.

Despertó la joven sintiendo voces a lo lejos, no tan lejos, en las afueras de su nuevo hogar.

Cuando salió a ver qué pasaba se encontró de sopetón con un jeep y un hombre con un maletín que conversaba con el viejo Guamangas:

— Lo siento mucho, pero ella tiene que volver a Antofagasta, su madre puso una denuncia por presunta desgracia.

— Pero ¿cómo supiste, hermano? —preguntaba mansamente don Félix Guamangas.

— De casualidad, un gringo contó en Calama que aquí -en Toconce- había una linda joven que no era aymara, que le había regalado un espejo.

— Es Ako Iki, hija del viento, si el viento la trajo, solamente el viento la llevará, replicó amablemente el anciano. Amabilidad asociada con firmeza, el pueblo aymara es así.

— Está bien, señor Guamangas, si usted lo hace difícil volveré con la policía. Esta situación puede ser considerada como un rapto, y eso sí que es grave.

Fabián Guazaga, de oficio funcionario público de la Comisión Nacional de Asuntos Indígenas, se veía acalorado, pero más que

por su enojo, por el calor de Toconce. Conocía de sobras el proceder de los aymaras, si deseaban obtener algo, lo harían.

El airado hombre subió a su vehículo, en ese instante se le acercó la mozuela y le habló:

— Yo soy Ako Iki.

El hombre de corbata y terno café claro se sacó los lentes para ver a la joven mujer. En verdad coincidía muy poco con la foto que le habían entregado: una muchacha esmirriada, con el pelo pintado en colores zanahorias y unos aretes inmensos. Una niña disfrazada de punk.

En cambio, allí, frente a él se encontraba una típica mujer joven aymara, la muchacha se subió al jeep, se sentó al lado del funcionario público y le habló con el corazón:

— ¿Usted sabe que mi mamá me obligaba a mendigar? —El hombre quedó en silencio, sabía eso y mucho más, que incluso la había prostituido alguna vez. No pudo evitar la imagen de su hijita, allá en Calama, al abrigo de su esposa.

— Hay una denuncia por desaparecimiento -replicó el hombre, quien nervioso tomó los lentes y se puso a limpiar imaginarias manchas en sus cristales.

— ¿Desaparecimiento? ¿De quién? —insistió Ako Iki, hija del viento. Fabián Guazaga, volvió a sentirse molesto, creyó que la muchacha se mofaba de él.

— ¿Cómo de quién? Sabes muy bien de quién hablo; de ti, de Esther de la Purísima Riveros Saldías.

— Ya lo ve, señor, usted lo dice, usted busca a una persona desaparecida, alguien llamada Esther... Yo soy Ako Iki, la traída por el viento. ¿Me entiendes? La joven hablaba con todo su corazón, sus ojos brillaban, taladraban, mirando al hombre.

Fabián tardó en responder, todos sabían que tenía ese cargo -coordinador con las comunidades aymaras de la Segunda Región -por su segundo apellido- Titichoca, que muchas veces se esforzó en borrar, pero que ahora le permitía gozar de un trabajo tranquilo y bien remunerado.

Por otro lado, pensó en su pequeña Lita, no más de nueve años, una princesa que cuidaba mamá con tanto cariño. La vida es tan diferente en un mismo minuto, le dijo en cierta noche, cuando falleció su abuela, su padre en el velorio, "la vida en veces da, en veces quita".

Echó a andar el motor del jeep, se puso los lentes y habló:

— Tienes razón ...Ako Iki... por aquí no está la supuesta desaparecida, Esther Riveros Saldías.

Atrás quedaban los lugareños, sonrientes, el viento de siempre, milenario, dueños de montañas y desolados valles, un muchacho ciego feliz del desenlace, el Mamani chico, más pálido que nunca, y una espléndida joven que se deleitaba en el suave viento, presintiendo que ahora sí, ahora empezaba a pertenecer a la memoria de Toconce. Quizás ahora podría cuidar de Dulcerino, quién sabe...

Fabián Guazaga manejó velozmente a Calama, se sentía vivo, audaz, al pasar a un anciano que llevaba algunos llamos a pastar en los faldeos de la montaña gritó a todo dar:

— Aparentemente nada sucede en Toconce.

PRIMER PREMIO REGIONAL
I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL JOVEN Y LA SEÑORITA QUE SE ENAMORARON

"WAINAN TABAJONDE MUNA CIÑA"

Celia Petronila Challapa Challapa
35 años
Pisiga Carpa, Colchane

Este cuento me lo contó mi abuelita Elena Choque cuando yo tenía 15 años. Me lo contó en su casa en Cotasaya, cuando estábamos acostadas, en una noche de verano.

Una tabajo llamada Carlota y un waina llamado Ramón se enamoraron en el campo mientras pastaban el ganado.

Un día el Waina decidió juntarse con la niña, pero sus padres no querían que se casara con aquella Tabajo, porque antiguamente eran los padres quienes decidían según le caía en gracia, pero Ramón estaba muy enamorado y decidió escaparse con su enamorada. Ellos se fueron a una vivienda que nadie podía ver, porque si les veían, les podían separar.

Ahí se hicieron una choza y empezaron a vivir, pero no tenían nada para dormir y comer. En ese lugar donde vivían no había nada, era un lugar que nadie puede ver.

Ramón sabía que en la casa de sus padres había mercadería y frazadas para abrigarse, entonces el joven dejó a su enamorada diciendo "voy a robar a mi casa", y partió a buscar mercadería a la casa de sus padres... Todas las noches iba a robar.

Al pasar el tiempo su madre se dio cuenta que la mercadería se estaba perdiendo y se lo contó a su esposo, entonces él dijo "vamos a vigilar quién es el que roba nuestra mercadería. Esta noche vamos a matar".

Cuando estaban vigilando al ladrón no lo pudieron conocer, estaba oscuro, Ramón entró en silencio y ahí el padre le mato con un palo sin fijarse quién era aquel ladrón, cerró la puerta y se fue con su esposa.

Al siguiente día muy temprano fueron a conocer quién era el ladrón que habían matado. Cuando vieron el cuerpo, lloraron su padre y su madre, porque era su hijo.

Con tristeza le velaron y enterraron, pasando siete días cumplieron la tradición y en la tarde le despacharon o lavatorio, recogieron sus ropas, sus zapatos, lo que él usaba y las cosas que comía, todo ello pusieron en distintas bolsitas que se juntaron en un costal, después carnearon el llamo blanco, el más querido del joven, del finado, y todo ello quemaron.

Así con todas las cosas que sus padres le entregaron en la ceremonia de lavatorio se fue el alma con su llamo blanco amarrado con una soga y los alimento cargados en la espalda dentro de una jiblla.

Se fue donde estaba su enamorada, su ucatabajona lo estaba esperando y vio que venía en la tarde con un llamo blanco cargado arrastrándolo con una soga.

El alma y Carlota se encontraron llorando de alegría y él le dijo: "vamos a ir muy lejos de este lugar". La tabajo le dijo "bueno". Después de encontrarse se pusieron a caminar, Carlota no se dio cuenta que Ramón era alma, caminaban por el camino y se atardeció y justo había una vivienda en la que vivía una abuelita, y el joven le dijo preocupado por la oscuridad que ya caía sobre ellos: "Alójanos", la mujer les dijo "pasen a la casa", le dijo "phasth'acia utharo" y el joven le dijo: "no aquí, afuerita". No pasaron a la casa porque el Ramón no quería que le conocieran y durmieron afuerita en una jara', abrigados por una pirca de piedras.

Así cayó la noche y el llamo lloraba mucho "inx, inx, inx", la abuelita salió de la casa para saber por qué lloraba el llamo, y cuando salió vio que en la cama estaba sólo el cuerpo de la niña y el cuerpo del joven estaba puro hueso y el llamo también estaba puro hueso, del llamo sólo se escuchaba al espíritu que estaba llorando. La abuelita se asustó y pensó esperar hasta el día siguiente.

En la mañana él era normal y la abuelita le llamó a Carlota, y le dijo "estás con un alma" y la Tabajo se asustó y le dijo abuelita "qué puedo hacer". La abuelita oculta le respondió que le daría tres cosas: un espejo; chaj'raña o peineta y fósforo. La abuelita le ordenó a la niña primero dejar el espejo en forma horizontal y luego de dejar chaj'raña y fósforo, le dijo: "Ven a mi casa sin mirar atrás y luego yo te taparé, en un puño esconderé... El espejo se convertirá en laguna, el chaj'raña en monteselva y el fósforo en fuego".

Así el joven quedó del otro lado de laguna y no pudo llegar a la niña que estaba escondida en un puño, después de varias horas la abuelita la sacó del puño y el finado se fue con su llamo blanco, ahí se partió su mundo entre vivos y muertos.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
I REGIÓN DE TARAPACÁ

CUENTO DE UNA MADRE VIUDA Y SU HIJO REGALÓN

Regustiana Hipólita Castro Gómez
31 años
Agricultora-ganadera
Camarones

Había una vez una madre muy pobre que vivía ganándose la vida para comer y vestirse ella y su hijo. Su trabajo diario era sólo hilar y tejer para la gente del pueblo.

Pasando el tiempo su hijo se enamora de una niña, y deciden casarse.

El hijo le cuenta a su madre su proyecto de casarse, pero su madre le recuerda que son muy pobres, y que no está de acuerdo con que él se case.

— Madre, no te preocupes que yo haré que nuestra casa simule estar llena de sacos con alimentos. Llenaré sacos con cenizas por cuenta de harina; llenaré sacos con huano por cuenta de maíz. No te preocupes, madre.

El hijo va a visitar a su novia y la trae para su casa con el propósito de hacerla su esposa.

— ¿Y ahora dónde van a alojarse si la casa está llena? —pregunta la madre preocupada.

— En la cocina no más —responde el hijo.

Al otro día, muy temprano le dice a su esposa que va a ir a matar una llama para comer asado.

Cuando la madre se levanta le pregunta a su nuera por su hijo, y la niña le responde que fue a carnear una llama.

— Hija, nosotros no tenemos nada, somos pobres —le cuenta muy triste la madre- y mi hijo es flojo; no le gusta trabajar. Él te engañó, llenó la casa con sacos de cenizas y huano; y tampoco tenemos llamas: Seguro que mi hijo fue a pillar un pato a la laguna. Hija, si quieres, te puedes ir para tu casa, porque aquí vas a sufrir.

La niña no se quiere ir porque no le cree a su suegra. La madre insiste.

— Mira, si no me crees, puedes ir a ver de la lomada.

Y la niña parte a ver a su marido desde la lomada, y ve que éste está corriendo atrás de las guallatas. Triste vuelve la niña donde la suegra y le dice que ahora sí le cree. Toma sus cosas y se regresa a su casa.

Cuando el hijo vuelve del campo no encuentra a su mujer e interroga a su madre sobre el asunto.

La madre le cuenta toda la verdad.

— Tu mujer descubrió lo de los sacos; y también te fue a mirar a la lomada, y advirtió que no carneabas llama, que sólo cazabas guallatas. Se regresó y decidió irse a su casa.

El joven muy triste se quedó con su madre.

Un día su madre se enferma gravemente y ya no pudo trabajar.

Entonces el hijo le pide comida a su madre.

— Si tienes mucha hambre, saca un pedazo de carne de mi pierna —le encaró la madre.

Como el hijo tenía mucha hambre así lo hizo, le bajó un gran pedazo de pierna a su madre y se la comió. Como la herida era muy grande, la madre se desangró y murió. Fue así que el hijo se comió a su madre por no saber trabajar para alimentarse.

Por eso se dice que no sirve criar a los hijos muy regalones.

TERCER PREMIO REGIONAL
I REGIÓN DE TARAPACÁ

OTRO DÍA SERÁ, MI QUERIDO HIJO

(La antigua tradición del corte de pelo)

Álex G. Mendoza Rodríguez
36 años
Técnico Superior en Turismo
Arica

Son las 5 de la mañana, ya es un nuevo día y el Sol comienza a aparecer por el horizonte andino, abrigando el despertar de los hombres y mujeres del altiplano y, por supuesto, de la bella Creación generada por el Divino Hacedor de todas las cosas.

Este es un día muy especial para los habitantes del Airo, un pequeño pueblo que permanece enclavado entre las majestuosas montañas de los Andes como un hijo que busca el regazo de su madre para cobijarse de las inclemencias del tiempo y de la altura.

Para estos esforzados habitantes andinos, el día les traía una nueva oportunidad de sumar a un valiente joven a la sociedad del pueblo, siempre y cuando pasara la prueba a la que todos en algún instante fueron sometidos y por la que tendrían que pasar los llokallas (niños), en su debido momento.

Sin duda, era para Wilka Cuti (Camino del Sol), y para su familia, el día más esperado porque él era quien debería pasar la prueba para convertirse en Chancha (hombre) y traer con esto honra para los de su casa y para su Marka (Pueblo).

— ¡Ya tienes quince años, mi querido hijo! le dice su padre al joven Wilka Cuti, y continúa: ¡tú pelo ha crecido junto a tus años y hoy está tan largo, como larga será tu vida!

— ¡Así es, padre mío! —respondió el joven muchacho, a la vez que preguntaba: ¿Qué debo hacer para pasar semejante prueba?

El hombre respondió:

— Cada chacha de nuestro Pueblo vendrá hasta nuestra Uta (casa) y te cortará un poco de tu pelo, hasta que pasen todos. Durante esta noche, tú debes permanecer de pie y no te puedes quedar dormido. Sólo si lo logras, pasarás a ser un hombre para nuestra Marka y recibirás muchos presentes para que formes tu hogar junto a la mujer que tú escojas como esposa.

— ¿Pero cómo podré pasar la noche sin que me duerma, padre?, ¡tengo temor de no poder contener el sueño! —respondió algo nervioso el joven, y su padre le contestó con una firme, pero afectuosa voz paternal:

— ¡Yo estaré junto a ti, hijo mío; así como mi padre me acompañó, yo lo haré contigo y te ayudaré a que consigas el objetivo!, ¡no temas, eres joven y yo te preparé para esto, así como cuidé de tu pelo para que estuviera largo y fuerte para este momento!

Wilka miró a su padre y lanzando un respiro de alivio miró hacia el cielo, como buscando al Tata Inti (Padre Sol), a la vez que le exclamaba: ¡Gracias, Tatitu lindu! ¡Al fin seré parte de la sociedad de mi Pueblo!, ¡ya me podré casar con mi bella Nayra Paxi! Junto a su padre y ante la atenta, pero tierna, mirada de su madre, el joven inició la ceremonia para solicitar permiso y bendiciones a la Pachamama, para cumplir con lo que debía realizar esa noche como prueba de su madurez.

En eso estaba, junto a su padre y su familia cuando a lo lejos se oyó el sonido del pututu, que indicaba que alguien se acercaba al Pueblo. Una gran caravana de mulas avanzaba con paso lento, evidenciado el cansancio propio de aquellos que se internan en la Puna, sin prepararse para ello y que experimentan el pago de tal osadía.

— ¿Quiénes serán aquellas personas? —preguntó el Jilakata del Pueblo (el jefe de todas las familias).

— No lo sé, ¡pero nada bueno presiento este día! -respondió el yatiri, con una voz algo débil y entrecortada.

— ¡Mira sus ropas!, ¡son todas iguales! —le manifestaba la joven princesa Nayra Paxi, a su amiga Qenalla.

— ¡Síii! -respondió ella, algo alegre por lo que veía y continuó:

— Parecen soldados de aquellos que viven en el bajo, allá donde está el mar.

Juguetona, Qenalla sonreía mientras miraba a la distancia como queriendo identificar a los que venían. Su amiga la miraba moviendo su cabeza de lado a lado, como señal de reprobación, pero con ternura, porque entendía que la muchacha se comportaba así porque era sólo una niña, mientras ella se aprestaba a ser entregada en matrimonio a su joven prometido Wilka Cuti.

Una vez llegada la caravana al pueblo, un hombre alto, de uniforme de un color azul, montado sobre un gran corcel blanco, que venía a la cabeza del grupo, se acercó a la muchedumbre que lo rodeaba y con voz autoritaria preguntó:

— ¡Quién de ustedes manda aquí y cómo se llama este pueblo!

El jilakata avanzó unos pasos al frente y respondió firme pero muy suave…

— ¡Soy yo, mi nombre es Mallku Cunturi (Señor Cóndor) y soy el jilakata del Ayro que es nuestro pueblo!, ¿Y quiénes son ustedes, señores? —exclamó con voz de interrogación, mientras el hombre blanco respondió siempre con mucha arrogancia…

— ¡Yo soy el comandante Irigoñen y represento al nuevo Gobierno de Chile, dueño de estas tierras!, —luego prosiguió:

— ¡A partir de ahora, ustedes son parte de este Gobierno y esta es su bandera! ¡Cabo, proceda a izar el emblema patrio en ese pedestal!

Una vez que el cabo cumplió con lo ordenado, el comandante manifestó:

— ¡Desde hoy, ustedes aprenderán a vivir como nosotros; comerán como nosotros y hablarán como nosotros y conocerán de nuestra Historia, para eso les traigo a una profesora que se quedará en este pueblo y les enseñará a todos los niños y jóvenes! ¡Ah, y desde ahora quedarán suspendidas las fiestas que ustedes realizaban! ¡Esto, hasta nuevo aviso! Luego miró al jilakata y con un tono desafiante y directo le dijo:

— ¡Espero que nos entendamos, señor Mallku y que usted le brinde todo el apoyo a la profesora! Y girando a su corcel con un gesto con su mano mandó a sus hombres a que se retiraran del pueblo, dejando en éste, a la profesora.

La dama era una señora colorada, algo regordeta, de largo vestido de color gris, un poco hinchada por la altura, lo que le daba un parecido a una manzana brillosa, de esas que hablaba con una voz cantada y muy aguda.

— ¡Ahí haremos la escuela! —le dijo al jilakata, a la vez que le señalaba una gran casa de piedra y barro, la cual servía como lugar de reunión de los ancianos y principales del pueblo. Y con un gesto autoritario, continuó: - ¡y en ella debemos poner los muebles que he traído de la capital!, mientras, agarraba sus cosas y caminaba presurosa en dirección a la vivienda. Mientras el joven Wilka Cuti miraba a su padre, el jilakata, al yatiri y todos los del pueblo quienes tenían una mirada de interrogación y de resignación, al parecer debido a la costumbre de que cada cierto tiempo llegaran hombres diferentes imponiendo nuevos modelos y nuevas autoridades.

Así llegó la noche y debido a la orden del comandante y a que con ellos se encontraba la profesora, la ceremonia de corte de pelo de Wilka se suspendió y éste quedó muy triste. Su padre le consoló diciéndole en voz baja: - ¡Tranquilo, hijo mío, como está acordado, así se debe hacer y otro día será en que podamos hacer tu ceremonia, aunque sea escondidos con nuestros hermanos!

Ese día, el cual debía ser el más especial para todos los habitantes del Ayro, terminó como un día de funeral. En la mente de cada hombre y mujer giraba la idea de que una nueva ley venía a gobernarlos y cómo una vez más deberían hacer algo en secreto para mantener vivas sus costumbres, su cultura y su independencia. Pero no contaban ellos con que la ley impuesta esta vez, venía para quedarse y no irse jamás.

Con esa idea se fueron a descansar, mientras el joven Wilka Cuti pensaba, con mucha pena, lo desdichado que era, porque no pudo concretar esa noche su sueño de ser un valiente hombre de su sociedad, cumpliendo con el rito de sus ancestros.

A la mañana siguiente, todos se levantaron muy temprano con la intención de realizar sus labores y conversar sobre lo sucedido el día anterior, pero querían hacerlo muy lejos, en los bofedales, donde la profe-

sora no pudiera oírlos, porque tempranamente el temor se había apoderado de ellos, quizás motivados por experiencias pasadas.

No obstante, la profesora también inició sus actividades muy temprano y con su característico timbre de voz, el cual simulaba el graznar de una Guallata, llamaba a las clases a los niños y jóvenes del pueblo. Cuando éstos se presentaron ante ella, su cara dibujó un claro sentido de exclamación al ver a muchos jovencitos con su pelo largo y mayor impresión le causó el joven Wilka Cuti, por que su pelo era el más extenso de todos y éste lo tenía suelto y libre, como libre está el viento para los aymaras.

La maestra, indignada por tal situación, se dirigió al joven y haciendo una seña con su dedo índice le dijo:

— ¡A ti te digo!, ¡que si mañana no vienes con tu pelo corto, yo misma te lo cortaré como lo usan los verdaderos hombres!

El joven Wilka Cuti, muy nervioso por la amenaza recién recibida, salió presuroso de la sala de clases, en busca de su padre para contarle lo sucedido. Cuando lo divisó en los bofedales, lanzó un grito de alerta para llamarlo y con un angustioso ¡Tatay!, lo llamó esperando que éste a tan sonoro llamado acudiera raudo y en eso no se equivocó. Su padre una vez a su lado le preguntó:

— ¿Qué sucede, hijo, por qué traes esa cara? y Wilka le contestó con una voz algo entrecortada: - ¡Tatay, esa a la que le dicen profesora, me dijo que si mañana no voy con el pelo corto, ella misma me lo cortará, Tata!, ¡y cómo paso la ceremonia si no tengo mi pelo largo como todo los guerreros de mi pueblo!

— ¡Qué, de dónde saca esas cosas esa profesora, quién le dio autoridad para eso!, exclamó su padre, mientras tomaba a su hijo y ambos iban en busca del Jilakata para contarle lo sucedido.

Una vez enterado, Malku Cunturi buscó a la maestra y con un amable tono le manifestó:

— ¡Mire usted, señora maestra!, nuestro pueblo ha vivido por miles de años con esta costumbre de hacer hombres de nuestra sociedad, a través de esta ceremonia del corte de pelo en los jóvenes de 15 años y si usted le corta el pelo a Wilka Cuti, le estará arrebatando el derecho que él tiene de convertirse en un hombre responsable y tomar esposa para sí.

Entonces la maestra le contestó: —¡Qué! ustedes están locos y yo no soportaré esas costumbres de los indios, ¡Ahora deben vivir como civilizados y a los niños les cortaré el pelo, como Dios manda! Y Malku respondió:

— ¡Si usted hace eso, deberá atenerse a las consecuencias...!

La maestra al día siguiente esperó al joven Wilka y con una tijera muy vieja se dejó caer sobre el muchacho y le cortó su radiante pelo. Una vez consumada la acción, la profesora dejó irse al joven muchacho y éste humillado por la afrenta salió corriendo por el pueblo en busca de soledad para llorar su amargura.

Los hombres del pueblo, indignados, buscaron a la profesora para cobrar la afrenta. Entre todos la llevaron hasta una pirca donde con latigazos castigaron su tremenda y cruel osadía.

En tanto Wilka, desolado, lloraba con amargura, mientras meditaba en la desdicha que vivía, ya no podría pasar por tal prueba y, más aún, no podría casarse con su dulce princesa. Él no entendía de nuevos procesos de los Estados emergentes, menos aún sabía de las políticas de éstos, pero sí pensaba que por culpa de esas medidas, su vida sufría un retroceso importante. a tal punto que el futuro para él era casi, en ese momento, un imposible. Así que era mejor partir

de esa vida y morir con honor, para que su nombre fuera recordado en el futuro con admiración y no vivir con la humillación.

Nunca más se supo de este joven guerrero, la profesora decidió partir y por ningún motivo intentó retornar a las alturas, mientras en el Ayro se iniciaba una nueva vida, en donde la lengua materna, las costumbres, los valores y principios andinos quedarían guardados en un baúl, muy bien cuidados por los mayores, para sacarlos cuando el tiempo y los hombres de abajo dieran una nueva oportunidad.

Nota del autor: Esta es una adaptación de diferentes narraciones de los antiguos aymaras, entre otros, quienes cuentan sobre los acontecimientos del proceso denominado chilenización y sobre la prohibición de practicar sus culturas y su lengua, el cual se llevó a efecto en todo el terreno nortino, a partir del año 1929.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
I REGIÓN DE TARAPACÁ

LA VENGANZA DEL YATIRI

Emilia Soledad Alvarado Espinoza
43 años
Profesora rural, Escuela G-116, Chujlluta
Arica

Nunca había estado tan lejos de su hogar. El lugar le pareció hermoso. El verdor del valle, contrastaba con la aridez del desierto que había cruzado unas horas antes, en su mula.

Los habitantes del pueblo salían de sus casas para observar al forastero, que amablemente los saludaba con un gesto de su mano. Sus rasgos eran notoriamente diferentes a los rasgos indígenas de los habitantes de esa comunidad. Rubio, ojos azules y aspecto desenfadado.

Siguió su camino, observando con mucha atención, todo aquello que le pareció interesante. Las pequeñas construcciones de barro y techo de paja, los corrales de piedra, que extrañamente se equilibraban sin caerse, las formas de cultivo, que parecían escaleras gigantescas y las vestimentas coloridas de las personas.

Cuando llegó a la humilde escuela rural, se apeó de su mula y comenzó a bajar sus bultos. No era mucho lo que llevaba, lo suficiente para no pasar frío y hambre, mientras se ambientaba a su nueva situación. Estaba en esos menesteres, cuando de pronto, se vio rodeado de una veintena de niños y niñas de caras morenas curtidas por el sol, con grandes ojos oscuros que lo miraban con curiosidad.

Se acercó lentamente para no asustarlos y se presentó como Juan Armijo, su nuevo profesor. Los niños corrieron la voz por el pueblo y sus alrededores ¡Había llegado el profesor que esperaban!

Al otro día, la escuela rural estaba atestada de niños y niñas con sus respectivos padres que querían conocer al nuevo maestro.

Los días pasaban apaciblemente, entre su trabajo y los paseos por los alrededores del pueblo para conocerlo mejor. El lugar lo cautivó.

Conversando con los lugareños y los padres de sus alumnos y alumnas se enteró, que criaban llamas y alpacas, de las cuales aprovechaban la lana para confeccionar hermosos y coloridos tejidos, hechos en telares insertos en el suelo y que la carne de los animales que sacrificaban, la vendían o la secaban haciendo charqui. Además, sembraban papas, ajos y quínoa, que vendían cuando bajaban a la ciudad.

En uno de sus tantos recorridos, llegó a la casa del yatiri o curandero del pueblo. Era un hombre mayor, de mirada profunda e intrigadora, estaba casado con una mujer mucho más joven que él, llamada Justina, con la cual no tenían hijos.

El yatiri, hombre sabio, conocía todas las plantas que crecían en el lugar y sus alrededores y los usos medicinales que se le daba a cada una de ellas. A veces, caminaba días enteros en busca de una planta que necesitaba para preparar un remedio o una cataplasma, que algún lugareño requería para curar un mal o una enfermedad.

Tanto le interesó el tema al profesor, que todas las tardes, después de trabajar en la escuela con los niños, se iba a conversar con el yatiri o lo acompañaba a recolectar las plantas medicinales. Éste, le enseñaba su nombre y sus usos. De esta manera se hicieron grandes amigos.

Las visitas a la casa del curandero se hicieron habituales.

Justina, mujer joven, comenzó a prodigarle atenciones, que estaban fuera de lugar como dueña de casa. En un comienzo, trató de no darle mayor importancia al interés que demostraba la mujer del yatiri, hacia su persona, pero como hombre joven, no pudo resistir ni las miradas, ni la tentación de un lenguaje corporal, que a gritos pedía una atención que no tenía.

En las tardes, antes de ir a la casa del yatiri; se encontraba furtivamente con la moza cerca de la chacra y en sus cálidos brazos y mórbidos labios se entregaba a esa pasión prohibida.

La pasión, poco a poco, fue convirtiéndose en amor. El se había enamorado de Justina y le pedía que se fueran juntos, a vivir a la ciudad; pero la mujer le tenía mucho miedo a su esposo, creía que él tenía poderes mágicos y sobrenaturales y que podía provocarle un mal o una enfermedad, con sus brebajes y plantas, si ella lo dejaba.

Los ruegos y explicaciones de él, no pudieron hacer cambiar de opinión a la mujer, y siguieron viéndose a escondidas.

Sus encuentros se hicieron más frecuentes, sin saber que el yatiri comenzaba a sospechar de su mujer.

El yatiri comenzó a notar ciertos cambios en su mujer: desatendía los quehaceres, tanto de la casa como de la chacra. Siempre estaba pensativa y ansiosa mirando hacia el camino.

En uno de sus tantos encuentros, Justina descubrió que estaba embarazada, no se lo contó a Juan Armijo, el profesor. Era tal el miedo que sentía de ser descubierta por su esposo, que no comía ni bebía nada en su casa.

El deterioro de su salud, comenzó a ser notorio, por lo tanto, se armó de valor y decidió comentárselo a su amante.

Salió a su encuentro como lo hacía siempre, sin sospechar que su esposo la seguía. Llegó hasta la chacra, donde ya la esperaba Juan Armijo.

El yatiri, escondido para que su mujer no notara su presencia, espero pacientemente. Cual no sería su sorpresa, al descubrir que su mujer lo engañaba con la persona que creía era su amigo.

La pareja se prodigaba muestras de gran afecto y amor, sin notar que eran espiados por el marido de la mujer.

El yatiri, enfurecido y sintiéndose traicionado, rumiando su venganza, se fue a su casa y esperó a su mujer sin mostrar señales de lo que había descubierto.

Cuando el maestro fue a visitarlo lo recibió como si nada hubiese sucedido. Conversaron sobre lo que más le interesaba, el uso de la plantas, y bebieron un té que el yatiri había preparado. Además lo invitó para que el día domingo fuera a su casa a comer un asado. Quedaron de juntarse ese día.

Juan Armijo se fue a la escuela, que también le servía de vivienda. A medianoche, despertó con fuertes dolores estomacales. Se preparó un té caliente y volvió a dormirse.

Al otro día, estaba fatigado y demacrado, hizo sus clases como de costumbre y decidió ir a visitar al yatiri para que le preparara una tisana con las yerbas que él usaba y que podían quitarle el malestar que sentía.

El yatiri al verlo sonrió levemente, sin que el profesor lo notara. Le preparó una yerbas y le dijo que con ellas se sentiría mejor. Además, le entregó una bolsa con otras yerbas; para que se pre-

parara si el malestar volvía. Le recordó que debía estar bien para el día domingo.

El profesor se sintió mejor durante el día, pero en la noche los malestares volvieron cada vez más fuerte. Tomó un té con las yerbas que le había entregado el curandero, pero no lo aliviaron.

No pudo levantarse, sufría dolores intensos, fiebre y vómitos. Como no fue a dar clases, los alumnos se preocuparon y lo visitaron en su vivienda, al verlo tan enfermo llamaron al curandero.

Éste fue a verlo y le siguió dando sus brebajes. En el día se sentía bien, pero en las noches sufría grandes dolores, no podía descansar, ni tampoco dormir.

Justina fue a visitarlo y le rogó que no acepara las pócimas que le preparaba su esposo. Ella estaba segura que él lo estaba matando, pero Juan Armijo, no le creyó, porque además estaba convencido que el esposo no sabía nada de sus amoríos. La mujer después de verlo, se fue muy angustiada y con la certeza de que su marido sabía de su relación con el profesor.

El profesor, en los días posteriores, no experimentó ninguna mejoría.

En la madrugada del día domingo, murió sintiendo fuertes dolores y en su delirio mortal, le pareció que el yatiri estaba a los pies de su lecho de muerte, sonriendo malévolamente y que le decía que su honor mancillado había sido vengado, y que su hija sería criada como una verdadera hija por él.

El profesor comprendió que el yatiri sabía de su engaño y que su venganza, por haberlo traicionado, ¡era la muerte!

Los rumores sobre su deceso, llegaron a las autoridades, se le practicó la autopsia, pero esta no reveló ninguna anomalía.

Después de un tiempo, por el pueblo, se vio a Justina tomada de la mano de una chiquilla rubia, de ojos azules y aspecto desenfadado.

Según las explicaciones del yatiri, su hija nació así, porque su esposa miraba mucho al Tata Inti y le rogaba, pidiéndole que la bendijera con una niña. En respuesta a sus ruegos el Tata Inti, le envió a esa hija para recordar al maestro que pasó alguna vez por ese pueblo.

PRIMER PREMIO REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA ENAMORADA

Miriam del Carmen Luza Sarmiento
Docente
Sierra Gorda

El desierto está poblado de leyendas, leyendas que se transformaron en tradiciones orales de nuestra comuna.

Sierra Gorda, pueblo minero ubicado a 144 kilómetros de Antofagasta, capital de la Segunda Región. Pueblo minero, de calles polvorientas y alegres por las risas de los niños que nos trasportan al pasado de los campamentos salitreros ya extintos. El sacrificio de sus hombres y mujeres que nacen, crecen y forman un hogar en el terruño que cobijó a sus antepasados.

Cuentan las señoras que cuando la temperatura del verano en Sierra Gorda es más alta de lo acostumbrado, llega al pueblo una joven mujer seductora que a través de sus sonrisas y miradas cautela quién será el amante de la noche tibia y cálida.

Se pasea al atardecer y su cuerpo se ve a través de sus vestidos traslúcidos que dejan ver sus muslos y piernas bien torneadas. Su busto prominente se aparece por el escote pronunciado ante el embeleso de los ojos lujuriosos de los cansados mineros que ven transformado su atardecer ante la frágil figura femenina.

Sí, ella se pasea pletórica de sensualidad y belleza juvenil atrayendo a su amante de turno. Su caminar es felino, cautivante, hipnótico.

No se sabe cómo escoge a su amante. ¿Será por edad?, ¿juventud o experiencia?, ¿quizás por el trato afable de un hombre acuñado en la soledad del desierto?, en fin.

Hasta ahora se conocen sólo dos relatos, el primero lo contaré a continuación:

Miguel Campos de 23 años fue a comprar cigarrillos al Hawaii, restaurante de la localidad donde se reúnen los hombres al atardecer. Allí la vio; hermosa, altiva, sensual de ojos soñadores y labios húmedos e insinuantes. Quedó clavado al piso, su mente le decía que debía seguir o si no todos se darían cuenta de que estaba como aletargado por la presencia de la desconocida y la burla iba a ser general. Ella, consciente de lo que despertaba en el joven, se aproximó al ritmo candente y sensual de sus caderas. Se sentaron en la calzada a conversar como si se conocieran de años. Su plática fue simple, cordial, entretenida, íntima. El atardecer se confabulaba para dar el toque especial a la atracción animal que ambos sintieron. Miguel observó el reloj y sin darse cuenta había pasado ya media hora. Se pusieron de pie, sin hablar. Le rodeo con su brazo la cintura y caminaron hasta que llegaron al cementerio sin darse cuenta. Se besaron apasionadamente. Sentía su cuerpo joven, su piel tersa y suave. La pasión se desbordó y sus cuerpos se entrelazaron llenos de pasión y sueños sin cumplirse. Comenzaron a despojarse de sus prendas al tiempo que se besaban con pasión. Sus cuerpos ya ardientes iban por el premio mayor. Apretó su cuerpo a la de ella y al compás de sus movimientos febriles la hizo suya en la tibieza de la noche.

Su cuerpo firme lo excitaba cada vez más, con fuerza y pasión arremetía contra ella al compás del movimiento y de las féminas caderas. Se sintió en la cúspide del placer y la felicidad ya que poseía a la mujer más deseable que jamás había visto. De repente sintió que de su cuerpo emanaba un suave olor putrefacto, pensó que era el

aire y el lugar donde se encontraban. Movió su cabeza tratando de llegar al orgasmo tan deseado y esperado. Mientras confundido por el sabor de los labios se apretó nuevamente al cuerpo de su amante. Se extraño de la frialdad y dureza de su cuerpo. Suavemente entreabrió sus ojos y con horror vio que una sonrisa fría y blanca se traslucía por los rayos de la luna. Abrió sus ojos, dio un salto y un grito desgarrador, su amante se había convertido en una calavera que lo miraba sonriente. Sus gritos desgarradores se escucharon por todo el pueblo al amanecer, nadie sabía qué sucedía. Los carabineros del lugar acudieron a investigar la procedencia de los gritos y al llegar al lúgubre y tenebroso lugar, encendieron sus linternas para saber lo que ocurría. Cuando de pronto se encuentran con el macabro suceso. Un joven desnudo temblaba, ocultando su rostro pavorido. Su cuerpo tembloroso, su miraba perdida. Al alumbrarlo con la linterna reacciona y escapa corriendo por las calles polvorientas. Se encerró en su casa por seis meses y al llegar al atardecer reza lleno de pavor temiendo volver a ver a la "Enamorada".

Al pasar los años, la tranquilidad volvió al pueblo. Esporádicamente alguien se acuerda y lo relata adornando los hechos a su antojo aunque el nombre del infortunado permanece en el anonimato, por temor que al mencionarlo, ella los cautive y sean el nuevo... "elegido".

Las ancianas cuentan que la pobre mujer busca en cada varón al amado que la dejó esperando en la salitrera su ansiado regreso.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA SOMBRA DEL MIMO

Juan Diego Candia Ortiz
27 años
Calama

El asfalto de Caldera recibía aquellos calientes neumáticos del bus que provenía de Santiago, de él bajó nuestro personaje, "el Toto", como le decían los amigos y compañeros de la escuela de pantomima. Alto, flaco, con pequeños ojos que se ocultaban tras una gran nariz. "Un artista tiene que recorrer el mundo, salir a conocer, copiar en su mente los movimientos, costumbres de otros pueblos y ciudades, así te alimentarás de la experiencia de otros". Lo creían loco y patiperro, pero él era así, con las energías típicas de un joven aventurero. Echó su mochila en la espalda y caminó hasta el centro de la ciudad para buscar una hostal en donde poder pasar la noche antes de llegar a su destino final, "Antofagasta". Pensó que no estaría nada de mal hacerse de algún dinero extra con la ayuda de una pequeña rutina, esa platita vendría como anillo al dedo.

Una vez encontrada la habitación, tres mil pesos, una "ganga", ordenó sus cosas y sacó un bolsito con los utensilios para maquillarse de mimo, se posó frente al espejo y comenzó; briskate, lápiz delineador y otros cosméticos que le había sacado a su hermana antes de marcharse de la capital. Poco a poco se formaba aquel personaje incógnito, que le causaba un extraño placer a "Toto", satisfacción que no podía explicar. Y ahí estaba, esa extraña magia de convertirse en pocos segundos en un ser distinto, mirarse al es-

pejo y quedar atónito ante la presencia del mimo, se sentía poseído, transportado a otro mundo. Aquello lo excitaba y revolucionaba la sangre. Ya estaba listo para salir en escena, con toda la adrenalina y predisposición de asombrar al público, que terminarían admirando aquel talento artístico.

La dormida plaza del pueblo, despertaba con el peculiar espectáculo que ofrecía el mimo. Sus primeras víctimas fueron una pareja de jóvenes que se besaban de una forma muy apasionada. El mimo se sentó al lado de ellos y comenzó a imitar la romántica pose, exageró los movimientos eróticos para que se viera más gracioso y dio resultado ya que en la gente se reflejaban las primeras sonrisas, algunos se detenían sólo para ver el espectáculo. De pronto el ambiente se alborotó y todos estaban pendientes del mimo, el show comenzaba a dar sus frutos después de haber imitado a un artesa, el paño que había puesto en el suelo daba cuenta de ello al estar colmado de monedas. El mimo comenzó a buscar su próxima víctima, y de pronto divisó a un anciano muy particular que llevaba un bastón y un viejo sombrero negro que combinaba con su abrigo. El mimo encorvó su espalda y caminó con la misma lentitud y pasividad que el anciano; la gente no paraba de reír y cada vez con más ganas. El anciano se dio cuenta que era objeto de burla, y para sorpresa de todos se dio vuelta y encaró al joven burlador, pero el mimo no paraba de imitarle. Las risas de la multitud comenzaron a cesar cuando el semblante del viejo se torno muy serio, y le dijo -Así que eres muy bueno para hacer reír a la gente- una de las reglas de la pantomima es no emitir palabra alguna, por lo tanto el mimo guardó silencio, pero el anciano nuevamente se le dirigió -Tengo un desafío para ti-. El viejo sacó un fajo de billetes de diez mil y se lo mostró a su imitador. Estos cien mil serán tuyos si logras hacer reír aunque sea a uno de mis pobladores. El mimo se sorprendió al ver el dinero y se dio cuenta que el senil estaba hablando en serio. Sin pensarlo dos veces el mimo tomó al anciano del brazo y se lo llevó a un lugar más tranquilo para dialogar,

— Déjeme ver si entendí bien. ¿Usted me paga esos cien mil pesos si logro hacer reír aunque sea a una persona de su pueblo?

— Así es amigo mío, aunque sea a un solo.
Pan comido pensó Toto, no dudaba para nada de sus habilidades artísticas de hacer reír a la gente.

— Trato hecho, lléveme a su pueblo y al primero que haga reír vengan esas cien luquitas. El anciano hizo subir a Toto en la parte trasera de un coche muy antiguo.

Transcurrieron quince minutos, y después de un silencioso viaje el coche atravesó una espesa niebla que parecía la cortina de entrada al extraño pueblo, se estacionaron bajo la sombra de un campanario, situado en el centro de una plaza. El misterioso anciano miró a Toto y le abrió la puerta.

— Hora de la función, muchacho.

Toto comenzó a maquillarse, y le preguntó al chofer: - ¿Le molesta que use el espejo? - pero no hubo respuesta alguna, el joven optó por obviar aquello y seguir con lo suyo. Algo frío y extraño le ofrecía el ambiente de aquel pueblo. Creo que en realidad es difícil hacer reír a esta gente, pero no faltará el que caiga ante mi talento - pensaba Toto mientras que abandonaba el auto, cerró la puerta y miró a su alrededor, una extraña inseguridad lo invadió, haciéndole recordar los primeros años de circo, pero aún así decidió dar el primer paso. Una pequeña a dos metros de él estaba saltando la cuerda, su vestido jugaba con ella siguiendo el compás que nacía del brinco, sin embargo nadie la observaba. Esto al mimo no lo desalentó y comenzó a imitar sus saltos, pero el esfuerzo fue en vano, pues nadie miraba, ni nadie reía. Luego imitó a un barrendero pero la gente seguía apagada, luego imitó un anciano, una pareja, y la gente parecía que estaba pintada. Al transcurrir varios intentos, pero todos fallidos, el mimo aunque no lo podía creer tuvo que

arrojar la toalla. Tomó sus cosas y divisó el viejo campanario para ir en busca del anciano. Pero algo sucedió antes de llegar a aquel lugar, en sus oídos pudo escuchar algunas risas que asomaban como las brisas que anuncian el otoño, crecían y crecían y no eran normales tenían un tono fantasmal y sarcástico, al reír sus rostros quedaban descubiertos y señalaban cada pisada que daba el mimo, pero no eran las pisadas las que causaban aquellas risotadas, hasta el mimo quedó paralizado al darse cuenta que su propia sombra le estaba dando clases de pantomima, ¡No era posible!, su silueta había cobrado vida convirtiendo al mimo en el hazmerreír de aquellos espectros. Toto, invadido por el terror, huyó lo más lejos posible, sin mirar atrás. Sólo el cansancio logró detener a Toto quien cayó rendido a los pies de un árbol, a lo lejos el rugido de un motor delató la presencia del antiguo coche que reapareció deteniéndose a un lado del estupefacto mimo. La ventanilla trasera bajó dejando al descubierto el rostro cadavérico del anciano - Ahí tienes tus cien mil pesos muchacho - dijo tirando el fajo de billetes a un lado de Toto - los has hecho muy bien, hace cien años que no había visto reír a estos pobres infelices - el coche desapareció del todo, mezclándose con la polvareda que dejo al partir, y también dejo atrás aquel pueblo que en realidad solo eran ruinas y un viejo cementerio.

El mimo mantuvo por años aquel suceso en secreto, claro que ahora escogía con mucho cuidado a la víctima de su espectáculo.

TERCER PREMIO REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

MILAGROS DEL "MORVEGA"

Samuel Muñoz Mayorga
66 años
Profesor de Educación General Básica y Bibliotecario
Calama

Los Mora y los Venegas no se querían mucho. Para decirlo mejor, querían demasiado a "Las Vegas de San Francisco".

— Si vas a contarme un cuento, necesitaré un trago. Así, estaremos en mejor ambiente narrativo.

No estaba mal el vinillo. Un tanto simple, pero de aroma y sabor, bien. Miré, atentamente, la botella. Bonita etiqueta. Un irónico Baco me sonreía, enfundado en tenida de "huaso", y con una linda "campecha", a la que tenía cogida por la cintura.

-— Todos los vinos de nuestra tierra se pueden beber, sin mayor tormento. Éste, no lo conocía. ¿Puedes informarme? ¿Viña "Morvega"? ¿De nueva creación?

— No tanto, hombre; no tanto. Recuerda que éste es un país largo, como la esperanza del pobre. Simplemente, es capítulo que no estaba en tu libro. Ahora, a callar, que aquí viene la historia...

La culpa de todo la tuvo algo que ningún campesino puede negar: el amor al patrimonio que le han dejado sus mayores. La tierra manda. Y si es buena tierra, como agua todo el año, como para dar

dos cosechas, el amor se acentúa y, como el vino, puede llevarte a hacer más de un desaguisado. Es lo que ocurrió con las mentadas vegas. No se estilaba, entre esa buena gente, andar metida en oficina de leguleyos. Ni cercas había que dijesen "esto es mío". Había una franja intermedia, que no se tocaba. Eso era todo. Hasta que al Huilichepo se le metió en su tozuda cabeza la idea de que su mujercita podía plantar allí claveles. El otro lado tenía, también, su "cabeza de chancho" (léase porfiado): el Janle. Y...

— Permíteme una interrupción. Aunque bien sé que no te gustan. ¡Vaya nombres raros que tenían esos hombres!

Se echó a reír. Con su ancha y fuerte risa de campesino culto.

— ¡Tenía que aportillarme el discurso, el muy impaciente!

¡Qué hacer! Alguien estudioso, por ahí hubo. Cayó Shakespeare en sus manos. Y no paró en chicas su admiración por el británico. Al primer varón que su mujer le dio, púsole William Shakespeare. Impronunciable para los lugareños. Este jetón, dijéronse, tiene que estar loco para andar poniendo nombres así a sus hijos. Quedó como Huilichepo. Todo tiene arreglo. Dios no quiere, por supuesto, que nadie quede descontento. ¿Fue cosa de tragos más, tragos menos? Lo que haya sido. Casi se trapica el buen señor cura, cuando tuvo que poner, en la fe de bautismo, Hamlet. Tal cual. Nuevos problemillas de pronunciación. Quedó como Janle. ¿Qué tal? Al otro lado de la imaginaria línea divisoria, también habría alguien que se preguntara si su padre estaba con la caña cuando lo hizo bautizar.

— Chaquesperiano el asunto. Sigue, hombre, sigue, que esto pinta para bueno...

Un buen día, el Huili se trenzó, en verbal disputa, con el Janle. Cañoneados, ambos. (Para que se entienda: los dos estaban más

como con vino que como conviene). Los claveles de Micaela no fueron más que un pretexto. La verdad es que ambos estaban prendados de las hermosas piernas de Alicia, una lugareña que parecía de otro mundo. Cabellos negros, cual azabache. Ojos verdes. Tez blanca. Bocado de cardenales. Palabras sacan palabras. Alguien hizo un mal recordatorio de la madre del otro. Y eso no hay chileno que lo soporte. Salieron a relucir los cuchillos. Y Huilichepo recibió una certera puñalada en el corazón. Todos lo lamentaron. Aunque el finadito era más pesado que vino de prensa. Al galope de buen caballo, el matador se hizo humo. Nadie quería venganza. Conscientes estaban todos de que había sido cosa de alcohol etílico. Pero no se puede matar a un prójimo y quedar libre de polvo y paja. Reuniéronse los jefes de ambos clanes, para ver cómo solucionaban el despanzurro. Echaron, pesarosos, mano a las faltriqueras, y consultaron a un tinterillo. Que no haga acto de presencia, díjoles. Va a costarle una "desaparición" de quince años. El delito prescribirá. Así hubo que hacerlo.

Todos sabían en qué enmontañado lugar estaba. Los carabineros (policía) también. Cada cierto tiempo llegaba una orden para "activar" la investigación. Y el Janle tenía que cambiar, momentáneamente, de domicilio. No era habido. Y el tiempo seguía transcurriendo.

— ¿Qué fue de Alicia?

— ¡Maldito libidinoso! Las medias, para esas bellas piernas, las puso en catalán, de apellido Llorca, que andaba en investigaciones; no policíacas, sino agrícolas. Un experto en vides. A callar, sabandija, que aquí viene lo bueno. Convenció, primero, a Alicia, de las bondades de hacer intercambio cultural. Se casó con ella. Y, acto seguido, tiempo y paciencia, convenció a los "veguinos" de que el jugo de Noé era lo que los uniría per sécula. Nació la "Viña Morvega". Agréguese a ello que Chile es el país de la amistocracia.

Entre amigos, todo se arregla. Y que las mujeres son capaces de hacer pecar a un santo, no lo discute nadie. La labia de don Fernando y la belleza de su mujer consiguieron, además, que la sobreproducción de uvas tuviese un buen destino. Todo legal. El mismo picapleitos que hizo "desaparecer" al Janle puso los papeles en orden. ¿Tú sabes lo que es un alambique?

— Alguna idea tengo.

— Lo que quiere decir que no tienes ninguna. Te daré una clasecita, como las que dio el mentado Fernando a los fundadores del viñedo y sus instalaciones. Un alambique es un aparato para destilar, que se compone de una caldera, o cucúrbita, en la que se coloca lo que se quiere destilar, y una tapadera, o mantera, que recoge los vapores, y los lleva, por un tubo inclinado, hasta el refrigerante, o corbato, donde se enfrían y liquidan, al pasar por un serpentín bañado en agua fría.

Obtuvieron el alambique. Sepa Dios cómo. Habría que preguntar a Alicia, y a su cónyuge, pero cosas hay que más vale no menear. El vino "Morvega", pasable; pero el aguardiente, y el coñac de la misma marca...

— Exquisitos. Gracias por la probadita; pero termina pronto la historia, o van a tener que llevarme a casa en posición horizontal...

— Estás debilucho, hombre de Dios. Termino y llamo a un taxi, para que vayas a echar un sueñecito. A Fernando le entró "morriña" (nostalgia por el natal terruño). Echóse mano, nuevamente, al hombre de leyes. Cedió, gentilmente, su parte del negocio a la familia de su mujer, y... retornó a España. Se llevó, como "souvenir", al Janle, tras convencerlo de que también en la Madre Patria había mujeres como para poner los ojos en blanco, y que no sería imposible conseguirle alguna. En verdad, así lo hizo. Los Mora y los

Venegas tomaron por costumbre el casarse entre ellos, y no se produjo ningún entuerto genético. Así es que convengamos en que no siempre aciertan los medicuchos, cuando hablan de los matrimonios entre primos. Milagros del "Morvega".

— Así será, si tú lo dices. Pero... ¿cómo se explica, entonces, que esté ante mis ojos, que quieren cerrarse, este cojo chismoso, talentoso, bebedor y mujeriego, que me ha contado una historia truculenta que, con tu permiso, trasladaré al papel? Que yo sepa, te llamas Alfonso Mora Venegas. ¿O me equivoco?

El vaso, previamente bien vaciado, estuvo peligrosamente cerca de descachalandrarme. Por fortuna, escapé ileso. ¡Milagros del "Morvega"!

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

ES HORA DE MARCHARSE

Higinio José Adones Pizarro
23 años
Estudiante de Periodismo
Tocopilla

— ¡Es hora de marcharse! ¡Vamos que está por partir el bus!, —decía la madre a sus hijos, quienes salían rumbo al sur del país por problemas de trabajo que habían en esos tiempos en el Norte Grande.

Mientras, los abuelos regaloneaban a sus nietos por última vez.

Partió el bus y los abuelos tristes se quedaban mirando y haciendo señas a sus familiares, pensando que no volverían a verlos por lo largo del viaje donde sus hijos se marchaban.

Solos en el lugar, los abuelos comenzaron a hacer sus rutinas diarias. El viejo caminaba por toda la pampa tras los pasos que hizo cuando tenía esa fuerza y vitalidad de romper el caliche, cargarlo y venderlo a los extranjeros que en esos tiempos mantenían las salitreras.

La abuela, en cambio, se quedaba largas horas en la casa, realizando las labores hogareñas, que consistían en cocinar, lavar y coser algún chalequito para el día en que vuelvan sus hijos.

Cada vez que pasaba el tiempo, los abuelos no sabían noticias de sus hijos y nietos. Las cartas ya no se contestaban. Sus hijos los

dejaron, allá en el norte, donde el clima es el más árido del mundo. De día el sol calentaba la tierra y pareciese que un gran horno convertía a la localidad. De noche la situación cambiaba drásticamente, el frío se hacía sentir con tal fuerza, que los huesos ya estaban a punto de quebrarse.

Un día los abuelos, que no perdían las esperanzas de reencontrarse nuevamente con sus hijos, comenzaron a recordar los diversos momentos que pasaron junto a la familia, en los tiempos que celebraran cada uno de los cumpleaños y fiestas de fin de año.

Como el cumpleaños del nieto mayor, que en ese tiempo tenía 10 años, el cual regresó a los amigos que había invitado porque no venían con regalos en mano, para darle así un trozo de la torta y pudieran sacar algún dulce cuando se rompiera la piñata. Risas venían a las caras de los abuelos.

O como el fin de año, cuando la abuela les tejió a sus nietos dos chalecos. Uno rosado para su nieto mayor y uno azul para la más pequeña, donde esa confusión terminó en las risas de todos los presentes que celebraban la Navidad.

También recordaron el cumpleaños de la abuela. Cuando la nona realizó varios platos para festejar uno de los días más importantes para la familia. Conejos en escabeche, cordero al palo, acompañados del singular arroz con papas. La torta, queques y dulces, que los más chicos de la familia disfrutaban de esas golosinas.

O cómo olvidar el último día en que los hijos y nietos pasaron juntos, antes del día en que se olvidaran de los abuelos. Esa vez los más chicos de la casa recitaron a los viejos. Mientras que la pequeña de la casa les bailaba a los presentes una canción del momento.
Esos mismos recuerdos, hicieron pensar a los abuelos que ya habían pasado sus años. Cuando fueron jóvenes, cuando se conocieron, se

casaron, tuvieron hijos, nietos, sobrinos. Creció la familia. Que habían superados todas las expectativas, que sólo vivían de recuerdos, perdiendo la esperanza de volver a ver a su familia, con la que pasaron gratos momentos.

— ¡Es hora de marcharse! -dijo el abuelo con unos ojos que decían otra cosa.

— ¿Es hora de marcharse?, —respondió la abuela con un gesto de pregunta, desconcertada además con la frase repentina del abuelo.

— ¿Que vamos a algún lado? ¿Visitaremos a los hijos y nietos?, —preguntaba.

— ¡No, no! Es hora de marcharse al otro mundo, donde estaremos mejor y nos reuniremos con los demás familiares que han partido primero. Porque acá estamos completamente solos, -respondía el abuelo con una cara de angustia y de pena.

— ¿Y qué quieres hacer?

— ¡Quitémonos la vida!

— ¿De qué me hablas, viejo? ¿Cómo se te ocurre? Pero pensándolo bien, no es mala idea desaparecer de aquí. Total nadie se dará cuenta si estamos vivos o no.

— ¡Te mato y luego me mato, para que lleguemos juntos al cielo!

La abuela dio la aceptación de desaparecer primero porque no sabía manipular el arma polvorienta que el abuelo guardaba en el baúl en caso de que algún problema se presentase. Por lo que el nono preparó el artefacto para quitarse la vida. Mientras la nona arreglaba la casa para el momento final.

Un disparo bastará para enviar a la abuela al cielo, pensaba el abuelo. Sentados en la sala junto a las fotos de sus familiares comenzaron el desenlace fatal.

Primero le disparaba a la nona y luego el viejo se quitaba la vida.

— ¡Ya nona, es tiempo de marcharse!, —dijo el abuelo.

— Esta bien, mi viejito, y recuerda que te amo, -decía la nona con lágrimas en sus ojos. Mientras pensaba en su familia que la había olvidado.

— Yo también te amo, mi viejita.

En eso, el viejo tomó la escopeta, apuntó, disparó y dio muerte a la abuela. En tanto le caían lágrimas que reflejaban la angustia de la soledad. Era el turno de marcharse. Cogió el arma y apuntó hacia él. Comenzó a apretar el gatillo con calma pero un golpe en la puerta lo interrumpió.

No le hizo caso y siguió en el acto. Insistentemente la puerta era golpeada, por lo que el abuelo interrumpió la acción para atender al afuerino. Corrió la cortina que tapaba la ventana y vio una multitud de personas, entre ellos grandes y chicos.

Con la escopeta en la mano, mientras escuchaba a lo lejos que las personas murmuraban su nombre y la de su esposa. Abrió la puerta y para sorpresa frente a él se encontraban sus hijos y nietos que venían a visitar a sus abuelos por el verano.

Paralizado se quedó frente a ellos, sin saber si reír o llorar.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

HISTORIA DE MI PUEBLO

Mónica Cecilia Anza Colamar
27 años
Agricultora
Calama

Se cuenta que a partir del año 900 a. de C. de nuestra era habían por estos lados en Caspana cientos de habitantes que se dedicaban a la agricultura y al pastoreo. Sus viviendas eran hechas bajo enormes peñascos y algunas con piedras pequeñas a su alrededor y las terrazas que cultivaban se encuentran en los faldeos de la quebrada en donde cosechaban maíz, cebada, trigo, papas y habas.

Estas personas trabajaban solamente con la luna, porque todavía no existía el sol, adoraban a la pachamama (tierra) y al agua. Para sembrar hacían un rito a la tierra y a las semillas en donde pedían que den sus sembradíos en abundancia, creían mucho en estos pagos a la tierra.

Durante la mitad del ciclo XV cuando se produce la expansión del imperio incaico hacia el sur del Cuzco, estos llegaron cerca del pueblo no por conquista ni por invasión, pero en consecuencia a siete kilómetros del pueblo en los faldeos de un cerro existe un centro de ceremonias incaica.

Sobre la fecha de una eventual fundación moderna de Caspana nadie tiene respuestas. A la llegada de los españoles ya existía una parte del pueblo a la que hoy se llama el pueblo viejo conformada por un

grupo de casas de piedras, techos de pajas a dos aguas, calles angostas y con adoquines.

El año 1600, los españoles estuvieron en el pueblo, se dice que ellos construyeron la iglesia del pueblo.

Cuando estaban anunciando que iba a salir el sol, todos creían que el sol les iba a quemar, desde entonces se escondieron bajo sus viviendas. Cuando apareció el sol hubo un temblor muy fuerte en donde se movía la tierra y murieron enterrados muchas personas y desde entonces ahí quedaron sus tumbas, hubieron muy pocos sobrevivientes. En el lugar donde quedaron sepultadas las personas fue llamada el cementerio de los abuelos.

Cuando descubrieron que la gente que vivía antes en este pueblo se encontraba enterrada vieron algunos arqueólogos de Calama y empezaron las excavaciones para sacarlos. El padre Gustavo Le Paige cuando venía a la fiesta de la Candelaria, patrona del pueblo, fue quien llevó algunos cráneos y calabazas para el museo de San Pedro y los otros se encuentran aquí en el pueblo.

Fueron habitados por culturas diferentes y cada uno con rasgos propios. La diferencia que existía en la deformación de los cráneos y en la cerámica de una y otra cultura, las calabazas de los caspaneños indicaban que en épocas remotas se relacionaron culturalmente con los habitantes del noreste argentino. Muchos secretos quedaron enterrados bajo los suelos de este pueblo, pero los trabajos arqueológicos realizados en el pueblo dejan al descubierto algunos de ellos.

La vida de este pueblo actualmente sobrecoge, pobres casas construidas a la manera indígena de piedra y paja brava en el techo.

Caspana en un pueblo en donde hasta el día de hoy se conservan las tradiciones y costumbres de nuestros antepasados, han pasado mu-

chas lunas por los cielos de Caspana, pero el ritmo de la vida y de los habitantes sigue siendo el mismo que tuvieron los antepasados: sembrar, cosechar, llevar el ganado al campo y por las tardes encerrarlos en el corral.

La vida aquí en el pueblo es única ya que muchos han vivido aquí desde nuestros antepasados hasta ahora. Las preguntas de los que llegan por primera vez al pueblo no suenan raras ya que se preguntan ¿cómo se vive aquí?

Este pueblo está lleno de leyendas, cuentos, historias, si nos ponemos a escribir cada una de ellas no podríamos terminar de escribir.

Les invito a conocer mi pueblo que está ubicado a 92 kilómetros al interior de Calama a 3.260 metros sobre el nivel del mar.

Este pueblo nos dice que la vida es una historia distinta, a continuación les contaré dos leyendas.

HECHOS EN EL DÍA DE "SAN JUAN"

Había una vez unos pastores que celebraban el día de San Juan. Junto a la gente estaban floreando sus ganados que eran solamente cabras y cuando llegaba la tarde tenían que soltar al ganado para que se fuera a comer.

Los largaron y mandaron al marucho (pastor) que fuera tras de ellos para que no se perdieran, cuando llegaron a la quebrada empezaron a bajar las cabras y sucedió que se convirtieron en vizcachas y corrieron a esconderse en las peñas y el pastor quedó asombrado al ver lo ocurrido.

EL ZORRO Y EL CÓNDOR

Cuentan que el zorro al ser muy astuto siempre apostaba con quien se cruzaba por el camino, cierto día se encontró con el cóndor y apostaron de quién era capaz de amanecer sobre el hielo. Luego llegó el día de la apuesta, el cóndor llevó con sus patas una piedra para sentarse y en cambio el zorro se tiró arriba del hielo y se durmió pensando que amanecería y al otro día cuando salió el sol el cóndor fue a ver al zorro y con sorpresa encontró al zorro congelado.

PRIMER PREMIO REGIONAL
III REGIÓN DE ATACAMA

YANTAY, EL REY DE LOS GUANACOS

Pedro Alfonso Bolados Gárate
36 años
Técnico agrícola
Freirina

Hace muchos años, en un pueblito llamado Junta de Valeriano, ubicado a los pies de la cordillera, por el valle de "El Tránsito", hubo un señor llamado Manuel que cariñosamente la gente le decía "don Mañungo".

Este hombre era una persona solitaria, que siempre solía caminar mucho por los cerros, en busca de animales de arreos que eran de los lugareños y además aprovechaba de cazar algunos guanacos, vizcachas y una que otra ave que circundaba por el lugar.

Cierto día, don Mañungo se levantó muy temprano porque tenía un compromiso de entregar carne de guanaco a unos señores que venían de Vallenar, de lo contrario, si no cumplía, lo delatarían por la caza ilegal de guanacos que por esos lugares era muy frecuente encontrarlo en piños de seis, de doce o a veces muchos más. Apenas llegó el alba, don Mañungo tomó sus herramientas de trabajo, preparó las mulas y partió rumbo a la laguna que quedaba algo retirado del sector.

Por otro lado, la gente de Junta de Valeriano no le tenía mucha confianza a don Manuel a pesar que él de vez en cuando le regalaba carne a los lugareños, pero ellos no se explicaban cómo y de dónde bajaba tanta carne de guanaco y en tan poco tiempo. Poniéndose de acuerdo, los lugareños más curiosos decidieron vigilarlo y seguirlo desde lejos para que él no se diera cuenta de este plan.

Don Mañungo era mucho más hábil de lo que creían, así es que no más allá de haber caminado con sus animales unos treinta y cinco kilómetros, se dio cuenta de que lo seguían. Sin dudarlo ni un minuto, decidió volver al pueblo por otro lado y lógicamente que los que lo seguían llegaron nuevamente al pueblo.

Al llegar a Junta de Valeriano, encontraron a don Mañungo conversando con toda la gente del lugar, ellos se unieron a tal reunión para oír lo que don Mañungo les decía:

— Nunca más les traeré carne a sus casas ya que ustedes me han traicionado puesto que desconfiaron de mí y enviaron a sus amigos para que me siguieran, ya no volverán a verme en mucho tiempo. Dicho esto, don Mañungo se retiró y la gente no le dio mucha importancia ya que él era un hombre solitario que vivía muy torrante y la mayoría de las veces deambulaba por el sector comiendo de las sobras que dejaban sus vecinos en las horas de comidas.

Las personas que lo siguieron sabían que tenía que ir nuevamente a la laguna para encumbrarse más al interior de la cordillera y cumplir con su pedido, es por eso que ellos lo anticiparon y esperaron a que él apareciera por esos lugares.

Dicho y hecho, don Mañungo a la semana siguiente hizo su viaje, y cuando ya estaba en plena cordillera, cazó a unas vizcachas que estaban semiheladas con el frío de la mañana. Preparó su campamento y salió en busca de lo más preciado y prohibido, la caza ilegal del guanaco. Recorrió dos días el lugar, hasta que en una quebrada,

divisó un piño de catorce guanacos. Hábilmente con sus trampas y su escopeta preparó un plan macabro, y procedió, matando a nueve especies; al rato después, casi al atardecer mató a seis guanacos más. Al otro día siguió su búsqueda y encontró una quebrada que no tenía salida, excepto por donde él venía, encontró y acorraló a un piño considerable. Entusiasmado él, ya cegado por su codicia y sin reparo comenzó a disparar y a matar todo guanaco que se cruzaba por la línea de fuego, chicos y grandes, hembras que a punto de dar vida caían formando con su sangre un río que llegaba a encandilar con los reflejos del sol. Él por su parte a cada disparo que hacía, se envolvía en una nube de maldad y no cesaba de disparar.

Por otro lado, los lugareños que lo vigilaban, quedaron asombrados y asustados, entonces decidieron regresar a sus casas y solamente el Pelluco se quedó, quería buscar la forma de quitarle la escopeta, pero era imposible, don Mañungo estaba cegado y empapado en avaricia, así es que decidió ocultarse en una roca y simplemente observarlo; lloraba de pura impotencia ya que él amaba los animales.

Don Mañungo, seguía disparando y por nada del mundo iba a dejar libres a los pocos guanacos que quedaban vivos, sus demás hermanos estaban apilados como rumas de piedras. Entre los disparos y el polvo que levantaban los pobres animalitos, apareció un guanaco que en medio de ese caos se veía como una figura humana. Pelluco que estaba atrás escondido y con don Mañungo quedaron atónitos al ver esa silueta, que a cada paso que se acercaba hacia ellos, se mostraba más humano. Cuando ya estuvo solo a siete metros de distancia de donde estaba don Mañungo, éste se atemorizó más. Esa silueta que ellos veían ya estaba completamente formada y mirando a don Mañungo le dijo:

— No mates más a estos animales, mis hermanos, ni a ningún otro animal. Don Mañungo asustado al principio, pero después soltó la risa y le dijo que se hiciera a un lado porque él no lo perdonaría, y simplemente le dispararía.

— Salga de aquí, amigo —le dijo don Mañungo- si no quiere que lo mate´ño.

— Te lo repito, deja esa arma y no hagas más daño.

Don Mañungo ya estaba endemoniado por su codicia y por el afán de matar a todos esos animales, ya que para él era un buen negocio, siguió disparando y matando a los últimos animales que quedaban. Ciego de ambición, se olvidó de esa persona que había aparecido del piño de guanacos, que estaban siendo acribillados por él y que ya casi en su totalidad estaban muertos, hasta que en su último disparo se le trancó la escopeta y no pudo disparar.

— ¡Basta! -le dice este hombre misterioso. —No sigas matando a mis hermanos, por favor.

— Y usted quién es para reprimirme y decirme que no mate a los guanacos, porque aquí yo hago lo que quiero.

— Yo soy Yantay, "El rey de los guanacos" —le dijo.

— A dónde se ha visto que los guanacos tengan rey —dijo don Mañungo, y él le respondió:

— Solamente aparezco cuando los guanacos están en eminente peligro.

— ¡Ja-ja-ja! —reía don Manuel. Usted está loco pu'ño.

— Mira lo que haré con los guanacos que has matado —le dijo Yantay.

— ¡Arriba!, vivan nuevamente, y salgan de aquí, —extendiendo su mano hacia los guanacos muertos. Todos se levantaron al instante y don Mañungo se asustó por lo que vio, pero no del todo.

— Ahora serás castigado, pero te daré una oportunidad para que te arrepientas y no mates nunca más a los animales.

— Está usté' loco, 'iñor, si cree que voy a dejar de hacer lo que siempre he hecho para vivir y para divertirme —le decía don Mañungo.

— Entonces serás castigado y recibirás el castigo que te mereces. Cuando la luna esté en estado de menguante tú será convertido en guanaco y sufrirás la persecución de otros cazadores además caminarás solo por los cerros y quebradas, los piños que encuentres a tu paso nunca te recibirán.

Don Mañungo, entre creyendo y no creyendo, pensó que era una ilusión mágica de algún hechicero de esos sectores, que pretendía asustarlo y que le tendió esa trampita.

Por otra parte, a Pelluco que estaba ahí escondido, lo invadió su propio miedo y decidió partir a la Junta de Valeriano en donde él vivía. Cuando ya se retiraba de ese lugar se fijó que la huella dejada por el rey de los guanacos, o esa persona que ellos veían en ese lugar, era con la forma de la pata del guanaco a pesar que éste estaba como humano y su sombra como figura de guanaco.

Pelluco se fue de ahí asustado y se prometía a sí mismo no comentarlo con nadie, porque simplemente no le creerían y lo tomarían por loco.

Don Mañungo viendo el fracaso de su cacería, volvió derrotado al pueblo y con la convicción de que todo lo que le pasó había sido obra de algún brujo de La Junta que lo envidiaba.

Pasó el tiempo y Pelluco esperaba nervioso esa transformación que sufriría don Mañungo; mutación que había dicho Yantay en castigo a su maldad.

Llegó el día y Pelluco, que era el único que sabía de todo esto, se levantó muy temprano y se fue a la casa de don Manuel. Al entrar a la casa encontró a un guanaco en el comedor, llamó a don Mañungo, pero éste no respondió, lo buscó en todos los recovecos de la casa, pero no lo vio nunca más. En cambio, al guanaco que estaba en el comedor de la casa le corrían las lágrimas por sus quijadas; a Pelluco le invadió la tristeza y sintió algo escalofriante por todo su cuerpo, pues no tuvo más remedio que liberar al guanaco que allí estaba para que se fuera a los cerros.

Cuentan que siempre se ve a un guanaco solitario cerca de la quebrada de los pozos y muchas veces lo han visto muy cerca del pueblo.

Doña Uberlinda Campillay, que es más conocida como "la Norita", dijo que su padre, don Isidro, alguna vez lo vio, que era de color blanquecino y él decía que para invocar al rey de los guanacos había que llevarle harina tostada de maíz, además dejarla esparcida en una piedra, cerca de la quebrada de las pinchanas, y así Yantay podría permitir la captura de algún guanaco, pero sólo por sobrevivencia. Además este guanaco no se deja ver con cualquiera; sólo con las personas de corazón limpio se muestra.

Hoy, don Mañungo se divisa a lo lejos de Junta de Valeriano y como siempre… solitario.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
III REGIÓN DE ATACAMA

EL COMPAÑERO

Héctor Alejandro Ocayo Cubillo
34 años
Vallenar

Sin lugar a duda que el 11 de septiembre de 1973 marca significativamente el quiebre más notable que haya conocido la vida republicana de nuestro país. Pero sobre toda las cosas, es en los pobladores de aquella época en donde existe el potencial inequívoco de cada una de sus vivencias, de la percepción de vida y libertad, de sus temores convertidos de uno u de otro bando en actores fundamentales de la historia.

Orlando Alfaro Rivera es el nombre de un regidor de aquella época. Se desempeñaba en la ciudad de Puerto de Huasco. Era un hombre sencillo, de una familia humilde, hijo de un obrero y de una modesta dueña de casa.

Alfaro era un obrero que toma su experiencia laboral y su experiencia de vida para canalizarlas, a través de sus ideales, en la política y transformarlas sólo en cuestión social. Era un político chapado a la antigua. Hecho a fuego lento, templado y forjado como el más duro de los aceros.

Alfaro en su juventud se había trasladado a Potrerillos donde se desempeñó como obrero en las faenas cupríferas. De allí se traslada hasta Huayco, donde se transforma en dirigente sindical CAP

Guacolda, junto con transformarse en regidor de esa comuna. Él llega a ser primer regidor, lo que le permite subrogar en ocasiones al edil de aquel municipio.

Esté currículo, sumado al compromiso irrestricto con el Gobierno de la Unidad Popular, se transformaría en una sentencia de muerte, o en el mejor de los casos, en un pasaporte a una odisea sin precedentes y aterradora, con la llegada del 11 de septiembre de 1973.

Aquel día, al igual que muchos chilenos, el pánico se apoderó de Alfaro a quien no le cabe duda que lo mejor es desaparecer de Huasco, y la decisión debía ser inmediata y sin ningún tipo de preámbulos.

Es así como Alfaro sale con el mínimo de pertenencias, alrededor de las 15:00 horas del 12 de septiembre, con dirección a Domeyko, en el asiento posterior de un auto junto a otro prófugo del Golpe de apellido Ceriche. Ambos al pasar por la plaza de Freirina se agachan, ocultándose, puesto que era notable el grado de control que se apreciaba. No obstante todo aquello, logran pasar aquel primer obstáculo.

Alfaro junto a Ceriche, el chofer y un guía llegaron hasta la estación ferroviaria del Romero, unos 18 kilómetros al sur de Vallenar. La escasez de gasolina no permitía llegar hasta Domeyko, por lo tanto debían retornar con rumbo a Vallenar mientras Alfaro tendría que caminar hasta Domeyko.

El camino elegido por Alfaro para lograr su objetivo fue a través de la línea férrea. Puesto que ésta lo alejaría de la notoriedad que reviste caminar a orillas de la carretera. Mientras un receptor de radio a pila le hacía saber que el Estado de Sitio se imponía, mientras los bandos uno a uno le iban informándole el grado de seriedad de su situación, la que le iba de mal en peor.

Alfaro tuvo que caminar toda la noche en medio de una espesa neblina, la que en momentos le hacía pensar que sólo deambulaba sin rumbo fijo, puesto que la espesura de la bruma no le permitía ver nada. Sólo pudo confirmar el camino y retornar al rumbo con seguridad, cuando llegó de madrugada al sector El Churqui. Ello le permitió que a primera hora de la mañana llegara a Domeyko.

Allá se enteró de que su hermano Heriberto había marchado de madrugada con dirección al puerto de Huasco para conseguir noticias de él y acudir en su auxilio. Heriberto había tomado el rumbo a campo traviesa atravesando la cordillera de la Costa, por caminos pedregosos y sectores absolutamente intransitados, entre cerros y quebradas.

Una vez que Alfaro analiza la situación, junto a su familia, toman conjuntamente la decisión de ocultarse al interior de Domeyko, específicamente en el sector de Manqui, habitado sólo por algunos pocos leñadores, y crianceros nómades, quienes aprovechan las praderas para salvar los ganados en años secos.

Alfaro salió de Domeyko al caer la noche del día 13 de septiembre acompañado de su hermano Raúl. Su equipaje sólo llevaba lo necesario para sobrevivir. A esa hora de la noche no levantaría sospecha y podría pasar inadvertido. Ya la orden de detención para Alfaro era amplia y se extendía por toda la región.

Alfaro estuvo alrededor de un mes oculto en la zona de Manqui. Ocupó como refugio un pirquén de una antigua faena abandonada y que en alguna ocasión había sido el medio de trabajo seguramente de algún minero artesanal. El hacinamiento, la escasez de alimentos, de agua constante, la falta de comodidades mínimas, llevaron a Orlando Alfaro a probar mejor suerte al interior del Valle del Huasco, en las cercanías del poblado de San Félix, específicamente en el sector del Berraco.

Pero el destino de Alfaro estaba predispuesto para permanecer en Manqui. Al comienzo todo fue muy bien, en casa de su tío pero con el pasar de los días el primer mes fue creando conflictos internos, particularmente en la actitud repelente y despectiva de su tío político, quien además era un fanatizado admirador del Gobierno Militar. Cuando se entablan conversaciones, especialmente en la sobremesa, este hombre reiteraba siempre lo mismo cuando se comentaba la situación de Alfaro.

— Si yo tuviera un hijo "upeliento", lo mato.

De tal forma que la situación se hacía notar muy mal para Alfaro, pero pese a ello no lo denunció jamás.

El tío político de Alfaro por lo general recibía a las delegaciones de carabineros y militares que recorrían los sectores del Huayco. En una ocasión, una patrulla de militares llegó al Berraco. De inmediato tomaron contacto con el guía permanente. Un joven de militancia mirista que se encontraba oculto al ser sorprendido impávido frente a frente a los militares, se llenó de miedo, aterrorizado. Los militares de inmediato le preguntaron al tío de Alfaro.

— Y este, por qué se puso así.

— No le hagan caso, a ese niño yo lo conozco. Es de acá. Es buen niño, pero es como tonto, se pone nervioso por todo.

De esa forma paso desapercibido y quedó de manifiesto que este hombre no quería tener ningún prófugo en su casa, pero que no era su intención delatarlo.

Alfaro aprovechando una visita de aquellas que frecuentemente le daba su hermano Heriberto, le comentó la situación, la que ya se hacía insostenible, incrementando su desequilibrio emocional y sicológico. Su hermano comprendió que lo mejor sería retornar a

Manqui para continuar allí oculto. El camino de retorno comprende una larga caminata de dos días entre los contrafuertes precordilleranos, que circundan el hermoso valle de San Félix. Heriberto Alfaro jamás fue motivado por fines políticos, sólo lo impulsaba aquel entrañable amor de hermano. Su esfuerzo en ocasiones desconocía todo límite físico y humano, arriesgando su propia vida en pro de la seguridad de Orlando.

Alfaro al retornar a Manqui se tendría que olvidar definitivamente de todo contacto con la sociedad, con el más mínimo contacto con la civilización, para transformarse en un ermitaño, en un anacoreta que utiliza como refugio los parajes más desolados de la provincia del Huasco, que pese a estar cerca del centro urbano y de dos centros astronómicos, como lo eran ya Las Campanas y La Silla, la soledad sólo se veía interrumpida por el trino de las aves y la escasa flora y fauna, las que en ocasiones suelen ser muy abundantes, cuando el Desierto Florido se deja notar en los años lluviosos.

Alfaro junto con convertirse en ermitaño, en los poblados de Domeyko y Cachiyuyo fue bautizado con el apodo de "El compañero", dada su condición. Entre las escasas personas que sabían de su situación le llamaban Alfarito o sólo conocían como El compañero.

Para Alfaro quedaban atrás sus actividades de todo orden social y político, mientras el hambre al pasar de los días le recordaba que el ostracismo marcaba la contradicción frente a la vida y las consecuencias insospechadas que tendría el exponerse ante una sociedad que en general le despertaba desconfianza.

Por aquella época, Las Campanas, como centro astronómico, mantenía a un corredor, el cual desalojaba todo aquello que destruyeran la flora del sector aledaño al Observatorio. Heriberto, aprovechando un parentesco lejano con Armando Rojas, nombre de este corredor, le pide permiso para construir un pozo, el cual le permitiera obtener agua fresca. De esa forma Heriberto se aliviaría de traerla

desde otro punto más lejano en su espalda o, en el mejor de los casos, a lomo de burro, cuando podía conseguir una tropa.

En ese punto de la odisea el cual parecía un calvario perenne, en el cual sólo encontraba consuelo en la idea que ningún mal es eterno, las carencias económicas se van transformando en un agravante mucho peor, sin recursos para sobrevivir en aquella cárcel sin paredes de concreto, sino escenario natural y campesino. A veces era peor que nada en el mundo.

De esa forma se hace imprescindible que Heriberto pueda conseguir un trabajo y hacer más llevadera la vida de toda la familia. Heriberto Alfaro tenía que mantener a su madre y a su hermano Orlando.

La desesperación lleva a Heriberto a pedir trabajo en las faenas que se ejecutaban en el Observatorio Las Campanas. Fue tantas veces en busca de empleo que al momento de conseguir por fin el trabajo, el empleador le recordó que le había otorgado el empleo sólo por cansancio de verlo subir la montaña tantas veces...

Orlando Alfaro jamás subestimo la represión que existía en el país. Traba de no mostrarse ante nadie en lo absoluto, en una ocasión sintió a lo lejos un cántico que no era el de su hermano Raúl y mucho menos el de Heriberto.

Conmigo pueden ganar
Conmigo pueden perder
Pero no podrán
Con mi perro y
Con mi mujer...

Una vez y otra vez se sentía el estribillo. Aquel diestro pastor que había recorrido todo el día repuntando su ganado, no tardó mucho

en darse cuenta que algo no calzaba con el paisaje habitual. En pocos minutos dio con el escondite de Alfaro.

— Y usted, ¿quién es...?

Alfaro estaba atónito, enmudecido.

— Supongo que usted no es uno de esos sinvergüenzas que roban las cabras. Mire que a mí, ya me han robado ocho capados.

— No, amigo, no es mi costumbre hacer daño a los campesinos y a nadie. Yo hago carbón por acá cerca y vivo mientras tanto aquí.

El campesino aún montado en el burro lo miraba profundamente, notando a un hombre sencillo que irradiaba al conversar una paz mucho más que infinita. Alfaro en ese momento delataba en su apariencia una vida a muy mal traer... En ese momento llegó Heriberto, quien conocía al campesino Se trataba de don Wile Trujillo.

Heriberto de inmediato saludo al pastor, comunicándole en el acto de qué se trataba esa situación y le dejó en claro que era su hermano aquel extraño. Además le contó todo con respecto a la situación de Orlando, su hermano, y le pidió que pudiese guardar silencio. El pastor comprendió de inmediato, además de prometerle que jamás diría nada, le manifestó que algo ya había escuchado sobre el compañero que se encontraba refugiado en algún lugar.

Al conseguir el trabajo, la situación económica mejora sustancialmente y a lo menos y como gran cosa la mesa de la familia Alfaro parece estar asegurada de un día para otro.

Luego el compañero, como lo llamaban, le pide a su hermano que le compre una cabra para que le proporcione leche. Su hermano

accede de inmediato, de tal forma que se pone en campaña para encontrar algún ejemplar que reúna las condiciones, o sea, que proporcione leche. Fue así como pudo comprar una cabra en el sector costero, en los alrededores de Carrizalillo. El valor fue de 100 pesos y fue comprada a don Seferino Pastén. De esa forma, y en medio de aquella incomoda situación, los Alfaro se habían embarcado en una nueva aventura que les permitiría tener un vínculo más que estrecho con el campo.

A todo esto, y con el paso del tiempo, Alfaro se fue popularizando, clandestinamente y contra su voluntad, una gran fama entre los contrarios al régimen militar y los cuales emocionalmente solidarizaban con él. Algunos le conocían por su nombre completo, mientras que a muchos le acomodaba mucho más llamarlo "El Compañero".

Lo cierto es que Alfaro fue ampliamente buscado por los aparatos de Inteligencia del régimen militar. También fueron muchos los que querían encontrarle para entregarlo. Los campesinos conocían la situación y el grado de peligrosidad que para Alfaro revestía que se conociera su paradero, por tal razón que en las borracheras de esos tontos arrieros, pastores, mineros, bohemios y curagüillas jamás se tocaba el tema, por temor a meter las patas, como ellos mismo lo decían.

En cierta ocasión, los Alfaro fueron advertidos que uno de esos tinterillos chaqueta vuelta de Cachiyuyo, tenía la intención de delatarlo. Los Alfaros le dieron vueltas y vueltas al asunto, hasta crear la ocasión para enfrentar a aquel tipo, en donde Heriberto le habló fuerte y claro a pesar de ser un hombre de estatura baja y además muy pacífico.

— Supongo que para usted, y tal vez otras personas, no sea un misterio lo que pasa con mi hermano, pero le prometo, amigo, que daría mi vida para vengar la traición del que resulte delatar a mi hermano.

De esa forma Alfaro eliminó la intención de aquel campesino que pretendía entregar a Orlando Alfaro y sus palabras fueron eco contra todo intento protagonista y calculador.

El caso Alfaro traspasó las fronteras de nuestro país, recibiendo a fines de los años 70, la solidaridad internacional, Inglaterra y Australia no habían detectado la salida de Orlando hacia el exterior.

En cierta ocasión llegó hasta la puerta de la humilde casita que albergaba el dolor y la esperanza de la madre de los Alfaro un vehículo del Instituto de Educación Popular el que había sido enviado por la Vicaría de la Solidaridad. Los señores en aquella tarde le explicaron a la madre que venían a petición expresa de organismos de Derechos Humanos de Inglaterra. Pese a las sutiles palabras, la madre no dijo nada, en lo absoluto. Ninguna información relacionada con el paradero y el estado de Alfaro fue entregada por la madre.

Los funcionarios del Arzobispado de Copiapó querían saber en qué estado estaba y buscar la forma de sacarlo del país. Pero la desconfianza no dejaba paso a otra cosa que no fuera el hermetismo.

De igual forma, las organizaciones de derechos humanos de Australia trataron de sacarlo del país, pero ya en aquella época, el control sobre las embajadas se había incrementado fuertemente lo que impidió que Alfaro saliera del país con destino al país de Oceanía que albergó solidariamente a tantos perseguidos y exiliados.

La búsqueda de Alfaro formó muchos años parte permanente de los jefes del Retén que se sucedían unos a otros. Llegaban hasta la casa de la familia Alfaro para recabar información o sencilla y directamente para pedir que lo entregaran, con la típica chiva de que se había transformado en un pregón cliché, ello so pretexto, le decían, que la familia no tenía nada que ver. Alfaro, a quien le llamaban también El Compañero, era la única oveja negra de aquella familia.

Todos los jefes del Retén tuvieron las mismas intenciones y actitudes, excepto el jefe del Retén que tuvo que enfrentar el 11 de septiembre como sargento primero, jefe de la dotación de policía del Retén Domeyko, lejos de cualquier actitud, tuvo en cada uno de sus pasos una actitud criteriosa, constitucionalista quien a título personal se atrevió a desafiar a la aparecida y parada guardia blanca, para recordarle que en ese villorrio el jefe de la seguridad y el orden era él y, por ende, la autoridad, y que cualquier decisión sólo dependía de él y no de improvisadas organizaciones. Con cada una de sus actitudes, Danilo Tapia fue muy bien recordado por su apego a la Constitución y a la lógica. De no haber sido por su enérgica posición, a pesar de su baja estatura y delgadez, hubiesen sido tal vez muchos los detenidos con insospechadas consecuencias.

Alfaro, desde la compra de la primera cabra, fue adquiriendo paulatinamente otros ejemplares y con ellos un macho cabrío, para que año a año fuera cundiendo el ganado, llegando a sumar alrededor de 800 cabezas de ganado. De esa forma Alfaro fue contrarrestando el dolor de la persecución, entre aquellos cerros cercanos al observatorio de Las Campanas, que pudiendo observar a miles de años luz el espacio infinito, pudieron guardar tan herméticamente el secreto refugio de unos de los hombres más buscados de la Región de Atacama por la dictadura.

La vida de Orlando Alfaro y su hermano jamás fue fácil. La distancia entre Domeyko y Manqui es muy grande como para trasportar las cosas caminando a lomo de burro. El ingenio por vencer cada una de las barreras llevó a idear un carro, el cual el propio Heriberto lo tiraba, cargado de carbón o de leña. Era muy habitual realizar este trabajo cuando los años eran secos y malos para el ganado.

En una ocasión, Heriberto dejo a Orlando en el escondite habitual y se dirigió a Domeyko con una carga de carbón y leña. El sacrificio era inmenso, el carro cargado se tornaba muy pesado en medio de

un sol francamente calcinante, pero era necesario. Heriberto ya no contaba con otro trabajo y la situación cada vez empeoraba y día a día había que alimentarse además de ayudar a su veterana madre en Domeyko. En aquella ocasión fue sorprendido por el mismísimo Juez de Letras de Domeyko, don Jhocau Villalobos, un hombre fanatizado con el Gobierno Militar, y la figura de Pinochet, además muy estricto con aquellos que cortaban arbustos, ya sea para leña o carbón. Alfaro se aterrorizó con aquella desagradable sorpresa. Pero las circunstancias de aquel sacrificio al parecer conmovieron el alma de aquel duro sujeto que conducía un viejo y destartalado camión Ford. Al detener la máquina le dijo:

— Amigo, yo no acostumbro hacer esto, pero el sacrificio que usted hace es realmente sobrehumano.

Luego de decir esto, el Juez le ayuda a cargar en el camión aquella carga, para luego cargar también el carro y de esa forma Heriberto Alfaro aliviaba la tediosa tarea de tirar aquel carro cargado.

La odisea de Orlando Alfaro comienza a tener tregua cuando en Chile se publican las primeras listas de retornados, ocasión que Alfaro aprovecha para visitar, tras largos años de ausencia el puerto de Huasco. Ocasión que aprovechó además para comprometer todo su esfuerzo para aportar al triunfo del NO 1988.

Cuando Alfaro toma contacto con la sociedad nuevamente, su estado físico delata claramente los años de sufrimiento en la montaña, privado de tantas cosas, muchas de ellas prioritarias, partiendo por la propia libertad.

Cuando me tocó la suerte de conocer a Orlando Alfaro, pude apreciar en su rostro que reflejaba una paz infinita. Al entablar conversación me pude percatar que era un hombre muy culto, lo cual delataba que su sabiduría, sus conocimientos se mantenían

inalterables pese al prologado sufrimiento. Orlando Alfaro logra su completa libertad a partir del 5 de octubre de 1988, desde ese momento comienza una nueva etapa en su vida. Atrás quedaban los recuerdos de soledad y carencias. Es el comienzo de disfrutar en la medida de lo posible la vida. Fueron años donde los beneficios de la libertad estuvieron ausentes, donde perdió muchas cosas, pero pudo ganar algunas muy grandes como es el entrañable amor por el campo, el ganado y la naturaleza, sin duda responsable directo, confabulados entre sí para guardar 16 años de absoluto hermetismo y secretos lo que le permitió salvar de las garras de la muerte.

EL CORONEL

Desde niño quise saber más sobre el lugar que sirvió como cuna del origen de mi árbol genealógico. Me impresionaba mucho cómo el agua podía brotar desde las entrañas de la tierra, casi mágicamente, desde el fondo de unas cavernas muy oscuras. Además de ser muy profundas, tan profundas que en ocasiones, incluso me despertaban temor.

Me preguntaba una y otra vez por qué allí había tantos árboles y plantas, lo que convertía en un hermoso oasis donde alrededor de aquel crepúsculo verde todo lo demás era desierto.

Me sentaba debajo de los parrones, que seguramente la abuela Seferina había plantado y regado con sus propias manos. Desde allí podría admirar los inmensos cerros de escoria de una antigua fundición, la cual daba el nombre del lugar, que por siempre al parecer se ha llamado Escorial.

Me imaginé siempre las muchas historias de las que había sido testigo aquel bello lugar.

Cierto día me senté junto a un tío, bajo aquella vieja ramada de caña y pude admirar la cordillera imponente, con sus crestones blancos, tan propios de un año que había sido tan lluvioso.

Entre tantas cosas que pregunté al tío, le consulté por los orígenes de ese lugar. Le era tan ambigua aquella consulta, como lo era para mí.

Como todo niño en aquella época, le consulté si alguna vez sintió miedo, temor en alguna determinada ocasión. Su respuesta fue categórica. Temor jamás, respeto sí a la soledad, siempre, puesto que estamos apartados de todos los centros poblados. Pese a esto, a un lugar como este, ubicado a poca distancia de la línea férrea, son muchos los curiosos y algunos afligidos que llegan con la finalidad de remediar alguna necesidad.

— O sea, tío, que ha tenido muchas visitas, me imagino.

— Muchas, pero te voy a contar una muy particular, la que recuerdo siempre.

Cuál sería mi sorpresa, cuando al contarme aquella hermosa historia, además me llevaría a remontarme en el mismo sitio pero a comienzos de siglo.

El tío comenzó a narrar, al momento que la tía arrimaba un brasero con el carbón encendido para abrigar el ambiente, ya que caía la noche y hacía mucho frío. Al parecer, el tío no sentía mucho los efectos del frío. Su piel morena, en mangas de camisa de franela rojiza a cuadros, le protegía al parecer de la fría brisa que se dejaba sentir.

Mientras tanto se abrigaba el ambiente, el tío comenzó a narrar...

— En la década de los años 30, debe haber sido entre los años 31 o 32, la vida era muy difícil. Con decirte que aquellos que llamas

"andante o cesante", podían llevar mejor vida que las que podíamos llevar nosotros en lugares como éste.

— Recuerdo que la gente deambulaba por doquier de norte a sur con mucha frecuencia, algunos otros lo hacían al parecer sin rumbo fijo. Lo cierto es que se había producido una gran crisis en el salitre. Los países europeos comienzan a utilizar el salitre sintético, y hacen caer fuertemente la demanda del salitre nuestro. Para ello instalan fábricas y producen este elemento aprovechado para explosivos y tan utilizados en la agricultura.

El salitre en aquella época era el principal producto de exportación de nuestro país. Al aparecer el salitre sintético, cae fuertemente la exportación desde nuestro país del salitre natural, producido en cantidades francamente inmensas, lo que ha de producir un aumento gigantesco de la cesantía y con ello un aumento muy grande de la pobreza.

Recuerdo como si fuera hoy cuando por aquel portezuelo se veía acercarse un pequeño número de personas; al comienzo la distancia y el alto calor no permitía apreciar cuántos eran.

La verdad es que fue muy grande mi sorpresa y la de tu abuela cuando se arrimaron lenta y tímidamente una pequeña familia, al parecer de pampinos, el padre, la madre y dos menores, una niña y un niño.

Recuerdo que su ropa los delataba, era en verdad el típico atuendo pampino que lo diferenciaba de cualquier otro paisano, cualquiera fuese su lugar de origen.

Recuerdo que se veían desaseados. Yo era muy niño entre 6 o 7 años, pero lo recuerdo muy bien, habían transcurrido varios años secos. Sin lluvias, el campo estaba muy malo para el ganado y ya

se había reducido mucho el ganado, al mínimo con la intención de salvarlo.

Yo estuve siempre junto a mi madre. Ella siempre tuvo desconfianza y se mostraba temerosa, ante cualquier forastero y jamás permitía que pernoctaran cerca de la casa.

El hombre al saludarlo le contó a mi vieja que venían desde el norte, que atrás había dejado su trabajo en una oficina salitrera que había cerrado sus faenas y que se dirigían a Ovalle, su tierra natal.

En aquel momento del saludo apareció un perro moviendo levemente la cola, se acercó a los dos niños, lo cual delató que era su mascota. Era un perro de mediana estatura, de color café oscuro, y se veía algo simpático.

Mi madre de inmediato consultó, al extrañarse de aquel perro, que jamás se había visto por el sector.

El paisano le explicó que "desde un tiempo a esa fecha este perro nos viene siguiendo. Se nos apegó en un campamento minero en las cercanías de Copiapó, los niños se han encariñado con él. Pero tal vez no podamos llevarlo por mucho tiempo más, la comida nos resulta escasa para nosotros, con mayor razón para el perro, además el calor del día y el frío de la noche lo traen muy lastimado".

En aquel momento el paisano se dirigió a mi madre y le hizo notar que la tarde caía, la noche se avecinaba vertiginosamente. "No es nuestro ánimo incomodarla a usted y su familia, pero comprenderá que no puedo continuar más adelante, por los niños sobre todo".

La mamá le autorizó para que pernoctaran cerca del huerto, retirado obviamente del rancho.

— Usted comprenderá que yo no permito que nadie ronde cerca de nuestra casa, los tiempos no son buenos y uno no puede confiar en nadie, aunque en gente como usted pueda estar la excepción.

Aquel hombre, junto con agradecerle, le dijo que trataría de incomodarla lo menos posible y que no se preocupara por nada.

Aquella familia se quedó creo que 3 días. Mi mamá fue realmente conmovida por aquellos niños. Estos se veían muy desnutridos, por lo demás muy desaseados, con decirte que mi mamá con sus propias manos les sacó algunos piojos al verlos con la cabeza agarrada a dos manos.

Aquel forastero terminó despertando simpatía entre nosotros, quienes no teníamos otra autoridad y sustento que la de nuestra mamá. Recuerdo que solo tomó un par de tarros y se puso a regar los árboles, y ayudó con el ganado. De esa forma llegó el día en que tuvieron que irse. Mi made les regaló unos pedazos de charqui e incluso un poco de pan del último amasijo. La despedida fue muy emotiva, ya que a veces hay personas que viven toda una vida juntos, y jamás sienten ningún cariño. Ellos tuvieron tan poco y despertaron un gran cariño, especialmente por los niños.

Cuando ya se fueron, resultó que aquel perro no quería retornar el rumbo, todos los esfuerzos por volverlo a poner en marcha fueron infructuosos. En fin, llegaron al acuerdo que si se iba, bien; y si no, se quedaba. El perro viejo ya era veterano y en el campo aunque te parezca raro a veces tener muchos perros es como ser más poderoso, por la seguridad que el perro reviste.

El perro definitivamente decidió quedarse y al poco andar demostró ser un buen perro, no era mañoso y se mostraba muy diestro con el ganado.

Con el correr de los días, aquel perro permaneció acá sin demostrar intenciones de irse, más bien demostró una comodidad tremenda, al parecer le agradó el lugar. Hacía una y otra gracia, despertando el cariño de todos. Luego de tantas gracias y destrezas de aquel perro, el paso del tiempo quiso que lo llamáramos Coronel.

Al poco andar de los días, el perro acompañaba a mis hermanos en todas las labores y aventuras: al recolectar la leña, al repuntar el ganado por la tropa, el Coronel está en todas, fiel, y con un comportamiento francamente ejemplar.

Un día del invierno siguiente ocurrió un hecho excepcional, nadie daba un cobre por aquel año tras varias temporadas de sequía. Lo cierto es que el norte se veía muy negro y oscuro, los nubarrones avanzaban lentamente, la camanchaca hacía lo suyo por la costa. En el rancho no había un solo palo de leña. De antemano, el día para ir a buscar leña era ese, de tal forma que se alistaron las bestias y se calzaron los aparejos y las monturas. Cuando la tropa estuvo dispuesta, mi madre insistió una y otra vez para que no fueran. Pero todo intento fue inútil, el más testarudo de los maruchos recuerdo que le dijo.

— No se preocupe, ñora. Qué le hace el agua al pescado, si en el agua se ha criado.

Haciendo caso omiso a las peticiones de mi mamá, partieron. El Coronel, como buen perro tropero, se apegó al talón del último marucho.

Marcharon con rumbo hacia la costa, donde frecuentemente cortaban leña. Al llegar al lugar predispuesto apenas caían una que otra gotitas tímidamente, como había sido a lo largo del viaje. Sin embargo de un momento a otro, casi en un abrir y cerrar de

ojos, el panorama pareció sufrir una metamorfosis total, el cielo se tornó más oscuro, las gotitas paso a paso se transformaron en una leve pero mojadora llovizna y el frío parecía penetrar hasta los huesos. Sólo un momento más bastó para que los leñateros se dieran cuenta que lo único que tenían que hacer era regresar al rancho.

Habían cortado sólo dos cargas, y al momento de emprender el regreso justo se desató un aguacero, a cántaros, mi niño. Era tanta el agua, que en pocos minutos borró todo vestigio de camino, todo se borró, incluso los caminos troperos, las nieblas lo invadieron todo, no se veía nada, todo bajo el oscuro y desolador espectro de una lluvia torrencial.

La desesperación se apoderó de los muchachos, quienes no atinaban a nada. El frío había hecho presa de ellos, el agua y el frío los tenía caminando sin rumbo, sin poder retornar. Por más que buscaban, nada les permitía llegar con prontitud a la casa.

Pero uno de ellos se percató que el perro se encontraba en la punta de la tropa dispuesto a guiarlos, de tal forma que depositaron toda su confianza en aquel animal. Lo siguieron, lentos, pero seguros que los llevaría a casa.

Nada, nada podría haberlos salvado del frío y la lluvia que había hecho presa de ellos y seguramente los habría llevado a una tragedia segura, sólo la astucia de Coronel los pudo sacar de aquella odisea.

Recuerdo que en el rancho todos nos imaginábamos lo peor cuando los vimos llegar absolutamente empapados, casi muertos de frío, mientras al desmontar y descargar la leña daban una y otra vez gracias al perro bendito, que por esas cosas del destino llegó casualmente a el Escorial para cumplir con creces esta dura misión. Y dando gracias a Dios, desde ese día Coronel pasó a ocupar un lugar privilegiado en nuestra familia.

TERCER PREMIO REGIONAL
III REGIÓN DE ATACAMA

UN EXTRAÑO HUÉSPED

Maritza del Carmen Gallardo Carmona
44 años
Profesora
Freirina

Esta historia sucedió en el valle del Huasco, en un lugar campestre llamado Donke, donde se emplazaban algunas majadas, a no más de un kilómetro de distancia entre ellas, bajo el alero de un limpio cielo que destellaba suaves tintes de norte moreno.

Entre estas majadas, se encontraba la cantina de doña Encarnación Liquitay, que ofrecía servicios de comida y alojamiento a todo campesino o transeúnte que se internaba en las filosas y recortadas quebradas, tras la búsqueda del derrotero de la fresca vegetación, apetecida por aquel ganado caprino, que es la esperanza y el sustento del esforzado campesino con las horas y el tiempo cincelados en su piel.

En este escenario de soles y silencios, llegó a la cantina de Encarnación un misterioso hombre, de penetrante mirada azul, desconocido por todos los que vivían en esa comarca. El extraño le pidió a la dueña de casa un plato de comida caliente, pues pronto tendría que seguir camino quebradas adentro.

Encarnación le dijo que se quedara a pernoctar, debido a que la noche cubría con su manto aquel somnoliento campo atrapado en su húmeda tristeza. El hombre accedió a quedarse; le dijo a la señora que cualquier lugar que le arreglara en la cantina estaría bien,

puesto que de madrugada él tenía que partir a otros campos donde lo esperaban sus pacientes.

Después de comer, esta persona inició una animada conversación con la gente que estaba en ese lugar; todos quedaron sorprendidos al escucharlo porque hablaba bonito y educadamente, produciendo en ellos extrañas y dulces sensaciones de paz.

Al otro día, en vez de partir como lo había manifestado, el hombre se quedó en aquel lugar, observando cómo trabajaban en los calcinados y agrestes campos los lugareños. Después le dijo a Encarnación que estaría otro día con ellos y, acto seguido, se dirigió a la mujer diciéndole que le vendiera el cabrito más blanco y pequeño, a lo cual ella se negó porque ese animal era el regalón de su hijo pequeño, que estaba inválido y aquejado de una rara enfermedad. Tanta fue la insistencia del hombre de la mirada azul, que la mujer, inexplicablemente, accedió a la petición. Lo sacrificaron mientras la tarde caía enfundada en su traje de otoño, dejándolo colgado para que esta persona se lo pudiera llevar al otro día.

Cuando Encarnación y su familia iniciaban con el alba sus labores, se dieron cuenta que el hombre educado había partido, y cuál sería la sorpresa de todos, porque, en su lugar encontraron caminando en la cocina al cabrito que habían sacrificado. Fue entonces, cuando en ese momento una luz brillante con fulgores de plata iluminó la cantina y a sus moradores; por unos segundos el temor los invadió, para luego ser envueltos por una celestial espiritualidad. Luego en el umbral de la puerta principal apareció el hijo menor de Encarnación, diciendo...

— ¡Mira, mamá, puedo caminar, correr y saltar como los otros niños de las majadas!

— ¡Santo Dios, esto es un milagro! - profirió Encarnación.

El niño contó a la familia cómo el hombre de azul mirada y pelo largo extendió las manos sobre su frente por largo rato, y luego desapareció aquella madrugada acompañado por el melódico trinar de las aves.

Cuentan las generaciones de campesinos del agreste suelo atacameño, que ese extraño huésped era "JESÚS", en misión de sanar a todos los niños enfermos de Donke.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
III REGIÓN DE ATACAMA

ILUSIÓN DE AÑOS

Patricia K. Rivera Figueroa
52 años
Dibujante - proyectista
Vallenar

— ¡Abuela Chencho, ya cumplí los 18!

Usted me prometió que cuando fuera mayor me contaría lo que les pasó de verdad al abuelo Juan y al taita Juancho.

Ella avivaba el fuego sin pronunciarse, la sola mención de aquel día llenaba su memoria de recuerdos que aún están presentes como una pesadilla.

— Sí, Juanito, lo dije, cumpliré la promesa como buena huascoaltina que soy. ¡Tienes razón, ya eres todo un hombre! Hasta terminaste el liceo, es una pena que no puedas seguir estudiando.

— ¡Abuela, olvídese de eso! Ya lo hemos conversado tantas veces: que quiero el terruño y este predio de La Fragua dará los mejores frutos con su compañía y mi punche —dijo Juan, alegremente.

— Juan... Su voz sonó grave. El viento de la tarde se hace presente golpeando el follaje del bosquecillo cercano de altísimos paltos, dándole al ambiente un marco de solemnidad.

— Estamos en Semana Santa, igual que aquella vez que pasó todo.

Me acompañarás mañana, saldremos temprano. ¡Por ahora, no sigas preguntando!

Al despuntar el día, montan sus caballos y picándolos para que se apuraran. Se internan en la quebrada de Chanchoquín.

Avanzan las horas. El sol les esperaba al frente jugueteando su despertar entre los cerros. Galopaban, cada uno sumido en sus pensamientos, callados, pues el calor, la altura y la larga cabalgata hacían notar ya la fatiga.

— Abuela Chencho. ¡Pucha!, ¿por qué se les ocurrió salir y dejarnos solos?

— Hijo, ellos como muchos otros, también se tentaron.

Los narradores de leyendas, de supersticiones, siempre lo han dicho y dirán que el Viernes Santo, al mediodía, El "Malulo" abre las riquezas a los buscadores de tesoros, mineros y curiosos. Así, resulta fácil hacerse rico. Pero él les da y coloca trampas, cambia los cerros, tapa caminos, crea laberintos, los hace perderse en ese mundo de cerrillada o en la laguna infinita de sus mentes. Por eso salieron los dos, para darse valor.

— No volvieron, Juanito.

Con voz débil continuó:

— Y tu madre un día se fue, no sé a dónde ni con quién, pero también nos dejó. Tú eras pequeño, entonces.

— Bueno, bueno. Apuremos el tranco, debemos llegar a esa loma. En ese matorral nos sombrearemos un poco y esperaremos. Juan Alvear miró su reloj: luego serían las doce. Primera vez que reco-

rría la quebrada, nunca se lo permitió la abuela y él siempre aceptó esa prohibición.

Todo era nuevo, no se la imaginaba así. Tan amplia, los múltiples senderos, los numerosos rucos abandonados que alguna vez cobijaron a un minero; corralillos de piedras de majadas abandonadas de tiempos buenos para el ganado; verdor de una aguada a media falda del cerro y las montañas donde la naturaleza guarda fósiles marinos. Iba tan abstraído en captar el paisaje para atraparlo en su memoria, cuando de su garganta brota una exclamación.

— ¡Abuela! ¡Abuela, mire ese cerro blanquecino, como de arena! ¡Mírelo allá! A mi izquierda, hay un camino, un sendero, que empieza en la mitad y no llega a la cima. ¿Por qué? ¿Qué pasaría allá?

— ¡Hijo! Hijo... calma. Para el caballo, descansemos.

— Este es lugar de nuestra meta. Ahí es donde vinieron mi viejo y tu tatita. Dicen que a esta hora el camino se completa y muestra la senda hacia un gran socavón lleno de riqueza. Dicen que de monedas de oro. Todo ese "tesoro" a tu disposición por pocos minutos si eres el elegido, es sólo saber llegar y salir enriquecido de allí.

Faltaban minutos para las doce. Amarraron los animales a la sombra de un frondoso molle y se acercaron al pie del pequeño cerro. Doña Ascensión estaba nerviosa, anhelante, con su vista fija en ese tramo del camino sin principio ni fin. Una vez más estaba frente a él, como tantos viernes quiméricos, esperando que el medio día santo abriera a la luz las riquezas. Era su creencia.

Esperaba que apareciera su propio tesoro, su marido Juan Alvear y su único hijo, Juancho.

¡Nada sucedió una vez más!

Pronto el frescor de la tarde los sacó del cansancio y de las emociones, llamándolos a montar los pingos para tomar la ruta quebrada abajo, y rumbo al rancho. Lo hicieron sin hablar. Juan ahora entendía la razón del silencio de su abuela.

Doña Chencho entró rápidamente, derecho a la pieza grande de adobes, la cocina. Atizaba y atizaba el rescoldo produciendo un chiperío como para disimular el sentir de las ausencias que apretaban su pecho. Con 64 años a cuestas, tenía que guardar por un año más su ilusión. No quería entregarse a la suerte de ser una más de las mujeres del valle, cuyos hombres se fueron para no volver más.

PRIMER PREMIO REGIONAL
IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL CUERO

Claudio Ignacio Araya Villalonga
59 años
Empleado municipal
Illapel

Desde tiempos inmemoriales se habla -en nuestra zona- de un ser, una cosa o una presencia muy pocas veces vista, pero no por eso, dicen, menos inexistente. Esta cosa es el Cuero. Cuentan que se va formando con los pelos y pequeños trozos de piel de los animales que, al pasar por filosos alambrados -y gracias a la acción del viento- van a parar finalmente al río. En el agua estos pelos, lanas y pequeños trozos de piel se van juntando y, de alguna manera, adhiriéndose unos a otros hasta conformar este mítico animal. Se nutre y así va aumentando de tamaño, de las especies que pueblan estos mismos ríos. Así, pejerreyes, truchas, camarones y otros, son su alimentación hasta alcanzar un tamaño que le permita aspirar a una presa más interesante, como podría ser: un pequeño chivo o un cordero.

Naturalmente, si no se interrumpe su crecimiento, alcanza grandes dimensiones, pudiendo fácilmente atrapar animales mayores como: burros, vacas e incluso algún caballo que ocasionalmente deba cruzar el río y, para su mala suerte, lo haga por donde habita un Cuero. Un misterioso silencio responde al preguntarse por qué nunca persona alguna haya resultado atacada por este ser, salvo que ése haya sido precisamente el destino corrido por alguien que desapareció sin regresar jamás.

Mi hermano y yo habíamos visitado el lugar para tratar de agarrar algunas truchas y pernoctaríamos en casa de don Manuel Cortés, un amigo de la familia, para salir de mañana muy temprano en nuestra excursión de pesca.

Don Manuel Cortés, un antiguo habitante de la localidad de Mincha, un caserío ubicado a orillas del río Choapa en la comuna de Canela, Cuarta Región, recuerda cómo en su juventud, en compañía de algunos amigos lograron atrapar a uno de estos animales y pudieron comprobar así su existencia.

— Siempre que lo recuerdo... se me pone la piel como carne de gallina. Es algo que aún, pese a los años transcurridos, no he podido superar y que ahora, mirando hacia el pasado lo justifico sólo por los jóvenes que éramos. Desde luego, nunca volvimos a repetir esta locura -comenzó contando don Manuel.

Es un campesino con más de noventa años en el cuerpo y, pese a ello, fuerte aún. Saca un cigarrillo del bolsillo de su camisa, agarra una ramita cualquiera que está al alcance de su mano y acercándola a la fogata, la enciende. Aproxima luego este improvisado encendedor al cigarrillo y luego de un par de largas pitadas, se dispone a seguir hablando.

— Estábamos con el Rosendo Vega, el Antuco Valdivia y el Vicente Álvarez, Dios los tenga en su santo reino, tomando unos mates y opinando sobre la jornada de trabajo vivida en el día, cuando empezamos otra vez a difarear con el Cuero, algo sobre lo que muchos preferían guardar silencio pero que, a nosotros, nos llamaba mucho la atención.

Opinaba Rosendo: -Por los bordes del cuerpo tiene uñas, largas y gruesas con las que aferra a su presa sin soltarla jamás, arrastrándolas hasta el fondo de las profundas pozas donde vive y allí... les chupa las partes blandas de las que se alimenta.

A esto, Antuco agregaba: — Sí, y además estos mismos desechos que quedan del animal muerto, les sirven para seguir creciendo!

— ¿Y cómo estaría que intentáramos atrapar uno?... Dicen que en la Poza Verde han desaparecido ya varios cabritos y pequeños corderos desde hace algún tiempo —intervenía Vicente.

En medio de esta conversación, alguno mencionó cómo se podría intentar la caza del Cuero. El asunto consistía en llevar hasta la orilla del río un quisco de un tamaño mediano. Debería estar verde para que no flotase y -en lo posible- aparentar algún parecido animal. Es decir, que al menos se advirtiese la forma de algunas extremidades. La razón por la que tenía que ser un cacto y no un tronco cualquiera era muy simple, al aferrarse el Cuero a él, debido a las espinas que se clavarían en su cuerpo, aumentarían las posibilidades de arrastrarlo a la orilla del río. Este quisco, previamente amarrado con un lazo, sería llevado hasta la salida de la Poza Verde, la más profunda de las que había a todo lo largo del río, y desde allí pasearlo por el fondo.

— ¡Así fue como nos juntamos el día que emprendimos esta aventura: El Día de la Caza del Cuero! —exclamó don Manuel, entusiasmado con su relato.

— En realidad, el quisco ubicado resultó pesar demasiado y estaba muy lejos del río. Por esto, aun cuando habíamos iniciado temprano la búsqueda de uno que reuniese las condiciones necesarias para nuestros propósitos, la hora fue avanzando y cuando ya lo acarreábamos hasta la orilla del río, la tarde había comenzado a caer y pronto las sombras de la noche nos envolverían -—continuó el hombre. De vez en cuando cambiaba la tonalidad y el volumen de la voz para dar mayor realidad a su cuento.

— ¡Hay que amarrar fuertemente el cordel para que no se nos escape! —gritaba Antuco.

— ¡Ahora te quiero ver, Cuero!

Con estas palabras, Vicente intentaba darse ánimos.

— ¡Puchas, las espinas pa' bravas, compadre! —añadía Rosendo.

Y así continuó la faena hasta que, llegando a la Poza Verde que en realidad estaba bastante lejos, estuvo todo preparado. Ahora sólo faltaba comenzar el rastreo del quisco por el fondo de la poza.

— Como pudimos, con grandes esfuerzos, logramos arrojarlo al agua, justamente a la salida de la poza y, luchando contra la corriente lo pusimos en posición. Ubicados en la orilla del río, lentamente comenzamos el paseo del quisco por el fondo de la poza. La primera y la segunda vez no ocurrió nada. De pronto, cuando las fuerzas empezaban a flaquear y la frustración comenzaba a cundir, violentamente el cordel nos fue arrancado de las manos -continuó don Manuel.

— ¡Com... padre... qué fue eso! —exclamó Antuco.

— ¡Ay, viejito, hombre! —se le escapó a Vicente.

— ¡Afírmense que nos lleva! —exigió Rosendo.

— Hubo un momento de pánico y desorganización. Lentamente comenzamos a recuperarnos y corriendo tras el cordel que ya amenazaba con hundirse completamente en las aguas, logramos cogerlo. Cautamente lo fuimos recuperando hasta sentir nuevamente, un fuerte tirón. Pero esta vez estábamos preparados y nos afirmamos hasta que aflojó la tensión. Sin mirarnos siquiera comenzamos a recuperar la soga, que había agarrado gran peso, y lo fuimos recogiendo despacio hasta la orilla.

Don Manuel gesticulaba y vivía de nuevo aquella aterradora experiencia. Luego de un brevísimo descanso, que le sirvió para recuperar el aliento, continuó:

— Sin previo aviso surgió de pronto, entre las aguas, una masa sólida y sin forma, cubierta de lamas, que se agitaba violentamente tratando de zafarse del quisco y emitiendo sobrecogedores chillidos. Allí comprendimos que era el momento preciso para lograr el éxito que nos habíamos propuesto, y tiramos fuertemente del cordel hasta que la "cosa" estuvo fuera con quisco y todo. Horrorizados contemplamos cómo el Cuero se revolvía, se retorcía y recogía frenéticamente y "comenzaba a encogerse"... cada vez más y más... cada vez más pequeño… más y más pequeño hasta que, finalmente, sólo quedaron de él, sobre las piedras y la arena del río, un montón de pelos y trozos de piel con sucios vellones de lana que el viento, lentamente, empujó de regreso al agua —finalizó el relato don Manuel, guardando un largo espacio de silencio.

Ante nuestra insistencia y curiosidad por conocer el final se decidió a hablar de nuevo.

— La oscuridad era profunda, negros nubarrones pasaban por el cielo amenazando con mal tiempo para las próximas horas. Sin embargo, en el breve lapso de un par de minutos, la luna iluminó nuestras figuras, un quisco insólitamente destrozado y un largo cordel que yacía sobre las piedras en insólita posición. Sin cruzar palabra partimos, cada cual rumbo a su casa. Las palabras eran innecesarias. ¿Quién nos iba a creer que habíamos atrapado un Cuero?... ¡y no teníamos forma alguna de probarlo! —exclamó don Manuel, mirándonos y, no nos quedó otra cosa que asentir a su mirada y no sé por qué, un estremecimiento de frío me hizo subir el cierre de la chaqueta hasta arriba, cuando la noche era cálida y estábamos alrededor de la fogata.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
IV REGIÓN DE COQUIMBO

ALBAHACA Y TOMATES

Miguel Antonio Véliz Cortés
29 años
Cocinero, chef
La Serena

Nuestro sueño fue interrumpido abruptamente por una comitiva inesperada por nosotros. Mi viejito, en una maniobra muy acertada, enciende todas las luces de la casa, como para advertir a estas inesperadas visitas, que entre estos adobes nadie se esconde: pero ellos de igual manera entran a la casa, registran todo a su paso y yo desde mi pieza escucho el interrogatorio que se hacía interminable... ¡Cuántos viven aquí...! ¡En qué trabajan todos ustedes!... ¡Cuántos hijos tienen!, ¡de qué edad!... y cuando mi madre terminaba de decirles mi edad, ellos abren mi puerta y aún puedo recordar la impresión de sus caras cuando me ven con las manos y pies amarrados a mi catre (y en un memorable rol actoral).

— Es que el niño tiene problemas motores, así dijo el doctor, y él nació con la cabecita mala... Toda una tragedia para esta familia de campesinos, pero de igual manera me interrogaron; eso sí, sin tener ni una sola respuesta, ya que mi rostro deformado en una enorme arcada y retorcijones de ojos me impedían hablar. Cuando yo estaba por finalizar el acto teatral, la comitiva de rottweilers sin pedigree quisieron retirarse con la misma velocidad con la que entraron a la casa, pero ahora se marchaban con la cara marcada por el asco cuando el aire de mi pieza se inundo de olor a mierda y mi viejita mientras los hacia salir de la pieza los llenaba de explicaciones... ¡es que el

niño se hace en cualquier rato, y a veces lo tengo que cambiar hasta cinco veces a día...! ...¡Sí..., sí...., no se preocupe, señora, ya nos vamos, buenas noches...!

A la mañana siguiente, mi padre ya me tenía mi bolso preparado, claro está que yo no quería huir, lo que yo quería era seguir trabajando con él en el campo y también seguir con mi faceta de actor; pero mi padre me advirtió que la cosa estaba muy peligrosa y el cerco se estrechaba cada día más, y que no era una huida si no que sólo me estaría refugiando.

Muy temprano en la mañana partimos desde Monte Patria hasta la casa de un primo de mi padre al interior del Maitén. Me llamaba la atención conocer a este primo que en tantas ocasiones había escuchado innumerables historias de él, y de su vida que giraba en torno al cuidado de rebaños de cabras en la cordillera. Jamás imagine que me transformaría en un criancero caprino; ya cerca del medio día llegamos y nos bajamos del micro en un pueblito, El Maitén. Pensé que ya habíamos llegado pero mi padre me dijo que aun no llegábamos a la casa de su primo, que debíamos caminar por lo menos dos horas metiéndonos por la cordillera. Así hicimos y nos internamos por medio de los cerros.

El calor era infernal y mi mochila se hacía cada vez más pesada; bueno, mal que mal lo que llevaba eran fierros que en un futuro cercano usaríamos para derrotar al dictador. Cuando ya casi no sentía mis pies, por fin llegamos a una especie de refugio cordillerano. Este era una especie de galpón, grande cubierto por unas calaminas oxidadas que daban un poco de sombra... ¡Este es el refugio de mi primo Román...! que de refugio no tenía nada, no refugiaba ni del sol, ni de la lluvia, ni del viento, de nada. Bajo las calaminas estaba un tablón puesto como mesa y me imaginé que era como un comedor, porque sobre estos tablones había unos tachos con restos de té, migas de pan, restos de quesos y un poco de mantequilla.

Ahí esperamos a que llegara el primo Román, el manito de león como le decían en el pueblo. Aprovechamos ese instante en que estábamos solos con mi padre, y nos alejamos un poco del refugio y cavamos una fosa y ocultamos los fierros. En un futuro cercano vendríamos a buscar y tal vez nos ayudarían en una acción, que para algunos era una locura y un riesgo innecesario, pero para nosotros era la única forma de terminar con un mal, con una peste, que ya llevaba más de 17 años entre los chilenos y que de un plumazo la podríamos exterminar muy pronto.

Terminada nuestra tarea, y ya cansados, nos sorprendió el rugido de una jauría de perros, salvajes a mi parecer, que querían devorarnos...

— ¡Quédate quieto...!, —gritó mi padre y así lo hice y de un solo silbido un enorme hombre a caballo los retiró de nuestro lado. Era el primo Román, y detrás de él, su hermano Abel en una mulita negra. El primo Román era de esos hombres que con sólo su presencia intimidaba a cualquiera.

Era más alto de lo que me había dicho mi padre, cercano casi al metro noventa. Lo más impresionante de él eran sus manos, enormes manos (imaginé un mangazo con esos puños). Según mi padre, había visto cómo su primo Román ahorcó un puma sin ni un esfuerzo, cansado de que el felino se comiera las cabras más chiquitas, Román se le tiró a choro al puma y éste se le tiró encima y Román lo tomó por el cogote y hasta ahí no más llegó el pobre gato hambriento.

No sé si exageraba mi papá con esa historia, pero ahora estaba ahí justo frente de mí y podía preguntarle esa y muchas otras cosas e historias que se decían de él. Todo un personaje el primito este, se decían tantas cosas de él, que tenía hijos por todos lados que hasta en Argentina había dejado cabros chicos, en uno de sus tantos viajes en busca de mejores pastos para sus majadas de cabras, que tenía

pacto con el diablo, que dominaba las bestias, los perros, los cóndores y que cuando no tenía una mujer cerca de él, se desahogaba con una de sus cabras... mitos, cahuines, que hasta aquí en este lado tan alejado de todo, la gente es copuchenta. Apenas nos saludó, nos acomodó en el refugio que para mi sorpresa no era tal, sino que su casa, su hogar junto con su hermano Abel...

— ¡Este es su dormitorio...! —me dijo, apuntando hacia un rincón donde había por cama un montón de cueros de cabra que hacían de colchón. Por suerte yo llevaba unas frazadas. Apenas mi padre me dejó instalado, se marchó de vuelta a la casa con mi madre. Nos despedimos con un gran abrazo, un fuerte abrazo y un sentimiento de angustia me llenaron el corazón. No fue miedo sino tristeza por si algo saliera mal. No podía imaginar mi vida sin mis padres, a pesar de mis 27 años yo aun vivía con ellos. Fue un conjunto de sentimientos, miedo, tristeza, pena, frustración, por todos los acontecimientos vividos, pero también había una gran esperanza en ese abrazo, la esperanza de que ganaríamos la batalla contra el dictador... "En unos días más vendrán dos compañeros para llevar los fierros que enterramos, tú no los conoces, pero los vai a cachar al tiro apenas los veas", fue la última instrucción que me dio antes de volver con mi madre.

A pesar de la hospitalidad del primo, y de que sólo había pasado una hora desde que se había marchado mi padre, ya extrañaba mi casa, a mi mamá, sobre todo a ella y a su olorcito siempre a albahaca fresca recién cortada. Recordaba cuando me enseñó a sembrarla, tan esmerada en hacer los almácigos y esperar a que las matitas estuvieran listas para trasplantarlas a las melgas, que el día anterior mi padre labró a punta de bueyes; tan minuciosa era mi viejita en la plantación, que calculaba a la perfección los centímetros que separaban unas de otras, y siempre esperanzada en cosechar pronto y poder venderlas en la feria de Vicuña. Yo siempre la acompañaba en esos trámites y cuando vendía la cosecha de la albahaca, lo primero que compraba eran cosas para mí, o cosas para la escuela que

me pedían, o mercadería para la casa, harina, arroz, azúcar, etc., y la infaltable botellita de vino para mi viejo.

Ahora yo también espero el tiempo necesario para cosechar los frutos de esta lucha que tenemos con mi padre y con tantos otros campesinos, hombres de esfuerzo y trabajo diario, tan mal pagado, tan miserablemente menospreciado por los dueños de fundo, que nos miran como esclavos, como si fuéramos de su propiedad y se vanaglorian de sus grandes gestos de generosidad para las pascuas, pascuas llenas de regalos para sus familias latifundistas, pero ahora pienso y reflexiono al respecto, las Pascuas de los ricos no son como las de nosotros los pobres. Nosotros llenamos la mesa de comida, vino, panes de pascuas que hacía mi mamá, con las otras viejas de por ahí, y siempre, siempre en la casa se hacía un arbolito de pascua, con el pesebre por supuesto, y recuerdo que en la casa de los patrones nunca hacían un arbolito, solo les importaban los regalos. A nosotros con los demás niños nos regalaban pelotas plásticas y recuerdo además que teníamos que posar con cara de felicidad para la foto del recuerdo que ellos nos toman como para tener un recuerdo de su buena acción de Navidad. Pero ahora sólo me reconforta saber que aires y navidades nuevas nos esperan a todos.

Esa noche no pude dormir, me fue imposible. El viento helado me congelaba hasta los huesos, o tal vez fue el enorme tacho con café que me hizo el primo Abel (hermano de Román) para las onces. Ellos eran tan diferentes entre sí… Román era muy autoritario con Abel. Este último era una especie de empleado, de sirviente. De hecho Abel hacía todas las labores domésticas. Limpiaba el refugio, lavaba la ropa y sin ninguna misericordia Román lo mandoneaba a pesar de su ya avanzada edad. El primo Román me invitó a tomar once ese primer día, unas onces muy particulares...

— ¿Quiere dulce de membrillo pa'l pancito?... -me preguntó Abel y sacó una caja de dulce ¡y me dio uno entero! ¡También mantequilla! ¡Una entera!, y obviamente que me dio uno de sus quesos, y

también entero, mientras trataba de comerme todo lo que me habían dado, Román me explicaba (a su modo) lo que haríamos al día siguiente...

— ¡Oiga, hijo, mañana nos levantamos a las siete y el Abel nos da desayuno y usted me va a ayudar en los corrales, ya! Tenemos que apartar las cabras de los cabritos más chicos, esos que están mamando todavía... se apartan para que no tomen más leche los bribones. Los dejamos en aquel corral hasta como a las dos de tarde, pa' que a las cabras se les junte hartaza leche, pa' que en esa hora las ordeñemos, y mañana le enseño a hacer queso... Ahora mismo usted se va a dormire ahí donde le dije en denante. Se acuesta con el Cholo y el Mochito... Estos perros le cuidan el sueño a uno y avisan si viene el león por ahí en medio de la noche... ¡Ah, pero, antes de acostarse tiene que sacudir los cueros de cabra que hay en su cama, mire que por aquí hay muchísima vinchuca y esas sí que pican fuerte, ño!... y dicen que si lo pican a uno le pegan el cáncer, pero yo no creo na' esa gueá… A mí de niño que me picaban y aquí estoy vivito y coleando...

Seguí al pie de la letra todas las interminables instrucciones de Román y así no más era los famosos cueros. Estaban llenos de vinchucas. Así es que me envolví en mi frazada después de sacudir los cueros y echar los bicharracos al brasero y me dispuse a dormir. Los perros se acostaron a mis pies apenas Román les dio la orden; orden que por cierto yo no escuché. Él parecía dominarlos con sólo una levantá de ceja que le pegaba; eso era muy raro… a mi parecer con solo una mirada los perros lo obedecían; como lo pude comprobar en la mañana siguiente. Los perros hacían casi todo el trabajo con las cabras, las sacaban de los corrales, y las vigilaban todo el tiempo, jamás las dejaban solas. Esa mañana fue muy dura, tal vez por ser la primera, trabajamos mucho y por la tarde Román me enseñó a ordeñar las cabras. Me costó un poco pero lo pude hacer. Entre los dos sacamos bastante leche y la echábamos en unos fondos grandes

de aluminio, después lo colábamos dos veces para que no se fuera ni un solo pelo de cabra en los quesos que haríamos al día siguiente.

Vivir allá en la cordillera me tranquilizaba un poco, no se veían más que cerros de diferentes colores: azules, violetas, negros con nieve en la punta, cafés, etc. Era el lugar perfecto para guardarme por un tiempo, que deseaba que no fuera mucho. Lamenté no llevar una radio a pilas siquiera, para escuchar algo de noticias. Estaba intranquilo el no saber nada. Román tampoco tenía una radio ni menos un televisor. Si ni siquiera había luz eléctrica. Él no sabía nada de nada, sólo vivía el día, sin ni un contacto con el pueblo. Abel era el que viajaba a comprar los víveres y a veces compraba algún diario que sólo miraba las fotos ya que ninguno de los dos sabía leer. Cuando se llegaban a enfermar, se mejoraban sólo con hierbas y montes de la cordillera. Decían que todo lo que necesitaban estaba en los cerros. Para cada mal tenían una hierba, unas muy ricas, dulces y olorosas y otras amargas como la hiel. Nunca habían estado en un hospital, y a lo único que temían era al león, que a veces se comía un par de cabritas. Ni siquiera al diablo le temían. Según Román, en varias ocasiones lo había enfrentado, y claro que el diablo salió perdiendo, según su relato. Me contó esa tarde, mientras ordeñábamos las cabras, que el diablo le dijo que lo acompañara por unos riscos y que si lograba llegar a la cima le regalaría una mina de oro... ¡Mañana lo voy a llevare a la mina que me dio el colúo! ¿Cómo anda usted, ño, por las piedras? ¿Se la puede o no? ...Mire, si se la puede, le regalo un talismán re bonito pa la suerte. Claro que si encuentro uno, mire cuando lo tenga usted en la mano mira pa'l cielo y pide el deseo que quiera y se le va a cumplire ah; ¡se le va a cumplire!

Al día siguiente partimos muy temprano. Insistió tanto en que fuéramos a ver la mina, que nunca pudo explotar ya que ningún vehículo llegaba hasta esas cumbres. Llegamos hasta los pies de unos riscos enormes, por lo que teníamos que seguir a pie, porque las

mulas no querían subir... Aquí tenemos que seguir caminando, gancho. Sígame los pasos detracito mío, pise por donde mismo pise yo ¡bien avispao pue!... Escalamos varios metros, el viento soplaba fuerte por mis orejas. Nunca miré hacia abajo. Tengo que reconocer que siempre me dio julepe la altura, aunque no era la primera vez que estaba en esa situación, pero las anteriores eran de instrucción guerrillera, pero no se comparaban con esas enormes alturas en las que estaba en esos momentos. Jamás miré hacia el fondo de los riscos. Por eso siempre tenía la vista en alto y me di cuenta que los puntos negros, que en un principio había divisado, cada vez están más cerca nuestro. Aquello puntos negros bajaban hacia nosotros formando círculos y luego de unos minutos ya no eran punto si no que unas enormes manchas negras y fúnebres...

— ¡No se descuide mirando esos pájaros del diablo, gancho!... Mire que si se cae pa'l bajo, hasta a aquí no más llegamos, ñor!

Descansamos en una terraza pequeña que la naturaleza esculpió a la perfección. A unos metros nuestro descansaba un enorme pájaro negro ahí justo frente nuestro.

— ¡Mire, gancho, andamos con toda la suerte! Ese cóndor tiene el talismán adentro del graznate. Estos pájaros tienen una piedra negra que es pa' la suerte. Pídale lo que quiera. Eso sí que la tiene que andar trayendo colgá del cogote usted, siempre. Hasta que se muera. Mire, ésta que tengo aquí, me la regalo mi taitita.

Mientras Román degollaba el cogote del pájaro me preguntaba ¿Cuál sería el deseo que él pidió cuando su padre le regalo el talismán? Sí, claro. No tenía una casa, una esposa. Sólo tenía a su supuesto hermano, por que tampoco estaba claro si eran hermanos. Más bien Abel parecía su esclavo personal. Tal vez pidió por la crianza de cabras, no lo se. Ojalá pueda preguntarle en unas de estas tardes, pensé.

— ¡Listo, gancho, aquí esta su talismán. Mire, tóquelo, está calientito. Lo tiene que sacar usted mismo del graznate. Lo seca con las manos y hace lo que le dije en denante…

Así lo hice. Saqué la piedra del cuello del pájaro. Estaba en eso cuando el pájaro cabrón dio como un gruñido, como un rugido que del susto, pegué un salto.

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, esa es seña que se le va a cumplir lo que pida, gancho! Pídalo antes que se enfríe.

Alcé mis brazos, mire al cielo con mis dos manos fuertemente, y tomando la piedra pedí, pedí mi deseo hasta que la piedra se enfrió entre mis dedos.

Nos acercábamos de vuelta al refugio y nos sorprendimos de ver, a la distancia, a unos hombres que comían junto a Abel en el mesón. Supe de inmediato de quiénes se trataban. Confieso que por un instante mi corazón me hizo dudar, pero apenas nos vieron se pararon del mesón y nos fueron a encontrar.

— ¡Hace un par de horas que llegamos! ¡Puchas, que nos costó llegar por aquí...! —fue su saludo y nos incorporamos a unas onces que Abel nos ofreció. Por cierto que nunca faltó el queso ni el dulce de membrillo. Luego de un rato, cuando nos quedamos solos con mis compañeros de lucha, me informaron de la comprometedora y peligrosa misión que nos habían confiado los superiores. Estaba sorprendido por tal responsabilidad que caía sobre mis hombros. Un conjunto de emociones sentía en esos momentos, todo tan rápido e inesperado, que me hacían dudar por unos segundos. Pero bien valía la pena cualquier sacrificio, para arreglar un poco las cosas. Tomaríamos una gran decisión, era el minuto justo, el momento preciso, habían pasado casi veinte años y no había y habrá

justicia jamás, las leyes manejadas por la derecha nunca beneficiarían a los pobres de Chile, ni a los obreros, ni a los campesinos. Solo ellos se arreglaban los bigotes con una Constitución hecha por Pinochet a su favor, acrecentando sus arcas y la de sus súbditos, claro que con nuestro esfuerzo que sólo era remunerado mezquinamente con pagos miserables. Sólo me reconfortaba saber que pronto vería a mis padres y también sentí satisfacción porque pronto le vería la cara a ese pájaro negro con demencia senil.

Con mi talismán colgado de mi cuello, partimos la mañana siguiente. Estaríamos sólo un par de horas en la casa de mis padres y si todo salía como estaba planeado estaríamos con mi familia juntos para siempre. Llegamos pasado el mediodía a la casa. Mi madre en la cocina calentaba por última vez la cazuela de gallina con chuchoca que tanto me gusta; mi padre servía vino tinto en la mesa. Mi corazón estaba dichoso de estar de vuelta en casa pero a la vez triste por dejar a Román y Abel en los cerros, tan aislados de todo, de todo lo que pasa aquí. Aun podía sentir el abrazo fuerte, cálido y desinteresado de ellos en la despedida. Nos mandaron cargados como bestias con tanto queso y dos cabras muertas con cuero cabeza y todo. Así eran. Todo generosos, todo corazón, pero también herméticos con sus sentimientos. Nunca me dijo Román qué le pidió a su talismán.

— Si me dice el suyo, le digo el meo —me cagó con esa condición, porque yo tampoco podía decirle el mío.

Mis padres estaban felices con mi regreso, sobre todo mi madre, tan graciosa y risueña que nos hacía reír con sus tallas campesinas de doble sentido. Siempre era el alma de los asados, guitarreaba las cuecas y era experta payera, buena pa' la chuchá. Hasta los garabatos les salían lindos. Mi papá tampoco lo hacía mal. Bueno pa'l pencazo empezaba con tinto y terminaba con lo que le dieran. Se tomaba hasta el agua del canal. Se curaba ligerito por el duro traba-

jo de los parrones. Reconfortante fue almorzar nuevamente con mis padres, dormir en mi cama con mis sábanas. Hasta el olor a mis sábanas extrañaba, pero sobre todo extrañaba el olor a albahaca recién cortada, albahaca que ahora aliñaba una ensalada de tomates con pepino que mi madre hizo.

Esa misma noche partimos mis compañeros y yo rumbo a Santiago, nunca había estado antes allá. Me entusiasmaba la idea de conocer la capital. Me prometí que apenas tuviese tiempo iría a conocer La Moneda, que sólo había visto por televisión en aquel bombardeo cobarde del 73. Yo tenía como un año en esa época, pero me daba cuenta de lo que pasaba especialmente cuando mi madre le suplicaba a mi viejo que no se reuniera tanto con los campesinos del fundo y ella de alguna manera tenía razón, era el instinto de supervivencia como le dicen, tal como ahora no me dijo nada de mi viaje a Santiago, pero sus ojitos me lo decían todo su beso fuerte y cálido como una despedida, como que sabía que no nos volveríamos a ver en un buen tiempo.

Durante el viaje a Santiago no pude dormir nada, mi cabeza daba vueltas y vueltas con todas las instrucciones que debía seguir: no saludar a nadie, y caminar por las calles como si hubiera nacido y criado en Santiago; que nada me llamara la atención, podría delatar que era de provincia. Y así tantas otras cosas que repasaba hasta el cansancio.

Así vi el amanecer en ese bus, a través de ese empañado vidrio. Recuerdo que quise abrir un poco la ventanilla para refrescar el ambiente pasado a peos y olor a raja que inundaba todo del bus. La ráfaga de aire frío que entró por la ventanilla me congeló los pulmones y me recordó el aire de los cerros donde vivía Román y claro por cierto que esta ciudad que estaba apareciendo por la ventana estaba a los pies de la cordillera, pero en esos cielos grises no podrían vivir los cóndores, y ni un gorrión siquiera.

Llegamos al terminal a las seis de la mañana. Soñaba con un jarro de té, pero de té o de café, no esa agua caliente pasada a barro que nos dieron en el bus. Cada uno de nosotros tomó desayuno por su cuenta en el terminal, siempre distanciados unos de otros, pero mirándonos de lejos. Luego rápidamente nos cambiamos de ropa en los baños, nos afeitamos muy bien. Los sobacos se me escarcharon con el chorro de agua helada que salía de las llaves. Cuando terminé de ponerme la corbata y el terno azul marino, me miré al espejo y parecía otra persona. Me veía como un gran gerente de una empresa importante.

— ¡Chucha que se ve encachao, compañero...! ¡Parece actor de cine...! —así me dijeron mis compañeros y ellos también lucían muy diferentes.

Salimos del terminal, ya enfundado en terno, corbata y maletín y nos estaba esperando el auto que nos llevaría al aeropuerto. El recorrido hasta allá fue increíble e interminable. Mientras más nos acercábamos a la cordillera, más lindo era todo. Las calles impecables, los edificios enormes de largos. Tantas micros y autos por las calles… Todo andaba tan rápido y bullicioso que no me di ni cuenta cuando llegamos al aeropuerto.

Allá todo estaba como revuelto, tanto paco y milico por todas partes, ya estaba por aterrizar el dictador en ese gran avión ambulancia que le implementaron para poder regresar desde Londres. Según nuestros informantes en Inglaterra, el abuelo vendría más sano que un yogur y toda la parafernalia de tubos de oxígeno, camillas y enfermeras no era más que parte de su teatro barato. Teatro que quedó más en evidencia cuando las puertas del avión se abrieron y dejaron ver a un regordete y fofo capitán general en silla de ruedas.

Apenas la silla rodó unos centímetros, retumbaron los sones de "Los Viejos Estandartes", cantado por un gran coro de viejas rubias enjoyadas hasta los codos.

Luego ya en tierra firme, el regordete anciano sonreía, sonreía irónicamente. Tan natural le era esa risa retorcida, igualita a la nuestra en esos momentos. Rogábamos que el viejo se parara de la silla, para así lograr más alboroto entre la gente que lo estaba esperando. Así lo hizo el viejo gueón ¡y se paró de la silla! ¡y con las manos en alto saludaba a su gente! ¡y con las manos en alto, las viejas y viejos levantaban carteles con su foto! ¡y con las manos en alto nosotros le lanzamos tres granadas, que lo hicieron volar con silla, bastón y todo por los aires como de vuelta al avión!

Los gritos y sirenas estaban por todas partes. Ahí mismo nos pusimos a ordenar a la gente que gritaba hasta por los codos. ¡Vamos, señora, por su seguridad haga abandono del recinto! ¡No, señor, por aquí no, señor. Por el otro sector! ¡Sí, señora, por aquí salga, vamos rápido! ¡Señora, usted adónde va! ¡Nos lleva, por favor, salgamos de aquí! ¡Sí, pues súbase al auto, mire que a ustedes los policías son los primeros que quieren matar estos comunistas!

Ahora ha pasado un tiempo desde esa osada misión que cumplí al pie de la letra. Todo resultó bien. Bueno, casi todo... Extraño a mi madre, a la albahaca con tomates y al olor a campo y a guano de cabras donde Román. Me paso el día pensando en mi padre. Ahora que está solo tendrá más trabajo, y pienso en cuándo saldré de aquí para volver a casa...

Hoy recibí una buena noticia: ¡apenas escuches sobrevolar un helicóptero, sale al patio junto con los demás compañeros!

Hoy es el gran día... y cumplí con mi ultima instrucción… el helicóptero está sobre nosotros... ¡¡¡Y... AHORA.... YA... PUEDO....OLER....EL...AROMA..... A..... ALBAHACA.... Y TOMATES..... DE... MI MADRE.....!!!

TERCER PREMIO REGIONAL
IV REGIÓN DE COQUIMBO

LA SILLA Y EL COSTAL ENCANTADOS

Bartolomé Segundo Ponce Castillo
52 años
Profesor rural
Coquimbo

En los años de la grandeza mineral del Norte Chico, hasta el villorrio de Huamalata llegaban, provenientes de los ricos minerales de San Lorenzo, los Mantos de Punitaqui y Tamaya, arreos de borricos con sus costales repletos de metal. En los corrales donde se realizaban las faenas de molienda y fundición, los paisanos narraban historias y sucedidos, donde se mentaba de cuando Tatita Dios recorría las tierras limarinas y, compadecido del esfuerzo realizado por los cateadores mineros, les echaba una manito indicándoles derroteros por donde florecían las vetas de buena ley... Una de esas historias les narraré a continuación:

En una quebrada cercana al poblado de Huamalata trabajaba un herrero muy esforzado, servicial y generoso; era, además, cristiano devoto del Niño Dios de Sotaquí y de la Virgen de Andacollo.

Un buen día, con el sol cayéndole a chuzo sobre la cabeza, se detuvo frente a su taller un humilde minero, pobremente vestido, quien arreaba una tropilla de doce borricos penderratos, de los cuales tres venían despeados por faltarle más de una herradura.

— ¡Buenas tengas, paisanito...! —lo saludó el huamalatino dejando de lado su labor junto a la fragua.

— ¿En qué puedo servirlo?

— ¡Buenas tardes, amigazo...! ¿Me podría herrar estos burritos pa' ver si alcanzo a llegar a un reventón de buena ley que, según me datearon, apareció allá por la cima del cerro Huatulame?

De inmediato el herrero puso manos a la obra: entre accionar el fuelle, golpear los hierros para dar forma a las herraduras y luego herrar los jumentos, en breve tiempo dio por concluida la tarea.

— ¿Cuánto le debo, paisano? —el minero, feliz porque sus burros habían quedado muy bien herrados, aún sin tener dinero deseaba cancelar el trabajo realizado.

Considerando que la faena había sido menor y compadecido por la pobreza reflejada en la apariencia del pirquinero, el herrero decidió conformarse con poco:

— ¡Las gracias me bastan, amigazo..., cuando encuentre la veta buena podrá volver por estos andurriales a pagarme el trabajito!

La generosa actitud del herrero alegró el alma del minero quien, por un instante, se quedó como ensimismado; enseguida, de uno de los yol que colgaban en el lomo del último borrico sacó una sillita de madera, con cubierta de totora y un costalito de cuero de vaca, el cual tenía un pequeño orificio en uno de sus costados.

— ¡Le dejo estas cosas, amigo...! —le dijo al momento de pasarle las especies, luego agregó:

— Y no las mire a menos, pues de algo le pueden servir en el futuro.

Mientras compartían un mate amargo con churrascos, el agradecido minero le comentó:

— La sillita es de virtú, quien se siente en ella no podrá levantarse a menos que usted ordene: ¡párate y ándate!...; el costalito también tiene su gracia, si alguien entra en su interior jamás podrá salir sin una orden e su mercé...

Al caer la oración, junto con perderse el sol por detrás de los cerros colorados, el buen pirquinero se marchó en pos de las riquezas escondidas en el lejano cerro Huatulame, arreando los obedientes borricos por la pedregosa senda tachonada de quiscos y copaos.

El herrero lo miró perderse más allá de una loma, sonriendo para sus adentros y convencido de habérselas visto con otro de aquellos mineros solitarios, que siempre llegaban a su fragua para arreglar los barrenos y a herrar los animales, dejándole como pago las cosas más extrañas; enseguida, convencido del escaso valor y utilidad de la sillita y el costal, los arrumbó en un rincón del taller, sitio en donde permanecieron por un largo tiempo olvidados.

Pasaron los años y cierta tarde llegó hasta la herrería del huamalatino, un crispeante jinete montado en potro azabache. Lucía capa negra, chambergo de igual color, afilado mentón y atuzado bigote.

— ¡Me están faltando herreros en mis dominios y usted, según me han dicho, es de los mejores...! —entre sarcasmos y cuchufletas, el malo le anunció el motivo de su visita.

El asustado cristiano, de inmediato, reconoció en el jinete fantoche al mismísimo Luzbel. Sorprendido por tan inesperada aparición, procuró alargar los últimos minutos de su vida en la Tierra, imaginando una salida para escapar de tan difícil trance; entonces se acordó de la sillita encantada que, en cierta ocasión, le dejara aquel hu-

milde minero de los burros penderratos y haciendo funcionar a toda máquina el magín se explayó:

— ¡Apéese pos, amigazo!, y tenga la bondad de esperarme un ratito. Primero debo dejar bien arregladas mis cosas pa' que nadie me reclame.

Apenas el matoco echó pie a tierra, el herrero buscó la sillita, la sacudió un poco y acomodándola cerca de la fragua lo invitó a sentarse.

— ¡Acomódese por aquí... bien cerquita del fuego como a usted le gusta....!

Satanás, confiadamente poderoso, tomó asiento y esperó mientras el herrero acomodaba sus pocas pilchas en una petaca de cuero, revolvía algunos papeles y rogaba a todos los santos para que la bendita silla fuera realmente de virtú; transcurrido tiempo eternamente largo, el aterrado cristiano se paró frente al demonio y encomendando su alma a la Virgen de Andacollo y al Niño Dios de Sotaquí, lo invitó a partir:

— ¡Ya estoy listo..., cuando quiera nos vamos pa' su reino!

Mas, cuando quiso levantarse de la silla para salir tras el herrero, una fuerza misteriosa le impidió moverse.

— ¿Qué mierda está pasando aquí...? —preguntó indignado el mandinga.

El herrero alzó la vista al cielo y con profunda fe agradeció al santo minero su regalo. Luego, confiado de contar con el favor de Dios, teniendo absolutamente inmóvil al jinete maldito, cogió una huasca trenzada en cuero de vacuno y comenzó a darle azotes con todas las fuerzas de su brazo.

— ¡Ay, ay, ay..., no me peguís más, roto'e mierda...! —se quejaba y suplicaba el enfurecido mandinga- ¡mejor me soltái si no queris sufrir todas las penas del infierno!

Pero el herrero no se amilanó y continuó dándole de huascazos, hasta cuando el sol comenzó a trepar por la falda de los cerros limarinos.

— ¡Ayayaicito..., en los cachos no, mierda...! —el cachuncho aullaba de dolor.

Totalmente a merced del cristiano y medio desmayado por los golpes recibidos, el coludo decidió transar una salida:

— ¡Si me despegái ahora mismo de esta silla, te dejo con vida y me voy para siempre a mis dominios...! —le propuso con un hilo de voz.

Acordado el trato, el herrero le aplicó una nueva ración de golpes y luego, cuando el mandinga le reiteró su voluntad de marcharse para siempre, repitió las palabras indicadas por la silla encantada, se envolvió en una nauseabunda nube de azufre y salió volando de la herrería, perdiéndose su figura más allá de los imperios mineros coquimbanos.

Pero el Príncipe de las Tinieblas, ya en el infierno, no estaba dispuesto a quedarse con aquella humillación y a pesar de haber empeñado su palabra, instalado en su antro de fuego comenzó a planear la ansiada venganza:

— ¡Ese no se va quedar así como así no más..., herrero tramposo..., lueguito va a tener parrilla y fuego especial en los hornos más poderosos de mi averno... —repetía mientras pensaba en cómo atraparlo y castigarlo.

Y aunque su palabra valiera poco, en algo la estimaba, por eso urdió la idea de mandar a la diabla madre para que ella, arrastrándolo de un ala, le trajera al herrero hasta sus dominios; imaginaba quizás, que con una mujer el cristiano no sería ni tan violento ni avispado.

Así fue como cierto día, intentando cumplir la orden dada por el rey de los infiernos, arribó a la fragua del huamaltino una hermosísima campesina; arreaba una tropilla de seis mulas tan negras como la noche.

— ¡Buenas tardes, don...! -lo saludó coqueta y enseguida preguntó.

— ¿Cuál es la ruta más segura pa' llegar al río Ponio?

Aunque deslumbrado por la belleza de la hembra, advertido por los tristes aullidos de su perro el herrero reconoció en ella a la compañera del cachucho.

— ¿Y en qué anda una mujer tan sola y tan rebonitaza..., no se perderá entre tanto cerro y se la coma el lión...? —le dijo el paisano, haciéndose el leso y dándoselas de lacho.

— ¡El león no me asusta... -respondió la diabla, agregando:

— Yo nunca voy a perderme en los cajones cordilleranos, porque soy baquiana corajuda; si hasta puedo pasar por el ojo de una aguja…

Al escucharla tan desafiante y atrevida, el herrero se acordó del costal encantado, que en parte de pago, junto con la sillita de virtud, le dejara aquel humilde minero, quien no debía ser otro que el mismísimo Tatita Dios.

— ¡Así es que puede pasar hasta por el ojo de una aguja...! —retrucó burlón el cristiano.

— Eso no lo voy a creer si no lo veo...

— ¿Acaso querís una demostración de mi poder...? —lo desafió la maldita.

El herrero la miró en silencio, luego buscó el costal encantado, lo sacudió golpeándolo contra el yunque y poniéndolo frente a los ojos de la diabla le plantó un desafío:

— Ver para creer..., métete adentro del costal por este agujerito, si decís que soi tan diabla, poh...

La diableza, herida en su amor propio, imprudentemente se sacó el sombrero y enseguida, convirtiéndose en un hilito de humo negro, se coló al interior del costal encantado; mas, al querer salir, los martillazos le llovieron por todas partes, pues el herrero ya conocía la receta.

— ¡Ayayaicito..., desgraciado..., sácame del costal de una vez por todas, roto tramposo!, reclamaba la maligna.

Sordo a sus palabras, el hombre la siguió machucando hasta que se le arratonaron los músculos del brazo:

— ¡Este por el Niño Dios de Sotaquí, este por la Virgen de Andacollo, este por todos los santos, este...! —recitaba mientras molía el costal con un pesado martillo.

— ¡Ya está güeno..., me tenís re' toos los huesos rotos..., suéltame de una vez si no querís asarte en las parrillas del infierno!, —lo amenazaba la mandinga.

Sin embargo los martillazos le seguían lloviendo sin pausa, entonces y sintiéndose derrotada por el avispado cristiano, decidió pactar su libertad:

— ¡Te lo rejuro, si me sacai de aquí nunca más voy a venir a molestarte...!

— ¡Lo mismo me dijo tu marido...!, —le recordó el herrero, mientras continuaba moliendo el costal con el martillo ... ¿Cómo me asegurái que ahora vai a cumplire tu palabra?

— ¡Párale, pos mierda, ya está bueno de golpes...!, —le reclamó la matoca, para enseguida satisfacer su duda:

— Escribiremos un contrato y lo firmaré con mi propia sangre...

Cuando tuvo en sus manos el texto compromiso escrito y firmado con la sangre de la diabla, recién el herrero la dejó en libertad; la enfurecida hembra, toda collonca y despelucada, agarró carrrera hacia Tamaya Viejo, en cuyos socavones tenían un refugio los demonios.

En la seguridad de estar definitivamente libre de los entes infernales y para no abusar de los beneficios de Diosito Pirquinero, el herrero enterró cerca del río Grande, para el lado de Tulahuén, la sillita, el costal y el papel firmado por la diabla; luego se fue a vivir a Sotaquí, poblado donde esperó la llegada de la muerte, seguro de haberse ganado un lugar en el Reino de los Cielos.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
IV REGIÓN DE COQUIMBO

UN TRAPITO AZUL

Paola Lorena Pinto Lemus
32 años
Productor agrícola
La Serena

Si alguna vez me decidiera hacer un resumen de mi extraña vida, más de alguien diría que salí medio fallá de la cabeza o, como decía mi abuela, con una vena "estrangulada". De cuanto tengo memoria, todo partió cuando mi hermana, la Negra, me preguntó si quería aceitunas y, como yo no hablaba nada, me dio igual no más. Pero lo que nadie sabía era que esas aceitunas eran secas, con un interior pastoso y sin sabor: la Negra se había pasado la mañana buscando guanos de oveja y ése era su "regalito" para mí. Desde aquel día, ella y mi hermano, el Nanejo, eran cómplices en todo. Cuando fui creciendo me apartaban de sus juegos, porque decían que yo era muy chica e intrusa. Esto cambió cierta vez que descubrieron mi juego secreto: yo tenía una casa en un árbol que crecía en el fondo del patio y allí hacía comidas y hablaba sola. Cuando se me acababa la comida que le robaba a mi mamá, recorría los dos kilómetros que nos separaban de la casa de mi ti Petita y le decía que mi mamá le mandaba pedir dos tomates, un pan y "asal" (yo no hablaba muy bien). Mi mamá, flaquita como estaba, palideció aún más cuando, a fines de mes, llegó la rubia Petita a cobrar los supuestos pedidos de mi mamá. Era casi un cuarto de las escuálidas ganancias que mi mamita obtenía por sus siembras en un mes. Pueden imaginar cómo mi esqueleto se escurrió rápidamente entre los pimientos y escapé hacia cualquier parte, lejos. Estuve corrien-

do y buscando un escondite por horas, hasta que oscureció y el pánico llenó un hueco en mi pecho, que se hinchaba haciendo notar mis filosas costillas. Había llegado al bosque de don Floridor, el dueño del fundo: a partir de entonces empezó mi relación con ellos: los duendes. Sí, esos seres pequeños con gorras de color y orejas puntiagudas, buenos o malos, gordos y flacos. Mi papá tenía un caballo blanco hermoso, que ese día había amarrado a un eucalipto del mentado bosque, cuando lo escuché quedé casi en la copa del árbol del susto, pero cuando lo vi, se me heló la poca sangre que tenía: la tuza del animal estaba llena de trencitas atadas con cintas de colores, también la cola las tenía. Sobre su lomo había "algo" montado que movía sus manos sobre el pelo del caballo. Me acerqué despacito, porque en mi carrera había perdido un zapatón, me puse al lado del caballo y miré atentamente lo que tenía enfrente: era chico, raro, con cara de viejo y ojos de niño, vivos, como hoyos profundos, pero simpáticos. Los saludé, pero no tuve respuesta, el saltó sobre mi cabeza, dejando cintas por doquier y huyó dejándome con el asombro y la emoción de haber encontrado ¡al fin!, un amigo. Le dije todos los garabatos que sabía y, muy enojada, volví a mi casa. Era tarde, mi mamá buscaba en la oscuridad tanteando mis huesos, tal vez imaginando que una rata ya los roía. Cuando me vio llegar, me abrazó fuerte y nos acostamos, juntitas, agotadas. Ni se acordó de castigarme.

Pasaron algunos días. A mi primo Daniel, orgulloso y relamido como era, le habían comprado un equipo de operaciones (para niños, claro). Me fue a buscar y nos fuimos escondidos a un canal cercano, para concretar un escalofriante plan: buscaríamos sapos para operarlos y ver si estaban muy enfermos. Mis hermanos mientras tanto, ocupaban mi casa del árbol para jugar a la mamá y al señor que le vendía cosas. Con el Dany hallamos hartos sapos, gordos y verdes, y les cortamos la panza. Diagnóstico: todos sanos y fuertes, así es que les dijimos que volvieran a sus hogares de sapos, nunca entendí por qué al caer al agua, quedaban con las patitas hacia arriba, mostrando orgullosos su barriga con nuestra opera-

ción, tal vez para enseñarles a los demás lo bueno que éramos como doctores. El Dany se fue a su casa (la de la Petita, que era su mamá), agotado por ese día tan científico, y yo me quedé inscribiendo pacientes para el otro día. Estaba conversando con un lagarto que apareció en el puente, cuando ¡Zas! Ahí estaba otro de esos seres de orejas largas puntudas. "¡Ah!", le dije, "¿también quieres que te operemos?". Él me oía, como con la cabeza hacia un lado, y mascullaba cosas que no logré descifrar, a pesar de esforzarme mucho. Miré sus ojos, bellos y brillantes, y me sonrió… Tenía dientes chiquitos, como de ratón, y luego, en un tarrito con agua, me ayudó a capturar sapitos para un nuevo día de hospital. Quedamos mojados de tanto saltar persiguiendo a esas condenadas manchas verdes, así es que me fui a mi casa, despidiéndome de mi amigo, el "Chico" (¡qué original!, no se me ocurrió otro nombre).

Al otro día, mi mamá no me mandó a la escuela, porque tenía fiebre y tos por mi aventura acuática, y no pude salir. Traté de explicarle que el "Chico" me iba a estar esperando, que los sapos nos necesitaban, pero nada. Me dijo que él Dany había viajado con sus papás al pueblo y no volvería hasta dos días después. Caí en desesperación, ¿qué sería de nuestros pacientes y mi nuevo enfermero? ¿quién los ayudaría? Ah, no. Esto no era posible. Tenía que ir.

Mi mamá se fue a cosechar tomates; entonces me levanté y alcancé a llegar al pimiento con la casa arriba, cuando escuché mi nombre gritando con tanto ímpetu que no quedó duda en dos kilómetros a la redonda de que, por mi seguridad, debía volver a mi casa. Pero mi mamá se compadeció un poco y me dejó subir a la casa de juegos. Ya estaba arriba, reordenando mis maderitas y rogando al buen Dios que mis hermanos no fueran más allí, porque estaba todo sucio, cuando mi primo Tito tuvo la mala idea de subir a mi refugio. Iba a venderme unas zanahorias con "pelitos" (años más tarde, supe que eran hongos) que según él, eran lo mejor para los ojos. Sentí tanta rabia al ver que quería estafarme,

que lo empujé sin medir mi fuerza ni escuchar otra oferta de papas que me llevaba; sólo lo vi caer del árbol, sobre unas ramas secas en el suelo. Ocurrió una tragedia: el Tito se quebró un brazo, iría al hospital y yo... a la cárcel, seguro. Imaginaba cómo estaría de vieja cuando saliera de las rejas de una celda, por mi crimen, tan brutal, tal vez ni siquiera existieran sapos. Llegó la mamá del Tito, mi tía Eliana, mi regalona, iracunda y manoteando en el aire, gritándome a mí y a mi mamá, maldiciendo. Cuando se fue, mi mamita me abrazó porque yo tiritaba tanto y era tan flaca que me caía sola, y me consoló diciendo que el Tito se lo merecía por pillo, feo y flojo. Me tranquilizó tanto que yo creí que había hecho justicia, me sentí casi heroína; y sentí que mi mami me amaba, me había abrazado dos veces en casi dos semanas; era un sueño.

Apenas pude levantarme, fui al canal a buscar al Chico, le grité y llamé por todos lados, pero no tuve éxito. En vez de ir a la escuela, me fui al potrero donde estaba comiendo el caballo blanco a esperar si aparecía mi amigo o sus camaradas. Estaba cabeceando, cuando mi cabeza cayó sobre una roca que había al lado y reaccioné, muy asustada, adolorida, sin saber dónde estaba. Entonces los vi: eran tres. Y corrían rápidamente, como trompitos cucarros, chocándose entre ellos. Pensé que eran bastante estúpidos y traté de ver si estaba mi amigo chico, pero no lo supe. Eran muy parecidos entre ellos, estaba algo oscuro y yo estaba medio atontada por el golpe. Me miraron por largo rato cuando descubrieron mi presencia ahí, pero ni me inflaron, y siguieron con su peinado de cintas en el caballo, y esta vez, también sobre el Tarzán, mi perro. Traté de acercarme a tocarlos, pero saltaron tan rápido que me fui de boca al suelo. Les pregunté por mi amigo, y uno de ellos me tiró una cinta azul, como regalo, supongo, y se fueron. Me emocioné tanto, que parecía flotar sobre mis piecitos; desde entonces el azul es mi color favorito.

Pasó el tiempo, semanas tal vez, y llegó la víspera del año nuevo. No había vuelto a ver a los seres pequeños, y estuve bastante triste. Los animales no presentaban ningún peinado estrafalario, no operé más sapos, no me subí a la casa del árbol. No me entretenía con nada.

Faltaba como media hora para las doce de la noche, y yo odiaba dar abrazos en año nuevo; aún lo odio. Todos lloran y piden cosas y se prometen otras, y al otro día todo sigue igual. ¡Guac! Es asqueroso. Me arranqué al sauce hueco y quemado que había frente a la casa de Don Floro, con su piscina, sus invitados de televisión, rubias platinadas, señores engominados, y miré largamente. Yo jamás estaría en un lugar así, con esa gente, con tanto brillo. Estaba melancólica, siempre era igual a fin de año. Me dolía ver que nada cambiaba en nuestras vidas, sólo se acumulaba más trabajo, más necesidades, más tristezas, más hoyos en las medias de mi viejita. Sentí que las lágrimas salían de mis ojitos sin poder pararlas. También odio llorar, y de repente, algo calientito me tapaba la cara, sonando mis moquillos, dejándome medio ahogada, asfixiada. Volví a respirar profundamente, y lo vi, al ladito mío, con carita e pena y sus dientes asomando bajo su nariz chata. Era el Chico, mi compañero, traté de abrazarlo, pero también saltó y me dejó con el aire entre los brazos, pero estaba ahí con un trapo azul secándome la cara, y sus ojos tan brillantes como las luces de la fiesta, me miraban fijamente hasta que sonreí. Entonces me dio el trapito y se fue. No lo vi otra vez, en años.

A los pocos días, la Ana hija de don Floridor, me fue a buscar para jugar en la piscina. Casi enloquecí, buscando algo decente para ponerme. Encontré un buen traje de baño de toalla, amarillo, pero yo era tan flaca que me dio mucha vergüenza mostrar mis brazos largos, y me puse una camisa a cuadros bajo el traje de baño. Según yo, me veía increíblemente bella. Cuando llegué a esa casa con la Ana, aún había visitas que me miraban con cara de asombro y una pizca de lástima. Nos lanzamos rodando por el pasto fresco, húmedo; jugué mucho, corrimos e incluso, me metí a la piscina. Esto era

lo más increíble que me había sucedido, después de mis amigos duendes, por supuesto.

De pronto, escuchamos un grito aterrador. La Sofía, una de las nanas, que tenía como quince años, se había enredado en el cable de la enceradora, al lado del canal, y caía estrepitosamente en el agua. Quedó con su pelo rojo disperso, como una corona, sus manos crispadas, sus ojos abiertos, aterrados, sus labios morados. Estaba muerta, en el agua; muerta y yo la vi, la vi en el agua, flotando como mis sapos operados. Corrí a buscar al Dany, para que ayudara, pero al volver con su equipo de operaciones, una señora rubia, que vi alguna vez después en la tele, me detuvo y me gritó que yo había traído la mala suerte, que cuando yo aparecí, llegó la maldición de los pobres, que no había espacio para pordioseros en esa casa. "¿Qué son los pordioseros?", pregunté; ni siquiera sabía bien qué era ser pobres. Me fui, confundida, sin ver a la Sofía, con la decepción y la convicción de que pudimos salvarla con el equipo del Dany.

Guardé mi camisa y mi traje de baño amarillo de toalla, prometiendo no usarlos nunca más. Culpé a los duendes de mi desgracia, a mi trapito azul, boté todo. Sólo, años más tarde, encontré la cinta, desteñida y vieja, mi tesoro.

En el camino que siguió con el tiempo, me pasaron muchas cosas, buena y malas, extrañas casi siempre. En ocasiones, busqué tesoros siguiendo pasos invisibles en el corredor de la casona de mi tía Charo; le grité a la Llorona que se fuera y me convencí de que era un gallo el que gritaba; traté de escapar de las risas malvadas del Tue-Tué; sentí caer sobre mis piernas todo el peso de unos tres señores gordos con sus panzas enormes, mientras dormía, y no podía gritar ni levantarme. En fin, cientos de historias que darían luz para un gran libro de fábulas, demasiado ciertas para mí. Se contarán en otro tiempo, cuando sea su hora.

Hoy estoy grandecita; crecí tanto que, junto conmigo, un día empezó a crecer mi panza y de adentro salió mi mejor regalo: una negrita preciosa, con cabello de noche oscura, ojos de luna y aceituna (no como las de mi hermana) y piel de estrellas. Es tan bella, como nunca imaginé que pudiera existir nadie en la Tierra.

Cuando mi princesa cumplió dos años, entré a su pieza, y vi todos sus juguetes desparramados en el suelo, la cama desarmada y su pelo, su hermoso pelo, lleno de cintas de colores y con flores pinchadas entre ellas. Se veía feliz, tranquila, agotada, con sus mejillas sonrosadas: Al mirar por la ventana, vi saltar una criatura pequeña entre las matas de sábila del patio. Sentí un montón de emociones... pero cuando volví a la pieza, al lado de una foto mía con mi niña, estaba el trapito azul, algo raído, hilachento. Ahí estaba, recordándome que los amigos siempre están ahí, y vuelven cada vez que te sientes sola; para demostrarte que Dios envía ángeles, chiquitos o grandes, para que sigas soñando, aunque seas viejo. La historia con Chico volvía con más fuerza, y no se iría más, por lo menos hasta hoy.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
IV REGIÓN DE COQUIMBO

QUIEN CALLA NO OTORGA

Iván Sasha Mendieta Rivera
35 años
Comerciante, contratista
La Serena

En la nebulosa de los recuerdos, tengo uno del porte de un auto y a él me referiré.

Íbamos contentos, mi padre y el niño que entonces yo era, él porque había podido comprarle una batería nueva al vehículo en el que nos movilizábamos, un viejo, muy viejo y usado Studebaker; viejo, pero fuerte e imponente. Era blanco de la mitad hacia arriba y el resto de un raro color azul eléctrico. Sus guardafangos sobresalían ostentosos de la estructura central y se estiraban tanto como sus parachoques hacia delante y hacia atrás.

Solíamos hacer bromas en torno a este portentoso amigo, pues solía tener achaques propios de su edad y frecuentemente debíamos empujarle por largas distancias para que arrancara.

Mi padre iba feliz en su auto sano y yo por mi parte feliz y ansioso; me gustaba viajar en el automóvil aquel, sobre todo por que a mi edad todo sitio o persona nueva es una aventura.

Antes de llegar a Ovalle, tomamos un camino de tierra y pronto llegamos a unos ranchos levantados provisoriamente para las faenas

de temporada. Allí acampaba un campesino de nombre Carlos López, amigo eterno de la familia, quien tenía una gran cantidad de cabras pastando; ahí había un pronto augurio de cosas buenas.

Nos estacionamos en una explanada y al bajar debimos ser socorridos por los lugareños pues nos vimos asediados por un grupo de enormes y bulliciosos gansos, que obviamente no tenían intención amistosa con nosotros.

Se veía en la extensión de lo visible, enormes cantidades de ganado caprino, algunos corrales y perros, sí, había en el lugar numerosos útiles perros.

A los abrazos, risas y saludos primeros, vino una caminata por el lugar y grata conversación al respecto; por mi parte no esperaba nada de mi viejo, no decía nada pero lo oía todo.

— ¡Ea, Tony! —le gritó don Carlos a un precioso perro pastor negro, el que a la voz del amo corrió en dirección a unas cabras que se apartaban del rebaño y con unos ladridos las rodeaba y devolvía junto a las demás; cuando había porfía en alguna de ellas el hábil mastín les daba un suave tarascón a una de las patas, lo que era interpretado correctamente por las descarriadas que corregían su rumbo. Al caso comentaban otros mayores que a veces algunas bestias eran lastimadas en esos menesteres por los cachorros que debido a su inexperiencia las mordían sin medir sus fuerzas:

Fue cosa de hablar y nos encontramos en medio de una coloquial tomatera, había tanto de beber como cosas de qué conversar. A mí me agasajaron con quesos y bebidas que trajeron después. Durante muchas horas me aburrí, pero no me separé del grupo de festejadores.

Ya de muy noche, cuando los sobrios sólo éramos los niños, mí padre se levanta despidiéndose y se dirige conmigo al auto.

Pero este no arrancó. De inmediato llegó la ayuda y una cantidad imprecisa de mocetones llevaba empujando el auto desde la explanada a una inclinación que había en el camino. Desde lo más alto empujaban el cachorro, todos a una vez, y mi papá intentaba hacerlo partir. No había caso, los improperios iban y venían al "Stude" y a su recién comprada batería, ¡carajo! Y otra vez, empujando entusiasmados al principio; pero luego de muchos intentos era ¡otra vez! Y nada, el Studebaker habíase tornado muy pesado, más grande, más robusto. Yo miraba con expectación cómo esa masa respetable pero ebria de mayores iba de aquí para allá con tremendo armatoste a cuestas.

Luego de una breve deliberación, acordaron que mi padre estaba muy bebido para maniobrar bien y de común acuerdo se integró al equipo de infantes, asumiendo otra persona el rol de conductor del porfiado automóvil. ¡Ahora sí! Y todo el mundo cuesta arriba, empuja que empuja; luego cuesta abajo, empuja que empuja... embrague, primera, etc., etc., ¡nada! El motor ni siquiera un ronquido pequeño daba, en todos los intentos ni siquiera un ruido mecánico.

Ya a esas alturas de la noche hacía mucho frío y junto a la tarea cansadora de empujar, minaba la verticalidad de todos, el vino y la cerveza que ahí se seguían bebiendo.

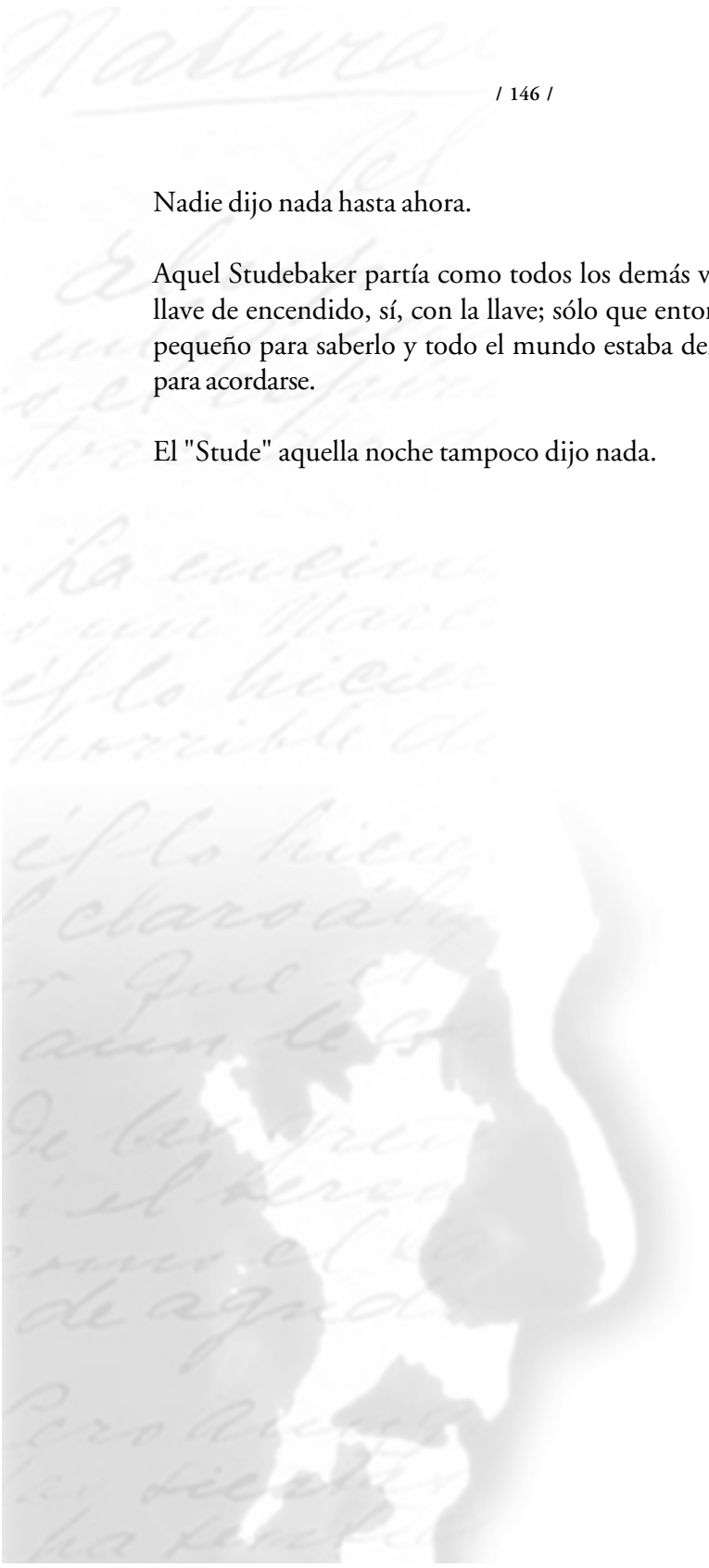
Nos fuimos a acostar todos, a mí me acomodaron en una payasa campechana hasta el amanecer. Aun en penumbras, mi papá me indicaba que nos fuéramos a casa.

Salimos en dirección al camino, nos subimos al "Stude" y mi viejo, embrague, primera, etc., etc., luego su fuerte mano sacó de su bolsillo, como quien despierta al sol, la llave, ¡la llave!, eso es: la llave del auto, mi padre y yo; anoche era todo el mundo, el auto, mi padre y yo. Fue cosa de segundos y el auto arrancó de inmediato.

Nadie dijo nada hasta ahora.

Aquel Studebaker partía como todos los demás vehículos: con la llave de encendido, sí, con la llave; sólo que entonces yo era muy pequeño para saberlo y todo el mundo estaba demasiado bebido para acordarse.

El "Stude" aquella noche tampoco dijo nada.



PRIMER PREMIO REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA CORDILLERA CERCA DEL MAR

Armando Wladimir Donoso Pizarro
43 años
Maestro carpintero
El Quisco

Bajo un azul intenso, blancas montañas, acantilados, hermosas caídas de agua y más abajo las nubes que se interponían al paso de los rayos del sol, planeaba afanoso el cóndor, buscando comida para su cría, que por culpa de un cazador, de esos que lamentablemente aún quedan, estaba sin su madre esperando en el nido.

Era tarde y desde lo más alto de la montaña, el cóndor y su hijo observaban la puesta de sol y de cómo las nubes blancas como una mota de algodón se coloreaba hasta llegar a un fuerte color rojo. Fue el momento en que la cría le preguntó a su padre cuál era el motivo de tan extraño cambio. El cóndor no sabía la respuesta, pero, orgulloso de saberse el ave más grande que surcaba los cielos, elegido por los animales de dos patas para rendirle honores, prometió a su cría que lo iba a averiguar, pues, sabía por sus abuelos que siguiendo un gran curso de agua se encontraría con un extenso valle de raras construcciones y más adelante una gran extensión de agua llamado mar.

Llegó el momento de emprender el viaje y prometió a su hijo que luego de conocer el camino lo llevaría, tal como lo habían hecho sus antepasados, con los suyos.

Se despidió de su cría, abrió sus alas en toda su extensión y se tiró en picada hacia el valle. -El río, el río -se repetía para no perderse. Al cabo de unos minutos y cuando cortó los espesos cúmulos, grande fue la sorpresa al no ver el hermoso valle de color verde que le habían descrito, y en su lugar una inmensa nube que cubría todo el valle, estática y espesa que lo hacía llorar.

Se mantuvo en el aire por algunos segundos, con una pena inmensa por no continuar a causa de la asquerosa nube. Impotencia por la promesa que le había hecho a su hijo, vergüenza por él y los animales de dos patas que vivían en el valle, lo que habían favorecido tan desolador ambiente y además por haber usado su imagen para estamparlo en un escudo que "sí" respetaban, mas no los animales que allí se reflejaban.

Con mucha tristeza, se devolvió, buscando una explicación que no encontraba para su cría. Mil vueltas dio alrededor del nido, mas no se atrevía a bajar.

— ¿Cómo acercar la cordillera al mar? Pensaba el cóndor con lágrimas en los ojos. Y al no encontrar la respuesta, fue donde su cría, la cobijó junto a su cuerpo bajo un azul intenso, hermosas caídas de agua, grandes acantilados… De pronto, un estruendo, algo tibio, pasó por su cabeza, la montaña, el acantilado, las caídas de agua ... todo se tiñó de rojo... perdió las esperanzas, cortó a su hijo las alas, mató los sueños de llevarlo al mar.

Era tarde, y las nubes de blancas, como motas de algodón, también se tiñeron de rojo.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

HISTORIA DE UN GUACHO

Sonia del Carmen Morales Contardo
57 años
Asistente de enfermos
Valparaíso

Mi destino ha sido trazado, el doctor me ha informado que mi enfermedad es cáncer terminal.

San Felipe, mi tierra, campeones del trabajo y el esfuerzo, y yo un guacho que partió rumbo a Valparaíso buscando trabajo, donde tuve la opción de formar una linda familia de cinco hijas con mi trabajo de panificador, que por treinta y nueve años me permitió darles de comer.

Hoy, sentado en la falda del cerro La Cruz, que parece representar no sólo mi dolor actual, sino también mi larga vida, miro el mar bajo un sol esplendoroso en una tarde de octubre de 1999.

Miles de recuerdos de mi niñez vuelven a mi memoria y sin pensarlo le cuento a mi hija, único apoyo en estos momentos de soledad, mi verdad, mi tristeza.

Los recuerdos son dolorosos, aún veo a mi madre doblada en la artesa, lavando días enteros, con sol o lluvia y en las noches secando la ropa alrededor de la gran fogata en la escuálida pieza en que vivíamos, para terminar con aquella plancha a carbón, que era un peligro y que costaba mantenerla con las brasas rojas para que no hiciera

ceniza, pues ensuciaba la ropa y la quemaba. Su obligación era entregar la ropa al día siguiente, sin importar el clima o la cantidad.

Mi madre, la Rosa la llamaban los peones, su nombre era digno de la belleza natural, sencilla, hermosa, trabajaba en el Fundo Santa María. Podría pensarse que el nombre de la hacienda haría del lugar un espacio paradisíaco; pero no, los dueños no tenían nada de piadosos. Sanfelipeña, de quince años, entró a trabajar como empleada de la casa de los Montenegro junto a su mamá. Una de lavandera y la otra de cocinera. Sus ojos verdes, como la esperanza, y su blancura en la piel que reflejaba su noble corazón estaban adornados por unas inmensas trenzas que como enredaderas caían por su espalda.

La familia de mi madre era paupérrima, madre e hija buscaban trabajo y no es que no tuviesen más familia, pero cada uno se las arreglaba como podía. Los que tenían mejor pasar no eran solidarios, cada uno cuidaba la numerosa prole y no había quejas. Aceptaban en silencio su destino. Mi abuela María tenía más hermanas, bien puestas, que cuidaban de ella que era la menor, vigilando sus amistades. Mas ocurrió lo que temían, y su virginidad no logró ser protegida. Cuando se dieron cuenta, no había nada que hacer. El galán había volado y ella estaba con su vientre abultado. No la echaron de la casa, esperaron que pudiera valerse por sí misma con la niña que tuvo y así partir en pos de un trabajo que pudiese mantenerlas a las dos. Pasó el tiempo.

Para la abuela, cortando uva, duraznos, paltas, arvejas, naranjas, el tiempo de la cosecha era corto, así que pasaba a la conservera a enlatar fruta. Era duro el trabajo, mal pagado y todo se iba en cancelar una pieza y a la familia que cuidaba la guagua. La abuela María nunca más confió en un hombre, su ceño se endureció y sus silencios eran grandes. Solo cuidaba de Rosa, mi madre, pero cuando vio que estaba en edad peligrosa, decidió ofrecerse de cocinera con su hija, para así tenerla cerca y vigilarla que no le ocurriera lo mis-

mo que a ella. Su hija no se lo merecía, debía formar una familia como es debido. Así llegaron a la hacienda, donde las aceptaron de inmediato.

La belleza de mi madre no podía pasar indiferente a los ojos del hijo del patrón, que es dueño no solo de las tierras, sino de las vidas de cada empleado. Estudiante de colegio pagado, se codeaba con lo más granado de la ciudad. En silencio Rosa escuchaba a su mamá las advertencias de no aceptar a ningún hombre que quisiera entablar conversación con ella. Era obediente, pero el futre supo ganarse su confianza y olvidó todas las advertencias. Quedó deslumbrada, era tan niña que no midió las consecuencias y creyó que el amor no tiene diferencia de clases, igualando a "la china" y al patroncito. En tierras tan fértiles como San Felipe, en que las verduras y frutas surgen generosas, como resultado del esfuerzo del labriego, es imposible que no surja un amor sincero.

Así nací yo, fruto del amor de la Rosa y del abuso de poder del hijo del patroncito que iniciaba su vida, sobre la inocencia y candidez de "la china" que creyó en las promesas de amor. Su embarazo significó que el ama, como se les llamaba a las señoras de la hacienda le diera dinero y la pusiera en la puerta del fundo, sin que los demás se alcanzaran a enterar. De un día para otro, quedó en la calle.

Llegó a un cité, donde los dolores de la pobreza y desesperanza son uno. Quince familias vivían en él, tratando de sobrevivir en una pieza vacía y con sólo dos manos para trabajar, empezó a realizar la dura tarea de lavar, en dos artesas que habían en el patio, a lavar ajeno como le decían en esa época, lo único que ella sabía hacer. Quien creería que en la actualidad, con sólo apretar un botón, se realiza la tarea. Pero encontrar a quién lavar su ropa, no es fácil, en el campo son todos pobres y los patrones pagan poco a la "la china", no es digna de un sueldo justo. Protegidos estaban los que trabajaban en una hacienda, allí había cuarto y alimento, el trabajo sobraba y aunque no eran regalones, algo seguro había, un plato de comida. Entre ropas ajenas, Perlina y Radiolina, nací yo. Alfonso,

gordo, blanco y de pelo crespo con los mismos verdes y esperanzados ojos de mi madre, haciendo su vida aún más difícil. La gente del cité, al verla tan joven, siempre la aconsejaban y ayudaban en lo que podían.

Pasaron cinco años y yo la acompañaba a dejar los pesados sacos con la ropa, pulcra y planchada, almidonada y blanqueada, era un trabajo muy sacrificado, mientras los procesos de sembrado y cosecha nos hacían recordar que el tiempo transcurría. En uno de esos recorridos apareció "el negro Pancho", trabajador de un matadero de la zona, hombre guapo, con su cuchillo siempre amenazador, dispuesto a descorazonar a la dulce Rosa. Mal hombre, borracho, violento. Mi mamá lo acepto, pensando que no nos faltaría la comida. Traía chunchules, guatitas, patas que el matadero no utilizaba. Pero la paz duraría poco, ya que pronto mostró su genio, me llamaba el guacho, rechazando mi presencia, fuera la hora que fuera me echaba de la pieza, con lluvia, frío. Mi mamita salía a buscarme cuando él se dormía ebrio. Comenzaron a llegar más hermanitos: María, Francisco, Rosa, Guillermo, Alicia. Lamentablemente las cosas iban de mal en peor, mi madre era golpeada a diario y yo el guacho, bien hombre, la defendía, llevándome la peor parte. Y Rosita se marchitaba, frente a mis ojos, seguía lavando ropa para sustentar a todos sus hijos, la batea, el agua fría, la espalda cansada de tanto recoger ropa, como añoraba los tiempos en que los dos solitos disfrutábamos de un pancito y un té. Su salud no era buena, tosía mucho y "el negro" no trabajaba cuando andaba en las tomas, que duraban semanas. Yo la seguía acompañando a dejar la ropa limpia, por las cálidas calles de tierra. Al regresar el infeliz, la golpeaba porque decía que se había revolcado en la cama con otro hombre y que yo era su alcahuete. Me prohibió ir a la escuela, tenía que ser útil y trabajar la tierra, así que llegué a segunda preparatoria. Mientras cuidaba a mis hermanos, ella salía a pedir cuando no había con qué para la olla; en el campo la gente es generosa y les daba lástima ver a la hermosa Rosa, con los golpes marcados en el rostro o las piernas. Lo que mi mamá ganaba no alcanzaba, era muy poca plata y éramos tantos que alimentar. Y también salía yo a pedir por las

calles de mi ciudad. Estaba ella tan enferma, que un día después de salir a pedir, al regresar, encontré que las vecinas del cité la llevaron al hospital donde había quedado internada, había caído a los pies de su artesa, tosiendo. Nunca más la vi. Me avisaron para que cuidara a los niños. Dos días después, mi mamita había fallecido, eso fue todo, se fue de este mundo sin despedirse y sin que yo pudiera verla y decirle cuanto la amaba. Tenía 29 años y yo apenas 11. No sé quien se hizo cargo del funeral, no supe ni de su tumba. Comenzaron a pasar los días, las vecinas dieron la alerta a las autoridades que seis niños estaban solos en una pieza. Con el tiempo supe que mi buena madre murió de tuberculosis. Llegaron tías por parte de mi mamá, las que empezaron a elegir con que niño se quedarían, Rosa, María y Francisco fueron los primeros en marcharse, quedando solamente tres, no sabíamos que hacer, todos separados. A los bebés nadie los quería y finalmente fallecieron. Así quedé solo y curiosamente nadie me quiso, vino el dueño de la pieza y dijo que lo poco que había allí era de él, modo de pagarse del arriendo no cancelado. Fui echado a la calle, pero yo era despierto y me fui a trabajar de boletero en las micros y junté algo de dinero para comer. Allí conocí al "negro Ardiles", un marinero motecito que viajaba de San Felipe a Valparaíso. Fue bueno conmigo, me llevó a su casa y conocí a su mamá quien aceptó me quedara a dormir allí. El "negro Ardiles" me contaba maravillas del mar, los barcos y así decidí que tenía que conocer Valparaíso. Trabajaba en las micros y vendía diarios para juntar el dinero y viajar. Y llegó el día, tenía 17 años. Me vine con el "negro Ardiles" que me llevó a la pieza que arrendaba y me enamoré de Valparaíso y jamás volví a mi tierra.

El ocaso tiñe los cerros porteños y me recuerda que mi tiempo está terminando, en esta hermosa tarde quise rendirle un homenaje a mi mamá, por su sacrificio y amor, por darle la vida, viví entre aciertos y desaciertos pero estoy feliz. El guacho aprendió de ella que el trabajo y la humildad son las únicas herramientas del pobre. Pronto te veré mamá.

TERCER PREMIO REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

CHOLO

Carlos Eleodoro Obregón Torres
51 años
Profesor de Educación Básica
Puchuncaví

Aquella mañana del frío mes de junio del año 1991, como de costumbre, Gollito salió a rodear las ovejas en el fundo de La Canela Alta, seguido por su fiel perro, el "Cholo".

Montado en su caballo negro cariblanco, "El Parchao", que su patrón, don Helmut Hessman, oriundo del fundo Las Palmas de Melipilla, había comprado a Ramiro Cisternas en El Rincón, se las endilgó camino del tranque, para vigilar las setecientas ovejas que tenía a su cargo.

Cholo, su fiel compañero, le seguía por el serpenteante camino que trasloma los cerros, hasta llegar a la explanada del Alto Pucalán, donde pacen los ovinos en una extensa meseta.

Así comienza esta historia, del famoso perro de don Gregorio Torres Mena.

Cholo había nacido en el verano de 1978, en la casa de don Osvaldo Vergara, en La Canela Medio, producto del cruce de un perro policial y una perra faldera y le fue regalado a Gollito, para ayudarle en sus tareas campesinas.

Con el tiempo, Cholo se hizo fuerte y muy famoso por su fiereza, pero era un perro muy obediente y no atacaba a nadie sin que su dueño se lo ordenara.

Cuando don Gregorio me contó la historia, solía decir, repetidas veces y con mucha nostalgia:

— "Uta que era güeno ese perro…".

Arriba, la meseta se extiende por varios cientos de metros y el ganado ovino pace libre y tranquilamente, mientras el ovejero Gollito otea atentamente los diferentes rincones donde se arremolinan a comer las ovejas y presto a cualquier movimiento sospechoso del ganado, para evitar o frustrar el ataque repentino del león.

La mañana transcurre sin ninguna novedad. El hombre prepara la tradicional fogata para calentar su merienda, la que comparte con su fiel compañero, el Cholo.

Por la tarde se inicia el "rodeo", para emprender la vuelta a los corrales del ganado y el ansiado regreso a casa del hombre con su perro.

"Vamos, Cholo, hay que rodear el ganao pa' bajar a la choca", decía el hombre, y su perro, con la cola tiesa como desafiando al viento, iniciaba el tradicional recorrido para reunir el ganado y empezar la bajada.

Era alrededor de las tres y media de la tarde cuando se iniciaba la bajada. De pronto, el ganado se desparrama en diferentes direcciones, como asustado por algo. No hay duda, es el león, pensó el campesino.

Y tenía razón. Adelante, un par de leones se aprestaba a atacar el ganado, buscando su merienda, para aplacar su hambruna.

"¡Ataca Cholo!", fue la orden del ovejero.

Cholo, como impulsado por un resorte, se lanzó velozmente y con su pelo erizado, en busca de los intrusos que asustaban el ganado de su amo. Eran dos leones. Uno salió corriendo en dirección al Morro de la Madera y el otro se las endilgó camino abajo, en dirección a las quebradas. Cholo le cubre el paso, y se trenzan en una feroz pelea. Perro y león. León y perro, luchando fieramente por sobrevivir.

Gollito llega en su caballo y es el testigo de la cruenta lucha.

El león lanza al perro a más de cinco metros y huye a encaramarse a los árboles. Cholo se recupera y vuelve a la carga. Fieros, como si se disputaran la conquista de una hembra, la pelea es a muerte.

"¡Vamos, Cholo, cómetelo, mijito!", se escuchaba al amo alentar a su regalón.

Cholo agarra al león de la cola y lo comienza a tirar para bajarlo del peumo, mientras Gollito tiraba y tiraba piedras al enorme felino. Nuevamente Cholo es lanzado por tierra y vuelta a encaramarse el león.

"Agarré unos palos y los amarré con l'ufanda y empecé a picotear al león pa' bajarlo. Ahí lo agarró Cholo del cogote y no le aflojaba, eño. Uta el perro pa' güeno. De ahí le planté unos peñascazos por las costillas, y Cholo re' pegaíto a él", comentaba Gollito, con los ojos encandilados por la emoción.

La lucha continuaba en mitad del cerro cuesta abajo y ninguno de los dos animales se daba tregua. Del otro león, nunca más se supo, pero es de seguro que se "fondió" entre las quebradas llenas de vegetación.

Después de más de una hora de estar el perro luchando con el león y Gollito métale peñascazos, la lucha llega a su fin.

"La segunda vez que lo bajamos del peumo, Cholo lo agarró firme del cogote y no lo soltó más. Hubiera visto, eño, too rajuñao el pobre perro. Ahí yo agarré un palo de boldo y empecé ponerle golpes por toos laos, hasta que lo matamos", contaba Gollito.

La lucha había terminado. Eran cerca de las cinco de la tarde y el crepúsculo avanzaba a pasos agigantados para traer la noche al poblado.

Lo que pasó después lo comentó Gollito de esta forma:

"Enseguida pesqué la manta y le tapé la caeza al caballo y lo eché al anca. Agarré el camino pa' la casa con el león a cuestas y Cholo me siguió rengueando un poco, pero al ratito caminaba bien. Cuando llegué a la casa, jue la algarabía no más. Llegaron los vecinos a ver la trifulca que se había armado con lo del león".

En el verano del año 1992 terminó la existencia de Cholo, aquel noble animal que luchó junto a su amo por defender el ganado ovino que él cuidaba.

Gollito narra de esta manera la muerte de su fiel compañero de andanzas por los cerros de La Canela:

"Me levanté una mañana de febrero, cuando ya no trabajaba en el fundo, para irme a la torre de la Conaf, porque ahí era "torrero" (vigilante), y Cholo no salió a recibirme. Entonces pensé que estaría durmiendo, pero no era así. Me fui pal' lao de las caballerizas y me encontré con la sorpresa. Al lao de los caballo, ahí estaba tendido el Cholo. Se había muerto de viejo. Me corrieron algunas lágri-

mas por el animal. Uta que era güeno, eño. Nunca más he tenío un perro tan güeno".

Así terminó la historia del Cholo.

Cuando el hombre me contaba el fin de su perro, se dejaba ver en él una melancolía y sus ojos se volvían brillosos por la emoción. Arrugando su ceño, cavilaba tal vez en la añoranza de aquel noble can de color negro, compañero fiel de tantas jornadas en los agrestes campos de este poblado, perdido entre los cerros, últimos vestigios de la cordillera de la Costa, al este de la comuna de Puchuncaví.

Cuando Gollito terminó su relato, con un leve suspiro, rayando en la tristeza, dijo:

"¡Uta el perro pa' güeno, eño!".

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

QUILA

Jorge Andrés Julio Puente
32 años
Transcriptor de entrevistas
Viña del Mar

Abuelo Lindolfo tenía una idea vaga de lo que era la tele. A él la muerte lo había besado desde tan antiguo, que parece que ella ya se olvidó de él.

Abuelo Lindolfo miraba y decía nada, no entendía de esas luces. Tenía ojos cansados y quietos, y se quedaba sentado mirando al horizonte por horas, al viento por horas, a su mar. Amaba a su mar, aún amaba a su mar; cuando una ola madre se escuchaba de lejos, cuando una gaviota altiva gritaba su ruta, cuando una brisa extraviada se colaba por entre las rendijas, o entraba por alguna puerta entreabierta de la casa de Tía Mirta. Abuelo Lindolfo como que despertaba, como que un llamado le besaba la piel, una brisa de años con aroma salino, una brisa lejana de rancio lobo marino que alguna vez fue de él mismo. Entonces Abuelo Lindolfo entrelazaba sus manos de manera invisible sobre su tosco bastón de madero, con sus gruesos y partidos dedos de pescador chilote de algún día, y miraba de lejos, y se dejaba recordar, y era su viento el que estaba ahí, era su viento el que lo llamaba otra vez, "súbete a mí otra vez, Lindolfo", le decía. "Súbete a mí otra vez, vamos a buscar a Cai-Cai, vamos tras Camahueto que lo oí rugir", y Abuelo Lindolfo entrelazaba sus manos con sus dedos partidos, y levantaba apenas

su tosco madero, mirando de lejos sus mejores años, esos años duros de pobre que nunca le fueron buenos.

Tía Mirta haciendo milcaos se le acerca. "¿Tiene frío, Abuelo?". Pero Abuelo Lindolfo no alcanza a decir nada, y cierran la puerta dejando a la brisa afuera. Entonces Abuelo Lindolfo se esconde en su ventana. De lejos yo miro al Abuelo, él no me ve; está navegando otra vez.

Supongo que está sobre su viejo bote a vela, ese que tantas historias me han dicho que tenía. Supongo que alzó el sacho y está recorriendo isla por isla, y los hombres le saludan y no le hablan porque no hace falta.

Supongo que en la barca lleva chicha de manzana a Achao, y sacos de harina también, que no sé cómo lo hace que no se mojan. Supongo que después se embarcan 3 ovejas, 5 sacos de papas y 20 gallinas más. Supongo que luego se suben otros hombres y mujeres y dos familias completas, con niños tan pobres que entre el barro de sus pies pelados se siente el frío hasta un abismo; supongo que ni Abuelo Lindolfo ni nadie se conmueve, porque están acostumbrados a ver eso.

Supongo que el bote se detiene otras 10 veces más, llenándose de bultos y gentes por montones. Supongo que cruzan la mar al borde mismo de hacer agua, y un viento hace mover a la barca tan en peligro de lado a lado, que una oveja nerviosa salta a la mar, y la gente sigue con su cara callada, y nada de esto es grave.

Supongo que Abuelo conversa dos palabras en cada isla de que este año hubo pocas papas, "mucha quila salió, llovió mucho de corrío", le responden, "los ratones crecieron grandes como perros". Abuelo lo sabe, los ratones cuando está alta la quila, proliferan y no dejan nada, por eso tanta gente se embarca. Supongo que Abuelo Lindolfo

calla; Abuelo es pescador, y no se va. Y es pobre también Abuelo Lindolfo, y no sabe escribir, y vive entre palos con 7 chiquillos que criar. Y sale a pescar solo, cinco, diez, quince días y vuelve, y sale a mariscar también, con una malla y una cuchilla. Y cuando llega con el sustento siempre ínfimo, descansa un momento, y después sale a sembrar. Entonces en la noche todos juntos comen callados, y antes que amanezca, Abuelo sale en su bote nuevamente a la mar, y vence al frío y a la lluvia otra vez, y vence a todas las tormentas canallas que lo han herido, y no mira a la costa para no saber hacia donde está mirando Pincoya, y ve a Caleuche y se pierde mil días, y retorna en silencio y nadie dice nada. Y luego se peina con limón de vez en vez, y sale en su bote y se pierde, y se emborracha de vino para olvidarse de la muerte, para dormir un tanto, para tomar aire y agarrar pausas para partirse de nuevo los dedos entre los años duros de pobre que nunca le fueron buenos.

Supongo que Abuelo nunca ha dejado de vivir todo eso, supongo que nunca ha dejado de acariciar las costas de las Desertores y las Chaulinec, supongo que todavía corre descalzo sobre la arena de su Apiao de niño, supongo que nunca dejó de embriagarse en un maltón sacado por él mismo.

Supongo que Abuelo Lindolfo nunca ha tenido memoria, y sigue viviendo aquellos días como hoy mismo, y estas nuevas luces de la tele, estas luces Abuelo Lindolfo no las entiende.

Tía Mirta termina los milcaos, se seca las manos y se va al monte a guardar las ovejas. Yo me quedo con abuelo y nadie dice nada.

Voy afuera a las gallinas a buscar huevos, han pasado siglos y nada aquí ha cambiado. Cuando vuelvo, Abuelo Lindolfo sigue donde mismo, mirando por la ventana de lejos, mirando con sus ojos cansados y quietos, mirando, todo sigue igual.

Ya cae la tarde y el viento baila alrededor de la casa. Siento un frío en mi espalda y pongo un leño al fuego.

— ¿Tiene frío, Abuelo? —pero Abuelo Lindolfo no me oye.

Llega Tía Mirta, y tras ella Juvenal con doña Estela. Luego entran Florencio, el primo Tito con su sonrisa, y la Carmencha. Llega Peyuco también, el chistoso de Peyuco, y don Aliro. Y, por último, doña Sofía, la matriarca, que manda y casi ni ve, ayudada por el pequeño Sergito que es tan inteligente que se va a ir a estudiar a Puerto Montt.

— Nos abandona este muchacho —dice doña Sofía de entrada.

— Nos abandona, no se quiere estar con su familia y su tierra.

Sergito no dice nada y se ruboriza, atiza el fuego y se sienta junto a mí.

Tía Mirta prepara mate en silencio y todos tomamos de él sin decir gracias para tomar más. Comemos los milcaos calientes, brillantes y transparentes, como deben ser, y preguntamos por la barca de Anselmo.

— No, si va a venir el hombre, el miércoles se viene...

Y una pausa larga como a coro se sucede.

— Y las maderas no estaban listas, la próxima semana hay que volver...

Y otra pausa aún más larga se sucede después.

Ya es hora de la luz fuerte, Tía Mirta y doña Estela lo hacen saber sin decir nada.

— Anda a echar a partir el motor -le dice duro don Aliro a Sergito. Lo quiere mucho, es su muchacho, don Aliro habla así siempre.

Sergito se va y todos nos quedamos en silencio esperando, esperando que se haga la luz.

Algo de atardecer aún se cuela apenas entre los cristales, el viento sigue bailando y se ven balancearse los prados en su compás.

— Está alta la quila —dice Abuelo Lindolfo.

Y nadie dijo nada más.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

RELATO DE UN ENTIERRO

Carolina María Savard Henríquez
26 años
Diseñadora
San Felipe

Era una fría y oscura noche de invierno del año 1810. El cielo carente de estrellas anunciaba la inminente llegada de la tormenta al tranquilo valle del Aconcagua. Pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre los campos, tratando de acallar el chirrido de las cargadas carretas avanzando a paso firme en la oscuridad. Conforme pasaban los minutos, la lluvia aumentaba, mientras que en el transfondo cordillerano los relámpagos reventaban en las quebradas, aumentando así su ensordecedor ruido.

Las revueltas independentistas se habían propagado por todo el país y ya se corría el rumor de que pronto las tropas de O'Higgins tomarían el poder y Chile se proclamaría Estado independiente. En la ciudad de San Felipe El Real la situación no era distinta, y ya muchas familias españolas, previendo los próximos acontecimientos, sintieron sus riquezas amenazadas y optaron por huir hacia el Perú.

Aquella noche era ideal. La oscuridad de la noche sin luna les permitiría dejar la hacienda sin ser descubiertos por sus vecinos nacionalistas. Y con sus carretas cargadas con sus invaluables pertenencias, se dirigieron a la seguridad del puerto de Valparaíso.

Pero el valle parecía no querer dejarlos ir, y la tormenta cayó con toda su furia sobre los fugitivos. La fila de seis sobrecargadas carretas marchaba apenas sobre el camino ya anegado por las intensas lluvias. Mientras que a lo lejos los perros de las casitas campesinas delataban con sus ladridos el paso de las carretas cargadas de tesoros españoles.

El lento viaje continuó por la ribera del río Aconcagua, esperando así no ser descubiertos. Pero en la ciudad de San Felipe ya se había dado la señal de alarma, y los patriotas corrieron tras los desertores.

La rica familia española esperaba con ansias alcanzar el poblado de Quillota antes del amanecer, pero el clima seguía en su contra. Y cuando el río Aconcagua les cerró el paso en lo que hoy es la cuesta de Chagres, vieron sus esperanzas truncadas. Una de las carretas en donde llevaban joyas y oro de la región había quedado atrapada en el lodo, y al tratar de sacarla a empujones y tirones, una de las ruedas inevitablemente se partió por la mitad. A lo lejos ya habían sentido el cabalgar de los patriotas quienes, más livianos y menos cansados, habían logrado avanzar hasta llegar a unos cuantos kilómetros detrás de ellos.

Ni pensar siquiera en dejarle a aquellos desagradecidos aquel cargamento tan valioso, pero la sobrecarga de las otras carretas no podría con más peso de lo que ya llevaban encima. Finalmente no quedó otra opción que enterrar el valioso cargamento en algún lugar cercano a ellos, con la ciega esperanza de que la Armada española viniera a poner fin a los agitadores, y Chile volviera a ser la colonia rica y fiel a la Gran España.

La lluvia continuó su firme danza sobre los verdes prados, mientras que a lo lejos el sonido de las carretas fugitivas se perdía entre el viento.

El poderío español nunca regresó a nuestro país, y el tesoro de aquella familia española quedó escondido en algún lugar de aquel sector que hoy se conoce como Lo Campo. Y hoy, observados por las siempre intermitentes luces de la Fundición Chagres, los campesinos del lugar trabajan la tierra con la ilusa idea de que algún día encontrarán aquel tesoro perdido en las entrañas de la tierra.

PRIMER PREMIO REGIONAL
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

ME LO CONTARON LAS AVES

Marcelo Alvarado Cádiz
49 años
Encargado de folclore
Ilustre Municipalidad de Palmilla
Palmilla

Una noche hermosa, cuando las estrellas y la luna iluminaban el paisaje campestre, dándole una belleza especial al entorno, me senté en la banca del corredor, admirando lo hermoso que nuestro Gran Dios nos da para recrearnos. Rompe mis pensamientos un "shsssst" que triza la apacibilidad de la noche.

Miro... y veo una lechuza acompañada de un búho, que están posados en el viejo guindo del huerto.

El búho sacude su plumaje, dulcemente me mira y me dice:

— Hombre, ven. Acércate, quiero contarte algo.

— ¡Quéee!, -exclamé asombrado- ¿desde cuando un búho me habla?

El búho vuelve a repetir:

— Ven, quiero contarte algo muy hermoso. ¿Conoces la Navidad de las aves?

— No —respondí.

— ¡Shssst! —replica la lechuza, como queriendo silenciarme.

El búho prosiguió:

— Te lo contaré a cambio de un trato.

— Dime cuál —le respondí.

— Mira, sólo te pido que nos trates bien. Danos alimento, destruye las trampas, aquellas que nos cazan, al igual que las redes. No permitas que rompan nuestros nidos; no permitas que nos maltraten a peñascazos con hondas, ni a balazos con escopetas. En cambio, siempre te daremos nuestro cariño, con trinos y gorjeos. Siempre tendrás nuestra compañía; nunca estarás solo, de día y de noche vigilaremos, para que nada te ocurra a ti ni a los tuyos. Las aves somos agradecidas con quienes nos dan su afecto.

— ¿Tú recuerdas cuando nació "tagüita", tu hijito regalón? Tú te inspiraste en nosotras, las aves, que te contagiamos nuestra alegría, para hacer esos hermosos versitos, llamados "Cuando nació Juan Ricardo". ¿Lo recuerdas?

— Sí -le respondí-, aún me acuerdo".

El búho siguió diciéndome:

— Al niño nunca hemos dejado de cantarle y cuidarle cuando lo vemos jugando en el patio. ¿Te recuerdas cuando el queltehue gritaba y gritaba, desesperado junto a tu ventana? Fue porque "Tagüita" se había caído en el patio y lloraba".

— ¿Aceptas el trato? —dijo estremecido el búho.

— ¡Claro! -respondí, dándole mi palabra, porque la palabra dada en el campo, vale mucho más que mil firmas mañosas ante un notario.

Me dijo el búho:

— Te contaré que la Navidad no fue en Belén. No. Fue en esta zona huasa colchagüina, al pie de la montaña, en plena cordillera, rodeada por las aguas del río Tinguiririca.

— ¿Quéeeee?, -—exclamé.

— Sí, me dijo el búho, no seas incrédulo. Mira, te lo relataré.

El búho se arrellanó en la rama, tomó respiración y con mucha emoción, me dijo:

— Fíjate que un día el cóndor con el águila sobrevolaban lo más alto de la cordillera de los Andes, como vigías del territorio, cuando en eso ven descender dos seres hermosos, con grandes alas en las espaldas, cubiertos por unas relucientes túnicas blancas, que daban fuertes destellos. Estos dos seres comentaban muy bajito entre ellos. El águila, que es intrusa, no pudo soportar la curiosidad y voló en forma rauda hasta ellos, seguida por el cóndor. Al verlos, estos seres los saludaron y preguntaron quienes eran, a lo cual el cóndor les respondió:

— Yo soy el cóndor, rey de las aves chilenas, y ella es el águila, la reina de la cordillera ¿y ustedes quienes son? —preguntó a su vez.

A lo que uno de ellos respondió:

— Somos ángeles de Dios, y conocemos sólo a un rey, el Rey de Reyes.

El cóndor preguntó qué buscaban y el ángel le dijo que un lugar donde el niño Jesús nazca.

— Pero ¿cómo?, dijo el águila, ¿que no es rico?

— No, respondieron los ángeles. Él es muy pobre, pero es el Rey de paz, de amor, de ternura, de bondad, de justicia y caridad. Es tan pobre, que no tiene ni siquiera un lugar donde nacer. Es por esa razón que estamos aquí, para que nazca y al mundo le traiga Paz y Consuelo, valores que están tan perdidos.

— ¿Necesitan ayuda?, —ofreció el cóndor.

— Claro, dijo uno de ellos, necesitamos quienes nos ayuden con la Virgen, que es su madre, y el niño en el momento de nacer.

— ¿Como qué? —preguntó el águila.

— Bueno, una grutita, una cunita, alimentos, cobija, todo lo que es necesario para un alumbramiento de este tipo. Además, es necesario tener agua, carbón para que no tengan frío, alimentos para el niño y su madre.

El cóndor se miró con el águila y dijo: "Nosotros te ayudaremos a recibir al niño y lo cuidaremos como a nuestros polluelos".

El ángel les agradeció y les dijo que faltaban pocos días para el evento, pero que confiaba en ellos. Después emprendieron el regreso al cielo.

El águila le dijo al cóndor: "Buen lío en qué nos hemos metido, ¿cómo lo solucionaremos?".

— Mira, dijo el veraz cóndor, haremos una reunión con todas las aves, de mar a cordillera, sin perseguirnos ni agredirnos, sin molestarnos; respetándonos todos, desde el más pequeño al más gran-

de. Recuerda que entre todos lograremos una grata solución para este nacimiento.

Bajaron al plan y a los primeros en avisarles fue a los queltehues, los loros, las catas y los pitíos, que son los más copuchentos y en muy poco tiempo esparcieron la noticia de mar a cordillera.

Casi al anochecer, en dormidero solitario, alejado de todo vestigio humano, se reunieron y una lechuza anciana tomó el papel de secretaria.

Todas las aves guardaron silencio. El cóndor explicó con el águila lo ocurrido y el compromiso contraído con los ángeles para ayudar en este nacimiento. Algunas aves se opusieron, informando que estaban en esta época criando y empollando sus crías. El cóndor, triste, les respondía que se había acordado de ello, pero que cada polluelo tenía a sus padres para que los protegiera y los abrigara con esmero, pero que también recordaran que gracias a la voluntad de Dios Padre, vivían, tenían sus alimentos y el hermoso plumaje que los cubría. Les dijo que el niño que nacería era hijo de ese Dios y que miraría a todas las criaturas por igual, por muy insignificantes que éstas fueran, porque sólo sabe de amor y de bondad.

Todas seguíamos en silencio. El abuelo búho, ave muy sabia, nos dijo:

"Buen cóndor, tiene toda la razón. Te ayudaremos. Cada ave tendrá su misión. A quien le toque, la realizará. Cueste lo que cueste, aunque se nos vaya la vida en ello".

Todos contentos, aprobamos lo dicho. Luego, el abuelo búho comenzó a pasearse por la rama; carraspeó, se arregló los lentes y comenzó a distribuir funciones:

"Los pelícanos acarrearán en sus papadas el agua necesaria para el parto. Los loros barranqueros ahoyarán la tierra del cerro para la

grutita donde el Niñito con la Virgen y San José se refugien de la intemperie y el frío de la noche. Tú, tordo, acarrearás el carbón de los hornos carboneros de la montaña. San José lo prenderá y así le dará calor al Niño y a la Virgen María. Al tordo, que en ese tiempo era plomizo, no le gustó mucho la idea, pero nos miró, se rió y como es maldadoso, aceptó muy contento.

"El abuelo búho le dijo al carpintero: Tú sabes de maderas. Con tus familiares buscarán las mejores para hacer la cunita, en forma de nido, donde esta bella Virgen dé a luz a su Niño". Todas las aves semilleras acarrearán la paja para hacerle un colchón junto con las plumitas suaves que aportaremos todas las demás. Las aves más pequeñitas, chercán, cachudito, chiriguas, recogerán motitas y crines para hacerle una almohadita. Tú, picaflor, que conoces todas las flores, cogerás las más hermosas, para adornar la gruta y la cunita del Niño de Dios; te ayudará tu amiguito, el sietecolores.

Ambas avecillas eran casi blanquizcas de color en sus plumajes, pero gustosas aceptaron la misión.

"Garza, tú, con tu largo pico, sacarás con cuidado las plumas necesarias, regaladas por los gansos, avutardas, caiquenes y los patos silvestres. Ustedes, queltehue y pitío, serán los vigías, para que no pasen ningún peligro y nadie los moleste en el momento del parto. Tú, diuquita, trinarás de madrugada, para que la Virgen despierte y amamante al niño con la bendita leche de su pecho. Zorzal, tú acarrearás la fruta, para que la Virgen y San José se alimenten, ya que conoces los mejores y maduros frutos de esta época. Martín Pescador, les traerás el pescado fresco, para que la Virgen tenga fuerzas en el momento de dar a luz y no tenga complicaciones. Querida águila, vigilarás desde el cielo, volando por todos lados, mirando donde hay liebres y conejos, que irán a cazar el cóndor con tu primo el aguilucho, el peuco, el cernícalo, el danzarín, el jote, el tiuque y el traro, para que no le falte el alimento a esta hermosa familia. Querida golondrina, junto con la paloma serán ustedes las

mensajeras; si la Virgen necesita algo, nosotros al instante lo traeremos. Tú, perdiz, acarrearás con la codorniz y las aves semilleras el trigo, para que la Virgen con San José hagan mote para alimentarse. Chincolito, tú harás de médico, ya que tienes a tu tío Agustín que es doctor y mirando, algo tienes que haber aprendido. Hermosa loica, tú serás la enfermera: sacarás las parias, limpiarás y secarás la sangre de la Virgen y del Niño. Torcaza, acarrearás las hierbas medicinales de la cordillera, por si alguno de esta Divina familia se enferma.

Mientras tanto, las catas con los choroyes, tricahues, tencas y turcas, traerán boldos y piñones; tú, pidén, traerás con las taguas y los yecos, el barro para forrar la cunita y no le entre el viento. La lechuza, el pequén, el tucúquere y el chuchito, cuidarán conmigo durante la noche, por si alguna alimaña trata de acercarse. El guairabo, guairabillo, bandurria, los patos jergones, corta corrientes, antiojillos, rey y cucharas, acarrearán el berro, para que la Virgen se haga ensaladas y críe fuerzas y leche para este bendito retoño. Gaviota, traerás la sal para que sazonen sus alimentos. Jilguero, chirigüe, cachudito y canario cantarán en todo momento para entretener al Niñito de Dios. Los cisnes coscoroba y cuello negro aportarán, junto a los gansos, plumas para el colchoncito del Niño.

"¡Queridas aves!, todas haremos nuestro trabajo y estaremos presentes para el nacimiento del Niño de Dios: será el acontecimiento más grande visto por el ojo de un ave. Cuando el Niño nazca, el gallo cantará su diana; en ese momento, las tortolitas con las palomas mensajeras darán la vuelta al mundo anunciando la buena nueva",

"¡A trabajar!", gritamos las aves.

Todas muy contentas, nos empeñamos en realizar el trabajo encomendado.

El día 24, como a las seis de la tarde, todo estaba concluido y nosotras las aves estábamos satisfechas de lo realizado; una her-

mosa gruta con una bellísima cuna con forma de nido, abrigada y limpiecita, orlada con las más variadas flores silvestres, recogidas por el picaflor y el siete colores, que daban un aire de alegría, belleza y especial frescura a la gruta hecha con esfuerzo por los loros barraqueros.

El tordo, que tenía un color café claro, estaba totalmente negro por el polvo del carbón. Extenuado por el trabajo de acarrear tanto carbón desde la cordillera, se acomodó en la rama de un árbol cercano a la gruta, sumiéndose en un pesado sueño.

La cuna confeccionada por los carpinteros era muy hermosa, con forma de un gran nido y muchas flores incrustadas. Las aves encargadas de la alimentación tenían previsto el alimento para varios días. Todas las aves, alborozadas, miraban satisfechas el trabajo realizado y muy contentas esperaban el nacimiento del Niño de Dios.

Ya como a las diez de la noche, ven a una pareja que bajaba desde el cielo, iluminaba por una gran estrella, en compañía de los ángeles amigos de las aves, posándose en el cerro junto al sendero que llevaba a la grutita.

Cuando llegaron a la gruta, la Virgen quedó asombrada y muy feliz, contemplándola, toda adornadas con enredaderas y copihues, llena de distintas flores silvestres y piedritas preciosas que el chercán había acarreado, las cuales daban destellos hermosos con la luz que brindaba la estrella, iluminando hasta el último rincón de la gruta.

La Virgen María contempló las frutas y semillas traídas por las aves para ellos, lo que les aseguraba tener alimento fresco para muchos días.

Cansada, se recostó en la hermosa cuna.

Pronto comenzó a gemir por las contracciones y dolores que empezaba a producir el alumbramiento. Debido a los dolores natura-

les del parto, San José secaba el sudor de su frente, mientras el cóndor con el águila y el ñandú aleteaban para refrescarla con el aire de sus aleteos. María nos contemplaba agradecida.

A la medianoche se produjo el parto.

El águila corrió a cortar con su pico el cordón umbilical del Niño Jesús, asesorada por el chincol, que era el médico de cabecera de la Virgen.

El chincol pedía agua desaforado, para que la Virgen bebiera y recobrara fuerzas.

Cada ave tomó la ubicación asignada por el búho, en un sitio apropiado para ver, pero sin entorpecer el alumbramiento de tan divina criatura. La loica secó en forma presurosa, con las plumas de su pecho, la sangre vertida por María y el Niño en el momento del parto. La gruta sé iluminó por completo con una luz Divina que nacía del rostro del Bendito Niño.

Un intenso resplandor salía de esos ojitos maravillosos. Nuestros corazones, al instante, sintieron la paz, la ternura que irradiaba esa mirada humilde y agradecida.

Al salir la loica teñida en sangre de la gruta, las aves nos dimos cuenta que ya había nacido el Niño y comenzamos a trinar, gorjear, graznar, todos felices. Algunas aves, como el ñandú, el danzarín y el aguilucho, bailaban contentos.

La buena Virgen, aún adolorida por el parto, nos miraba agradecida, casi fatigada. El bello Niño miraba de lado a lado la gruta y sonreía feliz.

"Ojalá ustedes, los seres humanos, lo hubieran visto. Nosotras las aves, por primera vez, no nos habíamos molestado, ni cazado las

más pequeñas como alimento, sino que nos unimos en torno a este precioso y divino Niño".

— ¿Qué hizo el Niño?, —pregunté emocionado al búho.

El búho me respondió:

— El Niño de Dios es diferente a todos los seres, por algo es Hijo de Dios. Te lo contaré. El tordo, que se había quedado dormido, despertó con la bulla que teníamos todas las aves; entonces miró y vio al Niño. Se miró sus plumitas sucias y se dio cuenta que donde lo pilló el cansancio, se había dormido. Avergonzado, comenzó a llorar. Y fue un instante emotivo, porque el Niño tendió su manita a todos nosotros y apuntó al tordo que sollozaba desconsolado. El Niño Jesús le dijo:

"Tordito, no llores por favor, que me da pena. No te avergüences por no lavarte y ver mi nacimiento. Sé que eras de un color café claro, y mira cómo has quedado, entero negro por el polvo del carbón recogido. Por tu buena acción y tu dulce corazón, tan blanco como la nieve de la cordillera, llevarás por vida este hermoso y brillante traje negro, que siempre recordará que gracias a ti, tuve calor en mi nacimiento.

Luego miró a la loica. Ella estaba avergonzada, porque no se había limpiado una vez finalizado el parto.

El Niño, con esa voz tan dulce, le dijo: "Gracias, loiquita, por limpiar con las plumitas de tu pecho, la sangre de mi mamita y la mía en el momento de nacer. También llevarás orgullosa, desde hoy en adelante, el color rojo de mi sangre en tu pecho. Para que recuerdes este día. Más adelante, cuando los hombres me crucifiquen en el calvario, con tus plumas limpiarás mi frente".

Cóndor y águila, prosiguió el Niño enternecido, ustedes tendrán la

vista superior a todos los seres de la Tierra; serán desde hoy los reyes de la cordillera de los Andes. Velarán por los seres más pequeños de esta tierra, porque son buenos y bondadosos.

Picaflor y tu amiguito, ¡miren cómo quedaron de sucios! Con tantos colores por las flores traídas por ustedes para adornar mi cunita y la grutita donde nací. Tu amigo desde hoy llevará los siete colores que trae en el plumaje y se llamará así, "siete colores", en honor a ellos. Luego prosiguió el Niño, diciéndole al picaflor: Tú párate en mi manita; desde hoy lucirás este plumaje tornasol, donde se mezclen todos los colores del arco iris.

El Niño llamó a la golondrina y le dijo: Pequeña amiga, siempre andarás con este lindo traje frac, negro y blanco, por cuidar a mamita, y serás la unión entre Dios Padre y los seres humanos.

Pelícano, tú que acarreaste el agua para el parto y bebieran mis padres, tu papada será más grande, para que a tus polluelos nunca les falte el alimento.

Y así, a cada ave nos dio un don. Nos permitió que nunca nos faltaría el alimento a nosotros, menos a nuestros polluelos. Hasta el momento así ha sido. También nos dijo que ni el Rey Salomón, con todas sus riquezas, jamás tuvo vestuarios más hermosos que nuestros plumajes. Luego el búho, mirándome, me dijo:

— ¿Ves? Así nació el Redentor, con nuestros cuidados. Qué dices ahora, amigo, ¿nos cuidarás?

Conteniendo un sollozo, le respondí un sí apenas audible, y al momento de despedirnos, avergonzado por la raza humana, le dije:

— Búho, mi morada, mi patio, los horcones de mi casa, los árboles del huerto, los juguetes de mis niños, son de ustedes; pero por favor, amigo búho, dile a todas las aves que no se acerquen a los

otros seres humanos, porque ellos no comprenden de ternura. Cada cual vela por su propio interés y ya no les interesa lo hermoso que hay alrededor de ellos.

— Mira, basta mirar los niños pequeños, que mendigan en las calles, pidiendo migas y monedas; las guerras por ansias locas de poder, el abuso que comete el hombre contra la naturaleza, la ambición desmedida abriga los corazones endurecidos, porque nunca escucharon el llamado del Niño de Nazareth. No entienden que ese pequeño y hermoso Niño vino al mundo para que fuéramos mejores.

— Nosotros, búho, no lo comprendemos. Ojalá fuéramos solidarios, como ustedes las aves, que con celo cuidan a sus especies; como el pelícano, por ejemplo, que si es necesario se arranca el corazón para darlo como alimento a sus polluelos, para que tengan fuerzas antes de volar, dando su propia vida a cambio de la nueva que tiene en su nido. Eso es amor. En cambio, tú ves los abortos producidos: cada día son más. Cómo matan a esos niños indefensos, que no tienen la oportunidad ni siquiera de ver la luz, menos aún las facciones de quienes los engendraron. Los arrancan con fuerza, despedazándolos en los vientres maternos. Esas madres que paren peor que animales y abandonan sus niños en las calles, o sencillamente los botan.

— Fíjate cómo se explota al hombre por el hombre. Otros surgen a costa del dolor y a costa del hambre de muchos semejantes; enviciando a jóvenes y niños con esas malditas drogas, envenenando las vidas de miles de personas. Otros se burlan y mofan de los desposeídos o abusan sexualmente de seres inocentes, llevándolos a la destrucción de nuestra raza.

— Gracias, amigo búho, por darme en tu cuento la ternura que tanto le falta a la raza humana.

Me enjugué una lágrima que se escapó de mis ojos, mojándome el rostro. Volví a la banca. Como ya llegaba la madrugada, me envolví en mi poncho costino y me dormí profundamente, pensando que para mañana tendría un nuevo relato para contarle a "Tagüita" y por, supuesto a ustedes, para que compartan este hermoso cuento, que me contaron las aves.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL CHUCHO NOLASCO

Héctor Orlando Zenteno Contreras
49 años
Carpintero

El llanto desconsolado de la mujer inundó la habitación y traspasó los gruesos muros de adobe de aquella casa. Sus manos se alzaron al cielo, luego tocaron su cabeza y su pelo cano, que parecía resaltar más con la tenue luz de la vela que estaba sobre el velador. La misma luz proyectaba una lastimosa y gigante sombra en uno de los muros pintados de blanca cal de aquel dormitorio.

Su esposo estaba ahí, en la cama de ambos, muerto ya; repentinamente la esencia de la vida lo había abandonado, y aparentemente, tal como había dicho alguna vez el médico del pueblo, el corazón de don Pedro, dado su precario estado, en cualquier momento jugaría una mala pasada y así fue.

Los hijos corrieron para ver a su madre, todos quedaron inmóviles alrededor de la cama, observando al hombre de la casa, al que pocos momentos antes había compartido con ellos la cena, y que ahora, cual árbol recién cortado, estaba tendido sin vida.

Nolasco, el más pequeño de los hijos y el único varón, tenía entonces siete años y todos le llamaban cariñosamente Nolito. Miraba desde su lugar, la triste escena sin saber qué hacer; una lágrima se

desprendió desde su corazón y subió hasta sus ojos abriéndose paso por una de sus mejillas y llegó hasta su boca para darle un gusto salado al sufrimiento de aquel instante.

De pronto, sin decir nada a nadie, sin siquiera pedir permiso a su madre, como acostumbraba hacerlo, salió corriendo de la casa. Sus pequeñas pero veloces piernas lo llevaron hasta el camino de tierra que atravesaba el pequeño villorrio, y una luna completa daba un tono plateado a la noche de campo, iluminando las casa, que muy distantes una de otra, formaban todo su pequeño mundo.

Sin embargo a muchos de sus habitantes, Nolito los conocía de vista, a pesar de ello, corrió con más energía que nunca, fue golpeando puertas y cada vez que abrían, sin siquiera mirar el rostro de las personas, gritaba ¡murió mi papá, murió don Pedro! y se iba corriendo a otra casa. Así, una tras otra, hasta completar las 21 que existían allí.

Casi todos los del lugar asistieron al funeral del fallecido, gente que sin conocer mucho al hombre, se sintieron casi obligados a hacerlo, dado el profundo sentimiento de solidaridad con el dolor que les había despertado Nolito.

Mientras el cortejo se dirigía hacia el pequeño cementerio del lugar, muchos conversaban de diferentes temas, pero había uno del cual casi todos opinaban. El asunto en cuestión era sobre el canto que cada día, previamente a la muerte de don Pedro, se había escuchado y que según el saber de todos, era el maléfico "chucho". Esta ave, según la leyenda campesina, cuando canta, irremediablemente muere alguien en las cercanías.

Nadie lo veía, ni menos en qué árbol se instalaba a difundir su monótono cantar. Solo sabían que cuando la tarde caía y el sol se retiraba silenciosamente como llovizna arrastrada por el viento, se

empezaban a escuchar sus primeras notas. La gente se persignaba y pedía al Altísimo que lo expulsara del lugar, pero el "chucho", que era simplemente un ave, no acataba estas rogativas y continuaba inexorablemente en su tarea.

Habían transcurrido nueve meses desde la muerte del padre de Nolito y aún lo extrañaba; muchas veces en silencio y a solas derramó más de alguna lágrima a la sombra de su recuerdo.

Una tarde, mientras guardaba uno de los caballos, sintió aquel canto. Tuvo miedo nuevamente y fue corriendo donde su madre. Ella al verlo preguntó qué le sucedía. Él la tomó de la mano y la condujo hasta el patio de la casa. "¡Escucha!, le dijo, ¡es el chucho otra vez!", ambos se abrazaron y entraron al hogar.

Al día siguiente, trataron de averiguar si alguien del villorrio estaba enfermo. Grande fue su sorpresa al saber que la esposa de uno de los vecinos se había sentido mal repentinamente.

Pasaron diez días, durante los cuales aquella ave nunca dejó de cantar. Por las tardes la gente se reunía en una bodega, colocaban sillas, oraban y cantaban a Santa María, pero todo era inútil, no lograban silenciarla, ni menos correrla.

Una mañana, mientras Nolito jugaba con su perro, sintió una extraña sensación que lo dejó estático. Un miedo lo invadió completamente. Recordó la muerte de su padre y sintió la misma angustia de aquella vez. Nuevamente el impulso de correr, ahora sin siquiera pensarlo llegó hasta la casa en donde estaba la vecina enferma, gritó y nadie contesto, entró sigilosamente y el llanto de varias personas lo conmovió, de pronto una mano en su hombro, lo hizo dar vuelta y vio a don Esteban, el marido de la mujer, con los ojos llenos de lágrimas. No fueron necesarias las palabras, Nolito comprendió que la esposa de éste había fallecido.

Salió corriendo y fue avisando casa por casa la muerte de la esposa de don Esteban, tal como aquella vez lo hiciera por su padre.

Pasaron los años, y lamentablemente muchas muertes sucedieron en aquel lugar, y en cada una de ellas Nolito fue el encargado de dar la triste noticia a los vecinos. Algunos lo miraban con cierto recelo al pasar, otros veían en él, a un amigo en la desgracia, una persona que estaba presente en los momentos difíciles y penosos.

El chucho también estuvo en cada uno de estos lamentables eventos; con su cantar anunció cada uno de los fallecimientos ocurridos. Por tal razón, muchos o casi todos murmuraban que Nolito y el chucho eran uno solo. A pesar de ello, era respetado y querido, ya que desde muy temprana edad el trabajo duro y la responsabilidad de velar por toda la familia lo habían convertido en todo un hombre; a sus veintidós años sabía todo lo concerniente al campo y le entregaba todo su tiempo; por tal motivo nunca se preocupó de buscar una mujer y formar con ella una familia. Parecía que toda su vida giraba en torno al quehacer agrícola y estar atento al canto del chucho.

Un día quiso cabalgar un caballo que había comprado, colocó la montura sobre el animal, calzó sus mejores espuelas y lo montó, trotó un poco. "Está bastante bien", murmuró. Recorrió un trecho por aquel camino que conocía de memoria. De pronto, al llegar cerca de una alameda, sintió el canto inconfundible del chucho. ¿Quién será ahora?, se preguntó. Cabalgó un largo rato, comprobando que había acertado al comprar aquel equino. Decidió entonces regresar al hogar. Hacía eso, cuando al pasar nuevamente por la alameda, se cruzó por el camino de tierra una serpiente que con su ondular dejaba una pequeña estela de polvo; el caballo se levantó en dos patas para luego dar un gran salto, lo que hizo caer a Nolito y golpear con violencia la cabeza en una piedra. Una gran herida dejó escapar un hilillo de sangre que fue aumentando poco a poco. Mientras tanto, el caballo corría sin destino y el chucho paraba su cantar.

La madre de Nolito miró el viejo reloj que estaba sobre una pequeña mesa, se dio cuenta que su hijo demoraba mucho en llegar; un extraño e inquietante sentimiento recorrió su ser. De pronto golpearon a la puerta, se apresuró en abrir, cuando lo hizo, frente a sus ojos, estaba un niño pequeño y menudo que nunca había visto.

— ¿Qué quieres? —preguntó, al muchacho.

Este se quedó mirándola un instante; ella lanzó otra pregunta:

— ¿De dónde eres?

— Eso no importa —dijo él. Después de un respiro, habló nuevamente.

— Señora.... su hijo ha tenido un accidente, allá en la alameda; está muy mal, parece muerto.

Todo fue rápido, vertiginoso. Mucha gente se reunió en el velorio. La casa se hizo pequeña para albergar a tantas personas. La madre y hermanas de Nolito miraban y no entendían cómo y quién les había avisado a todos, ya que ellas sólo se encargaron de lo relacionado con los trámites funerarios que corresponde en estas situaciones. Los vecinos se turnaban para cantar, orar y acompañar por última vez los restos de Nolito. Conforme algunos entraban, otros salían. En un momento, en donde no sucedió ni lo uno ni lo otro, entró con una flor blanca en sus manos un niño; era el mismo que había avisado a la madre de Nolito sobre el accidente.

Todos los presentes se quedaron mirándole y se preguntaban entre ellos si lo conocían. Sólo lo habían visto una vez anteriormente, cuando le avisó a cada uno sobre la muerte del que ahora estaba en aquel oscuro ataúd.

Don Juan, un vecino del lugar muy querido y respetado, no pudo soportar la curiosidad, se acercó al niño y le dijo:

— Muchacho, ven aquí por favor.

El pequeño lo miró y le preguntó:

— ¿Qué quiere, señor?

— Quiero saber de dónde eres —respondió don Juan.

— ¿Para qué? —contestó él.

— ¿Vas a ser vecino nuestro, por casualidad? —replicó Don Juan.

— Ya no —respondió el pequeño. Enseguida, dio media vuelta y comenzó a caminar por aquel sendero polvoriento, embellecido por una corrida de álamos, que a la distancia parecía sumergirse en el cerro azul y verde que conformaban un paisaje único. El muchacho se perdió a lo lejos y nunca más se supo de él; el chucho no cantó más por aquellos parajes y todo quedó como una leyenda campesina que se cuenta a orillas de un brasero saboreando un mate y un sabroso pan amasado, mientras la lluvia golpea con fuerza los techos de teja.

TERCER PREMIO REGIONAL
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

NARRACIÓN SOBRE LOTA

Pablo Andrés Carvajal Ortiz
29 años
Psicólogo Educacional
Rancagua

Si vienes por el camino que bordea la costa, luego de conocer los paisajes que hay dentro y fuera de las casas que viven frente al mar, llegarás a una cima en la que los perros sólo ladran de noche, pues de día ese es uno de los pasos obligados para llegar a una playa pequeña.

Para bajar hay una baranda de madera, hecha de troncos.

Si vienes por la línea del tren, rodeada por caseríos, en algunos patios verás pescados secándose en cordeles llenos de moscas: es el charqui. Si vienes por la línea del tren deberás aclimatar tu despreocupada caminata, y por ningún motivo uses personal stereo, ya que tus oídos, como los de los niños y los borrachos del lugar, deberán estar atentos al tren que en cualquier instante puede aparecer a 50 kilómetros por hora.

Si vienes a la playa por la línea del tren tropezarás con leña y con una familia: sólo el hombre te mirará de reojo y muy poco, pues ella ya no es de tu edad y sólo traiciona a su marido con el sol, algunas tardes en que va sola por la línea.

Si vienes a la playa por la curvada línea del tren, de repente aparecerá un túnel, también curvo, un túnel frío y oscuro, dentro del cual los rieles pierden al sol.

Si vienes por el túnel en cualquier instante podría aparecer el tren, por eso en el túnel se ama la oscuridad y las luces pequeñas, también el silencio y los pasos ajenos. Como el túnel está bajo un cerro, por sus paredes corre agua y por su berma pasa gente. Al salir del túnel cae la amarilla tiza del sol sobre los rieles, los durmientes despiertan y la maleza florece entre el hierro, la madera y las piedras.

Si vienes a la playa que está entre los túneles Gemelos, ya sea por la línea del tren o por el camino que bordea el mar, encontrarás un grupito de casas de madera bajo un cerro rey de árboles. En una de esas casas vive Jocelyn Carolina, la muda Ruth y Alejandro, tres hermanos. La mayor es Jocelyn Carolina, quien tiene la costumbre de pronunciar los nombres completos.

Esa tarde muchos nos bañábamos y gritábamos al entrar y salir de la fría agua. Afirmándose en la baranda de madera bajó un caballero con bastón a la playita en que hay rocas y botes amarrados.

Un cachorro tiñoso no recibe caricias hace un mes, y se dice sería mejor matarlo.

Las casas de madera, que son tres, están separadas de la playa por rejas de palo. Hay una casa verde, una roja sin ventanas y un cuarto. Afuera de la casa hay botes, algunos en buen estado y otros abandonados. Los botes usables están más cerca del agua, incluso hay uno anclado unos veinte metros mar adentro y que sirve para subirse a él y tirarse piqueros. Los botes abandonados, que son dos, se parecen al cachorro tiñoso: hace muchos días que no reciben caricias del mar, nadie los llama y su pintura se descascara.

Los botes abandonados, que son dos, se parecen al cachorro tiñoso, pues solo reciben el contacto de los niños del lugar y quizás también fueron dados de baja a temprana edad y frente al mar.

En uno de los botes abandonados juegan Jocelyn Carolina, la muda Ruth y Alejandro. Juegan al almacén. Recogen los envases de papas fritas, de yogurt, de jugos, de vinos, maní salado, cajetillas de cigarro, maní tostado, botellas vacías y les echan arena a todos los envases y juegan a que compran y venden en un almacén de madera, en un bote que tiene cuarenta estaciones sin entrar al mar; juegan al almacén, tres niños en la estación del sol ubicada en Lota.

Pasa el tren. Ojalá nadie ande distraído en la línea. Pasa el tren mezquino con su bocina, trayendo troncos y guardias armados subidos en la carga de los carros. El tren es visto desde la playa:

Yo tenía una perrita -dice Jocelyn- que recogí un día que fuimos a la plaza. Estaba desnutrida. Andábamos siempre juntas, salíamos a pasear. Hasta me daba pena dejarla sola para ir a la escuela.

En uno de los palos de la línea pintamos nuestras manos. Esa vez gastamos toda la témpera. Todavía está.

Una vez que entramos al primer túnel pasó el tren y yo salí sola del túnel. Me enfermé y no iba a la escuela, estaba puro acostada y no quería creer. No quería creer y después cuando pasé de nuevo por el túnel me dijeron donde había sido y yo seguí. Me pongo a pensar en ella cuando me acuerdo no más, y a veces le voy a dejar flores, pero ya casi no voy...

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL LACHO

María Filomena Jirón Durán
52 años
Requínoa

En el fundo Las Higueras, la vida pasaba casi sin detenerse en el lugar. La gente era buena y tranquila; trabajaban la tierra ajena, por un salario mínimo, pero tenían algunas regalías que les permitía, aunque humildemente, vivir en forma digna.

Casi eran felices; a veces nacía una guagüita; y a veces moría un viejito de puro viejo, no más.

Rosendo y Filomena ocupaban una de las casitas del fundo. Eran casi felices en su tranquila vida de gente campesina.

Un atardecer de verano, cuando el sol se estaba guardando detrás del cerro y la noche se alistaba para abrazar el campo con su manto negro y sereno, ahí fue cuando el Juancho le dijo a doña Filomena.

— Oiga, mamita, yo hacen días que quiero decirle algo...

— Y qué sería, oye —preguntó doña Filomena, mientras limpiaba unos porotos para el almuerzo del día siguiente.

— Es que sabe, mamita. La otra vez, en el baile de la escuela, conocí a la Jovita y nos hicimos novios... y, güeno, ya es tiempo que me case ya, po'...

— ¿Y aulaste con tu taita?

— Y pa' qué, si es usté la que manda, po.

— ¡Sí, pero esto tení que decírselo vo mismo po', Juancho; porque el matrimonio es algo muy serio, po!

Al mismo día siguiente, el Juancho le comunicó a Rosendo sus planes matrimoniales.

— Y yo quiero, taitita, que usted me apoye...

— Me parece bien, po' mijo, que quiera formar familia; porque está grande ya, pó.

Y llegó el día domingo, el Juancho venía muy contento con una joven morena muy simpática. Era la Jovita que venía acompañada de su madre, una mujer aún joven y de pícara mirada.

Durante el almuerzo, Juancho notó el ambiente algo raro. Su padre siempre era muy cariñoso y atento con las visitas y él actuaba de manera muy extraña.

Después que se fueron las visitas, don Rosendo llamó al Juancho.

— Venga pa' cá, mijo; que quiero hablar una palabrita con usté.

— ¿Y para qué sería, taitita?

— Resulta que cuando joven, tuve un enredo amoroso con la madre de esta niña... güeno y nació la Jovita y por lo tanto ustedes son

hermanos y no se pueden casar... Es que yo fui muy relachazo cuando cabro…

El Juancho sintió mucha tristeza por su padre, pero su padre tenía razón, no podría casarse con su hermana. La que no comprendía nada era doña Filomena.

— Oye, Rosendo, qué le pasará al Juancho, que ya no está de novio con la Jovita.

— Cosas de jóvenes, po' vieja.

Pero como el tiempo todo lo cura, al año el Juancho ni se acordaba de Jovita, y al poco tiempo se volvió a enamorar. No fue más que le contó a don Rosendo, le dijo el nombre de la niña y la misma historia. Don Rosendo quedó pensando, mientras enrollaba un lazo en sus manos.

— Es que no te vai a poder casar po', Juancho. Lo que pasa es que yo tuve un enredo amoroso con la mamá de la Julita, y sacando cuentas, po' cauro, la Julita es hermana tuya, po'. Es que yo fui muy relachazo… Eso sí, antes de conocer a tu mamá…

La pena de Juancho fue grande. No comprendía por qué le pasaba esto a él. Se resignó a quedar soltero y que nunca se casaría. Ya todos sus amigos tenían familia, esposa e hijos. El Juancho quería tener su casa propia donde por las tardes lo esperara una mujer cariñosa, cuando regresara cansado de las faenas del campo. Quería tener hijos para sacarlos a pasear el día domingo y enseñarles a montar a caballo. Tenía sus ahorros, tenía una yegua y tres vacas, pero su destino sería estar solo. Pasaron dos fríos inviernos y dos calurosos veranos.

A la casa del fundo llegó a trabajar una niña muy bonita. Era ahijada de la cocinera. Un día el Juancho venía del pueblo a dejar un encargo

del patrón. El Juancho nunca antes la había visto por esos lugares, se miraron y se sonrieron. No fue más, para que Juancho se enamorara hasta los huesos, al poco tiempo del pololeo, la llevó a su casa para que la conocieran sus padres. Almorzaron todos juntos y Juancho habló de casarse muy pronto. Doña Filomena le preguntó a la Charito, que así se llamaba la niña, cuándo traería sus padres para pedir su mano, para que la cosa fuera en serio.

Y la Charito se puso triste, y bajó la cabeza.

— Me va a tener que acompañar mi madrina, no más; por que ella es la única pariente que tengo. Lo que pasa que mi mamita me tuvo soltera a mí y hace un año que murió. Ella se llamaba Lusmira del Carmen Gonzáles Shandia. Ella también trabajó con los patrones del fundo hace como veinte años.

Rosendo se puso pálido y se tuvo que afirmar de la silla para no caer, y la misma historia.

— Usted sabe, po' mijo, que el hombre de por sí es lacho. Yo ya estaba casado con su madre, pero la mamá de la Charito era muy rebonitaza, que Dios la tenga en su Santo Reino. Güeno, mijo, por lo tanto la Charito también es su hermana. Qué le vamos a hacer, po'.

El Juancho sintió que odiaba a su padre. No podía ser tanta su mala suerte. Nadie más que su padre era el causante de su desgracia. Se puso muy triste y ya no quiso trabajar más. Era tanta su pena, que tampoco quería comer. El Juancho no quería saber nada de nada. Un día estaba muy triste encerrado en su cuarto, cuando apareció doña Filomena.

— Le traje un poquito de sopa caliente, mijo.

— No quiero na, mamita.

— Pero, hijo, qué le pasa. Por qué no confía en su maire; ¿por qué se pelearon con la Charito?

Doña Filomena se sentó en la cama y le acarició la cabeza. El Juancho la miró y no se pudo contener más. La abrazó como cuando era niño, y llorando le contó todo.

— Mamita, de la niña de que me enamoro, resultan de que son hijas de mi taita, producto de los amoríos que él ha tenío por ahí. Primero la Jovita, después la Julita, y ahora la Charito. No es justo, mamita; y estoy tan reenamorado de la Charito; de mi propia hermana. ¿Se da cuenta?

Doña Filomena lo escuchó pacientemente, se dio unas vueltas por el cuarto, miró por la ventana, hasta que por fin dijo:

— Cásate, no más, Juanchito. Si total vo tampoco soy hijo del Rosendo. Él cree que es tu paire, pero tu paire es un afuerino que estuvo de paso en el fundo cuando el patrón mandó al Rosendo a la cordillera a buscar a unos animales. Yo me sentía muy sola y bueno...

El Juancho no la dejó terminar. La abrazó, le dio un gran beso y salió corriendo. A la salida se encontró con Rosendo, que venía llegando.

— Y vo, ¿por qué vai tan contento?

— Porque mi mamita fue muy re lachaza…

Mientras el Juancho corría a buscar a la Charito, doña Filomena le contó con pelos y señales quién era el padre del Juancho a Rosendo. Total, él no tenía ningún derecho para reclamar.

PRIMER PREMIO REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

EL POTRO ENCANTADO DE LA LAGUNA EL DIAL

Moisés Gonzalo Castillo Castillo
Pequeño productor agrícola
Linares

Cuentan nuestros abuelos que desde tiempos inmemoriales cruzan la cordillera de los Andes hacia territorio argentino, por secretas huellas y escabrosos desfiladeros, que en las profundidades de la "Laguna del Dial", en la provincia de Linares, habita un brioso y hermoso potro blanco.

Dicen los baqueanos, que después de ascender un empinado sendero y trasponer un estrecho portezuelo hacia las márgenes de la misteriosa laguna; los arrieros que tienen la dicha de cruzar la frontera al amanecer, bajo el influjo de una desconocida conjunción astral de luna y estrellas, pueden ver a la distancia envueltas en la niebla ribereña una tropilla de doce yeguas pastando plácidamente protegidas por un magnífico potro blanco. Tratase de un fino semental de origen desconocido. Su pelaje compite en albor con el blanco de la nieve. Sus extremidades son ágiles y delgadas. Su cuello, esbelto. Su cabeza, pequeña. Sus orejas, nerviosas y sensitivas. Su grupa, recta. Sus ancas, poderosas. Y las crines de su tuza y de su cola flamean arremolinadas por el viento Puelche y refulgen a los rayos del sol como si fueran filamentos de la más fina y bruñida plata.

Al percatarse el preciado animal de la presencia de extraños en aquellos agrestes parajes, comienza a escarcear elegantemente haciendo

retumbar el suelo con sus cascos sobre la ladera volcánica. Por unos momentos el semental piafa y galopa desafiante protegiendo a las yeguas y sus crías. Luego brinca y alzado en sus patas traseras relincha tres veces y como el chasquido lacerante del látigo; un rayo hiende las burbujeantes aguas de la laguna. Entonces, en medio de la bruma, comienza a emerger la silueta de un imponente jinete ataviado a la usanza pehuenche. Larga y desgreñada cabellera, poncho de lana de guanaco y chiripá de cuero. De su cintura extrae las boleadoras y las hace girar silbando sobre su cabeza. El agua comienza a agitarse en frenético oleaje, tumultuosas nubes se arremolinan en el cielo, un cóndor vuela ascendiendo en espirales concéntricos hasta perderse en el firmamento y un intempestivo y torrencial aguacero se desencadena en breve y mágica cópula del cielo y la tierra. El resplandeciente caballo sigilosamente se interna en la laguna y, junto al jinete, desaparece en las inconmensurables profundidades de las prístinas aguas.

Después de un instante que a los atónitos arrieros le parecen una eternidad; el encanto desaparece, la borrasca se disipa y de entre las nubes por las que nuevamente alumbra el sol, se oye desde el cielo por última vez, melodioso y sobrecogedor, el relincho del mítico potro encantado de la "Laguna del Dial".

NACIDO EN EL AGUA

No hay tal encanto -decía don Lucas Amaya- anciano mayordomo, y sus pequeños ojos negros se le iluminaban de emoción junto al fuego. Él recordaba desde tiempos de su niñez, los relatos de sus mayores en torno a la próspera hacienda Longaví en poder de los sacerdotes jesuitas -¿Ve usted, esos añosos perales plantados, junto a las pircas y fosos de deslindes de las haciendas...? ellos, los sacerdotes los hicieron plantar: las hojas caídas servían de forraje al ganado durante el otoño, los frutos los comían los cerdos y los indígenas secaban las peras al sol para comerlas cocidas con harina tostada

durante los largos y rigurosos inviernos. Y ¿ve usted esos eucaliptos de más de doscientos años, como el que aún se mantiene en pie en la llana cima del Cerro Quiñe? Ellos lo plantaron como señal, pues allí poseían un importante lavadero de oro. - ¿Y cómo supieron los sacerdotes jesuitas de la existencia de los lavaderos de oro en nuestra provincia? -Los indígenas se los entregaron porque para ellos el oro no tenía valor y sólo lo sacaba para pagar tributo al imperio de los incas. ¿Pero, don Lucas, los libros de historia dicen que los incas llegaron solamente al Río Maule? - ¡No!, -mi taita contaba que los incas extraían oro en nuestras tierras. Ellos llegaban por huellas marcadas con petroglifos en la cordillera, y al sur del Nevado de Longaví, en el sector de La Balsa, tenían una fortaleza, un pucará con guarnición militar. Mi taita decía que le habían contado sus mayores que las jacas estaban techadas con quila y carrizos. Después, a la llegada de los españoles, esa guarnición quedó aislada y los guerreros mapuches los derrotaron y expulsaron hacia el norte. -¿y usted ha visto la fortaleza india? -sí po's don; mi taita me la mostró en un viaje que hicimos a los baños termales del Cajón de Ibáñez, en el Nevado Longaví -¿Por qué cree usted que los historiadores ignoraron esto que usted nos cuenta? -¿y por qué ha de ser? Porque la verdadera historia estaba en el relato de nuestros antepasados. Antes de la Reforma Agraria, los inquilinos éramos bestias de trabajo nada más, nadie nos tomaba en cuenta, los historiadores escribieron la historia en sus oficinas.

— ¿Y usted cree que había mucho oro en nuestra provincia? —Sí, po's don; la tierra de nuestra provincia bendecida por el benéfico influjo del toro de los cachos de oro, bullía en riquezas y era cuestión de lavar la tierra no más, para extraer las pepitas de oro. Los sacerdotes con astucia y picardía se habían ganado la confianza de los indígenas y a ellos los hacían extraer oro en el Cerro Mesamávida, de Ranchillo, en el Cerro La Bandera en la localidad de Los Rabones, en Los Canelos, en el Cerro Quiñe, en Rarí, en Nirivilo, en Purapel, y en la Laguna Achibueno. Y el oro recogido salía de los crisoles de la hacienda convertido en crucifijos, cálices, reliquias y joyas.

A tal punto se habían ganado los sacerdotes el favor de los indígenas, que durante la gran rebelión de fines del año mil seiscientos, los otros invasores españoles fueron expulsados del territorio mapuche que en ese tiempo llegaba hasta el río Maule. Desde Chiloé al Maule todos los fuertes fueron quemados, el ejército usurpador destruido y las haciendas saqueadas, pero las propiedades de los jesuitas no fueron tocadas, ¿sabe usted por qué? Ellos, los sacerdotes le hacían a la hechicería, practicaban la magia y eran temidos y respetados por las machis. Sabían hacer conjuros más poderosos que los que hacían las machis y dis'que cuando los expulsaron de nuestro país y escondieron sus tesoros, los dejaron conjurados con poderosos hechizos y nadie ha podido encontrarlos. - ¿Y qué habría que hacer, don Lucas, para encontrar algún tesoro de los jesuitas? -Y día'i, hay que armarse de valor no más y seguir los fantasmas, que son espíritus de sacerdotes que vigilan los tesoros y andan errantes por ahí. - ¿Dónde andan los espíritus que custodian los tesoros? -Por todas partes: en la Vuelta de la Greda, donde tenían la curtiembre; en el Cerro Quiñe; en otras capillas que tenían en nuestra provincia de Linares; por los antiguos caminos que ellos transitaban y en el mismo cementerio de Longaví. - ¿Pero usted, don Lucas, ha visto algún espectro? -Yo no, pero muchos son los que los han visto y huyen despavoridos o se desmayan por que creen que es el diablo. -¿Y usted, don Lucas, cree en el diablo? -Mi taita decía que el diablo y Dios son la mesma cosa, del mesmo cuero son las correas, hijo, me decía... ¡Si sería ladino el hombre!

— ¿Qué le puso al mate que está tan sabroso? —Un poquito de malicia y raíz de panúl para la frialdad de la vejiga. -Bueno, después de este mate dígame ; ¿y el toro de los cachos de oro sería también un hechizo de los jesuitas? -No hay tal hechizo, mi taita don Lupe, decía que su mismo taita había visto cuando una hermosa vaca bragada parió junto a la laguna de Cachi Varado. La bragada rendía un decálitro de leche al día, pero aquella primavera al parir el ternero cayó al agua antes de respirar, por eso al respirar dentro del agua se convirtió en animal de agua. Al ser arreada la vaca hacia los

corrales, durante la noche rompía los cercos, para amanecer con los pezones estrujados junto a las lagunas donde amamantaba a su cría.

— ¿Junto a las lagunas dice usted? —Sí, eran tres lagunas cerca del Río Liguay donde hoy está el Manzanal de la Tercera, después cuando el toro se fue, las lagunas se secaron. ¿Para dónde se fue el toro? -Para una laguna en la cima del cerro Traguén en lo que después fuera el latifundio de La Quinta. -¿Pero el toro se dejaba ver? -Sólo en algunas ocasiones; era protector del ganado, el espíritu de la fecundidad de los animales y la fertilidad de los suelos. Hubiera querido ver usted el coirón en las lomas y cerros, y el mallín haciendo olas en las vegas. Las vacas parían mellizos y las ovejas para que decir. Mi taita contaba que un año hubo una gran inundación a causa de los aguaceros y los hacendados creyeron perdidos todos sus rebaños. Los ríos bajaron de avenida arrasando las sementeras y después de doce días de lluvias y tormentas salieron los campañistos a campear algún animal vivo en las orillas de los ríos sin encontrar ninguno. Entonces cuando junto a los fogones lamentaban las pérdidas, llegó un baqueano de la montaña con la noticia: en la cumbre y faldeo de un cerro estaban los animales congregados junto al hermoso y protector toro de los cachos de oro que había salido de la laguna para conducir los rebaños hacia las alturas y salvarlos de la inundación. Pocas veces se dejaba ver, pero en noches de lluvia y tormentas se oía su mugido sobrecogedor que hacía estremecer los ranchos de totora de los inquilinos.

En otras oportunidades entraba a los corrales derribando las tranqueras, o causando daño en las sementeras, pero los futres no se molestaban porque su aparición era anuncio de prosperidad y buena fortuna. -¿Qué pasó después con el toro? -Se trasladó al cerro Traguén, para allá se llevó la abundancia y la buena fortuna. Una noche de tormenta bajó a los corrales y peleó con un toro grande y muy guapo que había en el fundo. Los capataces e inquilinos lo sintieron bramar, pero acobardados por el fragor de la lucha no se atrevieron a intervenir. Al amanecer lo vieron huir hacia la laguna

del cerro. En los corrales hallaron al otro toro desjarretado y tuvieron que matarlo. También encontraron uno de los cachos de oro que se había quebrado al nacido en el agua. -¿Y qué sucedió con el cacho de oro? Bueno, ese cacho de oro de varios kilos de peso, dio inicio a la gran fortuna de doña Laura Urrutia, propietaria del latifundio La Quinta. -¿Pero, don Lucas, estos sucesos los vio su taita?

— No, a mi taita se lo contó su taita quién sabe pues si él los vio, o se lo contó algún antecesor indígena. Si en nuestro tiempo pasado la memoria valía mucho más que lo que vale hoy un libro. Hoy los huainas son suficientes y engreídos pero no tienen memoria, no tienen historia.

— Bueno, don Lucas, después de este mate dígame ¿qué pasó con el toro?

— Y dis'que mediante un poderoso hechizo lo llevaron a la Argentina, donde dio origen a los grandes rebaños de la pampa.

— Pero este toro nacido en el agua ¿es el mismo de la laguna de la hacienda de Coliboro? —Es muy capaz que haya sido el mismo y el ternero que al nacer cayó al agua habría muerto ahogado, no más.

— ¿Y usted piensa que el toro de los cachos de oro volvería algún día, trayéndonos fortuna y prosperidad como dice la profecía? - No, po'iñor, no me pitancee; no ve que han quemado nuestras montañas para plantarlas de pinos. En los pinos no habitan ni las alimañas, las lagunas, puquios, chimbas, quebradas y hasta las norias se han secado y más pronto de lo que usted imagina nuestra provincia estará convertida en un desierto. ¿No se da cuenta que ya no vemos pumas, zorros, venados, chingues, cóndores, águilas, búhos; producto del envenenamiento de conejos y liebres?

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

EL SOBREVIVIENTE DE UNA TRAGEDIA

César Guerrero
60 años
Los Romeros, Pichamán
Constitución

Aquí donde yo vivo en Los Romeros de la localidad de Pichamán ocurrió una tragedia.

Toda la familia de mi tío Ebaristo Villegas fue asesinada en el año 1953.

Dos bandidos llegaron a la localidad y después de robar una gallina, una olla y papas en las casas de su paso se escondieron durante tres días esperando el momento oportuno para asaltar la casa de mi tío. Mi tío Ebaristo vivía con su esposa Susana, su hija Elena y un abuelito, don Efraín Guerrero.

Yo recuerdo todavía por aquellos años. Yo tenía 11 años y me mandaron a buscar agua y al estero donde fui a buscar también sacó agua uno de los bandidos. Yo nunca pensé que podían ser capaces de tanta crueldad.

Cuando dos jóvenes que estaban de visita en la casa de mi tío se fueron a tomar el tren ellos, los bandidos se acercaron a la casa, preguntaron si vendían cigarros mientras la dueña de casa iba a bus-

car los atacaron a mi tío haciéndole 2 tajos en el cuello y lo tiraron a una barranca pensando que ya estaba muerto.

Cuando salió la esposa vio a un bandido con la cuchilla le dio un trancazo con la tranca de la puerta pero el otro bandido la tomó por detrás del pelo y la degolló, al aparecer la hija del tío la tomaron a la fuerza, la violaron y también degollaron, después entraron a la casa y encontraron a don Efraín Guerrero quien conocía a uno de los bandido incluso lo había criado y le dijo ¿cómo hijo me va a matar si yo lo crié? A lo que el bandido respondió tengo que hacerlo para que no me delate, le dieron al anciano dos trancazos y un balazo.

Luego los bandidos saquearon la casa robaron dinero porque mi tío había jubilado hacía poco de ferrocarriles y tenía su platita, cosas de valor también se llevaron para venderlas seguramente. Mientras se marchaban sintieron los lamentos de alguien y dispararon 2 tiros hacia el cuerpo de mi tío que estaba en el suelo pero los balazos rebotaron en un durmiente.

Cuando mi tío recuperó el conocimiento, como pudo llegó a su casa donde encontró a todos muertos. Grande fue su dolor a ver su esposa, su hija bajó el parrón muerta que se la estaban comiendo los chanchos, a pesar de estar todo herido se sobrepuso y fue a pedir ayuda a sus vecinos, lo socorrieron y unos vecinos fueron a Pichamán a llamar para el retén de González Bastías a los carabineros y también pidieron atención médica para mi tío. Gracias a Dios el tío Ebaristo se fue recuperando rápidamente y la justicia llegó al fin a pedir cuentas los bandidos.

Uno de ellos amenazó a su mujer diciéndole que podía hacerle lo mismo que le hizo a la gente de Los Romeros la hermana de la mujer, lo escuchó y lo denunció, lo tomaron detenido y por él luego también detuvieron al otro a los 42 días de los asesinatos fueron capturados, fueron llevados a la cárcel de Talca luego de un mes los trajeron a Constitución, de allí vinieron con los policías a

realizar reconstitución de escena yo miraba chico como era desde arriba de un parrón, los regresaron a la cárcel donde después de un año los fusilaron.

Mí tío sobrevivió 10 años después de la tragedia que tuvo que vivir. Formó una nueva familia y tuvieron un hijo: mi primo Ebaristo que siempre viene a visitarnos, él aunque sólo tenía 8 años cuando falleció su padre recuerdo a mi tío como un papá cariñoso, trabajador y generoso concordamos que la mayor herencia que nos dejó el tío fue su entereza y fuerza para enfrentar las adversidades y el dolor.

TERCER PREMIO REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

A ALGUNAS LEGUAS DE CHANCO

Carmen Elena García Salamanca
55 años
Profesora
Pelluhue

Fray Diego se despidió finalmente del hermano portero a la salida del hospicio. Acomodó su morral de cuero, su capucha, su manta de lana y salió al camino. Sus sandalias resbalaban en el barro, pero a la vez le permitían escalar y descender los cerros aledaños con agilidad. El monje sentía la lluvia bajarle desde las cejas a la barba y esto parecía infundirle mayor energía. Se dirigía a Chanco, a bautizar a los hijos de Minchelemu, que así lo había el cacique solicitado al doctrinero del hospicio franciscano de Unihue.

Caminaba algo inclinado, como era su costumbre cuando iba en sus viajes largos, en los cuales recogía hierbas para su herbario y para llevar al huerto del convento. Las tisanas de boldo, zarzaparrilla o salvia, tenían gran aceptación entre sus hermanos y también entre los huéspedes ilustres que llegaban al hospicio. Todos ensalzaban las virtudes del quillay para el aseo, el lavado y la conservación de las vestimentas en buen estado. El palqui y el matico eran útiles elementos para curar los pies de los frailes, a menudo dañados por los caminos ásperos.

Mientras avanzaban Fray Diego de Alegría y Ferrada cantaba una décima al Niño Jesús:

Nace un niño en un pesebre
en una noche de estrellas.
Iluminado con velas,
recostado en un pajar
al lado de un palomar,
niño más lindo que vi
fragante cual alelí.
Jesús lo van a llamar
José, María y San Juan.
Hoy lo vengo a saludar.

De vez en cuando se agachaba y tomaba con sus manos grandes alguna hoja o un esqueje del árbol o arbusto que atrajera su curiosidad y lo ponía en su morral. Su silueta fornida parecía confundirse con los peumos, arrayanes, robles, canelos, maitenes y queules que le rodeaban por esos senderos apenas abiertos en la maraña de la selva. El monje aspiraba hondo el vaho de la tierra húmeda. Cuando estaba en su celda pintada con cal, le llegaban a través de los barrotes, los olores a adobe mojado, leña encendida, estiércol, menta y otras hierbas aromáticas del jardín interior del hospicio. Entonces le gustaba sentarse en su rústica banqueta a componer décimas o a tocar una pequeña flauta de madera de peral.

Había andado ya cerca de tres leguas cuando decidió descansar bajo el maqui. Comió algunos frutos y sus ojos azules se iluminaron con el fervor de la oración. Estaba dando gracias por la grandeza de esta naturaleza que nunca imaginó que existiera, allá en las sierras áridas de su Castilla natal, que le parecían ahora más lejanas que nunca.

El aguacero había amainado y unos débiles rayos de sol iluminaban las gotas de lluvia sobre las hojas de los maquis y boldos. Fray Diego sintió que un sopor suave y húmedo le iba a retener en su caminata por un momento y medio adormilado, creyó estar en el huerto del convento envuelto en el frescor de las verduras y de los árboles

frutales. Repentinamente vio el patio de su casa y los ojos de Francisca que le miraban pícaramente entre el follaje del naranjo. Francisca, oliendo a azahares, extendía sus manos hacia él y rozaba su frente... El monte comprendió que estaba soñando y con torpeza se restregó los ojos.

Sacó su crucifijo de avellano de su morral, lo besó con suavidad y se preparó para seguir. Su último viaje a Curivilu se había alargado porque se había quedado en sus ensoñaciones y casi no llegó a tiempo a la novena de Navidad con el pesebre de greda que había prometido a sus habitantes. Fue una Navidad hermosa. En la capilla de adobón y tejas, entre las pocas imágenes policromadas traídas de España, los cuadros alusivos a la vida de San Francisco, las tinajas y vasos de greda llenos de flores, el pesebre iluminado con velas de sebo era una fiel reproducción del nacimiento del niño Dios en la pobreza humilde de Belén. Se sobresaltó al recordar con cierta culpa el apego a su tintero de plata, y a su hermoso misal de cuero, regalos de su padre. Eran su única posesión terrenal y le unían de algún modo con su familia a través del espacio y del tiempo. Pensó con cierta angustia, que le ensombreció el semblante, en su impaciencia e impulsividad con los indios. No lograba adivinar sus pensamientos con la facilidad que hubiera querido, porque no se acostumbraba ni a sus rasgos, ni a sus costumbres ni a su idioma.

En esta raza nueva para él todos le parecían iguales, viviendo con una sumisión al español que él sentía como aparente. Pero también había aprendido a quererlos y a entender su animismo mágico que se asemejaba a la simpleza franciscana. Cada elemento natural parecía tener su propio espíritu, así como para el cristiano cada ser vivo era una manifestación del poder del Creador. A veces le parecía que todo lo mapuche y todo lo cristiano tenían un solo sentido, pero en otras ocasiones veía con temor que no llegarían nunca a entenderse. Y por ello sentía con cierto horror que el español acabaría por exterminar al indio.

Le faltaban casi dos leguas para llegar a Chanco. Quizás hubiera sido mejor viajar a caballo, pensó Fray Diego, pero había pocos en el hospicio y eran necesarios para reponer los de los carruajes de los visitantes. Pensó con alegría en su misión. En Chanco no había pila bautismal en la capilla, pero él trataría de dar al sacramento la solemnidad que debía tener. Minchelemu al fin cedía y más aún solicitaba el bautismo para sus hijos.

Fray Diego vio un arbusto nuevo y se inclinó a recoger una rama. Abrió su morral y sacó el crucifijo. Oyó un crujido a sus espaldas. Se volvió con la cruz en la mano y vio un indio, con la maza de piedra, que con odio le gritaba: ¡Cupai! ¡Demonio! Fray Diego levantó los ojos hacia el sol, alzó el crucifijo y cayó al suelo con la cabeza destrozada. Padre..., murmuró y sintió que las hojas húmedas le recibían, como manos extendidas y le rozaban al frente.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

EL DESCABEZADO DEL CRUCE

Jonathan Alejandro Amigo
20 años
Agricultor, estudiante de 3° de Enseñanza Media (vespertino)
Pelarco

En una fría noche de julio, la niebla parecía un manto cubriendo el campo. Don Epifanio iba montado sobre su caballo atigrado con esa montura traída desde Argentina la cual -según él creía- le daba un aire de hombre acaudalado. Sobre su cabeza llevaba un viejo sombrero gris y una manta negra le cubría el cuerpo hasta las rodillas. Sus pantalones de tela color café y sus ojotas terminaban por darle más un aspecto de mendigo que de capataz. Epifanio era joven. Contaba con treinta y ocho años que se notaban en su alta estatura. Su cabello negro, la tez morena y su rala barba, le daban el aspecto de hombre valiente y fiero. Aquella noche estaba con sus amigos y se le había pasado un poco la mano con las copas. Debido a eso no sentía el frío de la noche. Su caballo marchaba por el camino a paso lento. A esas horas sólo se escuchaba el castañear de las herraduras del animal, pero cerca del "Cruce de las Ánimas" (llamado así por la gran cantidad de animitas que allí se encontraban) tuvo la sensación de estar más en un cementerio que en el camino tantas veces recorrido. Tomó el camino de la derecha que llegaba a su casa cuando de pronto se le apareció el mismísimo Descabezado del Cruce. Un sudor frío comenzó a recorrer el cuerpo de Epifanio y toda su piel se tornó blanca como la leche. No

recordaba haber sentido un terror así en su vida. El descabezado del que tantas veces había oído hablar, estaba allí frente a sus ojos.

Las historias del Descabezado y El Cruce de las Ánimas estaban íntimamente ligadas. Las versiones eran confusas pero coincidían en la historia de un soldado de la Guerra del Pacífico quien, antes de irse al norte, le habría jurado a una joven mujer que se casarían cuando él regresara del frente. Terminado el conflicto, él volvió, sin embargo el padre de su prometida, un hombre rico, no permitiría que su hija se desposara con un pobre campesino y ofreció una gran recompensa a sus hombres por la cabeza del soldado. Los secuaces lo esperaron entonces en el Cruce de las Ánimas y en esa bifurcación lo atraparon, matándolo con caballo y todo y llevándose su cabeza para cobrar su recompensa ofrecida por el patrón. Desde ese momento aparecieron las historias que decían que por las noches rondaba el soldado negándose a ir al infierno sin su cabeza y que las personas muertas allí trágicamente eran las víctimas de la venganza del soldado. Sin duda, pensaba Epifanio, de la Cruz Vergara Sánchez, él sería el siguiente.

Frente a sus ojos se encontraba esa aparición más que terrorífica montado sobre su caballo negro. El descabezado vestía una guerrera azul muy sucia, pantalones rojos y sobre sus hombros llevaba un morral con un enorme agujero, sus botas eran largas y desde la cintura colgaba una espada oxidada. Epifanio estaba petrificado, pero con mucho esfuerzo logró desenfundar lentamente su revólver, el cual era su fiel e inseparable compañero, amartilló el revólver.

— Quizá -pensó- no me haga nada.

La aparición seguía inmóvil, como una estatua. Los ojos del caballo negro, rojos como la sangre, miraban a Epifanio. De pronto la mano huesuda del fantasma desenvaina su espada que parecía más

un serrucho que una espada. Epifanio inmediatamente disparó una, dos, tres cuatro veces, hasta que no pudo disparar más. El descabezado permanecía inalterable después de recibir aquella descarga. Epifanio, desesperado, sólo atinó a picar las espuelas a su caballo, el cual corrió como nunca lo había hecho antes. El Descabezado no perdió el tiempo y comenzó a perseguir a Epifanio, quien ya había ganado distancia. El caballo atigrado de Epifanio estaba ya agotado y empezaba a correr más lento, de nada servían los espolonazos que le pegaba al pobre bruto con las espuelas, el descabezado estaba ya casi encima de él e iba ganando terreno. Epifanio sentía el frío aliento de la muerte acercándose más y más y fue en ese momento que intentó algo totalmente arriesgado, en un desesperado intento por salvar su vida, saltó de su caballo. El descabezado golpeó con su sable al caballo de Epifanio, matándolo instantáneamente, mientras que Epifanio rodaba por el suelo con algunos moretones y rasguñaduras. Epifanio sabía que debía aprovechar ese momento para correr a su casa que aún estaba lejos. Corrió lo más rápido que pudo antes que el Descabezado volviera. Mientras corría, sentía la cabalgadura del fantasma que lo estaba buscando, hasta que después de un rato, divisó su casa. Algo lo detuvo, un presentimiento, miró hacia atrás. Ahí estaba. A trescientos metros el Descabezado le apuntaba con su espada, había sólo una oportunidad de correr como loco, así lo hizo, nuevamente el Descabezado lo siguió con saña. Apenas el pobre hombre llegó a su casa el Descabezado se detuvo, ya no valía la pena, aún había noche para buscar otras víctimas. Desapareció en la oscuridad, al fin Epifanio respiró tranquilo, abrió la puerta y cuando la cerró fue recibido con un contundente golpe en la cabeza el cual lo hizo caer al suelo mientras una voz le decía:

— ¡Borracho!, ¡gusano de las parras!, ¡mira la hora que es, vienes todo arañado!, ¿estuviste con esas mujeres de la mala vida? ¡Contesta, vampiro de las viñas! ¿Y el caballo dónde está? ¡Seguro que lo apostaste!

Era su mujer Ana María, quien, uslero en mano, le gritaba. Epifanio, no dijo nada. Con dificultad se levantó, no tenía energías para discutir con su mujer, estaba vivo y eso es lo que importaba.

El sol se levantaba proclamando el reinado de la luz que se alzaba con su resplandor de alegría y belleza.



PRIMER PREMIO REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA MAIRE

Mario Flores Figueroa
Técnico administrativo
Chillán

Por las riberas oscuras de la noche, cabalgan los hombres; el viento aprieta los ponchos contra sus cuerpos y en el andar lento pero seguro de sus caballos se advierte más que un cansancio, una calma intencionada.

Transitan ignorados por las soleras de los cerros, precipitando la suerte sobre sus jacas, la noche se entretiene en conversaciones eternas con el río y coquetea con el viento, que se sacude entre los árboles que asoman de pronto como fantasmas negros estacionados a la vera de la senda.

Sin voces, sin comunicación alguna en la oscuridad profunda del destino, en la espesura de las sombras; viajan con sus ojos hundidos en la pared que el frío antepone en su camino.

La brisa los azota húmeda, más bien mojada, luego es una finísima llovizna que moja sus rostros callados serenos, tristes incontenibles parcos, con ojos oscuros como la noche que atraviesan.

El rodar del tiempo marca sus compases en el tranco de las bestias, a lo lejos se oye algunos ladridos, o el graznido errante de alguna ave de la noche, que cruza el horizonte de la lluvia. Ahora los golpes apagados de los cascos cayendo sobre la tierra mojada se hacen menos visi-

bles al oído, que brujulea instintivo lo que los ojos no advierten. Todo este preludio antecede un destino ignorado, una ansiedad contenida y sustentada en el andar lento de las bestias.

Los dos jinetes se recortan contra el cielo cuando el sendero se eleva descubierto y desaparecen cuando vuelven a caer al riel fangoso del camino, que se esconde en túneles de árboles que los ocultan por momentos de la lluvia consecuente que no cesa.

El agua chorrea de sus ponchos, pero ellos se mantienen enclavados en sus monturas, impasibles, absortos en su cabalgata urgentemente necesaria. El resplandor de algún relámpago ilumina sus rostros taciturnos y los deja temblando en el espacio como una visión escalofriante.

La ruta se hace larga y el aguacero se desboca, el agua se encharca en el camino y las venas de los ríos se hinchan y cruzan el sendero, veloces, a depositar en el cauce, allá en el bajo, sus tributos invernales.

Un alboroto de perros termina por romper el monótono canto de la lluvia, y la agria soledad del camino, aún nada es visible, sólo la intuición y la sabiduría innata les avisan que han llegado al destino. Los perros no desmayan en sus algazaras, aún las voces de los hombres permanecen calladas, retienen sus llamadas en el borde de los labios, como queriendo mantener un silencio necesario. Apenas un silbido atraviesa los patios mojados y las paredes ocultas en las sombras de la noche fría y lluviosa. No hay respuesta, la lluvia desciende más lenta, los perros repasan sus últimos ladridos y recorren los espacios abiertos buscando algo que ellos mismos ignoran. Nuevamente el silbido irrumpe irreverente y los perros responden ladrando, una voz lúgubre que emerge de las sombras los calla; la llama temblorosa de una vela se refleja débilmente en el barniz de la lluvia.

— ¿Quién es? —pregunta ahora la voz medrosa.

— El Facundo, traigo al niño -sus palabras suenan triste como arrastrándose en la lluvia.

— Pásalo pa'cá, mi'jo -habló la voz mientras cruzaba desde el patio a la cocina.

Desmontan cuidadosos, sus ojos acostumbrados a las sombras se encandilan contra la luz anaranjada de un chonchón a parafina, que dispara sus reflejos desde la puerta abierta. Adentro, una vieja, encorvada soplaba sobre las cenizas, substraída completamente de otro afán, añade unas chamizas secas que avivaban las llamas ocultas en el rescoldo, y lentamente el fuego va alargando las lenguas rojizas que lamen los leños que se agregan al fogón.

Entran con sus mantas mojadas, con sus sombreros chorreando agua y sus rostros entristecidos, serenos, resignados en cierto modo, miran la vieja en sus quehaceres y cuando el fuego está completamente encendido, y el recinto medianamente tibio, uno de los hombres extrae de debajo de su manta, el cuerpo frágil de niño que permanece semi inconsciente o semidormido, con sus mejillas rojas por la fiebre.

El hombre lo contempla, atento, a descubrir algún movimiento, un atisbo de vida, acerca su rostro para sentir si respiraba, mientras una impotencia tremenda se dibuja en su cara, mira a la vieja que continúa en sus ajetreos, sin siquiera preguntar qué tiene el niño, sin apurar sus atenciones al pequeño enfermo, pero, aún así los hombres permanecen revestidos de una paciencia terca e invulnerable.

Finalmente la vieja fija sus ojos en el infante, acerca el lamparín y le examina con la mirada; los hombres tratan de leer en su rostro el resultado de la inspección, la vieja masculla una letanía inteligible, mueve su cabeza negativamente mientras recorre el cuerpo del niño.

— Dos males tiene el güeñísito, Facundo, un empacho y mal de ojo.

— ¿Se mejorará, maire?

— Tenís que tener fe no más, si pasa la noche pu'e que se salve.

— En sus manos está, maire.

La vieja toma el niño, lo tiende sobre una banqueta, lo santigua invocando santos, profiriendo conjuros, y azotando el aire con una rama de palqui; pone un poco de ají seco entre las llamas, mientras continúa con su ritual. Los hombres, respetuosos, se han quitado el sombrero, crédulos, entregados a los oficios de la vieja, contemplan resignados sus malabares. Lentamente la vieja gira al niño, y descubre su espalda y con un poco de cenizas va frotando su columna desde el cóccix hacia arriba. De pronto toma su piel y la tira como si le diera un gran pellizco; un chasquido seco sonó entonces, el niño se queja lentamente, la vieja cubre su espalda y lo vuelve boca arriba nuevamente. Todo el ceremonial continúa sin que nadie la interrumpa o pregunte algo, la vieja sigue sacudiendo la rama, y poniendo más ají y sahumerios en el fuego, eleva otras oraciones, luego toma un crucifijo y vuelve a santiguar al niño.

Una vela se derrite lentamente, la esperma chorrea por su cabo mientras la llama alumbra el rostro de un santo de yeso desteñido, todo está envuelto en una claridad escasa, el sonido de la lluvia que estila del alero de la casa sostiene una cantata larga y aburrida, todo lo demás permanece en silencio, una melancolía bucólica adormece la tarde. El niño duerme, profundamente, su rostro sereno, levemente rosado, descansa.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

MUY BUENO EL VELORIO

Salvador Ángel Sepúlveda Parra
47 años
San Ignacio

Era un caserío que reunía un grupo de lugareños. Luego de un arduo trabajo, la tetera sentada, el olor a yerba con los conocidos mixtos, adornando la mesa una galleta calientita y recién sacada del rescoldo, una olleta en el fuego humeaba un rico "caldo de papa".

Juanita la esposa del jefe de hogar se dirige a él...

— Oiga, Pedreros, (su nombre era José Pedreros), el compaire sigue igualito no má...no sé mejora naíta...

— Que pena, mijita, parece que ya no estaré más en las sacas de papas, ni tampoco en las siembras, qué enfermedad; la curandera dijo que no habría arreglo porque era un mal que le habían hecho y el tue tue ha rondado en la parcela al igual que los jotes vuelan en círculo, la gallina cantó y esos son malos augurios, —responde José.

A unos cuantos kilómetros más allá en una casita de adobe, rodeada de chacras y trigales, la familia de don Benjamín Pérez rodea la cama que contiene a don Benja, conocedores ya de su partida, la tarde ya caía y muchos vecinos y amigos circulaban por el hogar dándole un saludo a los familiares acompañando los momentos difíciles. En un cuartito de la modesta vivienda, la señora Merce-

des, esposa de Don Benja, sentada y rodeada de sus hijos y otros familiares que habían llegado, conversaban...

— Hijos, su paire nos dejará y nosotros como es tradición en el campo vamos a darle una buena sepultura como lo merece. Ustedes saben que tenemos un vacunito, será el primero que caiga y algunos chanchos para atender muy bien a los que nos acompañarán.

Alberto, el mayor de siete hijos, dirigiéndose a su madre y demás familiares:

— Madre, con esto daremos una muy buena atención a nuestros amigos, mucha carne y vino tendremos a disposición, no importa sacrificar esos animales, en el campo si están bien atendidos la gente dirá "fue muy bueno el velorio".

Llega la noche, los asistentes permanecen sentados en sillas y pisos de pajas alrededor de la cama y una noche más que vigilan a su alrededor, se miran unos a otros, ya con esta van cinco noches, se turnan, unos duermen otros velan. A eso de las 2,30 de la mañana llegan los compadres (José Pedreros y su esposa).

— Buenas Noches, comaire Mercedes ¿cómo ha estado el compaire?

— Muy mal, solo esperando —responde Mercedes.

Acompañan toda la noche despiertos observando con mucha pena al enfermo, el calor de un brasero acompaña y da un ambiente cálido, mientras que más allá, en una gran fogata tiran algunas yerbas indicadas por una méica yerbatera, como una manera de contrarrestar el mal que afectó al dueño de casa, el mate con malicia (con aguardiente) da vuelta y vueltas en las manos de los presentes.

— Qué pena lo que le pasa a nuestros vecinos —comentan entre ellos.

— Así es, hay que prepararse, no sabemos el día ni la hora en que debemos dejar estos terrenos fértiles que sirven para cultivar los alimentos —responde otro.

Con el cacareo del gallo, el alba comienza a llegar, unos rezos y oraciones se hacen presente, Don Benja da unos quejidos y llama a sus seres queridos (esposo e hijos), tartamudeando por los dolores les dice:

— Mijita, estoy muy mal; presiento el llamado de Dios, ustedes quedarán y lo que les pido es que den una buena atención a nuestros amigos, sacrificarán la vaca grande y en la rancha están las pipas de vino que trajimos de los cerros, y si falta hay cuatro chanchos encerrados, el fuego que está en el suelo, debe arder todas esas noches y la pajera la deben preparar para que duerman los que vendrán, nuestros compadres les protegerán de mi partida en adelante.

— Viejito, acaban de llegar los compadres y están al tanto de tus peticiones y serán los testigos de todo lo que tú estás disponiendo.

Entran los compadres al dormitorio y se sientan alrededor de la cama, con voz baja don José Pedreros secándose la chupalla le dice a su compadre:

— Compadre Benja, estoy al tanto de sus deseos. Usted sabe que los compadres son como testigos fieles aquí en el campo.

En ese momento don Benjamín siente que las praderas verdes del campo y el cielo azul, le hacen el llamado a mejor vida y con un gran suspiro cierra sus ojos para nunca más abrirlos. Los vecinos, amigos y familiares que acompañaban noche tras noche, día tras día, se ponen de pie y un silencio inunda aquel cuarto, seguidamente se desata el llanto de los que cumplían turno.

Ese sollozo se hizo sentir por aquel campo cubierto de árboles, colores y aromas especiales.

Seguidamente los compadres, como es tradicional, dirigen todas las acciones de vestirlos, y ordenar el lugar de velatorio.

— Comadre Mercedes, mande a sacrificar los animales, que los niños arreglen la pieza de adobe pintado y coloquen las sábanas blancas, luego depositaremos el cuerpo del compaire para su velatorio.

Tras unas cuántas horas, estaba todo listo, ya se estaba celebrando al compadre Benjamín y empezaron a llegar familias completas con niños chicos y grandes, destinados a quedarse todo el tiempo necesario. Durante esos días la escuelita del lugar no tendría asistencia y los trabajos se tendrían que postergar por lo que dure esta acción solidaria, se comienzan a preparar los lugares en el suelo para que duerman los más chicos, los grandes acompañan despiertos.

Al otro día, las "tumbas de carnes" ya empezaban a circular, con el tradicional "caldo mañanero" junto al rico ají picante y el infaltable vino tinto, todos sentados a la mesa, muy alegres por la atención, como que habían olvidado el objetivo de estar allí.

Ya al tercer día, al momento de sacar el cuerpo, la urna se abre y se acercan los compadres y le toman la mano a don Benja, como fijando un pacto que ellos velarán por la familia que queda.

El féretro es cargado al hombro por turnos cada cierto tiempo. Al momento de enterrarlo, el compadre don José Pedreros da los agradecimientos a todos los familiares, amigos y vecinos que acompañaron durante todos estos días, y para terminar el discurso dice:

— Quedan todos invitados, afuerita del cementerio hay una atención para ustedes.

Mucha comida y trago nuevamente, todos se regresan a la casa del finao Benja. Antes de retirarse pasan varias corridas de vino y un ágape de los restos de carne de los animales sacrificados.

Ya todo llega a la normalidad y en la mayoría de los hogares y en los trabajos la gente comenta:

— ¡Muy bueno el velorio!

TERCER PREMIO REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

MARÍA JOVITA

Sergio Antonio Saavedra González
38 años
Trabajador forestal
Cabrero

Me preguntaba en silencio, si todavía algunas personas de Monte Águila, recordarían a María Jovita. Luego me viene una sensación extraña que me invade, pero sé que es de consuelo, han pasado casi cien años, desde ese nacimiento maravilloso especial.

Eran cerca de las nueve de la noche, del 23 de octubre, el año 1906..., a los pocos minutos después de haber nacido María Jovita, curiosamente a esa hora pasaba frente a su modesta casita una carreta cargada con sacos de carbón; los dos pequeños bueyes tiraban con fuerza su carga, enterrando sus pezuñas en el suelo duro y árido, como queriendo llegar pronto al descanso después de un día de dura jornada; uno de los nobles brutos era clavel y el otro era overo. Ambos animales marchaban bufando entre los ladridos de los perros que les rozaban las patas y de la picana que siempre pinchaba fuerte el lomo, haciendo saltar en un corcovo al más atrasado de la yunta. Era la manera de acelerar el tránsito melancólico de su carga por esos caminos polvorientos y desolados, los mismos caminos que guardaban cientos de pasadas de ellos, de historias y vivencias encantadas, secretos y entierros no descubiertos en esos años todavía:

— ¡Tesa[1] dia'ulo! -se escuchó el grito patentito[2] del hombrecito que conducía agobiado su singular carreta. Lo había reconocido, era la peculiar voz de Panchito —el entena'o[3] de don Facundo -entre los ladridos de los perros que ya se comían vivos... a él y a sus dos bueyes... -¡tesa condena'o! -Repetía al otro buey para que apurara el paso.

Al tiempo después, supe que esos eran los nombres de su yunta de bueyes... ¡Era como lógico no haberlo adivinado antes, "dia'ulo y condena'o" esa era la trampita! Sonreí pensando en ese huaso pequeñito y desconfiado, recorriendo cada día esos caminos rurales, todo un personaje en esos años... al igual que su padrastro...

Luego el hombrecito, se acomodó su chupalla y preguntó en voz alta, con ansiedad: ¿habrá naci'o ya la María Jo'ita..? ¡Dia'ulo y de'onde abré saca'o yo ese nombre? No pudo saber ni lo uno ni lo otro esa noche porque no se detuvo allí. Siguió su lento peregrinaje, envuelto en una desesperación inusitada que le invadió comenzando a dar picanazos al viento, como tratando de espantar a los cuatro o cinco perros que parecían más furiosos al verlo con el palo, ensartándoles en donde tocara, fue algo dominante - ¡Salgan quiltros é mierda!... ¿por qué no amarrarán estas porquerías, digo yo?, se quedó con rabia y furioso ante la impotencia de no poder hacer mucho ante el acoso implacable del que era víctima, él y su yunta de bueyes... - ¡Pungas malditos! alcanzó a gritarles...

Así, poco a poco la escuálida comitiva de la carreta y su carga desaparecieron de mi vista, escoltada en un alboroto enorme por la jauría de perros, los que los fueron a dejar pueblo afuera... Sonreí por aquella escena que todavía recuerdo como un raconto de mi vida campestre de ese entonces...

---

[1]Tesa: expresión equivalente al arre, arreo de animales.
[2]Patentito: escuchar algo con claridad.
[3]entena'o: hijo que tiene su mujer, pero no es propio. Hijastro.

En esos momentos, María Jovita respiraba tranquilita, seguramente para pasar desapercibida ante los ojos de los que no la querían mucho. No era bienvenida una niñita por esos años.

María Jovita nació cerca de un pueblito llamado Monte Águila, que en ese entonces era un pequeño villorrio que se formaba poco antes del mil novecientos y vecino a Cabrero; recuerdo que habían pocas casas -no más de 15 y otras diseminadas por varios sectores- las que se levantaban a duras penas como haciendo presencia entre los adobes y las rojizas tejas chilenas, entre las vigas de álamo labradas con hachazuela a sol y a sombra; así comenzaba a vivir el poblado junto a ella...

Más allá, un estero angosto bañaba como un hilillo parte del sendero que se perdía silencioso. Había un largo camino polvoriento que parecía fundirse cerca de la línea del horizonte, entre las curvas y los árboles, entre las quilas y la vegetación tan propia de ese entonces.

Lo recuerdo bien, yo estaba esa tarde de octubre atento, misterioso, vivaracho. Ahora podía escuchar de nuevo los llantos de María Jovita, que dominaban el ambiente y permanecían por eternos minutos en ese menester inclaudicable de manifestación espontánea.

Desde el sitio donde me cobijaba, imaginaba en medio de la oscuridad cómo había sido el ritual de las parteras de esa tarde de octubre; también imaginaba muchas otras cosas que no sabía cómo nombrarlas ni definirlas del todo; olía inconscientemente el vapor de la cazuela de ave elegida especialmente para un evento como éste, luego pensaba, ¡pobre gallina idiota!, ¿qué culpa tenía ella de esto? Revoloteos y caos en el gallinero, poder atraparla con mis primos y acabar tirándole el cogote[4] palpitante de una buena vez...

---

[4]Cogote: cuello, pescuezo.

también podía oír a la anciana tía Teófila, ella hablaba fuerte y desprevenida..., ¿dónde diablos te metiste, chiquillo de porquería…? Parecía escucharla buscándome entre tanto alboroto a causa de la recién nacida... Lamparines[5] y velas que iban y venían como luciérnagas atolondradas en paseos fantasmas, apagándose una y otra vez con el suave vientecillo, conversaciones de grandes, fogones en el suelo que no se consumen por el grosor de los leños; ladridos de perros que cortan la noche como siempre, gritos que me cautivaban en una simbiosis indescriptible... relinchos... miro al cielo y veo a lo lejos las estrellas armoniosas que parecen danzar al nacimiento... sonrío como alegre, como lleno de un gozo inefable que me atrapa y que no sé de dónde proviene... ¡Ha nacido la María Jovita!

Así ha transcurrido el tiempo inexorablemente... pasó la vida casi sin darme cuenta del olor a campo y a flores que nacían y morían cada primavera... el año que viene será mejor -me conformaba con el solo hecho de pensarlo. Muchos quedaron atrás, otros se fueron...

Yo creo que te hubiese gustado haber conocido a mi madrina, -le dijo Edgardo todo entristecido, a su mejor amigo. Fue justo una vez que se encontraron por esas cosas del destino en un bar clandestino de poca monta, precisamente en Monte Águila... luego prosiguió hablando, el otro la escuchaba atento. María Jovita, así se llamaba, era un ser muy especial, de esos seres especiales que uno no conoce muy seguido en la vida, son como contadas con los dedos de las manos, nacen con una aura y pueden llegar a ser santas. ¡Sí, de verdad hermano! -repitió como convencido. Ella era de esas personas que comienzas a quererlas sólo después de muertas..., una madre Teresa, antes no las valoras tanto...; ella me crió... yo no puedo dejar de alabarla, de verla con su pelito blanco arreglando un cerco, plantando cebollas en la huerta, no puedo olvidarme de su alegría de

[5]Lamparines: es un farol usado en el campo, que consiste en tarro con una mecha y se llena de parafina.

verme una vez que llegué en tren desde Talcahuano una noche fría de invierno... ahí estaba ella esperándome con sus ojitos iluminados cerca del fogón del suelo para preguntarme: ¿Traes mucha hambre, hijito? Ya es más de medianoche... Debes traer mucho frío...

Ambos amigos bebían como empapados de un éxtasis inexplicable, recordando esa noche para siempre, una botella de vino tinto sin marca y el tema era hablar de María Jovita. La "Joa" le decían en su juventud algunos de sus conocidos en el campo, seguramente por aprecio, -o quizás porque en esos tiempos, a casi todos les gustaba pronunciar las palabras acortándolas lo más que pudieran- pero a ella le gustaba que le dijeran Jovita... —le comentó Edgardo.

Edgardo bebió dos sorbos gruesos de su vaso, después pidió otra botella de vino y fabricó su propio cigarro, miró a su amigo con aprecio, se pasó la mano por la boca; sus ojos estaban enrojecidos y dijo con voz pausada:

— María Jovita sufrió harto en la vida, yo la veo trabajando desde niña; acarreando agua en baldes para la casa y para la huerta, la veo picando leña, dándoles comida a los pollos y a las vacas, cuidando animales, limpiando el chiquero..., fue dura su vida, sin inocencia ni juguetes. Ella me lo contó una vez... a pocos días del parto su madre tuvo que ocultarse en un pantanal donde estuvo por horas entremedio de los totorales... Ahí, Edgardo hizo una pausa para respirar profundo, luego prosiguió su dolorosa narración: -debo ser fuerte para no quebrarme en el relato de lo que sucedió después; su madre a los dos o tres días murió producto de la fiebre puerperal... Fue dura la vida de la pobre María Jovita desde que nació, pero el destino le tenía reservado un motivo lindo en su existencia, su corazón era noble y le permitiría que con el correr de los años lograra traer a la vida a tantos hijos de Monte Águila, aún siendo una persona que no sabía leer ni escribir... sus manos fueron benditas para asistir en los partos de tantas madres de esos años...

Edgardo miró a su amigo con un brillo especial en los ojos, otro trago de su vaso de vino y añadió con voz baja y serena:

— Sabes que era una persona linda, mi viejita... Un ser maravilloso y al que yo le debo mucho... para ser una persona analfabeta, ella sabía mucho... tenía una sabiduría innata. Mi dolor es que yo nunca pude darle algo, nada le di en todos los años que permanecí a su lado, -se quejó apenado porque sencillamente no tenía nada que darle ¡Qué pobres que éramos, amigo! —se volvió a quejar con tristeza y con los ojos enrojecidos por la emoción, luego otro trago de vino y encendió un nuevo cigarro.

Por unos segundos, los dos amigos se quedaron pacientes, silenciosos, mirándonos las demás personas que estábamos justo frente a ellas. Recuerdo todavía esa imagen clara y nítida que me dejó como atónito, eso me marcó y a pesar de los años de estos hechos todavía puedo recordarlos... Luego me quedé más en silencio que de costumbre...

Los dos amigos se abrazaron con fuerza y Edgardo lloró como un niño. Ahí supe de ese amor por su madrina que lo había criado y de las cosas que quedaron inconclusas para siempre, cuando la oscuridad de la muerte irrumpe en el término natural de la vida al final de este viaje...

— Falleció mi viejita sin que yo pudiera salvarla, su cáncer no tenía cura —agregó Edgardo de nuevo con más tristeza que al comienzo. Unas lágrimas amargas rodaron por su mejilla, se mordió los labios y cruzó los dedos de las manos, luego los hizo sonar un par de veces, haciendo un tic de niño, tal vez en forma incontrolable e involuntaria. -Yo nunca pude hacer algo por ella. De verdad, amigo... eso es lo que se pesa, nunca pude servirle como se merecía... eso me duele...

— Ya lo creo que debió ser así el destino... hay cosas que nunca pudimos hacer… es lo que forma parte de lo que no pudimos hacer... nos pasa a todos -le consolaba su amigo, en esos momentos también casi lloraba porque creía imaginarse ese momento de la separación entre la vida y la muerte... del dolor por la pérdida de un ser amado que se va para siempre, de pensar que nunca más lo tendremos con nosotros. Me gustaría que existiera un lugar en el mundo, donde todas las cosas se hagan realidad, por ejemplo pedir un deseo y que ese deseo sea verdad para siempre -añadió.

Pasaron los minutos y un par de horas...

Luego, Edgardo tomando fuerzas en la tristeza de esas palabras y prosiguió con acento lastimero, acongojado...

— Yo era todavía muy chiquito y debí salir a la vida sin nada puesto, es que éramos pobres... la pobreza es dura y cruel compañero. A mí me dejaron abandonado en un cuero en un patio, eso es duro y no se la doy a nadie, a lo mejor tú ni siquiera conoces lo que es ser pobre, ¿sabes algo de la pobreza? ¿de lo que esa palabra significa? Yo creo que no tendrías por qué saberlo...

Hubo un breve silencio entre los dos amigos.

Yo los miraba discretamente y escuchaba la conversación. Su amigo le respondió serenamente.

— Creo que a lo mejor he vivido la pobreza de otra manera... de todos modos debo dar las gracias a Dios por estar contigo... De verdad sé que la vida es dura..., pero a lo mejor ganaste otras cosas, por ejemplo tratar de ser una persona de bien, honrada y valiosa...

Edgardo le miró con aire melancólico, tragó una saliva gruesa, quería contestar pronto. Luego se calmó y habló ya más sereno que al comienzo:

— Dicen que cuando tenía apenas siete meses de vida, mi madre biológica decidió dejarme botado y me fue a dejar a casa de mi madrina María Jovita, hace más de cuarenta años. Ella, a pesar de sus pobrezas pudo cobijarme. En esos momentos hermanito, imagino el paisaje solitario, los perros ladrando fuerte cerca de mí, las gallinas corriendo y picoteando cuanta cosa encontraban en su camino. Las hormigas marchando hacia mi cuero de oveja, ¿Dios, qué pasará conmigo? Silencio absoluto, siento miedo y frío, luego el viento sopla fuerte sobre mi cara partida, no veo a nadie, imagino mi soledad y mi temor hacia lo desconocido, hacia ese nuevo mundo que ahora me rodea y que me observa despacio. El patio donde me dejaron es enorme, me veo tirado en mi cuero, como tratando de conquistar la vida, de querer sentir auxilio pronto... no hay personas, estoy solo como un náufrago en un mar enorme de tierra que me atrapa como a un sonámbulo. Debo dar las gracias tal vez, quiero llorar, pero no puedo..., mi propia madre me salvó la vida cuando bien pudo deshacerse de este ser indefenso que sólo quería tenerla para siempre por "madre". Luego lloré con fuerza para hacerme notar, mi presencia es agitada. El viento sopla fuerte y tengo hambre, mucha hambre... ahí fue donde llegó un ser especial y maravilloso a mi vida, era María Jovita, una mujer que tuvo en la vida muchas virtudes..., uno de esos dones más lindos es que pudo traer a la vida a muchos niños asistiéndoles en los partos... eso era a la hora que tocara y del día que fuera... Así era la María Jovita, su deber era dar todo por la guagua que nacía...

Así, poco a poco habían pasado los años... ahora era yo quién recordaba lo que había escuchado ese día entre los dos amigos... tenía ganas de saber del pueblo de Monte Águila y algo más de María Jovita...

Monte Águila es todavía un pueblito de calles polvorientas y llenas de hoyos, tiene unas mil casas ahora; a pesar de todo, hay en sus encantos el sabor a campo, en la vida apacible y la tranquilidad de su gente; hay polvo y las hojas vuelan por doquier en otoño, un

vientecillo sopla suave y parte la cara en mayo. Monte Águila es entonces un poblado de gente modesta y graciosa, de cabros chicos corriendo como locos, a todo lo que dan sus famélicos cuerpos; de familias numerosas y sacrificadas, de gente buena y honrada. Igual la vida suele ser difícil por esos lados, donde el trabajo es escaso y la tierra en su llanto amargo a veces da sólo esperanzas y frutos agusanados... ¡Vida dura de padecimientos por el progreso que avanza inexorable!... por eso, sigue la vida desarrollándose como un recorte pasajero del viejo trencito chico a Polcura que muere a medida que crecemos y a medida que pasan los días solitarios... atrás quedan los recuerdos y las nostalgias empapadas en los andenes de una estación de ferrocarriles, la que guarda miles de vivencias de cientos de abrazos confundidos quizás en un adiós para siempre... llega, pasa el tren como siempre, revoleteando y agitando las vidas hasta el pitazo de partida, así va cambiando la historia en las lágrimas que cuesta sanarlas...

Sueño y pienso que esto es pasado, que es historia y que guarda mucho sentido en muchas de las vidas que todavía comparten nuestro espacio; otros han partido antes que nosotros. ¡Cómo ha crecido mi pueblo rural de Monte Águila, desde ese entonces! El tiempo es inexorable, rompe el fruto verde en la madurez y el sol pone amarillo el paño blanco.

Así, por ejemplo, aprovechaba de recordar los viajes en carreta; eran eternos y no fallecen en el tiempo, son largos y movidos, de zarandeos folklóricos y graciosos, de guaracha que todavía no se ha inventado, de picardía extrema. Recuerdo que de niño me tapaba la cabeza con una gruesa manta cerrando mis ojos lo más apretados que pudiera, esperaba con ansiedad la hora de abrir el cocaví, de las tortillas de rescoldo y del queso asado en las brasas, de los catutos y de las sopaipillas. Así se vivía la época de las vendimias en Las Obras de Río Claro...

Una fría noche de invierno, tirado en mi cuarto oscuro, recordaba mi encuentro con Edgardo y soñaba con sus palabras, podía imaginarme su historia y dónde estaría ahora llorando su amargura. Una vez nos encontramos, quería que hablara de María Jovita, ahí fue cuando me dijo:

— Ha pasado el tiempo y recuerdo con claridad a mi querida viejita María Jovita, de cabellos blancos y largos, de ojitos humildes, bajita y encorvada por los años de largo camino, de sonrisa alegre, capaz de dar todo a cambio de nada. Ella era espontánea, de diálogo fácil con cualquier persona, de gran sabiduría, de saber atender un parto aunque fuera difícil... Sabes, hoy me ha brotado una pasión y un culto hacia todo lo que fue en esa vida ese ser analfabeto que pudo enseñarle a una matrona novicia su trabajo -reía cada vez que se acordaba de eso. También puedo recordar que cuando era niño, muchas veces llegaban mujeres embarazadas a casa para que les arreglaran la "guatita". Yo recordaba las panzas puntiagudas que dolían al extremo y parecían explotar, luego en secreto, ella les acomodaba y las embarazadas salían libres de sus prendimientos. Siempre me preguntaba cómo esas sabias manos podían hacer tanto por la vida, Monte Águila es un ejemplo de ello, debe haber más de doscientos "favorecidos". Ya sabía yo del tiempo que implicaba un parto largo y de la ayuda de mi querida María Jovita. Ella a pesar de ser una persona analfabeta, por allá por los años treinta tuvo la dicha de asistir a sus primeros nacimientos, porque en esos años no había médicos ni matronas como ahora... era una verdadera especialista en este arte y la venían a buscar de casi todos los sectores de la zona, fueran ricas o pobres. Yo quería decir que era una matrona curtida por la propia naturaleza y no una partera, ese era un término feo para resaltar una figura tan noble como era ella. Edgardo hizo un paréntesis y luego prosiguió con su relato:

Una vez ella, sacó la cuenta y contaba con mucha modestia:

— Yo creo que favorecí[6] más de doscientos chiquillos en Monte Águila, luego me faltaron las fuerzas y la ciencia llegó, ya no quise hacer más eso..., tuve un poco de miedo porque con los tiempos se veían más complicados los partos, pese a ello nunca se me murió un chiquillo... lo lindo y gratificante es que a veces me encuentro con jóvenes grandes, otros casados que me hablan y me dicen con emoción: "Abuelita Jova, usted me favoreció", yo me los quedo mirando detenidamente y les pregunto en forma espontánea: "¿Y usted quién es, m'hijito, que no lo conozco? ¿Qué familia es…?", ellos de primera me miraban atónitos, como asustados, pero luego me vuelven a preguntar como angustiados de que yo no les crea...¿cómo... no se acuerda de mí abuelita... Yo soy de la familia de los Toloza, se acuerda que nos favoreció a todos... somos como quince hermanos y todos vivos gracias a Dios... ahí yo siento una satisfacción y una alegría de verlos sanitos, de haber hecho algo lindo por ellos, me dan ganas de volver a nacer para servir de nuevo en lo mismo toda la vida... otros de mis chiquillos, me vienen a ver y me traen azúcar y hierba para el mate -yo al mate no lo dejo por nada del mundo-, me gusta que ellos se acuerden de esta pobre vieja que los trajo al mundo... me da satisfacción de verlos tan lindos y con familia grande... eso es lo que me llena de orgullo... me emociona que así sea...

Ha pasado el tiempo en años, se nace y se muere como todo lo que existe, pero las raíces quedan perdurando como una cadena que no tiene fin, continúa la vida como siempre, por eso, María Jovita hoy descansa en paz en el cementerio de Monte Águila. Sobre su tumba siempre se ve con alguna flor que seguramente uno de sus tantos "hijos postizos" le dejaron... hoy por ejemplo tiene una hermosa rosa amarilla que la acompaña en seña de respeto y cariño... luego con toda seguridad habrá otra flor anónima, la que se quedará con ella.

---

[6]Favorecer: en el campo es asistir al parto y sacar la guagua.

Por esas cosas de la vida, ayer estuve en Monte Águila, miraba con nostalgia la casa donde vivió por muchos años María Jovita. La casa que ella construyó con tanto esfuerzo, la veo triste, yo sé que pronto se derrumbará irremediablemente porque las vigas están todas podridas... no quedarán huellas de ella, así, los recuerdos que quedaban todavía, el tiempo los borrará para siempre...

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA SANTA PIEDRA

Margarita Silva Opazo
50 años
Los Cruceros

En los campos distantes, a unos kilómetros del pueblo de Hualqui, ubicado en la Región del Biobío, existe en la actualidad un fundo conocido como la "Santa Piedra" debido a que alberga una piedra bastante especial. Es una piedra al parecer del tipo volcánica que en el centro tiene la forma de una virgen y en la parte inferior está rodeada de formas de cabecitas de ángeles. Esta historia circula aproximadamente hace 200 años en el sector.

Se cuenta que en los inicios la encontró un niño que cuidaba ganado en la planicie del cerro con costillas. La llevó y se la mostró a la dueña del fundo donde vivía, la cual no le dio importancia y la dejó abandonada en la cocina de donde la piedra desapareció.

Tiempo después el niño encontró en el mismo lugar de origen a la piedra. Como el corazón y la pureza de un niño son capaces de ver lo que los adultos no ven, esta vez la llevó a su cama y le rezaba en las noches, pero en el día la piedra misteriosamente aparecía en su sector del fundo que él habitaba. Le conversó intrigado a su patrona, que era una mujer piadosa y temerosa de Dios, la cual esta vez limpió la piedra y pudo ver la imagen, la colocó en el altar de su casa y comenzó a rezarle a diario. Esta señora prosperó y la gente que con ella trabajaba. Los vecinos y la gente aledaña comenzaron a pedirle favores a la santa de piedra, la cual escuchaba sus ruegos.

Al morir esta señora, el fundo pasó a manos de otra dueña, la cual vivía distante del sector, después de un día arduo de trabajo decidió traer la santa de piedra a su casa habitación. Ya era tarde y estaba oscuro; se rompió la carreta y la piedra cayó, al día siguiente la encontraron en el altar que la había acogido; desde esta oportunidad la señora no intentó moverla del lugar.

Luego un señor que era juez de paz del campo se adueñó de la propiedad y al ver a la señora que lo que más reclamaba era la santa, se la lanzó al camino. El litigio por la propiedad duró tres años y la santa permanecía en un pequeño altar cerrado al borde del camino y según la fe popular continuaba haciendo milagros.

Pero este juez que tenía fortuna fue quedando en la miseria más absoluta, perdió todo su ganado que moría en forma sucesiva y sin explicación; y sus cosechas se perdieron. Cuando salir la resolución del juicio y tuvo que devolver la tierra a su dueña, perdió el último caballo, que murió a escasos metros de la casa y debió pagar los gastos del litigio. De esta ruina nunca se recuperó.

Su dueña volvió con la santa al fundo y la que jamás se ha movido de éste. La propiedad ha seguido cambiando de dueños. La santa de piedra ha tenido tiempos en que ha estado descuidada pero el fervor popular nunca la ha abandonado y los fieles acuden cada 8 de diciembre en forma rigurosa en peregrinación a rendirle culto al lugar.

Actualmente la santa de piedra está resguardada en un acogedor altar y vienen de muchos lugares a agradecerle los favores concedidos.

PRIMER PREMIO REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

DINÁMICA DEL CAUSEO

Gloria Yudith Dünkler Valencia
27 años
Profesora
Pucón

En pocas ocasiones se me ha otorgado el privilegio de acceder a degustar este prodigio culinario, emanado de las múltiples manos de la historia: desde el amigo inexperto a las manos de la abuela, por las tardes me he descubierto fantaseando y me aterriza el rumor de mis intestinos que interrumpen esta evasión coreándome un "tengo hambre", entonces intuyo que me puede esperar un carpe diem, aunque suene a la fugacidad de la vida y del causeo que ya veo como se retorcerá incitante en el interior de la paila. ¿Y si fuera el propio castigo? Eso de "ser o no ser" en el causeo. Este biotipo produce un exquisito estado de ánimo que exalta los molares y los procesos sociales, "los cuales no se detienen", como manifestara alguna vez un causetero por excelencia.[1]

Después de una jornada dura, te invoco: "fundamentalmente basado en los desechos "democráticos" del vacuno -patas, orejas, tripas u hocicos-, o en los productos baratos y menospreciados del mar -mariscos de acantilado- tiene el carácter del encebollado con ajo cruzado de ajíes, yerbas, especias, limones. Es aquella precaria me-

[1] Parafraseando el discurso de Salvador Allende, emitido ese 11 de septiembre de 1973 antes de su muerte y del bombardeo al Palacio de la Moneda.

rienda del roto que excita la tripa vacía, arrojándola al corazón de los toneles y los barriles.[2]

El raspado de almuerzo del día anterior, chau-chau, degustado en época de la Conquista o la actual pichanga discriminatoria en las rotiserías nacionales, por componerse de las sobras dadas por los fiambres, están también inscritos en el menú; y la consanguinidad de los aromas y contextos los hermana.

Si me habla de causeo ¡yo también desenfundo!, mi lengua zapatea anhelante a los caprichos acompasados del mastique y mi saliva llegó a puerto entre mis labios ansiosos, no sin antes tener en consideración que baila a su propio ritmo empírico y su dinámica considera algunos fundamentos:

1) Ingredientes
2) Patrimonio gastronómico
3) El sopeado o juguito.

1)INGREDIENTES

2 cebollas grandes
3 ajíes secos y ahumados "cacho de cabra"
2 huevos
½ cucharada de manteca de cerdo
chicharrones
sal, y otras especias a gusto.

Preparación:
Las cebollas pálidas se cortan en forma de pluma una tarde invernal. Luego enfréntelas en la superficie enmantecada de la paila -un sartén de fierro-, junto al ají de cabra con algunas pepas, para espantar a los brujos que por allí ronden y no hayan sido convidados al festín.

[2] El poeta Pablo de Rokha en su libro "Epopeya de las Comidas y Bebidas de Chile".

Deje saltear la fritura y agregue sal, una lluvia pequeña de chicharrones y algún secreto, su toque de alquimia frita en manteca de cerdo. Se cultiva la paciencia por 15 minutos, revolviendo con una cuchara de madera a fuego lento.

Cuando sienta la cebolla cocida y el ambiente macerado en expectación, rompa los dos huevos en la orilla del sartén y déjelos caer sobre la mezcla. Revuelva intermitentemente hasta que se formen juguetones laberintos de un color amarillo rojizo en el interior de los pechos abiertos de los ajíes.

No espere más: lleve su pócima a la mesa y sirva coronando pequeños trozos de pan y descúbrase junto a otros en la oralidad de su preparación y consumo en las cocinerías sureñas, o en el campo, a orillas del estero; lejos de la urbe, frente a la realidad; cara a cara con la paila desafiante y su mixtura. Acompañe el menú entre mates o vino tinto.

Conocerá la gracia de un "tentempié", el fundamento de vida de las guerrillas, para aquellos rumiantes poco académicos que deben retomar la guardia. ¡Úntelo!, permítase contacto a fondo con un trozo de pan casero de preferencia y compruebe la interacción comunicativa de pan-causeo-boca-paila-revolución, sienta el aroma adobado, a la saliva bajar por su esófago, místico sabor le devolverá su entendimiento y en aquel instante usted anhelará sumarse a las miles de lenguas y panes en alto, cuando a las puertas de la victoria, la coyuntura indoamericana eche a freír los tiempos de opresión colonialista y al centro de la mesa bolivariana se permite danzar en igualdad al sartén.

2) PATRIMONIO GASTRONÓMICO

Un tarro de duraznos con crema, una hamburguesa, una pizza, ¿por qué no podría catalogárseles de causeo? Son inauténticos a los nacionalista de olla, transculturizados, hijos de la mezcolanza culina-

ria entre Oriente y Occidente, en tanto el causeo es el alma del pueblo, encauza a rescatarle como patrimonio gastronómico y mudo testigo en la construcción de la memoria histórica (libre como la sustancia), en esta Latinoamérica que se "arremangará" para "chupetear" sus derechos. En cambio la crema habla de una estética de chantillí y cucharitas burócratas que bajan al copón, mientras el causeo sube a seducir el olfato, llevándolo a defender con dientes y muelas un ideal sabroso.

3) EL SOPEADO O JUGUITO

Interesante es el sopeado o "juguito", agitador de hormonas en la faena alimenticia. El untar trozos de pan en el líquido condimentado, permite incrementar la crítica lapidaria frente al autor del manjar, que no haya logrado una óptima interacción afrodisíaca de su camarada en el momento de la sobremesa, pues se espera mismamente el sonrojo de algunas mejillas y el humedecimiento de las entrepiernas intelectuales con el menor decoro posible y dar paso al festejo.

¡Pobre de aquel que cae rendido a las creencias y valores de la peligrosa invención, en la línea de fuego!, recomiendo estar en guardia: todo se podría fraguar en aquel lenguaje corporal de rostros plácidos que se debaten ante la picante razón a defender. Ya embarcados en el ritual nada opinarán cubiertos y cristales atrincherados en los rincones de la mesa, resulta más cómodo resolver los conflictos sociales y del hambre, a mano limpia. No faltarán los sorbos de juguito que arranquen algún escalofriante repudio a Carreño[3], quien junto a los ilustres cubiertos, chillará de impotencia al ver en ese convite algunas medallas de aceite que sellarán, cual pacto sobre las corbatas y camisas asalariadas, los tiempos de independencia que vienen, en los albores de esta receta.

[3]Manual de Carreño: Libro que enseña buenas costumbres de urbanidad.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA EFIGENIA

Alejandra Santana Roa
26 años
Trabajadora social
Temuco

Hoy decidí que después de toda esta larga cadena de años ya era hora de contárselo a alguien. Ni siquiera sé la forma en la que seguí viviendo después de todo esto, con la amenaza de un otoño para siempre...

Por esos años los montes estaban enteritos. Al lado de la rancha, que era mi casa, había un ojo de agua que compartíamos con la vecina que vivía al otro lado de un monte de hualles, murras y frutillas.

De mi padre no sé, creo que ni siquiera pregunté alguna vez. Mi madre era la mujer más triste que jamás he visto. Debió haberme querido, pero nunca se le notó; entre la amargura de sus ojos verdes y la maraña de su pelo, toda su humanidad transitaba por la rancha como un esqueleto somnoliento, diciendo cosas entre dientes, mandándonos, obligándonos. De vez en cuando esbozaba una sonrisa, pero el solo gesto, la sola mueca, parecía causarle un dolor inmenso, y entonces volvía a su imperturbable rostro de tristeza.

Yo tenía cuando fue esto doce años, once tal vez, y tenía dos hermanos; uno guagüita que apenas caminaba y otro que me seguía. Con él jugaba a veces, me acuerdo que me gustaba su cabeza roja y cres-

pa de gargal. Yo no fui a la escuela no tenía zapatos, sólo un pedazo de corpiño y una percalita pa'l trajín.

En ese escenario lo único que me distraía era la vecina. Ella era una mujer joven, muy alta, como un tremendo cajón. Siempre olía a fritanga y rosas, se reía por todo y no hacía distinción entre hombre y mujer. Vivía pasadito el monte, en una casa grande y vieja llena de dormitorios con cortinas con cenefa de meñaque y pasillos largos y encerados donde uno se podía ver la cara. La vecina tenía hartos amigos y hartas amigas también, que se quedaban tiempos largos en su casa. Lo mucho que todos querían a mi vecina y lo alegres que eran sus amigas pensaba yo. Ella era muy buena conmigo. A veces me mandaba a buscar y me devolvía pa' la rancha con yerba, azúcar, aceite y cachureos pa´ mis hermanitos. Mi mamá la quería, y a veces conversaban, pero por más que trató, no hubo caso, mi mamá no cambiaba su ángel de fantasma. Pese a cualquier cosa, mi mamá jamás aceptó que me pusiera los vestidos que me regalaba la vecina. Una vez me encontró a escondidas vistiéndome como ella, me dio dos cachetazos y se quedó llorando sentada en la cama moviendo la cabeza. Yo corrí con los cachetes ardiendo y me escondí en el gallinero junto al nido de mi gansa huacha.

Han pasado más de cincuenta años y todavía recuerdo el eco del monte cuando yo bajaba la cuesta a toda carrera con el par de ovejas que nos quedaron, gritando con la saliva enrollada en la garganta, esperando que algo pase. Recuerdo cuando mi vecina y sus amigas lavaban su ropa en el ojo de agua y se bañaban medio piluchas. Cuando yo llegaba, me peinaban, me bañaban, me echaban agua de colonia y aceite pa'l cuerpo, ahí volvía yo pa' la rancha pasaíta a flor con las mismas pilchas de siempre...

Una tarde de verano, como a las siete, el sol estaba rojito, creo que fue el día con más calor de mi vida, de pronto escuché unos gritos con eco.

— ¡Efigenia!, ¡Efigenia!.. ¡Genita!, ven de una carrerita que tengo unas cosas que mandar pa'yá.

Ese fue el llamado que dividió mi pequeña vida de niña pobre, en mi vida de pobre mujer.

Mi mamá me enrolló el pelo bien tirante con un elástico viejo, y partí por el caminito al ojo de agua que me llevaba derechito pa' donde mi vecina; siempre yo andaba con el "Pituco", mi perrito quiltro, lo que yo más quería en el mundo. Íbamos corriendo, me acuerdo, cuando de repente el "Pituco" empezó a ladrar. Yo me asusté y el "Pituco" no quería caminar. Entonces yo no sé cómo una mano gigante me tiró del pelo al suelo. "Pituco" saltó de un chute lejos de mí. Cuando miré, vi en frente mío a un hombre gigante, moreno, con bigotes finos y transpirando.

— ¡Ya, mocosa de mierda! —me dijo.

— ¡Yo la he visto donde las putas, así que no se ponga loba! —y antes de querer dar el primer grito, me dio un cachetazo tan fuerte, que vi cómo le saltó sangre de mi nariz y de mi boca en su camisa blanca almidonada...

Cuando atiné, el "Pituco" me estaba langüeteando la mano. Todavía sé cómo se siente cuando el cariño más grande te lo da un perro. Por mucho tiempo, "Pituco" fue mi familiar y mi amigo más cercano. Cuando miré mejor, mi vecina lloraba y trataba de recoger las hilachas de mi vestido, mientras su mozo me envolvía en una manta vieja. Ese ardor de olor y de vergüenza me brotaba cada vez más fuerte a medida que me corría la sangre por las piernas.

— Fue el desgraciado del ferrocarrilero —le escuché decir a mi vecina.

— Búscate a los pacos, Pedro. Yo me llevo a esta pobre pa' su casa.

El "Pituco" llegó primero a la casa. Mi mamá salió con mis dos hermanos moquillentos a la rastra. Cuando me vio, me agarró tan fuerte que todo el cariño que se guardó durante estos años se le vino de golpe. Pensé que ahora, entre su llanto y sus apretones, me moría.

— Arréglate la tina con agua tibia, Margarita -le dijo mi vecina, mientras caminaba conmigo fatigada.

— Vas a tener que dejar tu sufrimiento, mierda. Ya se desgració tu hija con tanta amargura, siempre con la jeta por el polvo, los vai's a matar a todos si seguí,

— ¿Tenís matico e hinojo?, tráete un manojo grande pa' darle.

La vecina me tiró a la tina, que en realidad era un dornajo, y mientras me refregaba suavemente con una franelita, iba llorando despacito. Yo lloré, también, un poco por mí; por el ardor que no se me quitaba, pero más por ella. Fue la primera vez que la vi llorar; me dieron un jarro con matico y azúcar dorá, me metieron a la cama y esa noche dormí sola, no con mis hermanitos, y de ahí en varios días yo no recuerdo bien.

El día del casamiento me llevé dos cachetadas en la mañana tempranito, mi mamá me metió en un traje blanco sencillito, lleno de patate, peinó y les sonó los mocos a mis hermanos, nos subió a la carreta, le gritó un par de gritos fieros al Diamante y la Lucero y nos llevó al pueblo; mi vecina dijo que ella no era capaz de prestarse pa' semejante malura de cabeza que menos mal la puta era ella, porque mi mamá era puta del alma y nadie la apuntaba con el dedo.

Esa fue la segunda vez que vi al viejo negro, con su elegante terno negro, corbata y perfecta aplicación de gomina en cabello, ceja y bigote, él, luego del encuentro con el oficial civil que de rebote dio en este pueblo para inscribir chiquillos. Ya era mi marido.

Esa noche, sin festejos ni nada, mi mamá y él me llevaron a la pensión del pueblo, allí viviríamos. Me despedí de mis hermanos y se cerró la puerta. Yo no hablé nada en varios meses. Él me dijo:

— Ya no eres más una niñita, eres mi mujer pues, debiera de ser agradecida porque he preferido hacerme responsable de usted y no dejarla en su casa con su vergüenza allí; o se moría de hambre o se convertía en puta.

Yo no dije nada.

Con los años me enteré de que mi vecina consiguió hacer, mediante no sé qué favores, que los carabineros, adorno escaso en esos lares, agarraran al viejo negro. Él entonces, antes de perder fama y fortuna como honorable empleado de ferrocarriles de Chile, había asumido su responsabilidad conmigo y había acordado con el espectro de mi madre, mi casamiento.

En la pensión yo vivía sola en una pieza, él se iba temprano a trabajar y le pagaba aparte a la dueña de casa para que me arreglara, me diera de comer y me cuidara, así que yo me dedicaba a jugar con las hijas de ella; una tarde me pilló saltando al luche, me dio dos cachetazos y unos correazos con su cinturón de suela, me tiró a la cama y dijo que no se iba a cansar de quitarme la niña que me creía. Al otro día no me pude levantar, estaba ensangrentada. Cuando llegó la dueña de la pensión llamó al practicante del pueblo, quien luego de una ligera miradita, determinó algo que no entendí hasta unos meses después. Sucedía que yo estaba embarazada producto de la violación de mi marido, y con los apretones de la noche anterior casi me mata con crío y todo. Así fue como estuve seis o siete meses en cama, lloré, sufrí y casi me muero de nuevo en el parto de mi primera hija, Lila.

Lila fue mi muñeca, jugábamos en la pensión a vestirla y a pasearla todo el tiempo. El viejo negro era cariñoso con ella y yo seguía sin

hablar con él, lo que parecía no importarle mucho. Para él la conciencia se tranquiliza con lindos vestidos y juguetes para mí y la niña. Yo disfruté al parecer más las muñecas, el resto para él daba igual. Fueron muchas veces, muchas noches, de sentir su sombra, su respiración y el peso inaguantable de todo su cuerpo negro sobre mi infancia.

Así fue como llegué a tener nueve hijos con el viejo negro, cada uno producto de la misma cosa y yo sin hablar. Con el tercer hijo nos tuvimos que ir a otra ciudad. Yo había aprendido a cocinar y hacer algunas cosas, así que tuve mi primera casa y una trenza de chiquillos. En esa ciudad, yo que jamás había escuchado esa palabra, él me contrató una ayudante por lo de la casa. Él no soportaba ni una pelusa de más, de lo contrario me arrancaba unos cuantos pelos de un manotón. La Lita, mi ayudante, me enseñó a leer y a escribir y a usar la victrola vieja de la casa y el radio que sólo él sabía utilizar, y que se tocaba solo en su presencia y para fines muy bien delimitados por él. Así leí libros de poesía y algunas novelas, escuché música a escondidas y comenzamos a enseñarles a mis hijos a bailar y cantar. Creo que la Lita era como cinco años mayor que yo, más educada y mucho, mucho más feliz que yo; mis hijos no se enteraron jamás entre cuentos y música de la maldita historia de su madre hasta que el destino se torció algunos años después.

Yo nunca compré o hice trámites. No sabía el valor de la chaucha y si conocía algunas calles era porque siempre salía con él, amarrada de su brazo, tirando de los críos.

Pero sucedió que durante una temporada el viejo negro debió irse a trabajar lejos. Viajaba una vez por mes a su casa, entonces yo, y mi a esta altura profesora Lita, salíamos a todas partes. Conocí la ciudad, llevé a mis hijos a la escuela, me compré un corte de género a mi gusto y me hice un vestido con escote en "V" (muy arriesgado). Iba a ver la "pasá" del tren algunas tardes, y llevaba a mis hijos para que jugaran y corrieran por los parques. La vida se me abrió de par

en par, sólo se cerraba cuando él regresaba, ahí se guardaban los vestidos, la radio y los libros.

Una tarde, sin embargo, la vida, mi vida, ya no volvió a ser la misma. Esa tarde la Lita me invitó al bautizo de su sobrino y ese día, mejor dicho esa noche, después de encargar a mis chiquillos, empecé a vivir de verdad.

Arnoldo tenía por lo menos siete años más que yo, era delgado trigueño, de ojos negros y una gran barba. Usaba con tranquilidad una pesada manta de Castilla, él parecía ser un ángel, ausente y silencioso... La primera vez que me vio, me quedé desnuda. Algo que jamás había sentido me llenó de energía, no podría describir la sensación, algo así como el juguito de los chupones sin que tenga pepa, breve y exquisito. Él era un profesor rural, nunca se había casado, pariente de la Lita, el resto de su vida un misterio, ¿estaría esperándome? ¿a mí?, tan sucia y llena de miseria?

Arnoldo fue la primera persona en el mundo por medio de la cual yo me vi y supe cómo era y creo que de ahí en adelante fui como él me vio. Supe que mis ojos son verdes a veces amarillos, tengo una nariz pequeña y labios gruesos, dientes rectos y blancos por lo que ya nunca más dejé de sonreír, igual que mi piel y mi pelo es café sin gracias, soy baja y ancha, torpe porque no reparo en movimientos, soy un huracán de ruido y cosas tiradas, a pesar de la historia me río con facilidad. Al ver a mi madre, odio la tristeza, o por lo menos la tristeza en la cara; la tristeza que pone triste a los demás. No soy muy conversista y si no me dicen nada, jamás empiezo algo.

La primera vez que él me habló, sólo fueron monosílabos. Cuando me sacó a bailar un corrío le pedí al cielo que terminara luego porque me quemaban sus manos. Si dábamos otra vuelta, se me iba a salir el corazón por la boca. Algo me tocaba sin tocarme con una intención más fuerte en el alma que en el cuerpo. Desde esa noche supe algo que para siempre, a diferencia de mis nietas que se

quejan porque no las quieren, yo supe desde esa vez que ese hombre sonriente y silencioso me amaba, aunque fuera de otro. Yo era a quien él amaba y traté de engañarme y de esconderme en mi vergüenza, pero yo también, no sé si me gané el cielo o el infierno; no sé qué es mejor, pero aquí en la tierra lo mejor que me ha pasado es tener esta certeza.

Pasaron algunos años, él iba a buscar a la Lita a mi casa. A veces yo lo veía cuando con cualquier pretexto acompañaba a la Lita a la suya, cada vez era más fuerte su mirada, su dulzura y su calma. Yo estaba enferma, por primera vez sabía y entendía qué era lo que me pasaba y podía decidir. El viejo negro estaba más viejo con los años, sin embargo era un buen padre con su estructura y sus mañas, como siempre.

Una mañana, el viejo negro se fue al trabajo, yo le di desayuno a mis hijos, luego besé a la mayor y con una mentira salí de la casa, pero salí pa' siempre. Lloré mientras caminaba por esas calles con lo puesto, le rogué a unos caballeros que me tiraran a una escuelita rural y sin preguntar cómo, como si siempre supiera que me estaba esperando, me arrojé sobre mi Arnoldo. Lloré tres días seguidos, al cuarto nos arrancamos de noche y a caballo a un pueblo cercano donde tomaríamos el tren que nos llevaría al pueblo donde nací, no muy lejos pero lo suficiente para huir.

Mientras caía la lluvia, me refugié bajo su impermeable manta de Castilla. Supe que todo valía la pena, inclusive la pena, mientras dormitaba al compás del caballo en el pecho de este hombre, acompañada de un vaho de transpiración animal y humano.

Cuando llegamos a Tegualda, donde nací, no estaba ni mi vecina, sólo una de sus amigas ya vieja, en la misma casa percudida y con arañas. Nos quedamos con ella un tiempo, nunca supe qué fue de la madre fantasma que me parió, ni de mis hermanitos. Arnoldo volvió a hacer clases, por fin teníamos una casa grande y yo tenía

una nueva amiga, la Pina, y sus 11 hijos. Con ella pasamos veinte años de vida en los que me dediqué a ser feliz. Me gustaba reírme y a ella reírse de mí. Le conté algo de mi historia, no todo. Cómo abandoné a mis hijos, eso nunca. Arnoldo y yo nunca tuvimos hijos, con qué gusto le regalaría cada uno de mis propios hijos para que lo vean como su padre. Arnoldo nunca me preguntó, ni me enjuició. Todas las canciones se habían hecho para mí decía, y todas las poesías pasaban por mí. Yo me emborrachaba de alegría y fortuna cada vez que me decía eso, me pasé veinte años como tuna.

Sin embargo yo, la Efigenia, tenía la pata coja. Una tarde, mientras cosechábamos las arvejas con la Pina, me eché a llorar y le conté la historia completa. Ella me abrazó y al otro día partimos las dos a buscar a mis hijos, ya debían estar grandes, hombres y mujeres hechos y derechos. Salimos del campo a caballo, luego en tren. Al final llegamos a la ciudad, comencé a recordar entonces las calles de Osorno y mis recorridos con la Lita, mi primera amiga. Sin mucho esfuerzo, pese a los años, di con la que había sido la casa donde viví con mis hijos.

Cuando toqué a la puerta, salió a abrirme una mujer hermosa alta, con mis ojos. Antes de hablar, me abrazó, me besó, y lloró largo rato. Mi hija mayor crió a sus hermanos y les contó una gran historia. Yo no sé cómo, pero en vez de odiarme, ellos me esperaban. Sin ninguna queja, mi hija me contó que al tiempo de irme, un día la visitó una vieja alta y grande, quien no dijo su nombre y sólo le entregó una carta con una larga historia y le pidió que no la mostrara y que cada año la fuera leyendo solo una vez, porque según le dijo: "con el paso del tiempo entenderás todo". Esa fue mi vecina.

El viejo negro había muerto debajo de una ruma de durmientes cerca de Curicó, una tarde calurosa después de apostar con el fogonero de la máquina que se podía dos quintales de un tirón. Mi hija estaba casada. Yo ya era abuela, ahora tenía una familia grande con

amigos, nietos y todo lo demás. Un mes después mis hijos y los hijos de la Pina jugaban y conversaban juntos en el campo, yo le entregué nueve hijos y una nieta a Arnoldo, él me comparaba con una gallina culeca y se reía mientras besaba mi frente arrugada y tiesa. Dos años después Arnoldo se enfermó y aún siento que después de muerto me sigue amando, luego de todo esto no sé quién merece el cielo o el infierno.

Por fin después de tantos años logré contárselo a alguien, la historia de mi abuela Efigenia, la amiga de mi abuela Pina, esa la que tenía 11 hijos, mi abuela Efigenia. Cuando la conocí todavía tenía los dientes más blancos y parejos que he visto. Me enseñó a andar a caballo y el abuelo Arnoldo me llevó debajo de la manta de castilla, ¿cómo saber si iré al cielo o al infierno?, eso fue lo último que se preguntó cuando murió en mi casa, las certezas son lo que valen, le dije yo y se rió.

TERCER PREMIO REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL MOLFUÑ[1]

Marcial Domingo Colín Lincolao
33 años
Dibujante Técnico, Estudiante de Pedagogía General Básica
Villarrica

"Yo, dijo de pronto el más sereno de los comensales, escuché y vi a un chonchón en pleno día. En realidad, vi a varios. Revoloteaban en el galpón viejo del fundo que estaba al lado de las tierras que habían comprado a los mapuche".

Nos quedamos callados, como tratando de entender si era broma o deseaba en realidad contarnos algo en serio. Sin embargo, por su semblante era claro que el hombre quería, más que entretenernos un rato, hacernos parte de algo que había sucedido en un tiempo cercano.

La tensión de sus palabras sólo se rompió con una vuelta de navegado hirviendo que alguien sirvió y que nos permitió ordenar el fuego y acomodarnos lo mejor que pudimos. Daba la impresión que ésta iba a ser la mejor historia de la noche.

— Lo conocí desde pequeño. Comenzó su relato. Siempre fue un tanto diferente a los demás, incluso a sus hermanos. Casi no jugaba los mismos juegos sino que, de manera independiente, inventaba

[1] Sangre (mapudungun)

formas de entretenerse y en donde los protagonistas de esos juegos eran los animales, especialmente los caballos... así era el Koko Lincopán, loco y jugador como un muchacho sacado de algún libro de aventuras; bueno pa' la rayuela y, por supuesto, las carreras de caballos; libre amante de mujeres y de cuanto problema hubiera en los torneos y fiestas campesinas, en donde un buen alazán enjaezado y de buena monta vale más que ruedas y pintas de ciudad. No muy alto de estatura, delgado, moreno como hijo de la tierra, cabello liso semilargo y ojos penetrantes y misteriosos, lo diferenciaban de sus paisanos y hermanos de sangre. Tenía ese aire de los que saben, de los que aman la vida y sus momentos, valiente y corajudo a la hora de los puños por una sonrisa de mujer, no se achicaba ni con el revólver ni el cuchillo y menos cuando fundido con su alazán atravesaba ramadas y chicoteaba valentones de los que nunca faltan y que siempre abusan de aquellos que caen por los tragos y la vida.

Cuando abandonó la escuela, sus padres, quizás por qué extraña razón, no le obligaron a volver, las cuatro paredes eran demasiado frías para el viento y el sol de primavera, allá afuera estaban las pampas y los caballos, estaba el juego, la combinación del hombre y sus misterios, estaba el llamado que no se pronuncia, el fuego, la historia y los secretos de su padre Lonko[2], que le cuidó más que a los ocho hermanos mayores, estaba su destino...

Así continuaba... y así llegó a formar parte de una agrupación mapuche que por buenas razones llegó a ser beneficiada con una cantidad no despreciable de tierras. Ahí comienza la verdadera historia. Un hombre llegado de lejos, un mapuche, un muchacho...

— Hoy hay carreras en Los Laureles, dicen. Todos van, hay que apostar, hay que mostrarse... a la mujer que uno quiere hay que verla. Y entonces llega el Koko Lincopán, montado con la gracia

[2] Cabeza, jefe de comunidad mapuche (mapudungun)

del buen jinete que sabe lo que monta. Es un potro, un potrito le llaman, y las bromas se escuchan en toda la cancha.

Sin embargo, gana su primera carrera. Y aunque no se hacen mayores comentarios, para nadie fue un secreto la forma en que le habló a su caballo.

— "Kupay newen, kupay newen[3]. Corre, vuela, tú eres sangre y así te llamas. Te montan los cuatro vientos y los cuatro espíritus antiguos... choo, choo mi buen Molfuñ, que así te llamaron antes y así te llamo ahora. Kupay newen, kupay newen".

Y el Molfuñ, voló, nadie se dio cuenta, pero ese caballo era puro fuego, pura sangre, pura pasión, su competidor sintió miedo, y perdió antes de haber corrido.

Entonces ya no paró, de todas partes venían a todas partes iba. Siempre ganando, fama y también odio, por ser mapuche, por ser indio como le decía Manuel Salgado, quien lo odiaba desde niño. Más de la mitad de su vida la había pasado en la cárcel, por muerte y ultraje junto a sus hermanos. Dos habían muerto a tiros por los carabineros, y quedaba sólo él, siempre odiando y buscando alguien a quien odiar y matar, alguien que lo hiciera más macho y puso sus ojos en el Brujo, así ya le decían a mi amigo Lincopán, y usando el rumor comenzó su persuasión.

Al Koko no lo vieron por dos semanas en el pueblo, recorría el fundo solamente en las mañanas y, por las tardes, se rodeaba de fogatas y corría entre ellas. El Molfuñ daba la impresión que cambiaba de color, a veces era como el fuego, otras como una nube blanca corriendo a ras de suelo y otras, tan estático, tan quieto, que parecía una estatua instalada en la pradera.

---

[3] Llegó la fuerza, llegó la fuerza (mapudungun)

"Kupay newen, kupay newen. Corre, vuela, tú eres sangre y así te llamas. Te montan los cuatro vientos y los cuatro espíritus antiguos... choo, choo mi buen Molfuñ, que así te llamaron antes y así te llamo ahora. Kupay newen, kupay newen" se escuchaba en susurros traídos por el viento, en la solemnidad de la noche, en las mañanas, en las tardes que tenían de color rojizo, en el canto de las tencas que llegaban temprano a las casas y anunciaban mal agüero. Se sentía algo extraño, se escuchaban cantos de pájaros agoreros y hasta el zorro se dejaba ver de día. Por dos semanas se sintieron.

Así llegó esa tarde, mi amigo Koko Lincopán, serio como nunca, pero bien montado. Su rostro denotaba entereza y aunque sus ojos no eran provocativos, sí manifestaban claramente una decisión a toda prueba. Llegó al bar de costumbre y tomando lo de siempre, lió un cigarro y se sentó. Parecía que esperaba a alguien, no habló con nadie, sólo fumó y tomó con mucha calma. El sombrero le cubría el rostro, aunque era sólo una táctica para mirar por debajo del alón.

Algunos, tímidamente, comenzaron a llegar, con cierto temor, que siempre se tiene a lo desconocido, pero esperando que apareciera el choro Manuel. En este duelo algo iba a suceder y, como siempre en estos casos nadie avisa a las autoridades para prevenir, sino que en un silencio cómplice se trastocan los miedos, simpatías, rencores y las propias pesadillas o sueños.

— Te espero en el puente viejo, hasta ahí llegarán tus horas —dijo. Y partió, sin su poncho de costumbre y mostrando el corvo en el ancho cinturón que le ceñía.

El Koko asintió con un leve, casi imperceptible gesto de cabeza, y sin esperar a que se acabe su cigarro, caminó hasta la salida del boliche. Afuera, una joven con los ojos suplicantes se persigna y casi pide que no vaya aunque, conocedora de los códigos del campo, sabía que nada ni nadie podía detenerlo.

El duelo duró menos que un dulce en boca de un chiquillo, y el pueblo lo supo porque uno de los dos volvió a beber al bar, en donde siempre se saben todas las cosas, a jurar muerte en menos de una semana a su contrincante. La sangre de su rostro denotaba un duro y ajustado golpe de rebenque y cuando los parroquianos se dieron cuenta que le faltaba el corvo que llevaba al cinturón, entendieron la verdadera habilidad de Lincopán.

Ahora si algo pasaba era cosa del destino, ya sabían de lo que era capaz de hacer y temieron por la ida de mi amigo.

Pero nadie imaginó lo que había de suceder cuatro días después. Muchos llegaron a decir que se había sentido un temblor, los otros, asustados, contaron de los aullidos desesperados y hoyos que hicieron los perros y no faltó quien dijo haber soñado algo extraño. Lo cierto es que a eso de la media tarde, varios vimos cómo una bandada de pájaros extraños revoloteaba en el techo del galpón viejo, que estaba al lado de las tierras que habían comprado a los mapuche. Nos acercamos para ver mejor y... todavía tiemblo ante lo que vimos... un grito tenebroso del interior, el canto del tué-tué[4], estremecía las espaldas; un ruido como de pelea campal, y entonces... una leve voz en el silbido del viento ...kupay newen, kupay newen... al galope una sombra, como fuego y nube a la vez, que corría quemando la hierba por donde pasaba... era el Molfuñ.

Y ahí dentro, con su rostro seco y los ojos desencajados, olor a azufre y ají quemado, colgaba muerto, de la viga más alta, el choro Manuel.

[4] Canto del Chonchón, según la creencia campesina.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL GANCHO ANTONIO

Rodrigo Leonardo Gormaz Gallardo
27 años
Artesano en Madera
Temuco

Hace bastante tiempo, por acá por el sure de Chile, donde abundan las historias y leyenda de huasos, ocurrió un hecho muy comentado. Me refiero a la leyenda del Gancho Antonio.

El Gancho Antonio nació por los años 40, hijo de campesinos muy pobres, respetado por los alrededores de Valdivia. El Gancho se crió en medio de tomateras, carreras a la chilena y mucha chicha. Hombre curtido por el campo chileno: el Gancho era hombre de armas traer, amigo de los amigos y también muy ensañado con el trago.

Se cuenta que una vez, en unas ramadas, ahí por Punucapa, con manta en mano y enorme puñal, desafió a los hermanos Moreira, cuatreros, huasos muy diestros y muy conocidos por los policías de aquella zona. Dicen que el Gancho, embriagado, se portó enamorao de la señora de don Alejo Moreira.

Se dice que el Gancho, entró a la ramada, montao en su potro Alazán y gritó desde la entrada de la ramada. Se cuenta que había mucha gente bebiendo. Dijo a Alejo Moreira: "Te desafío, huaso re-encachao, aquella mujer que tienes es mía". Y Alejo Moreira, puñal en mano le salió al encuentro.

Cómo sonaban esas espuelas por los saltos de Moreira con el Gancho, que en una el Gancho, de tan ebrio que estaba, voltea y le echa pa'delante y sin darse cuenta destroza el pecho de Alejo Moreira. Este cayó fulminao, desangrándose al medio de la ramada. El Gancho huyó despavorido, había asesinado a uno de los temidos Moreira y ahora su vida sería huir de la venganza de los Moreira.

El Gancho era un huaso muy atrevido, de gran facha, típico chileno, enamorao, tomatero, bueno pa'la chicha y flojo, muy querido en aquellos campos, pero de la noche a la mañana se ganó el odio de todos.

Una noche fría mientras llovía a raudales, montao en su pingo, el Gancho fue a visitar a la Juana, viuda de Moreira, aquella noche tormentosa. El Gancho llega a la casa, con su manta empapada en agua. Se dice que tocó la ventana de la pieza de la Juana, pero como no respondía el Gancho se extrañó mucho. Se sacó la chupalla pa' divisar mejor entre la oscuridad y un poco de luna llena, cuál sería su sorpresa al ver a su Juana, por la cual él peleó, como pelean los huasos, verla en brazos del padre de los Moreira. El Gancho maldijo a los cuatro vientos, patea la puerta y con escopeta en mano dispara en contra de don Juan Moreira y de la Juana.

Dicen que se le metió el Diablo, de dos escopetazos dio muerte a la Juana y a don Juan. Después monta su potro alazán y huye. Huaso tranquilo y calmao, de la noche a la mañana se convierte en triple homicida.

Ahora por todos los alrededores de los campos de Valdivia lo busca la policía, los terratenientes, los Moreira, aparte también, para vengar a su padre y hermano.

Dicen que vive por unas montañas, cerca de un lugar llamado "Rincón de la Piedra". Sale solamente por las noches a embriagarse por

ahí. Dicen que en las noches a veces se escucha un pingo corriendo a toda velocidad por los caminos del sur de Chile, caminos pedregosos, típicos del campo chileno. Muchos dicen: "Ahí, va el Gancho Antonio".

Pasaron los años, y un día unos campesinos arreando sus vacunos vieron un bulto en medio de la maleza. Los perros ladraban porque había un hombre tirado en el pasto con un escopetazo en la cara. Y un poco más allá había un pingo cubierto con una manta chilena. Tenía dos heridas en el pecho, huaso y pingo los dos muertos. También había una escritura en un árbol, según los que encontraron aquel cadáver y aquel pingo, la escritura decía: "Aquí yace un huaso que amó y no fue amado, huyó y sufrió, mató y quisieron matarlo".

Pero al final del cuento del Gancho Antonio, si lo mataron o se mató, eso sólo lo sabe el frondoso y maravilloso campo chileno.

PRIMER PREMIO REGIONAL
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL FRÍO NO CONGELA, DUELE

Ivonne Coñuecar Araya
23 años
Tercer año de Periodismo Universidad Austral.
Valdivia

Cuando era chico, por la década del cincuenta, en la Patagonia se vivía de la tierra, se soportaban más los grados bajo cero de los que ahora nos quejamos, los accesos y caminos existían por las huellas del hombre, de tropillas y de erosiones. No fue un paraíso para mi padre llegar aquí como uno de los primeros, ni tampoco para mi generación, a los que, simplemente, nos tocó vivir en este lugar alejado de todo, entre montañas que son inmensos muros y un clima que te arrastra a quedarte aquí.

Existía sólo un equipo de radio para un área bastante extensa, la de mi padre. Los vecinos caminaban kilómetros para reunirse a escuchar el único medio que nos mantenía conectados. Muchos creían que habían pequeños hombrecitos dentro del aparato, tampoco sabían que mi padre la hacía funcionar con la batería de su camioneta. El viejo llegó de Chiloé, joven y pobre. Nunca se caracterizó por ser benevolente, ni risueño, había que trabajar la tierra, la educación era sólo para algunos, decía, además de enseñarnos a golpes que nuestro futuro estaba ahí, labrando y soportando el inclemente clima austral.

A fines del otoño, hacíamos una bola con el chuño que quedaba cuando se hacían los milcaos para todo el invierno. Todas las mañanas había que levantarse a ordeñar, se consumía la carne de los animales, no había nada de lo que hay ahora. Hoy esto parece un paraíso, todo lo venden, todo está ahí en el supermercado. También se podían pescar salmones de doce kilos o más, salmones de verdad, no como ahora, que están todos intervenidos y uno ya sabe dónde se pueden pescar, antes era a la suerte. Una vez saqué uno como de quince kilos, pero no me gusta contar esa historia porque nadie me la cree, sobre todo cuando digo que fue en una poza pequeña cerca del campo.

A veces tenía que viajar de Aysén a Mañihuales con la tropilla de animales. Mis otros hermanos no podían ir porque eran pequeños y mi hermano mayor debía quedar soportando al viejo. Iba solo con mi perro, mi rifle, mi poncho, mi caballo y caga'o de frío. Llevaba carne y la cocía bajo la montura, el sudor del caballo la salaba, y cuando caía la noche, paraba, hacía una fogata y dormía abrazado a mi perro para darme calor. Eran tres o cuatro días que se hacían eternos. Cuando venía a Coyhaique había que pasar por todas esas quebradas y farellones. Eran días interminables en los que sufría la dura soledad que te recuerda ese frío que te hace doler, que te recuerda de una cruel manera, que estás vivo, y ese viento de la Patagonia, el perpetuo silbido que te sigue como sombra y que te tira a veces para cualquier lado. Pero el silencio era un privilegio, hoy en día ya no tenemos un minuto de descanso auditivo, pero también el mutismo era terrible a la hora de la melancolía. El silencio juega malas pasadas.

En esta mesa del comedor, con la TV encendida, el buen vino y los platos con los restos de comida, miro a mi padre y trato de imaginarme todo eso, la vida de antes, ahora todo tan ajeno, pero tan cercano a la vez. Aunque haya nacido en un medio rural y lo haya dejado y viva aquí entre supermercados y bancos, nunca seré urba-

no, por más que me pueda mimetizar entre los ciudadanos. Saco un cigarro y lo prendo, tal cual como si corriera ese viento sureño, miro hacia la mesa, busco los ojos de mi padre, ya senil y enfermo, y lloro. Lloro porque a pesar de todo, lo logramos, no sé cómo, pero lo logramos, una extraña melancolía me hace sentir lástima por este hombre sentado junto a mí, que espera su muerte sin saber ya nada de nada.

En algún momento odié esa vida. Todo lo hice con rabia, la rabia me ha hecho ser esto que soy. Desde mi familia hasta mis profesores me condenaban al trabajo con la guadaña, con los animales, con madrugadas gélidas, el dolor en los huesos, el cansancio, sentirse esclavo, pero no de cualquiera, sino que de la vida. Esa vida que te hace llegar embarrado y sudado a casa y nadie te recibe de una manera confortable, porque todos andábamos en lo mismo, trabajando.

Pero acuérdate de lo bueno mejor, me digo a mí mismo para consolarme, y a pesar de lo cursi, logro verlo de otra forma que no sea ese largo respiro que tiene el exiliado cuando vuelve a su tierra, porque no todo es tan malo y, de veras, pudo ser peor. Esta casa ya no es la misma que entonces, la casa vieja se la llevó el río para una crecida en el sesenta. Ahí vi mucha gente pasar por el caudaloso río Aysén, pidiendo ayuda desde el techo de sus casas que llevaba el invierno y la crecida que no nos avisó. Recuerdo que gritaban y mi casa también se fue, se fueron animales y toda una vida de esfuerzo. No tuvimos tiempo para quejarnos, comenzamos a trabajar al tiro en la nueva casa, a pesar de que el campo estaba aislado del camino que conducía al pueblo, cruzábamos en bote y nos arreglamos como pudimos.

También recuerdo que llegaban las vecinas, comadres, compadres, primos y tíos que vivían a más de diez o veinte kilómetros, con escarcha, con sol, como fuera llegaban y se quedaban días, ayudaban a trabajar el campo y de noche se celebraba, y a mí me hacían

bailar con esas viejas gordas grandes, esas viejas hediondas que más de alguna insinuación te hacen ya medias curadas. Yo tocaba el acordeón y el Marcos, mi hermano mayor, la guitarra. La pasábamos bien, se tomaba mucho y nos reíamos de los desafortunados que tenían que bailar con las viejas gordas, pero de repente queríamos que se fueran pronto todos los compadres. No podíamos estar eternamente sirviéndoles a ellos, teníamos que trabajar de madrugada, para después ir al colegio, luego volver a trabajar y acostarse cuando se acababa la luz. De noche yo leía, con velas, bajo las sábanas, para arrancar de todo eso. N o le hacía caso a lo que me decían con crueldad mis profesores, después de todo era el mejor alumno de mi clase, de esa escuelita que aún está a unos quinientos metros más cayéndose a pedazos y convertida hoy en una cárcel, de esas donde rehabilitan a los presos con trabajo.

La TV suena, mi papá la mira, pero sé que no entiende nada, estos tiempos no son de él, y eso, hasta su vejez se lo recuerda. La luz está prendida, si falta energía eléctrica todos buscamos culpables. Distinto era antaño, pienso en lo difícil que era la vida sin eso, tan básico. Parecía, que cuando no lo teníamos, no lo necesitábamos, ahora lo exigimos. O el agua potable, antes había que ir a buscarla al río, con suerte a alguna vertiente; el campo quedaba lejos del río y había que hacerlo simplemente. Antes no había más opciones, se hacían las cosas, era la única forma de mantenerse a flote. Los autos, por ejemplo, se hacían andar con una manija dispuesta en el capó y que si no lo hacías bien te podías volar las manos, ahora das contacto y ya, llegas a una esquina y te das cuenta que en realidad hay demasiados autos para ser una ciudad tan pequeña.

Hace años que no venía al campo a trabajar un poco, como para divertirme y salir de esa rutina, para aprovechar de ver a mi viejo, solo, que no se resigna a abandonar el campo, el campo que ahora se ve erosionado. Pese a que le han hecho ofertas, no lo quiere dejar, es un viejo porfiado y creo que ya sé a quién salí.

Y estos paisajes, camino Aysén, Carretera Austral, la humedad, los glaciares, la erosión, este edén al sur de todo. Lugares vírgenes antaño, hoy lleno de turistas que pagan una enorme cantidad de dinero para venir a verlos. Nosotros, los que vivimos en Coyhaique, gozamos de las bondades de ambas vidas en esta ciudad urbano-rural. A pocos kilómetros se viven realidades distintas, conviven empresarios con gauchos, prostitutas con la mujer que descansa tras la cocina a leña mientras toma mate. Yo mismo, que vengo a este campo y soy otro.

Cuando tenía catorce años, más o menos, escuché que era costumbre de algunos ir a la esquila de ovejas, en la Patagonia Argentina. Había que viajar hasta Coyhaique primero e inscribirse en la pensión "América", ahí te encontrabas con gauchos de boina y cuchillo que no te mostraban ninguna cara de amabilidad, esos que andaban con el pucho colgando en la boca y que se les pegaba ese "qué sé yo" de los argentinos. Ellos estaban acostumbrados a ir, yo era un niño todavía. Fui solo, me arranqué del campo porque había escuchado a un vecino que pagaban bien. Sentí miedo, pero en lugares hostiles como la Patagonia no puedes darte el lujo de ser un miedoso, por eso siempre he sido solidario, para vencer el miedo, porque desde que lo conocí, está pegado a mi espalda como mi columna vertebral.

También había escuchado que si no le gustabas a algún viejo, te daba tu estocada y ya, y nadie decía nada. Qué pacos ni nada. Así que me quedé en silencio, mirando cómo miraban los viejos para tratar de saber cuál era el más malo. Pronto vi al gaucho más feo y canchero del lugar, grandote, y de su cinturón colgaba un cuchillo que, perfectamente, pudo haberle llegado a la rodilla. Intenté, hacerme amigo de él, como una forma de protegerme del resto, al principio me echó de su lado, pero después se acostumbró a que me convirtiera en una especie de sombra, nos hicimos amigos, me dijo que siempre venía para la temporada de la esquila, que no

todos aguantaban, que él esquilaba más ovejas que cualquiera en la Patagonia. Tenía una extraña bondad a pesar de su soberbia.

Cuando tomábamos mate en la fogata, me contaba tantas historias y yo pensaba en mis libros, que el campo no lo es todo, y que él, un hombre del que ni siquiera recuerdo su nombre, me había enseñado más que mi padre.

Allá lo pasé más mal que en el campo, es verdad, pero con tal de no estar allá, con una madrastra que no quería cerca y que, con golpes sin motivo nos excluía a Marcos y a mí de esa familia de la cual se enorgullecía. Prefería estar allá en la esquila, jugándomelas por mí mismo. Nadie me golpeaba y de mi trabajo dependía mi comida. Pagaban por oveja y nos daban un galpón insalubre para dormir con los mismos cueros de las ovejas. Conocí hartos gauchos después de que me alié con Segundo (ahí recordé el nombre), el malo, me respetaban porque era el menor y andaba solo. Jugábamos truco cuando se podía, cuando había velas para iluminarnos, cuando había alcohol para curarnos y uno que otro se robaba un cordero, entonces hacíamos fuego y comíamos sólo carne, que cortábamos con el mismo cuchillo que ocupábamos para esquilar y comíamos a lo bestia.

Una noche, con el cansancio de un día entero de trabajo, donde hice más ovejas porque Segundo me había enseñado una técnica para demorar menos, llegué al galpón, cansado, con sueño, hediondo y con hambre. Me fui a dormir a mi puesto. Estaba quedándome dormido, con los músculos adoloridos y mi estómago sonando cuando me di cuenta que el lugar olía asqueroso, entre humedad y animal muerto. No sabía qué hacer, si seguir durmiendo y arreglarlo al amanecer, o buscar de adónde venía el olor. Cuando no soporté la asquerosa náusea que me provocó, me levanté con cautela porque todos estaban durmiendo, y comencé a olfatear buscando de dónde venía el olor. Como no tenía

ninguna vela cerca, comencé a palpar el suelo. Hasta que levanté el cuero y pasé mi mano por debajo. Sentí una cosa pegajosa, eran gusanos, y de ahí venía la hediondez, olía a descomposición, así que en un ataque impulsivo, lancé el cuero lejos y me fui a dormir a otro lugar, a puro suelo. Ahí lloré porque estaba solo y porque había que ser hombre.

Mi padre nunca me felicitó por nada, nunca me dijo un "te quiero" o me saludó para fechas importantes. Para este viejo que tiene la mirada perdida ahora, nada de eso era importante. Fue un huaso bruto, para quien todos los días eran iguales y sólo había que trabajar. Nunca hablé con él de nada, ni menos un abrazo o un beso. "Eso es de maricones", decía.

En esta región, ya el duro invierno no parece tan duro. Tanto pionero valiente que apostó por esta tierra. Mucha gente que sigue viviendo como yo vivía en los cincuenta y me los pillo en el supermercado cada sábado por la mañana buscando lo necesario para mantenerse, porque ya no hay que trabajar tanto. Ya no es como antes, antes no había supermercados y si los había, no eran accesibles para todos. Mi campo, de sudor, hacha, guadaña, golpes, celebraciones y paisajes ya no están sino en todos los fantasmas que habitan en las ruinas de este campo. Mi padre sigue viviendo aquí, con radio, televisión, teléfono y un camino que lo deja en diez minutos en Aysén. Mi padre ya ni siquiera recuerda de todo el daño que uno hizo, de ese amor a escopetazos que nos obligó a tenerle a él y al trabajo. Mis hijos no saben nada de esto. Cuando ellos llegaron, estaba todo listo, porque hubo gente que creyó en la Patagonia y otros, como yo, que se tuvo que ir para volver. Mis hijos no saben nada de esto, porque sólo lo recuerdo, de la infancia no se habla.

— ¿Seguro que va a estar, papá? —le pregunto casi gritando al viejo, que ya está sordo, antes de tomar las llaves del auto para irme.

— Sí, sí, ándate no más, —me responde con ese rostro perdido, mientras toma mate y me hace un gesto con la mano para que me vaya.

— Cualquier cosa me llama, —le grito para que me escuche. Asienta con la cabeza, como sin darme importancia. Entonces me acerco y le doy un abrazo, él me aleja de su cuerpo. Entonces me doy cuenta que en esta región de mierda el frío no congela, duele.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
X REGIÓN DE LOS LAGOS

UN PRÍNCIPE INDIGENTE

Carlos Rudy Barría Flores
49 años
Profesor
Puerto Octay

Se podría pensar que un Príncipe de la realeza Británica, nacido en cuna de oro, rodeado de opulencia, no tendría problemas económicos para solventar gasto alguno. Más si éstos dicen relación con su salud. Lamentablemente no es así.

Corrían los años treinta, cuando Chile, para variar, tenía problemas limítrofes con la República Argentina. Para resolver ese conflicto, solicitó a la Corona inglesa que actuara como mediador. Inglaterra envió como representante, y en carácter oficial, al Príncipe Fernando VII, a nuestro país, el que fue hospedado en el Hotel Centinela, ubicado sobre un puñado de tierra, de abundante vegetación, incrustado en las cristalinas aguas del lago Llanquihue, tapizado de un verde exuberante, en un lugar único: la península de Centinela, perteneciente al hasta ese entonces popular pueblito de Puerto Octay, un lugar endemoniadamente hermoso y apacible.

Las autoridades de antaño no escatimaron esfuerzos ni detalles para atender a tan ilustre huésped. Le habitaron y acomodaron especialmente la pieza número 4 del Hotel Centinela. Mientras al pueblo arribaba la banda Caupolicán de Valdivia que amenizaría la estada del distinguido visitante.

El inusitado interés que provocó la visita del representante de la Corona británica, en los tranquilos lugareños, despertó una suerte de simpatía hacia el huésped, lo que contrastaba con el carácter hostil y poco amigable del Príncipe. Según dicen las malas lenguas, su mal humor se debía a que era adicto al whisky. En un arrebato por saciar la necesidad de ingesta de este licor, abriendo una caja de madera que traía y que contenía el trago, se le incrustó una astillita en el ojo, la que pese a los esfuerzos de su comitiva no lograron extraérsela, trasladándolo de urgencia al antiguo hospital de Puerto Octay. Allí se le prestó la atención que requería. Una vez que el médico finalizó su trabajo, como era de suponer, le "pasó la cuenta". El Príncipe la miró y luego de un rato le dijo al galeno: "No tengo dinero en este momento, por lo que le pido que pase la cuenta a la Embajada Británica para que se le cancele". Como la cuenta era menor y más costoso iba a ser el trámite para su cancelación, el médico optó por pasar por indigente al Príncipe e hizo firmar el documento que lo acreditaba como tal. Entonces el médico al enterarse del rango de su paciente, enmarcó el documento, el que pasó a ser un adorno preciado de las paredes del vetusto sanatorio. Desgraciadamente, años después, el añoso hospital fue consumido por las llamas, convirtiendo en cenizas uno de los testimonios de la visita del Príncipe a Puerto Octay. Solo queda la pieza que habitó y la que hasta los días de hoy es ofrecida a los turistas como curiosidad.

TERCER PREMIO REGIONAL
X REGIÓN DE LOS LAGOS

NAYAHUÉ, EN MEDIO DE LAS DESERTORES

José Francisco Muñoz Serón
41 años
Profesor de Educación General Básica
Chaitén

I

El cielo estaba hermoso ese día. El mar jugaba como un gigante ingenuo con nuestra embarcación; sus dedos eran olas que chasqueaban en la proa y nos cubrían como un manto... y el sol, y el horizonte y las nubes se conjugaban para ofrecernos un color verdeamarillento que nos envolvía con ternura.

El mar se iluminaba de pronto con brillos relampagueantes y escuchábamos enseguida un ensordecedor estallido seco de las furiosas nubes que avanzaban despavoridas sobre nuestras cabezas.

De pronto Chaitén, a lo lejos, aparecía y desaparecía en un vaivén incontenible, sus luces nos palpitaban y la esperanza se hacía realidad. Ya podíamos tocarla.

—¡Ya casi llegamos!, —se oyó la voz de don García que, angustiado, ensombreció la entrada que daba a cubierta, mientras yo me hacía cargo del enloquecido timón.

Ella seguía en la misma posición, desde hacía ya más de tres horas, cuando nos embarcamos... Apretaba el bulto de chales y mantas sobre su pecho, intentando dar calor y seguridad a su pequeño, que parecía dormir. Repetía en una letanía incomprensible cantos y arrurrúes ateridos. Repetía, incontrolable, un ir y venir de meceduras... sus ojos suplicaban al mar que se apaciguara, al cielo que no se lloviera... y a mí, que la salvara del dolor.

II

— Si de trabajar se trata, yo me iría al fin del mundo —decía, algo ingenua, Pabla Mansilla... Ella recién titulada de profesora básica iba y venía con un montón de papeles y certificados. En alguna parte me resultará... se repetía, como si quisiera convencerse que marzo le regalaría una escuela.

A sus veintitrés años tenía ya algo de nostalgia en los ojos, quizá la herencia de ser chilota y campesina; quizá la pena de haber pasado más de media vida en internados de monjas. Nada especial, nada distinto a otras cientos de mujeres de la isla. Humilde, callada, de belleza simple, limpia de maquillajes... con una religiosidad sufrida y obedecida hasta lo indecible. Nada tan diferente a otras cientos de mujeres de la isla.

En el grupo de las Desertores se encontraba la isla a la que se le destinó. Nayahué se llamaba y, como tantas otras, ni siquiera aparecía en los mapas... Una escuelita unidocente, en medio del golfo de Ancud. Diecisiete alumnos y un jardín abandonado que se negaba a morir frente al mar.

Pabla dedicó un tercio de su vida a esa escuela antes de empezar a vivir la suya... arregló el jardín y amplió la ventana que daba al mar, enseñó a los diecisiete niños a leer y a los que venían detrás les enseñó a jugar.

Pabla caminaba a orillas de la playa y la nostalgia le crecía como la marea...

III

Yo igual estaba ahí, mi casa también daba al mar y el ir y venir de olas finalmente nos juntó... Todo a la antigua: vernos detrás de la Casa Ermita (robándole rezos al mes de María), padrinos, banquete, minga pa' la levantadura de casa[1], compadres y visitas.

Dejé de ser Ramón Cárdenas Mayorga y fui "Ramón de la maestra".

Los días así se fueron lentos y los amaneceres se nos agolparon en los ojos y soñamos al despertar que nos venía un niño y pudimos verlo, y tentamos nombre (no queríamos dejar a nadie disconforme...) y rezamos nueve noches y prendimos velas.

Tres años iban de eso... hasta que un día la alegría en los ojos de Pabla me dieron la buena nueva, Ramoncito nacería y yo... y yo la besé en la frente y lo inscribí en el club deportivo.

Una manda agradecida hicimos ese año al Nazareno de Cahuach[2], yo compré el mejor raso lila y Pabla costureó un bello manto que adornó al Santo en la procesión. Y Ramoncito iba con nosotros, yo lo alcé buscando el cielo hasta que la mano rígida de Jesús tocó sus chales... Pabla me seguía serena, feliz como nunca, conforme de haber presentado a nuestro hijo al inconmovible Caguachano. Mares de gente pidiéndole lo imposible, mareas de gente llevando a sus enfermos y sus quejidos, mares de lágrimas alrededor del Santo... Sólo nosotros llevamos alegría y agradecimiento, sólo nosotros estábamos benditos con un niño, sólo nosotros estábamos limpios de dolor y podíamos ver la tristeza en los ojos del Nazareno.

---

[1] Fiestas tradicionales de Chiloé.
[2] Imagen de Jesús de la Isla de Cahuach. Santuario.

Cruzamos después el golfo y vimos perderse el mundo trás la línea del horizonte y aparecer luego las dóciles lomas de nuestro Nayahué...

IV

Ramón chico salía de la casa y bajaba hasta la playa jugando con piedras y caracoles, con pasos inseguros volvía y perseguía al gato... Ramoncito nos robaba al corazón con cada nueva gracias y sus ojitos se encendían cuando Pabla llegaba de la escuela trayéndole algún engañito, entonces abría los brazos... y quería abarcar el mundo con esos brazos... y, de verdad lo abarcaba.
Era el hijo de la maestra.

— ¿Tienes algo que hacer hoy día?, —le preguntaba yo, y Ramoncito me miraba con dudas y finalmente haciendo memoria me decía:

— ¡No...!

— Entonces, acompáñame al campo a ver las vacas; tienes que ayudarme a separar...

Mi hijo se vestía entonces con su traje de huiñiporra[3] y botas de goma. Era un chilote hecho y derecho, bueno pa' la pega y cariñoso. Mi hijo llevando las riendas y yo al anca del huile[4] recorríamos los barrosos caminos de la isla y regalábamos saludos a cuantos encontrábamos.

Pequeñas conversaciones y canciones improvisadas... volvíamos luego al calor de la once que Pabla seguro nos había preparado y le contábamos fabulosas historias y las peripecias que habíamos sorteado.

[3] Tejido de lana cruda.
[4] Caballo chilote.

Y éramos cómplices... escondiendo los chupones[5] que le llevábamos... Nada tan diferente a otras cien familias chilotas.

V

El cielo se derramó en julio... había temporal deshecho. Cuando volví del campo, los ojos de Pabla estaban angustiados. Ramoncito tenía fiebre y en la Posta no había nada. La casa de pronto se oscureció y la tristeza rondó la playa.

— No te preocupes, mujer, mañana arrendamos una lancha... en Chaitén hay buenos doctores. Todos los niños se enferman, no será nada extraño.

Pero... el mar se opuso y al otro día no hubo lancha, ni al siguiente ni después. Bajaron a nuestra casa las mujeres viejas, que eran más entendidas y sabían de estas cosas. Hojas de repollo, carbón quemado con azúcar, paños húmedos, rodajas de papas... Nada cambiaba, la fiebre seguía y la angustia creció. Nuestros ojos enrojecieron y no tuvimos más que decirnos.

El jueves salimos; don García se conmovió y en medio del oleaje levó anclas y nos saca de la isla.

Pabla preparó todo: los bolsos, el rosquín[6], encargó a la vecina las gallinas y los chanchos. Preparó también nuestros corazones diciendo que el Nazareno nos cuidaría. Sacó fuerzas... no sé de donde, y se subió a la lancha.

Ramoncito en brazos, arrebozado en chales y frazadas, Pabla con la mirada fija en la portezuela que da a cubierta seguía el vaivén de las olas acompañando el movimiento con ananais y besos protectores.

---

[5] Fruto del quiscal.
[6] Comida para llevar.

Empapados íbamos y volvíamos de proa a popa soltando amarras, fijando otras. Don García maldecía a voz en cuello, diciendo que era una locura, que no llegaríamos... que la virazón nos agarraría... yo veía en el horizonte que las nubes se colgaban, intentaba convencerme que el tiempo mejoraría, bajaba a bodega y abrazaba a Pabla...

— ¡Falta poco... falta poco…!

Pero no pude salvarla del dolor.

El temporal y la fiebre fueron inmanejables... Ramoncito se quedó sin aire en la cálida cuna de chales y brazos multiplicados de su madre. Su corazón voló sobre las olas de este amoroso mar nuestro y subió más allá de las nubes.

Pabla se negaba a creerlo... repetía en voz baja:

— Sólo duerme... sólo duerme. La fiebre ya bajó... ¡Apure, don García!

Pabla se mecía y sus brazos perdieron fuerza. Sus labios temblaron y dejó caer su pelo sobre el bulto pequeño que se le iba.

Antes de desembarcar en el muelle de Chaitén, Pabla levantó la cabeza y miró al cielo... parecía no sentir la lluvia sobre su cara o su pelo ondeando frenético. Apretó, entonces, con más fuerza el tesoro que llevaba contra su pecho y sentándose de nuevo buscó mis ojos:

— Llévame a la casa... No quiero que lo vean, ni que me digan lo que ya sé...

De vuelta, sin haber tocado siquiera la rampa de Chaitén, el sol del amanecer se asomó por unos minutos en medio de la tormenta y nos regaló unos tonos enrojecidos que iluminaron nuestra tristeza.

PRIMER PREMIO REGIONAL
XI REGIÓN DE AYSÉN
DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LUNES 15 DE AGOSTO

Rosa Gómez Miranda
58 años
Profesora de Educación Básica.
Cochrane

Carmen se levantó más temprano que de costumbre, recién se disipaban las oscuras nubes y el sol no hacía aún su aparición tras el cerro cercano a la vivienda hecha de canogas.

No había dormido bien, cierta desazón había impedido el sueño reparador requerido luego del duro trabajo realizado durante la semana.

La chacra había sido sembrada por completo, el trigo no tardaría en crecer para ser cortado y guardado para dar forraje durante el invierno a sus caballos. El corral había sido reparado y podía perfectamente tomar un buen descanso. Además tenía ahorrado dinero suficiente para seguir pagando un peón que realizara las tareas más pesadas. Realmente después de mucho tiempo podía darse el lujo de unos días de ocio.

Pero hoy había algo que la molestaba y no sabía definirlo, el presentimiento de que algo malo le ocurriría no dejaba de atormentarla. Siempre había estado apegada a supersticiones. Se despertó esa mañana con la imagen de haber soñado con un pantano que la succionaba adentrándola en la profundidad de la tierra hasta con-

fundirla en ella. No supo qué interpretación darle y eso la atormentaba. Añadía a esto el hecho de haber visto un búho, ave de mal agüero, posado en un manzano de la quinta. Todo esto le daba la certeza de que habría problemas, enfermedades o muerte ¿de quién? Era algo que no lograba determinar y mientras no ocurriese el mal presagio, no podía saberlo.

Recordó que debería ir al pueblo para adquirir algunos víveres; una vez más revisó la despensa y pudo verificar que efectivamente hacían falta varios alimentos ¿tendría esta compra algo que ver con sus pesadillas? ¿no sería acaso su sueño un aviso para no realizar el viaje?

Tomó entonces la decisión de enviar al peón hasta el pueblo. No valía la pena enfrentar el peligro; siempre decía que al destino se le puede torcer la mano y esta vez se la torcería. Así, pues, con calma hizo la lista de lo faltante, no olvidando el tabaco Caporal para el viejo Jacinto, su taita, su amigo, su vecino por más de 20 años, el que se había convertido en una de esas personas a las cuales se les da el título de parientes, aunque no exista ningún lazo sanguíneo. Esta relación se había fortalecido a la temprana muerte de sus padres.

Cuando ya el peón hubo salido se sintió más tranquila y continuó con sus labores cotidianas. De pronto su mirada se detuvo en el calendario: Lunes 15 de agosto, según el santoral, día de las Tránsito. La fecha golpeó con fuerza sus recuerdos, ese era el día en que la muerte pasaba por las casas durante las horas en que alumbraba el sol. Era preciso abandonar el hogar en ese lapso, para negarla. Esto se lo había enseñado hacía muchos años doña Luisa, una viejecita que celebró sus cien años con un montón de nietos, bisnietos y tataranietos y, que murió cuando ya no fue capaz de recordar la fecha exacta y sus ojos no pudieron ver los números del calendario.

El primer lunes del mes de agosto era otra de las fechas que siempre le provocaban temor, según don Jacinto, era el día en que los dia-

blos andaban sueltos por el mundo para hacer fechorías, por eso siempre había que tener cuidado con los accidentes, prevenir posibles incendios y en fin estar siempre alerta.

Se sintió más tranquila al saber el motivo de su desazón; hasta una canción pudo tararear mientras colocaba el revólver en su funda y partía al potrero a buscar su caballo para alejarse por unas horas de su hogar.

A paso lento recorrió gran parte de su campo, era una buena extensión de terreno que había heredado de su padre, un colonizador que había llegado a la zona del Baker en el año 1914 proveniente de Los Ángeles y que a fuerza de trabajo duro había adquirido las 2.000 hectáreas que ahora le pertenecían por ser única hija del matrimonio de su padre con una chilota tan trabajadora como él y que había conocido en su paso por la Isla Grande.

El campo era bueno, supo elegir bien el viejo, a decir de muchos era el mejor terreno del sector, buenas veranadas, bastante bosque de lenga y ñirre con agua abundante.

Recordó a su madre, una ola de ternura la invadió, deseó tenerla cerca para contarle todo lo que había logrado, cómo había podido reparar la casa, construir invernaderos para vender productos en el pueblo, colocar un alambre nuevo y hasta construir un camino carretero para sacar leña.

Oleadas de recuerdo llegaron a su mente, la Tranca, compañera de su niñez solitaria, nuevamente jugó con ella a las escondidas, tirándose cuan larga era sobre el alto pasto que circundaba el cementerio de la familia de los propietarios anteriores.

Unos troperos de paso hacia Coyhaique tuvieron que hacer un alto en el camino por la parición de una yegua que llevaban... Nació

ella, de un color oscuro y suave pelaje. Recién parida se paró ante una Carmen de 6 años, que juró cuidarla con cariño cuando supo que acababan de regalársela.

¡Su primera gran amiga! ¡Cuántos nombres pasaron por su mente infantil!, sin embargo, se quedó simplemente en Tranca, como diminutivoo de Potranca...

Pero la infancia pasó, llegó la etapa dura, la pérdida de sus padres, cuando ella recién cumplía 18 años y tuvo que quedarse sola a cargo del campo...

Fue difícil el comienzo, ella era una mujer sola y a la muerte de sus padres no faltó el hombre que se acercó para ver si podía enamorarla y de paso despilfarrar los animalitos de la herencia. Pero ella era dura y terca, se propuso salir adelante sin ayuda, desechó la compañía masculina y vistiendo las ropas de su padre comenzó a efectuar las tareas propias de un varón. Sus manos no tardaron en llenarse de callos y sus piernas se arquearon a fuerza de andar a caballo, pero se ganó el respeto de los mismos que alguna vez quisieron quedarse con su propiedad, no fue la Carmen cocinera, la que hacía los mejores tejidos, los mejores pasteles o el queso más exquisito, sino la MUJER CAMPESINA con mayúscula, la que sabía enlazar un toro y carnear una oveja, la que podía botar un árbol con el hacha y sembrar la tierra, la que podía efectuar todas las tareas de un hombre.

Don Jacinto fue un apoyo importante, sus buenos consejos y su ayuda la hicieron convertirse en una persona segura de sí misma y conocedora de las labores campesinas. De él aprendió todos los secretos que le permitieron abatir la naturaleza agreste, supo cómo talar un bosque, seguir la huella del león en la nieve, como castrar un cordero, esquilar una oveja sin cortar su piel, trenzar un lazo, jugar al truco, saber el poder curativo de cada hierba del campo y cómo disparar un arma.

El viejo fue un poco padre y madre, él fue el único que supo de sus debilidades, de sus penas y alegrías, por eso ahora, que la vejez ya no le permitía vivir solo, ella lo había acogido en su hogar, para devolverle parte de lo mucho que de él había recibido.

Su fama se extendió, se convirtió en una leyenda, no había en el sector quién no la conociera como la "Carmen domadora", la mujer que era capaz de subir a un caballo chúcaro sin montura, a la que se doblegaban los caballos más mañosos... hasta se decía de ella que tenía el poder de hablar con los caballos...

Siguió por el camino nuevo, ese que estaban construyendo unos trabajadores venidos del norte del país. Ella no los conocía, pero había escuchado decir que eran pendencieros y borrachos y, que cuando llegaban hasta la cantina del pueblo los lugareños preferían dejarlos solos en el local para evitarse problemas.

Ensimismada en sus pensamientos no se dio cuenta de la cercanía del campamento de los trabajadores, hasta que una voz la sacó de su ensoñación. Fue una voz dura, burlona, que provenía de un hombre alto y musculoso con un rostro surcado por una cicatriz, producto tal vez de una pelea.

Quiso dar la vuelta, pero el hombre fue más fuerte y luego de tomar las riendas del caballo con una mano, con la otra la enlazó de la cintura bajándola de la cabalgadura.

Con violencia inusitada la botó al suelo y comenzó a desgarrar sus ropas, dispuesto a saciar sus bajos instintos, Carmen sintió la fetidez del licor sobre su rostro; luchó por desasirse de ese abrazo brutal, hasta que sintió que las fuerzas la abandonaban. En un último intento logró morder la mano del agresor, lo que hizo que este actuase con mayor crueldad, golpeándola una y otra vez salvajemente.

Carmen perdió el conocimiento. Cuando despertó ya el sol empezaba a ocultarse lentamente, avergonzado tal vez de ver la miseria humana; las sombras cubrían el bosque magnificando aún más la altura de los árboles y aumentaban los ruidos de la tarde.

Carmen sintió como la sangre llenaba su boca, le dolía todo el cuerpo, al mirarse a través de sus ropas desgarradas notó cómo grandes moretones cubrían gran parte de sus brazos y piernas. Como pudo se levantó, y caminó a trastabillones hasta el lugar en que permanecía su caballo, como esperando el regreso a casa.

Entonces lo vio, allí estaba el agresor, junto a un coigüe retorcido, durmiendo satisfecho después de la violación.

Una oleada de odio subió hasta su pecho, buscó el revólver que siempre llevaba en la montura y llena de rabia vació todas las balas en la cabeza del hombre.

Después lentamente, y sin mirar atrás, subió a su caballo, la mente en blanco y el dolor de la injuria recorriendo todo su ser, se sentía sucia y poca cosa. El alambre recién terminado que llegaba hasta las casas se hacía interminable, el trino de las aves, que tanto le gustara escuchar le pareció ahora una risa sarcástica.

Para que don Jacinto no pudiese verla llegar a casa en esas condiciones decidió pasar a lavarse al arroyo. No podía darle ese dolor al viejo, ni podía mostrar su afrenta ante los demás.

Dio vuelta por el potrero chico, donde se dejaban los caballos que debían ser domados ¡De pronto lo divisó! ¡Allí estaba el tapado oscuro! Altanero como siempre, con sus crines al viento, sus ojos desafiantes y su cuerpo arqueado invitando a la doma.

Nadie se atrevía a montarlo, es hijo del diablo, decían después de saber que había matado a Julián, uno de los mejores domadores del sector.

El antiguo dueño lo había vendido, dejándolo encargado en el potrero de Carmen hasta el momento en que vendría a buscarlo Belisario, hermano de Julián, para eliminarlo.

Carmen se acercó con lentitud hasta el caballo, le habló despacito y se acercó hasta que pudo lograr colocarle las riendas mientras le apretaba las orejas con firmeza, luego quiso ponerle una montura, pero el oscuro tapado no era animal que se doblegase con facilidad, por lo que ella desistió de hacerlo. Reuniendo sus últimas energías de un salto montó sobre él apretando sus piernas como tenazas; el caballo dio un corcovo y otro y otro al sentir el peso, tratando de desasirse de ella. Se entabló una lucha feroz entre animal y jinete. La mujer descargaba toda su ira y su frustración en esa doma y en cada salto un poco de su rabia desaparecida, mientras el dolor físico se agigantaba.

Sintió cómo el cansancio la vencía, sus fuerzas se acababan y la visión se hacía escasa. Entonces soltó las riendas y aflojó las piernas, en el momento en que el oscuro en un último intento por desasirse de su carga daba un gran corcovo. Salió disparada por los aires y ya no tuvo conciencia de cuantas patadas recibió antes de quedar dormida para siempre sobre el suelo.

Don Jacinto, enjugándose una lágrima, cuenta una vez más a sus amigos del Hogar de Ancianos, que su amiga Carmen, la mejor domadora de la región, murió un lunes 15 de agosto, el día de las Tránsito, cuando la muerte visita los hogares de la región de Aysén. Dice con tristeza que su cuerpo estaba totalmente destrozado por las patadas que le propinó el caballo y que ese día llovió con gran fuerza, porque la pobrecita se fue con pena de este mundo.

Agrega finalmente que fue el mismo día en que encontraron a un trabajador de la empresa que construía el camino nuevo, asesinado

seguramente en un ajuste de cuentas por algún compañero de trabajo producto de la borrachera y que, aunque ambos no se conocían, fueron sepultados a la misma hora en el cementerio viejo.

No faltó quien empezó a prender una velita en el lugar donde fue encontrado su cuerpo destrozado, tal vez fue el viejo Jacinto, luego fue otro y otro, hasta que el fervor popular la convirtió en la animita que protege a los domadores.

V.T.M. NO ES UNA SIGLA

"Arroz con leche me quiero casar... ". Éramos seis las personas que andábamos por la sala cantando un trozo de esa ronda a voz en cuello, tratando de encontrarnos entre otros muchos cantantes, para formar el grupo de trabajo...

Quienes tengan la canción "Alicia va en el coche" van a la sala número 4, el grupo que cantaba la canción "Arroz con leche" ocupa la sala número 2... Ahí estaba yo, mirando para todos lados, tratando de identificar a los integrantes de mi grupo, con quienes compartiría durante los siguientes sesenta minutos el tema puesto en carpeta.

Fecha: 10 de septiembre de 1999, localidad: Puerto Guadal, lugar de la reunión: Escuela Básica, día: sábado, hora de inicio: 10 de la mañana.

¡Sábado!, buen día para descansar, levantarse tarde, o preocuparse de labores ajenas al trabajo. Pero, ahí me encontraba yo, que siempre aprovechaba ese día para dormir más que lo suficiente, en revancha por no hacerlo durante la semana. No sé en qué momento levanté la mano en mi trabajo cuando pidieron dos voluntarios para asistir a la reunión convocada por la Secretaría General de Gobierno en que se trataría el tema "Comunicación de programas sociales y atención de usuarios". Creo que en parte se debió a que la

colega que estaba a mi lado me pilló volando bajo, cuando me dijo ¡Vamos!

(Yo estaba en ese momento leyendo las bases de un concurso de cuentos del Mundo Rural, así es que después que levanté la mano vine a caer en la cuenta de que la reunión sería el día sábado en Puerto Guadal, distante a ochenta kilómetros de Cochrane, lo que significaba tomar locomoción a las 8 de la mañana).

Yo creo que primero deberíamos presentarnos, aunque ya conozco a tres de ustedes... Me llamo Óscar Riquelme, trabajo en INDAP de Cochrane... Yo soy Carmen Canto, profesora de la escuela Puerto Guadal... Mi nombre es Julián Valenzuela, jefe de Retén de Carabineros de Puerto Tranquilo... A mí me conocen varios de ustedes, soy María Miranda, paramédico de Cochrane... Yo soy Hugo Muñoz, trabajo en el Banco del Estado de Cochrane ¿Y usted que está tan callado?, ¿nos puede decir su nombre?... Bueno yo me llamo Bernardo Ramírez y soy campesino, vivo en Puerto Bertrand... Ya estamos todos presentados, será mejor que nos organicemos para trabajar. Yo propongo que nombremos a un moderador...

Debatíamos un rato sobre el tema en cuestión, expusimos nuestros puntos de vista y contestamos el set de preguntas que se nos formulaban, luego escribimos en el infaltable papelógrafo, obviamente esa parte le correspondió a la profesora, ya que tenía la mejor letra y María, que tenía bastante facilidad para el dibujo lo adornó con algunos, que resultaron bastante buenos.

— Una de las cosas que a mí no me gustan de la época actual son las famosas siglas, todo lo acortan para economizar. Son tantas que me da vergüenza reconocer que la mayoría no tengo idea de lo que significan.

— No sólo le pasa a usted, yo creo que a muchas personas les ocurre lo mismo, sobre todo esas siglas nuevas...

— Y eso que ustedes son empleados públicos, imagínense para uno que es campesino, yo apenas me sé lo que significa CONAF, INDAP y SAG, ahora hasta a los chicos de la escuela les cuesta hablar bien, todo lo acortan, dicen saca, en vez de sacapuntas, porfa, en vez de por favor y ya no dicen profesor, sino profe. A mí eso me parece una falta de respeto.

Continuamos durante un rato comentando, debatiendo y aprendiendo el significado de algunas siglas; también jugamos a darle otro significado, resultando algunas bastante divertidas. De pronto la profesora dijo que nos iba a contar un chiste...

Resulta que una vez un campesino de un lugar cercano a Coyhaique, y disculpe usted señor Ramírez que nombre a un campesino, pero no es con el ánimo de ofender, tenía que hablar con el encargado de las becas escolares, para tramitar una, para su hija que terminaba el octavo.

Había conversado con este señor en una reunión que se había hecho en el colegio del sector donde vivía y el funcionario con mucha amabilidad y deferencia le había dado su nombre y dirección particular; así pues tomó un taxi y llegó hasta la casa en cuestión, lamentablemente en ese momento se había ido el funcionario a la DIRECPROV por un asunto del SIMCE. Preguntó el campesino qué significaba eso. Se le dijo que era la Dirección Provincial de Educación y que el SIMCE era una prueba especial que rendían los alumnos. Luego de averiguar la ubicación y de caminar unas cuantas cuadras llega al lugar, pero el viaje fue infructuoso, pues le informaron que había ido al DAEM y que al parecer demorarían en regresar, porque tenían que hacer un estudio del PADEM de las escuelas que estaban en el P 900. El campesino con preocupación ve que la hora avanza y ya no le queda mucho tiempo para poder tomar la micro de vuelta a casa, pregunta el significado del DAEM, a lo que le responden que era el DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN MUNICIPAL y que funcionaba en la Municipalidad.

Una de las virtudes del campesino de nuestra región, es su tremenda paciencia, así pues, luego de caminar las diez cuadras que le separaban del lugar, pregunta en la oficina por el señor de las becas... Una vez más le informan que no se encuentra y que acababa de salir hacia la JUNAEB, pero que podía esperarlo ya que no tardaría en regresar...

El campesino sin preguntar esta vez qué significaba JUNAEB, sale cabizbajo, mira la hora, suspira y apura el paso para alcanzar la última micro que lo llevará de regreso a casa.

Cansado entra a su casa y se deja caer sobre el viejo sillón, cuando aparece su esposa el campesino con voz pausada le dice V.T.M. ¿qué quieres viejo? V.T.M. vuelve a repetir el hombre, finalmente a insistencias de su mujer le aclara V.T.M. quiere decir Vieja Tomemos Mate...

Después de reírnos del chiste comenzamos a ponernos de acuerdo sobre la forma en que presentaríamos nuestras conclusiones, luego de la presentación del papelógrafo. Decidimos presentar como un subtema la dificultad de tantas siglas en el uso cotidiano. Retrocedimos al tiempo escolar en que debíamos aprender algunas de ellas como ONU, FAO, UNESCO, no eran muchas, pero sí que nos hacían sufrir... Más de alguno con mucha angustia vio al profesor tomar el lápiz de color rojo para colocar la nota obtenida luego de la interrogación.

El Óscar tomó entonces la palabra para contarnos algo que le había sucedido algún tiempo atrás.

"Resulta que yo tenía que citar a los campesinos del sector El Colonia a reunión para informarles acerca de un programa para la obtención de un Subsidio Habitacional Rural, en convenio con Serviu, esto era algo nuevo y de suma importancia, por lo que era conve-

niente la máxima asistencia de los pobladores, así pues, llamé por radio del servicio a un colega de Coyhaique y le pedí que hiciera la citación a través de la emisora Santa María, que era la que escuchaban los campesinos.

Estaba con unos amigos del trabajo escuchando la radio, cuando comienzan a leer los mensajes. De pronto dice el locutor "Se cita a importante reunión del S.H.R. a los campesinos del sector El Colonia para mañana miércoles 24 de febrero a las 15 horas en el lugar de costumbre... Yo, que debido a nuestra conversación sólo había escuchado la primera parte, dirigiéndome a mis amigos les digo ¿Quién sería el güevón, que puso ese mensaje usando la sigla? El locutor continúa: Se recomienda asistencia y puntualidad Firma el mensaje Óscar Riquelme, encargado de INDAP, Cochrane..."

En el momento de exponer nuestro trabajo, decidimos representar esta anécdota. Sin falsa modestia puedo decir que nuestro grupo fue el mejor evaluado, el que sacó más aplausos y más risas.

No me arrepiento de haber ocupado mi día sábado en una reunión. Compartí con bastante gente, me reí montones. Don Bernardo Ramírez me invitó para que en el verano fuese a conocer el ventisquero de El Plomo, lugar donde él tiene un campo, también fui invitado para ir a la Capilla del Mármol en Puerto Tranquilo y me acaba de llegar un lindo diploma de participación que podré agregar a mi currículum.

...No cabe duda que cuando vuelvan a pedir un voluntario para una reunión levantaré la mano nuevamente...

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
XI REGIÓN DE AYSÉN
DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LA PELADA DE DON CLORO

Félix Segundo Elías Pérez
73 años
Publicidad
Coyhaique

Corría el año 1940 cuando tuve la oportunidad de conocer a don Clodomiro Reyes, simpático poblador que vivía en la confluencia del río Maitén con el Baker, de quien decían mis padres que era una de las personas más caracterizadas en el difícil arte de urdir mentiras espontáneas o repetir las que atesoraba como cosas ciertas, autoconvencimiento de ellas, a fuerza de contarlas en tantas tertulias familiares que reunían en mi casa, donde teníamos la única radio de baterías de todo ese inmenso sector, a los pocos pobladores de entonces, para escuchar las alternativas del terrible conflicto de la Segunda Guerra Mundial.

Sin tener la más remota idea del escenario donde se desarrollaba ni de las razones que lo originaban, algunos manifestaban sus simpatías por los países que integraban el "Eje" y otros por los "Aliados", como quien apostaba a un caballo en las carreras o a un boxeador de su preferencia, lo que daba lugar a discusiones pueriles y divertidas.

Cada vez que una tanda publicitaria daba espacio de tiempo a estos intercambios de opiniones, más de algún niño sorprendido e intrigado se acercaba por detrás a la radio tratando de descubrir a esos enanos que hablaban en su interior.

Con la interrogante en sus ojos, volvían a sus asientos y ahí se quedaban tranquilos haciéndose mil conjeturas sobre cómo era posible que alguien pudiera estar metido, incluso con su candil prendido, dentro de una caja tan pequeña.

Cuando las noticias terminaban, mi padre cumplía el rito de apagar la radio cuyo "ojo mágico", de un color verde fosforescente como los del gato, se iba extinguiendo lentamente; desconectaba los "perros positivos y negativos" de los bornes de la batería mientras mi madre cubría la radio con una carpeta, volviendo a colocar sobre ella el florero de plaqué. La ceremonia terminaba cuando yo cumplía la tarea habitual de llevar la batería hasta el patio, al pie de una torre de fierro, y allí conectarla al "wincharge", que buscaba la dirección del viento cuando le soltaba el freno poniéndose a girar bramando como un loco.

De vuelta a la cocina, ya estaba el "mate cojudo" circulando entre los asistentes, siempre acuciado por la "voleada" de algún impaciente: "SE EMPACÓ EL TORDILLO" o "SE PUSO LERDO EL PETISO VICHOCO", cuando alguien se demoraba mucho en pasárselo al vecino.

Eran simpáticas esas tertulias. Las jóvenes "en edad de merecer" organizaban el juego "azúcar y candia" con la velada esperanza que el gaucho de sus sueños insinuara sus intenciones galantes al recibir la sortija entre sus manos y sentir la cosquilla de su dedo meñique.

Luego vendría la recuperación de las "prendas", previa recitación de una poesía, la imitación de algún animal o el zapateo de una cueca.

Entre mate y mate, caramelos y pelambre de los mayores, de repente surgió una voz: "HABÍA UNA VEZ..." que producía un silencio inmediato, tanto de los niños como de los adultos que se acomodaban en los bancos para escuchar con mucha atención cuentos

de Las Mil y Una Noches, chascarros, mentiras o los espeluznantes mitos sobre aparecidos, de alguien que era un consumado relator.

Y no me cupo dudas entonces que el gran maestro de estos ceremoniales era don Clodomiro Reyes, que en una de esas tertulias acaparó mi atención cuando contaba la triste circunstancia en que perdió su frondosa cabellera para quedar "más pelado que una rodilla".

-Es de no creerlo, mi amigo -contaba-. Esto me sucedió (¿se acuerdan ustedes?) cuando se produjo ese tremendo incendio de los bosques, cuando volaban las brasas y los tizones encendidos de una costa a otra del lago y los zorros junto con los leones, las chivas y las gallinas se guarecían en los gallineros como buenos amigos y más "asustados que ratones en un tarro".

No me acuerdo muy bien de la fecha, pero pa' no mentirles, creo que fue allá por el año 1936. El fuego había arrasado con "tuíto" pal lao de las montañas y bajaba como aceite hirviendo por los valles. Me dio tanto julepe, mi amigo, que una noche, medio atorau por el humo, le pegué un "chiflido" a mi caballo pangaré que se vino al trote a mi lao y ahí no más le puse el "pelero", lo monté y me fui "echando puteás como alma que se lleva el diablo" pal lao de Puerto Bertrand, disparando pa' salvar el pellejo.

— Todo era fuego, mi amigo. Hasta el camino parecía un brasero. Era tanto el chisperío y el calor que a mi pobre pangaré se le derritieron los cascos'e las patas justo cuando llegaba a la orilla del lago Bertrand, con las llamas quemándome el culo.

Me desmonté de un salto y, sin pensarlo dos veces, me metí hasta el cogote en el agua. Cuando venía la oleada de fuego, me sumergía completamente y así esperaba que pasara pa' poder sacar la cabeza y respirar.

Estuve un tiempo largo en esa maniobra. En una de esas, cuando ya no aguantaba más, saqué la cabeza con tan mala suerte que me pilló un ramalazo'e llamas y me la quemó dejándome pelao como "ratón recién nacío".

En una escampaíta que favoreció un cambio de viento, logré cruzar a Puerto Bertrand en un "bongo" que por suerte estaba amarrado en la orilla, arrancando "como pato a vapor" y me instalé en los galpones de la Compañía Valle Chacabuco hasta que las costras de la cabeza se me cayeran con pelo y todo. Desde entonces sólo me saco la gorra cuando estoy en reuniones como ésta o tengo que acostarme a dormir, siempre que no haga mucho frío".

Para mi imaginación infantil, el relato de don Cloro era verídico, lo que pude comprobar cuando los contertulios mayores hicieron comentarios sobre ese inmenso incendio que dejó los bosques transformados en un cementerio de árboles quemados que todavía hoy podemos ver.

PRIMER PREMIO REGIONAL
XII REGIÓN DE MAGALLANES
Y LA ANTÁRTICA CHILENA

VALLEJOS

Iván Darío Rojel Figueroa
36 años
Técnico agropecuario
Punta Arenas

Un desfile de matas negras a los costados del caballo como animales que se escapaban. En zigzag la bestia avanzaba a trote largo y galope, resoplando vapor en el aire helado de la tarde. Encima de la montura, Vallejos también resoplaba vapor como si fumara un invisible cigarro. Las manos sobre las riendas, cuero contra cuero. Galope y trote largo.

Una rápida mirada atrás, un reflejo, ya que tenía la certeza de que nada vería. Su olfato de cuatrero, adquirido en tantos años de oficio, no le mentía. La patrulla no estaba lejos pero tampoco cerca. Había logrado tomarles una ventaja conveniente y según sus cálculos podría alcanzar la frontera sin problemas antes que la partida se le acercara demasiado. La seguridad le dibujaba una sonrisa.

Vallejos era un hombre de rostro cuadrado y pálido, ojos grandes muy vivos y movedizos. Largas patillas que parecían tajos a los costados de su cara. Sus labios gruesos se movían con frecuencia hacia delante como si fuese a silbar, al tiempo que su nariz aguileña se torcía un poco sobre el delgado bigote negro. Un gesto característico que lo identificaba. Su piel blanca con injertos de hielo, se

parecía a la piel de las montañas. "El hombre termina pareciéndose al paisaje que ama", pensaba Vallejos a veces.

La marcha continuaba rápida y pareja y Vallejos pensaba que sólo un rayo podría detenerlo. Su caballo el Tostado, no sabía tropezar, baqueano, conocía la zona mejor que él. Todos los pasos entre el monte, todas las picadas. Se detenía justo donde debía.

Vallejos maneó un par de alambradas y continuaron raudos bordeando el gran bulto del Dorotea que parecía un dinosaurio echado. Arriba, como si el lomo del cerro tuviera espinas, los árboles aparragados, y los postes de las alambradas fronterizas a trechos en el suelo. Casi una burla que nada dividía. Es una buena alternativa para echar la persecución a la espalda -pensó Vallejos- como si fuera un poncho.

Los zorros y los pájaros no saben de jurisdicciones y se pasan de un lado a otro sin preocuparse. Y es que el coirón es igual a ambos lados y los postes retorcidos y los alambres oxidados no hacen la diferencia.

Solo el hombre pone barreras a sus libertades y corta sus propias alas. Está visto que la naturaleza no aprueba este comportamiento y al viento no lo para una alambrada... A Vallejos tampoco.

Más allá de la patrulla que lo perseguía, una sola preocupación inmediata le aleteaba en el cerebro. Sabía que debía cambiar caballo lo más pronto posible, ya que luego de la brutal subida del cerro, su Tostado quedaría muy cansado para galopar el par de leguas que distaban desde la frontera al rancho argentino donde había gente de su confianza. No tenía gracia escapar de los carabineros para caer en manos de los gendarmes. Una cosa por otra. Iba atento a cada vega que asomaba en busca de alguna tropilla aventurera seducida por el verdín que en esa época ya comenzaba

a asomar sobre la tierra húmeda. Llevaba los dedos amartillados sobre el lazo en caso asomara un grupo de caballos en algún recodo, para de un tiro, de pasada, apegualarse uno a la montura. Y listo. Pero nada.

Vallejos continuó rodeando una laguna de las Dos, que daban nombre al lugar por el que transitaba en el momento y que componía los campos productivos de una estancia con patrón de nombre gringo, como tantos. La constante. Muchos gringos dueños de la tierra criolla, pocos criollos que se mueren en lo suyo.

Vallejos sacudió la cabeza mientras entonaba un airecito campero:

"Porque no engraso los ejes... me llaman abandonao..."

Una quebrazón de palos en el lado opuesto de la laguna hizo que Vallejos llevara instintivamente la mano al cinto en el que el viejo revólver de culata remendada descansaba embutido en su funda de cuero. Al otro lado una yegua doradilla sin cencerro encabezaba una tropilla de unos ocho caballos que salían del monte. Muy a trasmano. Lástima. Vio con desazón cómo la tropilla se alejaba lentamente.

Hubiese sido bueno contar con un caballo de repuesto, sí señor. Una preocupación menos. Pero no podía darse el lujo de alejarse tanto de la ruta.

— No hay que abusar de la suerte tampoco —se dijo.

Dura faena la que le esperaba a su Tostado que aguantaba, tendría que forzarlo al máximo.

Pensando en esto, torció riendas donde correspondía y como quien pone el caballo donde pone el ojo, se dirigió hacia la picada abierta

en el monte al terminar la segunda laguna. Al final de la picada se abría una pequeña vega, al lado de la cual los estancieros según la época y también según el año, instalaban caravanas con puesteros para vigilar los animales que ocasionalmente ocupaban esos campos. Las caravanas no son otra cosa que ranchos con ruedas de carreta que sirven de casa a los peones que viven en una sola pieza, pequeña, con la cama al lado de la estufa, algunos bancos de madera rústica, una ventana chica y alta donde hay que ponerse de puntillas para mirar quién viene; los aperos en un rincón y alguna radio vieja para mantener un leve contacto con el mundo. En algunos casos, los peones viven en estos ranchos con la mujer, los hijos, y hasta algún gato vago de mascota. Y... cuando entra el sol… hay que salir, dicen algunos, con jocosa indolencia.

A Vallejos no le preocupaban los puesteros. Ellos nunca se meten donde no los llaman.

De todos modos nunca planificó su salida del monte unos metros atrás de la vega, en un claro que se extendía recto hasta los terrenos más cercanos a la falda del cerro sin sol, encima del cual se extendía la línea fronteriza. Agreste y empinado el Dorotea parecía hinchar el lomo como un potro que va a corcovear.

"Soy del pago natalino, medio gauchón y ladino...".

Vallejos improvisaba sus propias melodías, mientras se ladeaba un poco para evitar las ramas más bajas de los árboles. El Tostado parecía aplaudirle batiendo las orejas.

Al salir del monte y enfrentar el claro, muy atado a una soga guardiera, muy manso y muy conveniente se encontró casi a quemarropa con un matungo zaino que lo observó por un momento con mirada inexpresiva, para luego seguir comiendo mechones de pasto que alcanzaba desde la estaca.

A pesar de un aspecto flacuchento, Vallejos lo miró con interés.

— No es ninguna maravilla, pero aguanta el cimbronazo —se dijo.

Desmontando rápidamente cortó el cabestro que unía al zaino a la cadena de la guardiera y atándolo a la cincha del Tostado, montó de un salto y saltó al trote largo, silbando de contento.

— ¡Ehhhhhhh, señor...!

Vallejos giró velozmente la parte superior del cuerpo mientras por segunda vez su mano se pegaba a la culata fría del trabuco; el magnetismo del fierro sobre la carne.

Un muchacho de unos 11 años, montado en un moro malacara, salía del monte a la izquierda de Vallejos. Casi perdido en el abultado cojinillo de una gran montura de bastos, agitaba un brazo, mientras la bellota de lana de su boinita criolla se mecía como un péndulo al vaivén del tranco.

— ¡No se lleve el caballo de mi tata!

El Tostado por su cuenta apuró el paso porque sabía que eso era lo que correspondía hacer. Vallejos volteó la cara hacia el camino y sin gastarse en detalles continuó su recorrido en la invariable dirección del cerro cada vez más cercano. Su rostro parecía una máscara de piedra. Por lo general en situaciones como esa el hombre sufría los embates de una potente lucha interna. El eterno conflicto entre el criollo capaz de tender la mano y el bandido práctico y calculador. Y era hora de ser práctico. Velozmente cruzó una zona pantanosa y luego se internó en los pasadizos espinosos de un calafatal, entró en una nueva mancha de monte y al salir tiró un poco las riendas porque el cerro se encontraba justo frente a él. Miró hacia atrás y pudo ver con asombro al muchacho en su caballo moro saliendo del monte al

trotecito corto, como un cachorro que no tiene dueño y que sigue la ruta de cualquier viajero.

Cuando el cuatrero escuchó "Ehhhhhhhhh, señor", no esperó más ya que sabía lo que continuaba.

— Con esto seguro se desaira — se dijo, y comenzó la difícil ascensión al cerro, sin más preámbulos.

Al principio, el zairo de la discordia trató de clavar los garrones esquivando la subida, al tiempo que cabeceaba y tironeaba rítmicamente. El Tostado simplemente lo arrastró como un trineo cerro arriba, sin ningún tipo de protocolo equino ni asomos de fraternidad. El zaino se afirmaba como podía. El Tostado, haciendo alarde de una gran capacidad para trepar, hubiera hecho pensar a cualquiera que tenía sangre de cabra montaraz.

El jinete echado muy delante de la montura, mantenía el equilibrio dejando las riendas lo más flojas posible para que el animal tuviera libertad de movimiento. En poco tiempo, los tres estuvieron arriba de la redonda y arbustiva cima a escasos metros del alambre fronterizo. Vallejos contempló sonriente las líneas flojas de la frontera, con sus postes blanquecinos por el viento. Respiró hondo y antes de cruzar, echó una última mirada hacia abajo distraídamente.

Sus ojos se entornaron.

El muchacho se disponía a subir el cerro.

Vallejos pensó, con los dientes apretados: —párate ahí mocoso, no lo intentes...

El otro no hizo caso del mensaje mental del hombre y enfiló el caballo hacia la cima por lo derecho al tiempo que acortaba y se

afirmaba de las riendas para no deslizarse hacia atrás por la montura. Mala idea. El animal, vacilando alzó las manos, le fallaron las patas y quedando por un momento agazapado como un gato se fue desplomando lentamente hacia su costado izquierdo mostrando la panza blanquecina. Quedó un momento tendido y con el cuello arqueado al pie del cerro. El chico había intentado arrojarse por el lado contrario para evitar ser apretado y habiendo salvado del apretón quedó curiosamente tendido sobre el flanco derecho del caballo.

Vallejos titubeó en la cima mientras abajo la bestia intentaba levantarse alzando al chico sobre su costado, como un muñeco. Luego volvía a caer sobre su flanco levantando polvareda. A Vallejos le pareció que el chico estaba enredado en los aperos y enseguida se dio cuenta de lo peligroso de la situación. Si el moro se levantaba de seguro lo arrastraría por todo el monte.

— No es mi problema —se dijo, cerrando la puerta de la conciencia como había aprendido a hacerlo, a veces, por necesidad.

Espoleó su bestia y enfiló hacia la alambrada, que parecía atraerlo con una fuerza irresistible. Estaba apurado. De pronto se detuvo y sin darse tiempo de pensar, volvió grupas y comenzó a descender rápidamente maldiciéndose por dentro.

Llegó abajo justo a tiempo para sujetar al caballo que había logrado levantarse y resoplaba con los ojos enrojecidos. Ayudó al muchacho a desenredarse de la cincha. Este se veía revolcado y aturdido, pero no parecía tener huesos rotos. Vallejos lo ayudó a ponerse en pie mientras lo sacudía por los hombros para que dijera algo. El muchacho lo miró con los ojos cerrados y las cejas enarcadas.

— ¿Y... me va a devolver el caballo, sí o no?

Vallejos lanzó una carcajada admirado por la tenacidad del mocito y desatando el cabestro de la cincha del Tostado con un acento ahogado por la risa:

— Ahí tenís tu pingo, cabro, y déjate de hinchar...

El muchacho aferró el zaino del cabestro y cabalgando de un salto, con una mueca de alegría se perdió rápidamente entre los matorrales.

Vallejos sacudió la cabeza.

Montó dispuesto a recomenzar la ascensión.

Cuando su incondicional y sudoroso pingo había dado apenas unos trancos sobre las rocas tapizadas de musgo, una avalancha de cascos hizo retumbar el suelo y el monte vomitó varias figuras verdes que rápidamente le cerraron el camino al tiempo que una ronca y poderosa voz lo conminaba a rendirse.

Vallejos miró con abatimiento las bocas oscuras de los seis fusiles y supo que no tenía nada para hacer.

Descabalgó despacio y dejó caer al suelo el tirador con el revólver.

El carabinero que mandaba el grupo, un veterano de rostro moreno y cejas pobladas, adelantó un poco su caballo y Vallejos sintió el aliento tibio de la bestia sobre el rostro.

— Tanto tiempo, Vallejos.

— ¿Qué hay, sargento?

El baqueano y el sargento Cabrera eran viejos conocidos. A Vallejos debía el sargento la úlcera que lo atormentaba de vez en cuando y

muchas demoledoras jornadas por los llanos y las quebradas en persecución de su escurridiza sombra. Al sargento, en cambio, Vallejos le debía un par de temporadas entre rejas y varios negocios prometedores frustrados. A pesar de todo eso había una especie de admiración mutua entre ambos, sin hablar de leyes o destinos. Había méritos que se reconocían. De oficios muy distintos, un abismo entre ellos, pero para ambos se requería una alta cuota de coraje y astucia.

— ¿Y qué pasó, Vallejos, hombre? Con la ventaja que traías yo ya te hacía al otro lado de la frontera.

Vallejos sonrió mientras retiraba el sombrero y pasaba la mano por sus escasos cabellos.

— Usté, sabe sargento, los caballos se ablandan con el tiempo. Este matungo ya no me responde como antes. El sargento Cabrera también sonrió mientras miraba de soslayo el lomo del cerro sombrío.

— No sólo los caballos se ablandan con los años, Vallejos, no sólo los caballos...

VOCABULARIO

Aperos: Conjunto formado por la montura, las riendas y otros elementos de un caballo ensillado.
Baqueano: Experto, criollo, conocedor de las labores del campo.
Cabro: Muchacho, joven.
Calafatal: Aglomeración de calafates. Arbustos espinosos típicos de la Patagonia.
Cencerro: Pequeña campana que se cuelga al cuello de la yegua madrina para que guíe la tropa.
Cinto: También llamado tirador, es un cinturón ancho de cuero doble, que usan los gauchos en la cintura.
Clavar los garrones: Retacarse, empacarse, no querer avanzar.
Cojinillo: Trozo de cuero con lana de oveja que se pone en la parte superior de la montura.

Dejar de hinchar: Dejar de molestar.
Gauchón: Sinónimo de gaucho, baqueano.
Guardiera: Soga larga con una porción de cadena que sirve para atar los caballos en el campo abierto para tenerlos a mano.
Malacara: Caballo con la cara cruzada por una mancha blanca.
Matas negras: Arbustos típicos de la Patagonia.
Matungo: Caballo.
Natalino: Nacido en Puerto Natales.
Picada: Camino abierto en la espesura de un monte.
Pingo: Caballo.
Tostado: Color caballar.
Trabuco: Revólver.
Verdin: Pasto corto y verde que sale cerca de las vegas.
Volver grupas: Desandar el camino andado.
Zaino: Color caballar.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL CHASCO DE DON BALTASAR

Miriam Díaz Ulloa
46 años
Agricultora
Punta Arenas

Vivo en un sector rural, a unos 3 kilómetros de la ciudad de Punta Arenas, donde se puede apreciar la naturaleza con todos sus colores: ver cada amanecer el extenso Estrecho. Aspirar su helada brisa, amar sus blancas montañas, jugar con trineos y patines en solitarias calles escarchadas. Silbando el viento me acaricia, la tierra me entrega la esperanza con pinceladas de oro, el sol ardiente engendra. ¡Te amo, Magallanes...!

Aquí comienza la historia del joven curioso, basado en un hecho de la vida real.

Unos años atrás fui de vacaciones con mis padres y mi hermana a ver a mis abuelos. Nunca imaginé, que después de Magallanes, encontraría una isla de belleza tan sublime y paradisíaca, flotando sobre los canales del archipiélago de Chiloé. Su gente vive de la agricultura y pesca artesanal. Actualmente con el avance de la tecnología ha cambiado su forma de vida en nuevas fuentes de trabajo, como la piscicultura y el transporte marítimo, muy importante para la comercialización de sus productos agrícolas.

Desde niño siempre sentí una gran curiosidad de investigar. Cuando hablaban las personas mayores de los "chascos" que pasaban en la Isla de Quehui y sus alrededores, siempre me preguntaba, ¿será verdad? O la gente es tan fantasiosa que imagina todo… Pero lo que cuentan se oye tan real, que a uno le hacen poner la piel de gallina y esa magia misteriosa que tiene su gente lo hace mucho más interesante. Recuerdo que después de la cena me mandaban temprano a la cama, porque los niños no deben escuchar las conversaciones de los adultos.

En casa de mis abuelos llegaban muchas visitas, vecinos o familiares a saludar a mamá, que había estado ausente por muchos años y la gente sentía un gran afecto por ella. Muchos de ellos le regalaban gallinas, huevos, chicha de manzana y el mejor vino, lo que entre ellos compartían amistosamente cuando se sentían un poco mareados, empezaban a contar historias de terror y misterio. Se creían ser ellos mismos los protagonistas de aquellas andanzas.

Me levantaba muy despacio, casi rozando los pies en el suelo, para que no oyeran que estaba levantado escuchando detrás de la puerta, se reían a carcajadas después que contaban lo que también ellos habían escuchado alguna vez de sus ancestros. Sentía mi cuerpo temblar de un miedo incontrolable, mientras me orinaba empapando mi calzoncillo, pero no me acostaba hasta que se iban todas las visitas y mamá se despedía con un beso de buenas noches antes de acostarse. Yo fingía estar durmiendo como un ángel.

Recuerdo a la vecina, temerosa, que dijo antes de comenzar su relato, "martes hoy, martes mañana, martes toda la semana". Otra vecina dijo: "que no vengan los perros en toda la semana" (eso quería decir que los hechiceros eran perros). En la casa de mis abuelos eran muy supersticiosos. A todo le temían, hasta cuando oían aullar los perros, porque las hembras andaban en celo.

En un sector de la Isla de Quehui, en un colegio de enseñanza básica vivió un matrimonio joven con tres hijos. Los dos eran profesores primarios, él un hombre muy apuesto de alta estatura, delgado, moreno de una mirada brillante y con bigote aterciopelado, se peinaba con el pelo hacia atrás, bien engominado como decían antiguamente, la gente lugareña "muy futre". Todos esos rasgos lo hacían ver muy interesante, como un príncipe de aquellos cuentos de hadas que me contaba mamá cuando era niño. Su esposa, una mujer de rasgos muy finos, muy alta con una mirada penetrante y dulce, le destacaba sus grandes ojos color garzo, (muy azules) una boca de labios muy sensuales. Cuando sonreía se le iluminaba el rostro mostrando su blanca dentadura, como la luna floreciente en esos días de plenilunio, cuando está más iluminada que otras veces. Al parecer descendían de una familia de alemanes. Era muy bella, como esas sirenas mágicas que salen esporádicamente a orillas de la playa y el sol baña su dorado cabello con sus rayos bordados de hilos seda.

A aquel colegio rural iban niños de todos los sectores de la Isla, ya que había muy buena disciplina y enseñanza. Con mucho sacrificio algunos niños tenían que caminar dos o tres kilómetros de distancia en caminos ásperos, pedregosos, con los pies desnudos. Había un grupo de niños muy desordenados, entre ellos tres hermanos, "los Aguilares". Ellos hacían cuadrilla amenazando con gestos y bromas de mal gusto a sus compañeros; empuñaban su mano y se golpeaban la boca señalando a su contrincante. Eso quería decir: "te voy a mojar la trompa" a la salida del colegio. En la tarde, camino a casa, se ocultaban, tras los matorrales de espinos y zarzamoras, y a las niñas les desarmaban sus trenzas, le levantaban sus faldas. Después se trenzaban a golpes entre ellos mismos. Esto provocaba conflictos entre apoderados. Ese día el hermano mayor de "los Aguilares" amenazó a uno de sus compañeros. El niño inmediatamente corrió a inspectoría acusando: ¡Señor! ¡Señor! -Ramón me amenazó. El profesor le contesto: ¿Qué te dijo Aguilar? -dijo te voy a mojar la trompa a la salida de clases...¡tengo miedo señor! -no temas, voy a llamar a su apoderado que venga mañana urgente a

inspectoría... hoy se quedará castigado después de la jornada de la tarde. Fue como dijo el profesor, Ramón se quedó dos horas después de la salida de clases. Esto llenó de ira a su padre. Al ver que llegaban solos sus otros dos hijos del colegio, preguntó: ¿dónde está Ramón? Uno de ellos le contestó: Quedó castigado en el colegio porque amenazó a Rubén que le iba a pegar y el profesor dijo que usted vaya mañana a primera hora a conversar con él...

¡Qué se ha creído ese maestro de los mil carajos!, ¿que tengo tanto tiempo para perderlo con él? El adolescente le dijo a su padre: -tiene que ir papá, porque llegaron otros reclamos al colegio. A Ramón lo van a expulsar.

Al otro día, muy temprano Ramón y su padre se presentaron al colegio, Aguilar con voz suave le habló a su hijo: ¡Ponte en fila! ¡ya vas a entrar¡ Ramón obedeció de inmediato. En ese momento se abren las puertas del colegio y el profesor como siempre, vestido muy elegante con su traje negro, camisa blanca y su corbata del mismo todo de su traje, saludó muy afectuosamente a sus alumnos:

— ¡Buenos días, niños!

— ¡Buenos días, señor!, contestaron en coro sacándose los gorros. Fueron entrando de uno en uno. Cuando iba pasando Aguilar, el profesor lo paró con su mano y le dijo:

— Aguilar, pase a Inspectoría con su apoderado, ¡por favor! —pasaron.

— Tome asiento, señor, -le dice, mostrándole una vieja silla al lado del escritorio. -Como usted podrá ver, lo mandé buscar por problemas con su hijo mayor. No es la primera vez que lo hago, he enviado muchas comunicaciones pidiéndole que venga, porque su hijo últimamente ha tenido muchos reclamos por parte de los apoderados. Hicimos una reunión de profesores y se analizó muy profundamente el tema ¡Ramón se va expulsado del colegio!, debido a

su mal comportamiento. El hombre, muy mal agestado de baja estatura, cojo de una pierna, se levantó como un resorte de su silla, con ojos chispeantes y amenazadores le dijo:

— ¡Usted no es nadie para que eche a mi hijo del colegio! Mañana me voy a Castro a denunciarlo al Ministerio de Educación... El profesor muy calmado, le responde:

— Esto ya está en antecedentes del Ministerio, no hay nada más que hacer, tratamos por todos los medios de hacerle comprender. A su hijo se le acusa de intimidar a golpes a sus compañeros pequeños, de abusos deshonestos, intento de violación y desórdenes en la vía pública.

El padre de Ramón bajó el tono de la voz y casi masticando las palabras le dice.

— Usted no sabe... amigo... con quién se está metiendo... —y salió dando un portazo que hizo retumbar las paredes del viejo colegio. su hijo hizo lo mismo, imitando a su padre.

Toda aquella semana transcurrió lenta, sin mayores problemas. Faltaba muy poco tiempo para salir de vacaciones y poder descansar de la rutina diaria. Había algo que al profesor le inquietaba mucho, su esposa. Desde hacía unos días estaba muy callada, ya no tenía ese brillo hermoso en sus ojos. Estaba ojerosa. En el fondo de su mirada había una nube de tristeza a punto de esparcirse; solo quería dormir; sentía una gran fatiga.

Don Baltasar le preguntó: - ¿Qué te pasa, mi amor? ¡No comes nada...! Desde hace unos días te observo... Estás distante, triste… casi no me diriges la palabra.

Ella le contestó: -No es nada, sólo me siento un poco débil, pero ya se me pasará, no te preocupes. En la noche, cuando se quedaba

dormida, se quejaba incansablemente. Él la despertaba, pero ella no se acordaba de nada. Así fue transcurriendo el tiempo, cada día empeoraba más la situación. Él la llevó a los mejores médicos de la zona, pero no le encontraron nada, solo baja de peso. Su rostro demacrado hacía pensar a la gente del lugar, preguntando: ¿Qué le pasa a la señora Nidia que se ve tan delgada? El profesor no sabía qué contestar.

En su casa tenían a una joven que le trabajaba como cocinera desde algún tiempo. Ella sabía todo el manejo dentro del hogar. Un día hizo un comentario a una amiga de la infancia: "No debe ser nada bueno lo que le pasa a mi patrona... cada día está más delgada... y no come, se lo pasa durmiendo…"

No faltó esa persona que fue a su casa y le preguntó: "Don Baltasar... ¿usted dejará morir a su esposa? ¿No se da cuenta que lo que tiene es un maleficio...? ¿Por qué no la lleva donde la machi?".

El profesor dijo: ¡yo no creo en esas viejas brujas! Lo hacen para sacar la plata a la gente.

"Disculpe, yo se lo decía no más. Es que... me da tanta lástima la señora... no es para que se enoje".

Esa noche el profesor no durmió pensando en lo que le había dicho la mujer. Al otro día, temprano, fue a visitar a un amigo colega suyo y le contó detalladamente todo lo que estaba pasando en su hogar. Su amigo no lo podía creer y le dio todas las instrucciones cómo podía hacerlo, en el caso que esa señora tuviera razón. Ese día fue uno de los más largos de su vida. Tenía un vacío enorme en el estómago. No pudo comer, estaba hastiado de las ingratitudes de las personas.

Y llegó el crepúsculo como un manto oscuro cubriendo toda la espesura de los bosques y al despertar de todas las criaturas

nocturnas. Esta era una de esas noches largas que no pasan nunca, más cuando se está en esa incertidumbre viendo transcurrir las horas lentamente sentado frente al lecho matrimonial, observando a su esposa que respiraba con dificultad, luchando entre la vida y la muerte. Al otro día era domingo. Temprano le pidió a la empleada que preparara una sustancia de pollo a su esposa para darle un poco de ánimo y fuerza, él también lo necesitaba. Después de almorzar se fue donde su amigo y le dijo:

"Hoy en la noche voy a hacerte una visita, Nico, compra el vino que tú sabes".

"Está bien, Balta, ¡te espero".

El anochecer de aquellos días de noviembre era cálido, con una brisa aterciopelada. Baltasar era de aquellos hombres seguros de sí mismo, fue a su dormitorio, buscó en uno de los cajones de un ropero tallado antiguo, sacó un revólver calibre 22 corto, cuidadosamente lo metió en el bolsillo de su pantalón y salió después de darle un beso a su amada esposa, pasó a la otra pieza de al lado, se desvistió y se vistió con su ropa al revés, consejo de su amigo Nicolás. Guardando el revólver bien asegurado en el bolsillo derecho de su chaqueta gris, salió con sus pasos agigantados donde su colega. Él lo estaba esperando como habían quedado en juntarse después de las 22:00 horas en adelante. "¡Pasa Balta! ponte cómodo". Conversaron por largas horas, entre ellos había surgido una muy buena amistad, desde hacía muchos años. No bebieron porque al otro día tenían que trabajar. Había pasado muy rápidamente la hora, el tic tac del reloj cucú que colgaba de la pared de la sala de estar marcaba las doce de la madrugada. Baltasar dijo: "Me voy, es tarde". Antes de salir buscó un puñado de sal en el salero y lo puso en el cañón del arma, se vistió nuevamente con la chaqueta al revés y salió. Vivían a unos 300 metros de distancia, en un faldeo, donde se puede apreciar toda la belleza del estero de Los Ángeles, donde se ocultan las aguas que empuja el viento norte y los cardúmenes plateados se

sumergen aleteando, haciéndole honor a las estrellas. Le hubiera gustado estar con su esposa contemplando aquella belleza, sentía una terrible nostalgia en su corazón. Había caminado unos 100 metros cuando a lo lejos contempló doce estrellas estampadas en las frondosas montañas del sector de San Miguel. Como ayer fue 2, el día de las ánimas, seguro que la gente dejó sus velas encendidas, pensó.

En la isla se acostumbraba recordar a sus ancestros encendiendo velas para iluminar a las almas atormentadas del purgatorio, tradición de la Iglesia Católica. Aquella madrugada del día 3 de noviembre se oía el ladrar de los perros, los bufidos de los lobos marinos y el cantar de los gallos anunciando la alborada, ¡Oh, no!.. ¡Dios mío! Son luces que vienen hacia el colegio, haciendo zigzag en el aire. Eran dos luces que centellaban, como estrellas fugaces, dejando su estela en la oscura noche. Una fuerza invisible se apoderó de él, corrió sin hacer el menor ruido hasta llegar al recinto del colegio. Pisando con las puntas de los pies se metió en los baños de pozos sépticos que estaban a unos veinte metros del claustro. Con la puerta entreabierta miraba atónito lo que pasaba en el patio de gimnasia, sentado sobre el trono mientras se le retorcía el estómago evacuando. ¡Se apagaron las luces…! Estuvo un momento pensativo, y dijo: -Bendita mujer! -tenía razón sobre la enfermedad de mi esposa, ¡No es nada bueno!

Salió acomodándose los pantalones, caminando normalmente con aquella elegancia de hombre varonil, sacó de su bolsillo el manojo de llaves y abrió la puerta, dirigiéndose hacia el dormitorio conyugal. La puerta estaba ajustada, sólo la empujó un poco. Cuál sería el asombro, cuando vio dos perros de un pelaje negro brillante que iluminaba toda la habitación. Uno de ellos lamía aquellos labios sensuales que fueron en otros tiempos, y que ahora solo eran guindas pálidas sin caricias de sol, y el otro observaba sentado. Quedó paralizado por unos segundos, pero reaccionó rápidamente sacando el revólver calibre 22 y apuntó sobre uno de ellos sin dar el más

mínimo movimiento en falso, apretó dos veces al gatillo y disparó a matar. El perro pegó un grito casi humano y se desplomó en el suelo, y con la misma rapidez apuntó sobre el otro, pero ya no estaba, había desaparecido por arte de magia. Su esposa se quejaba en la profundidad de su sueño, ni con los disparos logró despertarse. Él, como pudo, tomó al perro de las patas traseras y lo arrastró hacia el pasillo sin hacer el menor ruido, para que su esposa no se despertara. Lo dejó en la sala sobre unos cartones que estaban en la entrada para limpiarse los pies. Pensó, "que aclare para que lo entierre". Giró un sillón, sentándose cómodamente sacó un cigarrillo de su chaqueta al revés y se lo llevó a la boca, aspirando el humo con mayor placer que nunca.

La aurora desplegaba sus frondosas alas sobre la Isla dormida y el sol comenzaba a rayar el horizonte, despertando los jardines con sus hijas vestidas de multicolores, en un festín de alabanzas hacia el Creador. Baltasar, hombre de pocas palabras pero de una sublime educación, estaba viviendo una pesadilla que aún no había terminado. A medida que iba aclarando el día, el perro se iba convirtiendo en un ser humano pero solo de la cintura hacia arriba, todo lo demás era perro y en su cuello colgaba un hermoso collar de oro con perlas de diamantes de la más sublime finura. Baltasar jamás en su vida había visto aquel rostro, no tuvo la osadía de tocarlo, vino a su mente el recuerdo, que cuando era estudiante de la enseñanza media, había leído mitología chilota. Aquel misterio que estaba ante sus ojos, sólo era producto de la hechicería. Pasó el tiempo muy rápido, cuando se dio cuenta, ya eran a las 7 de la mañana. Pensó, pronto van a comenzar a llegar mis alumnos y yo en esta facha. Se levantó nuevamente, tomó al cadáver de las patas, y lo llevó al lugar más oculto, donde nadie lo encontraría. Buscó una frazada y lo tapó. Sin hacer ningún comentario, se tomó un baño, se cambió de ropa con su elegante traje negro y se fue a la sala de clases a esperar la llegada de sus alumnos. Tocó la campana y se abrieron las puertas del colegio. Un ¡buenos días! rompió el silencio de aquella mañana del día lunes 3 de

noviembre. Pasaron los alumnos como siempre sacándose la gorra en muestra de educación. Al final de la fila aparece el apoderado Aguilar cojeando, con una venia da los buenos días al profesor Baltasar. Él le muestra la puerta de Inspectoría y le señala la vieja silla, como si todo volviera a empezar.

— Usted dirá, señor Aguilar...

— ¡Vine a reclamar el cuerpo de mi amigo!
El profesor hizo el ademán de tomarlo del cuello y zarandearlo por los aires, pero se contuvo para no despertar sospechas o quedar al descubierto ante sus alumnos- prosiguió Aguilar, con voz altanera casi desafiante:

— La viuda y yo vinimos a reclamar... el cuerpo de Ñancul, y a cobrar por su muerte. Si no paga, su esposa morirá, y usted irá a la cárcel por un crimen pasional. Supongo que a usted no le conviene hacer un escándalo en estos momentos. Está la reputación de su esposa, ¡piénselo!

El profesor bajó la cabeza humildemente y le dijo: - ¡Por favor!, no le haga nada a mi esposa... ella es inocente de todo, yo le voy a entregar el cuerpo de su amigo Ñancul y voy a pagar hasta el último peso a su viuda...

Aguilar se levantó, abrió la puerta y se fue, pero volvió enseguida con una mujer de edad avanzada, una camilla hecha con dos remos y una frazada. Cuando entraron a la pieza donde estaba oculto el occiso, la mujer no derramó una lágrima de dolor, se lo llevaron inmediatamente a la barca anclada, con la que se trasladarían hacía la Isla de Apilo. Su esposa no permitió que nadie mirara el cuerpo, ni siquiera sus hijos. Aguilar fue un perro con suerte.

Don Baltasar unas semanas después fue trasladado a otro colegio, según dicen que se fue escapando de las amenazas de Aguilar o de la viuda de Ñancul. Otros dicen que se fue a Santiago con su esposa enferma, nunca más se supo de él ni de su familia.

Los nombres que protagonizaron esta historia fueron cambiados para no poner en antecedentes a los familiares que aún viven en la Isla o por temor a las represalias en contra del joven que me contó esta historia como un secreto de confesión, yo lo guardé por 20 años, ahora lo doy a conocer como parte de nuestra cultura en el mundo rural.

PRIMER PREMIO REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

DÓLAR PARALELO

Ramiro de Jesús Castillo Prado
53 años
Ingeniero comercial Universidad de Chile

Bajo el puño izquierdo de la camisa azul a rayas, el dorado reloj marca las veinte horas. Absorto en cavilaciones sobre el mercado del dólar, hace maquinalmente un gesto a su secretaria, a modo de despedida. -Su reserva está confirmada-, la escucha decir, inmutable. Repasa por última vez las inversiones que tiene previsto efectuar a primera hora del día siguiente, confiado en datos fidedignos que recompensa bien, y desconecta el computador personal. Se acicala en el iluminado baño privado; coge el teléfono celular; da una última mirada a la espaciosa oficina y desciende en el veloz ascensor de uso exclusivo.

La posición del sol tras el cerro Carén señala el término de otra jornada. A horcajadas en la tierra abierta en surcos, limpia su frente con la manga de una camisa a cuadros que sabe de muchos atardeceres. Acoge el mensaje natural y suspende el riego hasta el día siguiente, confiado en que su vecino, en virtud de un acuerdo no escrito, le cederá parte del turno.

Camina de prisa hacia el Metro, maletín en ristre, haciendo todo tipo de cálculos. Es hábil para ello. Esquiva, por segunda vez en el día, al ciego impregnado de esmog que le implora la misma moneda de la mañana, y baja los treinta escalones hasta el andén,

en veinte segundos. No hace cola para comprar boleto; previsoramente, maneja varios en la billetera. Escoge, como siempre, el penúltimo carro. Desde aquellas vacaciones en Chincolco ella cambió, pero no se convence que la esté perdiendo. -Una buena cena servirá-, piensa.

Pala al hombro, por el solitario callejón, se deleita con el vuelo zigzagueante de los chincoles y con los tonos rosados del crepúsculo. Un leve tropezón de su cabalgadura lo hace evocar aquel verano. La imagina al anca. - ¡Viera cómo está de hermoso el sandial con sus primeros brotes!, -comenta, girando el rostro sin encontrar a nadie.

Baja primero que todos en la estación terminal; toma el automóvil deportivo último modelo y enfila raudamente por la avenida. Ingresa al amplio estacionamiento del restaurante. Ella no ha llegado aún. -La habrá retrasado el tránsito- piensa, mientras ordena un aperitivo.

A la vuelta de la loma, el valle, pacífico, cálido, le alegra el alma con sólo verlo. La casa se distingue, apenas, entre los centenarios pimientos. Percibe, de reojo, la silueta del viejo algarrobo junto a la pirca, y su pulso se acelera.

Hojea la carta buscando un menú especial. Al tercer aperitivo ella todavía no aparece. Comienza a intranquilizarse. - ¿Para esto salí tan temprano?, -se pregunta.

Ya se quisiera otra, las comodidades que ella tiene, ni siquiera en su país, murmura desafiante.

Desmonta y se esmera en poner cómodo a su bayo. Le quita los aperos y le provee de agua y pasto en abundancia. Luego, protegido por los enormes paltos, se baña desnudo en la acequia, tarareando su canción favorita: "¿Dónde estará, por qué no viene, que la detiene en su caminar?"

Dos horas, y nada. La música de la orquesta empieza a molestarle.

Fresco y limpio, se aboca a la tarea de preparar la comida. -Han pasado tantos años-, musita, mientras alista el brasero.

Dice al garzón que esperará otro rato para ordenar la cena. -No se atrevería a dejarme-, vaticina inaudible. Pide otro whisky.

Enciende la lámpara a carburo, y las paredes de adobe y cal se llenan de sombras, oscilantes, desproporcionadas, leves. Pone a calentar el majao del día anterior. Acostumbra cocinar para varios días. -Economía es riqueza-, suele repetir.

El alcohol, mezclado con la rabia de esperar en vano, fermenta, entorpece los movimientos y le hace perder la compostura. Quiere pararse y no puede.

Cena tranquilamente. Recoge luego las migas del pan negro y lava con pulcridad los utensilios en la palangana. Con la satisfacción del deber cumplido, sale a dar la consabida vuelta por la única calle del pueblo antes de acostarse. Encuentra todo lo que observa, como entonces: la suave brisa, la capilla, las casas, los potreros, el río; el mismo horizonte de perfiles cordilleranos bajo un cielo límpido, plagado de estrellas.

Los comensales observan sorprendidos. Ebrio, descontrolado, se niega a dejar el local. Es sacado en vilo.

Tranca la puerta en un gesto automatizado y deja tras suyo otra jornada. Como cada noche, despliega reverencialmente la colcha, y a torso desnudo se cobija en las sábanas de bolsa harinera. Musita un par de oraciones breves. Hojea el Reader's de febrero de 1960, edición en inglés, que ella le regalara aquel verano, con el dólar en su interior que aún conserva.

El escueto parte policial señala exceso de velocidad. Frente al auto inservible un enjambre de trasnochados curiosos presagia un rojo titular de primera plana.

Apaga la vela con la yema de los dedos y se sumerge en la penumbra y el silencio. A solas con sus recuerdos. -Buenas noches-, musita, pasando la mano por la mitad vacía del lecho.

Esquiva el tumulto, sin mayor interés en averiguar qué sucede. Acelera. Haberle dedicado más tiempo o prestado mayor atención, recapacita, pero ya es tarde. Comprende que es definitivo. Detiene el auto en una esquina, regatea un poco, y toma rumbo al sur.

Semidormido, habituado al peculiar concierto nocturno campesino, escucha, sin prestar atención, el último bus que llega desde la capita. Al rato, sin embargo, cree oler un ligero aroma, de remoto recuerdo, a fresia, sí, las del color amarillo, y se extraña.

— Debo estar soñando —reflexiona. Golpean levemente la puerta. Se sobresalta.

— No puede ser, debo estar soñando-, repite, al tiempo que entreabre la ventana.

A las ocho, conecta el computador personal. En minutos gana millones. El día promete.

A las ocho, enciende el brasero. Prepara el desayuno. Para dos, como aquel verano. Esta vez para siempre.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

LA SOMBRA DE ESTOCOLMO FARÍAS

Osvaldo Molina Vera
68 años
Músico, profesor de oboe.
Ñuñoa

Como cuando hay una molestia y no logramos determinar su naturaleza, así, durante semanas Estocolmo Farías arrastró esa inquietud. Muchas veces se preguntó: ¿qué me pasa, cuál es el problema? En las noches sentía un gran peso sobre él y después despertaba totalmente agotado, sin energías. Lo que no sabía era que su sombra dormía sobre él.

Esa mañana rumbo a su trabajo, cuando el tibio sol de abril daba en su rostro, se percató de que su sombra no iba detrás de él: como queriendo conducirlo, se delineaba nítida en el pavimento. A pesar del temor que esto le produjo, Estocolmo se detuvo para asegurarse que no juzgaba la situación en forma apresurada, entonces decidió rotar lentamente en trescientos sesenta grados. Su sombra continuó frente a él sin importar cuál fuera la posición de la luz. Después de pensar unos momentos, muy inquieto, continuó su trabajo con el sol sobre su frente y la ágil sombra precediéndolo.

La vida y las actividades de Estocolmo Farías se alteraron a partir de ese hecho. La obsesión por ocultar el comportamiento de la sombra modificó sus hábitos. No quería que en la familia, en su traba-

jo, o algún extraño, se percatara de ese fenómeno. El asunto era cómo resolver este problema que no lo dejaba dormir ni circular tranquilo. La solución tenía que ser confidencial; un psicólogo no le servía ¿quién podría tomar su sombra y ponerla en el lugar correcto?, ¿existen especialistas para eso, o alguien que no diga "que esa era una estúpida preocupación?". Concluyó que el arreglo a esto no pasaba por un profesional con una colección de títulos.

Después de semanas de sufrimiento, Estocolmo Farías decidió ir al pueblo de "Las Cuatro Esquinas" donde vivía Evaristo Cataldo, más conocido como Ño Cataldo.

Se hicieron compadres por casualidad. Estocolmo se detuvo en ese pueblo para tomar una cerveza, cuando Ño Cataldo apareció desencajado, su pequeña hija se estaba muriendo; había que bautizarla para que no quedara "mora" y su espíritu vagara eternamente por los campos. Él quería su hija con los ángeles en el cielo. Estocolmo ofreció para ayudarlo. La criatura desgraciadamente falleció a las pocas horas de bautizada. Farías se quedó al velorio del angelito, que duró tres días entre cantos a lo humano y a lo divino, rosarios, vinos caseros y un chancho sacrificado, bien horneado. Cuando Ño Cataldo conoció el problema en que estaba metido su compadre, encontró muy grave el asunto, así que arreglaron las cosas para salir al otro día de madrugada al Cruce de Las Tórtolas, a buscar a otro viejo y cazurro campesino, al que todos conocían como "Capicúa". Él estaba arando con sus bueyes cuando llegaron Estocolmo y Ño Cataldo. Al oír su nombre, paró las bestias y los recibió con rostro serio y su cigarrillo al costado de los labios, del que inexplicablemente colgaba la ceniza.

Ño Cataldo sin mayores ceremonias, le dijo:

— Compadre, vengo con un amigo.

— Con un amigo viene, compadre.

— Y tiene un problema muy re'grande.

— Re'grande el problema que tiene, —replicó Capicúa.

— Lo traje pa'que usté lo ayude.

— Pa' que lo ayude, lo trajo usté.

Estocolmo escuchaba con curiosidad el sintético diálogo. Continuando, Ño Cataldo dijo:

— A mi amigo, la sombra se l'echa al suelo pa'elante, no más...

— No más pa' elante al suelo, se le echa la sombra a l'amigo, -retrucó Capicúa, y agregó: -vayan donde "Pecho Pelúo".

— Chao, pus compadre —dijo Ño Cataldo.

— Pus, compadre, chao —respondió Capicúa.

Salieron a la búsqueda de "Pecho Pelúo", que vive cerca del río Tranquilo. Preguntando y preguntando, dieron con su casa. Una señora vino a atenderlos y al oír que lo solicitaban, gritó al interior:

— ¡Pechoooo!..

Apareció un individuo robusto, de baja estatura, con camisa de mangas largas, desabotonada en el pecho, de donde salía la más impresionante mata de pelos que más bien, era una ensortijada cabellera. Ño Cataldo abrió los fuegos, y dijo:

— ¿Se acuerda de esa casa y de la vaca "Pinta", que tenían la sombra pa'un solo lao?

— Pss, claro —dijo Pecho.

— Este amigo también… -agregó Ño Cataldo.

— Está jodía la cosa, ¿y de cuándo?

— Antes que la luna nueva de atrás.

— ¡Re chupalla! —exclamó Pecho. Dirigiéndose a Estocolmo, le preguntó:

— ¿De qué color tiene l'orina?

Sorprendido por la inesperada pregunta, éste titubeó.

— Normal... sí, normal... creo yo...

— ¿Y se le pone colorá la vista?

— ¡Sí!... exclamó, aun cuando no se había fijado en ese detalle.

— ¿No se habrá acostado debajo de un litre?

— No...

Entonces "Pecho Pelúo" dio un penetrante silbido, y gritó:

— ¡Coligüeeeee!...

De entre los matorrales apareció corriendo un perro flaco y alto, que frenó con sus cuatro patas sobre la tierra suelta, frente a Pecho; quedó ahí expectante, moviendo la cola al tiempo que ladraba y gemía. Señalando la sombra de Estocolmo, azuzó a su perro: ¡uhhh!... el perro olfateó los bordes de la sombra, y luego, ladrando, saltó para subirse sobre ella, que, rápidamente, se hizo a un lado ante la sorpresa de Estocolmo y Ño Cataldo. Coligüe trató de morderla.

La sombra salió corriendo y empezaron a jugar, de aquí para allá, y de allá para acá. Eso les resultó increíble a los visitantes; en cambio, Pecho observaba muy serio y pensativo los carrerones de ambos. Entonces, Pecho volvió a silbar, y gritó:

— ¡Ya!.. -el perro se aquietó y la sombra se tendió en el suelo a los pies de Estocolmo. Pecho, dirigiéndose a Ño Cataldo, sentenció:

— La sombra, la tiene guelta pa'l otro lao. Tienen que ir onde la Maiguita, luego, porque ya va' llover. Compren onde On Nacho azúcar, yerba mate, un quesito e'caura y un cuartito de aceite, y le llevan esas cosas. Después me icen cómo les jué.

— Yastá pus compadre, dijo Ño Cataldo, —y fueron a cumplir las indicaciones de Pecho Pelúo.

Empezaron a subir por los contrafuertes cordilleranos a la búsqueda de la Maiguita. Cada vez había menos ranchos, de los que salían a ladrarles perros famélicos, y volaban despavoridas las aves caseras al paso del vehículo. Le hicieron el quite a más de algún chancho que se atravesaba por la huella borrosa que empezaba a ser surcada por las hebras de una lluvia constante.

Ño Cataldo gritó desde la empalizada: —¡Maiguitaaaa!

Del fondo del sitio emergieron perros que olfatearon el vehículo, y de inmediato orinaron los neumáticos.

Apareció en la puerta la Maiguita, que se limpió las manos en el delantal, y luego, se sacó las legañas con un arrugado pañuelo. Con fuertes risas de alegría, entre tosidos de fumadora, exclamó:

— ¡Bendito sea Dios y la Virgen del Santo Socorro! ¡Qué viento me lo mandó pa'cá, señor mío! Éntrenle, que se están mojando, hey.

Ño Cataldo le entregó las cosas que Pecho Pelúo encargó que le llevaran. Le presentó a su compadre Estocolmo Farías, y le explicó el problema que él tenía con su sombra. La Maiguita escuchaba y constantemente afirmaba, diciendo: ¡hey... hey!

Entonces, agregó:

— L'agua está hervía, así que vamos a tomar unos matecitos, hasta que escampe la lluvia.

La charla entre Maiguita y Ño Cataldo fue animada entre mate y mate, porque no cabía la menor duda que cuando jóvenes tuvieron un romance. Estocolmo miraba el cuarto de Maiguita, donde cabía de todo: el fogón y, sobre él, cuelgas de ajíes y pimentones. En la muralla, trenzas de ajo; más allá, la guitarra colgaba de una cinta tricolor. Al costado, un desvencijado catre, la mesa y sillas con asiento de totora.

Doña Maiguita le dijo a Estocolmo:

— Ya terminó la lluvia, agora va a ir p'al fondo del patio, ahí nace la pata del arco iri. Le va a dar sei vuelta al derecho y rece sei Avemaría, y sei vuelta al revés y rece sei Pairenuestro. En después se viene pa' santiguarlo y le sacamos toíto el mal.

Para su sorpresa, cuando Estocolmo Farías salió al patio (con la boca bien cubierta, para que no fuera a darle un aire y le torciera la cara, como le dijo la Maiguita), había un luminoso arco iris que bajaba por todo el valle de colorida curva. Efectivamente, ahí nacía el arco iris. Hizo una penitencia, tal cual le dijo Maiguita y regresó a casa. Allí, ella le hizo unos pases mágicos con ramas de palqui y pronunció unas oraciones y santiguaciones, y dio por terminado "el trabajo", al decir de ella.

Como se hizo tarde, no alcanzaron a pasar donde Pecho Pelúo, ni donde el Capicúa. Dejó en "Las Cuatro Esquinas" a Ño Cataldo y siguió rumbo a Santiago.

Durmió, como hacía tiempo que no sucedía. Despertó ganoso y feliz. Desayunó y salió a su trabajo. El sol volvió a darle en el rostro. Su sombra no lo antecedía ahora. Se dio vuelta y ahí estaba ella, correctamente a sus pies.

Lo único que no le gustó a Estocolmo, fue que ahora la sombra tenía los colores del arco iris.

TERCER PREMIO REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

¿MERMELADA O MURTADO?

Silvana Ester Igor Ulloa
22 años
Pequeña agricultora
La Reina

Sus manos morenas se mueren con rapidez entre las matas de murta, escogiendo las más grandes, rosadas unas, amarillas otras, pero todas con un aroma y dulzura indescriptibles.

Se despeja la frente y mira hacia la quebrada, un frío le recorre la espalda, con sólo pensar que puede andar el león por los alrededores la asusta, sin embargo, Calluya, dormita tranquilo a la sombra, disipando sus temores.

Cuando los dos canastos están llenos, Carlota sonríe satisfecha, pensando en la rica mermelada y murtado que hará para el resto del año.

Cantando baja los cerros en compañía de su fiel perro. Se detienen un momento en la quebrada que atraviesa el camino, beben ávidamente la gélida agua. Ella se rocía el pecho y se arregla el cabello. Ya en la seguridad del hogar, limpia los frutos, los pesa y luego los pone a hervir en almíbar, para hacer el murtado.

El resto lo pone en una olla con un poco de agua, espera que se cuezan para colarlos y ponerle el azúcar.

La intensa fragancia recorre la casa y se escapa por las ventanas abiertas, llegando al potrero donde trabaja su marido. Este deja el arado, suelta los bueyes, embriagado por aquel aroma, lo sigue hasta la casa.

En la cocina encuentra a su mujer con una paleta de madera, revolviendo la mezcla previamente colada.

Está lista para echarle el azúcar.

— Ya estoy de vuelta, mi princesa de los cerros -le dice, y le da un apasionado beso en la boca.

— Hace rato que llegué… —coge una murta y la aprisiona entre sus labios, color cereza. Él la mordisquea quitándosela amorosamente.

— Creo que el trabajo puede esperar un rato, me estás volviendo loco. — La envuelve entre sus brazos y la acaricia con pasión.

— Daniel, amor precioso, espérate un ratito. Le echo el azúcar a la mermelada y estoy lista... para lo que tú quieras.

Él la mira con paciencia, ella llena toda la cocina con su belleza y encanto. Bendice la hora en que la conoció en aquel rodeo.

— Revuelve aquí, prueba el murtado, pero le falta un poco, —le echa más leña al fuego.

Lo mira maliciosamente, moviéndose al compás de la música. El marido, sin resistir más, la toma en sus brazos y la lleva al dormitorio.

Allí se quitan la ropa presurosos, amándose intensamente...

En la cocina la mermelada está hirviendo y el murtado está un poco seco. Rendidos, reposan uno junto al otro, olvidándose del tiempo.

— Te amo tanto, vida mía. Ojalá venga el hijo que tanto hemos esperado.

— Te imaginas a un Danielito corriendo por la casa.

— O una Carlota, sería maravilloso.

Entrelazados y añorando el pronto arribo de un bebé, se quedan profundamente dormidos.

De pronto un olor a quemado se cuela entre las sábanas.

Se levantan rápidamente, envueltos en lo primero que encuentran y van a la cocina. Esta, está llena de humo. La olla del murtado está negra y sin una pizca de agua, la mermelada está toda pegada. Saca un poco con la cuchara, pero su sabor está muy lejos del esperado, toda amarga.

Desilusionada retira las ollas del fuego, ya no tendrá la rica mermelada de murta, ni el murtado que tanto les gusta.

Con el ceño fruncido, tratando de no reírse, le dice:

— Mi amor, perdóname es mi culpa. Iré a buscar más, y por el azúcar no te preocupes.

Ambos ríen de buena gana y se van a acostar de nuevo.

Nueve meses más tarde, Daniel se pasea nervioso en la sala de espera del hospital.

Adentro se escucha el llanto de un niño. No, no, no es uno. También se escucha otro más, pero más fino.

Una nena con la dulzura de la mermelada de murta y un niño con la vigorosidad del murtado.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

DE ENTIERROS

Percy Davis Pinedo
50 años
Ingeniero de Ejecución, en Computación
San Bernardo

Qué tal, míster. Cuénteme qué lo trae por aquí.

Sí. Tiene razón. El calorcito que hace no es como pa' andarse asoleando. Así que arrímese pa' acá, no más, con confianza. Pase y atranque la puerta, pa' que no se dentren los perros.

Pero pase, pu'iñor. P'tas que salió corto'e genio. Pase a sombrear en mi alero, que pa' eso lo tengo. No, pu'iñor. Usté no está náa loco. ¿Nunca le han dicho que los muros escuchan? Güeno... pa' que sepa, también le hablan. ¿O acaso no se dio cuenta, por'onde entró usté? Por mi boca, pues. Claro que a mi me gusta mantenerla cerraíta, con buena puerta, pa' que no'igan que soy boquiabierto.

Y los muros también miran. Y miran y ven, pues. Yo a usté lo aguaité desde que tomó la curva del camino. ¿Cómo que por donde miro? ¿Por'onde iba a ser? Por las ventanas, pus, míster. Por las ventanas.

Gueno, ya que estamos de conversa, permítame la presentación. Los que no me conocen me llaman rancho, porqu'estoy ya muy descuidao. Pero me creo que soy un "Don" cuarto, con teja chilena, colonial pues, pesadita y antigua, como usté ve.

Fui casa'e fundo. ¿Sabe? Más de una vez han trata'o e demolerme y me han hecho empeño con una picota. Pero he aguantao firme, no más, pegaíto al suelo. Del platachao'e barro ya casi no me quea y se me andan viendo los adobones al aire, donde alojo un par de vinchucas, por si acaso.

Como usté es de los pocos que pasan por aquí, le voy a contar un secreto: mire pa'l muro del fondo. Sí, ese mesmo, el que tiene el diario claveteao. Péguele una leídita. Sale too lo del entierro. ¿Que qué entierro? El de la olla con doblones de oro, pues. ¿Quí'otro iba a ser?

Ah, ¿dice usté que esas cosas, los entierros, no existen? Bueno, Déjeme decirle que alguien ya lo encontró, pero no supo usarlo. El último en tenerlo fue el Manuel Loayza. Sí, pues, el Mañungo. El mismo. Tontito y too, encontró el entierro y lo tuvo en sus manos. Y le sacó provecho hasta perderlo, por no cumplir el compromiso.

Así ahora usté lo vé, en las últimas, siempre pidiendo pa'la cañita'e tinto. Sí, pues. Siempre le gustó el vino.

Pasa que la vieja Laura... ¿La conoce? Sí. La misma. La bruja que llegó'e Talagante. Resulta que el Mañungo la hacía recordar algún hijo d'ella, ya perdío en el tiempo.

Sí, pues. Alguna vez ella también fue joven. Pero ahora le hace a las maldiciones y juramentos. Sentía lástima por él: -No tomís tanto, Manuel-, le decía. Pero el otro, brutazo no más, seguía pegado al frasco.

¿Que si está viva la bruja? No tengo ni idea. Como yo no me muevo de aquí, tiempo hace, ya, que no sé d'ella. Por lo menos, por aquí no ha pasao. Pero déjeme seguir.

Esta iñora rebuscaba raíces en el cerro, pa'sus menjunjes. Correteando

por ahí, se encuentra con el Mañungo, curao como tagua y enronchao entero, tirao'ebajo un litre.

Como andaba encañao, no saludó al árbol como se corresponde. ¿Me entiende? En vez de decirle, "güenos días, señor litre", le salió con cualquier cuestión no más y se tiró a dormir 'ebajo 'e la hojarasca. Sí, pues. Muerto 'ecurao y enronchao, lo encuentra la veterana.

La agüela se le acerca y lo remece un rato, pa' despertarlo. -"No podís seguir así, niño. Tenís que dejar de tomar… -Se sienta a su lado y dentre las faldas medio cochinas y entierrás, saca un morralcito'e cuero y lo abre. Con los deos saca un frasquito verde, encorchao. -Ya, cabro: pégate un traguito…", y le embute el frasco en l'hocico.

Algo alcanza a tragar y entre que se atora. Ni que le hubieran pegao un duchazo'e agua fría, de lo rápido que se sentó y queda como que nunca hubiera tomao. La vieja le cuenta que el juguito es de raíz de muérdago, con polvo di'uña, de cabra'e monte. No, pu' iñor. De las qui'andan en cuatro patas. Se le quitó toa la curaera. Y güeno. Conversando, conversando, la agüela le sale con el cuento:

— Si prometís dejar el trago, o sea que si nunca más tomai, te voy a premiar. Pero si volvís a tomar, vai a perder too lo que podríai juntar. Ahora, pa' cuando te den muchas ganas de tomar, te vai a llevar este frasquito. Con un poquito que te mojís la lengua, tai listo. Se te quitan las ganas altiro. Así vai a poder seguir güeno y sano.

Y el Mañungo, que claro, que le promete, pues. Que le diga qué más tiene que hacer, no más.

— Mira, niño, tenís qui'esperar hasta las próximas lluvias. Sí, claro. Hasta la próxima lluvia de otoño. Pero no cualquier lluvia. Tiene que haber sol. Sí. Lluvia con sol, pa'l arcoíres. ¿Vay cayendo?

— ¿Que qué más tenís que hacer? Tampoco es cualquier arcoires. Se forma uno cortito, entre'l bosque'e quillayes y el cerro'el cementerio. Como a las cinco'e la tarde. Con sol acostaíto, que se cuela entre las nubes. El problema es qu'el entierro se te va a correr.

— ¿Que qué entierro? No será el de tu agüela muerta. El entierro del oro, pus jetón. ¿De qu'estamos hablando? Sí. Una olla con oro, 'onde el arco toca la tierra. Siempre toca por un solo lao. Y ahí tenís que picar. Sí, pues. Empezai a hacer el hoyo, pa' sacarlo. El problema es que por debajito te lo van tironeando y pa' cuando llegai a la hondura, ya no está.

— ¿Que quién lo tironea? Los españoles, pues. Sí, pues. Cómo no lo van a tironear, si son los dueños. Ellos lo enterraron, de antiguo. De cuando la conquista pa' cuando los indios les hacían sus malones. Y ahí quedó. Y lo siguen cuidando.

— Claro. Están bien muertos, pero de que lo cuidan, lo cuidan. Y saben que cuando hay arcoíres, llega gente a tratar de sacarlo. Entonces los coños se preparan y vigilan. Y empiezan a dar vuelta alrededor de l'olla con oro. Y meten una mansa sonajera, con sus armaduras, espada' y lanzas. Claro que nadie escucha ruido, porque va por debajo'e la tierra. ¿Y cómo sé que hay ruido? Porque yo lo he escuchao, con esto.

La vieja mete mano de nuevo y d'entre sus ropas saca una corneta, que le pasa al Mañungo. Este no entiende náa, así que oña Laura le explica que debe pararse'onde termina el arco. Y quearse quietito, escuchando con la corneta pegá' en l'oreja. Que se puede oír la sonajera'e los soldaos españoles, que dan vueltas bajo tierra, cuidando l'olla. Y claro. Muertos y too, los coños también se cansan. Tanto dar vueltas y vueltas. Medio mareaos, también, terminan. Es que ya están medio viejos.

Sigue la veterana: "Pero yo te voy a decir cómo tenís que hacerlo. Pa' cuando se corte el último rayo de sol, se apagará el arco. Y aquí está el secreto. Los coños saben que nadie sigue buscando, porque ya no hay arcoíres. Entonces se recuestan y descansan, sin su armadura. Y se pegan su pestañaíta. Corta, sí. No mucho rato. Pero si te apurai en hacer el hoyo, los pillai durmiendo y podís sacar l'olla. Si te demorai demasiao, los coños despiertan y corren el entierro. Cuando ya no hay arcoíres y se han sacado las armaduras, ellos no meten ruido y no vai a tener cómo saber donde picar. ¿Me entendís?".

El Mañungo le'ice que claro, que entiende. Y pa' no cansarlo con cuentos, míster, la cuestión es que así no más fue. No probó ni un trago, como en medio año, hasta que llegaron las lluvias.

Apenas caía agua, la gente podía verlo sentarse entre el bosque y el cementerio. Se reían d'él, como que hubiera perdío el sentío. De tanto trago, decían. Más encima, en medio'e la lluvia, sacaba'e repente la corneta y se ponía a escuchar, por si acaso. Claro, no escuchaba naa más que la lluvia cayendo y la risa de los que se le burlaban.

Y claro, como eran las primeras aguas, tocó lo que decía la vieja Laura. D'entre los nubarrones gruesos, se empezó a colar el sol de tarde y se prendió el arcoíres que tanto esperaba. Cortito, como dijo la vieja.

No más lo ve iluminarse, y el Mañungo corre como loco, tropezándose entre barro y zarza, hasta donde el arco tocaba la tierra. Justo en la puerta'el cementerio, medio a medio entre los dos pilares.

Tanta agua estaba cayendo, que toa la gente andaba fondeá, pa' no mojarse. Así que era el único por ahí, dando vuelta. Se sienta entre los pilares con la corneta en l'oreja. Y empieza a escuchar clarito, como ruido de metales entrechocando. Hasta voces parece que también oía, como dando órdenes. El suelo, también, como que se le movía, retumbando al paso de los soldaos, bajo tierra.

De repente, el sol se esconde y el arco se apaga. Lo último qu'escucha con la corneta es ruido'e metales sonando, como que caían al suelo. Se acuerda del consejo'e la vieja y se da cuenta que es ahora, cuando los coños descansan, que tiene que hacer el hoyo. Pero no trajo ni pala ni picota.

Medio desesperao, agarra la corneta y empieza a romper el suelo. Estaba blandito, así es que le cundió harto y como que la corneta no metía náa'e ruido. Capaz que sea medio milagrosa, pensaría.

Excavando y excavando, abrió un hoyo como de su mesmo alto. Y es alto el Mañungo. Usté lo ha visto. Parao dentro del hoyo, ya no alcanzaba a ver pa'fuera. Y seguía sacando tierra. Hasta que la corneta chocó con otro metal.

Justo pues. Era l'olla. Enterita, con tapa y too. De fierro fundío. Se pone a limpiarla con las manos, sacándole el barro y la tierra y no más qu'está limpia, le tiran un lanzazo d'entre la tierra, por el fondo'el pozo y le rompe la chaqueta. Y empieza el griterío.

¿Qué cree usté míster? Clarito, pues. Los españoles. Ya habían descansao suficiente y el oficial, a punta'e patadas estaba levantando a los soldaos dando la alerta, por el oro que les estaba robando.

Más que apurao, el Mañungo levanta l'olla y quea la crema: el fondo del pozo revienta y el Mañungo sale volando, agarraíto a dos manos de la olla. Quea tiraíto, arriba al borde'l pozo. Tiene que hacerse a un lao, porque del agujero sale fuego, como chimenea'e volcán. Y entremedio'el fuego, el griterío que venía de abajo.

Estaban furiosos los coños que les hubieran quitao el oro. Sin soltar l'olla, el Mañungo empezó a rellenar el pozo, sentao en el suelo, empujando la tierra con los zapatos, con cuidao'e no quemarse, por las llamas. A lo que s'iba llenando, los gritos de los soldaos s'iban escuchando cada vez más acallaos, hasta que empuja

el último montón de tierra y ya no se oyó más ruido. Y la lluvia justo termina.

Levanta la tapa'e l'olla, pa'ver qué tenía: llegó a quear enceguecío de tanto oro. Moneas gruesas amarillitas, pesaítas, lleno hasta el borde. Sin creerlo mucho, todavía, agarra l'olla y parte apuraíto, pa'su mediagua. Mete l'olla'ebajo'e la cama y atranca bien la puerta y ventanas, no fuera a ocurrir que aparecieran los españoles, buscando su oro.

Anocheciendo, ya más calmao, se acuerda'e la vieja Laura y agarra toas las botella'e vino que había en la casa y pasa a quebrarlas en el patio. Por si acaso le daban ganas de tomar. Pasó la noche, soñando que lo perseguían españoles, de a caballo.

Al otro día, fondea l'olla y parte a dar una vueltita, a la puerta'el cementerio. De'onde estuvo el pozo, entre los pilares, ya no había ni rastro de lo excavao, pero tanteando la tierra, la notó que estaba medio tibiecita y como que palpitaba. Pa'quear más tranquilo, con un pedazo'e rama, le dibuja una cruz encima'e donde había estado el hoyo. Y parte luego, pa'sus haciendas, pensando qué hacer con su nueva fortuna.

Lo primero qu'hizo fue comprar la carretela, esa'e ruea grande, llanta'e fierro, que está arrumbá 'ebajo la higuera. ¿La ve? Ahora está toa destartaláa, pero en d'entonce, l'ubiera visto. Retumbaba too el camino cuando pasaba. Le puso un percherón colorao y grandote, güeno pa'l tiro.

Pasaba pa' un lao, con la carreta cargaíta, de la baranda, un metro más arriba, llena'e saco'e poroto y choclo y cebolla'e guarda, pa'l invierno. En de vuelta, pasaba cargando tarros lecheros, de los grandes, llenito'e leche. Sí, pues. De sus propias vacas. Como'icen, le llegó l'abundancia.

Claro, toos comentaban lo cambiao qu'estaba el Mañungo y creían que era porque había dejao el trago y se había puesto tan trabajaor. Así no más era, pues. Lo que no sabían era que, una vez al mes, se pegaba una arrancaíta a la capital, con un par de moneas amarillas, envuelta'en pañuelo y volvía con los bolsillos lleno'e billetes.

Cómo le había cambiao el pelaje al Mañungo. ¿Me entiende? A la vuelt'un año, ya se había comprao la parcela "Los Guindos". Sí, pues. La mesma 'onde usté está parao. Y yo soy lo que quea de la casa patronal, que se mandó hacer. Tenía como veinte piezas y le hacíamos collera a las casa'e Don Ventura. ¿Conoció usté a la hija'e Don Ventura? Bonita mujer. Güeno... ella fue casada con el Mañungo y tuvieron dos críos.

Hasta por ahí, iba bien la cosa. Al Mañungo le gustaba pasear en su caballo, a la tarde. No pues. No era naa el percherón. Ese lo dejó pa'l puro tiro. Montaba en otros, dentre cinco corraleros que llegó a tener. Llegaba hasta el Maipo y, poniéndose el sol, se volvía calmaíto, al paso, mirando sus potreros verdeando.

Por el camino'e tierra, que hoy es pavimento, siempre se cruzaba con un futre que caminaba vestío entero'e negro, con sombrero. Y nunca le daba la cara, mirando pa'l suelo. Se el notaba, sí, un bolso negro, colgao'el hombro.

Era cuento'e toos los días. Hasta que en dentrando la primavera, a media tarde, con lluvia y frío, viene de güelta el Mañungo en su caballo, y arribita'e unas zarzamoras ve tiraos unos trapos negros.

No más se va acercando y atina que son las ropas del futre con que se encontraba siempre. Toíta negra. Y colgando'e un acacio, estaba también el bolso, que lo tenía cachúo.

Del futre no había ninguna seña, así que apeándose'l caballo, empezó a revisar la ropa, por si encontraba algo. Pero nada. Así que le llega el turno al bolso negro.

Lo abre y aentro encuentra una botella'e tinto cerraíta y un sacacorcho. La botella tenía todavía pegada una etiqueta medio desteñía, pero se alcanzaba a ver estampao un escudo, d'esos que usaban los españoles antiguos.

Pa' demostrar su familia. ¿Me entiende?

¿Le'ije qu'el Mañungo andaba entumío'e frío, no cierto? ¿No? Güeno... así no más andaba. Medio tiritando. Y al tocar la botella, como que le entraba un calorcito en la mano. Se arrimó debajo'el acacio y medio fondeao, pa' que nadie lo viera, pasó a abrirla. Al destaparla, el ruido del corcho sonó como con eco y después de un rato, todavía se escuchaba. Pero la lluvia lo fue acallando.

Se pega la primera empiná'e codo pa' probarle el gusto. Nunca había probao un vino mejor qu'ese. Como le'icen ahora, puro terciopelo. Y como que se le empezó a quitar el frío. Tanto le gustó, que la segunda empinaíta fue la última, porque no soltó el gollete hasta que la botella quedó vacía.

Montó di'a caballo y partió calentito y entonaíto. Las nubes como que se arremolinaron y d'entremedio apareció un rayo'e sol. Como pa'l cerro todavía caía agua'e lluvia. ¿Qué cree que pasó? Eso mesmo. Un arcoires.

Y llega el Mañungo a la casa medio nervioso, porque se acordó di'oña Laura y su amenaza. Pensando qué tanto, que por una botella no más, que no pasa naa, entró a la casa. Pero igual, como por si

acaso, fue a revisar l'olla con oro. La pone encima'e una mesa y le saca la tapa.

Toca que una nube justo se corre y por la ventana medio abierta entra un rayo'e sol, que alumbra y hace brillar el contenío de l'olla. Y como que el contenío se mueve. Y como que empieza a escuchar un zumbío.

Y claro, pues. Si dentro'e l'olla habían puras abejas. Gorditas y doraítas, como pepitas di'oro. Y como que empiezan a volar. En un ratito, andaban toas volando en círculos aentro'el cuarto.

El Mañungo se tuvo que meter debajo'e la mesa, porque tratando'e agarrarlas, más di'una lo había picao. Era lo mesmo que cuando se sale un enjambre di'una colmena. ¿No ha visto? Igualito, lo único que ahora estaban aentro'el cuarto y con el rayo'e sol se veían doraítas. Como pepitas di'oro, volando.

Tanta abeja había, que se les hizo chico el cuarto y empezaron a volar pa'l patio, arremolinaítas.

Y en corriéndose las nubes, el rayo de sol como que se fue corriendo, y las abejas volando, hasta que se juntaron con el arcoíres, que todavía andaba prendío. Y por el arco fueron volando hasta'onde terminaba, justo encima del quillay, al medio'el cementerio.

Fue too muy rápido. El Mañungo no alcanzó a llegar más que a la puerta y desde ahí miraba. Medio cocío, como andaba, veía monedas y abejas, toas doraítas volando.

Entonces, las abejas se cuelgan de una rama'el quillay, apretaítas unas con otras. Sí, pues. Bonito enjambre, doraíto. La cuestión es que no más llegan las abejas al árbol, y las nubes tapan el sol y se apaga el arcoíres.

Pero siguió lloviendo. Y ahora a chuzo. Y con la lluvia, las abejas empiezan a caer al suelo, igual que gotas de agua, pero doraítas. Y como estaba too mojao, las abejas llegaban a la tierra y como estaba blandita, como que se las tragaba. Y una a una, fueron cayendo y desapareciendo, hasta la última.

Desesperao, el Mañungo se consigue una pala y empieza a excavar 'ebajo'el quillay, por donde se habían filtrao las abejas. Él toavía las veía como monedas. ¿Me entiende?

Manso hoyito que se mandó. Cabía dos veces parao dentro y una vez acostao a lo ancho. Pero de las monedas, nada. Ni abejas doradas. Tanto revolvía la tierra, que el administraor del cementerio lo anduvo cachando. Así que hasta ahí no más le llegó la faena. Lo mandaron a freír monos a otra parte.

Yo creo que si no lo hubiera echao, todavía estaría paleando tierra y no habría encontrao ninguna cosa: ni monedas ni abejas. Clarito, pues. Los coños se las corrieron desde abajo.

Lo que pasó endespués, era de suponer. Llega a la casa medio curao, hablando de españoles que le quitaron las moneas de oro, que la bruja Laura le echó una maldición, entierros en el cementerio y custiones por el estilo. Y toos los días hablaba lo mesmo. Que las moneas, que las abejas. Nadie entendía naa.

Claro, pues, si nadie vio el oro. Así que pasó a ser el loco'e las moneas di'oro.

De ahí pa'elante, que no ha soltao la botella. Y por la botella se le fue l'abundancia, carreta, casa y familia. La primera en parar la cola fue su mujer, l'hija'e don Ventura, y se las emplumó con sus críos pa'l sur, pa'onde familiares.

De a poquito también los empleaos que tenía pa' su campo se le fueron corriendo, igual que las moneas. ¿Me entiende?

Y ese es el Mañungo, pues, que ya le habrá pedío a usté platita pa'la cañita. ¿No le ha pedío? Güeno, ya le pedirá, si se encuentran.

¿Que si existe el quillay, me dice usté? Sí, pues. Todavía lo puee ir a ver, al medio'el cementerio. No se ha secao. Y si se fija bien, a los pies del árbol hay una piedra, con un escudo tallao, igualito al de la etiqueta'e la botella, la del bolso en el camino.

¿Y qué fue de la corneta, me dice? Bueno, cuando el Mañungo encontró el oro, mientras llenaba el pozo, la tiró al fondo, entremedio de la tierra. Seguro los coños ya la habrán corrío.

Pero no too se perdió. Quedó la olla. Güeno, l'olla era esa que está ahí al fondo, en el fogón. ¿La ve? Pero sin oro. Oiga. Y ahora que me voy fijando, tiene fundío el mesmo escudo de la botella. Sí, pues. Es igualito también al de la piedra del cementerio. ¿Ve?

¡Cómo! No me'iga que se tiene que ir. Pero si recién viene llegando. ¿Y el calorcito que hace afuera? Güeno, usté sabrá, pues. Si tiene que hacer...

De toas maneras, aprovechando que usté anda por estos laos, le voy a pedir un favorcito. Disculpará usté la confianza, míster, pero no hay mucho movimiento por aquí.

¿Usté ubica a'oña Laura, no cierto? Ya. Fíjese que eésta veterana agarró una fórmula pa'sus menjunjes que se le ocurrió con raspao'e teja chilena. Claro. De la que yo tengo. Y me tomó una prestá y toavía no me la devuelve.

Si usté mira pa'l alero'el frente, en la esquina'el muro, me falta una. Justo encima'el dintel. La mesma.

Si no me la reponen antes del invierno, cuando venga la lluvia, se me va a mojar el adobe y hasta ahí no más me llegaría el muro. ¿No ve qu'eso mesmo pasó con el resto'e los cuartos? Sí, pues. Se llovieron.

Hágame'l favor. ¿Quiere? Déle mi recao a la veterana. Sí, pues, que me devuelva la teja, en cuanto puea.

Ya no más. Gusto'e saludarlo. Y si ve al Mañungo, igual le da mi saludo, aunque no creo que le entienda mucho. Sí, pues. Por el trago.

Y me deja cerrá la puerta, si no fuera molestia. Por los perros.

Que le vaya bonito, pues, míster.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

EL PERAL

Norma Godoy Torres
62 años
Dueña de casa
La Florida

El día amaneció triste, tiñendo la atmósfera con colores oscuros, como presagiando una desgracia.

Mi abuela y mis hermanas mayores habían improvisado un altar para San Judas Tadeo, ese santo a quien en casa le tenían tanta fe y que a mí me asustaba por su mirada.

Todos arrodillados le rezábamos la Novena, por la salud de mi madre que tenía una enfermedad incurable. Mientras lo hacíamos, nos mirábamos unos a otros entre los hermanos y nos cogía una risa contagiosa. Después mi abuela se ensañaba con nuestras orejas hasta dejarlas rojas, para luego mandarnos a todos al patio.

Eso sucedía siempre, pero recuerdo que aquel día mis hermanos desaparecieron después que mi abuela nos regañara. Como tantas veces, aproveché de subir al árbol de peras hasta la rama más alta, pues ahí me sentía segura y podía observar a mis hermanos sin que ellos lo notaran.

Estando ese día en el peral, vi cuando una pareja de carabineros llamó a la puerta. Salió mi abuela y se le unieron todos mis hermanos para escuchar lo que decían... ¡Mi madre había fallecido! A

ellos les habían llamado desde el Hospital a la Comisaría y a esos policías les había correspondido la ingrata misión de anunciar la terrible noticia. Vi a mi abuela abrazar a mis hermanos mayores. Después llegó mi padre que también lloraba mientras con su cabeza golpeaba una y otra vez la pared de la casa. Me asustaba el llanto de mis hermanos, de mi padre, de mi abuela, y yo arriba del peral, con los ojos agrandados, comía y comía peras.

Bajé rápidamente del árbol y me uní a mi familia que poco había reparado en mi ausencia, y sentí que mis hermanos me acariciaban mucho, pero no me dijeron nada. Mas, sin embargo, yo lo sabía porque desde la altura había visto y escuchado todo.

Cuando entré a la casa, vi de nuevo a San Judas Tadeo. Mi hermana lo había vuelto hacia la pared en señal de castigo. Me deslicé por detrás de él en la punta de los pies para que no escuchara mis pasos y me hiciera morir como a mi madre, pues nosotros estábamos pagando el delito de reírnos cuando rezábamos.. "San Judas, por favor, que no muera... ¡Nunca más me voy a reír cuando recemos la Novena!", susurraba por lo bajo.

Lo que sucedió después resultó extraño para mí. Vinieron todos los vecinos a vernos, incluso tíos que apenas conocía. A mi madre la pusieron en un cajón negro, se llenó la pieza de flores, especialmente muchas hortensias, pues eran sus flores favoritas. Todo era llantos y silencio. La gente nos miraba con mucha tristeza, se fijaban en mí, mientras decían:

— "Pobre, ¡dejar una niña tan pequeña! o, ¡cuánto van a extrañar a su madre, si son tantos..!".

Yo estaba algo ajena a las conversaciones de la gente, pues cerca de la higuera, próxima a la puerta de la calle, buscaba con la mirada la gallina negra que mi padre decía que aparecía si salíamos de la casa después de las siete de la noche, y ese día ya era más tarde pero la

gallina no aparecía. Aburrida de esperar a la gallina, invité a algunos niños y a mis hermanos a jugar a la calle, pero me dijeron que en esos casos de muerte los niños no jugaban. Yo sólo quería jugar, salir a la calle y poder ver a ese burro grande que se transformaba en el Diablo cuando los niños, como nosotros, se subían en él.

Así pasaron los días de tragedia. Mis hermanos y amigos me integraban a sus juegos. Me sentía importante, subida en un piso, dando vueltas a la soga hasta sentir como que mis brazos se quedaban dormidos, mientras mis amigos más grandes saltaban, como danzando en el aire.

Todo volvió a la normalidad. Mi padre retornó al trabajo, mi abuela cocinaba como siempre, mis hermanos y amigos nuevamente se juntaban en las mañanas para irse en grupo a la escuela. Todos los días se sentía pasar el tren de las nueve de la mañana, hora en que entraban a clase mis hermanos, y casi siempre sentía la carrera de Margarita, la última en salir y con retraso. Yo me quedaba sola... aunque no tanto, pues ahí, al costado de la casa, estaba esperándome el árbol de peras.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

LA MUJER DE LA PIEDRA

Eliana Marcela García Toro
21 años
Temporera
Lampa

En el lecho de muerte, don Roberto Toro Figueroa, a quien todos conocían como "El Torito", comenzó de a poco a volverse loco y gritaba, gritaba sin consuelo:

— ¡No! No dejen que me lleve esa… —¿Esa mujer? Todos llorábamos... se nos iba Tatín.

Todo lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Se nos fue un treinta de marzo de 1987... ya hace 17 años.

Siempre tuve la duda del porqué de su desesperación.

En una oportunidad, después de diez años de su muerte encontré en la plaza a su mejor amigo, "Don Palote" le decían, y sin querer retomamos el tema de la desesperación de mi Tatín antes de morir. Le pregunté y se puso muy serio, calló por un momento. Después de mucho rato me dijo:

— ¿Quieres saber de verdad lo que inquietaba al Torito?

Con voz tímida le respondí: -¡Claro que sí...! Tengo derecho, ya que era la persona a quien el más amaba en el mundo.

— ¡Me vas a escuchar atentamente, porque no lo voy a volver a repetir ni a ti ni a nadie!

En Chicauma, en una de las tantas minas, cierto día llegaron unos mineros del sur. Entre todos ellos, había uno muy joven y buen mozo. Los contrataron y comenzaron a almorzar en la casa del administrador de la mina, don Pedro, quien tenía tres hijas que eran verdaderas bellezas y la atracción natural del lugar. Ellas servían el almuerzo con mucha amabilidad, pero sin mirar a la cara a los hombres, ya que su padre era muy estricto, celoso y de malas pulgas.

La vida de los hombres era muy tranquila, en realidad de mucho trabajo, pero el fin de semana, regresaban todos al pueblo, a sus hogares para compartir con su familia o a tomar un buen trago de vino tinto, incluyendo a don Pedro.

En uno de estos fines de semana, Fernando, que así se llamaba este joven, se acercó a la casa del administrador con la excusa de pedir agua y aprovechando que las jóvenes estaban solas, se quedó casi toda la tarde en una muy amena conversación. Las tres hermosas mujeres que no estaban acostumbradas a relacionarse con jóvenes tan amables, atentos y sobre todo tan atractivos, quedaron encantadas. La mayor de ellas era Liliana, quien tenía 27 años y ya se estaba quedando para "vestir santos". Maritza, la mediana, ya tenía 25 años y jamás había tenido un novio. Para qué decir de la menor, Soledad, de 23 años, quien no salía ni para los temblores.

Ellas se enamoraron perdidamente de Fernando, pero se lo ocultaron entre sí, por temor al padre, quien se moriría de pena y decepción, ya que cuando su madre murió le prometieron que lo cuidarían hasta el día de su partida.
Los meses fueron pasando y con el tiempo la pasión y el amor también fueron creciendo. Fernando sabía manipular muy en su favor el sentimiento que despertó en las muchachas y una por una

las fue engatusando. Soledad se doblegó absolutamente a este amor que le hizo olvidar cualquier promesa hecha en el lecho de muerte de su madre, ya que los juramentos y declaraciones del joven le nublaron la razón y su mente sólo tenía lugar para el inmenso amor que llegó a sentir por este hombre. Con Maritza ocurrió algo muy especial, ella se sentía muy sola y no tomó mucho en cuenta los halagos de Fernando, pero igual sucumbió a esta pasión que la sacó de la insoportable rutina de su vida. Liliana, quien ya respiraba los aires que otros lugares le ofrecían por medio de este joven, también pasó a ser parte de este juego "fuego".

Así pasó más de un año. Soledad siguió ilusionada con las promesas y clandestinamente se encontraba con Fernando en un lugar apartado y muy cerca del camino, donde había una gran piedra. Mientras tanto, sus hermanas desconocían esta relación, también vivían entregadas al mismo hombre sin sospechar lo que el destino les preparaba...

Todo esto fue cansando a Fernando, quien en un principio no podía creer que tan bellas mujeres estaban prácticamente a sus pies, pero de la acción a la rutina, todo fue uno. Entonces comenzó a planificar su partida. Le avisaría a don Pedro que tendría que marcharse y al terminar el día, después de recibir su pago, se iría para siempre. Las únicas personas que sabrían esto serían don Pedro y don Palote, quien se había convertido en la persona más cercana a Fernando... Atardecía en Chicauma, todo estaba listo, pero no podía dejar de pensar en una de las muchachas y tras mucho darle vueltas, decidió ir a buscarla.

— ¡Liliana! ¡Liliana! ¡Dios mío, mi hermana no está! —gritaba Maritza, quien acostumbraba a despertar a su hermana. La buscó por toda la casa, pero no la encontró ni tampoco su ropa ni otras pertenencias. De pronto, se detuvo frente a la cómoda. Allí había una carta que decía lo siguiente:

"Querido papá, hermanitas:

Espero que me perdonen y comprendan la decisión de marcharme de esta casa. Me marcho con el hombre de mis sueños. Yo estaré muy bien, no me busquen, porque creo que mi futuro no es aquí.

Hasta siempre, los quiere

Liliana".

Soledad corrió al oír los gritos de su hermana; leyó la carta y ambas no entendían lo que estaba pasando, hasta la hora de almuerzo, cuando el padre les contó que Fernando se había marchado la tarde anterior. Soledad salió rápidamente del comedor, mientras Maritza le mostraba la carta de Liliana a su padre, quien se dejó caer en la silla sin poder creer lo que su hija había hecho.

Todos comentaban lo acontecido, en tanto Soledad no regresaba, así pasó todo el día. Al anochecer. "Don Palote" se separó del grupo y se fue por la orilla del camino y sin saberlo se acercó a la piedra en la cual tantas veces se reunieron Soledad y Fernando.

En un costado de la piedra, creyó ver algo blanco, se acercó y lo que pudo ver, lo dejó aterrado. Allí estaba el cuerpo de Soledad, casi desnudo, sólo cubierto por un paño blanco transparente. Ella parecía haberse lanzado desde la piedra. Observó su rostro y pudo percibir que había un gesto de dolor muy profundo.

Medio aturdido por ese terrible hallazgo, corrió por la ladera para avisar a los demás. Regresaron al lugar, pero no encontraron nada más que la muda piedra y jamás pudieron saber qué pasó con el hermoso cuerpo de la joven. Su padre nunca pudo conformarse con la pérdida de sus hijas y la pena finalmente terminó por llevárselo a la tumba, pese a todas las promesas incumplidas. Solo Maritza

sobrevivió a esta tragedia. Se casó, tuvo dos hijos, y se fue del lugar que tan tristes recuerdos le dejó.

Han transcurrido ya muchos años y al visitar la inmensa piedra, podemos admirar una gran cantidad de flores silvestres de color amarillo y una gran mata de palqui. El ambiente parece mágico, como si una presencia sobrenatural lo invadiera.

Los lugareños tienen gran respeto por este lugar y se cuidan mucho de pasar antes de la medianoche por este camino. Los misteriosos e inexplicables secretos de la vida y la muerte sólo pueden dar cuenta de cómo esta mujer aparece cada noche para llamar y atraer a un incauto que por descuido pasa por ahí. Ella les dice con la voz llena de amor:

— ¡Ven! ¡Ven!... —luego los atrapa, y éstos jamás vuelven a sus hogares.

— En fin, uno de los pocos que se salvó fue mi abuelito, mi querido Tatín, quien hasta el día de su muerte luchó contra sus pesadillas para que ella no se lo llevara.

La hermosa mujer aún sale en el mismo lugar y eso... a mí me consta.





SEGUNDA PARTE

CATEGORÍA "B":
ME LO CONTÓ
MI ABUELITO



PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

LAS LOCAS HISTORIAS DE MI ABUELO

Dancy Muriel Contreras Panes
14 años
1º Enseñanza Media, Colegio Almendral
Profesora: Ingrid Valeska Salazar Navarrete
La Pintana

A la edad de 7 años, me surgió una pregunta sobre la edad de mi abuelo: Como él nunca se lo había dicho a nadie, estaba decidida a que me la contase. Entonces fui donde él y le pregunte cuántos años tenía.

Él me dijo:

— ¡Todos!

— ¿Todos? —le volví a preguntar

— Sí —me respondió.

No podía entender, ¿cómo podría tener todos los años? Entonces le pregunté:

— ¿Cuánto es todo?

— ¡Muchos! —me contestó, sin darme una respuesta concreta.

Quedé pensativa un momento y le pregunté qué había hecho en todos sus años de vida.

Y él comenzó su historia:

En mis primeros tiempos, había dinosaurios, y yo cazaba para sobrevivir, y casi todos los días hacía una parrillada con mis amigos. En aquel tiempo vivíamos en cuevas. Como yo tenía una novia, que por supuesto era la abuela, la llevaba a pasear en dinosaurios que volaban. Estaban todos los continentes juntos. Al dar un solo paso llegabas a otro continente, sin mayor esfuerzo.

Yo, como valiente de mi época, tuve que viajar en barco para comprobar si eran ciertos los rumores de la tierra plana... y ¡sí!, ¡era plana!, y como no me había dado cuenta que llegué al precipicio, ¡me caí, con barco y todo! Y me salvó una estrella, que andaba de paso, y gracias a ella no llegué donde estaban los monstruos.

Con el tiempo, poco a poco la tierra se hizo más y más redonda, separando los continentes. Ya había que ir en barco de un continente a otro, y así no ahogarse con tanta agua.

Después teníamos casas de piedras, como las de los Picapiedras; teníamos autos de piedras, camas de piedras y cojines de piedras.

— ¡Algo incómodo! —dijo.

— ¿Sabes? -me dijo-, yo fui compañero de curso de Jesús.

Mi abuelo se quedó dormido después de decir esto...

— ¡Abuelo!

— Zzzz —seguía durmiendo.

— ¡Abuelo!

Despertó de un salto.

— ¡Continúa!

— ¿Continuar qué? —me dijo

— ¡Tu historia!

— ¡Ah!, bueno...

Como te iba contando, yo le puse nombres a los planetas. Hasta los planetas que no se conocen, yo los conozco.

Cuando fui a EE.UU., lugar que yo construí, me mandaron a la Luna. Fui el primer hombre en pisar la Luna.

Cuando llegué, pude respirar sin problemas; y podía volar si yo quería.

Empecé a caminar y pude encontrar una ciudad de marcianitos, que eran del porte del dedo meñique. Cuando los vi, me sorprendí. Luego los marcianitos me saludaron y me dieron de comer todo lo que tenían. Todo era dulce; les pregunté cómo se llamaba su ciudad, y me dijeron todos a una voz:

— ¡DULCELANDIA!

Como todavía tenía hambre, me comí su ciudad. Luego, arrepentido, les construí una ciudad el doble de grande, con palitos de fósforos. Como yo era un gran arquitecto, me quedó preciosa. Les di las gracias y me fui, todos se despidieron en filas.

Seguí caminando, y me encontré con una familia gelatina de color celeste; me dio hambre, pero seguí de largo, o si no me los hubiera comido; pues tenía mucha hambre... Llegué a mi nave y volví a mi planeta.

Una vez que llegué a la Tierra, conté mi historia, pero nadie me creyó; mientras tanto, las gelatinas que habían subido, sin que yo me diera cuenta; bajaron de ésta, y causaron un gran desastre:

— ¡Crecieron hasta ocho metros!

Y destruyeron toda la ciudad. Como nadie las podía detener, yo tuve que transformarme en SÚPER ABUELO, y los derroté con mi súper poder.

Me dijeron que yo tenía la culpa; y les dije que no tenía idea de que se habían subido a la nave, la gelatina se subió sola. Todos me encontraron la razón.

También fui el mejor atleta de todos, saltaba hasta 20 metros de alto y de largo; era el mejor del mundo.

También fui el mejor artista del mundo; yo era el mejor en todo, a excepción de las matemáticas —dijo con orgullo.

Estuve prófugo durante 8 años, hasta que me pillaron que estaba en mi casa, como siempre. Todos los policías juraban que había escapado a otro planeta, porque no me encontraban en ningún país del planeta Tierra. Cuando me pillaron, como ya habían pasado 8 años, no se acordaban de qué me acusaban y quedé libre de cargos.

Nunca supe por qué me buscaban.

Un día me encontré con un ángel, me llevó con él al otro mundo, me gustó, pero preferí quedarme aquí.

Entonces, cada vez mi vida se hacía cada vez normal, como la de todas las personas; y se fue ubicando donde esta ahora.

Después de contarme su historia se quedó totalmente dormido, daba risa. Como había hablado tanto; se cansó.

Ahora que estoy más grande me doy cuenta que mi abuelo era un poco loco, que todo era fantasía; y que tenía una gran imaginación.

Pero cada vez que me acuerdo de sus locas historias, me doy cuenta que eran chistosas, y hacen reír a todas mis amigas. Mis amigas me dicen que tengo un abuelo muy fantástico y muy original.

Mi abuelo es el mejor, el más grande y lo mejor de todo es... que es mi abuelo y lo quiero.

SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

CIRCO BANDA INSTRUMENTAL DE ALICAHUE

Juan Pablo Guerra Salcedo
9 años
4º Básico, Escuela La Frontera de Alicahue
Profesora: Juana de las Mercedes Silva Tapia
Cabildo

En el año 1950 aproximadamente, el señor Humberto Montiel y don René Pérez idearon formar un circo para reunir fondos para construir el teatro y la sede del club deportivo y social de Alicahue. En esos años era muy famoso el circo Las Águilas Humanas, que hacían función en el teatro Caupolicán de Santiago y parodiando el nombre del circo se le denominó a este circo tan particular el circo Los Jotes Humanos, sus artistas eran todos de la localidad. Entre los artistas estaba el administrador del fundo, el señor Humberto Montiel como el Toni Caracho; Cenobio Castillo, como el Polaina; Ignacio Silva, como el Palitroque; y el trapecista era el señor Manuel Órdenes. Ramón Moreno y Leodoro Morales eran los barristas, también estaba el señor Sergio Lefort y otros artistas. Este circo hizo sus funciones en Alicahue y Cerro Negro y con lo que recaudaron más venta de licor, baile con reinado lograron construir el teatro y sede del club en propiedad del fundo del señor Jorge Silva Somarriva, fundado el año 1954.

También se formó la Banda Instrumental dirigida por el profesor de Llay-Llay, señor Víctor Montero:

Leodoro Morales: saxo
René Rojo: bombo
Francisco López: caja
Arturo Román: trompeta
José Rojo: requinto
Leuter Tapia: platillo
Delfín Tejeda: bugle
Carlos Gutiérrez: trombón
Gabriel Toro: quinto
Y otros más.

Esta banda participó en Chincolco y en Cabildo se midió con la Banda Instrumental del Regimiento Yungay de San Felipe, quienes apodaron a nuestra banda como Las Bandurrias Guachas.

Esta historia me la contó mi abuelito Leodoro Morales, que formó la banda de aquellos años...

TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL GUANACO DE MI TIERRA

Cynthia Daniela Arias Condori
12 años
7º Básico, Liceo C-3
Profesora: Elvira del Carmen Bugueño Varela
Putre

Había una vez un llamo que tenía mucha sed y hambre. Entonces caminó y caminó mucho, desde Visviri hasta Parinacota, y allí encontró un río y mucho pasto y empezó a alimentarse hasta que llegó a su lado una hermosa vicuña que era muy linda, delgada, alta y elegante. El llamo se enamoró de la hermosa vicuña y ella también del fuerte llamo y se casaron y tuvieron un hermoso hijito y le pusieron Guanaco de Parinacota.

PRIMER PREMIO REGIONAL
I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL GALLO Y EL PUCU-PUCU

Erwin Challapa Choque
8º Básico, Escuela E-50
Profesora: Clara Baeza Reyes
Colchane

Hace muchos años, en el tiempo de los incas, cuando todos los animales hablaban, un gallo cantaba en su pueblo todas las madrugadas, hasta que un día pasó un pucu-pucu y empezó a cantar a la misma hora. Desde ese momento empezó el gallo a discutirle que él era el que tenía que seguir cantando todas las mañanas como siempre lo había hecho.

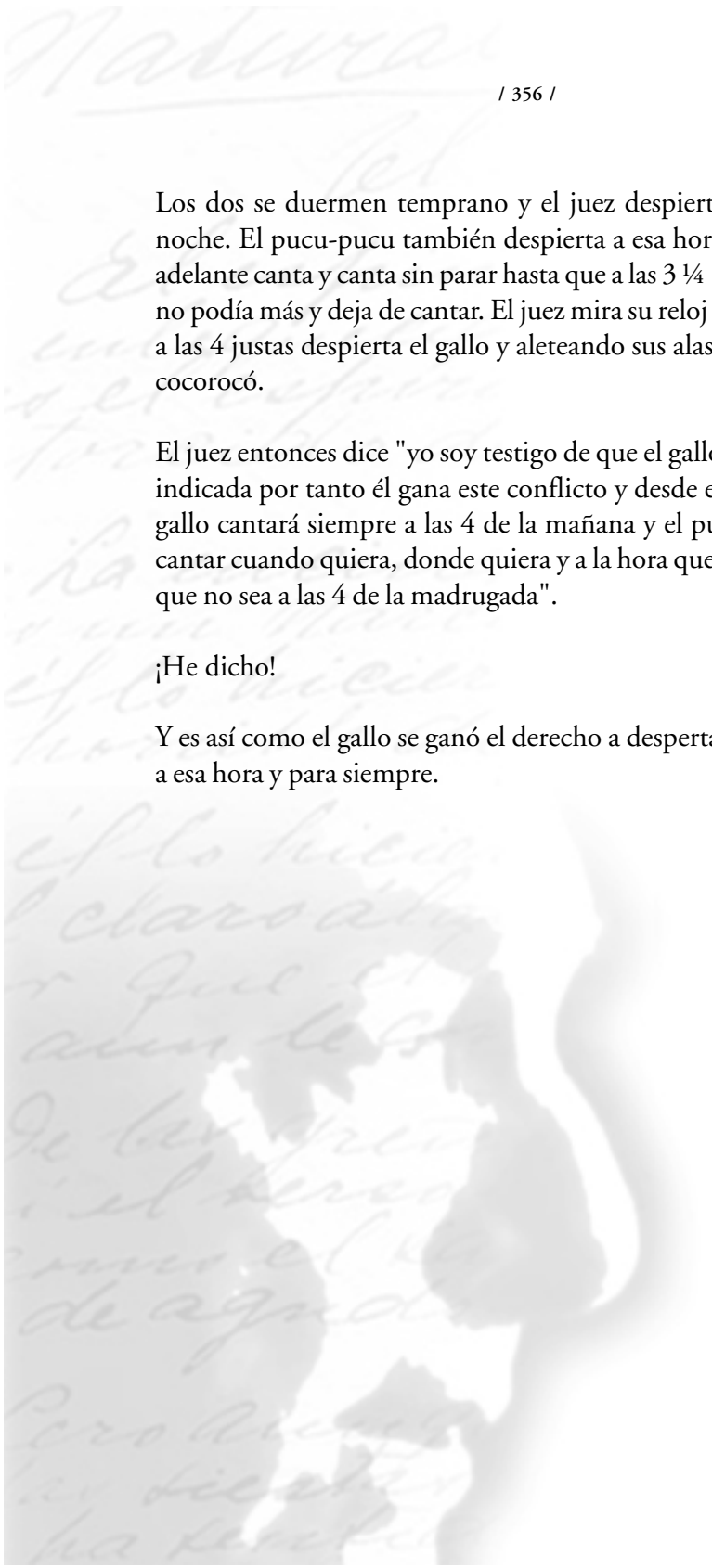
El pucu-pucu muy enojado dijo que iba a poner una demanda y se fue a un lugar de justicia y le explicó al juez que el gallo no lo dejaba cantar. Entonces el juez manda a buscar al gallo y como éste se vino caminando se demoró un mes en llegar. El juez les pidió que le explicaran la situación. El gallo entonces le dijo "yo canto a las 4 de la mañana y el pucu-pucu me copió" y el pucu-pucu le dijo "eso es mentira yo canto a las 4" y empezaron a gritarse, entonces el juez les dice haremos lo siguiente, el que cante a las 4 de la mañana en punto seguirá cantando a esa hora y para siempre. El pleito se hizo conflicto mientras el juez mandó a hacer dos hornos de barro, uno para el gallo y otro para el pucu-pucu. Los llama a los dos y les dice que esa noche tienen que dormir ahí y cantar a las 4 de la mañana. El que lo haga justo a esa hora ganará el conflicto.

Los dos se duermen temprano y el juez despierta a las 12 de la noche. El pucu-pucu también despierta a esa hora y desde ahí en adelante canta y canta sin parar hasta que a las 3 ¼ de la mañana ya no podía más y deja de cantar. El juez mira su reloj y al rato después a las 4 justas despierta el gallo y aleteando sus alas canta un fuerte cocorocó.

El juez entonces dice "yo soy testigo de que el gallo cantó a la hora indicada por tanto él gana este conflicto y desde este momento el gallo cantará siempre a las 4 de la mañana y el pucu-pucu puede cantar cuando quiera, donde quiera y a la hora que quiera, siempre que no sea a las 4 de la madrugada".

¡He dicho!

Y es así como el gallo se ganó el derecho a despertar a los hombres a esa hora y para siempre.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
I REGIÓN DE TARAPACÁ

CÓMO NACIÓ EL PACHALLAMPE

Karmina Trenci Jara Crespo
12 años
7º Básico, Liceo C-3
Profesora: Elvira del Carmen Bugueño Varela
Putre

Esta historia comienza un poco inusual, así es que no les quiero adelantar nada más, mejor que la lean.

En un día no muy cualquiera estaban conversando un indígena con el aire, el sol, la tierra y el agua.

Entre conversa y conversa, la tierra propuso si se podía crear alguna forma de que ella pudiera tener hijos. Sus amigos dijeron:

— Está bien ¿pero cómo?

Todos se pusieron a pensar.

Pensaron días y días pero no se les ocurría nada, hasta que se les ocurrió preguntarle al Yatiri (sabio), ya que él conocía todas las verdades y mentiras que existían.

Él les dijo que ya sabía a qué venían y que la respuesta la tenía él, pero debían pensar bien si querían hacerlo.

Les comentó a los cinco amigos que tenían que hacer un sacrificio y que antes de decir algo lo escucharan con atención.

"Ustedes para que la tierra pueda tener hijos tienen que separarse y a la vez ayudarse.

Tú, sol, serás el padre y te llamarán Tata Inti (padre sol). Tú, tierra, serás la madre y te llamarán Pachamama (madre tierra). Tú agua, serás la madrina y te llamarán Uma (agua). Tú aire, serás el tío y te llamarán Thoya (viento aire) y tú, indígena, te convertirás en un agricultor y serás el encargado de poner la semilla de vida en la tierra para que el sol le dé sus rayos, el agua su pureza, el aire la humildad y la tierra su regazo lleno de amor. Cada uno de los tuyos sabrá lo que tiene que hacer.

Los amigos aceptaron; pero querían saber el nombre del hijo e hija. Ella se llamará ch'uqi (papa), dijo el Yatiri.

Antes de despedirse, les dijo:

— ¿Por qué no le hacen una fiesta para recordarla siempre?

— Pero ¿cómo se va a llamar la fiesta?

— Qué les parece; Pachallampe (siembra de la papa)…

— Sí, sí, hagámosla.

Y así fue como nació Pachallampe, y con esto me despido hasta la próxima.

Nos vemos.

TERCER PREMIO REGIONAL
I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL CONDENADO Y EL GATO

Raquel Vilches Challapa
6º Básico, Esc. G-69, Enquelga
Profesora: Gladys Lazo Pérez
Colchane

Mi abuelo me contó que mucho tiempo atrás había en un pueblo del altiplano una señora embarazada, que tenía un gatito.

Una noche el gatito se encontraba echado al lado del fogón o brasero y de repente entró a la casa un condenado (demonio) y se fue derecho al fogón y empezó a comer ceniza. Al verlo la señora embarazada, se asustó mucho y se metió bajo las tapas de su cama, temblando de miedo. El condenado la vio y se dirigió hacia ella para matarla y comérsela, el gatito adivinó la intención del condenado, corrió y se puso delante de él.

— ¡Eh..., condenado!, antes de que te comas a mi señora ¡te echo una apuesta!

— Interesado, el condenado dice:

— ¡Dime pronto de qué se trata!

— Cuéntame los pelos que cubren mi cuerpo, si lo haces te comes a mi señora.

— ¡Trato hecho!

El condenado empezó a contar los pelos, pero al hacerlo se le volaban y perdía la cuenta, empezaba nuevamente y los pelos se le volaban, así lo hizo y otra vez sin poder terminar nunca, pasaron las horas, llegó el alba, cantaron los gallos.

El condenado al darse cuenta que estaba llegando el amanecer, salió despavorido porque no podía ver la luz del sol.

El gato miraba cómo huía el condenado y reía, contento, que el condenado no pudo comer a su señora.

PRIMER PREMIO REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL FLOREAMIENTO

Sebastián Alexis Barbeito Tarque
10 años
5º Básico, Escuela Nuestra Señora de la Candelaria, Caspana
Profesor: Miguel Bustos González
Calama

En mi pueblo Caspana se realiza una fiesta tradicional llamada el "Floreamiento". Esta se celebra en el mes de junio después de la fiesta de San Juan.

El floreamiento se realiza dentro de los corrales, que pueden estar en las estancias, quebradas, cerros, campos y algunas veces cerca de los ríos.

La fiesta consiste en que las mujeres perforan con una aguja las orejas de los animales y les ponen pompones hechos con lana de colores a llamas, alpacas y a todos los animales que posean.

Las personas entran al corral con las llamas y dan la vuelta tocando una música, echando vino y coca a la tierra y a los animales.

Después toman a las llamas más grandes y las ponen al frente de una mesa que contiene lana, pompones, vino y coca, pero a las llamas más chicas sólo les ponen un collar de pompones. Al líder de los animales (padrón), se le coloca un collar alrededor del cuello con una campana.

Después de terminar con las llamas, siguen las alpacas, después las ovejas, chivos y al último los burros.

Después de haber floreado a los animales, nuevamente les echan vino y coca encima. Luego los sueltan al campo para que coman, mientras tanto las personas descansan en una casa que se llama estancia y dos personas quedan cuidando a los otros animales que están en el corral para que no se vayan a escapar.

Cuando las llamas y alpacas están todas floreadas, las sueltan para que se vayan al campo a comer y el otro año ir a buscarlas.

Cuando sueltan a los animales ya floreados bailan y cantan un baile llamado "Pa`tras, pa'elante".

Después se van a una casa a comer, beber y a bailar "La ventana", baile tradicional de esta zona y de las fiestas.

Algunos tienen tantos animales que florean dos días o más. Esta gente el primer día florea solo llamas y alpacas, y el segundo día las ovejas, chivos y los burros, en el caso de que tengan muchos animales.

Después los sueltan al campo y dos ayudantes van a pastearlos.

Cuando están floreando echan brasa en un plato de barro, y una planta del campo que se llama coba, eso hace que salga un humo oloroso y lo pasan alrededor de la mesa y de los animales, tocando con una guitarra una melodía característica. Cuando ya pasan la coba y termina la ceremonia, la dejan en la puerta del corral.

Algunas familias florean junto con otras para ayudarse entre ellos y para hacer una sola fiesta, porque muchos se invitan a sus fiestas.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

JULIÁN

Viviana Pilar Colamar Colamar
12 años
7º Básico, Escuela Nuestra Señora de la Candelaria, Caspana
Profesora: Candy Carolina Ilaja Villarroel
Calama

Mi nombre es Viviana y tengo 12 años, pero me atrevo a decir que mi vida no comienza hace 12 años, mi vida parte el día en que empiezo a tener memoria, aquella que me ayuda a recordar lo que ya no tengo, lo que perdí, porque un día se fue para nunca volver. Recordar a mi abuelo que nació el año 1927 y que falleció el día 26 de diciembre del año 1998. Recordar su vida es recordar parte de la historia de Caspana. ¡Comencemos entonces!

Mi abuelo, Julián Colamar Colamar, nació en el poblado de Caspana, que se encuentra al interior de la ciudad de Calama. Él vivía con su madre y sus 4 hermanos, dos hombre y dos mujeres. Ellos son: Catalina, Feliciano, Narciso, Dolores y mi abuelo Julián. Narciso y Feliciano también murieron, ya más viejos, tal vez ellos tuvieron un padre, pero no lo conocieron jamás.

Mi abuelo comenzó a trabajar de pequeño para ayudar a alimentar a sus hermanos. Su madre también trabajaba para alimentarse. El sueldo que tenían por trabajar sólo era un pedazo de choclo, un poco de quinua y ajo, eso era el sueldo, porque antes en el pueblo no existía el dinero sino que se pagaba con cosas de alimento.

La ropa típica que usaban en esa época era de saco de harina que lo teñían con una planta, y unas ojotas porque antes no existían zapatos. Las ojotas se hacían de caucho y ellos mismo las confeccionaban.

Los apellidos de mi abuelo eran Colamar Colamar y son parte de la historia del pueblo de Caspana ya que en esta zona son característicos los apellidos: Colamar, Anza, Panire, Terán y Saire, y tengo la dicha de llevar un apellido que representa mi identidad con mi pueblo atacameño, ese que heredé de mis antepasados y que me llena de orgullo. Aún no se sabe el significado de estos apellidos porque están escritos en la lengua kunza que anteriormente se usaba y ahora ya no existe porque las personas dejaron de hablarla con el tiempo. Los apellidos que existen en el poblado de Caspana fueron heredados por caspaneños, pero algunas personas han venido de otros lugares y se han casado con la gente de Caspana y ahora sus hijos llevan otros apellidos como: Ayabire, Yucla, Mamani y otros.

Mi abuelo y su familia vivían en el sector del pueblo antiguo de Caspana, que fue el primer sector habitado por los caspaneños, después empezó a aumentar la cantidad de personas en el pueblo y por esta razón se comenzó a construir casas en la quebrada y en los alrededores. En el sector del pueblo antiguo existen lugares importantes para conocer y apreciar su valor histórico como: la iglesia, el campanario y el parque arqueológico que tienen y son el reflejo de la historia de nuestros antepasados.

Las casas con techo de paja y paredes de piedra canteada fueron construidas por las mismas personas del pueblo y en la actualidad se han mantenido las costumbres y tradiciones de construcción. Las pocas veces que llueve o nieva, nuestras casas sufren mucho. Hace tiempo, cuando mi abuelo era niño, en el pueblo cayó nieve, granizo y había llovido. La nieve alcanzó casi un metro de altura. Mi abuelo, sus hermanos y madre tuvieron que hacer a un lado la helada con una palita para llegar a la cocina, tomar desayuno y abri-

garse con la leña y la llareta que servían de combustible para hacer fuego y poder cocinar.

En el cerro, en el sector de Kablor, ubicado a 15 kilómetros de Caspana, el mal tiempo mató a muchas llamas, burros y otros animales. Desde esa vez jamás llovió y nevó de esa manera, esto les afectó mucho a las personas, sobre todo a los campaneños, porque habían perdido sus animales.

Siguiendo la historia, con el tiempo mi abuelo empezó a trabajar fuera de Caspana para conseguir algo de dinero. Su primer lugar de trabajo fue la azufrera, allí ganó su primer sueldo en dinero, luego se fue a trabajar a Toconce con otros compañeros de Caspana, Toconce y otros pueblos. En esa época conoció a mi abuela Isabel, ellos decidieron estar juntos y pasar un tiempo en Toconce porque ella vivía allá con su familia. Cuando mi abuelo la conoció, mi abuela Isabel ya tenía 2 hijas pero a él no le importó y se juntaron. Con el tiempo mi abuela y mi abuelo Julián tuvieron hijos e hijas.

Él trabajó hasta sus últimos días de vida como ministro de la Iglesia San Lucas de Caspana que tiene más de cuatrocientos años de existencia. También trabajó en el Museo de Caspana que muestra a todos los turistas restos de nuestros antepasados, útiles de trabajo, vestimenta y ubicación geográfica de la cultura atacameña que se estableció en estos lugares. Por lo tanto se puede decir que él dedicó su vida a mantener y dar a conocer nuestras tradiciones y nuestras costumbres, es decir, a nuestra cultura mezclada con la religión católica, dos cosas que le dieron fuerzas hasta el día de su muerte.

También luchó por mantener las tradicionales fiestas del pueblo como las fiestas religiosas (de santos y la virgen), y fiestas tradicionales como la Limpia de Canales, Floramiento y Fiesta de Todos los Santos.

Por un tiempo fue encargado de la comunidad del pueblo porque su tío lo dejó a cargo por ser parte de la familia, también fue parte del comité de Tradiciones y Costumbres, lo que le dio la oportunidad de que hicieran muchas cosas con la comunidad indígena como proyectos y visitas a otros lugares de Chile.

Si algún día el camino de la vida los hace tomar el camino que lleva a Caspana y preguntan por Julián Colamar, sabrán que fue un gran hombre, conocido por mucha gente de la Segunda Región y un ejemplo a seguir para los caspaneños.

La historia volvió a repetirse, mi abuelo no conoció a su padre y yo tampoco conocí al mío. Pero Dios me dio la gracia de tener a mi lado a Julián, a mi padre y abuelo al mismo tiempo, y que ahora me mira desde arriba y me bendice todo los días.

TERCER PREMIO REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL CUADRO VIVIENTE

Teresa Margarita Astudillo Maturana
13 años
Escuela G-98, Lucila Godoy Alcayaga
Mejillones

La Escuela de Michilla comenzó a funcionar en la planta minera que existía en la caleta del mismo nombre. Sus inicios surgen producto de la necesidad de educar a los hijos de los empleados de la planta, que sin ser numerosos, no tenían otra opción de educarse, debido a la enorme distancia entre la caleta y el más cercano centro poblado que es Mejillones.

Todas las tardes, después de clases se juntaban algunos niños de la caleta con otros de la planta a jugar en la Escuela. Siempre los juegos eran el imán que los llevaba a la planta, pero no se habían dado cuenta que, en sus tardes de juego, siempre tenían un observador. Se trataba de un cuadro en el que aparecía un payaso.

Los niños no habían notado, sino cuando unos de los pequeños fue a buscar la pelota y se fijó que el payaso ¡Se estaba peinando!

El niño corrió donde sus compañeros y les contó lo que había visto. Fueron todos a ver, pero solo observaron al payaso que estaba en la posición que siempre había estado. Mas, siempre que un niño solo llegaba cerca, el payaso comenzaba a peinarse. Tanto fue el temor de los pequeños por el cuadro del payaso, que el profesor hizo quemar dicha pintura al salir de vacaciones.

Al volver del descanso anual, con los niños también volvieron los juegos y por cierto, cada vez que los niños llegaban a buscar una pelota a ese pasillo ahí estaba nuevamente el cuadro con el payaso peinándose despreocupadamente.

El profesor al saber que dicho cuadro aún permanecía colgado en la pared, culpó a la persona, a quien pidió que quemara dicha pintura. Y para evitar los sustos de los niños, él personalmente quemó el cuadro.

Al año siguiente, la escuela fue trasladada a un local nuevo. En la inauguración hubo varios discursos y recuerdos de la escuela vieja. Cuando todos se fueron, en la noche, el profesor fue a buscar un libro que había olvidado, al entrar en su sala nueva, prendió la vela, y ahí en su lugar de honor de la muralla recién pintada... estaba el cuadro con el payaso, que estaba peinándose.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL FLOREAMIENTO

Rony Matías Colamar Colamar
12 años
7º Básico, Escuela Nuestra Señora de la Candelaria, Caspana
Profesora: Candy Carolina Ilaja Villarroel
Calama

El floreamiento es una fiesta tradicional en el poblado de Caspana, en especial para la gente dueña de animales de esta zona que posee llamas, ovejas, burros, cabras, etc.

Algunas personas realizan el floreamiento en el campo, otros lo hacen en el mismo pueblo de Caspana y van personas a acompañarlos. Algunos animales los tienen botados en el campo, es decir, viven y se alimentan en el campo, como las llamas, y los burros. Estos lugares están apartados del poblado y la gente tiene que salir al altar de los cerros a buscarlos y en cambio las ovejas y cabras son animales que se pastean en el pueblo.

Esta tradición se empezó a realizar, hace mucho tiempo, cuando nuestros abuelos estaban vivos, como una forma de marcar el ganado y pedir a Dios para que crezcan. El floreamiento también lo hacen en pueblos cercanos a Caspana como Toconce, Ayquina, Cupo, etc., pero tienen más animales que aquí en el pueblo, ya que aquí en Caspana sufrieron una fuerte enfermedad, como es el resfrío y comenzaron a morirse poco a poco, quedando sólo algunos animales. El animal más perjudicado fue la oveja.

El floreamiento empieza el 23 de junio de todos los años y es una fiesta que también tiene su santo, que en este caso, se llama san Juan. El día mencionado comienza con un "guaqui" (ceremonia de bendición) dedicado a los animales, y una persona tiene que ser el "yacho", que es una persona conocida en el pueblo. Él hace las veces de jefe de la ceremonia y bendice las flores y zarcillos para que no pase nada malo.

Al siguiente día participan todas las personas en la bendición, pagan sus mesas haciendo un hoyo en el suelo y ahí echan vino, hoja de coba y harina blanca (chulla) y luego lo tapan como pago a la tierra. Esta costumbre es del sector. Después se van a carnear animales para el almuerzo, cualquier tipo de animal (llamo o cordero) y mientras las mujeres preparan el alimento, los hombres toman desayuno y luego entran al corral y el primero en entrar lleva en sus manos un plato de "coba" encendida (incienso silvestre) y los otros van tirando el guaqui y después de todo eso, los hombres empiezan a pillar las llamas, otros tienen la costumbre de pillar los mayores que se identifiquen del resto de los animales por que tienen más años viviendo junto a sus dueños. El floreamiento de los animales continúa con el trabajo de las mujeres que traen flores hechas de lana, y mientras los hombres sostienen con fuerza el animal, ellas insertan en el lóbulo de la oreja del animal la aguja con la flor de lana y les dejan colgado como 6 flores a cada lado; a las hembras les ponen un zarcillo que son flores más grandes. En la mañana florean a las llamas primero, al resto de los animales los tienen pasteando.

Avanza la hora y se van al almuerzo que es un alimento típico de esta zona: como quinua, patasca (guiso de carne con maíz pelado) y pan hecho en un horno de piedra.

Continúan floreamiento en la tarde, si son muchas llamas, continúan con las llamas. Florean también los corderos y cabras con la misma ceremonia, pero a los corderos y cabras le ponen menos flores y a los animales pequeños les ponen un tipo de collar en el

cuello y a los moros, que significa que tienen una pequeña oreja, se les pone un pompón de lana y después de todo ese esforzado trabajo van a cenar y con mucha alegría se ponen a bailar unos bailes tradicionales de este pueblo que se llaman pa'tras pa' delante y ventana, que es acompañado con guitarra y arpa y se entona un canto típico de la fiesta. Al otro día los animales son llevados a sus corrales, lo que pastean libres en el campo son llevados al campo y la gente retorna a sus casas para volver nuevamente a florear sus animales el año siguiente.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL CARNAVAL DE MI PUEBLO DE CASPANA

Cristián Daniel Anza Anza
12 años
7º Básico, Escuela Nuestra Señora de la Candelaria, Caspana
Profesora: Candy Carolina Ilaja Villarroel
Calama

Cuando el carnaval se celebra, las personas de la ciudad de Calama comienzan a llegar para celebrar la fiesta, la cual comienza a fines de febrero o comienzo de marzo, dependiendo de la fecha del comienzo de la Semana Santa (cuarenta días antes, aproximadamente). Dicen las personas que en esa oportunidad de la fiesta, se suelta el diablo y las personas demuestran su alegría disfrazándose con ropas algo feas y llamativas utilizando por ejemplo: aguayos, polleras, pantalones, chaquetillas y harina para pintarse la cara. También usan máscaras hechas de cuero de chivato. Cantan coplas y remates, que son como melodías que riman unas con otras. Un grupo canta una copla y el otro grupo le contesta con un remate.

La fiesta comienza cuando los viejos carnavales visitan las casas del pueblo, hombres disfrazados llegan cantando y saludando a los dueños de casa esperando que los atiendan con alimento y algo para beber, que generalmente es vino, otros empiezan a hacer maldades (sacan cosas de las casas para esconderlas y entregarlas el último día de fiesta mediante un juego de compra y venta) y arrancarse de las personas que están en presencia y cuando los carnavales empiezan a hacer estas maldades y chistes, todos se ríen mucho.

Los viejos carnavales tienen que recorrer todas las casas del pueblo haciendo y respetando una familia compuesta por el viejo carnaval, su señora, los hijos y los nietos. Como ya se dijo, todos son hombres y algunos tienen que disfrazarse de mujer para representar a la esposa o a las hijas. Se hacen acompañar por un instrumento llamado bombo y agitan banderas blancas para expresar su alegría y que sepan que están llegando al lugar. La fiesta dura aproximadamente cinco días y una vez que llega el último día, todos los carnavales se encuentran en la iglesia del pueblo de Caspana para pedir perdón por todas las maldades que hicieron durante los días de fiesta y algunos empiezan a llorar porque en los días anteriores estaban con alegría pero el carnaval se va y el pueblo se queda muy tranquilo y silencioso porque las personas se van a sus hogares y los carnavales se despiden y se van a la casa mayor para cantar la despedida. Luego bajan corriendo al Calvario para seguir despidiéndose y botan todas las maldiciones y todo lo malo que se acumuló y que les ha ocurrido en los días de carnaval porque el carnaval se va yendo. El canto de despedida es:

"Ya me estoy yendo
quién se acompaña conmigo,
si no me acompaña nadie,
solo sigo mi camino".

"ya me voy,
ya me estoy yendo,
otra vez me esto volviendo".

"siguai siguai siguaicito,
espérame por ahicito
sino llego tardecito,
mañana en la oracioncita".

La gente celebra el carnaval, porque sigue las tradiciones y las costumbres que se han mantenido año a año en este pueblo.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LA PASTORA Y LA CHICHA

Emelin Mariana Terán Terán
11 años
6º Básico, Escuela Nuestra Señora de la Candelaria, Caspana
Profesor: Miguel Bustos González
Calama

Una pastora debía hacer una fiesta, pero no tenía maíz para hacer chicha y estaba triste porque su cosecha de maíz se había helado.

La pastora estaba preocupada porque se acercaba el día de la fiesta y no podría hacer la chicha, entonces salió a hablar con sus vecinos para ver si le podría ayudar y cooperar con algunos granos de maíz, pero dijeron que su cosecha había sido muy mala, y se fue muy triste.

La pastora después se fue a caminar al campo y por el camino se encontró con dos animales, un sapo y una paloma. Estos estaban conversando y la pastora les habló, y ellos un poco asustados le preguntaron: ¿qué buscas, linda señorita?, y la pastora les respondió, ¡busco maíz, porque tengo una fiesta y no tengo granos para hacer la chicha y ninguno de mis vecinos de acá del campo tiene maíz, la cosecha fue demasiado mala! Y la paloma le pregunta, ¿por eso estás tan triste? Sí, le dijo la bella pastora. ¿Qué se ocupa para una fiesta?, preguntó uno de los animalitos, y la pastora respondió: se ocupan muchas cosas para la boda, como zanahoria, papa, zapallo y para la chicha maíz ¡tantas cosas! respondió el sapo. Y la paloma le preguntó, ¿se ocupa carne?, y la pastora le respondió. ¡Sí, lo que más se ocupa es carne! Entonces la paloma y la hermosa pastora se

pusieron muy contentas y empezaron a buscar las cosas. Entonces la pastora, el sapo y la paloma se fueron para Caspana y ahí todas las familias cooperaron con algunos granos de maíz, y al final juntaron dos sacos de maíz, y después se devolvieron al campo y ahí sembraron papa, zapallo y zanahoria y la hermosa pastora dijo ¡esto se va a demorar en crecer! Y la paloma le respondió, ¡ten paciencia y fe!, y los tres se fueron a dormir.

Durante la noche la paloma salió afuera y se le apareció San Antonio, quien le dijo a la paloma: ¡Echa estos granos de magia en lo que sembraron hoy día! Y la paloma fue y colocó los granos de magia en toda la siembra.

Al otro día cuando fueron a regar ya había crecido toda la siembra. Sorprendidos y contentos empezaron a cosechar y juntaron muchas cosas que antes no tenían y la preciosa pastora les dijo a sus amigos: ¿vamos a almorzar? y los tres se fueron y después la pastora les dijo ¿quieren moler el maíz?, ¡sí! dijeron los dos animalitos, y la pastora les dio un saco a cada uno y el sapo empezó a moler en una cona (piedra que sirve para moler algunos alimentos) y la paloma partió en dos pedazos el maíz y después la paloma colocó cuatro pedazos de maíz en los cántaros y echó agua, luego puso un pedazo de género sobre ellos para taparlos y amarró todo con un hilo, y dejó fermentar tres días, mientras el sapo recién tenía medio saco molido.

Cuando terminó de moler el maíz, el sapo le entregó el maíz molido a la pastora, para hacer el pan.

Un día antes de la fiesta fueron a buscar tres llamas, las carnearon, y ese mismo día hicieron el pan con la harina que molió el sapo. Al otro día empezó la fiesta de San Antonio y se hizo una misa en honor al santo.

Después la pastora hizo una boda (almuerzo) e invitó a toda la gente del pueblo de Caspana y la boda consistía en cazuela de lla-

ma, y un segundo plato de patasca (maíz pelado) y después se sirvió la chicha.

La pastora estaba muy agradecida con el sapo y la paloma que le habían ayudado para conseguir todo lo necesario para la fiesta junto a San Antonio y después de la fiesta el santo le trajo un novio a la pastora y nunca estuvo sola pues además el sapo y la paloma vivieron junto a ellos.

Y así nunca más le faltó algo y vivieron felices.

PRIMER PREMIO REGIONAL
III REGIÓN DE ATACAMA

TELÉSFORO MARTÍNEZ, EL AMIGO DE LOS VELORIOS

Andrea Sophia Zamorano Zamorano
12 años
7º Básico, Escuela Pedro León Gallo
Profesora: Celia Ernestina Carmona Bravo
Copiapó

Cierta vez, cuando disfrutaba del verano en una de esas solitarias playas acompañada de mi familia, recuerdo que caía la noche y nos reuníamos en torno a la tenue luz de una vela, mi abuelita, hija de mineros, contaba muchos cuentos e historias de terror que alguna vez sus padres le habían contado, no sé si con tanta magia o no, pero yo ansiosa esperaba cada noche sus relatos que terminaban por enfriar mi espalda y erizarme el cabello.

Una de aquellas historias era sobre un minero, para mí de curioso nombre "Telésforo Martínez", hombre fuerte, rudo en las peleas, criado en el cerro y sin miedo a nada, como él mismo se decía. Cuando bajaba a vender el metal, gastaba su dinero en cantinas y velas, sí en velas; por que tenía la costumbre de asistir a cuanto velorio hubiese en el pueblo sin importar si el difunto fuera o no conocido, "El amigo de los velorios" le llamaban algunos, otros "el loco de las velas".

Cada vez que se enteraba de un velorio, se colocaba sus mejores trapos acompañado su atuendo de un retazo negro que colgaba

sobre su cuello y por supuesto con un par de velas, de esta forma, hacía su entrada en el cuarto, miraba con cierta compasión al difunto y luego se sentaba sin conocer a nadie, sin hablar con nadie, como burlándose de los rostros tristes de los dolientes y quizás tratando de entender el significado de la muerte y su propia partida algún día. Los presentes se sorprendían al ver a aquel extraño personaje, al amigo quien sabe de quién... que parecía gozar de estos sucesos.

Un día, como de costumbre luego de vender su metal, partió a una cantina cercana, tomó unos cuantos tragos y se llegó la noche, cansado se dirigió a su casa y mientras iba caminando a lo lejos divisó una extraña luz que le causó curiosidad y hacia allá se dirigió; llegó a una casa, golpeó y a la vez gritó ¡aló!, ¡aló! ¿Se encuentra alguien en casa? Pero nadie respondió, el hombre al ver que la puerta estaba entreabierta la empujó un poco y grande fue su sorpresa ya que se encontró con un ataúd en el cual había un difunto. El hombre dijo: pobre muertito, tan solito que está, le haré compañía hasta que lleguen los demás.

El hombre se quedó por largas horas acompañándolo pero luego en vista que nadie llegaba y que las velas se achicaban, sintió un extraño miedo y decidió marcharse. Luego de caminar un buen rato escuchó que alguien le decía: ¡Eh, tú, espera! ¡Espera! El hombre al escuchar que le gritaban miró hacia atrás pero no divisó a nadie, luego volvió a escuchar la misma voz que le decía: ¡Tú, amigo, el que estuvo acompañándome en el velorio! El hombre se quedó pensando y se preguntaba entre sí, con quién estuve; no he estado con nadie, volteó la cabeza y vio al difunto que lo venía siguiendo. Se restregó los ojos y se dijo: Estoy viendo visiones. Volvió a mirar y se dio cuenta que se trataba del hombre del ataúd. Armado de valor le dijo unos cuantos garabatos y apresuró el paso; el hombre al ver que el difunto igual se apresuró, comenzó a correr. Tembloroso y sudoroso rápidamente subió a un árbol solitario que se encontraba en medio del camino, cómo única vía de escape a su frío amigo, y de repente siente que alguien con un hacha comienza

a cortar el árbol con mucha fuerza, mira de reojo y se da cuenta que se trataba del muerto que le decía: baja, sólo quiero un poco de compañía porque me siento muy triste ya que nadie estaba en mi velorio y mis velas se están apagando... Por su parte Telésforo se abraza a las ramas del frondoso árbol, apretando los ojos y pensando que tal vez el consumo de alcohol le había causado alucinaciones; sin embargo seguía sintiendo el golpe del hacha que parecía ya derribaba el grueso tronco a la vez que la sombra del ente crecía a cada golpe y ya pronto lo alcanzaba en la copa del árbol; la cura se le espantó del susto y comenzó a rezar pidiendo que por favor lo dejara en paz de una vez por todas, prometiendo regresar si lo dejaba tranquilo, a la mañana siguiente, a llevarle un par de velas, una corona de flores y estar con él un momento; y así de tanto rezar y suplicar se acordó de un viejo amigo que una vez le dijo: Cuando canta el gallo las almas en pena se retiran porque llega la madrugada y dejan libre a quien están molestando. El hombre al saber había estado en el velorio toda la noche y al recordar que al momento de salió de la casa ya era casi de madrugada, se sintió un poco más aliviado, aunque los minutos parecían interminables horas a golpe de hacha. De repente se oye cantar al gallo y un suspiro profundo se arranca de su pecho al mismo tiempo que el espectro deja caer el hacha al suelo y se desvanece entre la bruma del amanecer. El calvario había terminado pero sus temblorosas piernas le impedían bajar del árbol, entumecidas por el frío y el pánico; pasaron unas cuantas horas más y el sol brilló en lo alto de los cerros, se dio valor para bajar y observó que el árbol estaba intacto, sin ningún rasguño ni marca, excepto las ramas que él mismo rompió en su desesperación por subir al árbol.

Desde ese día Telésforo prometió no asistir nunca más a un velorio que no fuera de algún familiar, amigo o conocido y no acompañar más allá de la media noche al difunto para no volver a tener dicha experiencia, como ser parte del velorio de un desconocido y por sobre todo a respetar el dolor de las personas.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
III REGIÓN DE ATACAMA

UN ESFUERZO POR EL PROGRESO

Iván Lautaro Edgardo Espinoza Garrido
12 años
7º Básico, Escuela Pedro León Gallo
Profesora: Celia Ernestina Carmona Bravo
Copiapó

Ubicado a 40 kilómetros hacia el norte de Concepción se encontraba Ñipas, era un pueblo muy particular, ni siquiera salía en el mapa de la región; se caracterizaba por ser natural totalmente, no había electricidad. El trabajo se hacía a mano y se demoraban mucho en realizar cada cosa. La actividad campesina era la agricultura para sobrevivir pobremente. No había adelantos y la tecnología de hoy no se conocía, por lo tanto las cosechas eran pobres y se demoraban mucho tiempo en realizarse.

Un hombre joven y fuerte llamado Hernán, hijo de campesino y que había nacido y criado en el pueblo tenía el sueño de que su comunidad tuviera adelantos, como por ejemplo la electricidad, pero no encontraban apoyo en su pueblo. Las personas encontraban que era una pérdida de tiempo y que todo costaba muy caro. Solamente una persona lo ayudaba, era María, su esposa. Todo el pueblo decía que estaba loco por aspirar a tener progreso en la comunidad, pero Hernán seguía insistiendo en la idea de la electricidad ya que cambiaría la forma de trabajar en forma más liviana. Es por ello que partió a Concepción para investigar con las autori-

dades de cómo lo podía hacer. Le dijeron que tenía que juntar un poco de dinero por cada familia y que el resto lo ponía el gobierno, ahí se dio cuenta que se podía realizar su sueño tan esperado.

Pero había un problema, la comunidad era pobre y no tenía suficiente dinero como para pagar su cuota y las cosechas no eran abundantes como para venderlas fuera del pueblo. Al principio se resignó en su intento, le contó a su esposa de lo imposible que era realizar el sueño para la comunidad. Ella quedó preocupada de la situación y en la noche se quedó pensando en cómo podía resolver el problema ya que esta oportunidad no se volvería a presentar. Se le ocurrió una idea y en la mañana se la contó a Hernán, le dijo que convencieran a la gente del progreso para el pueblo y sus vidas, que el trabajo sería más liviano y que ahorrarían dinero ya que no tendría que comprar tantas velas y parafina para hacer "chonchones" para producir luz, además que no se producirían accidentes por fuego.

Hernán logró convencer a las personas y se pusieron a ahorrar hasta juntar todo el dinero. Una vez acumulado el dinero que se necesitaba se fueron a la ciudad con diez carretas de amanecida para hablar con las autoridades y de esta manera traer los implementos necesarios para producir la electricidad: ampolletas, un motor, cables, las herramientas, etc. Las autoridades los felicitaron por aceptar que el progreso llegara hasta su comunidad, así fue como le pasaron los implementos y alegremente se fueron hasta Ñipas. Sólo una cosa les faltó, el electricista para realizar el trabajo. Hernán tuvo que asistir a una comunidad cercana donde había una persona que realizaba estos trabajos y debió decirle que luego le pagarían ya que no contaban con dinero en esos momentos, lo cual fue aceptado.

Lo más importante es que el trabajo fue de toda la comunidad, ancianos, niños y jóvenes trabajaron de sol a sol y sin importar que si llovía o hacía mucho calor hasta que llegó el día de colocar la última ampolleta y proceder a la inauguración. Todos se vistieron

con sus mejores trajes esa noches hasta que llegó el momento de apretar el interruptor y que se dio la oportunidad a Hernán por su esfuerzo hacia la comunidad. Todos estaban felices, emocionados al ver por primera vez luz eléctrica y de cómo cambiaría su vida de ahora en adelante.

TERCER PREMIO REGIONAL
III REGIÓN DE ATACAMA

EL EMBALSE

Carolina Elisa García García
12 años
7º Básico, Escuela Pedro León Gallo
Profesora: Gloria Venegas
Copiapó

En un pueblito al interior de una región del Norte Chico, vivía una mujer llamada Aída, con sus cinco hijos, todos ellos pequeños, entre 12 y 4 años de edad. Se mantenían de un pequeño huerto y la crianza de aves y cabritas. Su vida, como comprenderán, era muy modesta. El mayor de los niños se dedicaba a pastorear las cabritas, acompañado de su perro que él llamaba Capitán. La niña, que seguía después de él, ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa, mientras que los más pequeños cuidaban el huerto y alimentaban las aves.

En ese lugar tan apartado, no existía una escuela donde todos los niños pudieran estudiar, por lo tanto su madre, de lo poco que sabía trataba de enseñarles a sus hijos, por lo menos lo más importante, que era saber leer, escribir y también tener buenas costumbres.

Su vida era muy tranquila y rutinaria, como debe ser la vida de campo, y muy sana además.

Ocurrió que en cierta ocasión, llegaron unos señores de la capital, a estudiar los terrenos que existían más arriba de donde vivían Aída y sus hijos; se decía, que andaban viendo un lugar donde construir un embalse, porque venían tiempos de sequía y debían juntar agua

para poder proveer de este vital elemento a todos los agricultores de la zona, y también para asegurar el consumo diario de las personas que vivían en las grandes ciudades cercanas a aquel lugar.

La obra comenzó a construirse a mediados de año y ya para el verano estuvo terminada. Una gran cantidad de agua se acumuló en este embalse, aprovechando los deshielos típicos de esta época del año que se producen en la cordillera, daba la impresión de ser un inmenso lago.

Un día a la semana, iba la mujer con sus hijos a ese lugar, ya que en él se formaba una pequeña playita, que la madre aprovechaba para bañarse y disfrutar con sus niños.

Pasó el verano, llegó el otoño con los vientos característicos de esa estación, que hace caer las hojas de los árboles y los va dejando desnudos, como avisando que ya viene el frío invierno, y éste no tardó en llegar, más frío que nunca y sin una gota de agua como lo habían previsto los expertos. Sin embargo, a fines del mes de julio, algo en el aire hacia notar un cambio, un viento tibio y unas nubes oscuras que venían desde la costa anunciaron la lluvia, lluvia que se dejó caer en la noche. En las primeras horas, ésta fue recibida con bendiciones y alegría, no así después de un día completo que no cesaba de llover, ya que esto se transformó en un temporal que arrasó con los cultivos de todos los lugareños del sector. Pero la mayor tragedia se vivió la noche siguiente, cuando recién construido el embalse no soportó la gran masa de agua y se rompió, llevando consigo todo lo que estaba a su paso, incluida la casita de Aída.

Momentos antes de que sucediera esto, Aída quizás con el presentimiento de madre tomó a sus pequeños niños y al perro, los llevó a un lugar seguro, que los protegiera de esta catástrofe, salvándose todos de tan terrible acontecimiento.

Aída dio las gracias a Dios por haber salvado las vidas de sus hijos.

Muchos campesinos sufrieron la misma desgracia de esta mujer, y con el tiempo y trabajo recuperaron lo perdido. Y prosiguen su tranquila y feliz vida de la familia de campo.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
III REGIÓN DE ATACAMA

UNA LECCIÓN DE LA VIDA

Rosse Salazar
14 años
1º Enseñanza Media, Liceo Jerónimo Godoy
Profesora: Alejandra Ardiles A.
Alto del Carmen

En un pueblo muy pequeño y lejano vivía una anciana cuyo nombre era Petronila, ella siempre estaba pendiente de las vidas ajenas, siempre se enteraba de quienes llegaban y quienes se iban, en especial de los problemas y peleas ajenas. Ella en la puerta de su casa tenía un hoyito por donde observaba a todos y husmeaba por las ventanas también, hasta que una noche fue un señor a caballo vestido de negro, luego se bajó del caballo, golpeó la puerta de Petronila, y ella misma salió. El hombre le dijo: "buenas noches, señora. ¿Me puede guardar este paquete?... mañana a esta misma hora lo vendré a buscar...".

Petronila le dijo que así lo haría. Pasaron las horas y a Petronila le entró la curiosidad de abrir el paquete, al abrirlo se llevó una gran sorpresa, eran huesos de muertos. Petronila tenía tanto miedo que fue de inmediato a la iglesia y le contó todo lo sucedido al cura. Este le dijo que esto se trataba del mal.

El cura le recomendó que le fuera a preguntar al curandero o hechicero. Ella fue donde el curandero y le contó lo sucedido. El curandero le explicó lo que le iba a pasar. Él le dijo: "La próxima noche, a la misma hora, el Diablo te va a venir a buscar para llevarte en

cuerpo y alma". Le dijo además que para librarse de eso debería tener una guagua llorando en la mano derecha y en la mano izquierda el paquete para entregarlo. Llegó la noche y así lo hizo Petronila, el Señor de negro (el Diablo) llegó, tomó el paquete y le dijo que si no tuviera esa guagua llorando en los brazos se la hubiera llevado en cuerpo y alma y es así como Petronila se salvó y nunca más volvió a espiar a la gente ni meterse en las vidas ajenas.

PRIMER PREMIO REGIONAL
IV REGIÓN DE COQUIMBO

TEJEDORA DE SUEÑOS

Nicole Elizabeth Muñoz Albornoz
16 años
Colegio Serena
Profesor: Guillermo Labra
La Serena

La brisa matinal desordena sus cabellos, el poderoso calor ha comenzado a curtir sus delicadas manos y la humedad del agua ha dejado estragos en sus pliegues.

Doña Carmen Cox nació en Vicuña hace ya más de ochenta años. Sin embargo nunca vivió en aquella ciudad, pues su familia era nómade y se trasladaba de pueblo en pueblo. La familia estaba constituida por nueve hermanos, siete mujeres y dos varones. Su madre dejó su vida como dueña de casa y su padre confeccionando sombreros. Al cumplir Carmen los siete años, su padre la incitó a aprender el oficio de la construcción de los sombreros de cola de zorro. Para esto, le explicó todos los pasos que debía seguir. Primero debía levantarse muy de mañana a recolectar la cola de zorro que crecía en los pantanos, luego debía llevarla a su casa y tenderla bajo el sol hasta que se secara por completo; este proceso dependía exclusivamente del tiempo semanal. Concluida esta fase, debía llenar un balde con agua y depositar allí las tiras para que se remojaran sólo un poco. Luego las cogía de a una y les daba el grosor indicado con la ayuda de una aguja. Al juntar seis tiras en óptimas condiciones podía comenzar el trenzado de éstas y al crear muchas tiras podía coserlas a mano y dar forma a los más exquisitos y finos sombreros,

que su padre vendía a los agricultores para capear el calor durante las faenas.

Doña Carmen creció viendo a su padre vivir de este noble oficio y por eso, a pesar de que todas las hermanas lo aprendieron, fue ella quien le tomó un especial cariño y comenzó a crear variedades de formas, como los sombreros chinos, mexicanos, para dama y de simple adorno. De esta forma, se convirtió en una mujer muy hábil en su trabajo.

Con el paso de los años, conocería a un hombre del que se enamoraría perdidamente y con el que se casaría para formar una familia; su marido trabajaba en la agricultura, por eso nunca dejó de practicar su oficio. Sin embargo, su esposo era demasiado parecido a su padre, un hombre nómade y Carmen decidió terminar con la relación. Gracias a esto, llegó al pueblo de Gualliguaica, con once hijos a cuestas y un gran desafío por comenzar. En un principio creyó que la confección de los sombreros le podría dar un total sustento para su familia, pero los antes campesinos habían emigrado a los centros urbanos en busca de mejores oportunidades y ya no tenía los mismos compradores de antes. En consecuencia de esto, decidió emplearse en la escuela del pueblo, donde trabajó hasta que pudo jubilarse, como manipuladora. Pero, esta nueva labor nunca significó que Doña Carmen abandonara lo que realmente le gustaba y a pesar de la poca demanda continuó con la confección de sombreros para tiempos mejores.

A medida que las hojas fueron cayendo, sus hijos fueron creciendo y la gran mayoría de sus inquietudes estaban centradas en viajar a la ciudad y estudiar para no volver al pueblo con las manos vacías y poder retribuir todo el sacrificio realizado por su madre. Doña Carmen no se opuso a que estudiaran porque pensaba que era la única forma en que podrían tener mejores vidas, sin embargo no los dejó marcharse sin que aprendieran el oficio. Por esto, les enseñó a todas sus hijas la confección de sombreros y los pasos a seguir.

Sus hijos se marcharon y cada día se fue quedando más sola. Gualliguaica le brindó protección y tranquilidad, hasta que se decidió un cambio de ubicación del pueblo debido a la construcción del embalse Puclaro. Esto no tenía muy contentos a los pobladores, pues perderían sus huertos y el terreno en el que habían vivido por siempre; pero doña Carmen estaba de acuerdo, porque creía que el cambio tendría sus beneficios: una casa proporcional a los habitantes de esta y de mejor material, la implantación de alcantarillado y el mejoramiento de la escuela del pueblo. Sin embargo, nunca pensaron que el cambio sería fácil, porque si bien sólo debían pagar el costo de todas estas mejorías, era un sacrificio que no todos los habitantes estaban dispuestos a realizar.

Afortunadamente, luego de varias asambleas y conversaciones lograron llegar a un acuerdo con los empresarios y el gobierno, comenzando así el traslado del pueblo.

En la actualidad, los pobladores están felices, dicen eso sí que les costó mucho acostumbrarse al cambio y que replantar sus huertos no fue tarea fácil; pero saben que esta oportunidad les cambió la vida a ellos y a los próximos habitantes del pueblo.

Por su parte, doña Carmen vive en la segunda avenida del nuevo pueblo, junto a dos de sus hijos y una nieta que la acompañan cuando pueden. Gracias al auge que tiene en el Valle del Elqui la uva de exportación, ha vuelto a vender sombreros a los agricultores y con esta ganancia más su jubilación logra mantenerse. Quien la visite podrá descubrir su sonrisa alegre, su sentimiento verde de paz, sus laboriosas manos que se humedecen para dar forma a la trenza de los más hermosos sombreros de "soguilla", como ella la llama, la calidez de su hogar, la esperanza en su pueblo y sobre todo en su juventud y quizá lo más importante, el valor que da a lo autóctono y la negativa constante a una mudanza a la ciudad que sus hijos le han pedido, por saber a ciencia cierta que es en Gualliguaica donde debe vivir hasta sus últimos días y donde cada

mañana, apenas sale el sol, la podrán ver recolectando la cola de zorro, bajo el puente y durante las tardes se sentará en su sillón predilecto junto a su nieta a la que le está enseñando el oficio.

El sol se oculta tras las llanuras que rodean el pueblo, el viento da ligereza a las nubes para sus movimientos danzantes, las hojas de los árboles comienzan un meneo incesante y sólo se oye el susurro de la aguja que forja los sueños de todo un pueblo.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
IV REGIÓN DE COQUIMBO

PANCHITA, LA LORITA

Benjamín Eduardo Marín Núñez
8 años
3º Básico, Colegio El Romeral
Profesora: Margarita Marín Molina
La Serena

Mi abuelito Wenche solía contarme la historia de una lorita llamada Panchita, y yo la conozco, aún vive en casa de ellos. La Panchita llegó desde el Brasil con sus primeros dueños, su amo se llamaba Damián y ella Abigail. Llegaron en un barco desde el Brasil, en el Araucano, al puerto de Valparaíso. Se instalaron a vivir en el Cerro Barón hace muchos, pero muchos años. Luego de unos años, falleció don Damián y Abigail regresó a Brasil; no pudiendo llevar a su compañera Panchita, una lorita muy habilosa que hablaba como una persona, tuvo que tomar la triste decisión de regalarla. Así fue como Panchita llegó a manos de la Sra. Eliana, vecina suya, quien tenía una bodega de frutas y verduras en el Cerro Barón. Allí Panchita vivió feliz, libre, andaba suelta haciendo lo que ella quería, saltando de una canasta de verduras a otra, comiendo papas y porotos verdes, haciendo tira las manzanas. Todos los cargadores que llegaban a dejar mercadería le empezaron a enseñar garabatos, así es que ella era la gran atracción de la tienda. Corría el año 1973, el tiempo de las colas, así es que ella se entretenía gritándole a la gente: "A la cola de las papas, vengan (moviendo su alita como haciendo señas), a la cola de las papas, tuerto...". Cuando tocaban el timbre, Panchita gritaba: "carta". A veces pedía "Coca-Cola". Cada vez que entraba o salía un cliente, los saludaba diciéndoles: "Hola", "chao" o "hasta

luego". Una hermana de mi abuelito Wenche vivía al lado de esta verdulería, fue así como él conoció a Panchita. Muy entusiasmado mi abuelito, por ser muy querendón de los animales, quiso comprarla para traérsela a su casa en el campo, donde él vivía junto a toda su familia. La dueña de la verdulería, la Sra. Eliana, aceptó vendérsela encantada, ya que Panchita la tenía muy aburrida por picarle y hacerle tira las verduras, debiendo así tener que encerrarla en el gallinero. Muy asustada Panchita de que el gallo la podía pisar igual que a las gallinas, se trepaba por el muro, hasta llegar al techo, saltando así a la casa vecina, la casa de la hermana de mi Tata Wenche, conquistándose así a mi abuelito, ya que era muy habilosa y hablantina. Decidido a comprarla, mientras en esos tiempos corría el mercado negro, compró a Panchita en 500 escudos. Panchita fue traída a Tabalí, pueblito donde él vivía, en Andes Mar Bus, una conocida línea de buses de la época. Llegando a Ovalle Panchita se salió de la caja en que la traían, mi abuelita muy asustada que podía picar a la gente, le dio su mano y la llevó a su hombro, ahí terminó su recorrido Panchita hasta Tabalí. Así llegó esta lorita a la casa grande de mis tatas, donde vivían ellos con sus 5 hijos. Al llegar a la casa, la lorita se daba solamente con mi abuelita Ana, siendo que el entusiasmado en tenerla era mi abuelito, pero no hubo caso, no lo quería a él sino a mi abuelita. Así fue como mi abuelita empezó a encariñarse con ella, la ponía en un dintel de una de las ventanas de la cocina, de donde cantaba la raspa popular diciendo: "bailar, bailar, bailar, la raspa popu..." hasta ahí llegaba, no sabía el resto, o llorando, como una persona, diciendo en sollozos: "Panchoto, Panchoto...", tal vez un antiguo novio que dejó en Brasil, ya que siempre lo nombra cuando hace su show. Acá comenzó a aprender otras palabras, llamaba a cada uno de mis tíos diciendo: Ana, o Aurora, Quico, Lalo o mamáaa. Eso sí, como mi abuelita era la profesora del pueblo, no le gustaba escuchar garabatos, le fue enseñando a Panchita a no decirlos, y así Panchita se olvidó de esas feas palabras. Panchita se transformó en una hermosa compañera para mi abuelita, ya que es cariñosa, conversa, tararea canciones, cuando uno está cantando. Si no lo creen, pueden comprobarlo, Panchita

aún vive y tiene casi ya noventa años. Eso sí que es brava, ella acepta a mi pura abuelita Ana, y es muy celosa, si no se acerca a ella cuando Pancha está cerca, la pica a ella, si no nos alcanza a nosotros; ya ha picado a todos mis tíos y algunos de mis primos ahora. En la casa donde ella llegó, la antigua casa de mis abuelitos, Panchita era muy feliz, ya que esta era una casa grande con 3 patios, con árboles frutales, esos eran los que ella recorría cada día justo a las 12 del día, al escuchar las campanadas de la vieja iglesia del pueblo a las 12, hasta llegar cerca de la puerta de entrada, donde se paraba en una silla, allí esperaba a mi abuelita cuando llegaba de la escuela. Allí cuando mi abuelita llegaba, le daba la patita y se subía a su hombro y se venía con ella a la cocina. Como la casa era muy grande, mi abuelito acostumbraba a recibir muchas visitas. Panchita era la más feliz con la bulla de los niños o visitas que llegaban a visitar a mis taitas. Ella les hacía su show, y todos le aplaudían sus gracias, felizmente, Panchita atraía a los niños. Pero quedó muy triste cuando se vendió la casa vieja y mis tatitas tuvieron que volver a la ciudad. Ella no volvió a ser la misma en la casa nueva. Allí sólo vive con mis abuelitos y un primo así es que pasa en su jaulita, muy triste, echa de menos los árboles del campo y el bullicio de los niños y la alegría de la gente; además que está ya muy viejita. Sólo cuando los hijos visitan a los abuelitos y se junta toda la familia de nuevo, ella comienza a hablar de todo y dice todo su repertorio, se ríe, canta, habla, pero cuando se van, llora... Y cuando la casa queda en silencio, como que le da la pena, cabecea y se duerme como una viejita. Esta es la biografía de Panchita, la lorita. Quien la escribe y lo cuenta, Benjamín Marín Núñez, se llama.

PRIMER PREMIO REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL GÜIÑO

Milton Hernán Valdenegro Rojas
Escuela Básica Bucalemito
Profesora: María Raquel Yáñez Martínez
Santo Domingo

Hace un tiempo, en los alrededores de la comuna de Navidad, en un sector llamado el Maitén, vivía mi abuelita materna. Ella criaba muchas gallinas en un gallinero cerrado donde no había ningún agujero, eso impedía la entrada de cualquier animal salvaje. Pero una noche sucedió algo muy extraño, mientras mi abuela dormía se despertó al oír cacarear muy fuerte a las gallinas. Se levantó para ver qué sucedía y se encontró con la gran sorpresa de ver la mitad de sus gallinas muertas. Ella se asombró mucho de verlas tiradas en el suelo, luego empezó a observar todo el alrededor del gallinero. Grande fue su sorpresa al ver un animal tan extraño, muy asustado en un rincón del gallinero. Entonces fue a buscar algo con qué poder matarlo. Lo primero que encontró fue un palo con el cual intentó de matarlo pero el animal intentó atacarla, él le mostraba sus garras y sus grandes dientes, mi abuelita con la rabia de ver sus gallinas muertas luchó y luchó para poder matarlo pero el animal con su desesperación, ya que mi abuela lo había herido con el palo, hizo un agujero en el techo por donde pudo escaparse. Fue tanta su impotencia de no haber podido matar a ese animal ya que ella vive sola.

Ella esa noche no durmió nada pensando en aquel animal tan extraño ¿qué podía ser?, ya que intentó atacarla. Pasaron los días y un vecino encontró ese animal con heridas muy profundas las cuales al

parecer fueron las que les hizo mi abuela con el palo. Así se corrió la voz con los vecinos los cuales fueron a ver y opinaron que podía ser un güiño.

El güiño o güiña, mamífero de la familia de los felinos, habita en los montes de esta región y está en peligro de extinción. Por eso mi abuela se preocupa de que pudo haberle hecho daño a un animalito que está en peligro.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL CEMENTERIO DE LOS APESTADOS

Katherina Margareth Joglar Cáceres
12 años
7º Básico, Escuela F-406, Manuel Montt
Profesora: Sonia Covarrubias Traslaviña
Villa Alemana

Es un cementerio ubicado en la localidad de Quebrada Escobar (interior de Villa Alemana), donde lo único que había era peñascos y una sola tumba con plantas en el centro, las cuales las alumnas arreglándolas se encontraron con un hueso y gritaban: "¡señorita, venga a ver lo que encontramos, parece que es un hueso!". La profesora dijo "¡no, debe ser una hoja!". Al ver lo que las alumnas habían encontrado, se dio cuenta de que realmente eran restos de una osamenta humana (fémur). Para fotografiar se les pidió permiso y se les rezó respetuosamente. Las fotografías representarían un buen testimonio. Sacaron fotos para el concurso del diario "El Mercurio" (Patrimonio Nacional). Siguieron caminando y sacando fotos de diferentes paisajes de la localidad. Al desarrollar las fotos se encontraron con la gran sorpresa: ¡se había velado el rollo! el cual contenía las fotos. Al enterarse de tal misterioso hecho, las niñas se atemorizaron, ya que una de ellas había soñado con el lugar. Soñaba que veía el nombre de la persona sepultada. La profesora no se dio por vencida y partió con su familia el 18 de septiembre de 2003 para sacar nuevamente las fotos para que sus alumnas no se sintieran frustradas. Tal sería la sorpresa que en esa segunda ocasión

nuevamente no salieron las fotos pertenecientes al cementerio, curiosamente sí salieron las fotos restantes, siendo esto un caso bastante extraño.

El comentario en el colegio fue: "no puede ser posible que las fotos se hayan velado", "tal vez sea algún lugar religioso".

Entrevistando a los lugareños se enteraron de que allí se había sepultado, alrededor de 1950, a muchas personas que habían muerto por una peste que abundaba en el lugar en ese entonces, siendo sepultadas familias casi completas en ese antiguo cementerio. La persona sepultada en la única tumba que quedaba en el lugar, fue una mujer que murió de epilepsia siendo esta la última en ser sepultada en ese antiguo cementerio. Las fotos pasaron a ser parte de la revista escolar ya que por el retraso no se pudo participar en el concurso del diario "El Mercurio" (Patrimonio Nacional).

¿Qué misterio encierra todo esto?

Lugares religiosos. No salen las fotos tomadas, ¿qué sucede, será este uno de esos lugares?

Hicimos una pequeña investigación dentro del colegio y nos enteramos que en ese lugar han pasado muchas cosas extrañas, no es este el primer caso.

TERCER PREMIO REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL CARRUAJE

Laura Luisa Martínez Arredondo
11 años
6º Básico, Escuela Hogar Fronteriza, Chalaco
Chincolco, Petorca

Consistía en un carruaje negro, tirado por 6 caballos negros, 6 ruedas y 6 asientos. Los testigos cuentan que este carruaje descendía de la cuesta de Alicahue con destino a la hacienda de la localidad de Chalaco. En su trayecto se sentía venir con el aullido de los perros y un bullicio muy grande. Ya faltando aproximadamente 100 metros para el cruce de "El Sobrante", este carruaje se detenía a recoger su último pasajero, que esperaba sentado en una piedra en forma de sillón llamada "El asiento del Diablo". Este carruaje seguía su destino y al pasar por este cruce era visto con mucho temor por estas personas que dicen que los caballos destellan de sus patas chispas de fuego, los pasajeros resplandecían sus dentaduras de oro y también un desagradable olor a azufre. Al paso de este carruaje el ruido era escalofriante, donde todo a su alrededor producía inquietudes; en los animales, aves y personas. Al llegar a la casa Patronal de Chalaco, descendía de este coche un apuesto varón que vestía un smoking y capa negra, subiendo una gran escala que lo conducía a su destino.

Se dice que las personas que vieron este carruaje lo hicieron, a través, de la oreja de una perra o también colocándose en los ojos lágrimas de perra. Este en ocasiones visitaba la hacienda de El Sobrante, es por eso que los patrones ordenaron la construcción de un

Cristo, mirando el cruce y entra de El Sobrante, fue bendecido por los curitas franciscanos que venían a misionar a esta localidad. En la placa del Cristo dice: "A la memoria de la Sra. Dolores Igualtt de Álamos, iniciadora de este monumento al Sagrado Corazón, ruega a Él por su alma".

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL ASALTO A LA CASA DE MI TATARABUELO

Pablo Marcelo Olivares Leiton
5º Básico, Escuela Aurelio Durán Almendro
Zapallar
Quinta Región

Introducción:

Yo me quiero expresar con esta historia al recordar lo que pasó hace mucho tiempo en Catapilco, basada en una historia real que pasó aproximadamente en el año 1945, quiero destacar que la delincuencia ya existía desde mucho tiempo atrás. También aprovechar de escribir esta historia para el recuerdo y conocimiento de mi familia descendiente y no pierda en el olvido ya que una vez sucedió en la historia de mis antepasados.

Parte 1.
El asalto al comerciante en Tierras Blancas

Al llegar la madrugada del día miércoles 5 de mayo de 1945 era un día nublado, en ese tiempo no había automóviles, solamente había carruajes para los de clase alta y para los de clase media existían caballos o solamente andaban de a pie. En ese tiempo se viajaba mucho en tren que venía desde el norte diariamente, que tenía la estación en Catapilco, en Coligüe y Palos Quemados, la mayoría de la gente viajaba desde el norte hacia Santiago siendo el único modo de viajar a partes muy extensas.

También existía mucho el comercio ambulante, con vendedores que se bajaban en la estación Palos Quemados y que viajaban desde Quillota hacia Tierras Blancas y Catapilco trayendo su mercadería en bolsos o mochilas, ya que viajaban a pie para cambiar sus productos o venderlos a los lugareños. Siempre se comercializaban calcetas, zapatos, ropa, artículos de aseo y cosas comestibles. También se usaba mucho el trueque cambiando sus productos por huevos, gallinas, porotos, etc. manejando los comerciantes mucho dinero que en ese entonces eran escudos. Al pasar las tres de la tarde aproximadamente, el comerciante viajaba desde Palos Quemados hacia Tierras Blancas a vender sus productos cuando tres delincuentes sorpresivamente lo asaltaron robándole su dinero y su mercadería dejándolo muy herido y abandonado en el mismo lugar. El comerciante nada pudo hacer ya que los asaltantes o bandidos andaban muy bien armados con fusiles recortados llamados chocos.

Los bandidos, muy contentos de haber hecho un feroz asalto, viajaron con rumbo hacia Tierra Blancas para hacer otras fechorías en otros lugares de la zona, mientras tanto el comerciante tras la golpiza y medio moribundo se levantó y como pudo siguió caminando a Tierras Blancas. Como en el lugar pasaba mucha gente, unos lugareños lo encontraron trasladándolo hacia el fundo Tierras Blancas prestándole ayuda y preguntándole qué le había pasado. Ya marcaba en el reloj las cinco de la tarde, los inquilinos le contaron al administrador en ese entonces Don Pedro Valencia y al capataz, don Homero Álvarez. Todos salieron en busca de los bandidos, encontrándose frente a frente cerca de las dependencias o casa de don Fernando Konicamp, abriendo un feroz tiroteo ya que no había tiempo para avisar a la policía o carabineros ya que en ese entonces solo se movilizaban a caballo y además que el retén quedaba demasiado lejos (aproximadamente seis kilómetros) en Catapilco.

Ya pasado los veinte minutos cuando los bandidos se encontraron atrapados ya que se les habían acabado las balas y también se le había atrancado un fusil tuvieron que huir hacia el cerro de Tierras

Blancas y al caer la tarde más ya la noche no pudieron dar con los malhechores, al pasar al otro día se dio aviso a carabineros siendo revisado cada cerro y cada quebrada del fundo junto con los lugareños muy bien armados no encontrando nada de ellos. Solamente quedaban huellas donde estuvieron acampados en una quebrada llena de agua cristalina de donde nace de las entrañas de la tierra bautizándola hoy en día como el agua de los bandidos.

Parte 2.
El asalto a la casa de mi tatarabuelo

Al pasar los días, los delincuentes se buscaron en Catapilco, Quebradilla, Blanquillo y en otros lugares no habiendo rastros de ellos.

En ese tiempo los campesinos de Catapilco trabajaban duro la tierra para cultivar sus productos y venderlos y para el consumo diario criar, ganado como vacuno, cerdos y ovejas la mayoría de los campesinos trabajaban la tierra (araban) con animales (bueyes) también los ocupaban para siembra de trigo que en ese tiempo se cosechaba mucho sobre todo en los cerros, para tirar rastras y carretas para uso en el campo. Muchos campesinos cuando vendían sus productos, el dinero lo guardaban en tarros o lo enterraban, ya que en ese entonces los bancos estaban demasiado lejos y los antiguos preferían guardar el dinero en sus casas ya que ellos decían que era mayor seguridad, en ese tiempo mi tatarabuelo había vendido unos bueyes ya que estaban dados de baja, o sea viejos, a un muy buen precio: cerca de doscientos escudos en ese tiempo. Era una gran cantidad de dinero.

El día sábado 8 de mayo de 1945 ya bajado el sol, o sea en la oración, en un lugar ubicado en Casas Viejas, cerca del cementerio antiguo de Catapilco, se encontraba la casa de don Manuel Jesús Basase Figueroa, apodado el abuelo Jecho, también Ño Cascañón, acompañado de su esposa, doña Silveria Pedraza, de una edad entre

65 años, el abuelo una edad de 80 años: Ella se encontraba sentada a la orilla de la puerta tomando mate con un buen brasero ya que hacía mucho frío aquella noche, mientras que el abuelo estaba sentado en su sillón favorito ya que no se podía mover porque tenía problemas para ver. También tenían varios hijos, unos estaban casados y otros no se encontraban en casa excepto dos hijos. Don René Figueroa, de una edad aproximadamente de 19 años, que se encontraba haciendo el servicio militar en Quillota, pero en ese día se encontraba de franco y estaba en su casa. También se encontraba su otro hijo, José Manuel Figueroa, de una edad aproximada de 25 años y su hermana mayor, cuando tres individuos armados con rifles llamados chocos empujaron con gran fuerza la puerta de la casa. A la abuela como estaba muy cerca se le dio vuelta el brasero quemándose con los brasas y con la tetera que estaba con agua hirviendo reduciendo así a sus hijos mientras tanto el abuelo agarró una pala sabiendo que algo pasaba en la casa y sin poder distinguir nada empezó a dar palazos por todos lados sabiendo que se trataba de un asalto provocado por unos bandidos, auto infiriéndose una herida profunda en su pie y cayendo al suelo, mientras tanto los hermanos confundidos pensando que los rifles de los bandidos estaban cargados y no podían hacer nada mientras los bandidos exigían el dinero de la venta de los bueyes. Don René Figueroa y don Manuel Figueroa no podían entender cómo los bandidos sabían de dicho dinero y pensaron pues que los bandidos venían dateados ya que no eran gente conocida porque en los campos todos los vecinos y la gente se conocen, negándose definitivamente del dinero. Los bandidos queriendo amarrar a don René Figueroa porque era el que más les provocaba problemas y don René al ver que su padre sangraba de su pie, se quejaba y su madre lloraba, sacó fuerzas de su interior y forcejeando junto con su hermano empezaron a dar combos y patadas a los bandidos y reduciéndolos les quitaron sus rifles sabiendo así que sus rifles estaban sin balas y uno trancado, los bandidos asustados por la gran hazaña de los hermanos tuvieron que salir arrancando sin llevarse ni siquiera un centavo (se fueron con la cola entre las piernas). Entre tanto don René se acordó que

tenía su escopeta cargada en su pieza y la fue a buscar disparándoles unos tiros a los bandidos hiriendo a uno de ellos.

Parte 3 y final
La huida y detención de los bandidos

Al llegar el amanecer del día domingo, los bandidos huían rumbo a Catapilco por bosques y quebradas llegando así hacia Tierras Blancas usando el mismo camino de retroceso que hicieron en el asalto anterior al comerciante. Don René Figueroa hizo un viaje veloz a caballo hacia Catapilco a avisarles a las fuerzas policiales (carabineros) lo que había sucedido en su casa. Carabineros, sacando conclusiones, se dieron cuenta que se trataba de los mismos bandidos que habían asaltado al comerciante. Bajando hacia Tierras Blancas iniciaron así su búsqueda con policías de Catapilco, El Melón y La Calera. Los delincuentes no iban muy deprisa, porque uno de ellos estaba herido en una pierna.

Al atardecer de ese mismo día fueron apresados y capturados los tres bandidos y puestos a la disposición de la justicia por muchos años.

Y así termino de contar esta historia y recordando que la delincuencia nunca gana y la justicia siempre se preservará en todo momento dejando así escrito aunque no muy satisfecho por lo que les sucedió a mis antepasados.

Hoy en día mi tío René Figueroa se encuentra vivo a la edad de 76 años y ya han pasado varios años desde que sucedió esta historia de su valentía y su heroísmo. Yo estoy muy contento de haber escrito esta leyenda y así saber más de mis antepasados y orgulloso de pertenecer a la familia.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LEYENDA EL TE-TUE

Daniela Andrea Godoy Huerta
Escuela Básica Bucalemito
Proesora: María Raquel Yáñez Martínez
Santo Domingo

El te-tue es un ave negra, de no gran tamaño (mide aproximadamente 15 cm). Este ave con su canto anuncia la muerte. Se dice que este pájaro es un hombre de escasos recursos. También se dice que hace mucho tiempo un demonio lo habría condenado a ser pájaro que por las noches viviría en los bosques de la zona central alabando al demonio que lo hechizó, este malvado hechicero hizo que esta ave se quedara en el bosque para hacerle daño a las personas. Muchas personas dicen que es el ave del diablo que tiene un pico largo.

Por las noches el ave va a las casas de los campesinos a pedir comida, los habitantes de la casa tienen que darle aunque sea un pedazo de pan, pero a la segunda noche tienen que darle la comida con mucha sal, o lanzarle un puñado de esta a su rostro.

Si esta ave canta arriba de alguna casa es la anunciación de la muerte de alguna de las personas que habita ese lugar.

En nuestra localidad estamos muy asustados porque no sabemos si a ese pájaro lo manda una persona o si sólo lo hace para tener comida.

Cuando ustedes escuchen este canto, preocúpense porque puede acabar con la vida de uno de ustedes.

PRIMER PREMIO REGIONAL
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL COIPO CONSOLADOR

Paula Javiera Morales Castro
11 años
6º Básico, Colegio Nuestra Señora
Profesor: Patricio Severino
Graneros

Un día el conejo y el coipo salieron de paseo para encontrar zanahorias en el campo. Cinco minutos más tarde deciden tomar un pequeño descanso. En este se encontraron con una pequeña niña, la que estaba llorando. Sin avisar, el conejo se escapa dejando solo al coipo, el que no sabía cómo consolarla.

De repente la niña ve al coipo y le dice:

— Si supieras hablar, te contaría mis penas.

Y este le dice:

— Pero si sé hablar.
La niña se queda asombrada al ver que el coipo le hablaba de tal modo y se queda callada.

— ¿Y cuáles son tus penas?

— Bueno, mi gran pena sucedió así: el diecisiete de septiembre,

antes de las fiestas patrias, escuché a mis padres hablar de que nuestra venta de frutas se iba a la quiebra, lo que me dejó muy choqueada.

— ¿Esa es tu gran pena?

— Espérese, coipito.

Y así seguía, -luego de enterarme de que estábamos a punto de ir a la ruina, fui a visitar a mis primos que vivían en el centro del bosque de arrayán. Ellos me contaron que se murió el perro que yo les dejé a cargo. Este era mi mejor amigo y lo iba a ver todos los fines de semana; también me dijeron que se iban a vivir a la ciudad, lo que me dejó aún más choqueada. Horas después fui a casa, pero nadie estaba, lo que me dio mucho susto, porque en el campo no hay suficiente seguridad.

Al anochecer divisé una sombra, pensé que era la de mi padre, pero en realidad era la de una criatura muy extraña. Por esto fui a buscar un trozo de madera para golpearla si era necesario, para defenderme. Cuando me fui acercando a la puerta vi a mi perro.

— ¿Cómo, no estaba muerto?

— Al parecer, no.

— Y sigo; él estaba muy herido y sin su collar de cuero que le hizo mi madre en un año. En curarlo me demoré cinco horas aproximadamente, le curé: la pata, las orejas, el hocico y demases.

Al rato después llega mi madre preguntando por mi padre desesperadamente, como si se hubiese perdido y eso ocurrió, se perdió y no lo hemos encontrado.

— Esa es mi gran pena —dijo llorando la niña.

— Ah, no lo sabía, pero yo te ayudaré.

— ¿En serio?

— Sí.

Dos días después el coipo se vuelve a encontrar con la pequeña, la que esta vez estaba más alegre que nunca, porque su amigo encontró a su padre, en una gran aventura y los hizo alcanzar el éxito de antes.

Después la niña se despidió del coipo diciéndole:

— Que te vaya bien, eres un coipo consolador, gracias.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

UN DÍA INOLVIDABLE

Olivia Evelyn Salazar Parada
17 años
4º Enseñanza Media, Liceo Comercial Diego Portales
Rancagua

Las horas se arrastran una a una sin aviso, perdiéndose en el tiempo remoto de los recuerdos. La gente ya no es la misma de esa hacienda de antaño perteneciente a latifundistas acaudalados. Las últimas casas de adobe guardan entre sus muros desgastados las experiencias de una época, los caminos de tierra y piedras se transformaron en sendas calles de asfalto mezcladas con alquitrán, dejando a las carretas en un sitio diseminada por los siglos. Las tierras cultivables se reducieron lenta, pero eficazmente, dando hábitat a generaciones nuevas que sólo cargan en sus morrales la esperanza de una vida con paisajes seguros hacia un futuro próspero. Y la afanada modernidad concluyó su obra, empujó hacia un pozo sin fondo a la hacienda colonial, suplantándola por una comuna llamada Graneros, su única reivindicación.

¿Cuál es la riqueza de un país? La respuesta, su gente (dice la publicidad)... Sí es un recurso inalterable, está ahí; nace, vive y se convierte en ceniza, pero vienen otros y ésos son reemplazados por otros y así hasta un fin ciego. Sin embargo, qué es lo que trasciende, qué nos dejan... sus relatos, historias o leyendas; fantasía y realidad fundidas en un patrón común, inseparable, capaces de alojarse

en el inconsciente colectivo y renacer en situaciones especiales, causándonos risa, pena, miedo, escalofríos, nerviosismo, etc. me alargo sin fundamentos, no era mi objetivo, pues sólo quiero relatarles una historia que involucre a tres granerinos, desconocidos entre sí, pero que experimentan una idéntica sensación. Confesaré que me enteré por terceros; me habría fascinado conocerlos. Aquello no significa que mi cuento sea una vaga inspiración llena de imaginación. Por ningún motivo, mi historia es real, verídica y comienza más o menos de esta forma: Había una vez (uf, detesto esa fraseci-ta, ¿la cambiamos?).

La noche iniciaba su desvelo más temprano de lo acostumbrado, el invierno se había anticipado; el cielo poseía un tinte negruzco, la espesa niebla se calaba en el ambiente auscultando a una luna llena pálida (anunciada en la televisión), una ventolera tibia avecinaba un chaparrón -extendiéndose hasta mitad de semana- anhelado por los agricultores. La Compañía (calle principal) estaba atestada de autos pequeños, camionetas 4x4, camiones, micros y buses escolares esperando tras la barra de contención; el primer metrotrén pasó fugaz al sur, el segundo se detuvo en la estación.

Una treintena de personas sofocadas por el calor del interior de la máquina descendieron taciturnos, mientras el resto de los pasajeros se acomodaba en los asientos desocupados para continuar su viaje hasta la próxima estación. Elízabeth miró el cielo nublado y presintiendo los chubascos trató de apresurarse, así esquivó a sus pares, esperanzada de retornar al hogar de sus padres lo antes posible. Sin predisposición se había atado a la rutina desde que egresó del colegio (hace dos años) y se sumergió en la vida laboral; sus días transcurrían de vendedora en una tienda de ropa en el Mall de Rancagua, el turno concluía a las seis, pero las horas extras -aquel día- le tendieron una trampa. "Detesto la ciudad, y Graneros va para las mismas... dentro de poco se transformará y adiós tranquilidad", pensaba a la vez que percibía caer una gota de lluvia en su mejilla.

El recién inaugurado supermercado se encontraba repleto, en un período récord pudo captar la clientela de la competencia con su infraestructura progresista y unas ofertas irresistibles, su nombre aludía a un ave y su matriz se encontraba en San Fernando. Los pasillos colapsaban con los carros de los consumistas empedernidos, la colisión de carros preocupaba a su dueño que desde el segundo piso se recriminaba por no haber invertido más en la construcción, su consternación aumentó al oír por el altavoz: "Estimados clientes, lamento informarles que los hornos de la sección panadería han sufrido un desperfecto que retrasará el horneado del pan", volvió la música y estallaron los reclamos del público: unos se retiraron molestos, otros iniciaron un paseo flojo por las vitrinas y los resignados esperaron. Luis, un hombre fortachón de unos 45 años, se apoyó en la vitrina de las pizzas, "Ester y los niños se preocuparán", divagaba tomando una bandeja del frío y mirando su fecha de expiración, en eso una puntada en el estómago lo preocupó, recordando su úlcera. La lluvia se dejó caer sin clemencia, Luis salía del supermercado e infructuosamente trataba de cubrirse con el gorro de su chaqueta, "y si cojo un colectivo, ¡maldito aguacero! Y yo no traje paraguas. Merezco mojarme por idiota y me voy a pata. ¡Mierda!", miró su pantalón y anduvo a saltitos cortos para no volver a pisar los charcos. Un estruendo infernal hizo resonar los vidrios de los departamentos aledaños, el hombre se estremeció e inició su caminata. Una seguidilla de truenos le hizo rememorar la primera vez que asistió a los campamentos en el parque Callejones, por el actual Camino Real. Las bajas temperaturas se soportaban junto al fogón ceremonial, todos se reunían a su alrededor, mientras el jefe de la excursión se preparaba para darles la bienvenida con la fantasmagórica leyenda local semejante a ésta: "Debemos remontarnos a la época colonial, en donde Graneros no era más que una hacienda y el camino que tenemos afuera, una ruta peligrosa y hecha sólo para valientes que se atrevían a transitarla con destino a la capital. Los viajeros se transportaban en coches tirados por caballos, los que iban repletos de oro y plata para realizar negocios en el emergente Santiago. En un atardecer -como el de hoy-

un señor muy acaudalado emprendió el viaje haciendo caso omiso de las advertencias y sollozos de su esposa e hijos, la noche cayó temprano y este hombre iba por la mitad de su trayecto -por estas alturas- cuando siente que alguien venía detrás suyo, al detenerse, es rodeado por tres maleantes que lo despojaron de sus riquezas y sin piedad le cortaron la cabeza... lo impresionante de la historia es que nunca se pudo dar con su cadáver. Se dice que "El Descabezado" ronda por el sector y en noches frías como éste, sale en busca de sus asesinos... Tengan cuidado, ¡muchachos!, porque los puede confundir con los villanos y les arrancará la cabeza". El relato volvía a ponerlo en alerta, un disimulado y bien guardado miedo surgía de sus entrañas, cuando iba doblando por la Estación y se internaba en la Plaza de Armas que los relámpagos iluminaron maquiavélicamente.

Las barreras de seguridad se movieron y los automovilistas suspiraron aliviados, Gloria también. Se recostó en su asiento, algo dormida fijó su vista en un punto invisible más allá de lo real. El autobús partió, al tiempo que el chofer conducía y sintonizaba la radio en su emisora favorita. La joven se puso de pie e hizo parar el vehículo cinco cuadras antes de la plaza, atravesó la calle e ingresó a una librería -recordó el encargo de su madre: un cierre, hilo y un par de agujas-. El lugar se encontraba vacío, la dueña estaba sentada en un banquito viendo la teleserie de las ocho, parecía amable, sin embargo sus ojos revelaban una gran tristeza. Gloria no pudo eludir este detalle, ya que deseaba estudiar psicología y según su teoría la única manera de ganarse la confianza de alguien, era preguntarle trivialidades.

— ¿Qué le pasó a Marcela?, —interrogó fijándose en la televisión.

— "¡Ay!, pobre muchacha, la arpía de Elena no dejó que se juntara con Patricio", —respondió la viejecita moviendo la cabeza y suspirando.

"La lluvia caerá de un momento a otro, será mejor que se apure en llegar a su casa", agregó guardando el dinero en la caja y sonriéndole a la vez.

"Me falta poco por llegar, gracias", contestó Gloria despidiéndose. A poco de haber caminado ya estaba empapada, el centro parecía una escena de película del Oeste, pues nadie transitaba y la mayoría de los negocios estaban cerrando, solo, al frente, abandonando la antiquísima estación de madera, iba un hombre herculiano que avanzaba dificultoso, por las bolsas que llevaba en ambas manos. Miró la hora, le fue imposible, el alumbrado público se esfumó en segundos, asustada agilizó su paso; repentinamente pensó en su abuela y sin desearlo recordó una de las tantas leyendas campestres que le contaba cada oportunidad similar, volvió a experimentar el miedo y se divisó sentada en el suelo próxima a la estufa y la anciana, acomodándose en su mecedora, perorando:

Es un momento propicio para contarte una historia, te relataré la leyenda "El diablo anda en Los Choclos": se cuenta que toda la gente que pasaba por el parque Callejones sentía terror, hasta los patrones huían de ahí, se dice que en el cerro del parque se aparecía el Maluenda en un carruaje negro, tirado por siete caballos del mismo color. El primer dueño del fundo hizo un pacto con Lucifer, para que éste no le llevara el alma, le cortó la cabeza a cada semental y así deshizo la maldición. Desde ahí que el diablo ronda por las noches de tormenta con el objetivo de raptar a un descuidado y llevárselo en venganza por el viejo que lo engañó". La ficción nutrió la mente de Gloria y comenzó a vislumbrar sombras, sin resultados trató de tararear una canción, pero sólo se acordaba de las palabras de su abuela.

La oscuridad impedía que Elízabeth dimensionara cuánto se había mojado.

"Un día para no olvidar", se sacó el zapato, dejó su cartera en la banca y respiró profundo: antes una micro se había detenido y una muchachita había descendido, detalle sin mayor relevancia, el meollo del asunto era que el autobús -al partir--pasó sobre un charco y la mojó. La intensidad de las precipitaciones, ya no le interesaba,

aún así retomó su ruta. Un extraño ruido la paralizó, por su cabeza pasaron decenas de historias que hablaban de apariciones espirituales y del mismo Diablo. Pasar frente a su ex colegio la transportó a la vez que le pidieron llevar una leyenda de Graneros y su bisabuelo le contó la del Descabezado y de múltiples apariciones del demonio, por ese lugar que antaño era una zona dedicada al cultivo de la manzana. Paranoica observó el viejo castaño -cerca de unos juegos infantiles- en donde presenció cómo un hombre se disponía a colgarse, un domingo de septiembre. Iba con su padre a la feria cuando ven a un tipo de mediana edad que amarraba una cuerda a la rama más robusta del árbol, su progenitor auxilió al desdichado, mientras vociferaba: "Déjenme morir" y rompía en un llanto desesperado. Después de hacerlo entrar en razón se lo llevó la ambulancia, para constatar si tenía una herida por la presión de la soga. Al ver el senil castaño, pensó en cuántos habrán logrado su suicida meta; confundida se apresuró.

La inquietud desvaneció el ánimo superfluo de Luis, quien divisó a lo lejos, el perfil de un ser que llevaba un aparato raro en las manos, se movía ligero, una leve taquicardia lo sobresaltó, ¡aquel ser no tenía cabeza!, al asimilarlo con el Descabezado, se dispuso a iniciar una loca carrera, pues vio que lo seguía con algo parecido a una guadaña, rememorando las palabras de su ex-jefe scout: "viene por tu cabeza", avanzó sin descanso, pasó el castaño e histérico creyó ver otro descabezado. En cinco minutos estuvo en su morada, esperó a que le volviera el aliento, afirmó las bolsas y se percató que venían completamente embarradas, su esposa abrió la puerta y asustada le preguntaba que le había pasado, Luis trémulo respondió: "No me lo creerás".

La escolar se afirmó en el portón, espantada recordó al espíritu que la perseguía desde la plaza y que cargaba unos bolsos, asociándolo a las historias contadas por su abuela, vio encarnado al demonio en el personaje petulante que arrastraba los cráneos de otros inocentes. Compungida entró en el comedor de su casa, su madre preocupada

le dijo: "Glorita, qué te pasó", atragantada por las lágrimas se abalanzó en los brazos de su progenitora y le contestó con dificultad: ¡Mamá!, no me creerás, no me creerás.

La última protagonista -por su parte- al observar a un ánima suicida que pasaba por su lado, temió lo peor como si participase en una maratón corrió sin parar, golpeó la puerta en reiteradas ocasiones, su padre al verla nívea intuyó una desgracia, "¿Qué sucedió hija?", la joven fallaba al intentar sacar la voz, perpleja se sentó en el living y respondió: "Papá, no me lo creerás", él a su vez llamaba alarmado a su esposa: "Inés, ¡ven!, a la niña le pasó algo".

Les parece un relato fantástico y ficticio, si lo piensan así, se equivocan. Posiblemente, aún se pregunten cómo me enteré, bueno, ya se los dije: me lo contaron como alguna vez a ti te contaron una, a tu padre otra, a tu abuela, a tu bisabuelo... Aunque hay que tener cuidado, muchas historias son falsas o difíciles de aseverar, como la que me relató mi hermana que la escuchó en el colegio, porque a un compañero se la contó su abuela..." Un hombre se encontraba en una cantina -Manuel- con unos amigos. Presumía de no temerle a nada y a nadie. Sus compañeros aburridos, decidieron ponerlo a prueba; el desafío consistía en ir solo al cementerio y poner un clavo en el portón. Manuel aceptó. Poco para la medianoche llegó a la entrada al cementerio, llovía torrencialmente, inquieto y asustado comenzó a clavar. Al concluir, volteó para partir, pero sintió que alguien lo agarraba por el cuello... al día siguiente se percataron que había cumplido su promesa, pero se fijaron que al remachar el clavo en el portón, su manta se enganchó y se ahorcó cuando se disponía a marcharse". Huele a credibilidad, uf, se me iba un detalle, Graneros ¡no tiene cementerio!...y...ahora ¿crees mi relato?

TERCER PREMIO REGIONAL
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

LA LLAMADA FINAL

Rocío del Pilar Meléndez Ruz
17 años
4º Enseñanza Media, Liceo Santa Cruz
Profesora: Carolina Alejandra Araya Navarro
Santa Cruz

Hace mucho frío, pero sé que pronto lloverá porque en el cielo hay señas de agua. Estoy descansando, es el único momento del día en que puedo hacerlo. Mi día comienza muy temprano; me levanto a las cinco de la mañana, tengo que ir a ordeñar la vaca de mi vecina, la que me da leche a cambio de ese trabajo. Luego debo preparar el desayuno, debo hacer fuego y poner a hervir el agua. Debo vestir a mi mamá y debo cuidar de mis dos hermanos pequeños. Todo el día estoy corriendo, sólo a la hora de almorzar descanso un poquito... ¡Cómo extraño a mi papito! Todo era distinto cuando él estaba aquí, él trabajaba y yo podía ir a la casa de doña María para que me enseñara a ser una niña educada según dice ella, dice que debo aprender a leer muchas palabras más. Ella sí que es buena, nos quiere muchísimo, incluso a veces nos manda comida y ropa de sus hijos.

Papito, sé que estás con Dios y sé que me estás escuchando, ayúdame por favor, estoy muy cansada, mi cuerpecito no da más, no quiero dejar a mi mamita solita, ella no puede caminar y se ve muy mal, ya casi no me habla, sólo llora, yo le llevo flores del jardín pero ella no me mira, parece que ya no me quiere. Papito, yo quiero estar contigo, tú si me quieres ¿verdad?...

— ¡Juana, Juana! ¡El Pancho me quiere pegar!

— Mentira, mentira… él empezó primero.

— Ustedes saben que a Diosito no le gustan las peleas, mejor vayan a buscar leña para cocer la tortilla.

Pasaron los días y la madre de Juana empeoraba a cada minuto. El pueblo estaba muy lejos para ir en busca de un médico, además era de noche y Juana no se atrevía a salir de su casa, temía que afuera anduvieran espíritus malignos que le quisieran hacer daño. Acostó a Pedro y a Luis. Luego fue a ver a su madre. La pieza era muy pequeña, sólo había una pequeña cama, una mesita, un mueble donde se alojaba la poca vestimenta de la familia, y había también un pequeño baúl sellado por años, Juana nunca se había atrevido a preguntar por su contenido porque su padre una vez le dijo que aunque se acabara el mundo no lo abriera.

Juana cuidaba mucho a su madre, era el único tesoro que le quedaba. Había tenido que dejar de ir a la casa de doña María porque el tiempo no le alcanzaba, ya sólo se preocupaba de su familia; incluso fue hasta el pueblo para ver si podía encontrar trabajo, pero fue inútil, nadie quería contratar a alguien tan joven, ella sólo tenía trece años.

Estaba muy angustiada, las reservas de comida se estaban acabando y no poseían más dinero para abastecerse; pero no se dio por vencida. Muchos días la vieron en el pueblo, iba casa por casa preguntando si la aceptaban como empleada. Todos le decían que no, hasta que encontró a una mujer en la calle de aspecto frágil, tenía los cabellos blancos pero aún así mantenía cierta jovialidad.

— Hola, buena niña, ¿Qué haces sola por aquí?

— Vine a buscar trabajo, porque mi mamita está enferma, no puede caminar además mi papito murió hace unos meses y a mis hermanitos se les están acabando las cosas para comer. ¿Usted me podría dar trabajo?

— Mira, pequeña, si quieres trabajar, me puedes ayudar con mis tareas en la casa de los señores Fernández, es lo único que puedo ofrecerte.

— ¿Los señores Fernández?

— Sí, son los dueños del fundo de arriba, a ellos les corresponde la mitad del pueblo. Pero tendrás que trabajar mucho, la casa es grande, además que los señores y su familia se quedarán un mes acá de vacaciones porque dicen que pa'l otro lado del mundo el sol está quemando fuerte.

Al día siguiente, Juana se levantó un poco más temprano de lo acostumbrado, ordeñó la vaca; preparó el desayuno y se lo dio a su madre y a sus hermanos, dejó todo muy ordenado y limpio y emprendió el camino al pueblo. Eran alrededor de las ocho de la mañana cuando se encontró frente a una gran casa. No sabía qué hacer, nunca había visto algo tan bonito, parecía que estaba soñando. La señora del día anterior, la señora Luisa la estaba esperando. La condujo a la casa por medio de unos manzanos hasta que llegaron a una pieza grande que era la cocina. Doña Luisa le enseñó todo lo que debía hacer y le dijo que por cualquier motivo no le dirigiera la palabra a ninguno de los amos, ya que a éstos no les gusta entablar conversación con la servidumbre.

— Nani, ¿me puedes hacer ese pastel que tanto me gusta?

— Claro que sí, po' señorita, para eso estoy.

— Mi mamá y yo saldremos a andar en caballo un momento.

— No se preocupe, señorita, que yo a su vuelta le tendré el encargo listo.

— Gracias, Nani, te quiero mucho.

— ¿Quién es ella? -preguntó Juana cuando la muchacha había salido.

— Ella es mi niña, es la hija de la patrona, pero yo la siento como mía, porque yo la crié igual que a su hermano Leo, son tan amorosos; se parecen mucho a su padre. Porque lo que es a su madre, es una víbora que lo único que le interesa es la plata y el poder.

Ese día fue agotador para Juana, tuvo que cortar mucha leña; no descansó en ningún momento. Mientras la familia estaba afuera, las dos mujeres aprovecharon para ordenar y limpiar toda la casa que de por cierto era enorme.

Volvió exhausta a su casa esa noche, todo estaba como lo había dejado esa mañana; sus hermanos no habían hecho mayor desorden y se encontraban acostados uno a cada lado de su madre.

Al día siguiente, Juana fue a despertar a su madre y hermanos, pero nadie le respondía; movió bruscamente a su madre, pero ésta no dio señales de movimiento; ninguno de los tres respondió, nadie dio señales de vida. Juana al ver esta hermosa escena, solo calló y besó a aquellas personas que más quería y que ahora Dios se las arrebataba, no derramó ninguna lágrima, pero en su interior sabía que tanto su madre como sus hermanos estarían hoy en el cielo con su padre.

Luego de un momento, Juana miró por última vez a su familia, acomodó sus escasas pertenencias en la maleta, tomó la medalla que su madre tenía en el cuello, y por último tomó el baúl y se lo llevó con ella.

Llegó a la casa de los Fernández y le dijo a doña Luisa si la aceptaba, porque Dios la había dejado sola. La señora Luisa comprendió de inmediato el significado de aquellas palabras y no pudo menos que cobijarla entre sus brazos. Le ofreció una pequeña cama al lado de la suya, la besó en la frente y la dejó sola un momento.

Juana estaba desesperada, se sentía vacía; sólo le pedía a Dios que se la llevara con él. De pronto le dio curiosidad por saber el contenido de aquel baúl que desde niña había visto cerrado. No tenía nada que perder, ya no tenía familia y abrirlo era su único consuelo; buscó la llave que estaba junto con la medalla y lo abrió.

No entendía lo que ahí había, había una foto arrugada de un hombre joven y bello y junto a ella muchas cartas. Todas las cartas estaban dirigidas a ella por una persona que al parecer la quería mucho, pero Juana no entendía nada. Tomó la fotografía y al reverso vio una inscripción, que decía:

"Laura, perdóname, sabes que yo siempre te he amado.
Sabes también que siempre he querido a nuestra hija aunque no la conozco sabes que la amo. Quiero que sepas que no me quiero casar, que lo mío es sólo un compromiso. Sé que es muy triste para ti, jamás te dejaré de amar pase lo que pase. Me gustaría que cuando nuestra hija creciera le muestres mi fotografía y mis cartas y que le digas que su padre la ama con todo el corazón".

Tu siempre amante, Claudio F.

Juana quedó muy confundida, no sabía qué pensar. Aún le quedaba una carta que leer, al parecer era de su madre. No pudo continuar, porque la necesitaban en la cocina.

— Hija, hoy habrá una comida familiar en la casa, así que tendremos mucho trabajo, necesito que me ayudes a preparar todo, hoy llega el patrón con su hijo y todo debe estar muy bonito.

— Como usted diga, doña, voy a lavarme la cara y comienzo a trabajar.

— ¿Hija, te sientes bien?, estás muy pálida; es mejor que te recuestes. Sé el momento difícil que estás pasando, si quieres te puedes tomar el día libre, yo me encargaré de todo.

— No se preocupe, doña, que yo estoy bien, no tengo cómo pagarle a usted lo que ha hecho por mí, así es que debo cumplir con mi trabajo, como se lo prometí un día a mi madre.

— Cómo usted quiera, niña. Podríamos empezar por ordenar el salón, luego cocinaremos.

A las siete de la tarde todo estaba preparado, tanto Juana como doña Luisa tuvieron que vestirse según lo estipulado por la señora de la casa. A las siete con quince minutos llegaron los patrones y Juana no podía creer lo que oía y veía.

— Buenas tardes, don Claudio, qué gusto es tenerlo aquí de vuelta otra vez, los peones y yo lo habíamos extrañado mucho.

— Gracias, Luisa, por tu bienvenida, sabes que vengo acá sólo por una razón y para traer a mi hijo, sabes que él te quiere mucho.

Luego para ordenar el equipaje, se sirvió la comida. Don Claudio no dirigió la palabra a su esposa en toda la comida, sólo se limitaba a mirar.

Juana ya en la cocina le preguntó a doña Luisa que cuál era la razón por la que el patrón venía a estas tierras.

— Hija, esa es una historia muy larga. Hace mucho tiempo, cuando el caballero era joven y yo servía para sus padres, se enamoró de

una muchacha muy bella, era la más linda de estos lados. Vivieron un amor muy bonito, pero a escondidas. El problema estuvo cuando el patrón le dijo a su padre que se quería casar con la muchacha, pero él se opuso porque era de una familia rica y la muchacha era pobre, y le dijo que personas como ella nunca iban a llegar a ser grandes señoras porque estaban destinadas a andar detrás de los animales. El caballero no hizo caso, siguió viendo a su enamorada, hasta le enseñó a leer y a escribir. Pasó el tiempo hasta que el padre del patrón le consiguió mujer, ella venía de una familia riquísima y los preparativos para el matrimonio estaban listos, quisieran o no se iban a casar igual. El patroncito estaba muy mal, la mujer con la que se debía casar era una bruja, ella no lo quería, lo que ella quería era su plata, quería ser más rica de lo que era. Todos aquí sabíamos que eso no iba a resultar. El día de la boda se presentó aquí la mujer del campo y le dijo al caballero que no se casara porque ella tenía algo que le pertenecía, ella llevaba dentro el fruto de su amor; pero él no pudo hacer nada, se tuvo que casar por la fuerza. Su padre se lo llevó de aquí muchos años, nadie sabía de su vida después de que se casó, hasta que después de mucho tiempo volvió con su esposa y en sus brazos llevaba a dos pequeños, a la niña Isabel y al niño Leo. Cuando él volvió, buscó por todas partes a la mujer que por tantos años había amado y la encontró ¿sabes? Pero ella también había hecho su vida, estaba casada y tenía una preciosa niña, y un bebé recién nacido. Desde ahí él se alejó para siempre, ahora sólo viene dos veces al año y cada vez que viene llega con la esperanza de reencontrar ese amor que le fue robado. Él ya no vive con su esposa, vive con su hijo en otra ciudad...

Doña Luisa no pudo continuar su relato porque la interrumpió el llanto desmedido de Juana. Esta pálida, parecía fantasma, lloraba y lloraba sin consuelo, luego corrió a la pieza y se encerró. Doña Luisa pensó que se debía a la muerte de su madre y la dejó sola.

Juana entretanto tomó la última carta que le quedaba por leer y la abrió:

"Hija, perdóname, esto debí habértelo dicho hace mucho tiempo, no quise lastimarte, por eso no lo hice, cuando leas esta carta recuerda lo mucho que te quiero. Hace mucho tiempo me enamoré de un gran hombre nunca pude olvidarlo, tuvimos un amor a escondidas de su padre fue el momento más feliz de mi vida y gracias a eso estás tú hoy. Tú eres fruto de ese amor a escondidas, lo siento por no habértelo dicho. Tu padre supo de tu existencia, pero no pudo hacerse cargo de ti, nunca te conoció. Pero igual así te quiere mucho, si quieres conocerlo sólo mira la fotografía que hay dentro de le baúl.

Hija te quiero, mucho, tu mami.

Juana rompió la carta, se volvió loca, se dirigió hacia el salón donde se encontraban los señores de la casa, se presentó muy exaltada y le arrojó las cartas a don Claudio quien no se explicaba lo que estaba sucediendo hasta que miró una de las cartas. Don Claudio comenzó a llorar y tomó a Juana de un brazo.

— ¡Dime si es verdad! ¿Tú eres mi hija, verdad? ¿Vamos responde?

— ¡Sí, yo soy su hija!, ¡Yo soy aquella que usted dejó botada!, pero usted no es mi padre, mi papito está en el cielo con mi mamita y mis hermanitos.

— Yo siempre amé a tu madre y siempre te quise a ti desde que supe que existías, no sabía dónde encontrarte; tu madre no dejaba que te viera.

— ¡No, no! ¡Usted no es mi padre! ¡No lo es! ¡No!

Juana no pudo continuar, le entró un escalofrío por todo el cuerpo, comenzó a ver una luz que le llamaba por su nombre, era su madre...

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL MISTERIO DE LAS DEMASÍAS

Daniel Leiva Alvarado
14 años
1º Enseñanza Media, Liceo Santa Cruz
Profesora: Carolina Araya Navarro
Marchigüe

Cerca de Marchigüe existe un lugar llamado Las Demasías, a éste sólo se llega a través de un camino polvoriento que es como la prolongación de la calle Cadenas. Según cuentan los más antiguos del pueblo, en el año 1920 llegó a vivir a una casa abandonada, casi en las puras ruinas, en ese mencionado sector, un envejecido matrimonio, compuesto por don Custodio Soto y su esposa doña Isabel.

Traían consigo un gato de aspecto muy misterioso, hasta su nombre contribuía a sus raras características, lo llamaban "EL NEGRO" por su color oscuro casi fuera de lo común.

Como los campesinos son personas poco letradas y de pocas palabras que transmitir, don Custodio, más conocido como "CUSTA" Soto, no era la excepción; se trataba de un tipo silencioso, de profunda mirada, de aspecto tosco y escasos gestos de felicidad, su carácter obedecía a su triste pasado, no obstante asomaba en él algún grado de ternura cuando acariciaba a su particular mascota "EL NEGRO". Doña Isabel era de escasa estatura, su rostro interveni-

do por la cirugía del tiempo y sus largos años de exposición al sol estaba reseco y cubierto de fisuras. Su figura diminuta y semicurvada le daba un parecido a una abuelita tomada de un cuento de niños. También era mala para conversar, para enfrentar la soledad, que trae la falta de comunicación, tarareaba canciones que había aprendido en su infancia, cuyo contenido se había perdido en el tiempo ya que doña Isabel sólo recordaba algunas estrofas entrecortadas.

Aunque era muy poco usual, cierto día al caer la tarde, la viejecita se acercó a su esposo para preguntarle qué razón tenía para estar tan triste, ya que su semblante lo delataba. Para sorpresa de ella, por el rostro de su rudo compañero se deslizaba una lágrima...

— ¿Te duele algo Custa? ¿No te sientes bien?...

— Tengo pena Isabel, —respondió el campesino-. Se me vinieron a la cabeza recuerdos de cuando era chico, parece que veo llegar a mi "taita" enojado pegándole a todos en la casa. A mi madre le daba patadas y puñetes, a mis hermanos con una correa de cuero, a mí que era el más debilucho, un manotazo en mi cabeza que me tiraba al suelo. ¿Por qué nos pegaría sin motivos?

Yo soñaba que me tomaba en los brazos y me llevaba a pasear, que jugaba conmigo, pero se fue mi niñez y de él sólo recibí golpes y retos, aquellos sueños alegres en que compartía con él, nunca fueron realidad. Me hubiera gustado haber tenido otro tipo de vida y... ¡Ah...! tonterías, ¿qué estoy diciendo?... -reaccionó de pronto don Custa.

A lo que respondió doña Isabel:

— Anda, viejo, recuerda no más; cuéntame más; desahogarse a veces es muy bueno.

De nuevo otra lágrima regó las mejillas del campesino.

— También me pone triste recordar a mi madre, una viejita muy sufrida, aparte de los golpes que mi taita le daba, a veces no tenía ni para darnos de comer. De repente la encontraba detrás de la casa sentada en un viejo tronco de un árbol llorando las amarguras de la miseria y el dolor por el trato que le daba mi padre... Eso me entristece, Isabel, el dolor que sufrimos muchas personas. Hoy yo mismo, cuando me afeito y me miro al espejo cómo quisiera... y pensar que fui una guagua hace muchos años, luego un niño, también un joven y ahora estoy llegando al final de mis días. ¡Qué poco sirve vivir sin ser feliz!

— Es cierto, "Custa", pero ya nada podemos hacer —dijo la viejita... aunque ella misma sabía que su esposo tenía razón trató de distraerlo y lo invitó a tomar once.

En aquel entonces, la década de los veinte, del 1900, había un cuartel de Carabineros en la Peñablanca, lugar cerca de Marchigüe y acá en el pueblo atendía la oficina policial un carabinero conocido como el Sargento Carreño... Aunque en aquella época poco se sabía de estrés y agotamiento mental, Carreño lo padecía a veces, debido al exceso de trabajo y su afición por las historias policiales que hablaban de crímenes y psicópatas; el sargento las leía, buscando capacitarse en su labor y estar preparado por si algún día le tocaba atender un caso especial.

Eran las diez de la noche, afuera el frío invernal era tremendo, Carreño dormitaba a la luz de la chimenea en su casa, donde mismo tenía su oficina. De pronto golpearon a su puerta, se incorporó sin mayor preocupación pensando que sería una situación común que la atendería de inmediato. Vaya qué sorpresa, estaba junto a la puerta don "Custa Soto", el viejo campesino, conocido para Carreño, sólo que

esta vez su cara estaba diferente, lucía serios golpes incluso mucha sangre.

— ¿Qué le sucede? —preguntó muy asustado el sargento.

— Me han herido, señor. Me han herido, unos hombres asaltantes llegaron a mi casa, mataron a mi mujer. Yo logré arrancar, pero me hirieron con un cuchillo.

Y levantándose su ropa señaló al policía varias heridas en su cuerpo; a pesar de todo, el herido, don "Custa", no requería atención médica urgente.

Luego Carreño logró calmarlo y le pidió que le contara lo ocurrido en detalle; tras una hora de declaración, el sargento tuvo un cuadro completo de lo ocurrido, llamó inmediatamente por radio a la Peñablanca pidiendo refuerzos, llegaron dos hombres, jóvenes, enérgicos policías con un equipo completo de iluminación para viajar a Las Demasías y verificar los hechos en el terreno mismo. También se esperaba la llegada al lugar de cuatro policías más, procedentes de Santa Cruz, el pueblo más cercano que contaba con un mayor contingente.

La expedición al mando de Carreño se dirigió a Las Demasías guiados por el malogrado campesino, que sólo quería que atraparan a los asesinos de su compañera de toda la vida. A todo esto, se hicieron las tres de la mañana. Carreño, don "Custa", los dos policías de la Peñablanca y los cuatro de Santa Cruz hacían un equipo muy bien organizado, todos armados y de a caballo, capaces de enfrentar a los asaltantes por rudos que fueran. Rodearon la vieja casa, el ambiente era tenebroso y reinaba un silencio sepulcral. Al parecer los ladrones se habían marchado tras lograr su objetivo, seguramente el robo.

Don "Custa" bajó rápidamente de su caballo, casi sin dolor por sus heridas, se sentía apoyado por los policías y sólo quería dar con los malditos. Los policías iluminaron la casa, incluso la luz alcanzaba para iluminar el patio del frente. Don Custa entró a la casa.

— Aquí la dejaron, Sr. Carreño.

Cerca de la mesa, tirada sobre una manta, estaba el cuerpo sin vida de la anciana. Un certero golpe de hacha había destrozado su cráneo dándole muerte instantánea. Había sangre en casi toda la pieza y un pequeño cuchillo tirado cerca de la puerta.

— Con este me hirieron a mí señor —dijo Custodio Soto.

De pronto un golpe en la pieza del lado dejó a todos con la piel de gallina, no era nada importante sólo salió por la puerta "EL NEGRO", el gato mascota, mudo testigo de los hechos. Quizás lo más sorprendente fue que "EL NEGRO" dio un gruñido feroz mirando fijamente a don "Custa". Los policías llegaron a la conclusión que era una especie de reclamo instintivo, por no haber defendido a doña Isabel y arrancar como un cobarde. Carreño, "viejo zorro", de todo sacaba conclusiones, cerraron con llave la casa y se dispusieron a buscar a los asaltantes, según había dicho el campesino se habían dado a la fuga en sus caballos por el cerro. Buscaron con mucha cautela hasta el amanecer, nada encontraron. Durante el día, tras un breve descanso, lugareños y policías poseídos por una rabia incontrolable, rastrearon todo el lugar. Buscaron por el cerro, el estero, en fin por todo el sector que rodea a Las Demasías, muchos kilómetros a la redonda. La búsqueda fue sin resultados. Como medida de precaución, don Custa fue dejado viviendo en la casa de Carreño, donde ya se había venido también un policía de la Peñablanca, después de todo aquellos asesinos sueltos podían venir por él y darle muerte, seguramente era a él a quien buscaban ya que en su vieja casa no dejaron rastro de haber robado.

Pasaron los días, don "Custa" más resignado se veía pensativo e inquieto, Carreño y sus colegas seguían investigando, llegó a trascender en el pueblo que don "Custa" era el culpable, porque en el funeral de doña Isabel no había derramado lágrima alguna y, según ciertas personas, el hombre era muy agresivo con la viejita especialmente cuando se embriagaba en exceso. Tal hipótesis la descartaba el colega de Carreño quien veía sufrir en silencio al viejito "Custa" y notaba cómo le afectaban aquellos crueles rumores. Carreño con su vasta experiencia, recogía a su paso todo lo que hallaba, para poder aclarar el caso y atrapar a los asesinos sin importar de quiénes se trataban. Estaban sueltos y sin castigo, había que atraparlos.

Continuamente llegaban a los oídos de Carreño los comentarios de un hombre del pueblo, don Domingo, quien conocía el lugar y tenía su propia teoría. Según él, los ladrones de a caballo no podrían haberse ido por el cerro ya que necesitarían puertas para pasar, algo que no había en los deslindes. Saltar la malla que está en el cordón del cerro era imposible porque no lo pueden hacer los caballos galopando en subida; por el camino al Chequén había varias casas, en todas ellas muchos perros, ninguno de ellos ladró aquella noche, y si los ladrones eran tres y todos de a caballo hubiesen metido mucho ruido, la otra salida sería por el camino a Marchigüe.

¿Pero por qué don "Custa" no los vio pasar cuando vino a buscar a la policía? Carreño no descartaba la postura de don Domingo, la tierra no podría haberse tragado a tres hombres y tres caballos en cuestión de horas... Carreño estaba casi convencido que don "Custa" era el asesino. En su investigación reunió esclarecedores informes, capaz de convencer hasta al más escéptico:

Las heridas que traía el campesino al llegar a la oficina policial eran poco profundas, para mostrarlas se levantó las ropas que no tenían señal de desgarro, sus golpes en la puerta fueron normales, no reflejaban desesperación.

Al llegar a la casa descendió ágilmente del caballo ni siquiera pensó que los ladrones podían esperar agazapados tras la casa, se dirigió enseguida donde estaba el cadáver de doña Isabel, el arma asesina está junto a ella, era un hacha, ¿cómo sabían los bandidos donde la guardaba "don Custa"? ¿Por qué no se llevaron el pequeño cuchillo con que lo hirieron a él?

La mascota del envejecido matrimonio le gruñó ferozmente al campesino, no sólo cuando recién llegó, sino cada vez que éste pasaba por su lado, ¿sería que lo vio cometer el crimen y quería acusarlo a su manera?

Un antecedente que captó Carreño, y que fue el que gatilló la acusación sobre "don Custa", fue que al llegar a la oficina éste estaba pasado a alcohol, y el viejo declaró que no había bebido aquella noche y al llegar a la casa donde ocurrió el crimen había mucho vino sobre la mesa y un solo vaso contenía restos. No había dudas, el viejo estaba ocultando algo.

Reunidos todos los antecedentes, el viejo"Custa" Soto era el asesino. Fue condenado a cadena perpetua en la cárcel de Santa Cruz donde murió en la miseria más grande que sólo toca a los que matan a un semejante.

Transcurridos 8 años de cerrado el caso, Carreño fue trasladado a Rancagua a trabajar en otras investigaciones, seguía con su afición a las novelas policiales, sólo que ahora tenía en su mente un caso real que él mismo investigó hasta dar con el culpable, "Don Custa". Un día tras compartir una once con sus colegas narró la historia que a todos los mantuvo muy interesados, un policía experimentado reparó en un detalle de aquella vieja investigación...

— Carreño -comentó Ricardo, su colega- y ¿qué fue de don Domingo, el informante que conocía el lugar y barajaba teorías? ¿lo investigaste?

— A decir verdad, no —respondió Carreño.

Ricardo agregó:

— ¿No podría haber sido él el asesino y desvió tu atención culpando a don Custa?

El semblante de Carreño cambió del cielo a la tierra, recordó la insistencia de don Domingo en querer culpar al viejo Soto, Ricardo le propuso examinar el expediente. Como se venía un fin de semana, acordaron viajar a Marchigüe, ir a Las Demasías al lugar mismo del crimen investigado por Carreño y por qué no aprovechar la ocasión para que Ricardo conociera a don Domingo.

Salieron muy temprano aquel sábado, pasaron por Marchigüe en el auto de Ricardo casi al amanecer, fueron directos a la casa de campo donde habían ocurrido los hechos. Les costó bastante llegar, el camino era muy accidentado, al acercarse a la casa, grande fue la sorpresa de Carreño al ver de pie cerca de la vivienda a don "Custa Soto". Algo sorprendido por estas visitas inesperadas; el campesino llevó la conversación en un tono de insospechada inocencia.

— Hola Sr. Carreño tanto tiempo, qué sorpresa, no me diga que se vino a Marchigüe otra vez.

Carreño se demoró en responder, el caso invadió su mente por completo, sabía que don "Custa" tenía que estar preso, pensó muchas cosas, desde una fuga hasta una rebaja de la condena pero cualquier cosa era muy inusual. Ricardo notó como se desdibujaba el rostro de Carreño. Don Custa procedió a invitarlos a pasar, mirando hacia la puerta llevó sus manos alrededor de su boca y llamó.

— Vieja, vieja Isabel, nos viene a ver el Sargento Carreño y un amigo.

Carreño casi no resistía, "Custa", se ha vuelto loco, pensó y

propuso a Ricardo que mejor se fueran; Ricardo, que cada vez comprendía menos, se atrevió a permanecer en el lugar. Ambos descendieron del auto.

Lo que ocurrió a continuación era como sacado de una película de misterio. A la esquina de la casa se asomó doña Isabel a paso lento, después de todo habían transcurrido ocho años desde la última vez que Carreño la había visto; ¿cuál era la realidad?

Los visitantes estaban confundidos, el envejecido matrimonio observaba algo raro en las expresiones faciales de los recién llegados. Carreño, hombre robusto y de carácter fuerte, no resistió y presa de la impresión sufrió un desmayo. Ricardo se preocupó de sobremanera y acompañado por don "Custa" lo llevó a un consultorio que estaba en Peralillo a 15 km de Marchigüe. El médico se declaró incompetente y propuso que se lo llevaran a Rancagua. Ricardo se despidió de don "Custa", y emprendió el viaje de regreso acompañado por un enfermero que vigilaba de cerca la reacción de Carreño.

La impresión de Carreño fue tal que jamás le permitió volver a la realidad, falleció en un manicomio en Santiago en 1932. Según especialistas de la época, la soledad, el exceso de trabajo, más la incontrolada lectura de casos irreales lo llevaron a una completa confusión mental, llegando al grado de imaginarse personajes, que implantaba en gente real que él conocía. La vida de Ricardo fue marcada profundamente por la vivencia de Carreño, después vino a Marchigüe y conoció a los amigos que tuvo Carreño, quienes lamentaron su final. Incluso don "Custa" conoció la historia y no cabía en sí cuando supo que en la mente del Sargento Carreño él mataba a Isabel, su querida esposa.

Ricardo era el único vínculo existente entre Carreño y Marchigüe, y falleció en un accidente carretero. Si hubiese estado vivo en 1940 ¿qué habría pensado?

Una noche de invierno en la humilde vivienda del matrimonio envejecido de "Custa e Isabel" ocurrió una macabra historia, el viejo campesino "Custa Soto" llegó embriagado a su hogar y de un certero hachazo mató a su esposa... La policía siguió las pistas de la misma historia que Carreño tuvo en su mente y logró dar con el asesino, "Custa Soto", pagó su culpa al ser condenado a estar recluido todos los días que restaran de su vida en una celda, duró 4 años preso y falleció en Santa Cruz.

Hoy muy pocos saben de CUSTA SOTO, los más antiguos recuerdan que mató a su esposa y que inventó una historia para justificar el crimen. Sólo algunos también saben lo que ocurrió con Carreño, ¿estaría él padeciendo una locura? O ¿estaría tan absorto en su trabajo que ya no lograba distinguir lo real de lo ficticio? ¿Contaría con algún don especial que le hacía visualizar cosas futuras, sólo observando el comportamiento de la gente? O ¿quizás su perturbada mente inventó una historia que influyó en el agotado cerebro de Soto y que lo llevó a dar muerte a su anciana esposa?

Muchos son los misterios que jamás se resolverán en torno a este caso.

Hoy sólo quedan ruinas de la casa que albergó esta rara pero real historia. Para llegar hasta allá tienen que seguir el camino de tierra, prolongación de la calle Cárdenas, sólo que no vaya muy tarde ya que, según algunos, "EL NEGRO", la siniestra mascota, deambula por el lugar. Usted y yo sabemos que un felino como él, dura no más de 15 años, pero después de todo lo relatado ¿qué hay de raro en que "EL NEGRO" lleve ya 84 años vivo?

PRIMER PREMIO REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

PUNTETITO

Alexander Esteban Vega Vega
11 años
6º Básico, Escuela José Rivas Hernández
Profesora: Miriam Fuentes Recabal
Pelluhue

Me cuenta mi padre que cuando él era chico y llovía mucho, el no podía ir a la escuela porque no podían cruzar el río y su papá le contaba muchas historias y a él la que más le gustaba era esta llamada Puntetito.

Puntetito era un niñito muy chiquitito que vivía con su abuelita en el campo. Un día a Puntetito le dieron ganas de comer empanadas y a la abuelita le dijo:

— Abuelita, ¡tengo tantas ganas de comer empanadas! ¿Por qué no haces?

— No tengo las cosas para hacerlas -dijo la abuela- pero aquí tienes plata, anda a comprar grasa.

Muy contento partió al pueblo para comprar grasa en el negocio.

El dueño del negocio al verlo tan pequeñito le dijo.

— Si eres capaz de echarte ese tarro de grasa al hombro, te lo regalo.

Y Puntetito se lo echó al hombro el tarro y llegó a su casa y dijo:

— Aquí esta la grasa, abuelita.

— ¡Y tanta...! —dijo ella, al ver el tarro.

Él respondió:

— El dueño del negocio me dijo: "Si eres capaz de echarte ese tarro de grasa al hombro, te lo regalo". Y aquí está.

— Ahora -dijo la abuela- tienes que ir a comprar la carne.

Puntetito partió a la carnicería del pueblo a comprar lo que la abuela le pidió.

El carnicero lo miró y le dijo:

— Si eres capaz de echarte ese costillar de un buey te lo doy.

Y Puntetito, como si nada, tomó el costillar del buey que estaba colgado de un gancho, se lo echó al hombro y partió rumbo a su casa.

La abuelita al verlo llegar sorprendida le dijo:

— ¡Tanta carne...!

El niño le contó lo que había sucedido en la carnicería, la abuela lo miro y rió.

— Ahora falta harina y tienes que ir a comprar...

De nuevo partió el niño al negocio y le dijo al dueño:

— ¿Me puede vender harina?

Después de mirarlo el dueño le dijo:

— Si eres capaz de echarte al hombro ese quintal de harina, te lo llevas.

Puntetito, sin mucho esfuerzo, tomó su quintal de harina y partió a su casa.

La abuelita de nuevo le dijo:

— ¡Tanta!

Puntetito le contó que el dueño del negocio se lo dio.

— Ahora nos faltan las cebollas -dijo la abuela-, que es lo principal para las empanadas.

El niño partió a comprar las cebollas, pero no encontró en ningún negocio del pueblo y regreso muy triste a su casa.

— ¿Qué te pasa? -le preguntó la abuela.

— No había cebollas en ningún negocio —respondió Puntetito.

— Entonces no podremos hacer las empanadas -dijo la abuela.

Puntetito quedo pensando muy triste, pero de repente dijo:

— Yo sé dónde hay cebollas... y tomando un saco salió rumbo a la huerta en busca de las cebollas. Pero cuando venía de vuelta, apareció un hombre con una vaca hambrienta y Puntetito al verlo se escondió detrás de una mata de col (mata de repollo). El hombre soltó la vaca que tenía mucha hambre y comenzó a comerse todo lo que se ponía por delante hasta que se comió la mata de col y a Puntetito también. Cuando Puntetito estaba en la panza de la vaca

se acordó que en su bolsillito tenía un cuchillito y se lo enterró a la vaca y ésta murió. El hombre al ver que su vaca estaba muerta mandó a su joven y linda hija a lavar las tripas de la vaca porque él las necesitaba y cuando ella las estaba lavando de repente encontró a Puntetito y al verlo pequeñito lo tomó entre sus manos y él le dijo:

— ¡Eres la mujer más hermosa que he visto! Se acercó y le dio un beso.

— ¡Oh!, sorpresa, Puntetito era un apuesto joven que estaba hechizado y con el beso que recibió el hechizo se rompió.

Puntetito, convertido en un joven muy apuesto, tomó a la niña de la mano y en la otra su saco de cebollas, regresaron donde la abuela y los tres muy felices hicieron sus empanadas, se las comieron y vivieron felices para siempre.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

MATILDA ¿VACA O GALLINA?

Miguel Ángel Reyes Verdugo
11 años
Escuela G-208, Pangue Abajo
San Rafael

Mi abuelita se lo contó a mi mamá y ella a mí.

En una granja había un animal muy extraño llamado Matilda; este animal era especial porque era una gallina a medias con vaca.

Matilda tenía aspecto de gallina por sus plumas, ponía huevos y tenía pico, pero a la vez era vaca pues mugía, tenía cachos, cola y daba leche. Era un poco más grande que una gallina, pero más pequeña que una vaca.

¿Sería gallina o vaca?, se preguntaban todos. Unos decían: ¡Es vaca! Porque da leche. Otros decían: ¡Es gallina! ¿No ven que pone huevos?

Ella a veces se molestaba por aquellos comentarios de mal gusto, pero otras veces se sentía feliz, pues todos se fijaban en ella. Era la novedad de la granja, la gran atracción.

Matilda colocaba sus huevos en un lugar oculto y luego los incubaba. De ahí salían sus hijos. Estos eran pollos, porque ella estaba casada con don gallo.

Él se sentía alegre al ver a sus hijos tan bellos, pero todos lo molestaban por estar casado con Matilda.

Los hijos de Matilda se alimentaban de leche y no de maíz como todos los pollos, pues se preguntaban ¿quiénes eran los padres de Matilda? ¿de dónde habrá salido?

Un día encontraron respuestas a sus preguntas al oír a sus dueños decir que esta gallina a medias con vaca era hija de un toro y una gallina, que superaron las barreras de la naturaleza al luchar por su amor.

Su dueño la quería mucho, nunca la vendió y menos la mató; además era tan beneficiosa porque daba leche y ponía huevos a la vez, aunque nunca los encontraba. Matilda nunca tuvo un hijo igual a ella. Su recuerdo se convirtió casi en algo irreal y siempre perduró la pregunta ¿será Matilda gallina o vaca?

TERCER PREMIO REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

EL CHANCHO GRANDE

Karina Paz Espinoza Vergara
11 años
6º Básico, Escuela F-89, Quilpoco
Rauco

Comenzaba el tiempo helado, y nos levantábamos muy temprano con mi hermano para ir a la escuela. Ya era viernes, yo estaba muy ansiosa porque al día siguiente comenzaría a crecer mi cuenta en el banco. Mi papá había organizado la muerte del chancho grande y lo venderíamos para poder depositar el dinero.

Llegó el sábado, mi papá había cortado leña el día anterior para el fuego, había conseguido dos fondos grandes para calentar el agua, y había hablado con el tío Juan, el Flaco y otros amigos para que fueran a ayudar; deberían ser varios porque mi mamá se había sacrificado harto para criar el chancho y era muy grande.

Eran las seis de la mañana, ya había cantado el gallo y mis papás arrancaron de la cama para prender el fuego y calentar el agua. Con mi hermano nos quedamos un rato más en cama. Comenzó el bullicio, llegó el Flaco y el tío Juan; los demás amigos de mi papá llegaron después. Entre los dos fueron a buscar el chancho. ¡Pobrecito!, gritó un poco, pero gritó más cuando lo ataron de patas y manos, y gritó más aún cuando el tío Juan sacó su cuchilla de 30 centímetros y la apretó contra el corazón del chancho. Con Cristián nos tapamos los oídos y nos metimos bajo las tapas de la cama, pero igual escuchábamos los horribles gritos del pobre chan-

cho grande. Poco a poco comenzó a cesar el grito, entonces nos levantamos y fuimos a mirar. El pobre aún tenía el cuchillo clavado en el pecho. Mi papá tenía una olla en sus manos que recibía la sangre con la que harían las prietas. Comenzaron a pelarlo con mucho agua caliente, y con Cristián tomamos unas cucharas viejas y ayudamos a rasparlo para quitarle todo el pelo.

Mis hermanos le cerraban los ojos y yo le tocaba los tremendos colmillos que muchas veces devoraban a los pollos de mi mamá.

Como a las once de la mañana ya estaba faenado y comenzaron a llegar los vecinos a comprar carne. Con Cristián estábamos felices porque se vendía rápidamente, sólo quedaba una pierna que pesaba como doce kilos, pero llegó mi tío Horacio y él tiene harta plata, y la compró. Solo quedó la cabeza que aún nos miraba y mostraba los dientes. Mi mamá hizo un rico queso de cabeza con ella, también hizo unas deliciosas prietas y sacó mucha manteca que la usaría para hacer pan y freír sopaipillas.

Con Cristián nos dividimos la plata y la depositamos cada uno en su cuenta para cuando seamos grandes y podamos pagar algo de nuestros estudios.

Tal vez algún día tengamos en nuestras manos un cartón que se lo agradeceremos, en parte, al chancho grande.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

EL PATA DE LANA

Michael Osvaldo Farías González
Escuela San Jorge de Romeral
Profesor: Ángel Nivaldo Castillo Hernández
Molina

Cerca de mi casa había un puente, donde decían que se aparecía "El Pata de Lana". Yo nunca lo he visto, pero no me gustaría encontrarme con él.

El abuelo de mi abuelo contó que muchísimos años atrás, dos amigos que venían de una fiesta, bien tomados, llegaron a las cercanías del puente con la intención de cruzarlo.

Manuel le dijo a don Pedro, que era de los que no creían en nada, "vámonos y crucemos el puente antes que se nos aparezca el Pata de Lana y nos mate"... "Qué hacís caso a leseras, hombre. Son puros inventos de la gente…", contestó don Pedro. Al entrar al puente vieron una luz que se prendía y apagaba en el otro extremo y algo que hacía una sombra oscura.

Manuel muy asustado le dijo a su amigo..."Mira, ahí está el Pata de Lana, crucemos rápido". A don Pedro le costaba caminar, se acercaron lentamente, tenían mucho miedo. De repente sintieron caminar a alguien que arrastraba los pies a su lado y cayeron al suelo de puro miedo y decían: "Por favor, Patita de Lana, no nos hagas nada". Y la sombra preguntó "¿cuál es el que no cree en mí?". "Yo dijo don Pedro lleno de espanto". "Ahora sabes que existo", le dijo

el fantasma. "He vivido aquí encadenado durante muchos años, arrastrando con mis pies estas cadenas que me lastiman y todo por culpa de ese hombre que cuando me asesinó me robó mis calcetas de lana, si las pudiera recuperar sería un hombre libre".

Don Pedro al escuchar las palabras del fantasma se compadeció de él y le dijo: "Yo le regalaré mis calcetas de lana para que pueda descansar y así dejar de asustar a las personas".

Así el fantasma terminó su martirio y se fue y ahora la gente puede cruzar tranquila el puente sabiendo que el Pata de Lana ya no los asustará.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
VII REGIÓN DEL MAULE

LA ANCIANA EN INVIERNO

Cristián Fernando Espinoza Vergara
14 años
1º Enseñanza Media, Colegio Politécnico San José
Curicó

A orillas del brasero permanece aforrada en la manta de lana, con la mirada perdida en medio de los cerros, la anciana busca las quebradas que como leche se derraman cuesta abajo abofeteando a las rocas que se le cruzan en su camino y que repentinamente desaparecen en medio de ese sin fin de robustos árboles.

La mañana ha sido de escaso tiempo y la tarde llega como carrera de potro salvaje. Es la hora de las sopaipillas fritas en manteca. Con sus huesudas manos y las venas que ya revientan, las sumerge en esa blanda masa amarillenta, producto del buen zapallo camote. La soba una y otra vez, entre tanto afuera el aguacero brama y golpea con fervor el tejado, mientras que una gotera, de un salto despierta a la gata que busca el calor a orillas del brasero.

Parada en sus tres patas, la olla de fierro arde en el fuego, esperando que lleguen a ella una tras otra las amarillentas lunas amasadas por la anciana. Como siempre, quedaron sabrosas, ella entierra su fiel colmillo a una aromática sopaipilla que con el mate bien caliente, calman la sonajera de tripas de esta encorvada mujer.

La larga noche se deja caer, el norte es cada vez más poderoso y en el caserón los chonchones y lámparas ya han comenzado a brillar

dejando ver en el techo artísticos tejidos de arañas y colas de ratones que desesperadamente huyen de la gata provocando un gran ruido que logra despertar a la anciana que permanecía adormecida en el sillón de mimbre. Con un crujir de huesos, el encorvado cuerpo se endereza para ir a descansar. La anciana recorre con su mirada por última vez el exterior en busca de los cerros que atorados de agua desaparecen en la oscuridad.

Los húmedos y malolientes perros esperan por su pedazo de pan duro que esta mujer incondicionalmente les da noche tras noche, en su último quehacer. Ahora son truenos y relámpagos los que asustan a los ratones, mientras la anciana ensordecida comienza a rezar el rosario contestándose a sí misma.

PRIMER PREMIO REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

UN AMOR INMORTAL

Claudia Lorena Maldonado Figueroa
15 años
Liceo Comercial B-22
Profesora: Primitiva Jacqueline Muñoz Salas
Talcahuano

Érase una vez, cuando aún se sentía la vida normal de los mapuches y surgían las batallas contra los españoles, el río Biobío era una frontera y un campo de batalla. Cerca de allí, casi a orillas del río, vivía el toqui Huenuqueo, fuerte y muy observador de sus costumbres.

Tenía este toqui una hija llamada Antumilla, que ya había sido prometida en matrimonio con uno de sus mejores guerreros: Butalebu, nombre puesto en honor al río cercano. Aunque el toqui tenía más hijas ella era especial, puesto que era hija de la persona que él más amaba y que un capitán español ultrajó.

El toqui odiaba profundamente a los invasores, pues todo iba bien hasta que ellos llegaron. Ellos con sus poderosas espadas no respetaron a la tierra ni a los habitantes de ésta.

Cuando los españoles lograron cruzar el río, se establecieron cerca de la ribera de éste. Entre los que cruzaron el río venía un capitán español que estaba dispuesto a arreglar las cosas, incluso había aprendido el mapudungún para poder relacionarse; en cambio, sus compañeros sólo querían ganar riquezas a cualquier precio. El nombre

de este alto y blanco español era Diego, sus ojos eran como dos cielos pequeñitos y su cabello dorado como el sol.

Un día, cuando él extravió su senda y llegó cerca de la aldea, se encontró con Antumilla que lavaba en un recodo del río. Él sólo pudo sonreír a la vista de aquella morena mujer que lo había encantado con su belleza tan especial. Con suave voz, para no asustarla, le habló:

— Mujer, hermosa visión angelical, escuchadme.

Ella, asustada, se quedó paralizada y él continuó:

—No os causaré daño.

La indígena lo miró con atención y respeto, ya que era el primer invasor al que escuchaba su lengua. Se acercó, cautelosamente, y preguntó:

— ¿Cómo es que sabe mi hablar, invasor?

Él pareció no escuchar la cruel, pero cierta palabra y contestó:

— Aprendí, porque quiero que tu gente esté en paz con los nuestros... además, deseo aprender vuestras tradiciones y costumbres y si, vuestra merced, me permite algún día ser amigos.

La indígena lo miró a los ojos para inspeccionar cada detalle de esos pequeños puntillos de color cielo y observó que en ellos había la misma pureza del cielo araucano y que el pelo era color de oro como el sol que los iluminaba. Ante esto, respondió que sí, lo ayudaría, pero temía que tendrían que verse sólo en ese secreto lugar para no ser descubiertos y señalando la espada dijo:

— Eso no... —y se fue corriendo, sin decir adiós.

Día tras día se fueron encontrando junto a la ribera del río. Ella le enseñaba lo importante que era la tierra para su gente, que creían en su espíritu superior y en el espíritu de sus antepasados, a los que debían rogar a través de voiguevoes o señores de canelo. Él le enseñaba español, la fe en un dios de amor y el nombre de Jesús.

Para la pena del capitán, ella estaba comprometida en matrimonio con un fiero guerrero a quien el padre de la joven estimaba mucho, puesto que era como su hijo y además había muerto y capturado a muchos españoles.

Un día, como forma de aprecio, el capitán regaló un crucifijo a su joven amiga. Para que nadie se enterara, ella llevaba escondido en una bolsa que colgaba de su cuello el precioso regalo; pero el guerrero enamorado la vio cuando lo sacaba para hacer una pequeña oración, antes de ir a ver a su amado enemigo. Sin percatarse que el guerrero la seguía, Antumilla corrió a los brazos de Diego. Furioso, Butalebu, pensó en matar en ese mismo instante a la pareja, mas decidió que primero debía enterarse el toqui y contar así con su aprobación.

Huenuqueo esperó la llegada de su hija y con gran indignación le pidió una explicación por el extraño objeto que escondía; ella, intentando proteger a su amado, le dijo que no era nada importante que lo había encontrado en el bosque. El padre, que no quería que ella advirtiese al enemigo, astutamente dejó pasar la mentira de su hija y ella, sin sospechar nada, siguió con sus labores.

Llegada la noche, Antumilla salió como siempre a caminar por el bosque y a encontrarse con su amado español. Cuando estaban juntos y la luna se reflejaba en el río, una flecha atravesó el corazón del

español. Cual daga de fuego le había cruzado por la espalda dejándolo muerto en los brazos de su amada. Ella sólo lloraba abrazada al cuerpo inerte de Diego. De pronto, unos brazos fuertes la pusieron en pie. La voz del cacique le ordenó cerrar los ojos y con el mismo crucifijo, regalo del enemigo, apretó hasta acabar con la vida de quien había traicionado a su pueblo.

Ambos cuerpos quedaron ahí, las hojas los cubrieron y la madre tierra los acogió. Al salir el sol, el cacique mandó buscar el cuerpo de su hija, pero no encontraron ningún rastro.

Ahora ellos están juntos para siempre y, según cuentan los lugareños, en algunas noches de luna llena se les ve abrazados junto a la ribera del Biobío, mostrando que el amor es inmortal.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA LEYENDA DEL GUERRERO

César Gacitúa Quintana
11 años
6º Básico, Escuela Cacique Levián
Santa Bárbara

A orillas del lago Galletué, teniendo como límite las montañas que lo rodean, cuentan en las historias que llevan en Lonquimay, que a este lago lo vigilaba un fantasma, que antes de tener este oficio era un guerrero pehuenche.

A este guerrero le ocurrió que cuando venía desde Argentina, se quedó atrás de su grupo, ya que su caballo estaba cojo, y le llegó la noche en un lugar muy solitario, a orillas del lago. Se quedó dormido y de repente despertó con un sonido muy extraño. Miró hacia el agua y vio que desde el lago salía un animal raro. Pensó que estaba soñando, pero cuando vio que se acercaba más y más se dio cuenta que era realidad. Estaba asustadísimo ya que el animal era con cabeza como de lobo, tenía manos con grandes garras y piel seca y sin pelos.

De pronto se dio cuenta de que era el Diablo y trató de correr, pero algo le impedía moverse y de seguro era el poder que tiene el Maligno para apoderarse de uno.

El Diablo le dijo: "Te mataré si no cumples mis órdenes; tendrás que ser un fantasma y merodear siempre por estos lugares, o morir aquí ahora mismo e irte al infierno".

El Diablo tenía mucho poder sobre el hombre, ya que éste había sido muy malo en su vida.

Al pobre hombre no le quedó más que la primera opción, o sea, ser un fantasma y se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

Así desde ese día comenzó a molestar a todos cuantos pasaran por ese lugar.

Y como era empleado del Diablo, siempre era muy malo con la gente. Hizo muchas correrías y la gente ya sabía que por ese lugar era peligroso pasar, hasta que en una oportunidad, en un grupo donde iban varios hombres, uno logró salir con vida y a pesar de estar muy malherido, logró llegar a una casa, muy lejos. Le prestaron auxilio unas personas, y les contó cómo el fantasma lo había perseguido casi hasta la muerte. El pobre hombre estaba lleno de heridas.

Entonces toda la gente se reunió y decidieron llamar a un sacerdote e hicieron una rogativa y echaron mucha agua bendita, estuvieron hasta la noche y como a la medianoche empezó a salir un humo del lago y tenía la forma de un guerrero que iba en su caballo y antes de que desapareciera se escuchó un fuerte grito desgarrador.

El sacerdote y todos los lugareños que ahí se habían reunido, se fueron a sus casas, pero hasta el día de hoy la gente al pasar por ese lugar se siente atemorizada.

TERCER PREMIO REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LOS MAPUCHES SE VISTEN CON NALCAS

Katherine Nicole Salvo Rifo
13 años
8º Básico, Escuela E-1210, Enrique Bernstein Carabantes
Profesora: Victoria del Carmen Pereira Concha
Santa Bárbara

Hace muchos años, cuando nacieron los primeros mapuches, Chachao (Dios mapuche), los dejó completamente desnudos en la tierra durante diez días, para saber si aguantaban el frío o no.

En ese tiempo había muchas culebras, que caminaban igual que nosotros. Estas culebras le preguntaban por qué estaban desnudos, y uno de ellos le contestó: "Porque nuestro Chachao nos dejó así, y de esta forma tenemos que seguir viviendo". Y las culebras les dijeron: ¿por qué no cortan hojas de nalca, las cosen y se tapan con ellas y así no les da frío? Los mapuches le hicieron caso y fueron a cortar hojas de nalca y se cubrieron hasta la mitad de su cuerpo.

Los mapuches encontraron muy agradable estas hojas de nalca, porque los protegían del frío y de la lluvia, pero como las hojas se secaban con el sol, tenían que cortar y cortar hojas de nalca y nuevamente coserlas. Y así fue diariamente.

Se cumplieron los diez días, y volvió a pasar Chachao. Vio a todos los mapuches cubiertos con hojas de nalca, se enfadó mucho y les

dijo: ¿Quién les ordenó hacer esto, de cubrirse con hojas de nalca? Todos los mapuches se quedaron callados. Pero Chachao ya sabía quién era el que les había dado la idea. Entonces Chachao castigó a la culebra quitándole sus "patas", para que se arrastrara en el suelo para siempre. Las culebras se sintieron mal, pero tenían que acostumbrarse por haber llevado la contraria a Chachao.

Desde ese momento las culebras son odiadas por los mapuches. Donde ven una, la matan y así le dan su castigo. Pero los mapuches obligadamente tuvieron que seguir estando desnudos. Sólo se tapaban con hojas de nalcas, hasta que un día se aburrieron de cortar y coser las hojas para cubrir su desnudo cuerpo moreno, y empezaron a cubrirse con cueros de animales y así se dieron cuenta que los cueros duran mucho más y calientan más.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

UN SER LLAMADO CHON - CHON

José Luis Pinilla Ortega
2º Enseñanza Media, Colegio Sagrado Corazón de Jesús
San Carlos

Era una vez, que en las afueras de la ciudad de San Carlos se escuchaban unos gritos persistentes que rondaban por las casas. Sus sonidos eran algo así como: TUE-TUE. Algunas personas se asustaban de estos sonidos pero otras no lo tomaban en cuenta, ya que decían que era el Chon-Chon o también llamado Tue-Tue que andaban anunciando la muerte de alguien enfermo.

Los ruidos de esta criatura se empezaron a repetir toda la noche y en el mismo sector, en el cual había muchas personas que estaban enfermas y cada día empeorando, ya que el Tue-Tue luchaba contra el espíritu de estos e iba succionando la sangre hasta que estos terminaban muriendo, pero ninguno de los familiares hallaban explicación de lo sucedido.

Pasó mucho tiempo, y las personas del pueblo empezaron a averiguar con las personas antiguas de la época, quién era el tal ser llamado el Chon-Chon. Estas empezaron a recordar y les dijeron que los seres eran unos brujos o gente que sabe mucho de brujería, que después de aplicarse ciertos tipos de cremas en la garganta salían a volar sólo con la cabeza, a la cual le nacen unas enormes orejas que la criaturas usaba como alas, dejando el cuerpo en la casa.

También las personas antiguas decían que al momento de iniciar el vuelo, el Chon-Chon decía: "Sin Dios ni Santa María". Las personas al escuchar el relato se asustaban mucho, porque no sabían qué hacer para poder terminar con estas criaturas y decidieron gritarle cosas las cuales hicieron que estos no salieran a volar tanto por las noches. Algunas de las cosas que les gritaban al momento de pasar estos brujos eran: "San Cipriano va para arriba, San Cipriano va para abajo, sosteniendo una vela de buen morir", con esta simple oración el Chon-Chon cae al suelo y las personas podían matarlo.

Las muertes de los enfermos empezaron a disminuir ya que la gente ahuyentaban a los Chon-Chones echando también sal al fuego de la cocina; extendían también un chaleco o a veces les decían: Pasa Chon-Chon tu camino, o vuelve mañana por sal. Al día siguiente muy temprano alguien se presentaba a pedir sal y las personas por ningún motivo se las negaban, porque el Chon-Chon le podía hacer algún mal o extraerle su alma.

El tiempo siguió pasando, pero las personas no se quedaron tranquilas y continuaron investigando hasta encontrar el paradero de los seres. Estos eran individuos de apariencia joven, pero en realidad tenían más de cien años de existencia en la Tierra. La gente del pueblo no quería creerlo y continuaron buscando formas para echarlos o eliminarlos para siempre, pero los Chon-Chones no se rendían fácilmente.

En ocasiones las personas hacían caer a los seres al suelo cuando éstos pasaban volando por las noches, haciendo en el suelo la firma de Salomón en forma de una estrella de cinco puntas, a la cual se le insertaba en el centro un cuchillo con la punta dirigida hacia arriba y hacia el Chon-Chon. Al pasar éste, se precipitaba y quedaba ensartado en el cuchillo de donde las personas lo tomaban para luego quemarlos, si lo deseaban; pero cuando lo intentaban, el ser se desaparecía y nadie tenía una explicación para esclarecer lo sucedido.

La gente del pueblo no supo qué más hacer, y hasta ahora nadie sabe cómo eliminar a los Chon-Chones por lo cual siempre que se escucha gritar en las noches a un pájaro que va diciendo: TUE-TUE, todos suponen que es el Chon-Chon que anda rondando en busca de un enfermo.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA MUJER DE LAS LUCES

Gabriela Margoth Burgos Mieres
13 años
8º Básico, Escuela F-597, Agua de la Gloria
Profesora: María Isabel Paineo Espinoza
Concepción

Hace mucho tiempo, cuando la gente se trasladaba en carreta por caminos de tierra largos y anchos, aparecía una mujer con luces en todo su cuerpo que asustaban a los animales impidiéndoles caminar hasta que la gente arrancaba, dejando sus carretas con mercancías y ganancias, esto sucedía todos los días de feria al anochecer.

Un día mi abuelo encontró que esto era muy extraño y decidió reunir un grupo de gente afectada por la supuesta mujer. Se reunieron al terminar las ventas y se dirigieron al bosque. Cuando llegaron, apareció la supuesta mujer, o simplemente la animita, y al ver que nadie escapaba decidió acercarse a las carretas; como esos caminos son oscuros sólo se veían sus luces, mi abuelo decidió bajar y tomarla por sorpresa. Al sacarle su ropaje, se descubrió su rostro y resultó ser un hombre que andaba en todos los pueblos robando.

Esta historia me la contó mi abuelito, José Nativerio Burgos Medina.

PRIMER PREMIO REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL MEDIO POLLO

Claudio Daniel Alarcón Torres
5º Básico, Escuela Particular N° 125, Loncofilo
Profesora: Ivonne Chávez Vega
Curarrehue

Mi mamá me contó que este cuento viene de varias generaciones, como desde mi tatarabuela más o menos, y comienza así:

Había una vez un campesino que tenía muchas aves, entre ellas muchas gallinas y en una de sus parvadas de pollos le nació uno muy raro, era medio pollo. Pobrecito, todos se burlaban mucho de su apariencia, porque era muy raro. Un día el medio pollo decidió marcharse muy lejos, juntó sus cosas y se marchó. En el camino se encontró con un carretero que llevaba su carro vacío en busca de trigo y éste le preguntó:

— ¿Adónde vas, medio pollo?

— Voy donde el Rey, ¿me llevas?

Le dijo el carretero: -¡Claro! Métete en mi potito y tápate con un palito.

Siguió caminando el medio pollo por montes y valles hasta que chocó con un zorro y el zorro quería comérselo, pero éste asustado le dijo: "¡no me comas, no me comas!, que voy donde el Rey y allá hay muchas gallinas y gallos para ti".

"Bueno", dijo el zorro. "Si me llevas te perdono la vida".

Y el medio pollo le dice: ¡Métete en mi potito y tápate con un palito!

Y siguió su camino, pasaron días duros para él, pero no abandonó la búsqueda hacia el Rey. De pronto un tigre lo asustó mucho, pero se salvó cuando le dijo que iba donde el Rey, cosa que al tigre le gustó mucho, lugar en donde abundaba la comida, se entusiasmó y le dijo al medio pollo: "Llévame adonde tú vas".

"¡Métete en mi potito y tápate con un palito!"

Y se fue cantando y bailando por muchos días más hasta que llegó al río. Este era muy grande y dijo: " No podré pasar, hasta aquí llegaron mis esperanzas de ir donde el Rey".

De repente el río escuchó el lamento del medio pollo y decidió ayudarlo.

"Si llevas parte de mí a la casa del Rey, te dejo pasar".

Claro que sí ¡métete en mi potito y tápate con un palito!

Y se fue con su gran carga hasta llegar donde el Rey.

Grande fue su sorpresa al ver el palacio del rey ante sus ojos.

Rendido por el cansancio cayó al suelo y se durmió, cuando despertó estaba en un granero llego de grandes cajones de trigo y un guardia le decía: "El Rey quiere que este medio pollo engorde para comerlo". De pronto se acordó del carretero y lo soltó. Él llenó sus sacos y se fue muy feliz. Al otro día los guardias vieron al medio pollo que se había comido todo el trigo, se enojaron y avisaron al Rey.

El Rey decidió que lo arrojaran donde los gallos más bravos para que lo patearan hasta matarlo pero el medio pollo tenía al zorro y lo soltó, este acabó con todos los gallos y gallinas que habían. Al otro día los guardias avisaron al Rey de tal desgracia pero el Rey ordenó tirarlo a los caballos para que lo mataran, pero cuál sería su sorpresa al ver a todos sus caballos arañados y desangrados y muertos. El tigre lo había hecho todo y muy agradecido de su amigo Medio Pollo y se fue.

El Rey muy enojado y furioso mandó que amarraran al medio pollo y lo asaran vivo al horno.

Cuando el medio pollo se empezó a calentar en el horno se acordó de su amigo el río que quería conocer un palacio. Este salió y apagó el fuego y arrasó con todo y salvó a su amigo que lo llevó a conocer el palacio, los dos se fueron juntos y contentos por la amistad que habían hecho, ya el medio pollo nunca más se sintió solo ni raro por los amigos que había hecho a lo largo de su viaje y por siempre fue muy feliz.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL PUDÚ Y EL TITO LEÓN

Bárbara Solange Meza Chávez
6º Básico, Escuela Particular N° 125, Loncofilo.
Profesora: Ivonne Chávez Vega
Curarrehue

La historia que voy a narrar me la contó mi papá y a él se la contó mi abuelito.

Esta historia es muy conocida por la mayoría de los campesinos, pero ya está un poco olvidada, porque muchos papás ya no le cuentan historias a sus hijos.

Esta historia es de unos animales con un campesino. Ese campesino tenía una granja donde cultivaba muchos repollos, pero pasaba algo muy curioso. Cada noche desaparecía cierta cantidad de esta rica hortaliza y el campesino no sabía qué pasaba, fue entonces que se le ocurrió fabricar un espantapájaros para descubrir quién era el ladrón que se estaba apoderando de sus repollos.

Este espantapájaros, muy especial, pues estaba envuelto por una capa de barro y pegamento, fue puesto en medio del potrero con repollos.

Al llegar la noche, como era habitual, se acercó el ladrón y cuál fue su sorpresa, había un vigilante. Lo observó mucho rato, pero éste no se movía y fue entonces que lo quiso mirar de más cerca. Pero, nada. Aquel hombre pájaro estaba inmóvil. -Hola amigo -le dijo, y este no le contestó. Le volvió a repetir -Hola, amigo.

No recibió respuesta y esto enfadó mucho al pudú, que era el ladrón. Enojado le propina un feroz puñete. ¡Suéltame!, le decía y le propina otra bofetada; ¡Suéltame!, le volvió a insistir, le da otra patada, un cabezazo, y nada.

Quedó completamente pegado al muñeco. Al día siguiente se levantó el campesino y fue a ver su espantapájaros y pilló al pudú quien era el ladrón de sus repollos.

— Así te quería pillar.

Lo ataron y lo dejaron colgado de un árbol y mandó a calentar agua para comérselo.

Como estaba a orilla de camino pasaba por allí un león o puma y le preguntó:

— ¿Qué haces ahí?

— Es que me quieren hacer comer una tremenda vaca, y yo no quiero. Tú sabes que yo soy un animal herbívoro. ¿Le gustaría comérsela a usted?, le dijo el pudú al león.

— Sí, me encantaría, pero ¿qué tengo que hacer?

— Desátame y yo te amarro a ti y te darán a ti la vaca y podrás comer mucho, —y dejó al león colgado y arrancó.

Cuando llegó el hombre le dijo ¡tanto crecistes! Y se lo llevó a su casa para echarlo al agua caliente. En ese instante se dio cuenta que lo que tenía frente a él no era el pudú si no un tremendo león, el cual saltó y salió arrancando.

El león quedó muy furioso por el engaño y refunfuñando decía:

— ¡Donde te pille, te comeré!

Un tiempo después se encontraba el pudú tomando sol en medio del campo, cuando se le aparece su amigo león. Al verlo acercarse se hizo el muerto. El león le dijo:

— Si estás muerto, mueve la cola. Si estás vivo no la moverás.
El pudú empezó a mover la cola como un abanico y sale arrancando antes de que el león reaccionara y este no lo volvió a ver durante mucho tiempo.

Estaba un día el pudú bajo un avellano comiendo unas ricas avellanas. Estas las partía con unas piedras, en eso aparece Tito León.

— Ahora no escapas —le dijo.

A lo que el pudú le responde:

— Yo soy un animalito muy pequeñito. ¿Cómo me vas a comer? No tengo ni carne. ¿No prefieres mejor unas avellanitas? Son riquísimas.

— Bueno. Dame algunas —y se sirvió muchas.

— ¿De dónde sacas esas cosas tan ricas? le preguntó.

— De aquí —le dijo el pudú, indicándole bajo su vientre-. Tomas una piedra y la ubicas aquí y con la otra le pegas acá, y saldrán muchas de estas.

Y así lo hizo el león y se pegó tan fuerte que empezó a gritar. El pudú huye del lugar despavorido. La furia del león no podía ser mayor.

Así pasó mucho tiempo y este pequeño animal siempre encontraba una trampa que hacer a su depredador número uno. Pasaron los años, los dos estaban ya viejos. El pudú usaba bastón. Un día estaba

junto a un pequeño arroyo bebiendo una refrescante agua, el león encontró los rastros del pudú y lo siguió.

"Aquí viene este -dijo-. Esta vez no caeré en su trampa".

Lo esperó un largo rato bajo el agua hasta que apareció el pudú a beber, como lo hacía siempre.

— ¡Te atrapé, maldito!

— Tito León, suéltame el bastón y tómame la pata mejor…

Y el león le hizo caso de nuevo y volvió a ser engañado por el pudú.

Cuenta la historia que en las noches de lluvia se escucha en el bosque el rugido del león diciendo: "¡Cuando te pille te comeré!".

TERCER PREMIO REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL AMIGO CAUPO

Colectivo alumnos
Escuela Municipal G-416, Camar
Profesora: Alejandra Cartes Silva
Carahue

Había una vez un hombre muy conocido en la comunidad de Camar. Todo el mundo lo buscaba cuando tenía algún problema o necesitaba ser guiado hacia algún lugar de la comunidad. Se llamaba Caupolicán Cachaña, más conocido como "El Amigo Caupo".

En las mañanas recorría con sus perros, el Duque, el Orejón, la Piti y el Corbatín, el camino, dejando los animales y cuidando la escuela. Saludaba a los niños y luego se iba. Al regresar a su casa se encontraba con la Tía Alejandra y le contaba algún chiste, y seguía ¡chao, Profe!

De contextura gruesa, bajo y bien barrigón, era muy alegre y bonachón; pasaba las tardes limpiando los invernaderos con la señora Dora y su compadre Faustino, salía a Carahue a conversar con el Alcalde porque los caminos estaban malos y había que arreglarlos. De pasadita iba al almacén a buscar los encargos de la señora Nelda, la molienda de la abuela Juana y el certificado de Toño para el subsidio; volvía a Camar, repartía los encargos y se tomaba un vaso de agua con harina, unas cuantas risas, y de vuelta a la casa.

En su casa solía recibir a todo personaje foráneo que llegara, desde las más altas autoridades de la comuna al más humilde del sector. Un buen plato de sopa, tortillas y mate eran su especialidad. Con la

señora Dora se encargaban de atender a las visitas y contar historias de la comunidad.

En el tiempo de la siembra y la cosecha, todos los vecinos se reunían en su casa y celebraban los mingacos. Después del trabajo realizado, a la escuela acudía siempre, llegaba con algún cuentito para los niños; ellos gozaban mucho con su presencia.

Una mañana de otoño se levantó muy temprano a dejar sus animales, y a alimentar a los chanchos y gallinas. Cuando regresó a la casa, se encontró con Wünfucha (Dios creador) y le dijo que lo acompañara, porque lo necesitaba en otra comunidad para que ayudara a otras personas. Él estaba muy contento, pero preocupado porque tendría que dejar a toda su familia y amigos. Wünfucha le dijo que no se preocupara porque él estará siempre en Camar y ayudará todos sus vecinos.

Desde ese día, "El Amigo Caupo" se ve por los campos cuidando la escuela y los campos de Camar.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

PEDRO Y EL ÁRBOL

Juana Inés Zúñiga Leviluan
11 años
6º Básico, Escuela G-416, Camar
Profesora: Alejandra Cartes Silva
Carahue

Hubo una vez un terreno que no tenía dueño y no se cultivaba, sólo había un Hualle casi seco y muy triste. Todos los días pasaba un zorzal y lo acompañaba un rato y después se iba.

Un día pasó por el lugar un niño que se llamaba Pedro, cuando el zorzal vio al niño voló sobre su cabeza y el niño comenzó a seguirlo hasta que llegaron al Hualle. Pedro miró el terreno y pudo ver que todo estaba triste y desolado. Pensó: "¡si planto árboles, este Hualle estará más acompañado, los zorzales tendrán sus nidos, llegarán pidenes, chucaos y otros pajaritos, todo será más lindo!".

Entonces Pedro plantó árboles, sembró porotos, arvejas, lentejas y cuidó de ellos, al crecer las plantas y todo lo que había sembrado el Hualle estaba tan grande y majestuoso que parecía que llegaba al cielo. El zorzal se instaló con su nido y toda su familia. Todos los días Pedro recorría el lugar acompañado del zorzal y descansaba bajo el Hualle.

El niño se dio cuenta que había hecho algo muy importante, salvó aquel árbol que estaba tan triste y pudo darle un hogar a mu-

chos animalitos; el Hualle estaba muy contento y agradecido. Pasado el verano, Pedro debía volver a la escuela y le prometió al Hualle que volvería en las vacaciones de invierno. El árbol estaba muy contento con su amigo el zorzal. Desde aquel día, el terreno nunca más está triste.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL ZORZAL Y SUS AMIGOS

Jocelyn Andrea Baeza Carrillo
5º Básico, Escuela Particular N° 52, Pinguidahue Arriba
Profesora: Maida Arroyo Arroyo
Purén

Había una vez un zorzal que vivía sobre un árbol; y se encontraba muy triste, porque estaba enfermo, pero tenía tres amigos llamados tordo, chincol y torcaza y ellos eran muy solidarios, siempre le traían alimento cuando él tenía hambre. Y le daban ánimo, lo invitaban a salir, y el viejo zorzal se sentía contento porque sus amigos se preocupaban por él. Fue tanto la preocupación de sus amigos que decidieron llevarlo al médico, porque el zorzal siguió enfermo que casi no podía volar. Y el médico le dio unos cuantos remedios y el viejo zorzal se los tomó y alivió. Después de encontrarse sano, sus amigos hicieron una fiesta, porque estaban contentos porque su amigo había sanado. Y desde ese momento siguieron saliendo juntos a buscar frutos, salían a las fiestas también buscaban gusanitos y vivieron muchos años más, juntos y felices.

PRIMER PREMIO REGIONAL
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL CUENTO DEL VIEJITO CHIQUITITO

Karina Yanett Hernández Pérez
11 años
5º Básico, Escuela Rural San Miguel, Quehui
Castro

Hace muchos años, cuenta mi mamita que cuando ella era niñita, ella se fue por una pampa cerca de un camino; mi mamita, cómo era tan astuta, ella pasaba por un callejón y no por el camino y en ese callejón había otra pampa y en esa pampa había unos quiscales.

Ella empezó a sacar chupones cuando sintió que alguien venía caminando. De repente vio que era un viejito chiquitito que caminaba muy ligero.

Y andaba vestido de color café. Andaba con un sombrero grande y un poncho grande de color café y dice mamita que el viejo pasó por el barro a "to" carrera y mi mamita conversa que cuando lo vio apretó a correr y llegó a su casa muy cansada y empezó a contar lo que había visto. Su mamá le dijo que fue el "ruende", mejor dicho el duende. Después mi mamita salió para afuera y se fue a sentar en un banco debajo de un árbol. Entonces miró por el camino y vio al viejito chiquitito que estaba sentado al lado del alambre del camino. Entonces mi mamita llamó a su mamá y esa ahora lo vio y conoció al viejito chiquitito y en la noche mi mamita soñó de un viejito chiquitito y aquí termina el cuento del viejito chiquitito.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL MISTERIO DE LOS TRES PESCADORES DE LA PIEDRA CORTADA

Araceli del Carmen Ruiz Garcés
11 años
6º Básico, Escuela Rural San Miguel
Castro

Hace unos años, tres pescadores fueron a pescar por primera vez por la parte de Lemuy, Detif y Puchilco. Como a las ocho de la noche aparece una anciana comprándole pescado que traían los pescadores. Pero éstos no le quisieron vender. Ya cuando venían de vuelta, vieron un perro dentro del bote y uno de los pescadores dijo que lo tiren fuera del bote y otro de los pescadores dijo que no lo tiren…

Mientras discutían, desapareció el perro y se dieron cuenta que el perro era brujo. Después volvieron a Quehui y el segundo día que fueron a pescar se le quedó una tonina enredada en la red. La sacaron a la playa y la mataron a palos, se repartieron la carne y se la llevaron para sus animales y después de cinco días se fueron a pescar de nuevo y no regresaron a sus casas y al otro día cuando amaneció un vecino encontró dos cadáveres que habían en la playa y les avisó a sus vecinos y a sus familiares. Uno de los pescadores estaba enredado en la red y un lobo andaba como a cinco metros con una chomba de uno de ellos; la tiraba hacia arriba y la volvía a tirar. Cuando los familiares los llevaron a su casa para velarlos, vienen los

policías y vienen a buscar a los pescadores muertos para que le hagan la autopsia. Los trajeron de Castro, los enterraron. Haría como una semana que estaban sepultados, cuando llegaron los policías y... volvió la orden de llevarlos a Castro de nuevo para hacerle la autopsia de nuevo. Iba a venir un familiar de dos de los familiares. Este estaba en el paradero de buses de Puerto Montt, cuando llegó un hombre bien vestido y le dijo que en Quehui dos de sus sobrinos habían muerto pescando y que fuera a cobrar un seguro de sus dos sobrinos. El hombre no quiso ir porque tuvo miedo porque pensó que le podrían robar su plata y él no creía que sus sobrinos estaban muertos. Cuando él vino a Castro ya en la lancha le dijeron que era cierto que sus dos sobrinos habían muerto, que la última noche ya no volvieron y andaba otro hombre que también andaba pescando y vio qué fue lo que pasó y vio que los pescadores estaban peleando con los marineros del Caleuche.

Donde estaban ellos había muchas luces y en la parte donde estaba el pescador se levantó una tempestad y no pudo irse más allá porque había muchas olas fuertes. Este hombre lo que vio lo contó hasta un año después que murieron los tres pescadores, porque dice la tradición que uno no lo puede contar hasta después de un año porque si no, llevan a la persona que lo haya dicho.

TERCER PREMIO REGIONAL
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL SEÑOR JUAN

María Magdalena Guarda Cárdenas
7 años
2º Básico, Escuela Rural Nochaco
Profesora: Elisabeth Alarcón
Puerto Octay

Esta era una vez un campesino que se llamaba Juan.

Era un campesino que nunca hacía las cosas como debe ser. Su madre lo mandó un día a comprar un kilo de carne. Juan venía lo más bien con su carne sobre la cabeza. De repente viene un perro y lo mordió en la pierna y a Juan se le cayó la carne que traía sobre la cabeza.

Cuando llegó a su casa, su pobre madre estaba muy enfadada y su madre le dijo a Juan: "¡Por Dios Juan, que has hecho!", y la madre dijo: "¿por qué no trajiste la carne en las manos?".

Al otro día Juan pasó al lado de un rico hacendado sin tener nada que hacer, por que nadie lo mandaba hacer nada porque todo lo hacía al revés y había una mujer que estaba muda, y cuando vio a Juan caminando con paso como de borracho, la mujer recuperó su voz, se casó con Juan y también recuperó el juicio y todos lo llamaron Señor Juan.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL PATO BOLSERO

Rosa María Yucún Ulloa
8 años
2º Básico, Escuela Rural Hardy Minte Bartsch, Los Riscos
Puerto Varas

Sucedió en un rincón lejano de nuestro país, llamado "Los Riscos" por sus altos cerros y acantilados hacia el lago Llanquihue, lo que lo hace aparecer imponente y majestuoso a los ojos de los visitantes, y nosotros mismos no dejamos de impresionarnos cuando miramos aquellos imponentes riscos.

Lo cierto es que existía un pato común y corriente al cual le llamamos "Renato" por ponerle un nombre. Vivía con una modesta familia, su amo era "Caico", hombre muy bueno para jugar a la pelota.

Este pato vio un día una enorme y hermosa casa, entonces pensó que allí podría conseguir un buen y apetitoso alimento distinto que el de su casa. Una manera excelente de comenzar la hermosa y soleada mañana, porque en su casa sólo podía comer pasto del campo y nada más. Entonces "Renato" dispuesto a todo penetró en la casa y ¡zas! que se encontró con un rico desayuno que estaban sirviendo a la mascota de la familia rica. Quiso tomarlo, entonces salió una enorme perra que se llamaba "Lola" y casi le comió la cola. Suerte que salió la dueña de casa y lo salvó y dijo: "¿De dónde vienes, pato?". Él le respondió "¡cuac!" y se fue.

Al día siguiente el pato volvió a aquella casa y esta vez sí pudo comer el desayuno de "Lola", y así pasaron muchos días y él acudía cada vez a recibir su ración del rico alimento, ahora ya preparado especialmente por la dueña para él. No conforme con eso "Renato" de pronto volvió acompañado de un gallo y varias gallinas. Todos los días a las diez de la mañana, pues su amo Caico las sacaba de su gallinero. Esto ocurrió por muchos meses, de pronto ya no llegaron, tal vez como ya están muy gordas y se pusieron a "régimen" y con Caico se quedaron o este se las comió.

Si no me creen, pregunte a Caico, y colorín colorado este cuento se ha acabado "¡cuac!".

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL PERRO NEGRO

Eliana Nataly Coihuin Díaz
11 años
6º Básico, Escuela Rural San Miguel, Isla Quehui
Castro

Esta es la historia que le sucedió a un matrimonio chilote. Cada noche se despertaban haciendo pesadillas muy feas y además escuchaban extraños ruidos en su cocina de fogón y cada mañana al levantarse encontraban sus ollas y teteras y también platos, tazas y utensilios, por ejemplo: cucharas tenedores y cuchillos, todos regados por el suelo; desordenados y no en el lugar que ellos lo dejaban habitualmente donde lo guardaban. En vista que estos hechos seguían ocurriendo, tomaron una decisión de hacer guardia para verificar lo que realmente pasaba.

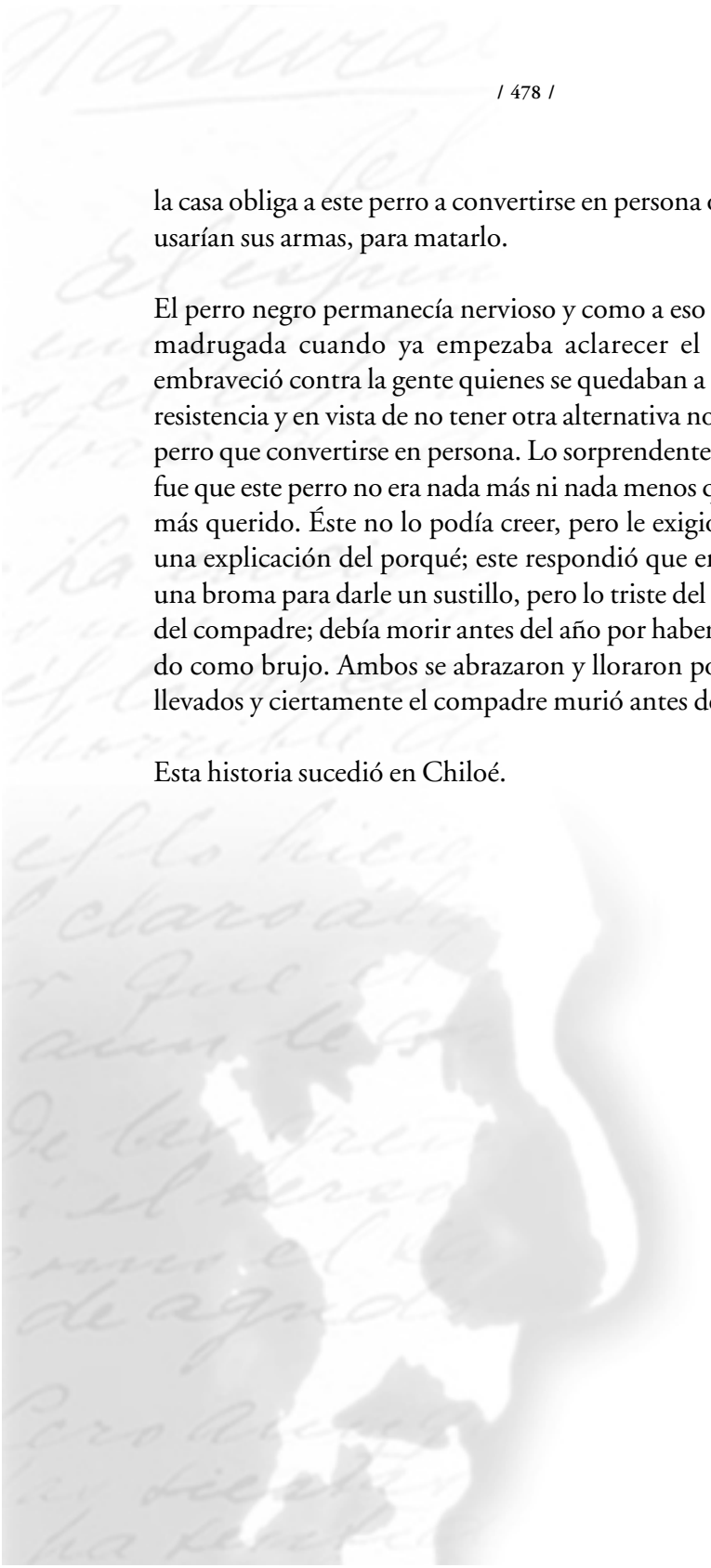
Y esta historia se la comentaron a unos vecinos y le solicitaron que si por favor lo podían ayudar para realizar la maniobra. Prepararon un buen fuego para no sentir frío, se armaron de horquetas, hachas y otras herramientas campesinas para sorprender al visitante nocturno.

Escondidos y a oscuras esperaban impacientes, cuando alrededor de la 1:00 de la madrugada empezaron los extraños ruidos. En aquel minuto los guardias encendieron sus mecheros para ver de qué se trataba. Tal fue la sorpresa para el dueño como para los guardias al ver que era un perro negro el que se dedicaba a jugar con los platos, ollas, teteras y utensilios. Siguiendo con lo planificado, el dueño de

la casa obliga a este perro a convertirse en persona o de lo contrario usarían sus armas, para matarlo.

El perro negro permanecía nervioso y como a eso de las 5:00 de la madrugada cuando ya empezaba aclarecer el día el perro se embraveció contra la gente quienes se quedaban a pie firme ante la resistencia y en vista de no tener otra alternativa no le quedó otra al perro que convertirse en persona. Lo sorprendente para este vecino fue que este perro no era nada más ni nada menos que su compadre más querido. Éste no lo podía creer, pero le exigió a su compadre una explicación del porqué; este respondió que era nada más que una broma para darle un sustillo, pero lo triste del caso y para pena del compadre; debía morir antes del año por haber sido sorprendido como brujo. Ambos se abrazaron y lloraron porque eran bien llevados y ciertamente el compadre murió antes del año.

Esta historia sucedió en Chiloé.



PRIMER PREMIO REGIONAL
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LA MONTAÑA DEL ESFUERZO

Belén Atenea Paz Orellana Lagos
11 años
6º Básico, Escuela E-23, Valle Simpson
Profesora: América Pinuer Berrocal
Coyhaique

Capítulo I : La llegada

La Van celeste se detuvo en la curva más alta de aquel sinuoso camino. Los viajeros respiraron hondo y se bajaron del vehículo. Ante ellos el espectáculo era desafiante, la tarde caía y los rayos de sol se dejaban ver entre los altos árboles sobre aquel pedazo de tierra que parecía un colchón de zarzas en un bosque abandonado.

Por fin habían llegado, y allí estaban en sus dos hectáreas de montaña. Qué pequeño parecía todo, pero sabían que grande sería la lucha por delante en ese pedacito de montaña. Habían llegado a "Seis Lagunas", un lugar olvidado que hace algún tiempo habían escogido para vivir sus últimos años.

Ester miró a su esposo Vicente y le dijo: "Aquí está lo que soñamos, Dios nos dará la fuerza para salir adelante", entonces tomándose las manos miraron al cielo y le rindieron a Dios una oración de gratitud. Ester era una mujer muy cristiana y sabía que Dios aun en esta locura no los abandonaría y estaría con ellos.

Atrás, muy lejos, en otras tierras más australes, habían dejado a la familia, los hijos, los nietos y los buenos amigos, que sufrieron su partida y que no pudieron entender esa decisión tan extrema.

Ester y Vicente, igual que las aves que buscan un clima más cálido donde anidar, encontraron en aquel rincón de Seis Lagunas un lugar para vivir y realizar sus sueños cerca de Dios y del cielo.

"¡Ya está! -dijo Vicente- ¡con Dios y nuestras manos vacías vamos a luchar por nuestro futuro!".

Y como si fueran dos niños, corrieron por el cerro y trataron de llegar hasta donde la zarza se los permitió.

"¡Mira, Ester! Aquí construiremos nuestra cabañita y allí estará mi taller." -dijo Vicente feliz. "Sí, sí, pero allá, mira cerca de ese arroyo ¿lo ves?, ahí vamos a colocar nuestra plantación de frutillas y mis tulipanes. Tenemos que fabricar también invernaderos para proteger los cultivos", dijo ella. "Claro, claro", contestó Vicente. "Pero no te olvides, de los viveros, tendremos un huerto de árboles frutales y nuestro propio gallinero".

En fin, había tanto que hacer y qué decir, que los pilló la noche haciendo planes, así que decidieron armar su carpa y pasar esa primera noche en su nueva tierra.

Capítulo II: Los primeros pasos

Amanecía en la montaña y el sol empezó a salir débilmente con sus pequeños rayos.

Ester y Vicente se despertaron muy temprano, ansiosos de empezar con su nuevo proyecto. Ester estaba fascinada con los colores del cielo y el trino de los jilgueritos que le daban la bienvenida.

Rápidamente prepararon su desayuno y se pusieron manos a la obra dispuestos a trabajar. Primero que nada, trataron de abrir un camino entre las zarzas, pero no fue fácil, las zarzas tenían muchas espinas y raíces muy profundas, así que tuvieron que cavar y cortar con hacha para eliminarlas completamente, fue un arduo trabajo que duró algunos días.

Al final de la semana, ya habían quemado muchas zarzas, pero igual había que seguir limpiando y desmalezando, y sobre todo sacar del paso unos viejos y largos troncos que habían caído quizás hace muchísimos años en medio del pantanoso lugar. Vicente buscó a los campesinos de los alrededores y consiguió una yunta de bueyes para poder arrastrarlos a un lado donde no molestaran, algún día servirían para leña.

Ese primer encuentro con los campesinos le mostró a Vicente la gente solidaria que vivía por allí, quienes enseguida le ofrecieron su ayuda para cuando volviera a necesitarla.

Parecía que los lugareños no podían creer lo que veían y no se convencían de lo que pretendían hacer estas dos personas tan mayores, ¿quiénes eran? ¿de dónde habían salido estos dos viejos soñadores? ¿acaso, pensaban vivir allí en la montaña?

El tiempo fue pasando, y Vicente con Ester, luchando cada día, les demostraron a sus vecinos con su trabajo y esfuerzo que sí pensaban quedarse a vivir en aquel lugar por muy difícil que fuera. Con el sitio ya un poco más limpio, empezaron a levantar las bases para la futura cabaña.

Pero desgraciadamente, aunque ya era primavera, regresó el invierno, y después de llover por muchos días llegó también la nieve. El agua se desbordaba por donde quería y cada día se enterraban más en el barro. En su frágil carpa, el frío y la humedad se dejaban sentir

sin piedad y Ester comenzó a sentir los efectos del clima tan crudo, hasta que cayó muy enferma y sus fuerzas se debilitaron.

Tuvieron que tomar la decisión de regresar a Coyhaique porque tampoco podrían seguir con la construcción, porque el clima no los dejaría continuar. Así que, volvieron a la ciudad y regresaron al mes siguiente cuando Ester se recuperó y tuvo nuevas fuerzas.

Cuando el clima mejoró, volvieron a Seis Lagunas y aceptaron el cariño de una familia vecina en la montaña que les ofreció su hogar hasta que ellos pudieran construir su propia casita.

Capítulo III: Logros y Desafíos

Cuando Ester y Vicente regresaron a su campo, subieron al lugar más alto de su montañita y desde allí viendo el bello paisaje que daban dos de las seis lagunas, bautizaron esa cima como "Camino al Cielo". Y al otro lado, con la luna reflejada en una de las lagunas, lo llamaron "Valle de la Luna".

Pasaron algunos días y ya dispuestos a seguir luchando, contrataron a unos lugareños para continuar con la construcción de su cabaña. Y otra vez, los bueyes fueron muy útiles cuando hubo que hacer alguna fuerza mayor con los materiales, acarrear ripio o preparar la tierra para los cultivos.

Pasó el verano y todo fue tomando su curso. La cabañita para vivir por fin estuvo lista y pudieron habitarla ¡qué gran día!, después de cuatro meses el primer esfuerzo había valido la pena.

Con las siembras que hicieron en noviembre pudieron disfrutar de algunas verduras y frutillas al final del verano. No fue gran cosa, pero para empezar estaba bien.

Vicente por supuesto tuvo su primer taller, y allí trabajando hasta que la luz del día lo dejaba, fue fabricando junto a Ester, de a poco, los muebles para su hogar. Él era mueblista y constructor, así que todo lo que hacía, lo hacía muy bien. También preparó el material para los primeros invernaderos, que en el invierno, protegerían sus plantaciones de frutillas y hortalizas.

Tuvieron también su propio gallinero, de patos y gallinas, claro que el pillo visón a menudo las mataba, así que Vicente tuvo que fabricar unas buenas bases con bloques para ganarle la batalla al ladrón. Y ya aprendida la lección, la próxima temporada tuvieron muchas aves en su gallinero y huevitos frescos para el desayuno.

Por otro lado, Ester en su laboratorio, un pequeño invernadero hecho a su medida, producía sus propios almácigos y cultivaba sus nuevos brotes. De allí salió gran parte de la producción de sus invernaderos con sus frutillas y hortalizas.

Más tarde encontraron un nuevo desafío en las abejas. Por supuesto que Vicente fabricó el mismo sus propias colmenas y todo el material necesario para trabajar en la Apicultura. Ester puso en práctica los conocimientos que mucho antes había obtenido en otro tiempo cuando vivieron en el norte.

Así que juntos, como siempre, se abrieron camino en ese nuevo mundo. A veces el clima de los alrededores los acompañaba en sus producciones y otras tuvieron grandes pérdidas, pero esto tampoco los derrotó y aprendieron a saborear la dulce miel.

Vicente trabajando con empeño y Ester feliz con lo que hacía, daban gracias a Dios cada día por haberles permitido vivir en esa maravillosa montaña.

Capítulo Final: El Recuento

Pasaron los años y los largos inviernos fueron más crudos cada vez, la nieve botó muchos invernaderos, el frío quemó plantaciones completas y las lluvias terminaron con la vida de muchas colmenas... hubo que empezar de nuevo, una y otra vez, cada temporada.

En la lucha por hacer de su pedacito de cielo un lugar mejor para vivir, Vicente se accidentó muchas veces y Ester se volvió a enfermar muy gravemente, pero ni la lluvia, ni el viento, ni la nieve pudieron con ellos ¡salieron adelante!

Después de siete años, en un lugar muy especial de la montaña, se puede ver todo lo que lograron esos dos soñadores que sin ser campesinos ni agricultores le doblaron la mano a la naturaleza.

Allí están Ester y Vicente, dos extranjeros, que echaron raíces en esta fría tierra de Aysén, ayer eran dos desconocidos citadinos que hoy se han convertido en dos fuertes montañeses y son un ejemplo de coraje y esfuerzo en medio de la adversidad.

Lucharon de sol a sol por ganarse un espacio en ese lugar, y aunque no era su tierra ni era su gente... se enamoraron de esas frías montañas y allí se quedaron.

"Por la Ruta de la Miel" dice uno de los letreros que indican su propiedad, un rincón donde sólo llegan las abejas del valle y de las montañas que rodean. Seis Lagunas... un lugar mágico y encantador donde los sueños todavía son una realidad.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

EL JABALÍ

Sandra Antrillao Alarcón
11 años
6º Básico, Escuela Rural Cerro Castillo
Profesora: Carmen Ortega Urra
Río Ibáñez

Esto ocurre en el sector "Desagüe Lapparentt". Los pobladores de ese sector eran Francisco España, Raúl Alarcón, Cipriano Alarcón, Audino Alarcón, Héctor Alarcón, José Yáñez, Antonio Aguilar, Martín Troncoso, Roberto Alarcón, Salvador Troncoso, Ricardo Delgado, Felimón Vásquez, Víctor Alarcón y Tomás Antrillao.

Se trata de una extraña desaparición de animales nuevos como, corderos, chivos, terneros e incluso potrillos ya de 20 días de nacidos.

Esto era una cosa muy extraña que pasaba año tras año, los pobladores mencionados se comentaban esto entre ellos. Llegando a pensar que alguna persona se dedicaba a robarse estos animalitos recién nacidos o ya de varios días, para aumentar su producción criándolos guachos.

Entonces se propusieron cuidar muchos animales encerrándolos y vigilándolos todo el día para poder descubrir lo que ocurría. No fue posible descubrir qué era lo que sucedía. Esto continuó durante 3 años, los pobladores estaban perdiendo mucho ganado pequeño, entonces los siguientes pobladores decidieron juntarse: Raúl Alarcón,

Ricardo Delgado, Genaro Delgado, Héctor Alarcón y Víctor Alarcón, los cuales perseguían leones ya que tenían muy buenos perros para cazarlos.

Bueno, estos caballeros durante el invierno cada león que bajaba lo cazaban. La última leona que cazaron fue en julio del 1947, como estaba parida era muy brava con los perros. En esa ocasión murieron cinco de los mejores. La leona, con sus filosas garras, los desgarraban, les sacaba las tripas o los intestinos. Los pobladores se entristecieron al ver la tragedia que se estaba viviendo con sus perros y esta leona.

Cuentan que don Raúl se escapó que no lo matara esta tremenda leona. En una pasada buscando un acomodo para dispararle un tiro a la furiosa leona se lanzó sobre él, en ese instante una perra de don Raúl que no se separaba de su lado y era la única de los mejores perros que estaba quedando sale al encuentro de las garras de la leona la cual sobre el aire le rompió el vientre y quedó en el suelo dando feroces gritos. En ese instante la leona fue alcanzada por la bala que le dio por atrás de la paleta, murió instantáneamente. Después del susto y la amargura por la pérdida de sus animales, volvió la alegría y tranquilidad a los pobladores, se abrazaron muy contentos y emprendieron la bajada de la cordillera ya cayendo la noche. Con esto, ellos se dijeron "aquí terminó el daño", pero la sorpresa fue en el mes de septiembre, cuando comenzaron las pariciones de animales y nuevamente las desapariciones de estos pequeños animales. "Qué pena", -decían ellos- "que siga esto".

Un día, don Víctor viajó al pueblo a comprar unas provisiones para su hogar, se devolvió muy tarde, esa noche de luna llena, al campo de don Martín Troncoso, escucha un fuerte sonar de montes y bramidos de una vaca que corría muy desesperada. Se detuvo, y a lo lejos ve algo que le quitaba la vida a un ternero. ¿Quién será? -se dijo él-, luego se acercó muy callado y despacio. No lo podía creer, un chancho jabalí con sus filosos colmillos rasgaba a ese ternero y comía muy apurado.

Como ya llevaba 5 horas en su caballo andando, no era justo correr toda la noche en él, pasó a avisar a don Martín, luego donde don Raúl y siguió viaje llegando a las 3 o 4 de la mañana a su casa donde lo esperaban su esposa e hijos.

Al día siguiente se comunicó con los otros vecinos y salieron en busca de ese maldito chancho, éste se ocultaba en los fachinales de la laguna Verde de ahí se une don Arturo Aguilar a la corrida del chancho. Este era muy bravo, atropellaba a los caballos, perros, personas o lo que había cerca de él. Los perros lo corrieron hacia la playa donde los jinetes pudieron correrlo a pata de pingo a la siga del chancho. Al llegar a la laguna, éste estaba muy enojado y ya no le entraban las balas, aún se descargaban rifles y revólveres sobre su cuerpo.

Luego éste se sintió muy afligido y se lanzó al agua, nadando más de 200 metros hacia adentro, pero al verse cansado se volvió a la orilla y tuvo que enfrentarse con los perros. Logró esquivarlos y en una loca carrera se fue al monte, matorral abajo, donde era inútil entrar a caballo. Los pobladores tomaron la decisión de dividirse para seguirlo de a pie, así que dejaron todos sus caballos con las riendas sobre el recado, porque si el chancho bajaba los podía herir. Así enfrentaron al berraco. Cuentan que don Arturo Aguilar estuvo muy cerca de ser alcanzado por un colmillo de aquel animal. Este chancho -pensaban ellos- nos hizo tontos, nosotros perseguíamos leones y era él el desgraciado que nos hacía daño. ¡Mátalo, Arturo!, le gritaba don Francisco España. Pero don Arturo estaba tan asustado que no era capaz de sostenerse solo sobre un ciruelillo, donde el chancho lo cuidaba con una masa de espuma blanca en el hocico que la mascaba mientras los perros lo mordían y lo incomodaban.

Así fue como don Raúl, que era un hombre dispuesto, se echó a correr para subir a un árbol cercano al chancho. Este al verlo correr lo persigue, pero los perros no lo dejaron caminar mucho y sobre un ñirre chueco, se acomodó don Raúl para lograr balear el jabalí. Mientras, las balas humeaban sobre el cuerpo del furioso animal.

Luego de tranquilizar a los perros, logró ubicar un ojo del chancho, que es la única parte por donde puede entrar una bala de muerte para un chancho enojado, Cuando este disparó en el ojo, el chancho dio un salto y cayó muerto. Todos gritaron bien, ¡bien! Te las mandaste, Raúl.

Ya habiendo pasado casi todo el día y sintiéndose más tranquilos, dijo don Víctor: "¿Qué haremos con el chancho?". Responde Genaro: "Saquémosle las tripas al bicho y así va a quedar más liviano para sacarlo a lo limpio (no olviden que estaban en un bosque muy cerrado de árboles) y así lo repartimos para llevarlo". Héctor, dice: "Pero los caballos, qué vamos hacer, ya se oscurece y no se ve ninguno en la playa. Ustedes le sacarán las tripas y mañana lo vendremos a buscar con los caballos y ustedes cueréenlo mientras".

Se quedó Raúl, Héctor, Genaro y Arturo cuereando y los otros partieron en busca de los caballos, pero en esta ocasión encontraron sólo 4 caballos y tuvieron que irse en esos caballos, todo porque ya estaba muy oscuro y estaban todos muy cansados y con mucha hambre. Solo querían regresar a alguna casa donde poder comer, tomar mate y dormir.

Así que con los lazos colgaron la carne para que se secara y al día siguiente ir a buscarla. Al día siguiente fueron a buscar la carne y los otros caballos, que amanecieron ensillados entre la montaña y otros buscando la querencia en la tranquera ensillados. Desde entonces el dicho es: la unión hace la fuerza.

Así fue como estos pobladores lucharon para poder defender a sus animales los cuales les dan el sustento para sus familias.

Bueno, ese sector está denominado el sector de "Los Alarcones" porque es la familia más numerosa del lugar, hay pobladores muy antiguos, muchos todavía están vivos, otros han fallecido, otros han emigrado después de la erupción del volcán Hudson.

TERCER PREMIO REGIONAL
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LA ESQUILA

Patricio Javier Solís Burgos
7º Básico, Escuela Rural Valle Simpson
Profesora: América Pinuer Berrocal
Coyhaique

En el campo se hacen diferentes actividades agrícolas y ganaderas como la recolecta de pasto, las señaladas y marcaciones, siembra de papas, avena, trigo, habas, arvejas, zanahorias, las capaduras, la esquila, etc.

La temporada de esquila comienza en diciembre y termina a fines de febrero.

Antes los campesinos tenían una gran cantidad de ovejas y al llegar la temporada de esquila, esquilaban las ovejas a tijerones; normalmente un esquilador se sacaba 60 ovejas esquiladas al día. Después de esquilar las ovejas, las bañaban en una cosa como tina para que mueran todas las garrapatas (bichos que se encuentran en el cuerpo de las ovejas, los cuales chupan la sangre de las ovejas. Otras personas se encargaban de recolectar la garra, (pedazos de lana suelta que sale entremedio de las paletas, en la cabeza y en otras partes más). Y otras personas a armar el vellón para echarlo en un bolsón grande que hacía 80 vellones de lana, los cuales los trasportaban en una carreta de bueyes para el pueblo.

Normalmente se demoraban sus dos días para llevar la lana al pueblo. Después de haber terminado de esquilar, se apartaban las ovejas de los carneros y se señalaban y se capaban los corderos con un cuchillo.

Luego de haber terminado todo lo de la esquila, el patrón les pagaba a todos sus peones obreros que tenía para esquilar y carneaba unos corderos para hacer una gran fiesta con baile para sus esquiladores. Luego, terminada, la fiesta el patrón le daba una paleta y una costilla de cordero a cada uno de sus esquiladores y se iban muy contentos para su casa.

Pero en el tiempo de hoy en día, la esquila es mucho más liviana porque esquilan a máquina. También es diferentes a antes porque no se hacen asados y ni se bañan, no se hacen fiestas y los esquiladores de hoy día esquilan menos ovejas al día que los de antes porque usan máquinas de esquilar con las cuales es más rápido esquilar y la movilización es mucho más rápida y diferente porque hoy en día se traslada la lana en auto o en camionetas no en carretas como lo hacían antes. También la lana está a otro precio en las bodegas que en el precio de antes.

También hoy en día en algunos casos tienen menos ovejas que antes. Lo que sí es igual a los campesinos de antes es de que señalaban y capan los corderos y apartan los carneros de las ovejas.

Con la plata que les pagaban a los esquiladores, ellos iban para el pueblo para comprar sus víveres los cuales les duraba más del mes. Por mientras salían a hacer otros trabajos ya sea, cercar, cortar leña y algunos se disponían a amansar caballos por lo cual les pagaban muy bien.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LA AMISTAD ES MÁS FUERTE QUE EL ODIO

Renán Ignacio Saldivia Rivera
13 años
8º Básico, Colegio Alianza Austral
Profesora Carolina Rojas Flores
Coyhaique

I

Había una vez en un bosque de Aysén dos especies de animales que se odiaban hasta el límite de matarse entre ellos. Estas especies eran los lobos y los pumas y el odio se daba entre los animales mayores. De pequeños sus respectivos padres les enseñaban a odiarse. Odio similar al que existe entre gatos y perros. De este modo, los lobos y los pumas no se podían ni ver. Sin embargo, a veces nacía alguna amistad entre ellos, pero poco duraba, ya que los padres se encargaban de inculcar y mantener vivo este rencor.

Por sobre este odio sin razón, surgió un día una sincera amistad entre un cachorro lobo y un cachorro puma, ignorando ambos el odio y la distancia que debían mantener entre ellos.

Estos cachorros se conocieron y trabaron amistad en una época de crudo invierno, mientras ambos contemplaban bajo un gran árbol cómo sus padres en grandes manadas se dedicaban a cazar otras

especies para alimentarse. Distraídos y admirando la caza, chocan sin darse cuenta que eran distintos. Los dos exclaman a la vez con voz tímida:

— Perdón, lo siento, discúlpeme. —Los pequeños cachorros, lobo y puma, se miran y recorren con sus temerosos ojos el cuerpo de uno y otro.

El pequeño lobo tembloroso dijo:

— ¿Tú eres un puma verdad? Mi padre me ha dicho que los pumas son una especie inferior a nosotros.

El cachorro puma, más seguro, contestó:

— ¡Ah! ¿Sabes que mi padre me dijo exactamente lo mismo de ustedes los lobos? —Pero yo te pido que disculpes a mi padre, ya que siempre me enseña o me advierte cosas y temores sin pensar en lo que dice.

El puma pequeño responde:

— Bueno, yo también me disculpo, además son ideas de nuestros padres ¿No te parece?

El lobo más tranquilo, y contento, agrega:

— Olvidemos estas ideas de odio. ¿Cómo te llamas, cuál es tu nombre?

— Mi nombre es Eric, dice el puma, ¿y el tuyo?

— A mí me dicen "Lobo Blanco" pero mi nombre es Alan.

— Un gusto y agrado conocerte, Alan.

— Igualmente, Eric. También lo es para mí.

Ambos exclaman:

— ¡Amigos desde hoy, amigos desde hoy!

— Alan, qué te parece si nos juntamos en la cueva oscura, para conversar y jugar.

— Me gustaría -dice Eric, el pequeño puma-, pero no sé dónde se encuentra.

— Te explicaré como llegar —responde Alan.

— Bien, dime… ¿y nos juntaremos?

Álan, el lobo cachorro, explica la ubicación y cómo llegar a la cueva, a su nuevo amigo el pequeño puma.

— Pero, es mejor, Eric, que esta primera vez nos juntemos mañana en este mismo lugar.

— De acuerdo, Alan; estaré aquí mañana.

Los dos gritan:

— ¡Oh! Mira, vienen las manadas, es hora de irnos.

— ¡Adiós!, nos vemos mañana —dijo Eric.

II

Al día siguiente, los dos cachorros tuvieron dificultades para juntarse porque a la manada de Eric le correspondía el sermón del puma viejo. Este sermón era los días domingos, similar a los que

practican los humanos en las iglesias, la asistencia era obligatoria para todos los pumas.

Alan tuvo problemas con su padre, quien lo regañó y castigó por burlarse días antes del lobo Alfa.

A pesar de estos inconvenientes, estos dos amigos se juntaron en el lugar en que ambos acordaron.

— ¡Hola! —exclamaron los dos cachorros con un grito y alegría que confundió sus voces con el eco del viento entre el frondoso bosque.

— Vamos a la cueva, -sígueme, dijo el pequeño lobo Álan a Eric.

Los cachorros corrieron y corrieron entre los senderos del bosque hasta el lugar donde estaba la cueva secreta de Alan. Eric, el puma, admiró el lugar. Gotas de aguas escurrían por enredaderas y lianas que caían desde el techo de la caverna. Jugaron, contaron sus vivencias, hicieron competencias de carrera, de saltos, se divirtieron mucho con el juego de la "escondida". Siempre empataban.

Del mismo modo se reunieron todos los días. La amistad se hizo fuerte, ocultaron ambos su secreta amistad. Con el tiempo, inventaron otros juegos, hicieron otras aventuras por el bosque y los cerros cordilleranos, se defendían mutuamente y pactaron no agredir a ninguna especie.

III

Un día Eric llegó al lugar de encuentro y esperó y esperó largas horas a su amigo Alan, pero éste no llegó.

"¿Qué le habrá ocurrido a mi amigo lobito?", se preguntó en la inmensidad del bosque, el solitario pumita Eric.

Eric toma la decisión de salir a buscar a su amigo; recorre todos los lugares que juntos habían descubierto; no se rinde tan fácil, busca y busca con su instintivo y agudo olfato. A lo lejos ve a un cazador armado que camina en dirección a un animal del bosque que él veía desplomado en el suelo. No supo distinguir la especie, todo su pelaje y su rostro estaban cubiertos de roja y humeante sangre; se acercó más y pudo distinguir un orificio desde donde brotaba sangre.

El cazador estaba ya más próximo, Eric avanza sigilosamente entre los árboles y roqueríos, se agazapa tras un árbol junto a una empinada roca, se da cuenta que han disparado un balazo a su amigo Alan. Contiene el llanto, se vuelca en su cerebro el instinto salvaje, saca sus afiladas garras, prepara sus feroces y afilados colmillos, recoge sus elásticos músculos.

"No permitiré que se lleve a mi amigo". Es su fría decisión. Espera que el cazador se incline para levantar a su amigo Álan. Eric emprende un feroz vuelo, como un ave rapaz se lanza sobre el cazador, ruge ante sus ojos con la furia que le causa este dolor. El cazador se rinde; huye despavorido con varios zarpazos en el rostro.

Eric toma el cuerpo de Alan, lo lleva sobre su lomo hasta la manada de lobos.

Los lobos adultos se preparan para atacar al puma, sin embargo miran que trae en sus espaldas el pequeño lobo Álan, con un orificio de bala en su cuerpo, cubierto de sangre.

— ¡Quietos, grita Eric! ¡Calma!, contaré todo lo ocurrido.

— Fue un cazador quien disparó a Alan.

— Eric relata con tristeza y llanto todos los hechos, el lugar y la amistad que existía entre ellos.

— No es tu culpa, pequeño puma, dijo el padre del lobito Alan. Con mezcla de pena y vergüenza agregó el lobo padre:

— Te agradezco, Eric. Gracias a ti, mi hijo se ha salvado de la muerte.

Fue así como el pequeño lobo Alan sobrevivió a ese mortal balazo, gracias a la amistad de su amigo el puma Eric. Este pacto de amistad entre dos cachorros de especies distintas, en la cual los adultos se odian, demuestra que la amistad es más fuerte que el odio.

No sé si este cuento es de verdad o de mentira, lo cierto es que el verano pasado, encontrándome en el campo, ME LO CONTÓ MI ABUELITO.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LAS VIVENCIAS PASADAS

Carlos Guerrero Cordero
7º Básico, Escuela E-23, Valle Simpson
Profesora: América Pinuer Berrocal
Coyhaique

Hace muchos años, en el 1955, los pobladores se reunían para las fiestas camperas de las marcaciones de los vacunos, y los pobladores se juntaban para armar una fiesta e invitaban a los hombres que sabían tocar la acordeón o la guitarra.

El campesino en aquellos años sufría mucho porque no había caminos para transitar, pero ni con ripio, y no habían puentes para atravesar los ríos, pero con todos los problemas siempre salía adelante haciendo pequeñas siembras de papas, trigo, avena, etc.

Mi abuelo, antes que yo naciera, acarreaba tropas de Ibáñez a Chacabuco con el puro caballo y el pilchero y cuando llegaba la noche paraban para que los animales descansaran un rato, y mientras que los animales descansaban los troperos se hacían unos churrascos debajo de los árboles o si no cocían unas tortas fritas (sopaipillas) preparadas la masa en un cuero de capón especialmente para ese efecto tendido en el suelo. Al otro día temprano se continuaba el viaje. Estos trabajos duraban entre quince o veinte días, todo dependía de las condiciones del tiempo, y llegando a Coyhaique habían unos corrales en la entrada del pueblo en la ave-

nida Oganas con Los Mañíos, de propiedad del Servicio Agrícola y Ganadero y también se encontraban baños de cemento para bañar lanares u ovino. Al día siguiente se continuaba viaje a Chacabuco y se demoraban entre 7 u 8 días, llegando a Aysén se dejaban los animales en un potrero de aguante en el sector de Aguas Muertas para después continuar viaje a Chacabuco y vadear en balsa el río Aysén por no encontrarse construido el puente General Ibáñez. Llegando a Chacabuco, se trabajaba en embarque de los animales al buque de 1 a 2 días, por tenerlo de 1 animal con huinche sacándolo de la manga. Terminado el embarque, se emprendían el regreso hacia Coyhaique que se demoraba 2 días más para no apurar mucho los caballos que se encontraban un poco cansados con el trajín del trabajo. Una vez que llegaban a Coyhaique los troperos, que eran entre 6 u 8 personas, emprendían el regreso a su hogar en el campo, porque todos pertenecían al sector campesino.

Regresando para empezar una nueva faena agrícola.
En el mes de marzo las cosechas que habían sembrado se empezaban a cosechar; el trigo, la avena, las papas, etc., y juntaban el pasto o había que enfardarlo para dárselo a los animales en el invierno.

En algunos sectores, en Seis Lagunas, el sector Lago Barroso y otros más, no había caminos enripiados y todos los pobladores tenían que transitar para ir a comprar sus vicios (alimentos) con carretas de bueyes y llevaban lana y cuero para vender para tener más plata y de esa plata traían 10 o 15 quintales de harina y los pobladores más humildes compraban 5 u 8 quintales de harina, además compraban un poco de arroz, fideos, pero lo principal era la harina, y en la tarde emprendían viaje a sus casa y demoraban 1 día o 2 días.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

LA AVALANCHA

Vilma Montenegro Paredes
11 años
Escuela E-23, Valle Simpson
Profesora: América Pinuer Berrocal
Coyhaique

Corría el año 1977, para ser más exacto, el 27 de marzo, por la tarde los rayos del sol se dejaban caer en picada sobre los húmedos valles de Bahía Murta, pueblo apacible ubicado a orilla del majestuoso lago "General Carrera".

Sus parroquianos, casi todos gente de campo, algunos pequeños agricultores, disfrutaban una partida de rayuela, y de la infaltable garrafa de vino, como se acostumbraba en aquellos tiempos.

El bar lo llamaban "El Candil" porque su dueño, el "Viejo Catuto", como lo apodaban los parroquianos, un gallego venido desde España, alumbraba las largas noches de invierno con un tarro de grasa y un pedazo de trapo llamado "Candil".

Ya se había jugado la tercera partida de tejo, cuando el "Viejo Catuto" advierte a sus clientes que se acerca un jinete a toda velocidad, frenando su hermoso alazán patas blancas, y un lucero en la frente, delante de un grupo de amigos. Era don Pichicha, un colono que había llegado a poblarse a orillas del río Engaño, allá por los años 1930.

Era muy popular entre los vecinos, por la simplicidad para vivir; usaba botas de potro, y para las ocasiones especiales usaba tarmangos poncho fino y gorro de lana, su casa era un fogón de canogas, usaba una montura de cuero, que por la noche le servían de cama.

— Que pasa don "Pichicha", —preguntó "Catuto".

— Desmóntese y tómese un trago.

Don Pichicha contestó muy asustado:

— Se nos viene el Engaño.

— ¿Quéeeeee?, -preguntaron todos al mismo tiempo.

— El Engaño se nos viene como un mar, -repitió con los ojos casi desorbitados don Pichicha, a lo cual respondieron los parroquianos mirando hacia el cielo y con una sonrisa burlona.

— Este viejo está loco.

— La "Sole" -exclamó uno de ellos -lo tiene mal de la cabeza.

Y siguieron empinándose la garrafa de tinto.

El viejo "Pichicha" siguió a todo galope gritando a todo pulmón que la avalancha ya estaba haciendo su arribo al pequeño poblado de Murta.

Los parroquianos se disponían a descorchar la segunda garrafa, cando vieron a lo lejos desbordarse el Engaño por todas partes. Las mujeres recogían a sus niños, y algunas pertenencias y se aprestaban a huir hacia los cerros más cercanos, otros se embarcaban en pequeños botes, y cruzaron el río Murta y fue así como se fundó la actual Bahía Murta, en la ribera este del río del mismo nombre.

PRIMER PREMIO REGIONAL
XII REGIÓN DE MAGALLANES
Y LA ANTÁRTICA CHILENA

LA VIDA DEL TRABAJADOR DE CAMPO

Fabio Daniel Sierpe Sierpe
Escuela Diego Portales
Profesora: María Soledad Zúñiga Antiñirre
Laguna Blanca

Quisiera contarles la historia de un hombre de campo conocido como "Chango". Lo conocí en una oportunidad, cuando junto a mi familia salimos de paseo a un sector en donde había un pequeño chorrillo cerca del Río Penitente. Mi papá fue a un puesto cercano a pedir permiso para que podamos hacer un asadito en ese sector, el puestero muy amable nos dio permiso. Mientras jugaba con mi hermana de repente alguien me habló... - ¡ten cuidado amigo!, mira que este chorrillo engaña, hay partes que son peligrosas por aquí, no te vayas a caer en algún pozo tú o tú hermanita. -Le di las gracias y le pregunté para dónde iba, y él me respondió: -voy a ver unos animales que están cerca del río. -Luego le pregunté: - ¿usted está solo aquí? - ¡si amigo! esta es la vida del puestero, ¿te gusta el mate? - yo conteste que sí, pero dulce, -cuando vuelvas te invito a tomar mate -dijo esto, emprendiendo camino hacia el río.

Luego; como eso de las tres de la tarde vi al puestero llevando leña a su pequeña casita, le dije a mi mamá que me había invitado a tomar mate y fui. Cuando me estaba acercando a la casa salió el puestero y me dijo: ¡vienes a los mates!, pasa, pasa, disculpa lo

incómodo, pero para mí es suficiente. Su casita era de dos piezas, en una tenía una pequeña cama y unos aperos para el caballo, la otra la ocupaba como cocina tenía una pequeña estufa a leña; luego me dice: - ¡mate dulce para el amigo! - tenía una bolsa para el mate que parecía un vacuno enano - ¿te gusta mi yerbero? -sí, es un vacunito -sí, pero es un nonato- respondió, tenía un cacho para sacar la hierba - ¡matéelo amigo! -otro mate me sirvió y le pregunté su nombre -me llamo Alejandro, pero todos me dicen "Chango" ¿y tú? -Fabio -respondía: -oiga don "Chango" ¿no se aburre usted aquí solo? -sí mi amigo a veces me siento solo, pero eso es cuando me pongo a trabajar haciendo mis aperos para el trabajo - ¿usted es ovejero? - bueno, ahora sí - me dijo - pero yo trabajé mucho tiempo con vacunos, - ¿cuántos años tiene usted? - 35 años exactamente -pensé que usted era más viejo -no mi amigo, el trabajo del campo desgasta mucho, uno tiene que pelear con el viento, el frío y la lluvia, cuando uno es responsable con su pega trabaja aunque truene y yo he trabajado desde muy pequeño, era como tú cuando empecé a trabajar - ¿qué usted no estudió? - Sí, pero en vacaciones trabajaba y luego cuando salí de cuarto medio empecé a trabajar en las diferentes estancias, ¡matéelo de nuevo amigo! - así conversando iba pasando los mates, -no extraña a su familia don "Chango" - hace un silencio y con los ojos muy brillantes me dijo: -sí pero hay que trabajar, pienso en mi mamá todos los días, sobre todo en la tarde cuando ya empieza a oscurecer salgo a ver como salen las estrellas, una a una, con un cigarrillo en la boca pienso en mi vieja y le pido a Dios que me la cuide y al viento le digo que pronto la veré, igual cuando estoy recorriendo el campo le digo a "Ginebra" lo que voy hacer cuando llegue a mi casa - ¿Quién es "Ginebra"? ¿Algún compañero? - Sí me dice, es unos de mis mejores amigos, esta allá en la pesebrera ¡es mi caballo! con él converso cuando andamos trabajando -de repente escuché un grito de mi papá que me llamaba, me despedí de "Chango" y fui donde estaba mi familia, luego con ellos pensaba en la vida del Puestero y me dio un poco de pena sobre todo por lo que me contó de su madre, pero igual pienso que la

gente de campo se acostumbra a estar sola y quizás en otro ambiente no serían felices. Cuando se empezó a esconder el sol nos empezamos a arreglar para irnos, mi papá le dijo a "Chango" de nuestra partida y dijo: no sé preocupen de las trancas que yo las cierro -así nos empezamos a ir, quedando "Chango" en la lejanía, como un componente más del paisaje del campo.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
XII REGIÓN DE MAGALLANES
Y LA ANTÁRTICA CHILENA

KUSHTEATA O EL LOBO

Viviana Zárraga Hernández
17 años
1º Enseñanza Media, Liceo Municipal Donald Mc-Intyre Griffiths
Profesora: Lorena Godoy Morales
Cabo de Hornos

Hace muchos años, vivían en una akali (ruca) cerca al mar, un matrimonio yagán.

Aquel matrimonio tenía dos hijas, la mayor tenía trece años y la menor siete. A ellas le encantaba jugar con las marejadas cuando las olas bajaban arrancando hacia la playa.

Un día mientras jugaban, la hermana menor ve algo detrás de las olas, mas su hermana mayor, negándolo, dice ser sólo la imaginación de ella.

Al volver donde su familia la niña le cuenta a su madre lo que había visto al estar junto a su hermana. La madre pregunta a su hija mayor, respondiendo ésta que no.

Al siguiente día volvieron a jugar en la playa, pero esta vez cuando bajó detrás de las olas un lobo marino, agarró a la hermana mayor y se la llevó a donde vivía aquel lobo. Ella se enamoró del lobo y se

casaron, tuvieron un hijo que no se parecía al lobo, el niño se parecía mucho a su madre.

Vivieron muchos años juntos hasta que un día Kushteata deseó conocer a la familia de su mujer, ella no quedó muy de acuerdo y le dijo que no porque su familia no le iba a querer y él le dijo que iba a ganar el cariño de su familia.

Después de pensarlo un tiempo decidieron que iban a ir hacia la ruca donde vivía antes su mujer. Se subieron sobre el lobo y navegaron hasta llegar a la familia de su mujer, la madre, el hijo y el lobo.

Cuando llegaron a la akali, a nadie le gustó el lobo, sólo su hijo.

Allí se encontraba toda su familia, su madre y hermanos.

Días después los hermanos dijeron a su madre, por qué no invitaba a la hermana lejos de ahí a buscar akis (erizos).

Invitando la madre a la chica y respondiendo ella, no poder dejar a su marido solo, porque le pueden matar, se negaba.

Convenciendo a su hija, luego le dice al lobo, su marido - mi madre y yo vamos a buscar erizos y volvemos.

Al marcharse pronto ella escuchó gritar a su marido, y le dijo a su madre volvamos. La madre respondió que no.

En la ruca los hermanos estaban matando a Kushteata y cuando murió le dieron un pedazo de carne al niño y le dijeron cuando venga tu mamá vas a su encuentro.

Cuando llegaron las mujeres ella vio a su hijo que venía hacia ella cantando - estoy comiendo a mi papá y esta muy rico- repitiendo

mil veces lo que habían dicho los hermanos de la chica. Su madre agarró un erizo y con rabia y pena le arrojó a su hijo el erizo que golpeó en su frente y cuando el niño vio su frente llena de sangre se tiró al agua, convirtiéndose en kayes, el pez de huiros que hoy en día aún existe en las aguas del canal Beagle.

TERCER PREMIO REGIONAL
XII REGIÓN DE MAGALLANES
Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

AMISTAD EN LAS PAMPAS MAGALLÁNICAS

Héctor André Báez Alderete
Escuela Diego Portales
Profesora: María Soledad Zúñiga Antiñirre
Laguna Blanca

Era el comienzo de un día frío, cuando YOHUEN, el niño yagán, cuya edad no sobrepasaba los 17 años, iba como de costumbre todas las mañanas a pescar. Lo que nadie sabía era que de igual modo se iba a juntar con su amiga tehuelche llamada KARUNKI, quien tenía un año menos que él.

Se conocieron un día cuando él había salido a pescar, esto hacía dos años. Ella estaba jugando, corría al viento, daba vueltas y al mismo tiempo cantaba una linda canción. Él se escondió detrás de unos arbustos para verla mejor. Ella era delgada, piel morena, su pelo era largo y negro, el cual flotaba con el viento, YOHUEN se fijó también en sus ojos, eran muy negros y tenía una mirada muy dulce. Después de un rato salió de los arbustos, asustando a la niña; ella quedó helada y le miró a los ojos, era un joven muy apuesto, "pensó". De cabellos lacios, ojos café oscuro, con mirada un poco dura, pómulos altos y boca grande, él se presentó y comenzaron a hablar, hasta que se les hizo tarde. Ella se despidió y se fue corriendo hacia donde estaba su tribu y él volvió con los suyos. No había pescado nada ese día.

YOHUEN era hijo único, su padre era un gran pescador y su madre hacía lindos collares, peinetas con conchas de mariscos, vivía muy feliz con su familia y con la comunidad. Claro que viajaban constantemente en sus canoas. Las mujeres cocinaban en las embarcaciones lo que los hombres yaganes pescaban y, a pesar del imperioso clima, éstos se vestían con piel de lobo marino.

YOHUEN tenía buenos amigos, pero le gustaba pescar solo y ahora que había conocido a la indígena tehuelche salía muy seguido, pues se había establecido una linda amistad entre ellos.

YOHUEN y KARUNKI, se encontraban a escondidas, ya que al padre de YOHUEN no le gustaba que hiciera amistad con nadie que no fuera de su tribu. El joven yagán estaba enamorado de la hermana de su mejor amigo. Ella tenía 16 años y estaba comprometida con otro joven de la misma edad de YOHUEN. Él sufría mucho por este amor y todas sus penas se las contaba a su buena amiga KARUNKI, ella a su vez le contaba cosas de su familia, de su tribu, también le contó que tenía tres hermanos, dos eran mayores que ella, el mayor de sus hermanos estaba casado y tenía su propia familia, y tenía dos hijos pequeños, después estaba su hermanita de tan sólo 5 años, se llevaba bien con ella, pero le contó que con su otro hermano, dos años mayor que ella, se peleaban siempre.

Un día, cuando había comenzado a nevar, KARUNKI, salió a escondidas a reunirse con YOHUEN. Su hermano la vio y la siguió por las pampas hacia un pequeño bosque que quedaba muy cerca, casi a orillas del mar, éste los vio juntos que caminaban y sus huellas iban quedando en el suelo debido a la nieve. De repente los dos amigos, se abrazaron, comenzaron a reír y a correr tirándose bolas de nieve, no vieron al indio que estaba atrás de un árbol, el cual, con odio en la mirada, se dio vuelta y corrió a contarle a su padre lo que había visto en el bosque.

KARUNKI, volvió y fue donde estaba su madre dando a comer a su hermanita, ella sabía de la amistad entre su hija y el Yagán, y le dijo que tuviera cuidado porque si su padre se enteraba se enojaría mucho ya que él no aprobaba la amistad con otras tribus. KARUNKI, le tenía mucha confianza a su madre, por lo que le contaba todo, ella no hacía nada malo, quería mucho a YOHUEN, como a un hermano y no veía que eso fuera tan grave. Esa tarde, le dijo a su madre que YOHUEN al fin le había declarado su amor a la muchacha de su comunidad y que estaba feliz porque ella también lo amaba a él, pero el padre de ésta había hecho ya los arreglos de boda con los padres del otro joven, YOHUEN le dijo que hablaría con su padre y le diría que los dos se querían y que no la obligara a casarse, que terminara con los arreglos de la boda, que le explicara al joven que su hija no lo amaba, que la deje libre para que sea feliz con quien ella estaba enamorada. Todo esto le estaba contando KARUNKI a su madre, cuando llegó su padre furioso, la agarró por el brazo y le gritó, diciéndole que no la quería ver de nuevo junto al yagán, ella lo miró con miedo en los ojos, no sabía como se había enterado, miró a su mamá, que también estaba asustada, su padre le dijo que no quería que nadie de su familia se mezclara con otras personas que sean de su comunidad, la amenazó y le dijo que en adelante cuando quisiera ir a alguna parte iría acompañada de su hermano, nunca más saldría sola. KARUNKI se puso a llorar, le dijo a su padre que el joven era su amigo, que lo quería como a un hermano ¿Porqué no podía ser su amigo?, sabía que no eran de la misma descendencia, pero le dijo que él no era malo, que era un joven muy bueno y que tenían una linda amistad, ella no comprendía por qué no podían ser amigos. Su padre la llevó aparte y le contó una historia, su propia historia... cuando era niño, su hermana mayor había conocido a un selknam y se había enamorado, ella era joven, tenía 15 años y estaba comprometida con el actual Cacique Mulato, que tú conoces hija, él ahora es viejo pero en esos años era un joven buen mozo, fuerte, se enteró de lo que

pasaba con su novia y el selknam, un día se reunió con el otro joven y lucharon por el amor de la india, el selknam murió y se produjo una gran guerra, muchos murieron y entre ellos estaba su querido padre y su hermana, que cuando se enteró que Mulato había matado a su gran amor, el indio selknam, ella huyó a los bosques y se mató. KARUNKI, lo escuchaba y lloró al ver el dolor de su padre, pero le dijo que ellos no se amaban, solo eran amigos, su padre la miró y dijo que ya estaba hablado, que no lo vería más, ella le suplicó que al menos la dejara que se despidiera de su amigo, verlo por última vez, su padre la abrazó y le dio permiso, pero le hizo prometer que sería la última vez.

Al otro día, KARUNKI va al bosque para reunirse por última vez con su amigo, lo esperaba sentada en una gran roca y lo ve llegar feliz, ella está muy callada, YOHUEN le pregunta qué le pasa y ella se coloca a llorar y le cuenta lo ocurrido, le dice que había dado su palabra a su padre, luego se levanta y se saca de la muñeca un cuero tallado, se lo entrega a YOHUEN, le dice que nunca lo olvidará y aunque vivan separados y no se vuelvan a ver, ella siempre lo llevará en el corazón, él a su vez le regala un collar de conchas y le dice lo mismo, se abrazan muy fuerte y se separan, cada uno tomando su rumbo hacia sus propias tribus.

KARUNKI, no volvió la vista atrás y sus lágrimas corrían por sus mejillas y apretaba contra su pecho el collar de YOHUEN que le había regalado.

Con el pasar de los años, sentada en la gran roca, viendo a sus hijos jugar, sonrió al recordar a su gran amigo, el indio yagán YOHUEN, a quien nunca más volvió a ver, pero siempre lo tenía presente, pensando en que ojalá, también se acordara de ella.

Y lejos de allí, YOHUEN, junto a su mujer y a sus 2 hijos, remando en su canoa, miró hacia los bosques y pensó como siempre, en su querida amiga, su querida hermana.

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
XII REGIÓN DE MAGALLANES
Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

MI AMIGO FIEL

José Luis Ilnao Ruiz
17 años
4º Enseñanza Media, Liceo Polivalente Hernando de Magallanes
Profesor: Jorge F. Ortiz Neculpán
Porvenir

Mi triste historia comienza en un lugar bastante alejado llamado Timaukel, en la isla de Tierra del Fuego.

Timaukel es un lugar habitado por personas trabajadoras, que se dedican a la cría de ganado ovino y bovino.

En el galpón, que es el centro neurálgico de esta Cooperativa, conocí a don Ramón, quien era el presidente de aquella sociedad agrícola y ganadera.

Le pregunté si podía darme algún trabajo de ovejero.

Quizás me vio pinta de trabajador porque me aceptó, pero me dijo que si quería el puesto tenía que tener aunque sea un perro para trabajar con él. Al escuchar esto me puse a pensar, porque yo tenía un perro, pero no era de esas razas que se usan para las ovejas, sino que era un policial.

Recuerdo la cara de aquel veterano al verme llegar en la mañana con mi perro... el pobre hombre casi se fue de espaldas. Bueno, no era

para menos, porque mi perro me llegaba casi a la cadera y eso que yo era un joven bastante alto.

Don Ramón después de ver un rato a mi perro me dijo:

"¡Qué mierda, José! Qué tremendo perro trajiste… y ¿cómo se llama esta enorme bestia? ¿y sabe trabajar con los animales?".

"Se llama Job, señor, y puchas que es diestro para las ovejas".

"Bueno, José... hoy día vamos a ver si es realmente bueno", dijo Don Ramón. "Porque tú y el Tata se van a ir al Monte Cinco a buscar un piño de corderos para que los marquemos", agregó.

Notaba que el hombre quería que aprendiera bien el oficio, ya que el Tata era el mejor ovejero que tenía la Cooperativa y él era el que me iba a enseñar todo lo que tenia que ver con el trabajo de ovejero.

Nos tomó un día y medio para llegar a aquel monte. Yo por lo menos estaba hambriento y mi perro al parecer también, así que le dije al Tata que si pudiésemos comer antes de entrar al monte. Aquel hombre me miró fijamente y por suerte me dijo que sí, y también dijo que podríamos quedarnos a comer y que también nos quedáramos a dormir, porque los animales estaban cansados y no es recomendable exigirles mucho. Yo solamente le decía que sí, para quedar bien con el hombre; y creo que al hombre yo le caía bien.

A las cinco y media me desperté por la culpa de la tremenda escarcha que había caído. Lo primero que atiné hacer fue ir al río a lavarme la cara. El agua estaba tan fría que me hizo despertar todos mis reflejos. Mientras recogía todas mis cosas pensé en despertar al veterano, pero me llevé un gran susto al ver a que el hombre estaba ardiendo en fiebre. Lo primero que atiné a hacer fue ponerle un paño con agua en la frente y taparlo bien. Después de haber pasado

más o menos una hora, me acordé de que mi mamá me hacía cataplasmas de barro en el estómago, ya que ella decía que casi todas las enfermedades provenían de aquel lugar.

Él por lo menos era comprensivo y se dejó que le pusiera la cataplasma de barro. Una vez puesta le dije que nos fuéramos de vuelta al galpón para que le dieran una mejor atención, pero el veterano me miró y me dijo con voz fuerte que por ningún motivo él iba a llegar sin piño al galpón. Después de haber dicho eso, cerró los ojos y me habló en tono más bajo: "Escucha, muchacho, podrías tú ir a buscar el piño por mí, yo me quedaré aquí a esperarte mientras regresas". Yo le respondí bastante preocupado, que yo no lo podía dejar solo en las condiciones que estaba.

El Tata al escuchar eso me agarró del cuello y me dijo que si yo no tenía agallas él iba a ir.

"Claro que tengo agallas, porque no le tengo miedo a esta huevá de monte y no tengo miedo tampoco de irme solo", le respondí en un tono alto.

"Sabía que no te ibas a quedar atrás después de haberte dicho eso. Bueno te voy a dar unas indicaciones para que no te pierdas en el monte".

Aquel viejo de mierda me dijo eso a propósito para que yo cayera en su trampa, pensaba yo.

"¡Qué! No me digas que ahora te quieres echar para atrás con tu palabra", dijo mientras me notaba pensativo.

"Claro que no, yo soy de los que cumple su palabra. Pero dígame cómo lo hago para no perderme", por lo que me dijo que lo escuchara.

Él estuvo dándome indicaciones a lo menos una hora, después de eso me fui solo con mi perro al monte. Iba dejando toda clase de

marcas para no perderme y parece que Job también, porque iba orinando a cada rato.

De repente, Job empezó a ladrar mucho, yo no sabía por qué, pero a lo lejos vi un animal que corría hacia nuestra dirección. Por lo que alcancé a ver era un chancho guagual y lo primero que hice fue correr hacia cualquier dirección para subirme a un árbol.

Habré corrido unos 100 metros y me subí a un árbol, una vez arriba llamé al Job para que se pusiera a salvo junto conmigo. Todavía recuerdo el salto que se mandó ese perro, fue tanto que casi me tiró del árbol, pero por suerte me alcancé a agarrar de una rama. El animal habrá estado una media hora. Una vez que se fue, me bajé y empecé a buscar el camino de vuelta, pero por más que buscaba, no encontraba ninguna huella. No pasó mucho tiempo para que entrara en la desesperación.

Ya estaba cayendo la tarde y no podía encontrar el camino de vuelta. Resignado, me senté y no me quedó más remedio que pasar la noche en el monte.

Al otro día me desperté bastante temprano a buscar la salida y sin querer encontré el piño de corderos. Como no tenía nada que perder me llevé el piño junto conmigo. Al pasar una hora escuché unos balazos, llevé al piño lo más rápido al lugar de donde provenían los balazos, pero no encontré a nadie, lo que sí encontré fue un pedazo de carne. Yo lo primero que pensé fue que me habían ahorrado el esfuerzo de matar a uno de los corderos para que me pueda alimentar.

La carne estaba colgada en una cuerda que caía del árbol. Lo primero que pensé era que habían sido las sobras de algunos ovejeros y a juzgar por la frescura de la carne, no debían estar muy lejos.

Hice una fogata para cocinar la carne y de repente el Job me la arrebató. Yo se la quise quitar, pero no se dejaba. Por primera vez Job estaba dispuesto a atacarme, yo no entendía nada así que le dije.

"¿Qué te pasa, Job? ¿Por qué te portas así? ¿Acaso no quieres dejarme nada?

El perro, al ver que yo le trataba de quitar la carne, se la comió toda. No era tanto el problema de la carne, si no que el problema era que a mí no me gustaba matar a los animales, pero ese día tuve que hacerlo para poder comer. Al pasar unas dos horas seguimos avanzando, de repente vi la misma silueta animal, era el chancho guagual, pero al parecer no era el mismo ya que el no nos tomó ninguna importancia.

Avanzamos unos 10 kilómetros y encontré nuestras huellas, yo estaba muy contento y abrazaba a mi perro, le acariciaba los cachetes. Justo cuando estaba agarrándolo de las manos, cayó tieso al piso y empezó a hacer convulsiones. Al parecer le estaba dando un ataque cardíaco. El pobre perro se trataba de parar, pero el dolor le hacía caer. Todo su cuerpo estaba tieso. Yo no sabía qué hacer y lo trataba de acariciar. Cuando de repente me acordé de la carne. Cerré mis ojos y cedí a las lágrimas. Me agaché a mirarlo, lo toqué y le hablé casi llorando.

"Así que por eso no me querías dejar comer Job. Yo no quiero que te vayas, Job, yo te necesito. Eres mi única compañía, eres mi hermano, no me dejes, Job. ¡No me dejes, hermano, no me dejes!

Yo no podía hacer nada para detener el avance de aquel veneno. Habrán pasado dos horas, las cuales se volvieron interminables. Yo por lo menos ya sabía cuál era el destino de mi hermano.

Hasta que de repente al Job le empieza a venir uno de esos ataques, pero en ese momento levantó la cabeza y me miró fijamente. En

sus ojos se podía ver el dolor que tenía y que le causaba el verme. De repente dejó caer su cabeza. Yo rápidamente me le acerqué y le movía la cabeza, pero ya era tarde. Mi perro, o mejor dicho, mi hermano, se había dormido para siempre, pero lo único que hizo fue darme el último adiós y eso para mí bastaba.

Pasado un rato tomé la decisión de enterrar a mi hermano. Quise no hacerlo, por la emoción y la pena que me abordaron; lo que me provocó que gritara con toda mi fuerza diciendo. "¡Ya están contentos; ya mataron a alguien; pero saben, huevotes, yo no he muerto y no les voy a dar ese lujo!

Con mis propias manos hice un hoyo bastante grande y dejé caer a mi hermano al pozo. Mirándolo de arriba le hablé en tono muy suave: "Descansa, Job; sabes, yo estoy muy cansado, creo que me vendría bien un descanso para toda la eternidad, espérame hermano ya estaremos juntos". Saqué un fierro que envolvía en mis botas y pensando dentro de mí me dije: "un corte en mi mano justo a la vena me dará el descanso que busco. Perdóname, Dios, por no haberte conocido, más, espero que algún día me perdones".

Justo cuando estaba a punto de herirme de muerte, la voz de un anciano se escuchó a los lejos, al oírle se me abrieron los ojos y mire hacia el cielo y dije: "Veo Señor, que me estimas mucho. Por favor, espero que en tu reino consideres a mi amigo, yo seguiré viviendo para poder conocerte y llegar a ser tu amigo".

El anciano, al ver mi estado y a pesar de su propio estado, me llevó al galpón lo más rápido posible, yo no podía hablar por lo que había pasado ni menos tenía las ganas, pero me acordé de la oportunidad que me dio Dios. Así que hablé de lo que había pasado y que había personas que estaban arrojado veneno y que podrían ser ingeridos por humanos y pasarle lo mismo que a mi perro.

Al otro día salí a buscar, con unos hombres, a las personas que arrojaban aquel veneno. Juré por Dios que a las personas que sean, si las encuentro, no los mataré, pero sí los entregaré a la justicia.

Mientras caminábamos, les comentaba a los hombres y les daba un consejo, el cual era que nunca olviden que no solamente el amor hace daño sino también la pérdida de un amigo, ya sea humano o animal. El dolor que causará su pérdida será igual a la del amor.

Al llegar de vuelta a la cocina, Pacheco me llamó y me dijo lo siguiente: "Oye, muchacho, tu perro al parecer sabía lo que le tenía deparado el destino, porque se metió con una de las perras del Tata y ésta quedó preñada y tiene un cachorro idéntico a tu perro". Después de escuchar eso, mi corazón volvía a latir con todas las ganas.

Así que ya saben, amigos. Nunca les den odio a los animales ya que ellos solamente quieren nuestro amor, nada más y nosotros tenemos que dárselos y estimarlos como si fueran uno de nosotros. Como si fueran nuestros hermanos.

PRIMER PREMIO REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

LA HAMBURGUESITA MUTANTITA

Darío Andrés Barriga Rubio
11 años
6º Básico, San Cristóbal College
San Miguel

Érase una vez en un pueblo, en un mundo desconocido, en una galaxia desconocida, gente muy supersticiosa, que con la llegada de un monstruo al pueblo creyó que llegó el "Apocalipsis", es decir, estaban "fritos".

El "Monstruo" vivía en el bosque Fritura y debido a su hogar, era denominado la HAMBURGUESITA MUTANTITA, que aterrorizaba a la gente del pueblo y se alimentaba de comida frita que sale de los árboles fritos; fritos por ser atacados por el monstruo y fritos por estar en el Bosque Fritura.

Un día desconocido una persona desconocida logró atacar a la Hamburguesita Mutantita y como aquella persona era tan golosa le dio un mordisco y le quitó una esquina.

Desde aquel incidente el monstruo no atacó más al pueblo, cayó en una grave depresión y luchó con unas Sopaipillas que le hirieron. Pero, después de dos meses se recuperó y para mal de todos, resultaron estar fritos nuevamente y nadie se atrevió a retar a la nueva

Hamburguesita Mutantita, que después de superar su fase de sensibilidad era invencible.

Después de años de ser aterrorizados por la Hamburguesa, llegó al pueblo una desconocida personita llamada Personita que al enterarse de que el pueblo era aterrorizado por la hamburguesa, decidió combatirla para recibir una recompensa.

Una noche desconocida la llamada Personita atacó al monstruo y aterrorizada por su apariencia Personita huyó, en el camino, las Sopaipillas que habían atacado a la Hamburguesita, emboscaron a Personita la cual de la impresión lanzó unos gritos que causaron estragos: - ¡Haaaaaaaaaaaa!, ¡Haaaaaaaaaaaa! Gritaba y gritaba, hasta que llegó la Hamburguesa y le salvó la vida.

Desde aquel día nunca más se vio a Personita, pero el monstruo seguía molestando al pueblo junto a su amigo: Personita que disfrazado de comida frita aterrorizaba a la gente junto a Hamburguesita.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

DOÑA RITA

Lorna Álvarez Mor
16 años
3º Enseñanza Media, Liceo Municipal de San Pedro
Profesora: Carolina Pino
San Pedro

Hace más de cien años nace la Vieja Rita (1880). De pequeña trabajó en su tierra construyendo bebederos para los animales a base de un engrudo de piedras deshechas y arenas finas, donde ella misma usaba las manos para amasar. También aró la tierra, segaba los trigales, construía quinchas para los apiñaderos de los animales y con la greda hacia sus vasijas y ollas de cuatro patas.

Mujer de frente pequeña, cabello enmarañado, arrugas por doquier, ojos grandes y saltones, de negras polleras y sombrero de igual color, con sus pies descalzos, donde se conjugasen estas cualidades para resguardar sus territorios, cabalgando día y noche en aquel corcel oscuro llamado "Caliche".

Me enseñaba mi abuelita a hacer cántaros de greda, cuando me comienza a contar la historia de la que fue testigo durante su niñez:

Era pequeña, cuando iba a la escuela del pueblo más cercano, me dijo, que cuando volvía con un grupo de niños de la misma edad veían en lo alto de "Las greas' colora's", a la vieja Rita. Con mucho susto empezaban a temblar, se les aceleraba el corazón, les transpiraban las manos y la angustia los recorría enteros. Veían pasearse de un

lado a otro al "Caliche" con la vieja Rita, esperando que los niños pasaran por su propiedad.

No dejaba pasar a nadie por ese lugar, cualquiera que osara en hacerlo debía pasar escondido.

De lejos se veían brillar sus espuelas, sacaba polvo de las patas con "Caliche". Los niños tenían muy poco tiempo para cruzar el predio. Empezaban a correr y Doña Rita detrás a correr a mata caballo. Gastados los chiquillos podían cruzar un día más.

Mi abuela Carmen me dijo que una vez su abuelita caminaba por ese camino, "La vieja" salió con un palo y pegándole le quebró el brazo. No era una mujer mala, sino que amaba mucho sus tierras.

La historia que cuenta la abuela dice que la vieja Rita trabajó de tal manera que cosechó sus tierras ganando bastante dinero, que depositó en una olla de greda, puñados, de manera estrafalaria, en monedas y Kilates de oro, dicen que las ocultó en la "Loma de las Greas' Colora`s", por eso que cuida tanto el lugar.

La vieja, hecha un diablo corría tras la gente, qué nadie se acercara,
- ¡salgan de aquí! - gritaba. "Arránquense tales por cuales".

¡Puchas que nos cansabamos!, decía mi abuela, ¡qué manera de correr!

Ahora cuando uno pasa por el lugar todavía se siente el galopar de un caballo, pero no se puede ver.

El viento se remolineaba, los árboles se mecen de manera extraña y en la loma de Las Greas' Colora's, en las tardes de invierno cuando el sol mira pa' tras, como dice mi abuela, se ve brillar un resplandor fugaz pero desaparece en cosa de segundos.

Todavía hay quiénes desean encontrar el tesoro, pero ¿cómo lo hacen, siendo que siempre está la finá Rita cuidándolo?

TERCER PREMIO REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

PROFUNDO RECUERDO

Sebastián Muñoz González
9 años
La Florida

Recuerdo el verano pasado cuando como de costumbre fui con mi familia de visita a casa de mis abuelos, en un sector rural cercano a San Javier en la región del Maule, es una parcela pequeña con una casa de adobe a su entrada. Recuerdo las veces que jugamos con mi hermano menor y mis primas, persiguiendo a las gallinas, o subiéndonos sobre el chancho para ver quien aguantaba más arriba de él, pero lo que realmente me marcó fue cuando jugando a la pelota al final del predio y entre unas ramas se encontraba tapado un pozo de no mucha profundidad, nos dio mucha curiosidad y con ayuda de mis primas, quitamos la tapa, y como una forma de jugar les dije si se atrevían a bajar, ellas se negaron ya que son muy "mamas", pero yo como todo un hombre de nueve años, bajé con ayuda de mi hermano menor, prendí unos fósforos pero al cabo de un tiempo no fue necesario ya que mi vista se acostumbró a la oscuridad, me llamó la atención una canasta de mimbre y unos platos viejos que parecen haber estado allí durante mucho tiempo, había ropa, pero la tela estaba muy gastada, sentí miedo pensé que tal vez era la cueva de algún pirata así que grité fuerte para que mi hermano me ayudara a salir, en cuanto lo logré corrimos todos juntos a contarle a nuestra abuela sobre el hallazgo.

Ella lo tomó con calma, y luego de sentarse y tomar aire nos dijo:

— Hace muchos años, después de la Guerra del Pacífico, gobernó un presidente de apellido Balmaceda, él tuvo problemas con la oposición y con el Congreso, los cuales le pidieron su renuncia, este no accedió por lo que los ánimos subieron de tono y pronto se pasó a las armas, se conoció como la revolución de 1891, ambos bandos, los de opositores y partidarios del gobierno se enfrentaron en diferentes batallas, y por acá en los campos pasaron reclutando a los hombre para servir en el ejército de los opositores y otros en el del gobierno, se dividieron muchas familias y ni siquiera a los jóvenes de quince años se dejó, por lo que muchas familias decidieron esconder a sus hijos, ese fue el caso de mi madre, que escondió a mi tío en aquel pozo.

Le pregunté a mi abuela, debido al asombro que esta historia me provocaba:

— ¿Pero cómo lo hizo para que no lo descubrieran?

— Bueno ese pozo del fondo estaba seco, por lo que se llevó ropa y cosas de comida y el tío de mi madre de dieciséis años se ocultó durante meses, comiendo pan amasado que a veces mi madre le llevaba, generalmente de noche, para que ningún vecino se diera cuenta, él debió soportar frio y lluvia, no podía hacer fuego debido a que era muy estrecho el hoyo y a que con el humo posiblemente alertaría a los soldados.

— Abuela ¿qué sucedió finalmente con él?

— La guerra terminó y el tío de mi madre logró salir de allí, pero a los pocos meses murió a causa de una neumonía.

No me quedaron mas deseos de visitar aquel pozo, pero sentí mucha pena al pensar lo que muchas personas han vivido en un Chile dividido, y tal vez en ese tiempo como ahora alguien dijo: ¡para que nunca más!

MENCIÓN HONROSA REGIONAL
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

HISTORIA DE LOS PICONES

José Eduardo Villavicencio Serrano
11 años, 5º Básico
Melipilla

En Melipilla existe un lugar donde se construyó una población llamada La Foresta, y resulta que en ese lugar existió muchos años atrás una comunidad indígena llamada Los Picones, que según cuentan eran tribus mapuches, que según los restos fósiles encontrados datan de dos mil a tres mil años.

Pelvín y Chocalán eran territorios eminentemente de la tribu de los Picones, por las fortalezas (Pukará) que allí se encontraron. Ya en estas tierras altas y de poca agua cruzarán la montaña donde al sur de ésta está el cerro Redondo, residencia del cacique Pico ¿Por qué este nombre?. Ello debido a la prominencia de los labios de estos indígenas.

El territorio de los picones se extiende generoso por lo que es hoy Curacaví, María Pinto, Mallarauco, cerros de San José, Puangue, Los Jazmines, tomando lo que hoy es el casco de la ciudad de Melipilla.

Revelaciones de los hallazgos de varias tumbas, al cementerio en María Pinto, descubierto en Agosto de 1975, corresponden el hallazgo de seis tumbas: cuatro osamentas adultas y dos menores. Cerámicas de acuerdo al rito funerario estaban colocadas en el pecho y en los hombros de los difuntos. Acostados decubito dorsal.

Se calculan entre quinientos a ochocientos años de entierro de estas personas. Por el color y decoraciones de las cerámicas se establece que estos indígenas pertenecieron al complejo Cultural Aconcagua Salmón. Esta cultura se desarrolló en la zona central de Chile entre los años 900 a 1470.

En excavaciones, en 1974, en la entrada a El Bajo da como resultado la presencia de tres osamentas humanas indígenas. En la tumba Nº1 corresponde por sus características a un individuo varón. En la tumba Nº2 corresponde a un individuo varón entre 1,50 a 1,55 mt. Y en la tercera tumba corresponde a la de una mujer. Se encuentran escudillas de cerámicas en las cabezas, cráneos de las osamentas.

En 1985, posterior al terremoto, en excavaciones para construir la población La Foresta, quedó a la vista un verdadero cementerio Pre Colombino. Cerca de dieciocho tumbas intactas a baja altura asombraron a los obreros de las excavaciones.

Los antropólogos pudieron rescatar de las tumbas bien delineadas, osamentas en muy buen estado de conservación e intactas, las vasijas colocadas como ajuar funerario.

La presencia de elementos culturales, un mortero, acumulación de piedras cerca de las tumbas, restos de conana (piedra base para la molienda), significa el ritual que se utilizaba para colocarlo sobre las tumbas que consistía en una quemazón de ramas y vegetales.

Estos descubrimientos de tumbas en la provincia de los picones nos indica la presencia de un patrón cultural identificatorio: tumbas en rectilíneas, a baja profundidad, cerámicas en las cabezas y hombros, elementos funerarios que tienen que ver con las labores hacendosas de esta raza.

En el territorio de las largas tierras de los picones al límite con la tribu del cacique Puangue crecían yerbas que utilizaron para su medicina, culén, maqui, ajenjo, maravilla y chamico. En sus siembras agrícolas: maíz, patatas, cebolla, ají. La necesidad del uso permanente del agua en su sector movilizó a los picones a construir un canal de regadío desde una bocatoma en el río Mapocho por inmediaciones de la confluencia del río Maipo.

Hombres de paz, de trabajo productivo, con sus propias creencias, alfareros, conocedores de la agricultura, canteros, ecologistas que pudieron planificar sus obras de regadío, instalaron sus cementerios dejando un legado cultural que recién se comienza a saber de él. Estos son los picones, a quienes la invasión de los Incas no afectó en su cultura ni a sus dominios. El Capitán Gómez de Alvarado, junto con setenta jinetes avanzó por la provincia de los picones, sin encontrar resistencia. Almagro no encontró ciudades como las del Perú y menos oro, motivando su regreso al Cuzco. Posteriormente Pedro de Valdivia toma el mismo camino de Almagro para entrar a Chile.

El conquistador, luego de llegar al Valle de Aconcagua, toma la cuesta de Ibacache en tierras de Curacaví. Entrando de lleno a la provincia de los picones.

Los picones sacrificaron la propiedad de sus tierras, pero mantuvieron su dignidad de hombres libres.



TERCERA PARTE

TERCER CONCURSO DE POESÍA DEL MUNDO RURAL



PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
X REGIÓN DE LOS LAGOS

LOS OJOS DEL ALARIFE

Jaime Ernesto Mancilla Romero
30 años
Licenciado en Educación, mención Español
Valdivia

POEMA

UNA CHINITA CRUZA MI PÁGINA EN BLANCO

I
Uno mirando
Para cada costado
Huevos de treile.

Frágil chucao
Moja menos la lluvia
Que vuestro canto.

El matapiojos
Con rocío en las alas
Quiere y no puede.

Persecutorios
El gorrión y el zorzal
Rondando un árbol.

Canta una loica
Después el viento sopla
Enrojeciéndose.

Patos silvestres
Volando del estero
El agua enturbian.

Dice tan claro
el pájaro ¡pitío!
que así se llama.

Cae una pluma
El gorrión la recoge
Va golondrina.

Acontecida
en mi piel, la chinita
-más que su sombra-

A ojos cerrados
En una pata el gallo
Lo mueve el aire.

A cielo abierto,
el mar y la gaviota
son dos espumas.

II

La luna es fuga
El sol en la laguna
Vapor de agua.

De par en par
los treiles, detenidos
sobre la escarcha.

Alto en el monte
De los ulmos floridos
Viene la niebla.

El perro quiere
para sí, lo que veinte
jotes, para ellos.

Bajo un gran pino
La caída de un coco
Demora un poco.

Varias ovejas
Una sola campana
Resuena, calla.

Formando un triángulo
Alrededor del notro
Varias estacas.

Honda belleza
En el bosque de coihues
Alumbra el lago.

Río sin agua
Inmóviles las piedras
Cruzan el puente.

Por más que intenta
-porfiado el esterito-
no llega al mar.

Más que humedad
para la húmeda tierra
esta luciérnaga.

III

Agua entre niebla
Lo que la lancha ensancha
Es tu tristeza.

Consecutivas
a la estaca del cerco
cientos de estacas.

Pasa tan cerca
el treile por mi espalda
que siento su aire.

También de paso
tu voz entre los pinos,
y sin embargo.

En el sendero
Por sobre las cabezas
Hojas de nalca.

Helado al tacto
Este copihue rojo
Lejos de todo.

Junto al manzano
A mi vaso de chicha
Llegan abejas.

Lo que allá gritan
acá rebota, el bosque
como si tal.

El árbol hueco
Con un paisano dentro
De cuerpo entero.

Puesta de sol
Dos amantes se besan
Desde hace tanto.

Hasta la vista
mar, pequeño lunar,
hasta la vista.

SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

EL ÚLTIMO DEL BAR

Rubén Jorge Gacitúa Chú-Hán
42 años
Tecnólogo en Alimentos
San Bernardo

I

En un calendario con todos los días marcados de rojo
tus borracheras llegaron a ser un estado anímico
y así dedicabas canciones a ampolletas de mercurio
que tu embriaguez confundía con la luna
- tu sicóloga de cabecera -

¿Recuerdas la risa de tu única sobrina?
Era aún más blanca, condenatoria e inocente
que esa lámpara de cal de principio de los tiempos
Ella debería ser la luz que guiaría al hijo pródigo
pero tú siempre desconfiaste de los puntos cardinales
Ahora te orientas por vahos de cabalgaduras
y trémulos faroles de cantina.

Sin proponértelo aprendes el nombre de los pájaros
de localidades y estaciones
y de las hierbas que crecen por sí solas
como las palabras de los poetas que amamos

En todos los pueblos ves los mismos borrachos
los mismos almacenes de paredes eternas
con afiches de productos que no se fabrican hace años

Te sientas en una ladera como si fuera tu ministerio
ante la concurrencia de nubes, gorgojos, yuyos y conejos
para reflexionar toda una tarde sobre tus problemas
solo como una excusa para soplar flores de cardo
pero te distraes viendo a un gato nuevo
tratando de atrapar el reflejo de tu reloj en un muro

Has vuelto a ver terneros después de mucho tiempo
a no cortarte el pelo
y a desechar el horóscopo del desamparo

Sabes que un tordo sobre el lomo de un caballo
es más grande que el jinete de todos nuestros sueños

Con un bus rural que no se compadece de tu espera
vuelan todas tus apuestas hechas a la tarde
y cierras el día escribiendo largas cartas
oscuras y rotundas como un vaso de vino

En la barra de cualquier bar, adivinas tiempos negros
mientras silbas canciones que nadie reconoce
y las moscas envejecen dándose de cabeza
contra anuncios de antiguas veladas boxeriles
que perviven sólo en el recuerdo de los parroquianos

Por mi parte
no hago más que recordar el día exacto en que nos conocimos
y que tenemos que encontrarnos en un pueblo que desconozco

En el futuro reviviremos ese momento
y de seguro no recordaremos de qué hablábamos
como suelen decir nuestras abuelas
pero ahora estamos lejos de nuestra casa
y no hay nada que nos recuerde nuestra infancia

II

En la estación de trenes de un pueblo desconocido
mientras medito acerca del paso del tiempo
bajo la sombra de árboles centenarios
recostado sobre sacos de garbanzos
en los que se lee el nombre de mi patria
y la monserga del gobierno de turno
batallo contra el sueño pensando
en quedarme residiendo en esta estación de horas inmóviles
-como un saludo a la bandera-
de este pueblo de una sola calle
empleado en ver pasar desfiles y cortejos.

III

Ahora cuando la llave de tu inocencia
ya no abre ninguna puerta
vuelvo a tu pequeño y llovido pueblo
a establecer la inexactitud de tu recuerdo

Pero sólo puedo detenerme en un bar
que me recuerda nada más que otros bares
y sentarme a escribir en una mesa
que me recuerda toda la soledad y amplitud de este mundo
mientras afuera muere otro día de trabajo
con el último canto del jilguero

Toda la prisa del día se ha diluido
en un atardecer cuya belleza nos permite esperanzarnos

en ver el puente que une la tierra con el cielo
por un fugaz instante
o que de un momento a otro se desate el fin de mundo
con la misma serenidad con que tus ojos piden otro trago
o se echan a volar sobre el paisaje

Con la llegada de los tractores
y la entrada en tropel de los parroquianos
vuelvo a escuchar las conversaciones sempiternas

He olvidado el concepto de lo que es perder el tiempo
y no quedan palabras que valgan la pena

El alcohol ha inundado mi cabeza
mientras busco y busco esas palabras
y el ruido de la televisión lo hace todo aún más confuso...

Tambaleante me asomo a la puerta
para poder mirar al fondo de la calle
e imaginar falsamente que allí todo es silencio...

IV

Una aurora somnolienta se levanta a duras penas
haciéndome recordar pajares y lecherías
ordeñadoras de caras recién lavadas
entre un cielo y un prado perlados de luceros y rocío

En el arrinconado cielo de nuestra juventud
creíamos ver brillar eternamente nuestra buena estrella
que resguardaría las tradiciones de nuestras aldeas
en donde atravesamos infancias, inviernos y borracheras
pero nos arrebataron violentamente nuestro paraíso
a sabiendas que no hubiésemos podido conservarlo

Ahora
como el niño que siempre he sido
sólo puedo sentarme a recordar
en un sitio donde no pueda ser encontrado

Las cenizas de nuestra ilusiones
serán vilanos que alguien atrapará en su viento de tristeza





TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

QUILACO SEDUCIDO

(Colonos Alemanes en el mundo Mapuche:
Una historia a dos voces)

Gloria Yudith Dunkler Valencia
27 años
Profesora
Pucón

Fragmentos
Pucón, enero 27 de 1916

RECULANDO LOS FLECHAZOS DEL MIEDO

Reculando los flechazos del miedo
nos fuimos a Quilaco escuela
orillando la mañana:
mantas y botas, silabarios,
humeantes piñones, kuchen en el bolsón,
cabezas negras, cabezas doradas,
Paillalef y Krausse
en castellano, en gringo,
en paisano champurria,
juguemos en el bosque por mientras que el lobo no está:
"me estoy poniendo calzoncillos largos".
A vuelta de recreo, el maestro nos regañó:
¡eso mala junta con chileno,
cateliano no prende caramba!

Labores, aritmética y lecturas varias:
"no cantéis a las rosas, oh, poetas,
dejadlas madurar y hacedlas
mermelada de mosqueta en el poema...",
para que untemos el pancito,
-se burla Juanita Colipe, en última fila-
...yo bien sé lo que es una poesía, gringuito,
pero aquí se trabaja la tierra.

ABURRIDOS DE TANTA AMENAZA

Aburridos de tanta amenaza
la niña Pichares toma mi mano,
y nos fuimos corriendo
a seguirle rastro a la manzana chichera.

La candelaria tiene el poto colorado
a chicotazo de lluvia y sol.
La reineta voladora, la cabeza de niño,
al verano se entregaron maduritas.

Se fue la tarde cosechando
y machucada terminó la luna
su pómulo derecho,
del saco a la molinera
en la prensa, la vida hizo jugo.

Bajo tierra en la botella
nuestra pasión fermentará una noche,
y seremos la rabieta, el veneno
que enferme a los viejos racistas.

LOS VIAJEROS DESMONTAN

Los viajeros desmontan
los días de lluvia no atraviesan la frontera.
Los caballos pastan su cansancio
al alero del invierno,
los trajo el hambre de un ala
su pilgua rota.
La suerte es prisionera de la romana
se vendió el último kilo,
un cuarto de camino llevan
historias charqueadas
yerba, tabaco, azúcar, velas de sebo,
un almud de harina,
yo anoto, yo recibo:

Fulano de tal, debe "tanto",
y esto, su prenda que dejó en pago.

ALGUIEN TRAJINA SUS MALETAS

Alguien trajina sus maletas
a la sombra de la barraca:
restriega, restriega, restriega,
tanto frío las manos acalambra
y aparta la ropa en la batea.
A la una de la tarde, Yohanna madre,
esposa, casa, hijos y huerto,
para ideas modernas
no hay tiempo, mi señora.

¡Meia carajo... pañales de merda!
jabón gringo, mucho bueno.

HERMANO DE CRIANZA

Hermano de crianza
huérfano de padre y madre, el Llanquimán
se aconcha al mostrador de la Lupe.
Un corto de manzanilla le quita el enfriamiento,
le dieron trabajo al arrancado.
Alguien puso precio a su cabeza,
la justicia blanca, ese trago,
lo bebió sin empacho alguno.

En la hijuela del cholo Vallejo, -patroncito-,
dos animales han muerto.
Mucha quebrada profunda de lo alto se ve,
allí se arriscaron con la nieve,
¿qué hacerle a la oveja si cayó al zanjón?

¿trajíseme el cuero tú, no?
no robo, no venta.

LA GRINGADA MIA

La gringada mía
buscaba la indiada suya,
modelar su vasija profunda nuestra almas.
Era pateador el chivo de la soberbia
y anduve por la vida regateando:
una española, una judía, una chilena,
de la cintura me raptó en su caballo
al pelo, por estos lados,
las indiecitas eran muy calentonas
y orgullosas a no perder jugada.

Al tiempo, me aguacharon el estómago.
Me lo dijo mi Tante, hijo, las mujeres
que no te hagan huevo e' pato,
que no te pasen por liebre esa gata,
que no te embolinen,
que no te claven agujas.
Pero allí estaban sus pechos,
sus ciruelas maduras de amor salvaje.

Esa noche, la luna se escondió entre las matas.

MENCIÓN HONROSA
I REGIÓN DE TARAPACÁ

CHUNGARÁ

Andrés Oyarzo Sánchez
66 años
Arica

Lágrimas que ruedan
sobre mejillas de nieve.
Sangre de los Payachatas,
de una herida profunda,
por una pena remota.
De sus lágrimas puras,
como llantos de luna,
nace el lago Chungará.
Espejo azul, transparente,
con marco duro de escarcha,
rizado por el viento en las mañanas.
Quieto y dormido por la noche,
acunado por la luna.
Pozo negro y profundo,
dren de canales subterráneos,
ocultos, desconocidos.
Aguas que afloran presurosas,
como un llamado del destino.
Lago, pagano, misterioso.
Donde se perdió tu historia,
en qué noche de tragedias,
tu soledad no la ha encontrado,
porque tu alma se fue con ella.

RÍO LLUTA

El Lluta viene bajando,
desde las cumbres andinas.
Sobre sus aguas heladas,
trae un manojo de lluvias,
trae un capullo de escarchas.
Bebe la sal del desierto,
el sol le da su energía.
Savia fecunda, que llevas
la fertilidad y la vida.
Abajo, el valle florece:
En alfalfares azulados,
maizales de verde claro
desfilan por el camino.
El río pasa cantando,
bajo cascadas y puentes.
La gente ríe contenta,
cuando su chacra humedece.
Riegas los totorales,
los sauces, los canutillos.
Luego buscas el mar,
no tienes otro destino.
Eres sombra en el desierto.
Eres agua bendecida.
Por eso te canto, río,
porque eres toda la vida.

AZAPA

Azapa es un olivar, como un bosque tejido,
follaje verde grisáceo, ramaje ancho, empolvado.
brote nuevo, tierno y suave,
como los dedos de un niño.

Inflorescencia que cuaja como la vida,
en un terreno baldío.
Sevillano, el fruto verde,
cuando pinta el color mulato.
Azapeño, ya maduro.
Callejones de Chañar,
con cercos de membrillos.
Pacayes solitarios, esbeltos,
de follaje verde bien vestidos.
Cada vertiente tiene mil lanzas,
de cañaverales encendidos.
Y en las tardes, de caminos solitarios,
las cuculíes, en los altos de las copas,
cual horario,
dan las horas con su canto calculado.
Algodonales, cañas dulces del pasado,
que han dejado una estela de recuerdos,
y un trapiche abandonado.

CODPA

Adiós, me voy llorando mi partida.
La tarde entera, aquí me va a esperar,
y al estrechar tu cuerpo entre mis brazos,
tu sol radiante feliz nos besará.
El agua escasa, que cruza bajo el puente,
en el remanso los cauces unirá,
y, con tristeza, dirá con su mirada,
vámonos juntos, también yo voy al mar.
Al contemplar del alto tus laderas,
tus parras quietas, el vino en el lagar.
Alcemos juntos la copa del recuerdo,
con la promesa que nunca olvidaré.

Quebrada hermosa, tus huertos de membrillos,
tus casas viejas, que el tiempo ennobleció.
Tu río eterno, de savia tan fecunda.
Tu buena tierra, tu luz multicolor.
Talvez mañana, ya todo esté olvidado,
la gente nuestra quizás ya no estará.
Habrá otro sol y nuevas primaveras,
la espiga nueva también florecerá.
Adiós, me voy Chiwanco peregrino,
en otras tierras seré yo un vagabundo,
y volveré como las golondrinas,
al nido viejo donde aprendí a soñar.

MENCIÓN HONROSA
IV REGIÓN DE COQUIMBO

PAIHUANO

Iván Sasha Mendieta Rivera
35 años
Contratista, comerciante
La Serena

- Aquí
las ventanas escupen
miradas a la calle,
el cuento ebrio se despide sin irse,
y una que otra
gota cayendo
permanece
en el tiempo
como tú.

- La gente en las esquinas
juega a irse,
a medio mirarse,
como si no hubiesen nacido aquí,
las palabras lo limitan todo
las calles, su romance con las piedras,
las plazas el mundo en expansión,
el estero tu pelo llovizna cayendo,
cada instante tiene su propia geografía

- Suelen venir
en comparsas
los amigos
los enemigos
los recuerdos.
Los recuerdos mucho más
que los amigos
y lo enemigos

- Gota cayendo
tu hombro cuesta abajo,
mil esquinas,
todas las ventanas,
las corazas, las casas viejas,
las gentes y sus plazas.

- Aquí
las puertas sólo
abren en dirección
te vas,
las campanas
y las aldeas
entre los surcos
por la temporada
ya no serán.

- Tu pelo se despedía moreno
y noche tu párpado
cerraba la historia,
yo ahí tomando nota
derramado como veneno.

MENCIÓN HONROSA
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL JINETE ILIMITADO

Hernán Ortega Parada
71 años
Administrador de empresas
Olmué

(Elegía)

"En suma, que es irremediable que estamos y estaremos perdidos
en un hedonismo desamparado, tengamos cosmos o no,
tengamos cuerpo o no".
MACEDONIO FERNÁNDEZ

El paisaje de Olmué detiene su respiración dentro de un cajón azul
HORIZONTALMENTE
Y todo eso ocurre cuando la neblina se ha nombrado a sí misma
en los almendrales desnudos como racimos sin uvas
en las tapias de adobe que retornan al polvo año tras año
en el callejón historiador que olvida su origen.
Y todo eso ocurre cuando esa neblina busca un espacio más allá
en los portezuelos de las altas montañas
y cuando la escritura dolorosa es el esqueleto de un pez entre dos aguas
tal vez el inmaterial hábito de los árboles bajo la lluvia
tal vez la separación del aura poderosa de un hombre
para añorarlo tal como es su estirpe: vida y muerte en el paisaje.

Todo aparenta sumergirse como una cruz lenta en la marea
hasta empujar la realidad en la inexistencia
ahogarla
como una bendición de olvido por último
la vigilia en torno a tu nombre
la postrer palabra susceptible de arranque
el adjetivo que se parece a las escasas flores de tus cactus
el lazo de sol que hizo nudos en el andar de los serranos
el eco de hijo que rodó mil veces La Dormida
el Ojo Abierto para citar la palabra Origen
el oído tapiado tras la palabra Final
todo
HORIZONTALMENTE

Mientras
el Jinete cabalga silencioso en busca del mar
para emitir su grito reproductor, para sujetar el viento con los brazos
como siempre lo hizo en el borde alto del acantilado
pero ahora lleva el injusto peto de aluminio
negro
negro
negro
con los labios apretados para no soltar el último olor
de los bosques de eucaliptos.

Yo no quiero dormir junto a las columnas de piedra
que cuentan tus pasos desde los boldos lujuriosos
tampoco deseo alzar la mirada vertical
porque las aspas de los molinos de viento
inmóviles
contemplan el túnel hueco del horizonte inafectado
HORIZONTALMENTE

Si me detengo en la oscuridad, allá están los ojos del caballo
que respira la orfandad de la noche, la inconsciencia
la ensoñada división del fardo espíritu cuerpo
la cabalgada eterna, hoy descabalgada
hoy la materia irracional ve la distancia
sugiriendo el porqué de tanta vida y de tanta ausencia
en las formas del recuerdo y en la esperanza de dormir cansado
¿También los riscos alzados entre las estrellas
olfatean la muerte inmaterial?

Si decimos Jinete, decimos viento desesclavizado el domingo
también decimos la mano recorriendo el pubis velloso de los cerros
si decimos Jinete, decimos macho dominando todos los rincones
porque amó la tierra como a una mujer de sexo fecundo
y todo parece seguir igual, igual en espera suya
¿Igual?
HORIZONTALMENTE

¿Quién no lo vio estatua, en el trote, en el galope, en la carrera
y detenerse al borde del tomatal a conversar los por qué de la eclosión?
(El Jinete era un fuerte modelo de Rodin y de Moore
con un ancho espacio de luz en el corazón)
¿Son tallas de piedra, invividas, estos espantapájaros idiotas
que no gritan hoy su nombre en el país de Olmué
HORIZONTALMENTE?

Creo en la eternidad del viento y en la mirada del caballo
Por eso te nombro y te llamo

Se dirá que tengo un sentimiento desdoblado como el limonero
del huerto
Bueno

Es el limonero que plantó su mano en respuesta a tanta vaguedad
¿Quién se queda interrogando el boquerón de la ventana
donde la humedad duplica las luciérnagas del pueblo lejano
cuando justo el Jinete cabalga en la noche
y se estampa como un bisonte cuaternario en los cielos pétreos
junto a la señal de esta mano oscura, herida, doliente
repitiendo no el olvido
repitiendo no el pasado
repitiendo el absurdo de todo ser que no está contigo?
¿Todo fue tan real como lo son Olmué y el limonero al pie de
La Campana?
¿Cómo volver a tomar tu mano y tocar con afecto tu espalda
HORIZONTALMENTE?

¿Es real el caballo rosillo que veo detenido sobre el pasto gris
que escucha algo en el viento, el chuc chuc de la muerte
que ve subir de nuevo la niebla tallando un jinete vacío
en recuerdo de la otra parte de su ser?

Es que el Jinete de quien os hablo
descubrió la capacidad de hacer eternos los paisajes
y la capacidad serena de moverse con sus sueños y su bondad

Jinete celta
vasco
o castellano
no importa
Jinete que lleva un manto blanco como estandarte
algo de Santiago, y algo de Cid
que cabalga sin cesar con la Muerte, en la meseta de las nubes.

MENCIÓN HONROSA
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA CASA DE MI ABUELITA

Pablo Andrés Carvajal Ortiz
29 años
Psicólogo Educacional
Rancagua

La casa de mi abuelita es una granja
Con cara de cantina y cola de cerro
Un gallinero lleno de garrafas vacías y huevos
Un corral de chanchos
Y una noria parlanchina
Con cornisa para las aves que siempre están lejos del centro de la tierra y aman los pozos

Hay
En el gordo lomo peludo de la granja
También choclos
Pero yo notaba su respiración en el costillar de álamos mecidos por el viento inmanchable
Que se atrevía a pasar por las hogueras de las casas sin gas
Sin luz ni agua potable

Sin gas ni luz ni agua potable el fuego el fuego
Y la noria

Hasta el verano de las nuevas parejas que entran en la oscuridad tibia
Como los animales que gritan su celo en los confines del barro
Y el agua, acequias y canales turbios arrastrando algas de pasto
Polillas muertas sobre plumas blancas
Abejas muertas sobre plumas negras
Y sepelio aéreo sobre fruta podrida sin rumbo

MENCIÓN HONROSA
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL AGUARDIENTE DE PORTEZUELO

Carlos Felipe Vergara Montecinos
41 años
San Fernando

Serpenteando por caminos de greda, sinuosos,
mojados por lluvias de marzo, de abril y también de mayo,
colgadas en laderas o enclavadas en Portezuelo,
entre cerros y cárcavas, se ven las casas.

Casas de adobes centenarios, adornadas con nísperos e higueras,
en gruesas murallas, agrietadas por el tiempo,
comprimidas por pesados techos, de españolas rojas tejas.

Murallas blancas de cal, reparadas con ásperos cementos,
salpicadas de mil gotas, que azotan los suelos y los patios,
formando canaletas, como arrugas de la tierra.

De esas casas, cuando cae la tarde, y en la rosada penumbra,
hilos de humo se levantan, se entretejen y entrelazan,
y se abrazan con la bruma,
para perderse entre aromos y parras.

Son parras añosas, formadas en cabeza,
que resistiendo sobre fatigados terrenos,
muestran ya descalzas sus raíces,
y permanecen desprovistas,
de sus granates y moradas perlas.

En cajones de madera o en canastos,
las uvas transitaron por senderos agrietados,
sobre hombros robustos y en carretas,
a un destino impreciso y clandestino.

Tras la vendimia, hay cansancio, hay también mosto, y orujo.
con los días y con más tiempo, habrá chicha y vino.
que dejarán dinero por su venta.

Del orujo, poco se sabe, algunos le han visto en tambores,
perderse al calor de una fogata, sobre un colchón de silvestres
hierbas,
y endulzado con blancas arenas, se huelen aromas de aguardiente.

El tambor llora su muerte, gota a gota,
guardando en garrafas, chuicos y botellas,
sus melosas lágrimas, que calentarán el invierno.

MENCIÓN HONROSA
VII REGIÓN DEL MAULE

CARDO

Carmen Elena García Salamanca
55 años
Profesora
Pelluhue

Arisco caballero escocés
que viaja con su penacho
morado
desde los campos
al cementerio
desde los cercos
al sembradío de chícharos.

Ahuyenta al ganado
con sus espuelas duras,
sus espinas inclementes
avasallan a la arvejilla humilde.

Heraldo medieval y lejano
de poderes mandragóricos
alucinas a tus víctimas
como un antiguo brujo druida.

Detienes el tiempo
en tus luces de halos difusos
y tu color fosforescente y
feudal
asalta los ojos
hiriendo
hasta las profundidades
de la lucidez.

MENCIÓN HONROSA
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

FOLKLOR

Nilo Covacevich Concha
54 años
Punta Arenas
Magallanes

Despacio, en la camioneta vieja,
entre trinos y luces tempraneras
Va pensando en el arreo
con el mismo tranquilo tedio
del que preocupado en quizás qué temas
absorto, mira al vacío en el Metro.

Maneja.
Entre sombras y cúmulos de fuego
se recortan guanacos en la altura.
No empieza todavía
su demente carrera el viento;
humedece al amanecer el lucero.
Se diluye la luna
entre celestes jirones de cielo.

Pero, le da igual.
Podría estar en un taco del centro.

Lo saludan todos los pájaros
el aire cortante
Oloroso a calafates del cerro.
El ganado pasta en silencio.
Golpetean los cururos el suelo.

Mientras
como llovizna leve
perfumada de recuerdos
de lejos en remolinos
llega el eco de los perros.

Y
él

Sigue, abstraído, seguramente
en problemas de dinero.

El motor alarma a los teros.
Un cisne se aleja, prudente.
Graznan los caiquenes.
Se declara carnaval en el cielo
cuando la laguna rota
refleja flamencos rosados en vuelo.

Pero
él
sólo ve anillos de caranchos
que por donde la aguada brota
severos, vigilan un vellón quieto.

-No se puede con la gente- piensa,
ya nostálgico del café en el rancho
y apura un poco la marcha,
entre dedicado y distraído,
como otros corren al banco.

Campos de los fueguinos.
Fantasmas de indios idos.
Oro esquivo,
ambición,
palo y rebenque.
Soledad, orégano y comino.
Viento, pampa y el frío sol al frente.
Secretos de la perversa alquimia
del duro paisaje agreste,
que devuelve al coirón hilado
y al corazón,
indiferente.

MENCIÓN HONROSA
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

LA ISLA DE CHILOÉ

Felipe Zúñiga Jara
26 años
Memorista de Psicología
Maipú

Chiloé navega a la velocidad del olvido.
Habla con nubes en la boca,
por eso de sus secretos sólo se escuchan chubascos y pájaros.
Camina a veces con su disfraz de mujer,
con caracoles en el pelo y helechos de brazalete,
y cuando se disfraza de hombre,
la piel se le arruga y se le hiela
hasta tomar el color de la pesca madrugada.
Chiloé juega con sus mitos a las escondidas
y ríe como un pez que se ha zafado de las mallas,
conspira con ráfagas furtivas
para esquivar las tentaciones del norte
y defiende su humedad y lejanía
con hombría y feminidad a la vez.
Persiste en la vida,
con sus islotes tupidos de esperanzas, niños y hortalizas.
Avanza en la aurora con soles más alegres
y descansa por las tardes
cuando la madre lo amamanta con mariscos y frutas.
Vuela hasta la noche elíptica,
besa la corona lunar para iniciar su introspección

y revienta en astros filudos para caer en sí misma,
a su conciencia de isla enmarañada,
a su origen desentrañado y mudo,
a la pasión desparramada de su gloriosa acción geográfica,
su victoria santa, natural y magnética
que desnuda a los viajeros con su bienvenida
y los protege de las infecciones de urbe al regreso.

Chiloé sueña con unicornios e hijos sin nombre,
no pide más que los momentos,
no enamora jamás, salvo cuando vive.

Yo he intentado destapar la tumba de su corazón profundo
para levantar el hechizo con ambas manos
y gritar con truenos en la garganta
que he conquistado el rincón de su eternidad
donde guarda las palabras de humano,
las mismas que definen su biografía molecular,
su sinfonía de temblores aborígenes,
su infancia incivilizada
y su romance marino austral.

MENCIÓN HONROSA
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

SONATA PEÑAFLORINA

Mario Alejandro Guíñez González
49 años
Lampa

"Escucho el cuerno en la tarde desde el fondo del bosque".
Alfred de Vigni, poeta francés.

I
¿Qué piedra se sostiene en esa línea?
¿Qué viento se ahonda en tus valles?
Es un círculo el aire
que colorea las copas de los árboles.

II
Peñaflor,
¿es cierto que el rocío bordó con mano cristalina
la vestidura de tus bosques?

III
¿Qué viento helado cicatrizó la geométrica estructura de tus cerros?
¿Qué ramaje floreció a la orilla de tus párpados gredosos?

IV
Peñaflor,
regálame el suavísimo canto de tus pájaros;
la salvaje velocidad de tus caballos;

el mármol endurecido en tus troncos;
la blancura espaciosa de tus templos;
los ventanales iluminados por el trigo;
tus ramas cargadas de ciruelas;
tus esteros bordados de rosales;
las manos trabajadoras de tus hombres;
los perales dulcificados por el sol.

V

Reparte el pan entre tu gente
y enséñale a los niños a descifrar
la partitura azul de la enseñanza.

CANTO DE AMOR A PICHIDEGUA

A don Ramón Meneses. Maestro inolvidable.

Pichidegua, al volver la primavera
deseo contemplar a los novillos gimiendo bajo el yugo
y a la reja del arado brillar en medio de los surcos.

Pichidegua, es verdad que en medio de tu rostro embellecido
amarillean las espigas y los manzanos se cubren de verdor.

No permitas que talen tus maderos,
no permitas que el viento siegue las raíces de tus plantas;
no permitas que la niebla obscurezca tus espigas;
no permitas que la cizaña invada tus campiñas;
no permitas que los caballos crucen a nado
el impetuoso río Cachapoal.
Gracias por compartir conmigo las alegres sonrisas de tus niños;
gracias por compartir conmigo la eterna dulzura de tus vides;
gracias por compartir conmigo el rocío matinal de la aurora.

Pichidegua, enséñale a tus hijos a plantar simétricamente
los frutales en terrenos espaciosos;
enséñale a tus hombres a ganarse con dignidad
el sagrado pan de cada día.

En Pataguas Orilla, el viento de la tarde
tañe su laúd por sobre el río;
dobla lentamente los alfileres de los lirios;
diseña las formas de las piedras;
se ahonda en el colchón de la montaña.

IMÁGENES LAMPINAS

A María Elena Albornoz, Marisela Morales, Eva Cabello Meneses y Luz María Darrigrande.

El viento modeló el follaje de tus árboles.
De eternidad y distancia están hechas las cumbres de tus cerros.
Es un ramo de magnolias el canto de ese pájaro.

En medio del rocío afina su diapasón la lluvia.
Pródiga se abre la tierra para acunar las semilla de tus plantas.

La música ciñe el azúcar silvestre de tus frutas.
Lámpara de porcelana parece ser el tronco de ese palto.

Violoncello pulsado por la niebla parece ser la palma
que adorna el patio de esa escuela.

De celestial rocío van cubiertas tus mujeres.
Parecen llevar la luna adormecida en sus vientres.
Parecen haber sido modeladas por la aurora.
De suavidad y dulzura parecen haber sido hechas sus miradas.
Ellas sí saben hacer frente a la soledad y a la desesperanza.

Ellas sí saben desenvolverse en medio del pavor y de la angustia.
Ellas sí han aprendido a amar con fe en medio del amor y la alegría.

Desde este día, desde esta tarde,
como si se tratase de recordar una canción lejana
ellas caminarán descalzas por las florecidas calles de su pueblo.

CRISTALERÍA VERDE

A Esperanza Arce, Virginia, Humberto.
Peñaflor, El Muelle, hacia 1962.

I
La primavera
extendió sus verdes brazos sobre el río
y fue bordando lentamente
las adormecidas piedras del camino.

II
La primavera talló de esmeralda
las costuras de tus árboles
y enredó sus párpados redondos
debajo de los labios de las calas.

III
Primavera,
¿qué cristal de luna
modeló las formas de tus plantas?

IV
¿Es verdad que las mariposas
trizaron los abanicos de sus alas
sobre los obscuros vestidos de la tierra?

MENCIÓN HONROSA
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

RECORRIDO

Gabriela Andrea Corral Dueñas
26 años
Licenciada en Letras
Las Condes

"Ninguna ciudad es más grande que mis sueños...".
Jorge Teillier

Abrir un tiempo para azular los ojos,
entierrarlos, plantarlos a cada paso.
Abrir un tiempo para escuchar,
para evitar que se desprenda de los oídos
una voz cargada de viento y madera,
el cristal verdeazul que no descansa de ondularse,
el pulso agitado de la lluvia que galopa sobre los techos.
Recuerdo el miedo consumido en un cigarro,
un par de palabras amoblando el espacio entre un muro y otro,
un cielo en que se ha derramado vino;
ese mismo cielo que nos cubre la espalda
a lo largo de semanas inagotables.
Unos pasos más allá está la noche,
falta poco, lo prometo.
Hay un camino trazado bajo el barro de los zapatos.
no puedo decirte de dónde vengo,
mis pies no sabe el nombre de los pasos.

ÁRBOL

Peregrinación de hormigas sobre áspera piel,
caminos de savia vieja,
gruesas cáscaras abiertas por el tiempo.
Raíz de hombre estático, inmensamente verde,
tronco de torcidos pies,
respiras en silencio
esperando un tiempo para estallar.

DESVELO

A esta hora somos sólo siluetas alrededor del fuego.
La luna va creciendo poco a poco
Hasta rebalsar la noche.
Seres estallando en chispas, movimientos elásticos,
Cantos subterráneos, pulso de tambores.
Gusto a tierra en la boca, frío en la espalda,
La voz de la piedra, el río enlunado, sombras de pie.
Todo es celebración;
Incluso la oscuridad, y luego el sol
Que se levanta con nosotros.

GRIS

Gota a gota se pintan las piedras
ante el lago que ya no es de vidrio.
Los cerros han cambiado de traje.
El agua y el cielo se confunden;
de su unión han desaparecido
tres islas y un horizonte
y ha nacido una mirada
que tirita de frío.

ESTA MAÑANA

Esta mañana, tristemente,
con inquieta extrañeza,
veo a una mujer barriendo el otoño,
acumulando en turbias bolsitas,
borrando sus rastros en una injusta lucha;
dientes de escoba mordiendo toda una estación.
Como si el lamido de las hojas sobre el suelo
fuera peligroso.
Como si el cuerpo débil de las hojas colgadas del viento
fuera peligroso.
Como si la crepitación bordeando el polvo
fuera peligrosa.
Como si las hojas, las pobres hojas,
fueran peligrosas.

MENCIÓN HONROSA
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

PELVIN Y SU RÍO

Juan Pablo Leppe Guzmán
25 años
Licenciado en Derecho
Lo Barnechea

El río adivina el reflejo de las nubes
y con prisa lo acuesta bajo el puente,
lleva consigo un tronco
que desliza cual papel.

El río como una liebre
hasta ser vertido corre
En el valle que mi alma hospeda.
(Donde acompaña la jornada)

SUELOS

Suelos por raíces invadidos;
proveedores de esperanza

Suelos percutidos por la lluvia impetuosa,
descritos bajo la emoción

Suelos evocados
que germinarán en festejo
cuando el cielo se conmueva.

LLANGUI

Discurso de verdores,
elocuencia de la lluvia.
Empeñado en repetir los senderos
crucé las cuencas de la tierra feraz

Niños salieron a mi encuentro entonces,
con sus animales,
para señalarme derroteros
por el copihue seguidos

Arreamos el silencio,
y el Budi se atisbaba,
como la enseñanza que viene confirmada
años después.

UNDÉCIMA

Un caballo mira de reojo
un curioso bosque de ojos escondidos

Árboles muertos como tótems
erigen un cementerio en pie

Y la hija se despide de su madre
llorando la tristeza
de irme sin saber
cuándo volveré

La soledad es recibida por otros diez meses,
pero un valle preserva el silencio y la calma,
los ríos fluirán concentrados.

POSDATAS DESDE EL SUR

Que presida el viento.
Que embista donde están los ríos
y donde ellos estuvieron.

Que despierten los animales
y los peces naden cautelosamente
antes que alguien sepa de ellos

Que nos pellizque el escalofrío
de las aguas,
y que todos crean saber
lo que hay tras los cerros
para que todos lo ignoremos

MENCIÓN HONROSA
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

GRILLOS

Osvaldo Molina Vera
68 años
Músico, profesor de oboe.
Ñuñoa

Barnizada a fuego
cajita de música
de dos antenas.

En noche de guitarreos
élitros afinados y persistentes.

Flota la música
y el cantor a cuestas.

Concertinos itinerantes
visitan campos, ciudades
y cantinas bajo la tierra.

Alegran soledades.
esparcen sonidos entre flores.

Titilan con las estrellas.

PINCELADAS

Oteando cerros y árboles
el humedecido silencio pincela
inocentes cantos de ranas y grillos.
El rumor del lugar
pide permiso al silencio.
Juntos
rumor y silencio danzan
con colores
penetrando la oscuridad.
La tranquilidad se desliza
entre toronjiles y espinos austeros.
Los aromas de la noche
montados en luciérnagas
recogen olor de juncos en aguas sonoras
que guiñan reflejos
permitidos por la brisa.
Un mugido
cruza las alambradas
besando alfalfa y trigos verdes.
Entre los sauces.
La luna destella cornamentas.

MENCIÓN HONROSA
POR REFERENCIAS A PUEBLOS ORIGINARIOS
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

ME DUELEN TUS MANOS

Rosa Gómez Miranda
58 años
Profesora de Educación Básica
Cochrane

Guerrero enhiesto,
roca esculpida
en la memoria de Chile.
Galvarino caudillo,
Galvarino mapuche
Galvarino MANOS...

Emerge tu recuerdo
en mis peores pesadillas.
En mis sueños delirantes.
En cada noche en que mi cuerpo
busca el consuelo
en la sábana tibia
del descanso nocturno.
Cierro los ojos
y ahí están.
¡Tus manos!

Tus manos sin tronco
para sostenerse,
sin raíz por donde circule la savia.
Aún empuñadas,
en un último gesto de rebeldía,
de grito libertario.
Las mismas manos
que fabricaron la lanza,
levantaron la ruca
y abatieron el árbol
que había de entibiar tus huesos
al fin de la jornada.
Tus manos abrazando el canelo,
recogiendo el pehuén,
cazando al guanaco,
enlazando el cahuel.

En cada rincón
de mi triste hogar
están dibujadas las heridas
de tus manos,
la sangre esparcida
en todas las paredes
acusando, señalando,
recordando,
gritando...

Esas manos que un día
en estúpida inconsciencia mutilé.

Se clavaron tus manos
en todo mi ser.
Me atormentan, me ahogan,
me estrangulan...

Yo las segué, es cierto
¿Pero y tú?
¿Qué me has hecho?
¡Por Dios!
¿Qué me has hecho?

Me dejaste sin nada...

¿Acaso no entiendes?
¡Tuve que matar tus manos!
No era nada personal...
Teníamos ideas diferentes...
Yo obedecía a mi rey.
Tú en cambio eras el reino.
Tu Dios era Pillán,
el mío, Jesucristo...
En tus manos estaba
no sólo tu voz,
se escuchaba con fuerza
el grito de tu raza
exigiendo la igualdad....

Tenía que acallarte....

Pero tus manos,
se apropiaron de mí
y hoy no me dejan soñar.
Tu sangre es la mía,
tus grietas me laceran,
tu dolor me duele,
tu recuerdo me acompaña,
tu muerte me mata...

Te devuelvo las manos,
la vida, los recuerdos.
Te devuelvo la risa y
hasta si quieres
te doy esa tierra
que a los tuyos quité.
Pero por favor, Galvarino,
¡Ya déjame en paz!
Te devuelvo tus sueños,
PERO A MÍ
DÉJAME
SOÑAR....

MENCIÓN HONROSA
POR REFERENCIAS A PUEBLOS ORIGINARIOS
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL
CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

MUJER SELK'NAM

Idania María Yáñez Avilez
41 años
Profesora de Historia y Geografía
Coyhaque

Te imagino en la danza de los espejos que dibuja el mar,
te escucho cantar entre las aves
como susurro de bosque austral,
como alondra,
como canto de aguas infinitas

Te imagino con tu carga de soles apagados
temblando en los ojos,
te escucho llorar el exterminio
en la blanca estación del invierno
o en la eterna estación del viento

Te imagino en la danza universal de los astros
como luciérnaga herida,
te recuerdo
recogiendo orejas, cabelleras,
niños muertos,
mariposas y sueños

Te imagino cantando
entre las sombras de la ciudad dormida,
como niños de lejanas primaveras
pintados en pequeñas lunas tristes

MENCIÓN HONROSA
POR REFERENCIAS A FORMAS FOLCLÓRICAS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL SEÑOR ME DIO UN TALENTO

Sergio Antonio Barahona González
40 años
Chofer
Nancagua

Hoy cantaré por lo Humano
Hoy cantaré a lo Divino,
Cantaré por su destino
Por el moro y el cristiano.

El cantor con su instrumento
El bailarín con su don,
El hombre con la razón
Forjarán este cimiento.
También los cuatro elementos
Que produjo el soberano,
Tomó el barro con su mano
Y la vida derramó,
Un poeta allí clamó
Hoy cantaré por lo Humano

Viene de tiempos remotos
Del tiempo de la Colonia,
Un canto con mucha historia
Es el que están escuchando.
Así se fueron fraguando
Los versos al unitrino
El cantor con su gran tino
Ha hilvanado la palabra,
Y más saltón que una cabra
Hoy cantaré a lo Divino

Esta cultura ancestral
Entregada al campesino,
El Señor con mucho tino
También se puso a cantar.
También se puso a tocar
Un huasito muy ladino,
Un torrante sin destino
También quiso improvisar,
Y yo sin menospreciar
Cantaré por su destino
Se canta por los fundaos
Del Evangelio escrito,
Se canta por el bendito
Y los santos alabados.
Se canta por todos lados
Incluso por lo mundano,
Por el rincón más lejano
Debe andar algún cantor,
Yo cantaré sin temor
Por el moro y el cristiano

Cantaré la despedida
Agradeciendo a mi Dios,
Por esta modesta voz
Y la cultura perdida.
Por la gracia de la vida
Que me brindó el soberano,
Por estas modestas manos
Que laboran día a día,
Y el que canta en alegría
Dos veces está rezando

MENCIÓN HONROSA
POR REFERENCIAS A FORMAS FOLCLÓRICAS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

VERSO A LO HUMANO

Raimundo Hernán León Morales
66 años
Auxiliar de Servicios Menores
Pichilemu

CUARTETA

Yo soy Raimundo León
Nacido allá en Cardonal
En ese sector rural
Aquí en la Sexta Región

I

De los doce años cumplidos
Gusté el sabor al trabajo
Desde ya pelando el ajo
Por los potreros y al frío.
Me gustó ser bien cumplido
Por darle gusto al patrón
Formándome ya de pión
Pa' afrentar mi porvenir
Pa' que sepa mi sufrir
Yo soy Raimundo León

II

Aquí este suelo nos da
Y quede bien entendido
El alimento nutrido
Para el campo y la ciudad
Nombrando alguna bondad
Toda clase de animal
Lenteja y el gran trigal
El cual produce la harina
Crié patos y gallinas
Nacido allá en Cardonal

lll

Se vive tranquilamente
No hay smog ni grandes ruidos
Descanso pa' los oídos
Se toma agua de vertiente
Aire puro diariamente
No hay drogas pa'l colegial
Se hace cualquier festival
Del poroto y de la uva
Y hay chiquillas macanúas
En este sector rural

IV

Feliz en la actualidá
Ta' llegando la cultura
Deportes a gran altura
Y otras especialidá
Hijos e hijas educá
Centros de recreación
Para el adulto mayor
Con preferencias a los niños
¡Y esta vida es con cariño!
Aquí en la Sexta Región

Despedida
Por fin en la despedida
Le doy las gracias a Dios
Por la abundancia de arroz
¡De nuestra tierra querida!
Con leche cruda o cocida
La familia crece sana
Se siente por la ventana
El trinar de pajarillos
Cuando el sol muestra su brillo
¡Arriba!, chao a la cama...

MENCIÓN HONROSA
POR REFERENCIAS A FORMAS FOLCLÓRICAS
VII REGIÓN DEL MAULE

COPLAS DE PEDRO URDEMALES

José Gajardo Quintana
45 años
Profesor de Educación Básica
Linares

I

Al Dios del cielo doy gracias
y a su bendito consuelo
de cantar a este mi suelo,
de su color y fragancia
con pundonor y elegancia.
De esta tierra y de su gente
por no ser inteligente
confío más en su Gracia.

II

Primeramente, mi amigo,
como todo un caballero,
me presentaré primero
con mi nombre y mi apellido
y después mi apelativo:
yo soy don Pedro Urdemales
vecino de todos lares
y de todos conocido.

III

Yo nací al centro de Chile
en el fundo Antonio Lamas,
otros dicen que mis ramas
se distribuyen por miles.
La verdad yo he de decirles:
soy del campo de Linares,
entre bueyes y zorzales
y aquí estoy para servirles.

IV

Yo nací en una enramada
a orillas del Achibueno
me acompañaron los truenos
en una noche cerrada
con el techo que volaba
al compás de la tormenta,
el mito estaba de fiesta
mientras yo me amamantaba.

V
Nadie sabe en realidad
todos los años que tengo
de mi origen, les prevengo,
nadie sabe la verdad,
ni la fecha ni la edad.
Todo pertenece al mito
y a la leyenda, repito,
debo mi locuacidad.

VI
He visto tantos caminos
en mi vida de leyenda
recorrido mil haciendas,
en busca de mi destino,
he sido buen campesino,
adorado por las priendas,
nunca he perdido las riendas
ni me he ahogado en el vino.

VII
En busca de un buen chiflón
anduve allá por las minas,
como no hallé plata fina
que me hiciera ricachón
me las di de cuidador
de una gran piara de cerdos:
con los rabos quedó el dueño
y yo con un buen patacón.

VIII
Por Yerbas Buenas
pasé un día de los difuntos
todo el pueblo estaba junto.
Entonces yo reclamé:
¡Si le agrada, su mercé
mandar cartitas pal cielo
yo soy su fiel mensajero
toditas entregaré!

IX
Doña Clarisa me dijo:
¡Enviado es usté de San Pedro,
lleve mi carta y recuerdo
a mi finado Remigio
que se lo ha llevado el vicio
del vino y del aguardiente
lleve también un presente
si me hace este gran servicio.

X
Ya voy saliendo del pueblo
cargado con tanto envío
cartas y pollos cocidos
me llevo pa'l alto cielo;
mi jumento toca el suelo
de tanta carga en sus lomos.
Yo ni por chiste me asomo
a darle cuenta a San Pedro.

XI
Del rico y del mal patrón
yo castigo la codicia
que hace actuar con injusticia
escondiendo la razón:
una vez a un ricachón
una ollita le vendí
¡Aún debe estar el infeliz
cocinando sin fogón!

XII

Allá en El Culmen, de Linares
gente muy buena y sencilla
yo conocí una chiquilla
que tejía en los telares.
Me dijo: Pedrito Urdemales
es usted un huaso buenmozo
tan sencillo y cariñoso
que no vi en otros lugares.

XIII

Así se quedó Urdemales
en esta comunidad.
Vive en la diversidad
de la chacra y los trigales,
en los pinos y morales,
en el camino y estero.
¡Se saca ante usted el sombrero
respetuoso a saludarle!

MENCIÓN HONROSA
POR REFERENCIAS A FORMAS FOLCLÓRICAS
VII REGIÓN DEL MAULE

LAS MEMORIAS DE UN NOVILLO

Nelson Demetrio Rodemil Bravo Cifuentes
74 años
Agricultor
San Clemente

A la medialuna entré
y dos huasos caras de malo,
sin decir ni mu, ni me,
me llevaron a los palos.

Me llevaron a la esquina,
la puerta estaba cerrada,
quise saltar por encima
y un chascón que la cuidaba

Me pegó un tremendo palo
- me les volví por el medio -
alguien gritó ¡Un punto malo!
Me sometí sin remedio

Para qué les voy a contar
lo asustado que yo estaba;
no me les pude zafar,
los talones me pisaban.

Me dieron un par de vueltas,
a empujón y garabatos,
y cuando se abrió la puerta
me iba empujando un mulato.

Corrí como un condenado,
me siguieron estos bribones,
uno se me puso al lado
y el otro pisándome los talones

Y con una sarta de improperios
al llegar a la bandera;
el que se veía tan serio
me apretó por la cadera.

Quedé tendido en el suelo
y casi sin resuello:
me cogieron por el cuello,
me pararon de revuelo
Tres vueltas me hicieron dar
Machacando mis pulmones,
parece que querían sacar;
a caballazos mis riñones

Esto nos pasará a todos,
más tarde o más temprano:
nos pondrán tantos apodos
¿quién entiende a los humanos?

MENCIÓN HONROSA
POR REFERENCIAS A FORMAS FOLCLÓRICAS
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

DE ADOBE

Percy Davis Pinedo
50 años
Ingeniero de Ejecución en Computación
San Bernardo

Soy polvo cabalgando al viento,
por el camino,
empolvando muro y portones,
me arremolino.

Descanso entre briznas de pasto,
adormecido,
esperando lluvias tempranas,
con sueño y frío.

Barro me hago, mojado entero,
surge la pena,
me arrastran rueda'e carretelas,
pa' la faena.

El choclo ya está cosechado,
puro rastrojo,
entre potreros nada queda,
mientras me mojo.

Na' de arveja ni de lenteja,
ni una cebolla,
na' de papita, na' de sopita,
na' d'en la olla.

Me revuelco dentro'e l'acequia,
rumbo pa'l río,
me obligan alejarme, por que sí,
desconocío.

De barro me vuelco en arena,
llego a los mares,
aguas azules me remueven,
tal que trigales.

Choros y almejas me digieren,
marea roja,
polvo de oro me voy formando,
playa me aloja.

Vientos costinos me hacen duna,
arena en cerro,
sandalias, zapatos me dispersan,
ya no hay encierro.

Tormenta'e rulo me devuelve,
pa' los potreros,
rumbo a la cordillera, parto,
es lo que quiero.

Cansado'e tanto peregrinar,
voy aquietando,
zarzamoras me cortan paso,
me voy quedando.

Mezclándome con greda'e cerro,
me pongo rojo,
molde de palo, paja y agua,
nuevo remojo.

A punta'e sol, me voy secando,
pega prolija,
muros arman con mis ladrillos,
cualquiera elija.

Dintel de álamo en la ventana,
puerta d`encina,
soporte' barro en entretecho,
la teja encima.

Platacho'e cal tengo en los muros,
blanco de nieve,
rancho antiguo, de adobe y tierra,
nadie me mueve.

Teja chilena recibe lluvia,
leña en l'hoguera,
me caliento con el rescoldo,
llueve por fuera.

Sólo el tiempo me irá gastando,
poquito a poco,
nada ni nadie quedará en pie,
ni yo tampoco.

PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

HISTORIA DE UNA PULGUITA

Patricia Daniela Hidalgo Madrid
10 años
Escuela La Palma, Quillota

La pulguita iba caminando tranquilamente
entonces vio un niño
y empezó a comer y a comer
y de tanto que comía
de un infarto se murió.

Entonces el niño
se encontró una ronchita
que era tan chica, pero tan chica
que ahora es viejita.

Él se fue a la escuela
y sus compañeros se rieron de esa ronchita.
La pulguita del cielo mandó un hechizo
y todos se volvieron erizos.



SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL AJÍ

Enrique Gerardo Cuevas Morales
10 años
4º Básico, Escuela Teresa Cannon de Barroilhet
Quilimarí, Los Vilos

Yo como ají
en Quilimarí
y mi papito está
más feliz.

El ají se partió
y mi papito se
entristeció y Quilimarí
lo animó.

Quilimarí sembró
una vida más feliz
para que hubiera
más ají.

TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL POETA

Javier Andrés Grau Jipoulou
16 años
3º Enseñanza Media, Instituto del Pacífico
Profesor: Hernán Antonio Massenlli Mansilla
Llanquihue

El poeta,
El poeta debe ser morbo,
Debe ser pervertido con sus sentimientos,
Debe ser extremista,
El poeta no debe ser una pluma débil,
Ni una hoja delgada,
El poeta debe ser un traductor de emociones,
Una daga de puño y letra,
Debe ser un garrote delicado,
El poeta no debe ser neutro,
No debe ser mero, ni menos trivial,
El poeta debe ser soñador,
Debe ser romántico,
Apasionado, desesperado por los sentidos,
Debe abofetear a la gente con la tinta,
Y magullar sus almas con desamores,
El poeta no debe ser muerto,
No debe ser una guitarra sin cuerdas,

El poeta debe ser como un mar,
Debe ser el viento que alimenta a vivir,
Debe ser las manos de las sábanas humedecidas al llanto,
Y la voz de las cortinas crepusculares,
El poeta debe respirar ardor,
Debe ser un servidor de los delirios,
Debe ser la lluvia ensordecedora,
El poeta no debe tener vergüenza,
No debe tener respeto, ni nunca fronteras,
El poeta debe ser centelleante,
Debe ser natural, espontáneo,
Místico y amante de los menesteres,
El poeta no puede ser manto de neblina,
Debe ser la piedra que pule corazones,
Debe sentirse fugitivo de los versos,
El poeta debe ser una trinchera en guerra a la realidad,
Debe perdurar en un baúl de recuerdos,
El poeta debe ser minucioso,
Fino, elegante y bruto,
El poeta es y debe ser...
Un peregrino de la vida.

MENCIÓN HONROSA
IV REGIÓN DE COQUIMBO

ENTRE EL ROMERAL Y CHACAY

Diana Odett Leyton Gálvez
10 años
5º Básico, Colegio Unidocente El Romeral
Profesora: Margarita Marín Molina
La Serena

Van los cabreros
a pastorear van
sus fieles cabritas
que hay en este lugar.

Van los arrieros
a rodear van
sus burros y caballos
que hay en El Romeral.

Van los mineros
a catear van
sus minas de cobre y oro
de aquí en El Chacay.

Van los estudiantes
a estudiar van
aprenderán nuevas cosas
en el Colegio El Romeral.

Van espineros, leñeros
carboneros y guaneros,
todos juntos a trabajar
para engrandecer a El Romeral
y Chacay.

MENCIÓN HONROSA
IV REGIÓN DE COQUIMBO

ESCUELITA MÍA

Gabriela Belén Astudillo Herrera
10 años
4º Básico, Escuela Teresa Cannon de Barroilhet
Profesora: Ruth Cortés Vilches
Quilimarí, Los Vilos

Escuelita mía de mi corazón
yo quiero darte todo mi amor

Pasan los días, pasan los años
y por eso no tengo ningún
engaño.

Pasan los días, pasan los
meses y por eso que no pesco
peces.

Pasa don Juan y pasa la
Juana y por eso pisan ranas.

MENCIÓN HONROSA
VII REGIÓN DEL MAULE

EL ARAO' Y LA PICOTA

Nicolás Esteban Cofré Valdés
12 años
6º Básico, Escuela Costablanca
Constitución

Brindo dijo un huasito
Por el arao' y la picota,
Y que tanto te reí'
Si vo' tení' la misma cosa.

Brindo dijo doña Flora
Por la flores y las rosas,
Y también dijo brindo
Por el arao' y la picota.

El cielo está nublado
Y el sol brilla a lo lejos,
Los caballos tanto que saltan,
Se van a poner viejos.

Por la noche duermo,
Por la mañana despierto,
Y qué lindo está el prado
Cuando amanezco.

Ahora me despío'
Dijo el huesito,
Y me voy de medio ladito
Por eso mismo fue que me pusieron Juanito.

MENCIÓN HONROSA
X REGIÓN DE LOS LAGOS

LA GALLINA COGOTE PELAO

Antonio Matías Barría Alvarado
9 años
4º Básico, Escuela "El Sembrador"
Calbuco

Mi gallina cogote pelao
puso un huevo
en el nido del lao,
el gallo le preguntó
cuándo el huevo verde lo asustó.
¡Cogote pelao!
¿Qué te has imaginao?
Tu huevo lo pintaste,
mientras yo una semilla escarbaba.
¡Disculpa, gallo parao!
Qué ignorante eres.
¡No deberías ser el rey
del gallinero de Ana!,
pues no sabes
que el huevo verde
es de mi raza araucana.